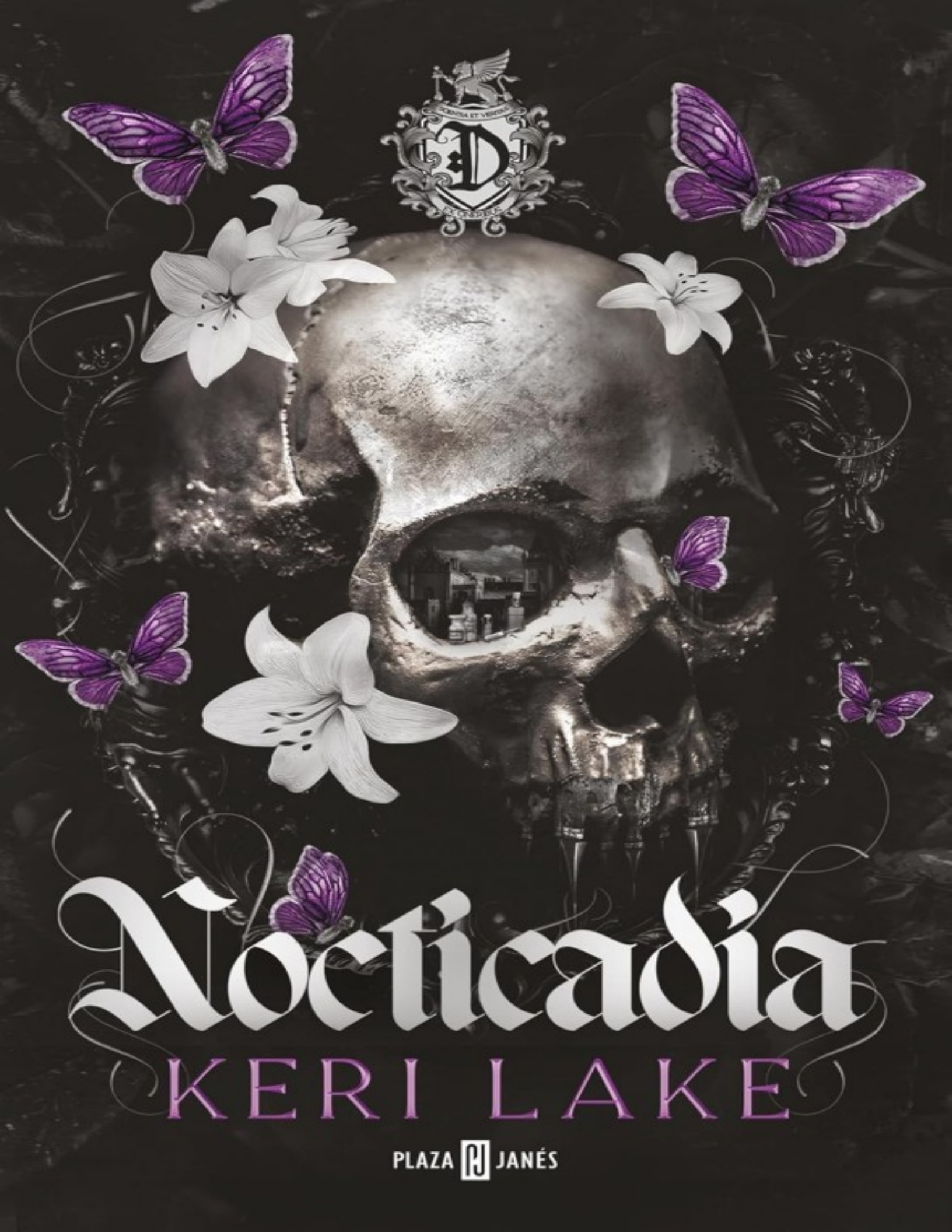

Noctícadia
KERI LAKE
PLAZA JANÉS

Noctícadia

KERI LAKE

Traducción de Marta Carrascosa Cano
y Gema Pereira Silvestre

PLAZA JANÉS

Playlist



Nota de la autora y advertencia de contenido

Bienvenido, amigo nocticadiano.

Muchas gracias por darle una oportunidad a mi libro ❤. Espero que disfrutes de la historia del profesor Bramwell y Lilia. Antes de que te adentres en este mundo, me gustaría contarte que una serie de elementos incluidos a lo largo de la narración son completamente ficticios, como la organización, la enfermedad del profesor Bramwell y la especie de polilla. Para mantener la coherencia con la patología que describo, las condiciones médicas y la sintomatología que menciono también son ficticias. Para facilitar la consulta de estos términos, he incluido un glosario.

Además, me he tomado libertades con la formación y la profesión del profesor Bramwell, así como con el laboratorio, para adaptarlos a la historia que quería contar. Soy plenamente consciente de que su laboratorio nunca superaría una inspección.

Este libro es un romance gótico oscuro. Por lo tanto, cabe esperar la inclusión de elementos sobrenaturales sutiles, un ambiente oscuro y evocador, un romance a fuego lento, un protagonista masculino malhumorado y byroniano o de moralidad gris, y una pizca de misterio. Como en la mayoría de mis romances góticos, este libro es independiente y, como no tengo previsto escribir más libros de esta pareja, he decidido mantenerte atrapado

en este mundo un poquito más.

Te advierto que…

Este libro contiene una serie de situaciones potencialmente perturbadoras. Puedes consultar la lista completa de advertencias (con *spoilers*) en mi página web.

Glosario

Ácido estírlico: antiséptico descubierto por el doctor Nathaniel Stirling que se hace con la planta de Jestwood y que se utilizó en experimentos horribles con pacientes.

Casteyón: elemento que se encuentra en las cuevas de roca negra de la isla de Dracadia.

Nocticadia: nombre que se le da al laboratorio nocturno que estudia el noctisoma en concreto.

Noctisoma: gusano alargado y negro que vive como parásito en insectos, pero que infecta a otras especies. Su huésped habitual es la polilla sominix.

Planta de Jestwood: una planta autóctona de Dracadia, venenosa en dosis elevadas.

Polilla sominix: especie nocturna de polilla que solo se encuentra en la isla de Dracadia. Es el huésped habitual del noctisoma.

Tapetum lucidum: capa reflectante biológica que es sensible a la luz en invertebrados (no suele estar presente en el ojo humano, pero se describe como síntoma del noctisoma en el libro).

Vonixis: ennegrecimiento de las venas que aparece en forma de líneas negras en polillas y humanos infectados por el noctisoma.

Zigliomiositis o enfermedad de Voneric: un trastorno neuromuscular congénito raro que debe su nombre a un famoso

pintor que contrajo dicha enfermedad.



Prólogo

Isla de Dracadia
12 de octubre de 1753

Lord Adderly había presenciado la muerte en muchas ocasiones a lo largo de su vida. Como comodoro de la Marina Real, su aroma empalagoso le había obstruido la garganta más veces de las que recordaba. Había notado su aliento frío y vaporoso rozándole la piel con un anhelo que habría hecho estremecer a la mayoría de los hombres.

Lord Adderly no temía a la muerte. Algunos hasta lo habrían acusado de esperarla con los brazos abiertos.

Sin embargo, mientras observaba la turbulenta extensión de mar invernal hacia un amenazante humo negro que surgía de la niebla que lo rodeaba, un escalofrío de terror le recorrió la nuca. Se le quedó en la boca la orden de hacer que sus hombres volvieran remando al lugar del que habían venido cuando, a lo lejos, la silueta ensombrecida de la isla se abrió paso a través de la niebla. Era una formación rocosa curvada que se alzaba en el horizonte como si fuera un dragón dormido.

A medio camino entre la costa de Massachusetts y la Acadia francesa, la pequeña isla de Dracadia había sido motivo de disputa durante mucho tiempo, al tratarse de una extensión de tierra que se podía decir que había pertenecido a los británicos. No fue hasta que la mayoría de los acadianos abandonaron la isla de forma misteriosa que esta se anexionó como provincia de Massachusetts. Lord Adderly había liderado la carga en persona, preparado para la batalla por si los franceses regresaban para reclamar el pueblo de Emberwick, en el extremo norte.

Nunca llegó a ocurrir.

Los británicos que se habían establecido allí habían sufrido una serie de desgracias que los hicieron huir de la isla, dejando Dracadia abandonada una vez más.

Por supuesto, se propagaron rumores. Algunos culparon a la tribu indígena de los cu'unotchke, que se había recluido en las montañas del sur, de haber despertado a sus dioses paganos. Sea cual fuere la causa, las especulaciones sobre malos espíritus y dolencias inexplicables habían disuadido a la mayoría del atractivo de poseer tierras en Dracadia. Como resultado, la isla albergaba tan solo a los herejes que habían sido exiliados allí, los peores transgresores de las santas doctrinas.

Lord Adderly no apartó la mirada del camino que tenía delante mientras la orilla se abría paso entre la niebla y el agua se hacía menos profunda. Sobre el paisaje devastado, unos pájaros negros se arremolinaban en densas bandadas. Asesinos. Cuervos cuya presencia había suscitado el temor al mal durante mucho tiempo. Lord Adderly los había visto seguir a los hombres a la guerra ante la promesa de carroña. Que las aves revolotearan en círculos solo podía ser un presagio.

Una señal de muerte.

—Dios santo —soltó el teniente Christ, sentado junto al comodoro—. ¿Serán los salvajes, mi señor?

—No. —Aunque el aludido respondió con seguridad, la verdad era que no lo sabía. Se había enfrentado a todo tipo de salvajes y, aunque luchaban con un fervor poco convencional, no parecían malignos.

—Los rumores hablan de dientes afilados como piedras negras y ojos de lobo en la oscuridad —continuó diciendo Christ.

—Entiendo que le da el mismo crédito a las historias sobre monstruos marinos y sirenas.

—Por supuesto que no, mi señor, pero los hombres que hablan de estas cosas están en sus cabales. Son buenos cristianos.

El comodoro no dudaba de la integridad de las habladurías, pero revelar la verdad sobre su viaje habría desatado el pánico, y tal vez incluso un motín.

Pues, sin que el teniente Christ lo supiera, los habían enviado allí por correspondencia de la Iglesia después de que varios clérigos no hubieran regresado con tres acusadas de brujería. Habían ordenado juzgarlas, bajo la custodia del doctor Jack Stirling, en la colonia de Massachusetts. Sospechaban que el buen doctor se había vuelto loco, poseído por los mismos demonios que meses atrás le habían encargado exorcizar de las mujeres. El comodoro había oído historias horribles de pacientes con las venas negras a los que habían dejado colgados por los pies, desangrándose, con la boca y los ojos cosidos, y la lengua extirpada. Habían enviado al comodoro y a sus hombres a investigar las denuncias y, dadas las siniestras advertencias que se oían incluso lejos de allí, temía lo que pudieran encontrarse.

Más cerca de la orilla, la embarcación se tambaleó sobre las olas implacables y, cuando las sombras se alzaron y revelaron las

cortezas carbonizadas de los árboles, lord Adderly inhaló con fuerza, tragándose el grasiento olor a carne quemada que flotaba en el aire. El familiar rastro de la muerte.

Seis de sus hombres saltaron del bote y arrastraron el pequeño navío por las aguas poco profundas; una vez en la arena, lord Adderly pisó la tierra profanada a la que había jurado no regresar jamás. Recorrió con la mirada aquella destrucción imposible y se preguntó qué, en nombre de Dios, habría causado semejantes estragos.

Una isla entera reducida a cenizas.

La niebla que los rodeaba se espesó y se instaló entre ellos y el bosque abrasado, y lord Adderly frunció el ceño.

El teniente Christ avanzó a zancadas hasta colocarse a su lado.

—Discúlpeme por lo que voy a decir, pero no tengo ninguna intención de aventurarme más allá de la orilla, mi señor.

—Cierre la boca —dijo lord Adderly en voz baja—. A no ser que quiera provocar un motín.

—¡Mi señor! —exclamó uno de sus hombres, y el comodoro se volvió y lo vio señalando hacia los árboles.

Lord Adderly siguió la dirección en la que apuntaba hacia las sombras entre la niebla. Una figura se dirigía hacia ellos. El ruido brusco y metálico de sus hombres preparando las armas resonó alrededor. Cuando el vapor blanco se abrió para dejar pasar a un muchacho de apenas unos doce años, lord Adderly dio un paso al frente.

—Bajen las armas.

Vestido con la túnica de un joven acólito, el muchacho avanzó hacia ellos dando tumbos, con la piel cubierta de hollín negro y la vestimenta manchada de lo que, sin duda, era sangre. Antes de alcanzar al comodoro y a sus hombres, el acólito cayó en la arena.

Lord Adderly se acercó a él e hincó una rodilla junto al chico, y Christ se agachó a sus pies, donde unas pequeñas heridas que le sangraban en el empeine sugerían que se los habían atravesado con algo afilado.

—Cuidado, mi señor. No tenemos la menor idea de a qué ha estado expuesto.

Presentaba signos de abuso espantosos: cortes, contusiones y áreas brillantes en carne viva. Al ver al joven, el comodoro se acordó de su propio hijo y luchó contra las lágrimas ante el estado del acólito.

—¿Qué ha pasado?

—La oscuridad… —susurró el chico con la respiración entrecortada—. El cielo… se convirtió en negrura. Ardieron todos.

Lord Adderly le apartó el pelo pegajoso y manchado de sangre del rostro.

—¿Quién ha hecho esto?

A pesar del agotamiento que le oscurecía los ojos al muchacho, había un destello de miedo.

—Dominaban las llamas. Y ellas obedecían sus órdenes.

—¿Quiénes dominaban las llamas? ¿Las brujas?

Con un lento parpadeo, el muchacho exhaló. Cuando inspiró, su pecho retumbó como si fueran monedas dentro de una lata.

—No son brujas. Son gusanos. Gusanos negros que salen de la boca de la locura.

Se hizo el silencio entre los hombres. Las palabras del muchacho le erizaron el vello de la nuca al comodoro. Christ se acercó.

—El chico no parece estar bien, mi señor —susurró, inclinándose hacia él—. Está hablando del diablo.

Ignorando a su teniente, el comodoro posó la mano sobre el hombro huesudo del niño.

—¿Solo quedas tú?

—Ardieron todos.

El comodoro levantó la mirada hacia el teniente Christ y, con un tono de voz calmado a pesar de los nervios, dijo:

—Nos llevaremos al muchacho y volveremos al barco. Ya.

—No pueden marcharse. —Tras una tos húmeda y áspera, al acólito le brotó un hilillo de sangre de la boca—. No van a permitirlo.

El comodoro frunció el ceño y se puso en pie. Ordenó a dos de sus hombres que lo llevaran de vuelta al navío.

—¡Señor! —gritó el timonel, presa del pánico, y el comodoro se volvió y lo vio avanzando a trompicones por la arena hacia ellos—. ¡El bote! ¡El bote ha desaparecido! ¡No está!

—No tema, mi señor. —Entre el escándalo por el pánico de los oficiales a medida que se percataban de la extraña desaparición, llegó a oídos del comodoro la voz débil y casi fantasmal del muchacho—. Para empezar, su bote nunca ha estado ahí.

—No te entiendo, muchacho.

—Usted y sus hombres… llegaron con los sacerdotes… hace días. —Cada pausa iba acompañada de fuertes jadeos; el chico parecía tener dificultades para respirar.

—Deliras. La mismísima Iglesia me envió una carta para que acudiera aquí.

Con los ojos entrecerrados, el chico estiró los labios resecos y agrietados para esbozar una sonrisita.

—Ahora está soñando, pero pronto despertará con el crepitar del fuego y descubrirá que usted y sus hombres están atados a estacas. Su carne quedará abrasada, y su dolor y su sufrimiento resonarán para toda la eternidad. —El niño cerró los ojos y soltó un suspiro antes de caer inerte en los brazos del oficial.

Un pavor frío le arañó las entrañas a lord Adderly cuando el olor

a grasa y piel quemada volvió a obstruirle la garganta. Cerró los ojos, buscando consuelo en la oscuridad más absoluta, y, cuando los primeros sonidos de agonía atravesaron el aire, no se atrevió a abrirlos.



1

Lilia

Presente

Dios, menuda peste. Me tapé la nariz con el antebrazo mientras la carne en lata demasiado hecha chisporroteaba en la sartén. El crepitar de la comida grasienta era tan fuerte que se oía más que la sentida súplica de Jean Valjean a Javert en *Los miserables*, que estaban proyectando en el cine de debajo de nuestro piso. Se me habían quemado los trozos más pequeños sin querer mientras pelaba las patatas y ya no había manera de salvarlos.

No había tenido la suerte de heredar el talento que mi madre siempre había tenido para la cocina.

Odiaba preparar esa bazofia enlatada, pero ella había desarrollado un extraño gusto por la carne últimamente y se nos habían acabado esos filetes finos y redondos que tanto le gustaba comerse poco hechos. No podía evitar preguntarme si esas peticiones tan raras serían una señal de su cuerpo intentando recuperarse.

Esperaba que así fuera.

Verla devorar carne casi cruda, con la sangre corriéndole por las comisuras, me hacía sentir como si estuviera viendo un episodio encarnizado de *Planeta hostil*. La imagen me cerraba el estómago, sobre todo porque mi madre nunca había sido muy carnívora. La carne enlatada estaba a años luz de un bistec, pero Conner, mi padrastro, si es que se lo podía llamar así, llevaba un par de días sin trabajar, lo que nos había dejado sin apenas dinero para hacer la compra.

—¡Bee! —Llamé a mi hermana pequeña por su apodo, una versión acortada de Beatrix, y serví la carne chamuscada en los platos—. ¿Has hecho lo que te pedí?, ¿le has echado un ojo a mamá?

—¡Ay, mierda! —A eso le siguió el ruido sordo de sus pisadas.

Esbocé una sonrisa de satisfacción y negué con la cabeza. Con doce años, unos cuatro menos que yo, Bee cargaba con muchas más responsabilidades que la mayoría de las chicas de su edad. Las dos, en realidad.

La enfermedad de mi madre había empeorado muchísimo, y que se negara a ver a un médico solo hacía que Bee y yo tuviéramos más presión para seguir el avance de sus extraños síntomas. Aunque aún parecía estar lúcida, tenía sus momentos… Momentos aterradores, como las noches en las que me decía que unos hombres malvados venían a por mí, o las que pasaba bañada en sudor y con los ojos brillantes, atrapada en medio de horrores que solo veía ella.

Llamaba «monstruos» a esos tormentos invisibles, pero en su cabeza eran tan reales como sus marcadas ojeras. Por horrible que fuera decirlo, con la columna vertebral deformada, los ojos plateados y brillantes, y los huesos marcados y protuberantes, había empezado

a parecerse a los mismos monstruos de los que hablaba.

Rezar nunca había sido lo mío, pero en las últimas semanas lo había hecho a menudo y de rodillas. Si Dios existía, no me había ofrecido aún muchas esperanzas.

Le estaba sirviendo a Bee lo que quedaba de puré de patatas cuando un golpe en la puerta me detuvo. Frunciendo el ceño, volví a colocar la sartén en el fogón y me limpié las manos con un paño de cocina que tenía cerca. Con cuidado, caminé hacia el pasillo y me asomé a la puerta de la entrada. Otro golpe fuerte me hizo estremecer, y la insistencia de quien estuviera detrás de aquel odioso estruendo me heló la sangre. Corrí hacia allí y, a través de la mirilla, vi a un hombre que no reconocí.

Tenía los ojos hundidos y pequeños, brillantes, con una cicatriz en el izquierdo. Su nariz era rara y deforme, como si se hubiera metido en demasiadas peleas. Parecía un retrato robot andante.

Una cosa que había aprendido de vivir en una ciudad como Covington era que no había que abrir la puerta a desconocidos, y menos aún si parecían delincuentes.

Volvió a llamar a golpes y rechiné los dientes con fastidio.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Qué quiere?

Al principio no respondió, y lo vi mirar hacia el pasillo. Algo en él, quizá esos ojos oscuros que apenas había vislumbrado y la mueca de sus labios, me provocó un escalofrío.

Qué tío más raro.

Eché una mirada al pestillo para asegurarme de que estaba echado. Por desgracia, el piso no tenía las mejores cerraduras ni las más resistentes.

—Soy amigo de Conner —dijo al fin—. ¿Está aquí?

—No.

—¿Sabes cuándo volverá?

Estudiar su rostro resultó ser todo un reto, ya que el tipo parecía negarse a levantar la vista.

—Mire, yo no…

Oí un grito desgarrador y me enderecé de golpe, dirigiendo la atención hacia las habitaciones del fondo. Dejé al bicho raro abandonado y corrí a través del piso hacia el resquicio de luz que brillaba bajo la puerta del baño.

Era la primera señal de que algo iba mal. Mi madre había empezado a odiarla. Decía que le hacía daño en los ojos.

—¡Mamá! ¡No!

El pavor me recorrió la nuca al oír a Bee gritándole al otro lado de la puerta y entré en el baño, que estaba muy iluminado.

Mi madre estaba de pie junto a la bañera, emitiendo un gruñido extraño mientras el agua salpicaba el suelo. Dos pies, enfundados en unos calcetines rosas, asomaban por el borde.

«Ay, Dios. ¡Bee!».

La adrenalina se apoderó de mí: me abalancé hacia ellas y empujé a mi madre contra la pared.

En cuanto soltó a Bee, salió disparada del agua con la parte de arriba de la ropa empapada y dejó escapar una tos áspera.

—¡¿Qué coño haces?! —le grité a mi madre, cuyos ojos desprendían un destello iridiscente bajo la luz.

Con un chillido, ella volvió a arremeter y empujó a Bee al agua otra vez.

El pánico se apoderó de mis músculos y mi cuerpo dejó de moverse a mi voluntad, guiado por el instinto. Agarré a mi madre del pelo y la aparté de mi hermana. Me quedé con un mechón rojo y sin brillo en la palma cuando se me escapó. Cayó de espaldas contra el inodoro. Mientras ella se afanaba en volver a ponerse de pie sobre el suelo empapado, yo tiré de Bee para sacarla de la bañera. Me

resbalé con las baldosas mojadas al empujarla fuera del baño.

Una vez en el pasillo, cerré la puerta de golpe y eché el cerrojo del pomo para bloquearla.

—¡Vete a tu habitación! ¡Cierra y no salgas hasta que yo te lo diga! —le ordené.

—Estaba… —Tosía y gimoteaba—. Solo estaba… intentando que no… se bebiera el agua y me… ¡me ha atacado!

Mi madre forcejeó con la puerta y esta crujía y temblaba bajo mi brazo.

—¡Es una de ellos! ¡Es una de ellos! —gritaba—. ¡No dejes que se escape! ¡Les va a decir que estoy aquí!

—¡Vete! ¡Ya! ¡Cierra! Oigas lo que oigas, ¡no abras! —Apoyé los pies contra la pared y me eché hacia atrás para mantener la puerta cerrada mientras Bee corría hacia su habitación.

Tras otro minuto intentando contenerla, los golpes cesaron. Los gritos de mi madre se apagaron.

Con la respiración agitada, relajé los músculos y me enderecé. Ya no se notaba la resistencia al otro lado.

—¿Mamá? —pregunté en voz baja a través de la puerta, con la esperanza de que me diera una respuesta coherente, una explicación de lo que acababa de pasar. Ya había hablado otras veces sobre que alguien venía a por ella, pero nunca había proyectado esos pensamientos paranoicos sobre mí ni sobre Bee.

Silencio.

El empalagoso olor que caracterizaba a la enfermedad de mi madre parecía más intenso de lo habitual. Espeso y pegajoso, me obstruyó la garganta y me llevé la mano a la cara en un vano intento de sofocar el hedor. En los últimos meses, su aroma dulce y floral, un olor reconfortante que me había acompañado toda la vida, se había ido desvaneciendo bajo el peso de aquella pestilencia extraña.

Ahora era lo único que respiraba.

Ignoré las ganas de vomitar, abrí la puerta y entré en el cuarto de baño.

Mi madre estaba tirada sobre el borde de la bañera, con la cabeza sumergida.

—¡Mamá! —Corrí hacia ella y se dio la vuelta, salpicando agua y volviendo a gritar.

Intenté agarrarla del brazo, pero ella se me adelantó y me golpeó la mejilla con los nudillos. El dolor me sacudió los huesos y una explosión de estrellas me nubló la vista.

Me recuperé del aturdimiento justo cuando iba a volver a golpearme y me agaché. Esta vez no acertó y agitó las manos en el aire en un arrebato de rabia. La agarré con fuerza por los brazos y le clavé las uñas, notando sus huesos frágiles, pero un pinchazo de dolor agudo me atravesó la mano cuando me hundió los dientes en la carne.

—¡Ay! ¡Mierda! —La empujé lejos de mí y resbaló, agitando los brazos mientras caía de espaldas en la bañera. Cuando intenté levantarla, extendió las manos hacia mí y me agarró de la camiseta para arrastrarme hacia el agua.

Un torrente de fluido me subió por la nariz y noté una quemazón en las fosas nasales mientras me sujetaba bajo el agua, implacable. El miedo me congeló los músculos. Ella no paraba de patalear y salpicar, intentando aferrarme el cuello.

Extendí la mano hacia lo único que pude alcanzar en medio de aquel caos y, con la palma sobre su garganta, apreté lo justo para que aflojara el agarre. La mantuve allí a la vez que sacaba la cabeza a la superficie, con la respiración entrecortada.

Volvió a tirar de mí y me sumergió la cabeza bajo el agua. Yo volví a apretarle la garganta con más fuerza y, una vez más, redujo

la fuerza.

Cada bocanada de aire que cogía me abrasaba la garganta y salía en ataques de tos.

Desesperada, mi madre me arañó la nuca, intentando volver a sumergirme en el agua con ella.

—¡Mamá, por favor! —Apenas pude pronunciar las palabras, con la respiración entrecortada y el pecho encogido. Las piernas se me resbalaban por las baldosas al tiempo que forcejeaba contra sus brazos para evitar que me atrajera.

Sumergida bajo el agua, mi madre abrió la boca. Tenía los ojos desorbitados, con expresión de sorpresa.

Como si su lucha hubiera cesado, se quedó quieta mientras en su rostro aparecía una expresión decidida tan inquietante que me produjo un cosquilleo en la nuca.

Me aparté y me puse de pie en la bañera, ya sin sujetarla, pero ella no se molestó en salir.

Estaba segura de que a esas alturas se había quedado sin aire en los pulmones y necesitaba oxígeno.

«¡Vamos! ¡Levántate!».

Me abalancé sobre ella para cogerla del brazo, pero me detuve en seco cuando de su boca salió deslizándose una criatura alargada, fina y fibrosa que se escurrió de entre sus labios hasta adentrarse en el agua.

Tres más la siguieron; dos de ellas desde la nariz.

Solté un grito y, con los miembros paralizados por el horror, observé cómo los gusanos se retorcían por la superficie de porcelana de la bañera y se abrían paso por el agua hasta reunirse en el desagüe. Salieron al menos dos docenas más de mi madre, obligándola a ensanchar la boca y las fosas nasales. Y, después, más aún. Todos se arrastraron hacia el desagüe taponado.

Respiré entre jadeos, observando el horror, y la negrura me consumió.



2

Lilia

Cuatro años después

—¿Lilia? —Una voz atravesó el vacío.

Abrí los ojos y me encontré encorvada sobre el desagüe de un lavabo amarillento.

—Tierra llamando a Lilia —volvió a decir la voz familiar.

Desconcertada, me giré y me encontré a mi compañera de trabajo, Jayda, de pie a mi lado; me impulsé para separarme del lavabo que estaba limpiando. En medio de la confusión, recordé haberlo limpiado y haber percibido un olor extraño pero familiar, como a podredumbre y suciedad. Era tan fuerte que volví a sumirme en mis recuerdos.

Una sonrisa tímida se dibujó en mis labios y me aclaré la garganta.

—Lo siento, me he despistado.

A veces pasaba. Algo me hacía pensar y esos pensamientos me llevaban al recuerdo más horrible de mi vida, que nunca dejaba de

absorberme, hasta el punto de perder de vista mi propia realidad.

Habían pasado cuatro años desde la muerte de mi madre, pero recordaba cada detalle. Los olores. Los sonidos. El frío.

—Solo te decía que voy a ponerme con la consulta de al lado. —Con el antebrazo sobre la nariz, Jayda tosió—. No sé qué narices ha comido la última persona que ha estado aquí, pero huele como si no estuviera sana. Así que te voy a dejar todas estas letrinas a ti —dijo, y soltó una risita entre dientes.

Todavía mareada, agarré el trapo que se me había caído al suelo y lo tiré al cubo lleno de agua y jabón que tenía al lado. Las náuseas de siempre me revolvieron el estómago e intenté disimular el tembleque de los brazos manteniendo las manos ocupadas, pasándomelas por el uniforme y recogiendo el cubo para ir al siguiente lavabo.

—Qué maja…

Riéndose, se fue hacia la puerta, pero se detuvo un momento.

—¿Seguro que estás bien? Te veo un poco pálida.

—Estoy bien. Genial. Es que estaba sumida en mis pensamientos.

—Por lo visto, *muy* sumida. Ahora, en serio, ¿no te importa que empiece con la otra sala? He pensado que podríamos salir antes si nos damos prisa.

Con una media sonrisa, me encogí de hombros.

—No me importa.

En realidad, odiaba limpiar los baños, las habitaciones de los pacientes y las consultas, pero sospechaba que era lo más cerca que iba a estar de trabajar en un hospital de verdad. El sueño de dedicarme a la investigación médica parecía desvanecerse día a día mientras mi cuerpo se cansaba de vivir. A mi edad debería estar terminando el bachillerato y decidiendo si presentarme al examen

tipo test para entrar en la facultad de Medicina o al examen de las escuelas de posgrado, pero, con las pocas clases que podía coger en el colegio universitario, no llegaría a ese punto de mi formación académica hasta dentro de una década.

—Gracias, tía. El embarazo y las aguas residuales no se llevan bien.

Los baños del sótano del hospital apestaban por regla general, pero el hedor que se respiraba en aquel momento era aún más fuerte.

—Yo me encargo —le dije, haciéndole señas para que se fuera—. Vete. No quiero tener que limpiar tu vómito.

Riéndose, salió por la puerta y, ya sola, solté un largo y tembloroso suspiro. Con las manos apoyadas en el lavabo, cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco.

«Gritos. Gusanos negros. Ojos vacíos».

Sacudí la cabeza y enterré esos pensamientos en las profundidades, negándome a dejar que me consumieran.

«No. Esta noche no».

Me llegó a los oídos lo que parecía un leve chapoteo de agua y al abrir los ojos vi en el espejo los cubículos que había detrás de mí.

En el último vi algo en lo que no había reparado al entrar: unos pies con calcetines bajo la puerta.

Me di la vuelta, con el corazón acelerado por la sorpresa del hallazgo. Sin duda, eran eso, pies.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté, sabiendo muy bien que, en efecto, había alguien ahí. Encima de las extremidades vi el dobladillo de la típica bata de hospital que llevaban todos los pacientes, los cuales no deberían utilizar el baño del sótano, que era para el personal.

Volvió a llegar a mis oídos un débil chapoteo. Dada la posición de

los pies, lo más probable era que la persona no estuviera indispuesta en ese momento, pero podría haber vomitado.

—¿Necesitas ayuda? Puedo ir a buscar a alguien… —Señalé hacia atrás por encima del hombro, como si me viera.

No hubo respuesta.

Me acerqué de puntillas.

—¿Te encuentras mal?

Seguía sin responder.

Por fin llegué a la puerta del cubículo y miré a través de las delgadas rendijas. Una larga y desaliñada cabellera pelirroja caía sobre la bata de la paciente, entreabierta lo justo para mostrar una espalda pálida y moteada, y ropa interior blanca. Un tono violáceo irregular le teñía las extremidades a la vista, sobre todo la pierna y la mano.

Lo primero que pensé fue en el *livor mortis*, pero aparté esa idea.

Se me secó la garganta y tragué saliva.

«Por favor, que esté bien».

Llamé con suavidad a la puerta y esta se balanceo ligeramente; esperaba que la persona respondiera con una indigna protesta a mi indiscreción.

No dijo ni una palabra.

Abrí de un empujón.

Su cabeza descansaba justo encima de la tapa del retrete, con esos mechones de pelo ocultándole la cara.

Extendí una mano temblorosa, agarré su hombro huesudo y tiré lo justo para moverla hacia un lado. Cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra la pared del cubículo, y, cuando el pelo dejó al descubierto la cara, me eché hacia atrás.

El familiar brillo lechoso de los ojos de mi madre me devolvía la

mirada.

Percibí de soslayo que algo se movía y me quedé sin aire cuando miré y alcancé a ver una cosa larga, negra y escurridiza deslizándose por la taza del váter.

Un miedo helador se apoderó de mis músculos. Parpadeé. Tres veces.

Volví a centrarme en mi madre. Otra forma negra y escurridiza se deslizó entre sus labios morados y bajó por su mejilla color ciruela hasta el suelo de baldosas. Se retorció hacia mí. Un grito me salió del pecho y al saltar hacia atrás me caí de culo. El gusano se abalanzó sobre mí, rápido y decidido.

Sin embargo, antes de alcanzarme, se deslizó por el desagüe que había en el suelo, a medio camino entre el cuerpo sin vida de mi madre y yo.

Un ruido en la puerta me produjo otro escalofrío y me incorporé de un salto cuando Jayda entró en el baño.

—Lilia, ¿estás bien? Te he oído gritar.

Con la nariz enrojecida por la amenaza de las lágrimas, negué con la cabeza, incapaz de decir palabra.

Frunció el ceño y se acercó a mí con cautela, observando el baño.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que llamar a alguien —conseguí decir, señalando el cubículo.

—¿A quién? —Con expresión confusa, se volvió hacia donde yo señalaba—. Lilia, ¿estás bien?

Volví a prestar atención al cubículo y no vi nada. Ni rastro de que hubiera habido alguien allí.

—Eh… —Las mejillas me ardieron por la humillación cuando la realidad se apoderó de mí—. Eh… —Intenté buscar una explicación,

algo que evitara que pensase que me había vuelto loca.

Jayda pasó por encima de mis piernas, abrió la puerta del siguiente cubículo y saltó hacia atrás con un grito.

—¡¿Qué cojones?!

Se me aceleró el pulso.

¿Ella también lo había visto?

Enterró la nariz en el brazo tras una arcada y dio un paso atrás.

—Espera… Voy… voy a llamar a alguien. Tú espera aquí.

Con el ceño fruncido, me levanté del suelo mientras ella salía del baño y me asomé al cubículo contiguo a donde había visto a mi madre. Una bola de pelo oscuro con una larga cola desnuda flotaba en la superficie del agua del retrete. Una rata.

Eso al menos explicaba el olor.

Respirando con dificultad, me apoyé en la pared de enfrente y volví a deslizarme hasta el suelo.

Un peso enorme me debilitó las piernas. Se me entumecieron las extremidades y el pecho. Sin duda, estaba sufriendo un ataque de pánico, porque una sensación fría y húmeda se apoderó de mí, como si se me llenaran los pulmones de agua helada, y estaba bastante segura de que, si no me hubiera sentado, me habría desmayado.

Con los ojos cerrados, respiré por la nariz, contando hasta cuatro varias veces. Entre el incesante golpeteo de la sangre en los oídos percibía la voz tranquila de Jayda, que estaba llamando a mantenimiento.

Unas náuseas ardientes me subieron del estómago a la garganta, pero me tragué las ganas de vomitar. Las fosas nasales me quemaban y apreté los ojos con más fuerza, respirando cada vez con más dificultad por la nariz.

Me atreví a abrir los ojos y me quedé mirando el cubículo vacío, odiándome por caer en otro episodio delante de mi compañera de

trabajo. Con los músculos temblorosos, volví a ponerme en pie y, por suerte, el malestar desapareció de la garganta y volvió al vientre. Respirar por la nariz me había ayudado.

Aferré el frasquito de cenizas de mi madre que me colgaba del cuello, enganchado al viejo rosario que ella solía guardarse en el bolsillo. Era una superstición estúpida que me había contado una vez. Siempre llevaba un anillo de mi abuela colgado en un collar. Cuando le pregunté por qué, me dijo que los muertos nunca hacían daño a quienes llevaban algo que les pertenecía. Yo ni siquiera creía en Dios, pero mi madre sí, y una parte de mí se sentía obligada a conservar el rosario por esa razón.

Cuando la puerta volvió a abrirse de golpe, me estremecí.

Jayda entró, guardando las distancias.

—He llamado a mantenimiento. Están de camino. ¿Estás bien? —Su voz tranquilizadora me recordó a la de mi madre. Tenía veintitrés años, solo unos más que yo, pero la vida parecía habernos hecho mayores a las dos.

—Creo que sí. Solo estoy… un poco nerviosa.

—No, cielo. Me refiero a si estás bien *de verdad*.

Sabía a qué se refería. Ahora todo me ponía nerviosa. A saber qué había desencadenado el episodio aquella vez. Tal vez el olor. Tal vez había visto la rata y me había imaginado algo completamente distinto. No era la primera vez que me pasaba. Jayda había presenciado un par de incidentes en los que había visto algo que no estaba allí.

—Se me pasará. —Esas tres palabras se habían convertido en mi mantra en los últimos cuatro años.

«Se me pasará».

Casi siempre se me pasaba, excepto cuando algo desencadenaba recuerdos.

O si había tenido alguna alucinación de mi madre.
Pero ¿se me había pasado?
Supuse que eso aún estaba por ver.



3

Lilia

Viajar en metro después del trabajo era una mierda, pero hacerlo después de haber visto a mi madre muerta en el trabajo era muy perturbador. Aunque Jayda me había dicho que me fuera una hora antes de lo normal, me quedé un poco más para que no tuviera que hacer ella todo el trabajo.

Nunca me había molestado en contarle lo de las alucinaciones, aunque fuera más amiga que compañera de trabajo. Y, las veces que había hablado de la muerte de mi madre, tampoco se me ocurrió mencionar los gusanos negros que le salieron por la boca.

Más que nada porque tenía la impresión de que tampoco fueron reales.

Según Conner, el padre de Bee, mi madre se cortó las venas aquella noche. La historia era que Bee había salido de su habitación y me había encontrado desmayada en el suelo del baño y a mi madre en la bañera con tajos en las muñecas. Volvió corriendo a su

habitación y llamó a Conner, y, cuando él llegó, ella estaba escondida debajo de la cama temblando y murmurando para sus adentros.

Sin embargo, la historia tenía una laguna en la trama. Un vacío que nunca había llenado tras años intentando evocar los detalles de aquella noche. No recordaba que mi madre se hubiera cortado las venas. Seguramente habría registrado en mi cronología mental una imagen así de horripilante.

Pero, cuando insistí en que había visto que le salían gusanos de la boca, Conner negó su existencia y me enseñó el informe forense. Allí, tan clara como el agua, estaba la causa de la muerte, que destacaba entre el resto de los detalles sangrientos: «Pérdida de sangre grave por suicidio». Entonces entré en una espiral oscura en la que no podía confiar en mí misma. Un lugar donde la realidad y las pesadillas se difuminaban.

Unos meses después, visité a nuestro médico de cabecera para preguntarle por los gusanos y él me contestó que nunca había oído hablar de ellos, cosa que supuse que tenía sentido si me los había imaginado. Tampoco encontré nada sobre ellos en las varias búsquedas de Google que hice, y en ninguna de las revistas médicas que leí sobre parásitos se hablaba de las complicaciones y la progresión de los síntomas que había observado a lo largo de la enfermedad de mi madre.

No me quedó otra que aceptar que me los había imaginado. Al fin y al cabo, los traumas te dejan muy tocada de la cabeza.

Cuando salí del trabajo, me encontraba como si hubiera corrido una maratón mental. Aún no estaba del todo lúcida, lo que hizo que esa noche el metro me pareciera diferente. Más aterrador.

Poco después de medianoche, la única línea que quedaba abierta era la roja. Por allí solo andaban yonquis y gente que iba de bar en bar, y algunos estaban sentados en la calle o durmiendo. Covington

no era la peor ciudad del país, pero estaba claro que no era la más segura.

Sin embargo, el potente hedor a orina, estancado por el calor de julio, apenas me distraía de las cosas turbias que seguían arremolinándose en mi cabeza.

El problema era que dormía poco. En realidad, era un círculo vicioso. Tenía pesadillas horribles que me mantenían despierta más horas que a cualquier persona normal. Eso significaba que veía cosas. Y a veces esas cosas hacían que me resultara difícil determinar si estaba despierta o dormida.

Cerré los ojos y respiré hondo, aferrando el rosario. Cuando por fin volví a abrirlos, capté enfrente la mirada lasciva de un señor. A juzgar por las motas grises de la barba y del pelo, debía de tener unos cuarenta. Su piel blanca y pálida me decía que no le daba mucho el sol. Solo había otra mujer en el vagón, de unos sesenta años, inconsciente en un rincón. Las demás personas que había desperdigadas eran hombres.

Había heredado la ansiedad social de mi madre, que siempre había rechazado la idea de que la gente fuera intrínsecamente buena. A sus ojos, todo el mundo era un asesino en serie hasta que demostrara lo contrario, y, de alguna forma, parte de esa paranoia se había manifestado en mí a lo largo de los años.

Solté el rosario y me metí la mano en el bolsillo para buscar la navaja que llevaba a todas partes, incluso cuando me iba a la cama. Me la había comprado hacía tiempo, cuando decidí trabajar en el turno de noche.

El señor, como si hubiera percibido mi inquietud, bajó la mirada hacia el colgante que llevaba en el cuello. Ensartadas en una hilera de cuentas negras, las cenizas constituían la forma más pura de mi madre, pues la enfermedad que la mató había desaparecido. Sentí el

impulso de volver a aferrarlo, de protegerla de sus miradas; sin embargo, aparté la vista, aunque seguía sintiendo sus ojos clavados en mí.

El altavoz anunció que mi parada era la siguiente. Aliviada, me levanté del asiento y, sin mirar al tipo, corrí por el pasillo mientras el tren se detenía.

En cuanto se abrió la puerta, salí corriendo al andén vacío.

—¡Eh! —exclamó una voz ronca y grave detrás de mí—. ¡Eh, chica!

Putos borrachos. Me las veía con ellos al menos tres veces por semana y esta noche no estaba de humor.

Lo ignoré y seguí adelante, hacia la escalera, toda temblorosa y con los nudillos ardiéndome de sujetar la navaja que tenía en el bolsillo. Apreté el botón y la hoja se abrió, y notarla contra el muslo a través de la tela me alivió un poco.

—¡Eh, chica! —La voz estaba más cerca que antes, pero no me atreví a girarme para mirarlo—. ¡Para!

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, corrí hacia las escaleras y, en cuanto toqué el primer escalón, noté un agarre firme en el brazo y me temblaron los músculos. Al girarme, vi al hombre del metro y me saqué la navaja del bolsillo, sosteniéndola con una mano temblorosa entre los dos.

—Te aconsejo que me sueltes. Ya.

Lo hizo a la vez que levantaba mi bolsa de lona.

—Te has dejado esto.

Clavé la mirada en el bolso y luego otra vez en él, sin saber qué decir. Mis músculos se relajaron y solté un suspiro tembloroso. Lo acepté y me guardé la navaja en el bolsillo.

—Gracias.

El hombre enarcó una ceja poblada.

—Ten cuidado. —Y se marchó cojeando hacia el andén.

Una vez fuera de mi vista, cerré los ojos y respiré hondo. «Contrólate, Lilia».

El letrero luminoso de la marquesina del teatro Luminet proyectaba una luz brillante sobre la acera mientras me dirigía por la calle Prather hacia la puerta anodina que había justo después de la entrada del cine. El bloque de pisos donde había pasado la mayor parte de mi vida, justo encima, se había construido a principios de los años veinte, cuando el teatro estaba en auge en la ciudad. El edificio en sí era una especie de punto de referencia en Covington: era donde el primer asesino en serie famoso de Massachusetts había dejado a su víctima, una conocida actriz de entonces, descuartizada en su camerino. A pesar del atractivo de esa infamia y de su historia, el edificio no se había mantenido en buen estado a lo largo de los años. Supongo que no había dinero para restaurarlo.

Subí la estrecha escalera y su esqueleto cansado crujió bajo las botas. Ni siquiera el fuerte olor a moho y a bolas de naftalina eliminó el olor a pis que aún me taponaba la nariz. Cuando por fin llegué al piso, oí voces y me recorrió el miedo, sobre todo cuando reconocí que una pertenecía al amigo de Conner, Angelo. Había aparecido hacía unos cuatro años y se había convertido en un grano en el culo horrible, un bulto cancerígeno.

—No sé, tío. Esos tipos tienen relación con el cártel —oí que decía Conner a través de la puerta—. Tengo que pensar en mi hija.

Antes de morir, mi madre mantuvo el contacto con Conner sobre todo por Bee. Durante sus dos primeros años de vida vivió con nosotras hasta que lo echó y acabó en Nueva York, compartiendo piso en un barrio cutre. Un par de años antes de que ella enfermara,

accedió a volver a vivir con nosotras para ayudarnos e intentar establecer una relación con su hija. Teniendo en cuenta que yo no era mayor de edad cuando murió, probablemente nos habrían enviado a una casa de acogida, ya que mi madre no tenía ningún familiar, que yo conociera. A veces, Conner era un auténtico imbécil, pero, al menos en general, nos había mantenido juntas.

—Es una puta pasta. Mira a tu alrededor —espetó Angelo—. No es que estés viviendo lo que se dice a lo grande.

Un tiempo después de que mi madre falleciera, los dos se metieron en un negocio clandestino que, según Conner, no era más que vender la chatarra que mendigaban. No me lo creí ni por asomo, pues los vi darle una paliza a un tipo en el callejón de atrás del bloque. Sin embargo, cada vez que sacaba el tema, se desataba una discusión que siempre terminaba con Conner diciéndome que me metiera en mis asuntos.

No me gustaba y, obviamente, tampoco me gustaba una mierda Angelo. El tío era la guinda podrida y mohosa de un pastel asqueroso.

Con el ceño fruncido, entré en el pisito y me encontré a Angelo recostado en una silla de la cocina y a Conner bebiéndose una cerveza a su lado.

Este se irguió, sin duda sorprendido de verme en casa media hora antes de lo habitual.

—Hola, Lil, ¿qué pasa? —A pocos años de cumplir los cuarenta, Conner estaba hecho una mierda, con las manos y la camiseta manchadas de grasa, cortesía del taller de coches en el que llevaba trabajando seis años.

En cambio, su amigo venía un poco más arreglado, pero desprendía un olor mezcla de tierra recién removida y ferretería.

Mientras se bebía su cerveza, Angelo me siguió con sus ojillos

negros hasta el rincón opuesto de la habitación, donde me quedé, manteniendo las distancias.

—He tenido un problema técnico en el trabajo —respondí, mirándolos a los dos, y me subí el bolso al hombro—. He encontrado una rata muerta en un baño.

—Qué bien. —Conner resopló y se bebió otro trago largo.

—Me sorprende que no te la trajeras a casa para cenar —repuso Angelo, con una media sonrisa en la boca.

—Si hubiera sabido que ibas a estar aquí, lo habría hecho.

Le tembló el labio. A Angelo no le gustaba que lo desafiaran, menos aún si eso lo hacía parecer idiota.

—Creo que tu papi debería hacer algo con esa bocaza que tienes. —El significado implícito de esas palabras me hizo tragarme la repulsión.

—No te pases. —Conner, obtuso como siempre, dio una ligera patada a la silla de Angelo justo cuando el bruto este se llevaba la cerveza a la boca. El líquido le salpicó el regazo y le lanzó una mirada asesina a Conner que inquietó a mi padrastro—. No seas tan capullo.

—Los capullos no saben de modales —dije sin poder contenerme. Por desgracia, Conner no tenía cojones para plantarle cara a su amigo si este contratacaba, así que soltar esa frase no fue precisamente lo más inteligente por mi parte.

Angelo me fulminó con la mirada, pero, gracias a Dios, no se molestó en decir nada más.

De la encimera que había junto a él, Conner cogió un plato de papel con una sola porción de pizza.

—Te he guardado la cena, Lil, por si tienes hambre. —Lo tiró sobre la mesa, frente a Angelo, y, del impacto, el queso salió disparado hacia un lado de tal manera que se me quitó el apetito.

De todos modos, no es que fuera a comer mucho. No con esos gusanos dándome vueltas en la cabeza.

Sonó el teléfono, que interrumpió la mirada asesina de Angelo, y Conner respondió. Después de varios síes entrecortados colgó.

—¡Joder, putos pájaros! La señora Callahan se está quejando otra vez de la mierda que hay por todo el cemento.

Los pájaros de mi madre. En las grandes jaulas de la azotea del bloque había unas veinte aves distintas, en su mayoría palomas y gorriones. Nuestra vecina Winnie, una amiga de ella que vivía al final del pasillo, se había ofrecido a cuidarlos después de que falleciera, pero no siempre limpiaba bien los excrementos.

—Lo siento. Ha sido una semana muy ajetreada, lo limpiaré.

—No, no pasa nada. Supongo que también quiere que le eche un vistazo al fregadero de la cocina. —Además de trabajar en el taller de coches de la calle de arriba, Conner había sido nombrado el manitas no oficial del bloque, por lo que nos hacían un descuento de cien dólares en el alquiler—. Ahora vuelvo —anunció, y dejó su cerveza en la encimera antes de pasar por mi lado.

Parecía que la viuda lo llamaba mucho últimamente, y habría tenido que estar en coma para no darme cuenta de que había algo entre ellos. No es que me importara, excepto que odiaba quedarme sola con Angelo.

Una vez se marchó, este se encendió un cigarrillo y el olor a tabaco barato inundó la habitación.

—Aquí no se puede fumar.

Curvó la comisura de los labios hacia arriba en una sonrisa repugnante y astuta.

—Ven y apágalo, si te atreves.

Puse los ojos en blanco y pasé junto a él de camino al fregadero para tomarme un vaso de agua, ya que, de repente, se me había

quedado la garganta seca. Me hubiera ido directa a mi habitación, pero temía que me siguiera hasta allí. Era mejor estar cerca de los cuchillos de cocina.

—¿Por qué sigues aquí tan tarde? —Miré hacia atrás y, al ver que me miraba el culo, noté un regusto ácido subiendo por la garganta. Me bebí el vaso de agua de un trago, ahogando las ganas de cantarle las cuarenta.

—Lily la gatita —dijo, ignorando mi pregunta—. Ya no eres tan pequeña, ¿verdad, gatita?

—No me llames así.

—¿Por qué te molesta? ¿Tienes novio o qué? —El sonido de su risa cuando no respondí me puso de los nervios—. No. Claro que no tienes novio. Los hombres son gilipollas, ¿verdad?

—Más o menos.

—¿Alguna vez has tocado una? Una polla, quiero decir.

Sacudiendo la cabeza, dejé el vaso en el fregadero. Había superado oficialmente el límite de mi paciencia. Cuando me di la vuelta para irme, lo tenía detrás de mí, acorralándome contra la encimera.

—Una chica tan guapa como tú ya habrá tocado un montón de pollas a estas alturas.

Me aparté del fregadero para pasar junto a él, pero se me arrimó y en mi cabeza saltaron las alarmas.

—Déjame en paz, puto pervertido —espeté, apretando los dientes y zafándome de su agarre.

Me arañó la garganta con sus uñas afiladas y me quedé paralizada, apretando los dientes con rabia, mientras él se inclinaba hacia mí, dispuesto a besarme.

Con los ojos clavados en mis labios, sonrió; el aliento le apestaba a cerveza y a tabaco.

—A veces me imagino que tengo la polla manchada de tu sangre y se me pone dura. —Apartó su mirada fría y negra de mis labios y la posó en mis ojos, y la sonrisa de su rostro se desvaneció—. ¿Te molesta que diga eso?

Me mordí el interior de la mejilla para controlar el tembleque de mandíbula. El tío me daba mucho miedo, pero me negaba a admitirlo delante de él. Algo me decía que el miedo le ponía.

«El cuchillo». Tenía la navaja en el bolsillo, pero, como temblaba, probablemente se me habría caído antes de hacerle un corte.

—Si no me sueltas ahora mismo, me pongo a gritar.

—«Me pongo a gritar» —se burló—. Pues grita. ¿Crees que a alguien de este barrio le importa una mierda? —Le dio una calada a su cigarrillo y me echó el humo a la cara.

Con los labios sellados, me retorcí todo lo que me permitía su agarre, negándome a inhalar.

—Si no fuera por mí, tu viejo estaría ahogado en facturas ahora mismo. Tu hermana sigue en ese puto instituto de chiflados gracias a mí. Y si tú no tienes que vender ese culo de gatita tan bonito en las calles para pagarte la universidad también es gracias a mí.

Tras la muerte de mi madre, la salud mental de Bee se deterioró muy rápido. Cayó en una depresión que me obligó a estar pendiente de ella todas las noches y a llamar al instituto de día. Mi psicóloga me sugirió un internado, Bright Horizons, especializado en salud mental, y se ofreció a evaluar su admisión. Bee aprobó con nota e incluso consiguió una ayudita económica para cubrir parte del coste de la matrícula. Conner y yo nos repartimos el resto; por su parte, era una contribución no voluntaria, ya que él pensaba que las enfermedades mentales eran una chorrada. Ese imbécil tuvo el descaro de decírmelo una vez y juro que tuve que hacer un esfuerzo enorme para no darle una bofetada.

Sin embargo, no podía arriesgarme a enfadarlo. Necesitaba que pagara su parte de la matrícula, así que cabrearlo no era una opción. Esa era la razón por la que me quedaba en el pisito de encima del cine, tenía un trabajo de mierda por las noches y solo cursaba el mínimo de clases por semestre en el colegio universitario.

Y, por supuesto, era la razón por la que lidiaba con Angelo.

—Más vale que no nos metas en el cártel. —Fueron palabras atrevidas por mi parte y me arrepentí en cuanto las pronuncié.

Enseñándome los dientes, me apretó la garganta con más fuerza y la presión amplificó la rapidez con la que me latía el pulso en el cuello. No tanto como para cerrarme la tráquea del todo, pero sí lo justo para darme un susto de muerte.

—Te crees muy lista, ¿verdad? ¿Qué hace una *cientificucha prometedora* limpiando la mierda de los retretes? ¿Eh? ¿Eh?

Le arañé los dedos, negándome a que viera el miedo reflejado en mi rostro. Seguía apretándome la garganta con una mano, y con la otra, la del cigarrillo, me agarró de la muñeca y me miró el antebrazo.

—«Memento mori» —leyó en el tatuaje—. Eres una zorra gótica de esas que fantasean con la muerte todo el tiempo, ¿no?

Para nada. De hecho, el tatuaje era un recordatorio de humildad, pero ¿qué iba a saber ese idiota de eso?

—Su-él-ta-me.

Angelo se rio entre dientes y me liberó la mandíbula.

Por fin libre, me alejé de él lo más rápido que pude, todavía temblando por el enfrentamiento.

Aplastó el cigarrillo en mi porción de pizza destrozada.

De todos modos, no me la iba a comer, con el estómago revuelto y el ácido quemándome la garganta. Mirándome con desprecio, salió de la cocina a grandes zancadas. Ni un minuto después oí que

cerraba la puerta, anunciando su partida, y yo solté un suspiro.

«Mantén la calma».

Después de tirar la pizza a la basura, me fui a mi habitación. Una vez dentro, cerré de un portazo y apoyé la frente en ella para que la adrenalina de ese puñetero cara a cara con Angelo se estabilizara mientras intentaba contener las lágrimas.

Lo odiaba. Me repateaba que Conner confiara en él hasta el punto de dejarlo a solas conmigo. Lo débil y vulnerable que me sentía en su presencia.

Respiré hondo varias veces para calmar los latidos del corazón. «Se ha ido. No pasa nada».

En ese momento me volví hacia mi habitación: mi santuario, repleta de libros, velas, frasquitos llenos de mis hierbas secas favoritas y las sales tisulares que me había regalado Glinda, la mujer de la tienda homeopática que estaba a solo una manzana. Un lugar al que empecé a acudir muy a menudo cuando mi madre enfermó.

Dejé mis cosas al lado de la cama de camino al armario, de donde saqué una cajita de baratijas del estante de arriba. Al abrirla aparecieron un montón de objetos sin relación entre sí, pequeños tesoros que había ido guardando en los últimos años. Huesos de un gorrión que murió hacía mucho; la pluma roja y brillante de un cardenal que mi madre siempre me había dicho que era un regalo de los ángeles; una costilla de ardilla, y seis dientes de leche míos en una botellita con tapón de corcho. Debajo de todo eso había una foto mía con mi madre de antes de que la enfermedad se apoderara de ella; una horquilla de Bee de un abejorro con una piedra amarilla y blanca; monedas y piedras raras que había ido recogiendo, y un cristal que Glinda me había dado para que me protegiera.

Metí el rosario en la caja, la cerré y la volví a colocar en el estante de arriba. Me quité los zapatos y me dejé caer en la cama,

agotada. Necesitaba dormir un poco. Además, tenía una reunión con mi profesor a primera hora de la mañana.

Hacía dos semanas había escrito un ensayo para la clase de microbiología. Un estudio de caso. Aunque se suponía que debía ser «ficticio», la tarea consistía en inventar una enfermedad, y aproveché la oportunidad para escribir sobre la afección de mi madre. En realidad fue una forma de purgar la culpa, ya que escribir los acontecimientos me ayudó a darme cuenta de lo mal que lo había pasado siendo su principal cuidadora durante las semanas previas a su muerte. Se había negado a ir al médico y se había mantenido firme en lo de que no la llevara al hospital por muy mal que estuviera.

En lugar de detallar el suicidio al final, escribí sobre los gusanos. Pensé que no pasaría nada, ya que, de todos modos, no existían. En el trabajo llamé a la enfermedad «síndrome del gusano negro» y, al parecer, ese pequeño y encantador estudio de caso desencadenó una reunión con mi profesor a primera hora de la mañana, antes de clase.

No había mencionado su nombre en el trabajo. Tampoco me había referido a la paciente como «mi madre». Siempre había sido lo que yo consideraba una protectora implacable de su privacidad. Aun así, aunque solo tenía dieciséis años en aquel momento, no pude evitar sentirme un poco culpable por su rápido deterioro. Por no insistir en que se hiciera una revisión cuando empezó a empeorar y a ver cosas que no existían.

Sobre todo, si eso hubiera podido salvarla al final.

Al otro lado de la habitación, sobre mi escritorio improvisado hecho con cajas de madera apiladas y un tablero contrachapado, colgaba un cuadro que mi madre había pintado años antes de enfermar. Un pintoresco paisaje marino junto a un acantilado con un

roble viejo cuyas ramas curvas sostenían un pequeño columpio. Siempre me había transmitido paz ese lugar tan lejano de aquel piso de mierda en aquella ciudad de mierda. Una vez le pregunté si había estado allí alguna vez.

Me dijo que en sueños.

Sentí una sombría punzada de dolor en el pecho cuando arranqué una foto que tenía clavada en la pared junto a mi cama; salíamos mi madre, Bee y yo, y estaba hecha unos dos años antes de que enfermara. Ella siempre había tenido un halo de luz alrededor, pero ese día aún más, ya que el sol brillaba a través de los mechones de pelo casi burdeos. Poseía la belleza de una llama indómita, destructiva y salvaje.

Toda mi vida me habían dicho que era su viva imagen.

Sin embargo, yo nunca había tenido la oportunidad de ser salvaje e indómita. Siempre me había sentido más como el fuego de esas chimeneas eléctricas: una falsedad contenida por el cristal, sin mucho potencial para hacer nada. La vida me encadenó cuando ella enfermó y, no sé por qué, no conseguía romper esas cadenas.

Aunque Bee también había heredado algunos de sus rasgos, parecía tener mucho más de Conner. Mientras que los ojos de mi madre y los míos eran de un brillante verde azulado, los suyos eran color avellana, como los de él. A diferencia de Bee, yo nunca había conocido a mi padre. Según mi madre, era un inútil, así que nunca me interesó mucho.

Otra cosa que mi hermana tenía y yo no era un bulto sobre el ojo derecho, el quiste dermoide con el que había nacido y que le había causado inseguridad desde que iba al colegio, donde los cabrones de sus compañeros se burlaban de ella. Por desgracia, mi madre nunca pudo permitirse quitárselo, por lo que todavía le deformaba un poco el ojo, aunque últimamente no parecía

importarle mucho.

Mientras contemplaba a mi pequeña pero desestructurada familia, un temor retorcido se apoderó de mí.

«¡Ayúdame! ¡Mamá, no!».

Unos gritos lejanos resonaron en mi mente y, con los ojos cerrados con fuerza, negué con la cabeza.

«No, no. No lo mires. No mires».

La oscuridad volvió a invadir un rincón de mi pensamiento; solté un suspiro trémulo y volví a abrir los ojos. Me temblaba la mano, y con ella la fotografía, mientras respiraba más despacio.

«Tranquila. Ya se ha ido».

Volví a colgar la foto en la pared y, de debajo de la cama, saqué una de las ataduras negras que tenía escondidas allí: unas cuerdas con velcro de BDSM que había comprado en una tienda de juguetes sexuales hacía tiempo. Después de fijar un extremo al cabecero de metal de mi cama, me detuve un momento para asegurarme de que Angelo no hubiera decidido seguir acosándome. Lo único que se oía en la pequeña habitación eran los leves sonidos del piso: el zumbido del aire en la ventana del salón, los coches que bajaban por la calle Prather y la música amortiguada del cine de abajo.

Ya tranquila, metí la navaja bajo la almohada y me até el otro extremo de la correa a la muñeca. Solo estaba cerrada con velcro; así, si era necesario, podía soltarme enseguida. Era la única forma efectiva de evitar que caminara sonámbula, aunque tal vez no fuera lo más seguro. Una vez probé con medicación, pero, sin seguro médico, ya no era una opción. Y, dada la cantidad de veces que había acabado fuera del piso, pensé que tenía que hacer algo. Por raro que pareciera, las ataduras funcionaban, y solo tenía que sujetar una mano, ya que los tirones y los golpes contra el metal solían despertarme. Algo bueno, al menos.

Tenía la sensación de que me esperaba una noche movidita.



4

Lilia

El profesor Wilkins se sentó frente a mí, con una mirada severa e indescifrable, como siempre. A diferencia de mis otros profesores, su oficina era suntuosa: tenía sillones de cuero color burdeos, un escritorio de madera maciza de cerezo con un aparador a juego, lámparas que daban luz natural y estanterías detrás de él. La estancia hacía juego con la personalidad del tipo, ya que creo que era el único profesor que conocía en el colegio universitario de Covington que usaba pajarita todos los días y hablaba como si hubiera salido de una película antigua de Cary Grant.

Después de tomarse un momento para ordenar unos papeles que tenía esparcidos sobre su escritorio, entrelazó los dedos y me miró.

—Señorita Vespertine… Sobre el ensayo que escribió…

Un fuerte pinchazo en el labio inferior me recordó que debía dejar de mordérmelo, un mal hábito que había adquirido para dejar

de mordisquearme las uñas.

—Señor, ¿puedo…? ¿Me he metido en un lío? Solo quiero aclararlo primero. Quitar la tirita del tirón, por así decirlo.

Se recostó en su asiento y me miró unos segundos.

—No. Por supuesto que no se ha metido en ningún lío.

Solté un suspiro de alivio y dejé de agarrarme a los brazos de la silla.

—Menos mal.

—Señorita Vespertine, el ensayo que ha escrito es muy interesante. Fascinante, con muchos detalles. Parece tener una percepción excepcional de su organismo *ficticio*. Estos gusanos que ha descrito parecen aterradores.

Cerré los ojos ante el recuerdo de aquellos animales saliendo de la boca de mi madre en la visión que había tenido la noche anterior. Había sufrido pesadillas horribles, en las que los veía arrastrándose por el suelo y saliendo de bocas.

—Supongo que tengo mucha imaginación.

—Tengo curiosidad por saber qué le pasó a la persona a la que atiende en el trabajo.

—¿A qué se refiere, señor?

—No ha incluido en el resumen qué le pasa al final. Solo el transcurso de la enfermedad, su progresión y sus observaciones. —Con los dedos entrelazados, se recostó en su asiento. Sus ojos estaban llenos de preocupación.

—Bueno, eh… Supongo que, dado que no ofrezco una cura, no me molesté en mencionar qué ocurre al final.

—¿Y por qué no elaboró una cura?

Me encogí de hombros, aclarándome la garganta.

—La tarea consistía en escribir sobre una enfermedad ficticia y su impacto en la fisiología humana.

—Lo cual ha hecho magníficamente. Tan bien que me veo obligado a preguntarle cómo se le ocurrió esta enfermedad en particular.

¿Había escrito alguien más sobre lo mismo? No entendía por qué habría convocado una reunión para hacerme estas preguntas.

—Disculpe, señor. Me la inventé. Ha dicho que no estaba metida en ningún lío, pero siento que me está acusando de algo.

La tensión de su rostro se suavizó en una leve sonrisa y sacudió la cabeza.

—Perdóneme, no la estoy acusando, señorita Vespertine. —Con un suspiro, volvió a mirarme fijamente—. El organismo sobre el que ha escrito no es ficticio. Aunque entiendo que hay miles de parásitos, los síntomas que ha descrito son bastante reveladores de esta especie en particular.

El corazón me latió con fuerza y mientras en mi cabeza repetía sus palabras.

—¿Qué acaba de decir? —pregunté con voz débil.

—He dicho que el organismo que describe en su ensayo no es ficticio. *Existe.*

«Existe. Es real».

No me lo había inventado. No. Eso no podía ser cierto.

—¿Está de broma?

Él apretó los labios y negó con la cabeza.

—No la habría llamado para una reunión si fuera broma.

Pero tenía que serlo. Durante años me habían dicho que era producto de mi imaginación. Me hicieron creer que lo que había visto estaba distorsionado por el trauma del suicidio de mi madre. Me llevó tiempo, pero acabé aceptando aquella explicación, esa mentira que mi cabeza se había contado para protegerme el corazón, porque, de otro modo, el suicidio de mi madre no tendría sentido.

Nos quería demasiado a Bee y a mí como para morir de aquella manera, como para acabar con su vida de una forma tan espantosa.

Dentro de mí, todo se desmoronó. Se quebró como unas ramas frágiles que me habían mantenido anclada a cierta verdad.

La noticia era, de alguna manera, a la vez reconfortante y aterradora.

—No sale en ningún libro de texto ni en ninguna búsqueda de internet. —El profesor Wilkins interrumpió el torbellino de pensamientos que había en mi cabeza—. La investigación está en curso y es de propiedad privada.

—¿Propiedad privada? Me parece que algo capaz de infectar a un ser humano debería hacerse público.

—Volveremos a eso en un momento. —Levantó una pila de papeles que tenía a su lado y vi el título de mi estudio de caso impreso—. Después de leer su trabajo, se lo envié a una colega mía para que le echara un vistazo. Se llama Loretta Gilchrist. Es profesora de Entomología y jefa de departamento en la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Dracadia. ¿La conoce?

Era la costosa universidad para yupis en la que había solicitado plaza sin mucho entusiasmo el verano anterior a mi último año de instituto, cuando esperaba convertirme algún día en abogada, aunque sabía perfectamente que no me aceptarían. Sí, la conocía. Y, por supuesto, me habían rechazado. Menos mal, porque más tarde tomé la decisión de cambiar de carrera y buscar la cura para la desconcertante enfermedad que había matado a mi madre.

—Sí, he oído hablar de ella. Allí se estudia Derecho, ¿verdad?

—Sí, tiene una facultad de Derecho. Pero es mucho más conocida por la investigación médica.

—Bueno, a ver, está un poco fuera de mi alcance, así que supongo que tiene sentido que no lo supiera.

—Son muy selectivos con los candidatos. La universidad, como sabes, es bastante prestigiosa. Varias personas destacadas han pasado por las aulas de Dracadia. —Echó los hombros hacia atrás, con una mirada de orgullo en su rostro—. Da la casualidad de que es mi *alma mater*.

Por mucho que quisiera preguntarle por qué, si ese era el caso, estaba impartiendo una clase de microbiología general en un centro de enseñanza superior, mantuve la boca cerrada.

—Como sospechaba, la doctora Gilchrist también quedó impresionada. —Rebuscó en su escritorio y sacó un sobre negro que me entregó—. Al parecer compartió su trabajo con el decano de admisiones, el doctor Langmore, quien me pidió que le diera esto.

Con el ceño fruncido, acepté el sobre sin destinatario y al darle la vuelta vi que estaba sellado con lacre dorado, estampado con una «D» gótica.

—¿Qué es esto?

—Es para usted. Ábralo. —Su característica austeridad, que le había granjeado reputación de ser un capullo, se transformó en algo completamente ajeno a él. El hombre lucía una sonrisa alegre y el brillo de emoción en sus ojos me provocó tanto curiosidad como preocupación.

Rompí el sello de cera y encontré otro sobre negro en el interior, dirigido a mí con una hermosa caligrafía dorada. Al abrirlo apareció un pergamino grueso doblado en tres partes perfectas. En la parte superior de la página estaba estampada la misma «D» gótica.

> Querida señorita Vespertine:
>
> En nombre de la Universidad de Dracadia, me complace ofrecerle su admisión en la facultad de Ciencias Naturales. Nuestra universidad se enorgullece de su excelencia académica

y de su innovadora investigación médica. Creemos que sus credenciales, junto con el respaldo personal del doctor Wilkins, la convierten en la candidata ideal para nuestro programa universitario.

La beca académica que le hemos asignado para el semestre de otoño cubrirá todos los gastos de viaje, libros de texto y alojamiento.

Si decide aceptar esta invitación, el tren de medianoche la llevará de Covington Park a la ciudad portuaria de Thresher Bay, en Maine. Entonces cogerá el ferry a la isla de Dracadia.

La matriculación está sujeta a la finalización satisfactoria del proceso de inscripción. Le recomiendo que inicie sesión en su cuenta de estudiante, que me he tomado la libertad de crear para usted, para comenzar a inscribirse en las clases de otoño. Le recuerdo que comenzarán el día 1 de septiembre.

Debido a la naturaleza competitiva de nuestras admisiones, le pedimos que se ponga en contacto con nosotros lo antes posible para comunicarnos su decisión. Estoy a su disposición en la dirección de correo electrónico y en el número de teléfono que figuran a continuación para cualquier pregunta o duda que pueda tener.

Espero su respuesta con interés.

Atentamente,
Gilbert Langmore
Decano de Admisiones
LangmoreG@dracadia.edu
Despacho: 555-721-3699

Me quedé mirando la carta, seguro que con la confusión

reflejada en mi rostro mientras leía algunos fragmentos por segunda vez.

—No… no lo entiendo. Me denegaron la admisión. Y, la verdad, con razón: está muy por encima de mis posibilidades. Esto no tiene sentido.

—¿Había solicitado ya su programa de ciencias aplicadas a la medicina?

—No. En aquel entonces mi intención era estudiar Derecho. Pero cambié de opinión.

—Bueno, parece que ellos también lo han reconsiderado. Debo decir que, académicamente, usted posee la aptitud necesaria, señorita Vespertine, aunque desde luego no esperaba que mi conversación con la doctora Gilchrist diera lugar a una admisión. No se equivoque respecto a sus aptitudes. —Sus palabras transmitían un extraño entusiasmo que, sin embargo, no logró conmoverme.

—Se lo agradezco, pero… en esta carta me ofrecen un solo semestre. No tengo forma de pagar una universidad como esta. Apenas puedo permitirme la matrícula de Covington.

—Un semestre *y la oportunidad de continuar*. La universidad se enorgullece de su fidelización y de su éxito académico. Sospecho que la evaluarán al final del semestre y harán una nueva oferta.

Aún con la carta en una mano, me masajeé la nuca, que tenía tensa por los nervios.

—Perdóneme, no quiero parecer una desagradecida, pero recibir una carta de aceptación de esta manera me parece… poco oficial, ¿no?

La emoción de su expresión se atenuó y se volvió seria.

—Dado que usted no presentó la solicitud en su nombre, tal vez el doctor Langmore pensó que, si se la enviaba directamente, podría no tomársela en serio.

Era verdad. Si hubiera recibido una invitación tan elegante como esa en casa, de una universidad que ya había rechazado mi solicitud de admisión, seguro que habría pensado que era una estafa y la habría tirado a la basura.

—Señorita Vespertine, ha de comprender que entre los investigadores y la gente que desea estudiar Medicina en particular, Dracadia recibe más de treinta mil solicitudes al año. Su tasa de aceptación es del dos y medio por ciento. Muy por debajo de Yale, Harvard, Stanford, Princeton… Eso es menos de mil estudiantes.

Entendía esos cálculos. Si hubiera solicitado ingresar en la facultad de Ciencias Aplicadas a la Medicina sin la recomendación de Wilkins, mis posibilidades de admisión habrían sido muy escasas. Casi nulas.

—Esta universidad… ¿está *en* Dracadia? —Una islita frente a la costa de Maine, si no me fallaba la geografía.

—Sí, así es.

Me froté el cuello con más ahínco.

—Eso está a más de tres horas.

—Creo que su beca incluye los gastos de alojamiento y transporte.

Otro vistazo a la carta me lo confirmó. Dracadia era uno de esos lugares que, al igual que la isla de Martha's Vineyard, siempre había considerado un destino de veraneo para ricos. El coste de un solo semestre en la universidad debía de ser una burrada, pensamiento este que me impedía en cierto modo aceptar la invitación.

—¿Cómo han conseguido mis últimas calificaciones y los resultados de mis exámenes?

—Como entidad privada, no tienen la obligación de evaluar a cada candidato según los criterios habituales. Podrían ofrecerte una beca solo por el hecho de que porque les gusta tu nombre. Y,

créeme, eso pasa.

—Para ser una universidad que se enorgullece de su nivel y su éxito académico, eso no parece sensato.

—Entiendo su aprensión. O tal vez incredulidad. Permítame volver a su pregunta sobre el organismo y la investigación. Es Dracadia quien está investigando, señorita Vespertine. El organismo en cuestión se llama «noctisoma». Es un parásito que existe sobre todo en la isla y que rara vez infecta a los humanos. Simplemente no somos un huésped muy fiable, y no todos los médicos conocen este organismo como patógeno humano. Por eso me resulta interesante que usted sepa tanto al respecto, teniendo en cuenta que casi nunca se diagnostica fuera de Dracadia.

No era un patógeno humano típico.

—Quizá sea solo una coincidencia.

—No lo creo. Su descripción de cómo salen de la boca del sujeto es bastante ilustrativa, según entiendo por la doctora Gilchrist. A principios de año me dijo usted que estaba interesada en encontrar la cura para lo que le quitó la vida a su madre. ¿No fueron esas sus palabras exactas en la presentación?

Sí. Supongo que no me di cuenta de que él había tomado nota mental de ellas.

—No quería entrometerme en lo que la afligía. Sin embargo, si la paciente de su estudio de caso es su madre, ¿no aprovecharía la oportunidad de asistir a la única universidad autorizada para estudiar este parásito en particular? Aunque solo fuera un semestre. ¿No merece la pena obtener respuestas a sus preguntas?

Sí. Merecía la pena. Toda mi vida había querido respuestas, y los médicos y los especialistas a los que me había empeñado en contactar por mi cuenta no me las habían dado.

—¿Qué hace que este organismo sea capaz de infectar a los

humanos?

—La evolución, por supuesto. Pero requiere un vehículo de transmisión. Es cierto que no sé lo suficiente sobre este parásito ni su funcionamiento, pero hay un experto en noctisoma en Dracadia. El profesor Bramwell. Enseña Neuroparasitología y Anatomía Macroscópica, y está titulado en Anatomía y Patología Forense. También es quien realiza las autopsias de las personas que se sospecha que tienen noctisoma.

«Bramwell». Tomé nota mentalmente.

—¿Me han admitido por mi trabajo?

—Estaría dispuesto a apostar por ello. Como he dicho, fue bastante impresionante y demuestra su amplitud de conocimientos. De varios temas, en realidad: parasitología, fisiología e investigación. —Se levantó de la silla y cogió una fotografía de la estantería que tenía detrás. La observó unos segundos antes de colocarla sobre el escritorio. En ella, una versión mucho más joven de él posaba delante de un edificio de piedra antiguo, con agujas puntiagudas que me recordaban a la catedral de Notre Dame—. Puedo decirle por experiencia que, una vez asista a Dracadia, no querrá marcharse.

Los gusanos existían. No eran producto de mi imaginación. Eran reales.

Y había una universidad especializada en estudiarlos.

La posibilidad me parecía imposible. Un sueño que había despertado mis recuerdos y pensamientos más inquietantes y había conjurado algo completamente estrambótico: una universidad de la Ivy League invitando a estudiar a una chica que casi ni podía pagarse el billete de autobús para llegar hasta allí.

—¿Puedo pensármelo?

—Claro. Pero el primer semestre empieza después del día del Trabajo. Yo no tardaría mucho. Como he dicho, hay pocas plazas de

este tipo y es raro que las ofrezcan.

Una peculiar e inexplicable nostalgia se apoderó de mí mientras volvía a mirar la fotografía.

—Entendido. Y gracias, profesor. Valoro su confianza.



5

Lilia

Debería haber estado estudiando para mi examen de física online, no buscando la Universidad de Dracadia en internet. Sobre todo porque no era una opción viable para mí. Estudiar en un centro tan lejano a tiempo completo significaría no poder pagar la mitad de la matrícula de Bee. No solo eso, sino que Conner se volvería loco si le dijera que ya no podía aportar mi parte del alquiler. Sin duda, me echaría en cara lo de Bee y la sacaría de Bright Horizons.

Sin embargo, hacer clic en las imágenes de la universidad me dolió.

El centro, situado en una isla, había sido un monasterio para clérigos, un lugar principalmente construido para el estudio de la religión. Aunque parecía que se habían añadido edificios nuevos al campus, conservaba el mismo aspecto de la arquitectura académica gótica que se veía en universidades antiguas como Harvard y Yale. El enorme edificio que había visto en la fotografía del profesor Wilkins

se alzaba sobre un acantilado escarpado, como si los cimientos se hubieran construido directamente sobre la roca. Parecía tener siglos de antigüedad, con sus piedras cubiertas de líquenes y su intrincada mampostería tallada, algo poco habitual hoy en día.

Un muro de piedra separaba el campus de los bosques que lo rodeaban, y en las faldas del acantilado se asentaba un pueblecito. El campus parecía salido de *El club de los poetas muertos*. Rico en tradición, en oportunidades.

Un sueño.

Y estaba muy fuera de mi alcance.

Sin embargo, por diversión, introduje la dirección de la página de admisiones en la barra de búsqueda e inicié sesión con las credenciales temporales que me proporcionaron en la carta. Allí, en la pantalla, ya había una cuenta creada para mí, tal y como había mencionado el decano Langmore: un perfil sin imagen, pero al que se le había asignado una secuencia numérica y en el que ya se había introducido toda mi información general. Debajo de mi nombre, un botón para inscribirme en las clases me invitaba a hacer clic. Volví a comparar la URL con la que había buscado en internet. Todo parecía legítimo.

Por desgracia tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Con un suspiro, cerré la ventana de búsqueda y me recosté en la silla, contemplando el cuadro del árbol, el columpio y el vasto océano que se extendía más allá. De alguna manera captaba mi sentimiento de nostalgia de ese momento.

—Ojalá estuvieras aquí, mamá —susurré para mí misma—. Ahora mismo me vendría muy bien tu consejo. —Cuando no tenía visiones fantasmales de ella, a veces la oía en mi cabeza. Esa voz suave que se quebraba cada vez que intentaba gritarnos a Bee y a mí. Sonreí al recordar cómo nos reíamos cada vez que se enfadaba con nosotras y

esa voz suave no conseguía intimidarnos.

Me incliné hacia delante otra vez, abrí la barra de búsqueda y escribí «noctisoma». Ahora que por fin tenía un nombre, quizá internet me proporcionase más información.

En *Medscape* aparecieron algunos estudios médicos, pero cuando entré solo ofrecían una breve sinopsis, nada que desarrollara el tema ni a lo que pudiera acceder sin las credenciales de inicio de sesión adecuadas. Abrí la página web de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y escribí el nombre del parásito. Solo había un informe de datos sobre una conferencia en Ginebra que lo había incluido entre páginas y páginas de parásitos.

Literalmente, no había *nada*.

Para ser más precisa, escribí «gusanos negros» y «Universidad de Dracadia». El primer artículo que apareció en la pantalla era de *La Gaceta de Dracadia*, de hacía solo unas semanas, cuyo titular decía: «Una sintecho ataca a un rector con intención de matarlo». A continuación describía a una mujer que se creía que se llamaba Andrea Kepling, que había estado viviendo en una de las casas abandonadas de la isla y había irrumpido en la casa del doctor Lippincott, rector de la Universidad de Dracadia. Armada con un pico, lo había acusado de ponerle gusanos en el estómago, según la esposa de Lippincott, que había presenciado el ataque.

Me detuve ahí. En el punto más álgido de la enfermedad de mi madre, ella también me había acusado de ponerle algo dentro, de haberla infectado a propósito. En esa época tenía la mirada perdida y las pupilas dilatadas, y parecía lo bastante salvaje como para matarme. Me costaba imaginar a alguien entrando en mi casa en ese estado. Y más aún con un pico.

Al parecer, la mujer se las había arreglado para herir a Lippincott en la pierna, pero había escapado antes de que las autoridades

llegaran.

Sin embargo, el retrato robot policial de Andrea no parecía de una delincuente. En cierto modo, me recordaba a mi madre, con su pelo largo y sus ojos cansados.

Al oír que llamaban a la puerta, me quejé y cerré el portátil.

—Estoy estudiando.

—Solo quiero charlar un momento —dijo Conner con voz apagada desde el otro lado.

—Vale. Un segundo.

Abrió la puerta y se asomó antes de entrar en la habitación.

—Hola. Eh… —Se frotó las manos y carraspeó—. Sé que las cosas no han sido fáciles para ti últimamente. Y, eh… Ya sabes, podrías haberte ido hace mucho tiempo. Pero te quedaste aquí y ayudaste con Bee… Y sé… sé que no tenías por qué hacerlo.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Conner rara vez reconocía lo que hacía. Más bien al contrario: a menudo me criticaba por rechazar turnos extra en el hospital, cosa que hacía a regañadientes para poder estudiar.

—Quiero facilitarte las cosas.

Definitivamente, no me gustaba por dónde iba aquello. Ese no era Conner. Mi padrastro era un obrero que me había dado una charlita a los dieciséis años sobre que nada en la vida era gratis. Algo no cuadraba.

—Vale.

—Ya hemos hablado de esto antes… —Cuando levantó la mano para rascarse la nuca y apartó la mirada de la mía, supe exactamente lo que iba a decir y suspiré.

—Lo sé. Quieres alquilar la habitación de mi madre. —Supuse que aún no lo había hecho por respeto hacia Bee y hacia mí, y se lo agradecí durante muchos años. Sin embargo, oponerme en honor a

su recuerdo no tenía sentido. Ya había llovido mucho—. No pasa nada.

—¿Estás segura, chica? Quiero decir… Bueno, podría esperar un poco más.

—No —dije, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Necesitamos dinero. —En la pausa que hubo después levanté la vista y lo vi mordiéndose las uñas. Parecía ansioso. Quizá se había puesto nervioso por preguntarme por la habitación. Yo también estaba nerviosa—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, dispara.

—¿Recuerdas que después de que muriera mi madre te hablé de…?

—Los gusanos. Sí. Me acuerdo. —Frunció el ceño y bajó la mirada—. No… no te culpo, chica; fue bastante duro ver a tu madre desangrándose por todas partes.

—¿Estás seguro de que no viste nada en la bañera? —Siempre me había parecido extraño lo vívida que tenía la imagen de algo que en realidad no había sucedido.

—¿Por qué me lo preguntas? —Su voz denotaba sospecha—. Has leído el informe del forense, Lil. La autopsia. Varias veces. Está todo ahí.

Suspiré y me recosté en mi silla. Era cierto, pero el profesor Wilkins también había dicho que no todos los médicos conocían ese organismo como patógeno humano. Quizá lo habían pasado por alto en la autopsia.

—Lo sé. Pero es que… pensaba que tal vez habías visto algo más.

—Todo lo que vi está detallado en ese informe —dijo—. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. Es que la echo de menos. —No tenía sentido

discutir con él. Supuestamente no había visto lo que yo. Quizá la sangre había oscurecido demasiado el agua. Quizá, de alguna manera, todos los gusanos se habían colado por el desagüe.

—Sí. —Exhaló con fuerza y se aclaró la garganta—. Bueno, eh… ¿Qué te parecería si le pidiera a Angelo que se mudara aquí?

Una turbulenta sensación de pánico se apoderó de mi estómago y mi estado de ánimo cambió enseguida; negué con la cabeza.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—Simplemente he pensado que, como está aquí todo el tiempo y vive en ese agujero de mierda en Sumler…

—No. ¡No! ¡Venga ya, Conner! ¿En serio?

—Es mi mejor amigo, Lilia. —Se pasó las manos por el pelo y el estrés que tenía grabado en su expresión me resultó más evidente en ese momento.

Clavé los dedos en los cojines que tenía alrededor para contener las ganas de lanzarle algo a través de la habitación.

—Ese tío es un asqueroso, Conner. Sabes que la última vez que estuvo aquí me acorraló y básicamente amenazó con matarme.

Con un gesto de desprecio, negó con la cabeza.

—No. Él no haría eso. Es un capullo, pero ya.

—Eso no es ser un capullo. ¡Es un puto depredador!

Con las manos extendidas a los lados, se encogió de hombros.

—¿Qué coño quieres que haga, Lilia? ¿Eh?

—¡Decirle que ni hablar! Eso es lo que quiero. Es un pirado.

—¡Pero podría ayudarnos con las putas facturas! ¡Me tienen ahogado!

—No me opongo a tener un compañero de piso, pero Angelo no, por favor. ¡Aún vivo aquí y trabajo!

—¡Yo también trabajo! —Se golpeó el pecho con el dedo de tal forma que me recordó a un cavernícola, una sensación que

detestaba—. Además, este puñetero piso está a mi nombre. ¡Así que yo decido quién vive aquí!

Lo único que deseaba es que mi madre lo hubiera pensado un poco más antes de morir. No es que tuviera muchas opciones: en ese momento yo solo tenía dieciséis años y, desde luego, no podía poner la casa a mi nombre. Pero dejársela a Conner había creado situaciones muy tensas y frustrantes.

—Sería todo muchísimo más sencillo —añadió.

—¿Y qué pasará cuando Bee vuelva a casa por vacaciones? ¿De verdad quieres que esté cerca de él? ¿Crees que eso es bueno para su salud mental?

—¡Bee está bien! No le hace falta una puta escuela de charlatanes ni terapeutas. ¡Necesita amigos! ¡Una vida!

La rabia explotó dentro de mí y me puse en pie de un salto, apretando los puños.

—Ya tiene una vida. ¡Y amigos! ¡Está mejorando porque por fin está recibiendo la ayuda que necesita! Por fin alguien la escucha. ¡Y ahora quieres destruir eso invitando a Angelo el Asqueroso a fiestas de pijamas! Es un fracasado, Conner. ¡Tienes que deshacerte de él antes de que nos meta en algo peligroso!

—¡Me salvó la puta vida!

No es que yo estuviera presente, claro, pero al parecer un tipo al que habían ido a ver hacía un tiempo les había apuntado con una pistola. Dio la casualidad de que Angelo fue más rápido que él.

—¡Joder, eres tan tocapelotas como tu madre!

—Que te jodan, Conner. ¡Que te den! Nunca te la mereciste.

—Ah, ¿sí? Ninguna de vosotras me merece, ingratas de mierda. Así que que te jodan, Lilia. —Al salir cerró de un portazo y el cuadro de mi madre se cayó de la pared.

Lo que me cabreó aún más.

Los lagrimales me ardían con la amenaza del llanto. «No te derrumbes». Un calor furioso me subió a las mejillas y apreté los dientes, deseando poder parpadear y estar en otro sitio. En algún lugar lejano. Como el árbol, el columpio y el mar abierto.

Me dejé caer sobre la cama y me cubrí la cara con las manos. «No te derrumbes».

No podía vivir en el mismo sitio que Angelo. Imposible. El pequeño refugio que había creado en el piso se vería destrozado por su presencia. Con suerte, Conner entraría en razón. De lo contrario, tendría que hacer algo para que Bee se quedara en la residencia durante las vacaciones. Me aseguraría de visitarla en Navidad, para lo que aún quedaban unos meses. De todos modos, no es que hubiéramos pasado unas navidades maravillosas en casa desde que murió mi madre. La mayoría de las veces, Bee y yo nos sentábamos en nuestra habitación, poníamos los discos antiguos de los Beatles de mi madre y bebíamos mucho chocolate caliente. Técnicamente podríamos haber hecho eso en cualquier lugar.

Y yo… Tenía que encontrar la manera de pagar por adelantado al menos dos meses de la matrícula de Bee. Si lo conseguía, tal vez, solo tal vez, dejar este lugar no sería tan imposible.

—¿Alguna vez te has planteado algo como OnlyFans o similar? —Jayda quitó una sábana blanca que tenía una enorme mancha amarilla.

Mientras seguía frotando el pis seco que, de alguna manera, había salpicado los barrotes de la cama, negué con la cabeza.

—Ni hablar. —No tenía nada en contra de las personas que publicaban allí. Joder, si tuviera el valor, tal vez me lo habría planteado. Pero no.

—Te lo juro, yo misma lo he pensado varias veces. Joder, es mucho mejor que coger unas sábanas rezando para no pincharte con una aguja usada. —Arrojó la bola arrugada en una bolsa de ropa sucia—. Una amiga de mi prima lo hizo. Ganaba un par de miles al mes antes buscarse un *sugar daddy*. Ahora es una vaga, se pasa todo el día sentada junto a la piscina leyendo novelas románticas.

No sé por qué me eché a reír. Tal vez lo necesitaba después de la conversación con Conner.

—Esta es tu oportunidad, Lilia. El Señor te ha puesto en un camino que no veías venir y tienes que recorrerlo.

Suspiré, dejé de frotar la orina e intenté imaginarme a mí misma caminando por los pasillos de una universidad de la Ivy League.

—Lo sé, pero…

—Pero nada. Cuidaste de tu madre. Ahora estás cuidando de tu hermana y de su padre. Se acabó. El Señor te está diciendo que es tu momento.

Aunque no era muy religiosa, no me importaba que Jayda hablara de Él. Me habría encantado creer que todo este lío de verdad significaba algo.

—Si sabes tanto sobre lo que el Señor tiene en mente, ¿por qué no te hiciste predicadora?

—Porque me gusta mucho follar —respondió, acariciándose el vientre redondeado—. Y Dios sabe que su padre es bueno en eso. Así que no me llevó por ese camino.

Volví a ponerme a frotar y suspiré.

—¿Puedo irme a vivir contigo y Quentin?

—Sabes que sí. Siempre serás bienvenida. Pero eso no es lo que quieres de verdad. Lo que tú quieres es ser una cabrona a lo *Harry Potter* que se lo pasa bien con toda esa gente pretenciosa, rica y blanca, y no me digas que no es así.

Resoplé, riéndome, y negué con la cabeza.

—En realidad, la idea de vivir con ellos me da un poco de miedo. No conozco esa vida. Covington es mi hogar.

—*Ellos* dan igual. Lo que importa es tu sueño. Te mereces llevar una bata de laboratorio, no un uniforme horrible manchado de mierda.

—Bueno, publicar vídeos míos en OnlyFans no sería bueno para mi reputación.

—¿Por qué no? —Puso las manos en jarras—. ¿Por qué coño no iba a serlo? Algunas chicas se desnudan para pagarse la carrera de Medicina. Haz lo que tengas que hacer, Lilia. —Levantó una ceja y me señaló con el dedo como una madre que regaña a un niño—. No dejes que nadie te avergüence.

—¿Por qué siempre tienes que tener tanta…?

—¿Razón?

—Positividad, esa es la palabra que buscaba.

—Porque no pienso quedarme aquí contigo fregando suelos y recogiendo mierda el año que viene, cuando tienes una beca completa esperándote. Vete. Ya pensarás luego en lo demás.

¿Y si lo hacía? Mi madre siempre había sido así, espontánea. Siempre actuaba sin pensar en las consecuencias. Creía de todo corazón que las cosas saldrían bien. Quizá yo era demasiado obtusa como para darme cuenta de todas las dificultades, pero parecía que siempre acabábamos saliendo adelante. Nunca pasamos hambre. Jamás nos echaron de casa ni nos cortaron la calefacción en invierno. Habíamos sobrevivido.

Quería estudiar la enfermedad que había matado a mi madre más que nada en el mundo y Dracadia era mi oportunidad, como había dicho Jayda. Lo necesitaba. Para saber que no estaba loca, que había visto esos putos gusanos saliendo de ella y que no había

sido solo producto de mi imaginación, como me habían hecho creer.

Tenía que pensar en algo, lo que fuera, al margen de si me planteaba ir a Dracadia o no, porque tenía un mal presentimiento sobre los últimos trapicheos de Conner y Angelo. Por mi futuro y el de Bee, y por nuestra seguridad, tenía que encontrar una salida.



6

Devryck

—¡Por favor, no lo hagáis! —El Acusado estaba plantado delante del consejo, encerrado en una enorme jaula dorada—. Os lo suplico.

La cámara circundante era una de las tres salas rituales de las catacumbas del Nido, una extensa catedral situada a las afueras de la Universidad de Dracadia, propiedad de la Sociedad de los Siete Cuervos. O los Siete, como se nos conocía comúnmente. Las paredes y los suelos de hormigón gris daban sensación de asfixia, como estar enterrado vivo dentro de una tumba. Muy apropiado, en realidad, dado lo abrumadoras que podían ser las ceremonias. Ni siquiera la multitud de velas titilantes bastaba para iluminar la cripta fría y lúgubre, en cuyo centro, grabado en unos azulejos dorados, se encontraba el emblema de la sociedad: dos bastones cruzados, como los que se usaban durante la peste, con un número siete. El mismo que me habían grabado en el pecho.

Fuera de las paredes de la catedral éramos un rumor. Un mito.

Un secreto susurrado entre los estudiantes. Alimento para las conspiraciones.

«Nunca vistos. Nunca oídos».

El Acusado tenía los brazos cruzados delante del cuerpo y le temblaban como si fueran unas ramas frágiles a punto de romperse. Era el único que no llevaba una de las características máscaras de médico contra la peste que ocultaban el rostro de los demás miembros de la sala, incluido el mío.

Unas profundas ojeras negras ensombrecían la mirada gacha del Acusado, revelando su falta de sueño; se negaba a mirar a nadie, lo cual dejaba claro que comprendía la gravedad de sus delitos y que estaba de mierda hasta el cuello.

Al fin y al cabo, todos los miembros de los Cuervos sabían que no se robaba. Estaba en el puñetero manual que te daban cuando eras novato y aún no tenías ni idea de la seriedad con la que la sociedad defendía sus leyes, las cuales eran independientes a las del mundo exterior.

Leyes que habían estado vigentes durante siglos y que sobrevivirían a todos los presentes en la sala.

El hombre que se encontraba ante el consejo había sido miembro durante casi una década. Casi diez años de privilegios y un poder inimaginable reducidos a una mínima esperanza, a la que se aferraba con desesperación en ese momento. Rezaba para que los Cuervos perdonaran sus ofensas.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —La elocuente voz del presidente Winthrop seguía siendo perfectamente reconocible, aunque un poco amortiguada por la máscara. Lo ascendieron tras la muerte prematura de su sucesor, casi cuatro años antes, y, desde entonces, había cumplido su promesa de «hacer limpieza» en la organización.

El Acusado dio un paso adelante, agarrándose a los barrotes dorados de su jaula, y bajó la mirada.

—Solo sé que he cometido un delito grave contra mis hermanos. Lo que inspiró este acto imperdonable fue un momento de desesperación y desesperanza. Imploro misericordia. Concededme clemencia y juro que haré lo que haga falta para ganarme vuestra confianza y vuestro respeto.

Solté una risa burlona y el sonido resonó en la sala, lo que atrajo la atención de algunas caras enmascaradas y una mirada aterrada del Acusado. Era comprensible, ya que era precisamente a mí a quien había robado. Años de investigación que el Acusado había estado a punto de vender a algún magnate de la industria farmacéutica. Alguien que sin duda habría explotado el trabajo al que me había dedicado sin descanso desde que recuperé un mínimo de respeto tras la desastrosa marcha de mi padre.

Afortunadamente habían pillado al Acusado.

Siempre los pillaban.

Su verdadero nombre era Paul Darrows, pero eso ya no importaba. Según tenía entendido, tenía esposa e hijos. Una tragedia, dado el camino de su destino en ese momento, pero el hombre había presenciado suficientes ejecuciones como para estar bien familiarizado con las consecuencias de sus actos. Los Cuervos eran una de las tres sociedades secretas más poderosas del mundo, compuesta por antiguos miembros de la CIA, el FBI, presidentes, inventores…, todos los cuales se habían sentado alguna vez en esa misma sala. Se me escapaba por qué pensó que era más listo que ellos.

Me reí de su comentario sobre lo de ganarse la confianza y el respeto porque habían pillado al muy idiota con los pantalones bajados, literalmente, recibiendo una azotaina en el culo por parte

de su amante, que seguro que habría preferido estar en vela contando las grietas del techo en lugar de azotando a quien sin duda le había hecho pasar una noche de mierda.

Lo más probable era que a Darrows lo hubieran arrestado sin que nadie sospechara nada. Aparte de los hombres presentes en aquella sala, nadie sabría cuál sería su destino. Y nadie lo contaría jamás, a menos que quisieran acabar en la misma situación que aquel pobre desgraciado.

—Votemos el asunto. —Winthrop se quitó de la túnica negra con capucha el objeto que llevaba prendido del pecho, algo parecido a una circunferencia del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, con el emblema de la Sociedad de los Siete Cuervos. Una cara era dorada, en representación de la hermandad, la seguridad y la lealtad; la otra era negra: una sentencia de muerte.

Otros seis miembros se quitaron también su insignia. La condena requería siete votos en total, y la mayoría, solo una persona más, determinaría si Darrows vivía o moría.

Uno por uno colocaron su broche sobre la mesa que tenían delante. Desde mi sitio en el balcón vi que la decisión era unánime: todos con la parte de la aguja, la cara negra, hacia arriba.

Al fin y al cabo, los Cuervos no nos tomábamos bien que hubiera ladrones entre nosotros.

Menos aún cuando mi investigación resultaba ser importante no solo para los miembros de la sala, sino también para la universidad y el futuro de Dracadia.

—Hermano Darrows, por los delitos de traición, hurto e intención de difundir material confidencial, se te declara culpable. —Winthrop se recostó en su silla e hizo una seña hacia su derecha, donde esperaban otros dos miembros de los Cuervos.

—¡No! —Un grito resonó en las paredes y el hombre enjaulado

se apartó del consejo, lanzándose contra los implacables barrotes de hierro. Los sacudió, gritando y suplicando por su vida.

Sin embargo, no había escapatoria.

Sus lazos con la hermandad se habían roto. Había quebrantado los votos sagrados, la promesa grabada a fuego en su piel —como todos nosotros—, la cicatriz que nos unía.

Ya no era digno de nuestra misericordia.

Darrows suplicó con voz ronca, como si sus verdugos tuvieran algo que decir sobre su destino. Como si se hubieran atrevido a concederle clemencia ante sus hermanos superiores.

El miembro conocido como el Verdugo dio un paso al frente. A diferencia de las máscaras negras que llevaban los demás miembros excepto Darrows, la suya brillaba con un resplandeciente color áureo, cuya superficie reflejaba las numerosas velas titilantes que había por toda la sala.

Vi un destello dorado en la palma del Verdugo: un mando a distancia. Con solo pulsar un botón, unas paredes de cristal se deslizaron desde la parte superior de la jaula en paralelo a los barrotes, encerrando a Darrows en su interior. Dos objetos que parecían luces de teatro emergieron del suelo y se encajaron en su sitio. Un momento después, un sonido, como de agua corriendo, llenó la sala. El gas liberado era invisible, inodoro e incoloro. A diferencia de las máscaras que se usaron durante la plaga real, las que llevaban los miembros bloqueaban eficazmente cualquier humo que pudiera filtrarse desde la jaula, una medida de seguridad por si el cristal tenía alguna grieta o fisura.

Darrows se cubrió la cara con las manos y cayó de rodillas. Un intento inútil de evitar los gases mortales que inundaban la jaula. De todos modos, no importaba: el gas se apoderó de él, penetrando en los pulmones y el cerebro a través de los huecos que había entre los

dedos. Se extendió por los músculos y cayó al suelo, convulsionando. Unos segundos después se quedó inmóvil.

El sonido del hormigón al descender resonó por toda la sala cuando el suelo de baldosas bajó, llevándose la jaula y el cuerpo sin vida de Darrows al nivel inferior, donde sería incinerado y olvidado. En su lugar apareció un segundo suelo de baldosas, vacío, con el emblema, sin rastro alguno de que Darrows hubiera estado ante el consejo. Ni siquiera de que hubiera existido.

Su nombre nunca volvería a pronunciarse.



7

Lilia

Habían pasado dos semanas desde que recibí la invitación de Dracadia. Por desgracia, la posibilidad de ir no era tan real como que unos unicornios rosas cayeran del cielo. No se me ocurría ninguna forma de conseguirlo y, sin duda, el estrés de eso y de todo lo demás me había afectado, porque había empezado a tener visiones de mi madre con más frecuencia. Desde que Wilkins me dijo que esos gusanos eran reales, me volví loca intentando convencerme. En consecuencia, estaba agotada: a veces me quedaba dormida en clase y me despertaba sobresaltada, humillada por haberla llamado.

Había evitado ir a mi última clase de microbiología del verano; no solo por la vergüenza de haberme quedado dormida en clase, sino porque temía que el profesor Wilkins me preguntara por Dracadia. El semestre de otoño empezaba en una semana y yo no me había matriculado. Como si mis problemas económicos no fueran suficiente motivo de estrés, Conner había empezado a limpiar la

habitación de mi madre para el nuevo compañero de piso. Por suerte, había descartado la idea de que Angelo se mudara allí, un rayito de luz en medio del caos. Debía de haberse dado cuenta de lo insensato que era tener a un hombre como él cerca todo el tiempo. Al menos eso esperaba.

Esa tarde, mientras él apilaba cajas con objetos personales de mi madre de las que yo estaba dispuesta a desprenderme, me fui a trabajar sin decir nada. Conner llevaba tiempo posponiendo la tarea de revisar sus cosas, pero acabó amenazando con tirarlo todo si yo no separaba lo que quería conservar. Así que hice un alijo para Bee y para mí: álbumes, joyas, cuadros y algunas prendas de ropa.

Ver su habitación desnuda me dejó un vacío en el pecho y, por mucho que supiera que necesitábamos dinero, no soportaba la idea de que un extraño acabara ocupando ese espacio.

Agotada por el estrés, entré en la sala de descanso y me dirigí a las taquillas, obligándome a devolverle a Jayda una sonrisa tan radiante como la suya.

—Hola —la saludé mientras giraba la ruedecita del candado.

—¡Hola! —El entusiasmo de su voz me pareció un poco exagerado; miré hacia atrás y vi que se había acercado.

Seguía sonriendo.

—¿Va todo bien? —Volví a girarme hacia el dial, molesta por tener que mantener una expresión cordial durante tanto tiempo, y abrí mi taquilla, donde tiré mi bolsa.

—Sí. Tengo algo para ti, pero… quiero que sepas que no se puede devolver, ¿vale?

Invadida por la curiosidad, cerré mi taquilla y me volví hacia ella, fijándome en que tenía los brazos a la espalda.

—¿Qué pasa?

—No es más que un regalo de felicitación. —Sacó un sobre

púrpura del tamaño de una tarjeta y me lo entregó.

—¿Por qué?

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo que *por qué*? ¿Por qué tienes que actuar como si conseguir una beca para una universidad de prestigio no fuera gran cosa?

De repente deseé no haberle hablado nunca sobre Dracadia; ya había alcanzado el máximo nivel de culpabilidad…

—No puedo irme así como así.

—Entonces ¿vas a dejar pasar esta oportunidad?

—No quiero, no. Pero, en este momento, mis opciones son una mierda.

—Abre el sobre, Lilia. —Con cuidado, procedí y me encontré una tarjeta de felicitación en su interior. Al abrirla se cayeron un montón de billetes. De cien, de cincuenta, de veinte, de diez… Ni siquiera tuve que contarlos para saber que había al menos mil dólares.

Se me aceleró el corazón.

Las lágrimas hicieron que me costara respirar y negué con la cabeza.

—Le conté a Danica que te habían aceptado en la universidad.

Se refería a nuestra jefa de departamento, con quien siempre había tenido una buena relación, así que no me molestó que Jayda se lo hubiera dicho.

—En fin, reunió a todos los médicos y enfermeras para que aportaran dinero. Unos mil y pico.

Suficiente para cubrir dos meses de la matrícula de Bee. Mi parte, al menos. Más un extra. Podría tener un buen comienzo, me permitiría encontrar un trabajo y posiblemente ahorrar un par de meses más.

—No puedo aceptar esto. Es… es demasiado, Jay.

—No es negociable, cariño. Este dinero es tuyo. —Le quitó importancia gesticulando con la mano y negó con la cabeza—. Y no tienes que devolverlo, así que ni se te ocurra.

—Pero las clases empiezan el lunes. Falta una *semana*. Ni siquiera sé si me dejarán matricularme tan tarde. Me he perdido la orientación y la inscripción.

—No sé nada sobre esas mierdas universitarias, pero más vale que te des prisa y mires si aún puedes matricularte.

Con ese grueso fajo de billetes en la mano, lo que antes me parecía imposible…, bueno, ahora parecía *posible*. Me costaba imaginar un mundo en el que lo único de lo que tuviera que preocuparme fueran las clases.

—No sé qué decir. Nunca han hecho algo así por mí.

—Lo que tienes que decir es muy sencillo. Repite conmigo: «Yo, Lilia Vespertine…». —Levantó una ceja y se detuvo, esperando a que yo continuara.

—Yo, Lilia Vespertine…

—«… voy a ir a la puta Universidad de Dracadia».

Solté una risita entre lágrimas.

—… voy a ir a la puta Universidad de Dracadia.

Un destello de orgullo brilló en los ojos de Jayda mientras se cruzaba de brazos y sonreía.

—Listo. Todo el agradecimiento que necesitamos.

La abracé, conteniendo desesperadamente un sollozo, porque, joder, no tenía por qué haberlo hecho. Y no había forma de que pudiera pagarle lo que me había dado. No hasta que terminara la carrera, dentro de una década.

—Gracias.

—De nada.

—¿Sería egoísta por mi parte pedirte un favor más?

—Depende del favor —dijo con una voz monótona que me hizo sonreír.

La solté y di un paso atrás.

—¿Puedo quedarme contigo esta semana? Conner está limpiando la habitación de mi madre. Es que… no me apetece mucho estar allí.

—Por supuesto que puedes. Prepara las maletas y haz lo que tengas que hacer esta noche. —De una estantería junto a nuestras taquillas, cogió un gorro y se enrolló las largas trenzas dentro de él, una práctica que había adoptado después de haberse mojado el pelo sin querer en un cubo de agua sucia—. Le diré a Quentin que te recoja.

—¿Estás segura? —Me recogí el pelo en una coleta suelta sobre la nuca—. No quiero molestaros. Puedo ir a vuestra casa en Uber.

—Insisto. No necesitas cargar con todo ese peso ahora mismo. Tienes cosas que planificar.

Una vez más me encontré intentando asimilar la posibilidad de pasear por ese campus que parecía tan místico.

En el descanso utilicé un ordenador de la escuela para enviarle al decano Langmore un correo electrónico rápido, preguntándole si era demasiado tarde para matricularme. Eran poco más de las diez, así que no esperaba una respuesta, pero, cuando vi su nombre en mi bandeja de entrada justo antes de cerrarla, abrí la boca de par en par.

«Por supuesto, señorita Vespertine. Adjunto el enlace para la inscripción, así como el paquete de bienvenida que habría recibido en la orientación de la semana pasada».

El archivo adjunto decía: «Bienvenida a la Universidad de Dracadia».

Me mordí el carrillo de la mejilla, pero no bastó para contener la

sonrisa que ansiaba salir. Porque yo, Lilia Vespertine, iba a ir a la puta Universidad de Dracadia.

Mi turno pasó volando y, antes de irme a casa, me aseguré de darle las gracias y de regañar a Danica. Sentada en el metro, aferrada a mi bolso, miré por la ventana, desesperada por contenerme para no parecer una rarita que sonreía a su propio reflejo, y me imaginé de estudiante en la Ivy League. Mi campus. Mi universidad.

La vida me parecía irreal. Un sueño.

Aquella tarde había ido a trabajar abrumada por la desesperanza y la decepción.

Pero, de repente, tenía un plan.

En cuanto entré en el piso, caminé sin hacer ruido y busqué a Conner con la mirada en la penumbra. Sin duda, me daría la brasa por irme, y no podía permitírmelo cuando aún estaba debatiéndome. Me fui directa a mi habitación, con un nudo en el estómago cada vez más apretado; giré el pomo y corrí hacia el armario para sacar mi equipaje, deteniéndome para coger unas cuantas sudaderas. Levanté la maleta, la puse sobre la cama y me giré hacia la cómoda, apilando con torpeza unos vaqueros, un par de faldas que había comprado para entrevistas de trabajo, vestidos que había cogido del armario de mi madre, jerséis, ropa interior, calcetines y mi caja de los recuerdos. Metí mi manta favorita, una foto con Bee y mi madre, y un cuadro pintado por ella. Un cargador y cosas de aseo. De mi escritorio cogí la invitación para Dracadia y la metí en mi bolso. Todo cabía a la perfección. Entonces, cuando agarré la cremallera, sentí una presencia inquietante en mi puerta.

—Creo que te olvidas algo. —El sonido de la voz de Angelo me recorrió la nuca y me puso nerviosa, y al girarme lo vi con unas

bragas de satén mías apretadas contra la cara.

Bajé la mirada y extendí la mano.

—Dámelas.

—Creo que voy a quedármelas como recuerdo.

Oculté mi irritación y terminé de cerrar la cremallera de la maleta.

—Haz lo que quieras, Angelo. Estoy harta de ti, de esta ciudad. De todo.

—Dime adónde vas y te las devuelvo.

—¿No crees que eres un poco *mayor* para jueguecitos? —Bajé la maleta de la cama. Ni loca iba a quedarme en esa casa con esa mierda andante. Aunque tuviera que esperar en la calle una hora hasta que llegara Quentin, al menos habría testigos de cualquier tontería que intentara hacer—. ¿Qué coño haces aquí, por cierto? ¿Cómo has entrado?

—Dime adónde vas —repitió, ignorando mis preguntas.

—No. —Con los músculos en tensión, llevé la maleta al otro lado de la habitación y me detuve frente a la puerta, que él bloqueaba—. Quita.

No se movió ni un centímetro.

Algo me recorrió el cuerpo: miedo, adrenalina…, no sabría decir qué era, pero su intensidad era tal que me vibraban los huesos.

—Quítate de en medio, Angelo. No estoy de broma.

Él siguió sin moverse.

—Que te follen —solté, lista para abalanzarme sobre él.

Me agarró la mano con fuerza y empujó la maleta que yo intentaba levantar, haciendo tanta presión que me costaba sostenerla por el peso extra.

—No vas a ir a ninguna parte, chavala.

Dios, qué hedor desprendía. ¿Quién iba a imaginarse que un

hombre podía oler literalmente a muerto? Estaba segura de que, si lo abrieran en canal, saldría un cadáver.

—¡Lil! ¡Angelo! ¡He traído perritos calientes! ¡Venid a cenar! —La voz de Conner me provocó una mezcla turbia de alivio y alarma. Esperaba haberme ido antes de que llegara a casa.

La nota que había escrito era una despedida triste e insuficiente, pero no podía arriesgarme a que él intentara hacerme sentir culpable. O a que discutiéramos y acabara enfadándolo hasta el punto de anular la matrícula de Bee.

—¡Qué rico! —respondió Angelo, curvando los labios en una sonrisa—. Por lo que parece, tampoco tenías intención de decírselo a Conner. —Se apartó de la pared y se dirigió por el pasillo hacia la cocina. Por mucho que sintiera la necesidad de escapar por la ventana de mi dormitorio, le debía a mi padrastro al menos contarle lo que estaba pasando.

Soltando un suspiro, dejé la maleta en la habitación y me dirigí hacia donde estaban ellos.

Con un perrito caliente en la mano, Conner frunció el ceño cuando me detuve en la puerta.

—Oye, Angelo dice que te vas. ¿Adónde?

—Me voy a quedar en casa de una amiga. ¿Por qué cojones estaba él aquí antes que tú?

—Estábamos en una reunión. He salido corriendo a comprar la cena y él se ha quedado. —Me observó con el entrecejo arrugado—. ¿Con qué amiga vas a quedarte?

—Con una de clase —mentí—. No la conoces.

Conner se encogió de hombros y le dio un mordisco a su perrito caliente, cuya salsa le cayó por la barbilla.

Angelo dio unos golpecitos con el dedo sobre la mesa, donde aguardaba su perrito caliente en la bandeja de papel, frente a él.

—¿Eso es todo? —preguntó, sin apartar esos inquietantes ojos de mí—. ¿No vas a preguntar quién es?

Conner frunció el ceño y se limpió la barbilla con el antebrazo, llevándose un poco de salsa.

—¿A mí qué coño me importa? Tiene veinte años.

El alivio deshizo algunos de los nudos que tenía en el estómago, tanto que no me atreví a fastidiar el ambiente contándole lo de Dracadia. Lo llamaría. Le dejaría una nota en la fiambrera. Enviaría una paloma mensajera. O un búho. Algo que no involucrara a Angelo.

—Sí que hay algo más, ¿verdad, Lil? —Esbozó una sonrisa maliciosa y me dieron ganas de abofetearlo con un matamoscas en ese mismo instante.

Negué con la cabeza, tragándome la sequedad que tenía en la garganta.

—Eh, venga. Es algo sobre… Dracadia, creo. —La teatralidad de su voz me molestó y habría sacrificado con gusto el dedo meñique del pie por ver cómo se le caía el techo encima.

Estaba claro que el cabrón había abierto el sobre de mi escritorio. Había estado en nuestro piso Dios sabía cuánto tiempo y había rebuscado entre mis cosas.

—¿Qué mierdas es eso? —preguntó Conner, metiéndose otro bocado en la boca—. Parece sacado de una de esas películas de vampiros.

—Es una universidad. Me han aceptado —respondí a regañadientes.

Conner arqueó las cejas y los ojos le brillaron de la sorpresa.

—Ah, ¿sí? Eso es genial, Lil. Enhorabuena. ¿Es otro colegio universitario?

Al apartar la mirada de él, la sonrisa de satisfacción de Angelo

pasó a primer plano.

—No. Es una universidad de la Ivy League, está a unas tres horas al norte de aquí.

—¿Tres horas? —Conner hundió su ceño fruncido en un largo trago de cerveza y, cuando dejó el botellín sobre la mesa, lo tenía más fruncido aún.

—¿Acabas de decir «Ivy League»? ¿Es una broma? Apenas puedes pagar dos clases en Covington.

A pesar de la tensión que me bullía en la sangre tenía que andarme con cuidado, por el bien de Bee. Decirle que me habían regalado dinero habría sido una estupidez, sobre todo delante de Angelo.

—Me han concedido una beca completa.

El chasquido que hizo con la lengua me indicó que no estaba contento.

—Bueno, me da que eso no va a salir bien. Tienes que pagar lo de Bee y la mitad del alquiler.

—Es la oportunidad de mi vida, Conner. La única. Y no voy a dejar que me hagas sentir culpable. Me quedé cuando no tenía por qué hacerlo. Ayudé cuando podría haberme ido. Y nunca he pedido anda. Jamás. Pero ahora estoy pidiéndote que seas el tío decente al que mi madre quiso hace años y me ayudes, por favor.

Supuse que eso que reflejaba su rostro era comprensión, pero soltó un bufido.

—Angelo, déjanos un momento, ¿vale?

Este apretó los dientes y me miró con más intensidad.

—Me vendría bien un cigarro. —Dicho esto, se levantó de la silla y, sin apartar la mirada de mí, salió de la habitación.

Cuando se cerró la puerta, exhalé, aliviada.

—Gracias.

Conner, con los brazos cruzados, miraba al suelo.

—Bueno, la universidad esta… Vaya. ¿Crees que podrás con todo?

Por fin, una conversación de verdad sin que hiciera alarde del poder que tenía.

—Lo intentaré.

Se rascó la mandíbula y soltó un suspiro de resignación.

—Vale. Me encargaré del alquiler. Tengo algunos interesados en la habitación. Callaghan, por ejemplo.

Dios, sin duda prefería a esa señora antes que a Angelo, eso estaba claro.

—¿Seguirás ayudándome con Bee? —preguntó, y yo sonreí, contenta de saber que seguía siendo una prioridad para él.

—Tengo… un poco de dinero ahorrado para eso. Buscaré un trabajo en la facultad. Tienen un programa de empleo y estudio, y tal vez pueda conseguir otro por las tardes.

Con los labios apretados en una línea recta, asintió con la cabeza.

—Siempre fuiste una chica inteligente, Lil. Desde que eras pequeña, ¿sabes? Una listilla de mierda. Tu madre… —Se rascó la nariz con el dorso del pulgar—. Sé que estaría orgullosa.

—Gracias.

—La habitación estará aquí para ti. Y para Bee. No la alquilaré ni nada por el estilo.

No es que tuviera pensado volver hasta dentro de mucho, si podía evitarlo. Si las cosas no salían bien en Dracadia, tenía intención de aprovechar la mudanza como una oportunidad para estar sola. Aun así fue un detalle por parte de Conner.

—Te lo agradezco.

—¿Cuándo te vas?

—Me voy ya. Me quedo con una amiga unos días y luego me lleva ella a la estación.

—Vale. —Volvió a rascarse la mandíbula y dio un paso adelante, como si fuera a abrazarme, pero dudó y retrocedió.

Con una media sonrisa en los labios, le tendí la mano para estrechársela y él hizo lo mismo.

—Cuídate, Conner.

—Sí. Y tú.



8

Devryck

Cazar borrachos era muy poco emocionante.

Una niebla blanca y vaporosa bailaba sobre los adoquines mojados mientras yo avanzaba por un callejón lóbrego del corazón de Emberwick, un pueblecito sombrío a las afueras de la Universidad de Dracadia. Como la mayoría de los pueblos de la isla, había conservado su encanto centenario, con su arquitectura gótica francesa y sus tiendas cubiertas de enredaderas. Un laberinto vertiginoso de cafeterías, librerías y museos, y, según tenía entendido, el chocolate más exquisito de la costa este. No era lo que se dice un lugar propicio para la depravación, pero eso era precisamente lo que buscaba allí.

El persistente perfume de las rosas se aferraba a mi camisa; era un hedor nauseabundo a polvo rápido y sin interés. Me repugnaba la capacidad de la mente para acabar insensibilizándose a las necesidades parasitarias del cuerpo. Me había propuesto reunirme

dos veces por semana con Loretta Gilchrist, la profesora de Entomología, para quemar la agonía reprimida de un apetito sexual insaciable. Era una terapia mundana pero eficaz, hasta aquella noche, que la mujer me provocó repugnancia. No porque fuera diez años mayor que yo ni por su tendencia al ataque de tos durante el orgasmo. Aunque nuestra rutina se había vuelto un poco desagradable, siempre había apreciado la intensa liberación que no parecía encontrar en ninguna otra actividad física y, si bien no era la conquista más emocionante, también la sutileza de nuestros encuentros.

Por desgracia, ella había roto mi regla de no tocar.

Normalmente le habría atado los brazos para evitar el error, pero aquella noche me había precipitado y estaba cabreado por las necesidades de mi cuerpo. La intrusión incesante de pensamientos me había hecho ansiar acabar con ello. Follar y terminar de una vez para volver a mis estudios.

Para mi total decepción, se tomó mi descuido como una muestra de acercamiento. O, peor aún, *de afecto*. Solo de pensar en tal cosa me recorrió un escalofrío fruto del horror.

Incluso entonces, más de una hora después, todavía notaba la marca invisible de su mano sobre mi piel. Apreté los dientes al sentir la huella fantasmal de sus dedos fríos en el hombro, desde donde se extendía a lo largo del brazo y de los dedos, que eran completamente insensibles. Ni siquiera frotándome con fuerza me libré de su indeseado contacto.

Me rasqué el hombro mientras seguía andando por el callejón, hasta que, en el rincón más oscuro del pueblo, encontré al hombre que buscaba, que había estado viviendo escondido. Para eso, la isla era un refugio perfecto.

Era cierto que yo no lo había elegido a él al azar: en una visita

anterior al pueblo, lo había visto salir corriendo de una tienda de la esquina hacia un lugar tranquilo bajo un árbol en el parque más cercano. Allí, con las manos temblorosas, había sacado una botella de whisky barato y se lo había bebido a morro como si fuera agua. Resultaba evidente que era alcohólico. Lo que no sabía en ese momento era que el hombre había maltratado a su esposa y a sus hijos, al menor hasta el punto de dejarlo en coma. Buscado por la policía, llevaba toda la vida huyendo por delitos por los que nunca había pagado.

Quizá eso debería haber sido motivo suficiente para entregarlo a las autoridades, actuar como un héroe por una vez en mi puta vida.

Los héroes eran aburridos.

El hombre del callejón se había visto atraído por la isla de Dracadia con la promesa de dinero y refugio, pero al final su asilo nunca se materializó. Lo habían engañado y, sin otros recursos, se había quedado en la isla. Un destino de lo más desafortunado.

A medida que me acercaba, una intensa punzada de dolor me atravesó el cráneo y me detuve en seco. Como si me hubiera dado una descarga en el cerebro, se extendió desde los pulsos temporales, justo por encima de las orejas. El dolor, que era como si me pasaran cuchillas por los huesos, me tensó los músculos, y un agudo zumbido en los oídos me hizo caer de rodillas. Apreté involuntariamente los dientes y eso me provocó unos espasmos punzantes en las sienes y en los globos oculares que me dejaron la mandíbula bloqueada. Unos gruñidos silenciosos me retumbaron en la garganta y los músculos me temblaron con un dolor agudo. Me entró una arcada helada que se expandió por el pecho y respiré por la nariz.

«Uno, dos, tres, cuatro…».

Hasta que la intensidad disminuyó.

El dolor punzante se atenuó.

Y se apagó.

Con los ojos cerrados, respiré hondo, concentrándome en el alivio. Dejé de estar tan tenso y de apretar tanto los dientes. Unos segundos después la sensación disminuyó y apoyé las palmas en el suelo mientras recuperaba el aliento. Las piedras frías y húmedas me mojaban las rodillas a través de los pantalones y el aire tibio me enfriaba el sudor de la piel. Los dolores de cabeza habían empeorado en los últimos meses y, a menudo, aparecían sin previo aviso. Una evolución preocupante.

Cuando el dolor por fin remitió, me puse en pie y avancé por el callejón.

El hombre que buscaba yacía desplomado contra una pared de ladrillos ajada junto a una hilera de cubos de basura. Tenía la barba oscura y descuidada salpicada de lo que supuse que eran restos de vómito. Le di una patadita en la pierna, pero no se movió. Me agaché para comprobarle el pulso y me sentí aliviado al encontrarlo, aunque débil.

Me llamó la atención un objeto que sobresalía del andrajoso abrigo del hombre y, con la mano enguantada, se lo saqué del bolsillo: una fotografía. En ella aparecía él, bien afeitado, junto a una mujer joven, de no más de treinta años, y dos niños pequeños, que parecían tener unos ocho y diez años. Volví a guardársela y anoté mentalmente quemarla más tarde.

Después de eso, lo levanté, entre gruñidos y murmullos, y me pasé el brazo del desconocido por el cuello para mantener el equilibrio. Un olor repulsivo me ardía en la nariz mientras lo arrastraba hacia la boca del callejón, donde mi coche seguía aparcado, esperándolo.

Me senté entre las sombras en una silla de madera vieja y esperé a que el hombre del callejón estuviera lúcido del todo.

Los quejidos resonaban en los húmedos y lúgubres pasillos de las catacumbas de la torre Emeric, que siglos atrás había albergado prisioneros. Aquel laberinto de túneles se cerró y se selló a finales del XVIII, mucho antes de que se comprara y se convirtiera en una universidad para clérigos. Fue por casualidad, durante mi tercer año en Dracadia, que, aburridos de la clase de física que se impartía dos pisos más arriba, mi compañero de clase y yo nos escapamos para fumarnos un cigarrillo y nos topamos con lo que parecía un marco de puerta. Después de pasar semanas excavando en el barro, que se había endurecido hasta convertirse en una muralla pétrea, abrimos la entrada y quedó al descubierto el antiguo laboratorio que una vez perteneció al doctor Stirling. Los túneles, en la más completa oscuridad y sin haber visto la luz durante siglos, nos llevaron a las celdas lóbregas y abandonadas. Prisiones olvidadas que aún conservaban los huesos descompuestos de quienes tuvieron la mala suerte de acabar allí. Desde entonces había instalado luces en todos los túneles, pero, incluso en pleno verano, el antiguo pasadizo arrojaba un frío inquietante.

El hombre del callejón se llevó una mano temblorosa a la cabeza y abrió lentamente los ojos. Se quedó tumbado en el suelo de su celda un rato, tal vez intentando averiguar dónde demonios lo habían llevado. Se incorporó de un salto jadeando y se echó hacia atrás, contra la pared. Posó sus ojos, llenos de pánico, en mí, que lo observaba con curiosidad.

—¿Do-do-dónde estoy? —Le costaba hablar por la sed y, probablemente, por la deshidratación. Ese estertor persistía en cada respiración entrecortada que seguía a sus palabras.

—En la Universidad de Dracadia. En la torre Emeric, para ser

exactos.

—¿Qui-qui-quién eres tú?

Me quité una pelusa de los pantalones de traje que vestía y le ofrecí una sonrisilla poco sincera.

—El profesor Bramwell, pero eso es del todo irrelevante.

El hombre se acercó a trompicones a los barrotes de su celda y los rodeó con las manos.

—¿Qué hago aquí? ¡Quiero irme ahora mismo!

—Tranquilícese, señor Barletta. —Me incliné hacia delante, con el consecuente crujido de la silla vieja, y cogí una botella de Macallan que tenía a mi lado en el suelo de tierra—. Dígame, ¿alguna vez en su vida ha tomado un whisky decente?

El deseo en los ojos de Barletta me dijo que su anhelo por el alcohol era mayor que su miedo; el hombre se relamió.

—Creo que no.

Levanté la botella, burlón.

—Está delicioso. Suave. Sabe a avellanas tostadas con notas de jerez. ¿Quiere un poco?

Una chispa de desesperación le iluminó los ojos, por lo demás apagados y llorosos.

—Sí.

Me incliné hacia delante y le pasé la botella, que apenas cupo entre los barrotes de la celda del hombre.

Con ansias, el desconocido me la arrebató de las manos, quitó el tapón y se bebió de un trago al menos una cuarta parte del licor caro antes de apartarla de los labios. Con un suspiro de alivio, se recostó contra la pared y se llevó la botella al pecho, como si estuviera acunando a un niño.

—Tienes razón, Bramwell, es bueno. Está que te cagas. —Se bebió un trago aún más largo que el anterior. Dos mil dólares de

licor en su garganta—. Ahora dime por qué estoy aquí.

Solté un suspiro de resignación, me incliné hacia delante y apoyé los codos sobre los muslos.

—Muy bien. Soy patólogo aquí, en la universidad. El investigador principal de un proyecto de parasitología financiado por personas muy ricas y poderosas.

—Genial. ¿Qué cojones tiene eso que ver conmigo?

—Me alegra que lo pregunte. Da la casualidad de que necesito desesperadamente sujetos humanos.

Riéndose entre dientes, separó la cara de la pared para mirarme.

—La respuesta es *no*. No soy tu puto conejillo de Indias. Déjame ir ya.

Bajé la mirada, sonreí y volví a recostarme en mi silla.

—Eh, no le estaba pidiendo permiso, señor Barletta. Verá, el whisky que acaba de beberse contiene miles de huevos diminutos, cada uno de ellos recubierto por una maravillosa capa exterior similar a una espora que lo protege del etanol. En dos días, esos huevos se convertirán en embriones tras asentarse en su hígado, rico en nutrientes. Las larvas seguirán creciendo dentro de usted y, en otros seis días, eclosionarán. Ahí es cuando comenzará la verdadera diversión. —Observé con evidente regocijo cómo se le iba el color de la cara y se le desencajaba la mandíbula por la sorpresa y, tal vez, un poco por la incredulidad—. Entonces las larvas liberarán potentes toxinas que atravesarán la barrera hematoencefálica. Dichas toxinas intensificarán sus necesidades más básicas: sed, hambre y sexo. Cuando el parásito se dé cuenta de que no hay un útero cálido y acogedor donde poner más huevos y completar su ciclo, los gusanos adultos comenzarán a alimentarse de una forma agresiva de su hígado en un intento por engordar para sobrevivir. Por último sufrirá un fallo en el órgano y morirá.

Y entonces por fin los expulsará. —Suspiré y me encogí de hombros —. Pero yo no me preocuparía. De todos modos, ya iba camino de sufrir un fallo hepático.

Barletta se puso a cuatro patas y se metió un dedo rechoncho en la garganta. El vómito le salió por la boca y la nariz y cayó al suelo. Mientras él tenía arcadas y náuseas, saqué un relojito de bolsillo de los pantalones y pulí la superficie con la camisa, y me fijé en que era casi medianoche antes de volver a guardarlo.

—Es inútil. Digamos, por ejemplo, que logra expulsar unos cuantos cientos de huevos. Todavía quedan muchos más. Ahora mismo se dirigen a su hígado, el cual supongo que en este momento se encuentra en un grotesco estado de cirrosis.

Volvió a meterse un dedo en la garganta y soltó una tos ronca.

—¡Puto enfermo! ¡Eres un retorcido! ¡Deja que me vaya!

—¿Puto enfermo? Le he dado cobijo. Bebida cara. No es como si le hubiera golpeado en la cabeza con una botella de licor y le hubiera dejado en coma. Eso habría sido absolutamente inconcebible.

El otro abrió los ojos de par en par y cayó hacia atrás, dejando escapar un sollozo cansado.

—Lo que diferencia a los monstruos de los hombres buenos es solo cuestión de perspectiva. A sus ojos, soy un puto enfermo por lo que le he hecho. Pero, por otro lado, yo a usted lo veo como un *parásito*.

Levantó la botella y me la lanzó. Al chocar contra los barrotes de hierro de la jaula, los cristales rotos se estrellaron contra el suelo.

—Qué pena. Calculo que dentro de una hora más o menos empezará a sufrir unos síntomas de abstinencia bastante intensos. —Con los labios apretados, negué con la cabeza y me levanté de la silla. Con una mano a la espalda, recogí un trozo de cristal en cuya

superficie se había acumulado una pequeña cantidad de licor. Aunque los huevos eran casi invisibles, el líquido parecía moverse, porque el parásito se retorcía en su capullo. Sonriendo, lo tiré a un lado—. Fui yo quien le ofreció dinero y asilo en la isla de Dracadia, quien lo atrajo aquí.

Una vez más, un atisbo de incredulidad brilló en sus ojos.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Se lo revelaré más adelante. Estamos unidos por un hilo frágil, señor Barletta. —Un dolor agudo me atravesó ambos lados de la cabeza y, con los ojos cerrados, solté un gruñido y me froté la zona del cráneo que me vibraba con la palma de la mano. Lo que me dijo después se convirtió en un molesto murmullo, hasta que volví a oír con nitidez y abrí los ojos.

Por suerte, esta vez había sido un episodio breve.

—¡Déjame salir de aquí, joder! —Cogió un cristal roto y metió el brazo entre los barrotes de la jaula en un intento patético de cortarme.

Me reí y negué con la cabeza con una expresión de lástima que sin duda lo cabreó.

—Considérelo una penitencia. La oportunidad de, por una vez, salvar una vida. —Me metí las manos en los bolsillos y me di la vuelta—. Veo que está enfadado. Volveré mañana con el desayuno.

Los gritos de Barletta resonaron a mi espalda mientras caminaba por el pasillo.



9

Lilia

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Jayda a mi lado, mientras mirábamos a través del parabrisas de su coche hacia la estación de tren.

Al menos eso creía que era.

Las malas hierbas marchitas por el calor sobresalían del hormigón agrietado y el edificio en ruinas, donde había un cartel de venta de billetes medio roto, ni siquiera parecía abierto. El lugar parecía abandonado, con basura esparcida por el aparcamiento y grafitis de colores en uno de los vagones de tren estacionados.

Después de echar otro vistazo a la invitación que tenía en el regazo, asentí con la cabeza.

—Es la dirección que figura aquí.

—¿Qué te parece si me quedo un rato, por si acaso?

—Tienes que levantarte dentro de cuatro horas para ir a trabajar. No pasa nada.

—Tía, es *trabajo*. Estará ahí mañana y pasado. Si me voy, no puedo decir lo mismo de ti.

—Tengo mi navaja y mi espray de pimienta. Eso debería darme al menos algo de ventaja, ¿no? Además son las doce menos cuarto. En teoría, el tren debería llegar en quince minutos.

—Si es que viene, *en teoría*. —Jayda se inclinó hacia delante y me di cuenta de que ambas mirábamos al mismo hombre vestido con ropa raída que estaba apoyado contra el edificio; negó con la cabeza y dijo—: Me quedo. Así, si no viene, ya estaré aquí para llevarte de vuelta.

Sonriendo, me recosté en el asiento. En secreto estaba aliviada por que no se fuera. Siempre había cuidado de mí misma, pero a veces era agradable que cuidaran de ti.

—Sé que no te gustan las cursiladas, pero…

Levantó una mano entre nosotras.

—No lo hagas.

—No sé qué haría sin ti en mi vida.

—Para. ¿Vale? Para. —Posó la misma mano que había usado para callarme sobre mis nudillos y me dio un suave apretón—. Eres más fuerte de lo que crees, Lilia. Solo tienes que empezar a creértelo.

—Lo haré cuando empieces a aceptar los cumplidos y la gratitud.

Resopló y se giró para el otro lado, apartando la mano. Yo me reí.

Pasaron diez minutos. Los nervios estaban comiéndome por dentro mientras me mordía el labio inferior. Nunca había salido de Massachusetts ni había viajado en tren ni en avión. Habíamos hecho alguna excursión para acampar cuando mi madre aún vivía, pero siempre en los condados cercanos. Decir que estaba nerviosa se quedaba corto.

—Quizá deberíamos irnos —le sugerí a Jayda a las doce y dos minutos.

Apenas salieron las palabras de mis labios, el traqueteo de mi botella de agua en el portavasos me llamó la atención. Bajé la vista y vi que la superficie se movía. Jayda se volvió hacia mí con expresión interrogativa.

Ni un segundo después, una luz atravesó la niebla. Un fuerte zumbido se elevó a lo lejos, un ruido seco entre el chirrido del metal. Sonó una bocina, que resonó en mi pecho, y me sobresalté al ver que el vagabundo se despertaba, sobresaltado.

Las dos salimos del vehículo y, después de sacar mi maleta y mi bolsa del asiento de atrás, caminé con cautela hacia la parte delantera del coche y vi una enorme forma oscura atravesar la copa de los árboles. Un vehículo monstruoso redujo la velocidad y, con un chirrido furioso, soltó un último resoplido y se detuvo.

Me quedé boquiabierta al contemplar su esplendor. Una superficie negra brillante con unos detalles dorados que le daban un aspecto lujoso. En el lateral se leía «Dracadian Express» en letras doradas y brillantes, con la cabeza de un dragón áureo curvada sobre ellas.

El tren se detuvo mientras yo admiraba el exterior y, a través de las ventanas oscuras, vi unas figuras difusas moviéndose, que supuse que eran otros pasajeros que había dentro.

Un hombre vestido con un traje negro y sombrero, con bordados dorados en las solapas, se acercó a mí por la derecha. Por algunas películas que había visto, pensé que podría ser el revisor del tren.

—¿Su billete? —preguntó, y yo rebusqué en el sobre que llevaba. El brillante bolete negro hacía juego con el tren, con su dragón dorado y su preciosa tipografía metálica del mismo color. Se lo entregué.

—¿La universidad tiene su propio tren?

—Es de la universidad, pero da servicio a toda Dracadia y a Maine. —El revisor señaló una entrada donde una rampa se retraía lentamente—. Está en el vagón dos. El comedor y el mirador están en la parte delantera. Tengo que hacer algunas paradas más, y deberíamos llegar a la ciudad portuaria a las cinco de la mañana.

Asentí con la cabeza y sonreí, sintiendo la emoción bullendo en mi interior.

—De acuerdo.

—Bienvenida a bordo, señorita Vespertine. —Levantó mi maleta y amagué con recuperarla. Ahí llevaba todo lo que poseía. Básicamente, mi vida entera.

Tuve que recordarme a mí misma que no se trataba del transporte público de Covington. Lo más probable era que mis pertenencias se consideraran basura en el mundo en el que estaba a punto de entrar.

—Bueno, ha llegado el momento —dijo Jayda a mi lado.

Me volví y vi una sonrisa orgullosa en su rostro cuando miró hacia el tren.

—Vendré a visitarte.

—Más te vale. —Me rodeó con sus brazos y me estrechó hasta dejarme sin aliento—. Cuídate, doctora Lilia.

—Gracias por todo —susurré y, después de eso, me soltó y dio un paso atrás: le brillaban los ojos.

—Vete. Tu futuro te espera.

Al primer atisbo de lágrimas parpadeé dos veces para disiparlas y me volví hacia el tren. Obligándome a no llorar, respiré hondo y subí por la rampa tras el revisor; pasé junto al portaequipajes y atravesé la puerta automática que daba al vagón dos.

Los asientos estaban tapizados con un lujoso terciopelo negro

con letras doradas, dispuestos en filas de dos a cada lado del largo pasillo que recorrí para llegar al mío. Los pocos pasajeros con los que me crucé tenían la mirada clavada en el móvil. Vestidos con ropa de diseño, chaquetas y blusas, con bolsos que probablemente costaban lo mismo que yo ganaba en un mes, encajaban a la perfección con el perfil de estudiantes de la Ivy League.

Había utilizado parte del dinero que me había dado Jayda para comprar algo decente que ponerme. Tenía predilección por los vestidos vintage gracias a mi madre, que siempre me había dicho que los vestidos y las faldas eran la forma de la mujer de rebelarse contra la naturaleza despiadada del mundo. Suaves y vulnerables, pero atrevidos al mismo tiempo. Nunca había osado a llevarlos en el metro a altas horas de la noche, solo a clase durante el día. Para el viaje en tren había optado por uno veraniego color mantequilla claro con volantes, la chaqueta de cuero descolorida de mi madre y mis botas militares. Aunque no parecía una vagabunda, desde luego no iba tan arreglada como los demás pasajeros, de muñecas y cuellos colgaban joyas que parecían extravagantes adornos navideños. Recostados en su asiento con el móvil, se los veía muy relajados, quizá hasta aburridos y despreocupados.

Mientras tanto, yo estaba zumbando como una abeja; tenía tanta ansiedad reprimida que era increíble que no me oyeran vibrando en mi asiento.

Las rodillas me rebotaban sin cesar mientras el tren avanzaba despacio. Me volví hacia la ventana y saludé con la mano a Jayda; fue como ver mi antigua vida desvaneciéndose para dar paso a una nueva. Ni siquiera había tenido tiempo de asimilar que iba a asistir a una universidad de la Ivy League. Un centro respetado. Me arañé el brazo, pero eso no logró sacarme de ese sueño extraño.

Lo de Conner y Bee no estaba del todo resuelto. Había ingresado

dos meses de mi parte del pago en la cuenta del instituto de mi hermana, pero necesitaba encontrar un trabajo enseguida para empezar a ahorrar y mantenerme al día, además de trabajar y estudiar.

Tendría mucha carga, pero ¿no había sido siempre así?

«Céntrate en el presente, Lilia». Esas eran las palabras de mi madre, que siempre lograban calmarme los nervios cuando era niña.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento mullido, muy distinto del plástico duro del metro al que estaba acostumbrada. Necesitaba dormir un poco, aunque solo fueran unas horas, para no parecer un zombi cuando llegara al campus.

Mientras aprovechaba el momento para echarme una siestecilla, dejé la mente en blanco.



10

Devryck

Arrastré el bisturí desde el acromion hasta el centro del pecho y luego hacia el abdomen para hacer una incisión en forma de «Y» en el cuerpo de la fallecida. Ya había realizado un examen externo y confirmado que se trataba, efectivamente, de Andrea Kepling, a la que la oficina forense del condado de Calypso había enviado para confirmar la causa de la muerte.

El mapa negro descolorido de sus venas, o vonixis, que había observado en el examen externo fue la primera pista. Sin embargo, se sabía que había varias toxinas parasitarias que podían causar esa decoloración, por lo que no confirmaba necesariamente que se tratara de un caso.

La segunda pista fue el líquido pútrido y oscuro que brotaba de la incisión. Dado el tiempo que llevaba almacenada, esperaba que expulsara algo, pero no esa cantidad que goteaba en la bandeja que había debajo de la mesa de exploración.

Y, joder, qué *hedor*. Ni siquiera las heces que quedaban en el intestino olían tan mal.

Un cosquilleo en el tobillo me hizo fijarme en el suelo, donde una bola de pelo negro daba vueltas alrededor de mis piernas como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí. Era un gato Bombay que me había quedado después de que, de alguna manera, se colara en mi laboratorio, y, por más que lo intentaba, no conseguía deshacerme de él. Sin embargo, mantenía alejados a los ratones y a las ratas, así que decidí dejar que ese cabroncete entrometido se quedara.

—Veo que has decidido aparecer —dije sin quitarme la máscara ni el protector que me cubrían el rostro—. Casi empiezo sin ti. —El gato, al que había llamado Pesadilla, cruzó la habitación con paso tranquilo y se acomodó en el rincón opuesto a mí, donde se lamió las patas.

Pinzas en mano, retiré con cuidado la piel de la difunta como si fuera una mariposa, dejando al descubierto su caja torácica. No había nada destacable en la piel ni en los huesos, aún cubiertos de restos de carne. En ese momento, aparte de las venas ennegrecidas, el estado de su cuerpo parecía bastante normal para alguien que supuestamente había sufrido una enfermedad devastadora. Era lo que esperaba encontrar en su interior lo que revelaría una historia siniestra y sombría sobre cómo podría haber muerto.

A continuación cogí las tijeras para costillas y corté los huesos que las unían. Con un cuchillo para autopsias, seccioné los músculos que las mantenían sujetas y levanté la protección de las costillas, dejando al descubierto los órganos que había debajo. Con el extremo ancho del cuchillo, separé un trocito de músculo y observé otra característica que definía al parásito: las estrías en los huesos. Si eliminara todo el músculo y la carne, se vería un esqueleto

cubierto de tenues vetas negras, como si fueran fisuritas. Seguía siendo un misterio por qué y cómo lograba tal cosa el parásito.

Tomé una muestrecita de la carne, la puse en una placa de agar para examinarla más tarde y la dejé a un lado. Luego hice un dictado rápido sobre el examen visual del corazón, los pulmones y los fluidos que se habían acumulado en los recovecos. Pero no eran agua. Aparte de una inflamación excesiva, no encontré evidencias de aspiración en los pulmones. Solo un líquido más espeso, parecido al suero, que creí que se había filtrado por el tracto gastrointestinal durante el traslado de la paciente. Recogí con un cucharón cerca de un litro de ese líquido mohoso del abdomen y de la cavidad torácica, y lo vertí en un frasco esterilizado. Al sostenerlo a la luz no pude evitar preguntarme cuántos huevos habría llegado a contener.

Até un cordel al intestino, corté la grasa del cuerpo y, una vez liberadas, tiré las vísceras al cubo que había debajo de la mesa.

Mientras retiraba meticulosamente los órganos y los pesaba, por fin llegué al que me había interesado desde el principio: el hígado. En su caso era más o menos una cuarta parte del tamaño que debería haber tenido, negro, con bultos y rezumando los fluidos que había albergado. En ausencia del parásito en sí, se confirmaba que era noctisoma. Nunca había visto ningún otro parásito destrozar el hígado de esta manera. Las enzimas liberadas por el gusano lo licuaban para consumirlo más rápido y lo convertían en un amasijo viscoso.

Un movimiento me llamó la atención.

Miré a través de la molesta barrera facial protectora que reflejaba la luz y vi algo retorciéndose en un charco de líquido en el intersticio. Con las pinzas, hurgué y saqué un gusano largo, negro y delgado, de unos treinta centímetros.

—Joder —murmuré. La cabeza del gusano se me enganchó al

guante y, aunque no sentí nada, ver cómo me mordía el dedo me sobresaltó y lo dejé caer en la cavidad abdominal de la difunta otra vez—. ¡Me cago en la puta!

El gusano se deslizó a través del colgajo de piel y cayó por el borde de la mesa de exploración. Me lancé hacia el desagüe del suelo, que estaba muy cerca, pero no llegué a taparlo con el zapato, pues el parásito se deslizó por los agujeritos, y así, sin más, desapareció. Ni siquiera Pesadilla, mi gato, lo alcanzó a tiempo y se quedó allí quieto, arañando el desagüe, claramente deprimido por la oportunidad que había perdido. Por suerte, tenía una especie de intuición para no comerse los gusanos. Como mucho, solo lo habría ralentizado.

—Mierda. ¡Joder! —Me quité el guante y vi una burbujita de sangre en la superficie de mi piel.

¿Desde cuándo tenían dientes?

Mientras observaba a la difunta, mis pensamientos se remontaron a la información rápida que Lippincott me había dado antes de que aceptara realizar la autopsia.

«Es un caso especial».

¿Qué la hacía especial?

Después de lavarme la herida con jabón, la cubrí con una tirita, me puse un nuevo par de guantes y volví a ver si su cuerpo me daba alguna pista.

Cuando llegué al cerebro, ya tenía claras las circunstancias de su muerte. Habiendo presenciado el proceso varias veces, sabía lo que los gusanos que había dentro de ella querían al final: escapar. Corté la última sección del cráneo y, con una llave craneal, levanté la parte superior del hueso para ver el cerebro. Las líneas negras indicaban la presencia de una alta concentración de la toxina y la presencia de sangre daba algunas pistas sobre cómo había muerto, lo que se

confirmó con los informes radiológicos adjuntos, que indicaban que había sufrido un derrame cerebral. Después de cortar todas las conexiones nerviosas, extraje el órgano gelatinoso y lo dejé a un lado. Lo fui rebanando y encontré lo que buscaba en la corteza prefrontal: una bolsa dentro de un saco de membrana transparente donde la toxina más pura, aparte de la que se podría haber sacado del hígado como una semana antes, seguía perfectamente encapsulada. Con una aguja, saqué el líquido púrpura brillante con sus hilos marmolados negros y lo puse en un tubo de ensayo que tenía preparado. Lo sostuve a la luz. Quizá era demasiado tarde para utilizarlo, ya que llevaba muerta bastante tiempo. Aunque habría obtenido mejores resultados a los pocos minutos de la muerte, merecía la pena conservar la muestra. Tal vez, algún día, fuera cual fuera el infierno que había sufrido la mujer en vida con su enfermedad, su muerte ofreciera un atisbo de esperanza.

De vuelta en mi despacho, en el pasillo de administración, me quedé mirándome el dedo vendado, intentando asimilar lo que había visto durante la autopsia. Estaba claro que el gusano había evolucionado y sospechaba que podría deberse a repetidas inoculaciones en humanos; sin duda, un hígado humano sano podría haber sido motivo suficiente para que le salieran dientes.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió mis pensamientos.

Me aclaré la garganta.

—Adelante.

La puerta se abrió con un chirrido y apareció el doctor Lippincott, rector de Dracadia y viejo amigo de mi padre. Con las manos metidas en los bolsillos, atravesó la sala a zancadas, y su mera presencia agrió mi ya de por sí malhumorado estado de ánimo.

—¿No tendrás por ahí escondida alguna botella de licor? —preguntó, con las cejas arqueadas y una esperanza repugnante.

Cómo no. Al fin y al cabo, nadie aceptaba trabajar para unos capullos de clase alta sin algo que lo ayudara a adormecer el sufrimiento que suponía tal cosa. Metí la mano en el cajón inferior de mi escritorio y cogí una botella de burbon y dos vasos.

—Agárrate, que vienen curvas, Devryck. —Lippincott era el único que no se molestaba en dirigirse a mí como doctor o profesor. No tenía claro si era un gesto amistoso o si pretendía ser condescendiente.

Después de servirle una copa, le pasé la bebida y observé cómo se la tomaba de un trago y me hacía señas para que le pusiera otra.

—Acabo de estar una hora reunido con Langmore. Al parecer ha recibido una llamada de Albert Wilkins. ¿Por casualidad te acuerdas de él?

—Sí. El «alcohólico empedernido» de Dracadia —respondí, viendo cómo Lippincott se tomaba otro trago.

—Bueno, ha cumplido su condena, ha dejado de beber y parece que trabaja para un colegio universitario en Massachusetts. Pues eso, Langmore dice que lo llamó para hablarle de una alumna suya que, como deberes, había escrito un estudio de caso ficticio *impresionante* sobre un parásito.

—Adorable. —Puse los pies sobre la mesa y esperé con impaciencia a que fuera al grano—. ¿Y qué es lo que ha justificado exactamente una reunión de una hora?

—Langmore ha solicitado fondos para cubrir su primer semestre entero. Tengo entendido que es brillante. El comité de admisiones lo ha aprobado por unanimidad. —Chasqueó los dedos para pedir más alcohol.

—¿Y? —Le serví otro vaso.

—La ha colocado en tu grupo de Neuroparasitología.

—Más vale que haya escrito un trabajo de investigación de la hostia.

—No lo he leído. —Resopló y agitó las manos con desdén—. ¿Tienes idea de cuántos trabajos pasan por mi escritorio? Es una montaña de manuscritos rechazados de pobres sin recursos que solicitan ayuda económica. ¿Quién demonios tiene tiempo para eso? Mi mayor preocupación es que Langmore pretenda acelerar el proceso de estos estudiantes a mis espaldas, y, si ese es el caso, tengo la intención de pillar al muy cabrón con las manos en la masa. Por lo tanto, me gustaría que se quedara en tu clase. Si detectas algo raro en esa idiota, avísame. Se acerca mi renovación de contrato y no quiero sorpresas.

—Me estás pidiendo que haga de niñera de una estudiante universitaria. —Mi tono de voz no podía ser más poco entusiasta—. ¿Quién es?

—Lilia Vespertine. Quizá puedas contratarla como asistente…

—Ni hablar. —Tomé otro sorbo de whisky, saboreando el ardor en mi garganta mientras tragaba saliva para contener las ganas de darle un puñetazo.

Lippincott ahogó una risita en su copa.

—Como mínimo, quiero tenerla controlada durante su estancia aquí. Si intenta colocarla en cualquier otra clase avanzada sin autorización, lo echo. —Con el labio superior entre los dientes, negó con la cabeza—. He estado *esperando* la oportunidad de deshacerme de él. Y de la cabrona entrometida de Gilchrist —dijo entre dientes.

—Y, en ese caso, ¿qué pasa con la chica?

—Le denegamos la ayuda económica para el segundo semestre. Le han concedido una beca Meritus por dificultades económicas. De

lo contrario, no habría ninguna posibilidad de que pudiera asistir a esta universidad. —Pasó el dedo por el borde de su copa, con la mirada perdida—. Por otro lado, tengo entendido que has completado el informe de la autopsia de Andrea Kepling. ¿Puedo preguntar cuáles son las conclusiones?

—Estrías en los huesos. Putrefacción casi completa del hígado. Vonixis. *Tapetum lucidum* bilateral. Niveles significativos de toxina aislados en el cerebro y el hígado. Nada sorprendente. —No me molesté en mencionar el gusano con dientes.

—Así que se trata de noctisomiasis.

—Me parece que la presencia de la toxina es bastante reveladora.

Soltó un suspiro y se removió en su asiento, como si tuviera un caso grave de hemorroides.

—Tengo que decirte que no estaba del todo de acuerdo con que esa autopsia se realizara aquí.

—¿Por qué? —Tenía que andarme con cuidado con Lippincott, era como un político: cuantas más preguntas le hacías, más evasivas eran sus respuestas—. ¿Qué la hace tan *especial*?

Soltó otro suspiro de resignación y dio un golpecito con el dedo en el borde de su vaso.

—La han identificado como una de las pacientes que desaparecieron del estudio de tu padre.

Cómo no. Habían pasado casi dos décadas desde el escandaloso desastre que se había cernido sobre mi carrera como una puta maldición. Habían muerto seis mujeres. Dos habían desaparecido. Y, de alguna manera, yo había heredado la mierda de trabajo de limpiar la reputación de mi padre.

—Bueno, parece que ya no puede hablar de ello, así que ¿cuál es el problema?

—El problema es que irrumpió en mi casa e intentó matarme. Sería una putada que luego presentaras un informe de autopsia sobre una paciente que desapareció de un estudio de hace veinte años, que demuestra la existencia de un parásito raro al que, casualmente, yo he contribuido con una gran suma de dinero para su investigación. ¡Me acusó de ponerle *gusanos* en el estómago!

—La última vez que lo comprobé, se habían eliminado todas las pruebas de que esas mujeres habían participado en el estudio. —Era repugnante que la vida de una persona pudiera convertirse así en una mentira. Qué fácil era borrar la existencia de alguien sin preguntas ni explicaciones. Eliminar sin consecuencias todos los detalles sobre las dos personas que habían participado en el estudio y después lo habían abandonado. Aunque me habían dado todas las formulaciones de mi padre, no sabía nada de las mujeres involucradas en el estudio.

Puede que fuera mejor así.

—Antes de eso, los informes seguían enviándose a la junta. No necesito que los medios se enteren de esto y se inventen que tuve algo que ver con la muerte de esta mujer. La consideraron incapacitada psicológicamente y, por lo tanto, poco creíble, pero, como bien sabes, los *cadáveres* nunca mienten.

Mis pensamientos volvieron a ese momento, a la autopsia de Andrea, en el que le extraje un gusano de treinta centímetros del abdomen.

—Me sorprende que enfermara hace tan poco tiempo. Han pasado veinte años. No se trata de un organismo que desee habitar un cuerpo durante mucho tiempo.

—La policía dijo que era una vagabunda de la isla. Puede que se contagiara ella misma. No tengo ninguna explicación. Yo no participé en los estudios sádicos de tu padre ni he hecho ningún esfuerzo por

contactar con esta mujer después de lo que me hizo.

—Sin embargo, estás aquí por algo. ¿Qué quieres?

—Quiero que modifiques el informe.

Resoplé ante su petición y me serví otra copa, sin saber si ese loco hijo de puta hablaba en serio o bromeaba.

—¿Me estás pidiendo que falsifique mis hallazgos?

—No te atrevas a ponerte técnico y legal conmigo. Recuerda quién *te salvó el pellejo* el año pasado por lo de la tal Jenny Harrick. —Otro escándalo más sin ningún fundamento—. Tu apellido me ha costado un excesivo control de daños. Solo te pido que elimines el detalle de la toxina.

— ¿Y las estrías de los huesos? ¿Cómo coño explico eso si no hay anomalías genéticas ni displasia?

—Tacha también ese hallazgo.

Gruñí y me froté la cara con la mano mientras escuchaba cómo convertía un simple informe en una compleja red de mentiras que cualquier patólogo novato que se preciara podría desentrañar.

—Tiene un perfil médico completo basado en el daño que le ha causado este organismo. ¿Qué pasa si alguien cuestiona mis conclusiones y la exhuman?

—Está a la espera de ser incinerada. Ni el hospital, ni el forense, ni esta universidad están interesados en asumir los gastos del entierro. Según tengo entendido, han localizado a un tío que puede firmar el permiso para la incineración. Por lo tanto, tu informe es la verdad absoluta. Elimina esos hallazgos con discreción y nadie se dará cuenta.

Falsificar un informe no era nada nuevo, ya lo había hecho antes, con una explicación razonable y lógica. Sin embargo, tratar de inventar una razón para cada agresión fisiológica que había sufrido esta mujer era un rompecabezas que no quería que me endilgaran.

—Crees que soy un capullo por pedirte algo así.

Removí el último sorbo de licor que me quedaba en el vaso, convenciéndome a mí mismo de que sería una mala idea tirárselo en la cara.

—Me impresiona más que me pidas como si nada un favor que me costaría mi acreditación.

—¿Qué quieres a cambio, Devryck?

Ahora sí que estábamos entendiéndonos. Podría justificar el trabajo si conseguía un buen trato.

—Quiero que quiten las cámaras de mi laboratorio.

—Esas cámaras son un requisito para obtener financiación. Se han instalado como resultado de…

—Sé por qué están. —Incliné la cabeza lo justo para estirar la cicatriz que tenía desde el cuello hasta el codo. Un ataque con ácido, cortesía del siempre vigilante alumnado, que se había sentido obligado a convertirme en el villano por la desaparición de una chica, sin pruebas suficientes, por supuesto. Pasé dos meses de baja, recuperándome, lo que retrasó aún más mi labor—. No trabajo con estudiantes, como ya he explicado varias veces a la junta.

—Entonces ¿por qué insistes en que las quitemos?

—No me gusta sentir que me observan mientras trabajo. Me desconcentra. Pide que las retiren con discreción y nadie se dará cuenta. —Repetí sus palabras de hacía unos instantes.

—De acuerdo. Dalo por hecho. —Con las piernas cruzadas, miró alrededor de mi despacho y dio un sorbo a su copa.

No podía evitar fantasear con lo increíblemente gratificante que sería echarle unas cuantas larvas en la bebida. Por supuesto, era la pereza quien hablaba. Detestaba la idea de tener que editar el informe.

—Me sorprende haberte pillado en horario de oficina. Es increíble

que consigas dormir. —Lippincott dejó el vaso vacío sobre la mesa—. ¿Cómo va la investigación?

No podía dejar de pensar en esa fantasía tan vívida y entretenida. Pensaba en esas cosas retorciéndose al bajar por el esófago hasta llegar a su estómago. «Despierta, Devryck». Me aclaré la garganta y eché los hombros hacia atrás.

—Estable y tedioso, como siempre.

— ¿Algún avance con la última variante?

—Sí. Ahora tengo una polilla con la probóscide completamente extendida que prefiere un buen filete poco hecho a unas rodajas de naranja.

—Me parece de lo más fascinante.

—Si no fuera sinónimo de fracaso, quizá a mí también me lo parecería.

—No quiero añadir más presión, pero, con las evaluaciones trimestrales a la vuelta de la esquina, habrá un inoportuno interés en el programa. —Se aferró a los brazos de la silla y los músculos del rostro se le tensaron.

No era ningún misterio lo que lo tenía tan nervioso. Tener que enfrentarse a los miembros de los Cuervos —que prácticamente habían nacido con un poder excesivo— con un informe estancado no sería una tarea fácil. Por suerte, yo disfrutaba de un estatus con cierto privilegio, ya que mi linaje en la sociedad se remontaba a mi tatarabuelo, uno de los fundadores. Esa era la única razón por la que los Cuervos no habían metido a mi padre en una de sus bonitas jaulas después de la humillación que había causado, la cual, desde entonces, me había tocado arreglar a mí.

Aunque era lo bastante ambicioso y descarado como para ascender en la escala del poder, Lippincott no era más que un novato de primera generación. Un nuevo rico que solo se había

casado por dinero, y el hecho de no haber nacido en esa posición lo convertía en prácticamente prescindible. Si metía la pata, lo quitarían de su puesto con facilidad.

—Me he quedado con el laboratorio nocturno para ayudar en la propagación y la inoculación de polillas, con la esperanza de probar múltiples variantes a la vez —ofrecí como un consuelo rancio. No importaba cuánto tiempo tardara en terminar mi trabajo. Mientras no me convirtiera de repente en una amenaza para la sociedad, no sufriría más que un tironcillo de orejas.

Por otro lado, Lippincott cargaba con el peso del fracaso.

Por suerte para él, yo tenía otras razones que me mantenían motivado. La más importante era el hecho de que, en cualquier momento, todos los músculos de mi cuerpo podían bloquearse y paralizarse, incluido el corazón, y provocarme un paro cardiaco. Así que, sí, sentía la presión.

—Pero aún estamos lejos de los ensayos clínicos *en humanos*. —Lippincott se desplomó en su silla como un niño que no había recibido lo que quería por Navidad.

—Vacunar a un humano en esta fase sería un desastre. Mortal. Irresponsable. —La imagen del borracho del callejón al que acababa de encerrar en una celda pasó fugazmente por mi mente.

—Al igual que no obtener resultados. Ten en cuenta lo difícil que ha sido conseguir que se aprobara este estudio, sobre todo con un Bramwell al mando. —Se frotó las manos con un nerviosismo patente—. Mi oportunidad de convertirme en la persona al mando de esta institución depende del éxito de esto, Devryck. Cuento contigo para obtener resultados. Tu estudio podría cambiar por completo el panorama de la medicina y los productos farmacéuticos. —Como si necesitara que me lo recordara. Ese hombre no había pisado un laboratorio en veinte años. En su día fue brillante, pero había optado

por la política y el drama administrativo, un camino que yo evitaba con el mismo fervor que quien evita una infección de sífilis no deseada—. Espero con interés tu próximo informe sobre el síndrome del intestino irritable.

—Necesito más tiempo. Las toxinas producidas por este parásito cambian y evolucionan sin parar. —Casi se convertían en monstruos, con dientes y cola de escorpión.

—Si necesitas más tiempo, te lo conseguiré. Pero ten en cuenta que la universidad estará sometida a una presión enorme en los próximos meses. La junta directiva y los mecenas quieren éxito. Quieren resultados. La promesa de este estudio era el único punto a favor para los mecenas.

—Tendré resultados.

—Claro que sí. Ahí es donde tú y tu padre diferís. —Posó la mirada en mi mano, donde me había puesto una tirita sobre el mordisquito parasitario—. ¿Qué te ha pasado ahí?

—Me he cortado con papel. Nada grave.

Resopló.

—Siempre que no se infecte, ni desarrolle alguna forma resistente de bacteria, ni se convierta en septicemia.

—Me lo he lavado, Edward. A conciencia.

Con una sonrisa, dio unos golpecitos sobre mi escritorio con los nudillos mientras se ponía de pie.

—Bueno, te dejo que sigas con lo tuyo.



11

Lilia

El sonido estridente de una bocina me sobresaltó y me desperté con un jadeo, pegada al frío cristal de una ventana. La baba me mojaba la mejilla y me pasé el brazo por la cara con el mayor disimulo posible, mirando a otros pasajeros despertándose también. A la luz de la luna, una niebla espesa se cernía sobre el agua mientras observaba a través de la ventana el océano en la distancia.

El océano.

Solo lo había visto una vez, cuando era adolescente. Mi hermana y yo siempre habíamos soñado con ir a la playa, pero mi madre se negaba, optando por acampadas en el bosque en su lugar. Era como si le tuviera miedo al agua.

Me pareció fascinante.

—Atención, pasajeros, hemos llegado a Thresher Bay, en Maine, donde la hora local son las cinco y seis de la mañana. La temperatura es agradable, dieciocho grados, con bancos de niebla

espesa. El ferry zarpará aproximadamente a las cinco y media para llevarlos a la isla de Dracadia. Recojan su equipaje y tengan cuidado al bajar por la rampa de salida. Si es su primer año aquí, ¡enhorabuena y bienvenidos!

El tren se metió en una enorme cúpula de cristal y redujo la velocidad hasta detenerse entre otros dos trenes que había estacionados, separados entre sí por un estrecho andén en el que había un reloj sobre un cartel con las próximas salidas.

Frente a mí había un chico de mi edad. Se quitó los auriculares y sus brillantes ojos azules, que contrastaban de una forma impresionante con su piel oscura, miraron más allá de mí, presumiblemente hacia la ventana que tenía a mi otro lado.

Sentí un poco de alivio al ver a otra persona que no iba vestida con ropa de diseño.

Después de desabrocharme el cinturón, me puse de pie y esperé mientras una fila de pasajeros se dirigía al portaequipajes. Una tensión inexplicable me invadió al ver que tenía la maleta demasiado lejos.

«Tranquila, nadie quiere tu puñetero equipaje».

Al llegar al final de la fila, el chico que estaba frente a mí me indicó que pasara yo primero y, con un gesto de agradecimiento, salí al pasillo junto a los demás.

—¿Es tu primer año? —me preguntó, colocándose detrás de mí en la fila.

Con los labios apretados, sonreí.

—¿Tan obvio es? —Esperaba que sí, teniendo en cuenta que era unos dos años mayor para ser de primero.

—Es que pareces un poco nerviosa.

—En realidad debería estar en segundo, pero es mi primer año en la universidad. ¿Y tú? —La fila avanzó y saqué mi maleta del

estante, tropezando al bajarla al estrecho pasillo.

—Yo estoy en segundo. —Sacó una maleta mucho más elegante del portaequipajes y, en el breve instante antes de que la fila avanzara, me tendió la mano—. Me llamo Briceson Williams.

La acepté y se la estreché.

—Lilia. Encantada de conocerte.

—Igualmente. ¿De dónde eres?

Eché un vistazo por encima del hombro a una pasajera rubia que estaba ocupada con Instagram, volví a girarme y dije, bajando la voz:

—De Covington.

—Ah, la cuna del Luminet. —Esbozó una sonrisa y se encogió de hombros—. Yo soy de Lansmot, unos cuantos pueblos más allá. Y soy un poco friki del teatro.

Según tenía entendido, era la segunda ciudad más rica de Massachusetts. Sin embargo, no me sentía como una mendiga a su lado; de hecho, me parecía alguien con quien podía identificarme.

—Pues yo vivo encima del teatro —añadí.

—¿En serio? ¡Qué pasada! ¡Qué envidia! —Se rio entre dientes e hizo un gesto con la cabeza hacia delante, avisándome de que la fila había avanzado.

—Sí —dije por encima del hombro, dirigiéndome hacia la salida —. A estas alturas me sé casi todo el guion de *Los miserables*.

—Yo también. Pero supongo que por razones distintas. —Todos nos dirigimos por el andén hacia la parte principal de la estación—. ¿Qué estudias? —Al haber más espacio, se acercó a mí y caminamos uno al lado del otro.

—Microbiología médica. ¿Y tú?

—Química.

—Vaya. El equilibrio redox. Lo odiaba con todo mi ser.

—Son cálculos sencillos.

—Ah, eso ha sido un insulto de lo más sutil. —Me reí entre dientes, con el brazo en tensión mientras la maleta rebotaba sobre las grietas del hormigón detrás de mí.

La estación daba a una carretera que todo el mundo cruzaba para llegar al embarcadero del ferry, al otro lado de la calle. Los pálidos rayos del sol comenzaban a asomar por encima de las nubes, aunque probablemente faltaría otra media hora, más o menos, para el amanecer. Contemplé una estatua que había frente al embarcadero, estudiando el perfil pétreo de aquel hombre con un uniforme de la época colonial. El cartel a sus pies decía: «Comodoro lord Adderly. En memoria de los que perecieron de camino a Dracadia».

Mientras seguía a todos hacia la pasarela de embarque, vi el agua turbia del océano debajo. Nunca había estado en un barco y esperaba no marearme. Menos aún delante de un montón de gente a la que acababa de conocer.

Al igual que en el tren, todos guardamos nuestra maleta en un pequeño portaequipajes. Briceson hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—Si tiendes a marearte un poco, como yo, quizá sea mejor que vayas a la cabina —me aconsejó, como si me hubiera leído el pensamiento.

Esbocé una sonrisa nerviosa y asentí con la cabeza.

—Sí. Vale.

Me condujo al interior de una enorme cabina de pasajeros con mesas y bancos y me indicó un asiento junto a la ventanilla. Estar rodeada de paredes me hacía sentir menos vulnerable, así que me senté en el banco frente a él.

—¿Cuánto dura el trayecto hasta Dracadia?

—Unos noventa minutos, más o menos. No es muy largo.

—Entonces, la universidad… ¿cómo es?

—Es estupenda. Si pasamos por alto los fantasmas y su espeluznante historia, el campus es una preciosidad.

—¿Un estudiante de química que cree en los fantasmas?

Soltó una carcajada.

—Antes de venir a esta universidad no creía en muchas cosas. Pero es algo inherente al lugar. Tienes que aceptarlo y seguir adelante.

Tras un breve anuncio del capitán, el ferry se alejó del muelle poco a poco y yo me asomé por la ventanilla: el agua del océano la salpicaba a medida que ganábamos velocidad. Había estudiado el mapa de Dracadia y había visto su ubicación a kilómetros de distancia, en el golfo de Maine, donde había leído que el agua alcanzaba profundidades de más de trescientos metros en algunos puntos. Esa idea me provocó un escalofrío en la nuca. «Por favor, que no haya ningún maremoto que vuelque el barco». Por alguna razón, quedarme atrapada en medio del océano era una pesadilla que tenía a menudo. Mi psicóloga me había dicho que tal vez era porque me sentía atrapada en mi situación. Google me había insinuado que pronto podría pasar por un momento peligroso en mi vida.

Esperaba que solo fuera una estúpida pesadilla que no significara nada.

—¿Has visto algún fantasma o algo así? —le pregunté a Briceson, para ver si me distraía de las ganas de vomitar. Por mucho que quisiera contemplar el océano, ver cómo se hundía y se movía con las olas me provocaba un escalofrío en el pecho, y prefería no arriesgarme a manchar de pota la mesa que había entre nosotros.

—Lo único que voy a decir es que quizá veas cosas raras. Pero,

por lo que sé, allí nunca ha muerto nadie por culpa de un fantasma.

—Bueno, está bien saberlo.

Apoyó el brazo en el respaldo del banco y se recostó en su asiento.

—Entonces ¿qué hace una microbióloga médica?

—Quiero estudiar enfermedades. Encontrar curas. Ya sabes, salvar el mundo. ¿Y tú?

—¿Me creerías si te digo que no lo sé? Seguramente me haga profesor y moldee la mente de aquellos que tienen las cosas más claras que yo.

—Bueno, al menos tienes un plan.

Pasó como si nada una hora y media de conversación fluida, y solo tuve un leve caso de náuseas, que controlé respirando hondo por la nariz. Ver salir el sol por el horizonte, con sus rayos color salmón extendiéndose por la superficie del agua, también me distrajo un poco. Fue algo fugaz, ya que esos rayos dorados desaparecieron demasiado rápido tras la penumbra de las nubes.

Cuando la silueta oscura de la isla por fin se distinguió a través de la niebla, me maravillé ante la curva arqueada que, de hecho, parecía un dragón dormido. Nubarrones cargados de lluvia se cernían como columnas de humo negro que se elevaban hacia arriba.

—Hola, Dracadia —dijo Briceson, echando un vistazo a través de la ventanilla.

—Vaya. Es preciosa.

—Es aún más bonita de cerca.

El ferry atravesó la grieta de la roca, por debajo del arco, hacia el otro lado de la isla. Las torres de piedra se alzaban hacia el cielo sombrío por encima de las copas oscuras y tenues de los pinos que cubrían los terrenos de la universidad. El motor redujo la velocidad y

el barco se balanceó entre las olas embravecidas hacia una estructura de piedra con aspecto de castillo al pie del acantilado, cuyo centro parecía estar tallado en forma de arco. Unas antorchas con llamas titilantes iluminaban el camino a través del pequeño túnel, que se abría a un interior abovedado, donde había atracadas varias embarcaciones menores. Los asistentes que se encontraban dentro del cobertizo rocoso se apresuraron a amarrar el ferry mientras nos dirigíamos hacia la rampa.

De pie en la cubierta, junto a todo el equipaje apilado, un hombre de mediana edad me sonrió y, cuando fui a coger mi maleta, me puso una mano en el brazo con delicadeza.

—Yo me encargo, señorita. Le llevarán el equipaje a su habitación.

Noté esa misma sensación de inquietud que me atormentó antes. Sospechaba que probablemente el resto de los estudiantes del ferry podían permitirse reemplazar su vestuario o los aparatos que hubieran perdido, pero ese no era mi caso. Si perdía la maleta, o, peor aún, si me la robaban, no tendría nada.

—Confíe en mí —añadió, y me di cuenta de que todavía aferraba el asa—. No va a querer arrastrar esto cuesta arriba.

Entonces me incliné hacia un lado y vi a través del túnel de ladrillos el camino que desaparecía por la ladera de la montaña.

—No te preocupes, son muy cuidadosos con las cosas —me tranquilizó Briceson detrás de mí—. Al principio a mí también me incomodaba un poco.

El asistente sacó un bolígrafo del bolsillo de su abrigo y hojeó las primeras páginas del portapapeles que sostenía en la otra mano.

—¿Nombre?

—Lilia Vespertine.

—Lilia… Lilia… Ah, sí. Edificio Crixson. Habitación 310. —Despegó

una pegatina y la puso en mi equipaje.

—Vale. Gracias. —Eché un último vistazo a mi maleta antes de salir del barco.

Una plataforma de piedra conducía al túnel y, suponiendo que era el camino hacia mi residencia, me dirigí hacia allí, pero entonces me agarraron del brazo y me detuve.

Briceson me soltó y se colgó una bandolera al hombro.

—Oye, ¿me das tu número?

—Ah. Eh… No…

—No es para eso. Eh…, tengo novio. —Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios mientras se rascaba la nuca.

«Idiota», me regañé en silencio. Tenía que dejar de pensar que todos los chicos que me pedían el número buscaban ligar.

—Claro. Lo siento. Eh, sí. —Mientras nos dirigíamos hacia el túnel, me dio el suyo y me envió un mensaje con un emoji sonriente: «Hola».

—Ahora tú también tienes el mío. He pensado que estaría bien intercambiar líneas de teatro alguna vez.

Sonriendo, asentí con la cabeza.

—Me gusta.

—¿Lilia? ¿Hay alguna Lilia Vespertine? —Al oír mi nombre me giré hacia una chica rubia de ojos brillantes que, al igual que el asistente, también llevaba un portapapeles.

Briceson me dio un ligero golpecito en el hombro.

—Nos vemos luego. ¡Buena suerte!

—Gracias. Lo mismo digo. —Con esas palabras de despedida, me dirigí hacia la rubia que me había llamado—. Yo soy Lilia —le dije, acercándome a ella.

Después de mirarme de arriba abajo esbozó una sonrisa demasiado amplia que le arrugó los ojos.

—Soy Kendall. Trabajo en la oficina del decano. El doctor Langmore me ha pedido que te recoja para presentaros rápidamente.

—Por supuesto. —La seguí, alejándome del túnel y subiendo una sinuosa escalera de piedra, hasta lo que parecía un telesilla de tipo góndola.

Algunos estudiantes, incluido Briceson, tomaron el sendero que conducía hacia arriba, al edificio con aspecto de castillo que se alzaba más adelante, y al mirar hacia abajo los vi a varios metros subiendo por la empinada cuesta.

Una vez que nos acomodamos en nuestros asientos, la góndola se puso en marcha y salió de su torre, y, a esa altura, por fin contemplé los impresionantes terrenos de la institución con el océano como telón de fondo. El amanecer luchaba por abrirse paso entre las nubes, iluminando el concurrido campus con un suave resplandor a medida que los estudiantes llegaban para el nuevo semestre.

La estructura de la universidad estaba dispuesta en forma de cuadrado, rodeada por un antiguo muro de piedra que delimitaba el perímetro del bosque. Era como un pueblecito formado por edificios erosionados, con arcos ojivales y bóvedas de crucería, algunos cubiertos por enredaderas, con exuberantes jardines y patios intercalados entre ellos.

La riqueza corría por las venas de la universidad, eso estaba claro. Sin embargo, en lo más profundo de sus entrañas se escondían las tragedias de su pasado, que se habían filtrado en la decadencia irreparable que había envejecido el exterior como una infección que te consume despacio.

—En su día, Dracadia fue un monasterio —explicó Kendall, mirando por la ventana de la góndola.

—Y un manicomio, ¿verdad?

—Sí. Tiene una historia bastante oscura. Pero estoy segura de que eso no impresionaría a alguien como tú.

Ante eso, fruncí el ceño sin entender muy bien lo que quería decir. Aunque tenía una respuesta sarcástica en la punta de la lengua, no quería hacer eso en mi primer día, así que, en lugar de soltarla, volví a mirar por la ventana y, durante el resto del trayecto, me quedé en silencio mientras ella parloteaba sobre la vida estudiantil en el campus.

Cuando la góndola por fin se detuvo en los terrenos del monasterio, bajé a una estrecha plataforma y descendí por unas escaleras que conducían al cuidado césped de un patio amplio. Desde allí, la seguí, atravesando el centro del campus, hacia lo que debía de ser el edificio principal de administración. Situado justo enfrente de la enorme torre del reloj, en el extremo opuesto del patio, rivalizaba en altura con todos los demás.

Observé el lugar, maravillada, antes de entrar y subir al segundo piso, donde había un pasillo con oficinas. Sentí un cosquilleo en la nuca cuando nos detuvimos ante una puerta junto a la cual colgaba una placa dorada donde ponía «Doctor Gilbert Langmore».

—Espera aquí un momento. —Kendall llamó antes de entrar.

El sonido de una voz resonó por el pasillo y me giré hacia una puerta entreabierta, donde vi a un hombre encorvado en su silla con expresión aburrida mientras otro, invisible desde mi ángulo, hablaba sin parar. Cuando el que estaba hastiado se volvió hacia mí, ese cosquilleo en la nuca volvió a aparecer.

Unos ojos de color cobre, bajo unas largas pestañas negras y una expresión ceñuda inherente, me devolvieron la mirada. Movió la mandíbula y me fijé en la perfección de su perfil, definido y con los ángulos marcados, sombreado por una ligera barba incipiente. Una

sensación cálida se me extendió por la piel y me latió en el pecho mientras él parpadeaba con indiferencia con esos ojos seductores que tenía antes de volverse hacia la voz.

—Lilia. —Kendall me sacó de mi ensimismamiento—. El doctor Langmore ya está listo para verte.

Asentí, me aclaré la garganta y eché un último vistazo al hombre, que no se molestó en volver a mirar en mi dirección.

—Ah, señorita Vespertine. Entre. —Detrás del escritorio había un señor con el pelo canoso y gafas. Se levantó de su sillón y me indicó que me sentara en el que estaba frente a él—. Supongo que ha tenido una mañana muy ajetreada, así que esta reunión será breve para que pueda instalarse. Soy el doctor Langmore y me gustaría darle la bienvenida a la Universidad de Dracadia personalmente. —Se recostó en su asiento—. Me impresionó mucho el trabajo que hizo para el profesor Wilkins.

—Gracias, señor —respondí, recorriendo las paredes con la mirada, donde colgaban citas inspiradoras junto a títulos enmarcados que señalaban cada paso de su trayectoria profesional. Sobre el escritorio había una fotografía suya en la que llevaba un esmoquin burdeos oscuro y abrazaba a un hombre ligeramente más alto y delgado que llevaba un esmoquin rosa pálido.

—Su análisis era muy minucioso. ¿Puedo preguntarle cómo *diseñó* ese organismo en particular?

No sabía por qué seguía sintiendo la obligación de proteger la privacidad de mi madre. Al fin y al cabo estaba muerta, y no me cabía duda de que el organismo responsable era algo que, según había averiguado desde entonces, rara vez infectaba a los seres humanos. Quería decirle al doctor Langmore que sabía de primera mano cómo afectaba al ser humano la enfermedad porque la había observado cada día durante semanas.

En lugar de eso, sonreí y me encogí de hombros.

—Partiendo de una combinación de conocimientos básicos y una imaginación desbordante.

—Interesante. —Pensativo, se ajustó las gafas y asintió con la cabeza—. Espero ver florecer ese conocimiento durante su estancia. Como le indiqué en mi carta, todos los gastos estarán pagados mientras esté aquí. Quiero que se sienta cómoda en este entorno. Si necesita algo, póngase en contacto conmigo.

Vaya. Nunca me había recibido personalmente el decano de ninguna universidad, y mucho menos me había invitado a ponerme en contacto con él.

—Agradezco su hospitalidad. —¿Hospitalidad? ¿Era esa la palabra adecuada?

—Le han asignado una residencia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, bien. ¿Alguna pregunta sobre sus clases?

—Una, sí. En mi horario ya constaban una de parasitología y un laboratorio asociado. He mirado los requisitos y parece que no he cursado la asignatura previa necesaria para esa clase.

—Sí, la he inscrito yo. Es el laboratorio nocturno del profesor Bramwell. No se preocupe. Estoy seguro de que le irá bien allí.

Bramwell. El experto al que se había referido el profesor Wilkins el día que me dio la invitación.

—Lo siento, no sabía que la impartiera él. En la guía del curso aparecen…

—Su profesor asociado y su asistente docente. El doctor Bramwell supervisa el curso e imparte las clases, pero son su asociado y su asistente docente quienes se encargan del laboratorio nocturno y de las prácticas. El doctor Bramwell es el responsable principal.

—Ya veo. Hay otra asignatura a la que tampoco me he inscrito yo. Entomología. Supongo que ha sido usted también, ¿no?

—No. Lo más probable es que haya sido la doctora Gilchrist. Es la directora del departamento de la facultad de Ciencias Naturales. Fue quien solicitó su inscripción.

—Sí. El doctor Wilkins me informó de ello.

—Me imagino que ella espera tenerla en su clase, pero puede quitársela si quiere.

—No, no pasa nada. La cursaré.

—Muy bien. Ahora, señorita Vespertine, imagino que estará bastante cansada. Acomódese, repose un poco y permítame darle la bienvenida a Dracadia. Le pediré a Kendall que le muestre su residencia.



12

Lilia

Mierda.

Idiota de mí, decidí buscar mi residencia a solas mientras, de paso, exploraba un poco el campus. Me quedé mirando el mapa que me había dado la secretaria del decano, girándolo sin éxito en un intento por averiguar dónde coño estaba. «Solo yo soy capaz de perderme en un cuadrado perfecto».

Alcé la vista hacia el edificio donde me había detenido, una torre siniestra cuya superficie cubierta de líquenes y enredaderas de un verde intenso le daba un aspecto mucho más antiguo que al resto de los edificios del campus. En la piedra había una placa grabada que indicaba que se trataba de la torre Emeric.

El campus contaba con seis residencias universitarias distintas, cada una con su propio escudo. Eran preciosas, con sus banderas ondeando orgullosas en la fachada, pero ninguna parecía ser el edificio Crixson. Al menos no en el mapa que estaba mirando.

Gruñendo por la frustración, me di la vuelta y me topé con un muro de hombres infranqueable. La humillación me ardía en la cara y di un paso atrás.

—¡Lo siento!

Recorrí con la mirada una camisa negra con botones hasta llegar a un rostro perfectamente cincelado de ojos cobrizos que desprendían irritación. El hombre guapo que había visto en la oficina del decano. Sin decir nada, me rodeó.

—Perdón —me disculpé, pero no me hizo caso.

El sonrojo de mi cara se intensificó por la creciente irritación y giré el mapa, intentando averiguar dónde coño estaba.

Eché un vistazo alrededor, observando a los estudiantes ir y venir, todos ellos arreglados y bien vestidos, como salidos de una revista académica.

Me fijé en una chica de mi edad que venía hacia mí. El pelo largo y negro le caía sobre los hombros y el pintalabios rojo cereza que llevaba resaltaba su piel pálida. Vestía una camiseta corta con una calavera en la parte delantera y unos pantalones a rayas blancas y negras con botas rojas. Por lo que había visto hasta ahora, era un poco ecléctica. Quizá estudiaba arte o algo así.

—Disculpa. —Mi voz apenas se oyó entre el murmullo de voces, pero ella se detuvo en seco y se giró hacia mí, levantando una ceja con un piercing—. Estoy buscando el edificio Crixson. No aparece en el mapa.

—Porque no se llama así.

—¿Qué? El chico del muelle me dio ese nombre.

—Lo llamamos Crixson, pero su verdadero nombre es Corbeau.

En cuanto pronunció el nombre, volví a mirar el mapa y vi que estaba justo al otro lado del campus, frente a donde nos encontrábamos.

—Ah.

Hizo un gesto con la cabeza en esa dirección.

—Vamos. Voy para allá.

Me puse a su altura y me guardé el mapa en el bolso.

—Por cierto, me llamo Lilia.

—Yo soy Melisandre —se presentó, hablando por encima del hombro—. Mel, para abreviar. ¿Eres nueva en Dracadia?

—Sí. Es mi primer día. Me siento un poco como pez fuera del agua. —Por fin la alcancé y eché un vistazo al resto de los estudiantes, que parecían saber exactamente adónde iban mientras pasaban por mi lado con decisión—. ¿Por qué lo llamáis Crixson?

—¿Conoces el estudio homónimo? —Yo negué con la cabeza y ella asintió—. Me lo imaginaba. Hay toda una teoría conspirativa sobre su intento de ocultar toda la información al respecto.

—¿Quiénes?

—Los Cuervos. Son la sociedad secreta de Dracadia —me explicó, susurrando dramáticamente, mientras yo asimilaba la noticia de que las sociedades secretas existían de verdad fuera de los libros y las películas—. De todos modos, se rumorea que, de alguna manera, estuvieron involucrados en un ensayo clínico que tuvo lugar hace unos veinte años. Se invitó a un grupo de mujeres a participar en un estudio sobre un nuevo medicamento que supuestamente revertía la diabetes. Todas se alojaron en el edificio Corbeau, que, como has visto en el mapa, está algo alejado del campus. —En efecto, parecía escondido entre los árboles que lo rodeaban—. Así que, bueno, una noche, seis de las ocho mujeres se ahogaron en el lago Esqueleto. Y, *voilà!,* seis trapos sucios lavados.

—¿Las seis? O sea… ¿A la vez?

—Sí. —Al pasar junto a otra chica de cabello oscuro, que le hizo un gesto obsceno, Mel sonrió y le lanzó un beso—. Una especie de

suicidio colectivo de lo más extraño.

—¿Qué pasó con las otras dos?

—Nadie lo sabe. Desaparecieron. Hay quienes dicen que viven en los túneles de debajo de la residencia. Otros cuentan que las asesinaron y que las almas rondan el edificio Crixson. En general, solo el personal se refiere a la residencia como Corbeau.

Confundida, negué con la cabeza.

—¿Los Cuervos llevaron a cabo ese estudio?

—Bueno, algo tuvieron que ver. El padre del Doctor Muerte fue el investigador principal del proyecto.

—¿El Doctor Muerte? —Paseé la mirada por la exuberante vegetación del patio del campus, con sus bancos y estatuas antiguas; por los senderos de piedra que serpenteaban entre jardines y setos bien cuidados.

—El profesor Bramwell. Es el…

—Profesor de patología. ¿Por qué lo llamas así?

—Bueno, aparte del hecho de que se pasa todo el día trabajando con cadáveres, supuestamente estuvo involucrado en otra desaparición distinta que ocurrió hace dos años. Una estudiante, Jenny Harrick. Fue un auténtico escándalo. Se rumorea que se puso celoso de su novio y la mató. Uno de esos casos de «Si no es mía, no es de nadie».

—¿En serio? —Eso no encajaba con un hombre considerado brillante en su campo. Yo conocía a hombres brillantes. Había trabajado con ellos. Rara vez se fijaban en nada ajeno a su propia burbuja.

—Sí. Tiene cicatrices en el cuello y en el hombro. El novio se volvió loco. Robó ácido sulfúrico del laboratorio de química y lo atacó. —Soltó una risa burlona, como si la imagen que acababa de plantar en mi cabeza no fuera absolutamente horrible—. Lo

expulsaron, y al Doctor Muerte solo le dieron un tirón de orejas.

—Pero has dicho «desaparición». Entonces ¿no es un asesinato confirmado ni nada por el estilo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Bueno, vale. Aclaración: todas las acusaciones de asesinato están basadas en especulaciones y rumores. Salvo que ella nunca apareció y él fue el último en verla con vida. ¿Contenta?

Vaya, qué susceptible. Solo estaba aclarando que no había pruebas reales de que él la hubiera asesinado.

La sombra de los árboles cubría el espacio abierto y el camino continuaba a través de un bosque poco frondoso, más allá del cual se veía un edificio de piedra que parecía mucho más antiguo que las residencias por las que habíamos pasado.

—Por lo visto, crees en los rumores.

Se encogió de hombros.

—Creo en los desamparados, y te aseguro que el profesor Bramwell no está desamparado en esta universidad. Viene de una familia adinerada, y eso aquí equivale a poder.

—Volviendo al estudio Crixson, has dicho que no se sabía mucho al respecto. ¿Cómo es que tú sabes tanto sobre él?

—He investigado. Quería saber por qué todo el mundo en el campus evitaba la residencia. Si cavas en un cementerio, al final encuentras huesos. —Cruzamos el patio y llegamos a la entrada, donde las piedras oscuras y erosionadas, cubiertas de musgo y enredaderas, le daban un aspecto inquietante—. Bueno, aquí está. El edificio Crixson. —La bandera que sobresalía de la entrada de la residencia mostraba un escudo morado y negro con un cuervo o una corneja, era difícil distinguirlo—. Uno de los edificios originales de cuando este lugar aún era un monasterio. Antes de que se incendiaran algunos.

—¿Fue hace poco?

—No. Hace siglos. Por eso el monumento a Adderly de Thresher Bay. Si este país no funciona es precisamente por conmemorar a un soldado británico que expulsó a los nativos de la isla y participó en la quema de las acusadas de brujería.

Recordaba haber visto la estatua justo antes de subir al ferry.

—¿Por qué lo conmemoran?

—Porque a nadie le importa una mierda la verdadera historia. Hay que hurgar en todas las mentiras para llegar a la verdad. En su cabeza, es una especie de salvador por haber matado a un montón de «pacientes trastornados y salvajes» —explicó, haciendo comillas con los dedos—. A lo que hoy en día llamaríamos enfermos mentales, pero que en aquella época se consideraba que estaban «poseídos por demonios». —Suspiró y negó con la cabeza—. En fin, no te aburro más. ¿En qué planta estás?

—En la tercera.

—Soy la responsable de esa planta. Si fumas, abre una ventana o enciende incienso. Todas las habitaciones de Crixson tienen baño privado, así que, si bebes, mete las pruebas en la ducha cuando haya ronda. Nunca las revisamos. Y si decides traerte a alguien y eres de las que gimen, te sugiero el sótano.

—En realidad, soy bastante tranquila. Solo he venido a estudiar.

Resopló, burlona, y puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que dicen todos en su primer día. Bueno, pasa por recepción para recoger la tarjeta de tu habitación. No la pierdas. Y si aún no tienes el carnet de estudiante, ve a por él ahora mismo. Lo necesitas para el comedor. La librería Dracadia está al otro lado de la torre del reloj, en la plaza. —Hizo un gesto con las manos, como si intentara deshacerse de toda la información que le salía de la boca de golpe—. Es como un pueblecito, con muchas tiendecitas

interesantes.

—Gracias. Te agradezco la ayuda.

—No hay de qué. Ah, y una cosa más. A menos que tengas clase en la torre Emeric, yo que tú me mantendría alejada de allí, sobre todo por la noche.

Eché un vistazo rápido al horario y sí que tenía clases allí. Al menos tres. Una por la noche.

—¿Por qué?

—Da mal rollo. Es donde *trabaja* el Doctor Muerte. Hay una morgue para los cadáveres y las autopsias que realiza. Y una sala de incineración.

—¿Hace autopsias aquí, en el campus?

—Solo en casos especiales. El hospital universitario está a unos tres kilómetros del recinto. Justo después del centro de Emberwick. —El pueblecito que solo conocía por una búsqueda previa en internet—. Por suerte, los cadáveres no se ven, a menos que estés en la facultad de medicina. Los traen a través de los túneles que hay más allá del portón.

—Interesante. —Cuanto más averiguaba sobre el profesor Bramwell, menos capaz era de visualizar al hombre que se había ganado un apodo tan oscuro y macabro—. ¿Él mismo realiza esas autopsias?

—Sí. No es el tío más agradable del mundo. Como he dicho, a menos que tengas que estar en esa parte del campus, quizá sea mejor que te mantengas alejada.

No sabía si intentaba asustarme, sabiendo que era mi primer año allí, o si su advertencia era sincera.

—Entendido.

Pero nada de lo que dijo me asustó. Ya había visto suficientes fantasmas y hombres peligrosos. Al menos los de Dracadia no olían

a tumba.

Después de registrarme en recepción para que me dieran mi llave, me llevaron por el pasillo hasta una oficina, donde me hicieron una foto poco favorecedora para una tarjeta de estudiante sujeta a un cordón negro y dorado de Dracadia. Desde allí, por fin me dirigí a mi habitación.

Introduje la llave en el lector, que hizo clic y se iluminó en verde, y giré el pomo; abrí la puerta y vi una habitación pequeña pero acogedora, con el suelo de madera brillante y una cama sencilla. Aunque los cuartos rezumaban antigüedad, parecían ofrecer algunas cosas modernas. A mi izquierda había un pequeño vestidor hecho de madera maciza del mismo tono que el resto de la habitación, con una cómoda con pinta de pesar pegada a la pared. Había mucho espacio de almacenamiento que probablemente no llenaría.

La ventana, orientada al sur, mostraba el océano a lo lejos y en la pared opuesta había un escritorio y una silla que daban al patio de Dracadia. Era un auténtico misterio por qué no habían ocupado enseguida una habitación con unas vistas tan bonitas, casi panorámicas.

Mi maleta estaba junto a la cama y, sobre el colchón, había una pila de sábanas blancas dobladas junto a un jersey negro y una camiseta con el logotipo dorado de Dracadia. Junto a ellos había una bolsita negra que abrí y en la que encontré un broche, un cuaderno, un bloc de notas, un bolígrafo y una botella de agua, todo con los colores y el logotipo de la universidad. Dentro había una tarjetita que decía: «¡Bienvenida al edificio Corbeau, compañera dracadiana!».

Mientras sonreía, una extraña y desconocida sensación se apoderó de mí.

Por primera vez desde la muerte de mi madre me sentía parte de

algo.



13

Devryck

—Estoy… de puta madre —dijo Barletta—, aparte de haber dormido casi todo el día. Últimamente me estoy haciendo un poco noctámbulo. Pero, salvo eso, me siento mejor que nunca. ¿Por qué será? —Se metió un bocado de huevos en la boca, con un apetito tan voraz como el de los diminutos intrusos que, sin duda, habían empezado a instalarse en su estómago. La palidez amarillenta de su piel ya había adquirido un tono saludable e, incluso con lo desaliñado que estaba, parecía estar en mejores condiciones que cuando lo capturé.

—Al organismo que crece dentro de usted no le gustan los hogares mugrientos. Resulta que es muy exigente con el lugar donde echa raíces.

—¿Y si no me lo cuentas? Es asqueroso. No me gusta pensar en ello. —Tras solo unas horas de agonizante desintoxicación, se había vuelto más dócil, incluso agradable. Era increíble lo manipulativo que

podía ser el sentirse bien. Era muy probable que Barletta hubiera vivido gran parte de su vida con dolor crónico debido a sus vicios, y ahora estos habían desaparecido. Seguro que en ese momento ni siquiera le dolía la cabeza—. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo limpia?

—Produce una toxina muy potente que elimina los organismos competidores e incita a los mecanismos a reparar las células. Por suerte para usted, el hígado es el único órgano capaz de regenerarse, por lo que la toxina potencia los factores de crecimiento que aumentan la división celular, lo que da lugar a una regeneración rápida.

Con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza y soltó una risa burlona.

—No sé de qué coño estás hablando, pero, sea lo que sea, está funcionando. No he tenido ganas de beber ni una sola vez. No siento los dolores. No tengo temblores ni ganas de vomitar. Nada. —Siguió comiéndose el desayuno—. Percibo los sabores —dijo con la boca llena—. Los olores. No me sentía tan bien desde que era adolescente. Ni siquiera me apetece beber.

—Claro que no. —Con el codo apoyado en el respaldo de mi silla, lo observé devorar su desayuno con indiferencia, alimentando a los parásitos que pronto saldrían de sus diminutos capullos y causarían estragos en su cuerpo—. La toxina en sí misma produce sustancias químicas que controlan, en esencia, la parte del cerebro que ansía alcohol. Este sería perjudicial para todo el trabajo que está haciendo dentro de usted, por eso le dice que ya no lo necesita, y su cuerpo responde.

—¿Qué? ¿Como… el control mental?

Sonreí.

—Exacto.

Con la comida a mitad de camino de la boca, se quedó con

expresión pensativa.

—Entonces ¿por qué son tan malos estos gusanos, si tanto bien hacen?

Me entraron ganas de reír.

—Porque son parásitos. Reparan tu hígado para alimentarse de él. Te limpian la sangre para comérsela. Utilizan tu cuerpo para nutrirse y, cuando terminan, te tiran como si fueras un cadáver consumido.

Su expresión pensativa se volvió más seria.

—¿No hay ningún medicamento para eso?

—Aún no.

—Pero de eso se trata, ¿no? ¿Estás trabajando en uno?

—Más o menos.

—Entonces ¿voy a morir? —preguntó, como si acabara de darse cuenta.

—Con el tiempo. —Me encogí de hombros—. De todos modos, ya se estaba muriendo. Poco a poco. Cada día. Probablemente, al ritmo que iba, le habría dado un año. Si eso.

Frunció el ceño y masticó despacio, como si saboreara la amarga verdad de mis palabras.

—No me… No me pareces un asesino. Entonces ¿por qué lo haces?

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en los muslos.

—Porque, al igual que el parásito que hay dentro de usted, soy un egoísta y solo me interesa mi propio beneficio.

Con el ceño fruncido, el hombre parecía a punto de echarse a llorar en ese mismo instante.

—Tengo hijos, tío. Una familia.

—Te importa una mierda tu familia —le solté sin una pizca de empatía—. Si te importara, no les habrías hecho daño.

—No pretendía hacerle daño a mi hijo. —Sus palabras salieron de él como un gruñido defensivo y los ojos le brillaron bajo la luz de la bombilla desnuda que colgaba del techo—. Fue un accidente.

—Yo tampoco quiero matarlo. Solo es una consecuencia.

—Entonces ¿por qué no me dejas marchar?

Un dolor fuerte me atravesó el cráneo, acompañado de un zumbido intenso y agudo que me resonaba en los oídos, y tropecé hacia atrás, apretando los dientes mientras esperaba a que el dolor remitiera. La oscuridad se apoderó de mi vista como una sombra que devoraba la luz. El sonido se desvaneció y se convirtió en una risa lejana.

—¡Suéltame!

—¡Viene el ejército de los siniestros! ¡Vamos! —Mi hermano Caedmon me arrastra del brazo por el largo pasillo del sótano. Quizá sea el lugar más aterrador de la antigua mansión que una vez perteneció a mi abuelo y, antes que a él, a su padre. Según las historias que me han contado las niñeras y las criadas, los huesos de mi bisabuela yacen en algún lugar de esta casa y estoy seguro de que es en este sótano.

Los palos que recogimos fuera para usarlos como espadas raspan el suelo de cemento detrás de nosotros. Fingimos que toda una horda de infectados nos persigue. Los llamamos «los siniestros», y caminan con un tic en sus pasos y disfrutan del sabor de la carne humana.

Sigo a Caedmon por los pasillos, riendo mientras intento seguirle el ritmo y evitar que me devoren los monstruos invisibles de ojos brillantes.

Las risas se desvanecen en un silencio inquietante cuando doblamos la esquina hacia otro pasillo y nos detenemos en seco

ante una puerta entreabierta, la cual suele estar cerrada con llave.

El despacho y el laboratorio de mi padre.

Tenemos prohibido entrar, pero quizá no pase nada por echar un vistazo.

—Padre se va a enfadar si entramos —advierte Caedmon a mi lado. Solo es tres minutos mayor que yo, pero siempre se comporta como si fuera el jefe.

—Padre siempre está enfadado. —Me acerco a la puerta y la empujo con mi palo para abrirla—. ¿Alguna vez lo has visto sonreír? Yo no, desde luego.

Él me agarra del hombro y me detiene en seco.

—Devryck, no. Vámonos.

Me zafo de él.

—No seas cobardica —le insisto, girándome hacia la puerta, pero la oscuridad que hay allí me detiene y, aunque me avergüenza un poco admitirlo, me da un miedo horrible.

—¿Qué quieres de ahí dentro? Yo te lo traigo.

—Quiero verla. —La única fotografía que hay de nuestra madre está en el cajón del escritorio de mi padre. Solo la he visto unas pocas veces en mi vida, ya que a él le gusta atormentarnos a veces mostrándonos lo guapa que era. Murió al darnos a luz a los dos y, por eso, mi padre nos ha coronado (especialmente a mí, ya que fui el último en nacer) como sus asesinos.

—¿Qué sentido tiene, Devryck? No la conocemos. Ni la vamos a conocer.

La irritación de las palabras de mi hermano me araña la nuca y, por capricho, me lanzo a la habitación a oscuras.

La temperatura parece haber bajado diez grados y el aire me acaricia la piel como un susurro fantasmal. Gracias a la poca luz que se cuela por la puerta entreabierta, distingo el brillo de los frascos

de cristal que hay alineados en las estanterías. Dentro hay criaturas raras suspendidas en líquidos. Entre ellos frascos, calaveras y libros. Hay más libros apilados ordenadamente en encimeras y en el suelo. Las superficies plateadas brillan, limpias. Mi padre es muy exigente con el orden.

La habitación tiene cientos de años y una historia morbosa. Mi tatarabuelo fue un médico de renombre a principios del siglo XX, conocido como la Bestia de la Finca Bramwell. Fue arrestado por los experimentos espantosos que realizaba con prostitutas que querían abortar. Las historias me aterrorizaban cuando era niño y a menudo tenía pesadillas con él, lo que me mantenía alejado del ala oeste de la mansión, donde se encuentra su retrato, junto al de los demás hombres de los Bramwell. Sus crímenes atormentaron a dos generaciones de nuestra familia, hasta que mi abuelo ayudó a desarrollar una vacuna contra un virus que salvó miles de vidas. Mi padre dice que fue entonces cuando por fin salimos de la maldición de los Bramwell y volvimos a ser personas respetables.

Quiero ser como él algún día, como mi abuelo. Quiero hacer algo increíble y salvar vidas.

El despacho de mi padre está más allá del laboratorio y, mientras me acerco, me giro y veo la puerta cerrada de la nevera… para cadáveres, donde se guardan los muertos.

A veces vienen hombres con bolsas grandes al laboratorio. De vez en cuando los espío y los pillo empujando carros con bolsas hacia la nevera.

—¡Buuu!

Muevo los brazos bruscamente y dejo escapar un grito.

Caedmon suelta una carcajada.

Le doy un manotazo en el hombro, pero solo consigo que gruña.

—¡Gilipollas!

Mientras se frota donde le he dado, vuelve a reírse.

—¡Deberías haberte visto la cara!

Vuelvo a fijarme en la nevera y la señalo con la cabeza.

—¿Crees que ahora hay cadáveres ahí dentro?

—Probablemente.

Observo la brillante superficie plateada, al otro lado de la cual bien podría haber un muerto.

—¿Alguna vez has sentido curiosidad por saber cómo son?

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

Caedmon gruñe, fastidiado, y me da un codazo en el brazo para que me eche hacia un lado.

—Has venido a ver una foto. Mírala y vámonos de aquí.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

Recorre la habitación con la mirada y frunce los labios.

—Odio este laboratorio. Este despacho. Todo lo relacionado con este sitio.

—Padre dice que su trabajo va a salvar vidas. —Quiero creerlo. De verdad. Pero conozco la auténtica naturaleza de mi padre.

—Solo los hombres buenos salvan vidas, Devryck. Padre no lo es.

Mi hermano me da otro empujón para que siga con mi tarea y rodeo el escritorio perfectamente ordenado hasta llegar al otro lado. Al encender la lamparilla, un brillo reflectante ilumina la superficie inmaculada. Después de pasar las manos por ella, abro el cajón que tengo al lado. Dentro hay un portarretratos y lo levanto para ver la imagen de la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Con los ojos de color ámbar ardiente y un cabello negro como la tinta, no cabe duda de que Caedmon y yo hemos heredado nuestros rasgos más destacados de ella.

En la fotografía mira por encima del hombro, con una sonrisa brillante en el rostro y los ojos iluminados por la luz. Tenía sentido que mi padre la quisiera tanto. Que estuviera obsesionado con ella.

Era una luz incomprensible en su oscuridad.

—i¿Qué haces aquí?!

Al oír la voz furiosa, se me tensan los músculos por el miedo y se me cae la foto.

Choca contra el escritorio de madera y se esparcen fragmentos de cristal por la superficie pulida. La fotografía de mi madre se sale del marco por el impacto.

El pánico se apodera de mí cuando levanto la mirada hacia el hombre que está de pie en la puerta. Quizá hubo un tiempo en el que era guapo, digno incluso de mi madre, pero ahora mismo encarna la esencia misma de un monstruo.

Mira fijamente el desastre que he causado con las cejas fruncidas por la furia y los ojos ardiendo de la locura.

—¿Qué has hecho? —gruñe con los dientes apretados, como un monstruo.

—¡No era su intención, padre! —Caedmon intercede por mí, pero sé que es inútil—. ¡Lo has asustado!

En lo que parece un abrir y cerrar de ojos, cruza la habitación a toda prisa hacia mí.

Debería correr, sobre todo cuando noto que Caedmon me tira del brazo, pero tengo los músculos paralizados y los ojos clavados en mi madre.

Mi hermano lanza un grito: por el rabillo del ojo veo que el monstruo lo ha empujado, lanzándolo hacia atrás, contra la pared.

Percibo algo brillante, pero no distingo qué es; entonces noto un dolor intenso en un lado de la cabeza. Tengo los ojos cerrados, pero veo las estrellas. La habitación se inclina. Una fuerza implacable me

golpea el otro lado de la cabeza.

Caedmon grita.

Todo se vuelve negro, silencioso.

Hasta el punto de que oigo el latido de la sangre en los oídos.

Abro los ojos.

Mi padre está de pie junto a mí, sujetando a Caedmon por el brazo, que forcejea contra su agarre.

—Si te fascinan los muertos, entonces esta noche duermes con ellos.

La oscuridad se retira a sus rincones sombríos y veo lo que me rodea. Echo un vistazo a todos los frascos. Orejas, dedos y otros trozos de carne que no puedo identificar, todos sumergidos en líquido. El armario de los especímenes, situado junto a la nevera de los cadáveres.

—¡No! ¡No, por favor! —Un zumbido intenso resuena en mi oído mientras el dolor vuelve a golpearme el cráneo. Cierro los ojos con fuerza, aprieto los dientes y me agarro la cabeza con ambas manos.

La luz se apaga con el portazo y yo me tambaleo hacia ella, pero oigo que cierran con llave.

—¡No! ¡Por favor! ¡No me dejes aquí! —Siento un calor que me recorre la pierna y el olor a meado me consume la nariz. Una sensación de frío, como si tuviera cristalitos helados deslizándose bajo la piel, se extiende desde el cuello hasta la punta de los dedos; las manos se me entumecen y me palpitan, y, cuando levanto el brazo para secarme las lágrimas, no siento nada. Ni la piel ni el suelo áspero del armario con los pies. Solo un hormigueo agonizante que persiste con la presión—. ¡Padre! ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Los gritos de Caedmon resuenan a través de la puerta, cada vez más lejanos. Distantes.

Entonces todo queda en silencio.

—Eh. ¡Oye! ¿Qué cojones pasa? ¿Estás bien? —Una voz familiar, pero que no encajaba con mi memoria, invadió mis pensamientos, devolviéndome al presente.

Parpadeé para salir del vacío y me encontré en el suelo de hormigón arenoso donde debía de haberme desplomado.

—¿A ti qué mierdas te importa? —pregunté, poniéndome en pie. Me mareé y vi borroso un momento, y tropecé hacia un lado. Joder. Odiaba salir de esos sueños.

—Me importa. Porque eres quien me da de comer. Supongo que eres la única persona que sabe que estoy en esta pocilga. —Se recostó contra la pared de su celda, observándome mientras me recomponía—. Entonces… ¿tu padre te obligaba a dormir con los cadáveres?

—¿Qué? —¿Había verbalizado el recuerdo? Los sueños siempre me pillaban a solas, así que no tenía conciencia de ello.

—Estabas hablando un poco raro. Has dicho que tu hermano y tú estabais jugando donde no debías. Tu padre te pegó.

Pegar era decirlo con suavidad. Dio la casualidad de que me golpeó en una parte muy específica del cerebro, lo que provocó el desprendimiento y la activación de una enfermedad priónica congénita latente. El término técnico para ello era «zigliomiositis», o enfermedad de Voneric, que es como se la conoce más comúnmente, una afección rara que solo se da en una fracción ínfima de la población. Incurable e imparable en su destrucción.

Me froté las sienes y respiré por la nariz, disipando la confusión que aún me nublaba el juicio.

—Él era como usted, señor Barletta. Temía cualquier cosa que pudiera desafiarlo. Era débil. Impaciente. Absolutamente detestable.

—¿No hay una pequeña parte de ti que se preocupa por tu viejo? Aunque te pegara, te sigue importando, ¿verdad?

Abrí los ojos de golpe, con una respuesta mordaz en la punta de la lengua que pedía a gritos que la soltara. En cambio, me la tragué, sobre todo por el bien de mi presión arterial.

—Para responder a su pregunta, sí, me obligó a dormir con los cadáveres. Pasé la noche oyendo cosas. Susurros a través de las paredes. Nunca sabré si fue mi padre u otra cosa quien intentó darle un susto de muerte a aquel niño de doce años.

Barletta miró al centro de su celda.

—Mi viejo también se calentaba enseguida. Siempre se enfadaba y me pegaba. —Se dio un golpecito en la cabeza con el dedo—. Solía decirme que tenía el cerebro de piedra, por todas las veces que me zurraba y yo me levantaba.

—No tenemos nada en común.

Una vergüenza patética le oscureció los ojos mientras me miraba; luego dirigió la vista al suelo.

—Ya, supongo que no. —Se movió inquieto un momento, aparentemente sumido en sus pensamientos—. ¿Mi muerte… ayudará a alguien?

—Tal vez. Como mínimo, me permitirá comprender mejor la toxina para poder salvar vidas.

Frunció el ceño y no se molestó en mirarme.

—¿Es doloroso? —preguntó.

—Sí —respondí con tono seco—. Pero no más que el daño que tú has infligido.

Se encogió y se cubrió la cara con las manos. Sin el alcohol para protegerse, imaginé que la culpa lo estaba devorando más rápido que los gusanos que eclosionaban en su estómago.

—Esto es una mierda, ¿sabes? Mi forma de ser…, de sentir. De verdad que podría cambiar las cosas. Hacer algo mejor con mi vida.

—Sí, supongo que en algún universo alternativo podría haberlo

hecho. Por desgracia para usted, yo lo encontré primero.



14

Lilia

El viento aullaba contra la ventana mientras estaba tumbada en la cama, mirando el cielo oscuro. Las clases empezarían a primera hora de la mañana siguiente y, como era de esperar, no podía dormir. El intenso dolor del agotamiento me quemaba los ojos, pero cada vez que los cerraba la cabeza me daba vueltas y vueltas. Tampoco ayudaba que me rugiera el estómago sin cesar. Como aún no estaba lista para bajar al comedor, solo había ingerido una barrita de cereales de la máquina expendedora de nuestra planta, pero no me había saciado mucho.

Antes me había aventurado a ir a la librería Dracadia, un edificio absolutamente monstruoso repleto de estudiantes que compraban material escolar, libros e incluso productos con el logo de la universidad que vendían allí. La mayoría de mis clases se basaban en documentos virtuales, lo que significaba que solo necesitaba los pocos libros que había apilado con cuidado en el estante sobre mi

escritorio.

Al ver que el reloj marcaba poco más de medianoche, me levanté de la cama y crucé la habitación hasta la ventana sur, tras la cual la luz de la luna brillaba sobre la oscura superficie del océano. Contemplando la inmensidad del agua negra, me imaginé a mí misma en ese mar, sola. A la deriva. Aterrorizada por lo que acechaba debajo.

Durante semanas después de la muerte de mi madre soñé con el mar, aunque me resultaba tan ajeno como el espacio exterior. Sentía que unas manos tiraban de mí. El agua me llegaba a la boca. Un abrazo helador me aplastaba las costillas. Unas voces que no reconocía me decían que me dejara llevar.

Bajo la superficie veía a mi madre, muy tranquila e inmóvil, como si se hubiera quedado dormida.

Cuando veía gusanos negros deslizándose por sus labios azules, me despertaba sobresaltada, jadeando y temblando.

Con el paso del tiempo, dormía cada vez menos. De diez horas pasé a siete, luego a seis. Hoy en día, tenía suerte si conseguía dormir cuatro horas por noche. Las pastillas no eran una opción, ya que se me había acabado el seguro, así que sufría por la falta de sueño y me quedaba dormida en clase y a lo largo del día. Lo único que me salvaba era que tenía habilidad para sacar buenas notas en los exámenes. De lo contrario, probablemente habría suspendido todas las asignaturas.

Di un suspiro largo y cansado y me quedé mirándolo. En todos mis pensamientos oscuros y pesadillas, nunca había imaginado lo fascinante que podía ser el mar. Lo mágico que era, incluso con lo poco que veía desde mi ventana. Lo relajante que era. Lo vasto que era. Me gustaba que me hiciera sentir pequeña e insignificante. Que fuera oscuro y dominante, pero hermoso al mismo tiempo.

Un movimiento fugaz me llamó la atención y, al mirar hacia abajo, vi un insecto saltando por el alféizar. Por lo que distinguí, era una polilla negra. Nunca había visto una en persona. Tenía el ala en un ángulo extraño y parecía dañada, pues había dejado un polvo negro en el alféizar blanco. Por alguna razón, a mi madre le asustaban las polillas. Cada vez que una lograba entrar volando en nuestra casa, la perseguía con una escoba y la aplastaba hasta convertirla en vísceras y polvo.

Extendí la mano, dejé que la criatura se subiera a mi palma y examiné su ala herida, donde observé unas pequeñas hendiduras que, extrañamente, se parecían a marcas de mordiscos. Aleteó con su ala sana y me hizo cosquillas; con una sonrisa, la volví a colocar en el alféizar para reanudar mi vigilia.

Cuando relajé los músculos y disminuí la concentración por el trance que me invadía, un ruido metálico resonó en la habitación. Fruncí el ceño y me giré hacia la puerta de salida, donde percibí un ligero movimiento en el pomo.

«¿Qué cojones?».

En casa, cuando oía jaleo en la entrada en mitad de la noche, no iba a abrir, porque o era Conner volviendo borracho después de una noche con sus amigos, o un yonqui buscando un sitio donde dormir. Pero yo ya no estaba en casa.

Me acerqué de puntillas a la puerta y observé la luz del pasillo que parpadeaba por debajo. Sin duda había alguien allí. Sin apenas respirar, pegué la oreja para escuchar.

Al otro lado había silencio.

Un escalofrío me recorrió la nuca, como unos dedos helados sobre el cuello.

Unos susurros ininteligibles me hicieron cosquillas en el oído y me di un manotazo, pero al girarme no había nadie más. Sentí un

cosquilleo en la espalda cuando abrí la puerta de par en par. El pasillo estaba vacío. Miré a la izquierda y a la derecha, pero no vi a nadie.

Sin embargo, un objeto captó mi atención. En el umbral había un botón de metal tosco con una cruz de hierro grabada en su superficie plana. Di un paso atrás y cerré la puerta, pero no se movió más allá de ese trocito de metal. Con el ceño aún más fruncido, volví a abrir y me agaché para recogerlo.

La voz se oyó más fuerte esa vez, como si alguien se hubiera inclinado hacia delante a mi lado, y yo di un salto hacia atrás y cerré de un portazo. Un sonido ininteligible resonó en mi oído; no con la cadencia suave de una lengua extranjera, sino con algo extraño y abrupto. Inquietante. Aferrando el botón, me alejé de la puerta y me metí en la cama, cubriéndome con las mantas. Estaba tan nerviosa que ni siquiera me molesté en sujetarme el brazo con las cuerdas mientras miraba desde debajo de las sábanas hacia la puerta, observando la luz del pasillo jugando con las sombras.



15

Lilia

—¡Joder, vamos! —Pasé la tarjeta por el lector, pero apareció la luz roja intermitente por sexta vez consecutiva—. ¡Venga! —Al girar un poco hacia la izquierda, vi que la fila de siete estudiantes se había duplicado en los últimos dos minutos, todos con expresión de fastidio e impaciencia. La humillación me carcomía mientras pasaba la tarjeta una séptima vez.

Otro pitido rojo.

—Déjame. —Noté un brazo rodeándome por detrás desde la otra dirección y al girarme vi a un chico alto y rubio con unos brillantes ojos azules que me ofrecía una media sonrisa mientras pasaba su tarjeta y pulsaba el número dos en el teclado situado debajo del lector.

A continuación se encendió una luz verde.

—Gracias —dije; me guardé la tarjeta y la presión que sentía en la garganta volvió a disminuir.

—¿Eres novata?

—Estoy en segundo año.

—Solo los de tercero y cuarto pueden comer en el edificio Darrigan. —Los dos caminamos tranquilamente hacia la entrada del comedor—. Los de primero y segundo solo pueden ir a Cavick. A menos que invitemos a alguien.

Otra oleada de vergüenza me calentó las mejillas.

—No me había dado cuenta. Lo siento. Queda cerca de mi siguiente clase y he pensado que podría comer algo rápido e irme.

—Soy Spencer. —Me rozó el brazo con su cuidada mano cuando me la tendió; yo se la estreché con suavidad. El chico me recordaba a Paul Walker, con ese encanto juvenil y su forma natural de sonreír con los ojos.

—Lilia.

—¿Te apetece comer conmigo?

Se me encogió el pecho al oírlo preguntar eso; ni que fuera alérgica a las citas para comer.

—Eh… Mmm… Es que… iba a comer en el…

—¡Spencer! —Kendall, la guía turística del despacho de Langmore, se acercó a él con paso elegante; parecían Ken y Barbie, uno al lado del otro. Cuando posó los ojos en mí, la sonrisa se desvaneció, y me pregunté si pensaba que llevaba el mismo conjunto que ayer. Había elegido otro vestido de verano, uno con flores azules, pero con la misma chaqueta y las mismas botas—. Veo que has traído una invitada.

Me aclaré la garganta y señalé con el pulgar por encima del hombro, es decir, hacia los baños que había detrás de mí.

—Voy a comer en el patio.

Ella arqueó las cejas y esbozó una sonrisa falsa.

—Qué bohemio.

—¿Te importa si te acompaño? —Spencer inclinó la cabeza hacia mí y se me formó un nudo en el estómago. No tenía nada en contra de él, parecía bastante decente. Sin embargo, me negaba a tener distracciones. Mi objetivo era concentrarme en los estudios y ya.

Además, ¿de qué coño íbamos a hablar?

—Eh…

—No pasa nada si no quieres. Sin presión. —Me guiñó un ojo y, cuando le respondí con un silencioso asentimiento, se alejó con Kendall hacia la larga mesa de platos calientes.

Yo opté por las bolsas de comida fría que había al otro lado de la sala, y solo cuando me dirigí a la salida sin ver ninguna caja, me di cuenta de que había pasado su tarjeta y, en esencia, me había pagado la comida.

«Uf. ¿Tenías que ser tan imbécil?».

Al pasar junto a una de las mesas, volví a ver al hombre de ojos color cobre con el que me había topado el día anterior, sentado solo y absorto en un libro. Cuando cruzamos la mirada y se dio cuenta de que lo estaba observando, la aparté de inmediato y, en consecuencia, me golpeé el muslo con la esquina de una mesa. Con un gruñido ahogado, me froté lo que sin duda se convertiría en un moratón en las próximas veinticuatro horas.

Una vez fuera del edificio, respiré hondo y, al ver un banco vacío bajo un impresionante roble rojo, crucé corriendo el césped hacia él. Después de ponerme cómoda, me comí un cruasán relleno de ensalada de pollo con uvas cortadas por la mitad y apio, y unas patatas fritas de la marca Cape Cod, y me bebí un zumo de manzana ecológico. Incluso el almuerzo frío en Dracadia era más impresionante que cualquier cosa que me hubiera comprado en Covington, y el mío era solo una de las diez opciones diferentes que había en las bolsas.

Las estatuas cubiertas de líquenes, desconchadas y envejecidas por el paso del tiempo, se erigían en el patio frente a mí: ángeles y niños con sus respectivas figuras maternas acunándolos. Eché un vistazo a las siniestras gárgolas que se alzaban en el exterior del edificio de ingeniería a mi espalda. Qué escalofriante era el ángulo en el que estaban colocadas, como si estuvieran observando a las inocentes estatuas jugando. Al otro lado del patio, unos pájaros negros picoteaban el suelo. Supuse que se trataba de los cuervos infames. Había leído en la historia de la universidad que, debido a que habían acudido bastantes en masa a la isla, durante mucho tiempo se creyó que estaba maldita.

Sin embargo, eran compañeros de almuerzo bastante tranquilos. Después de comer, me dirigí al edificio Emeric para mi primera clase del día. Al igual que el resto de los edificios del campus, el magnífico interior se había conservado muy bien. La madera maciza brillaba mientras me dirigía hacia unas puertas que había más adelante. Abrí una de ellas y entré en un auditorio con poca luz, donde un puñado de estudiantes ya habían ocupado su asiento y estaban mirando el móvil. Todos ellos tenían la elegante taza de café para llevar negra con el logotipo del dragón morado y dorado de la cafetería local, La Guarida del Dragón. Por lo que entendí, era un lugar de reunión bastante popular. También tenían puestos en algunos de los edificios académicos. Por desgracia, ocho dólares por un café con leche se salía de mi presupuesto.

Encontré un asiento en el lado opuesto de la sala y me senté en la esquina de la segunda fila. Aunque de normal habría optado por la parte de atrás, al tratarse de una clase avanzada quería asegurarme de no perderme nada. Con la esperanza de pasar desapercibida, me saqué el móvil y vi un mensaje de Jayda:

Qué tal la vida anglicana?

Con una risa burlona, le respondí:

Sorprendentemente, hasta ahora todo ha ido sobre ruedas
He conocido a un clon de Paul Walker

En plan hablar con él?

Me ahorró la humillación de que me rechazaran la tarjeta
Creo que también me pagó la comida

Dime que no has comido sola, Lilia

He comido sola

Por el amor de Dios
Qué coño te pasa, tía?

No estoy aquí por los tíos
He venido por el conocimiento
No puedo meter la pata, ya lo sabes

—¿Este asiento está ocupado?

Me sobresalté y tensé los músculos. Al levantar la vista vi a Spencer de pie frente a mí, con las cejas arqueadas. Llevaba un vaso de café en la mano, igual que todos los demás.

Eché un vistazo rápido alrededor y vi que había varios asientos libres entre los que podía elegir.

—Claro. Quiero decir, no. No está ocupado.

—Genial. —Cuando se dejó caer en la silla, me di cuenta de lo incómodamente cerca que estábamos. Tanto que, si no hubiera movido las rodillas hacia el otro lado, seguro que le habría tocado las suyas—. Creía que habías dicho que estabas en segundo.

—Sí. Me han puesto en esta clase. —Saqué el portátil del bolso, un modelo sin marca que me habían prestado en el departamento

de Tecnología y mucho menos sofisticado que los MacBook que tenían el resto de los alumnos sobre el pupitre. Tiré la pala que hacía de mesa que había en un lateral de la silla y fruncí el ceño cuando no se movió.

—Ah. Entonces eres una sabelotodo. —Spencer pulsó un botón que yo no había visto y la parte que simulaba un escritorio se levantó con facilidad. Sonriendo, sacó su propio portátil de la mochila: un Mac, por supuesto.

Aunque apreciaba su aire juguetón, sentía que cada respuesta se me quedaba atascada en la boca. Si bien no cabía duda de que era atractivo, no era mi tipo, así que no tenía sentido que me quedara sin palabras.

—Supongo, más o menos.

—Te has perdido una conversación fascinante durante el almuerzo. Clubs de campo, moda otoñal y un montón de cosas que me importan una mierda. —Se rio y yo sonreí, preguntándome si lo había dicho para complacerme. Quizá esperaba hacerme sentir más cómoda a su lado, pero, por desgracia, sus comentarios solo hicieron que me sintiera más excluida.

Justo cuando estaba a punto de perder los papeles y salir corriendo de allí, una persona entró en la sala.

Se me paró el corazón.

Llevaba una camisa negra con botones, unos pantalones negros y el pelo negro peinado con los dedos; parecía una sombra siniestra que se movía por la clase con una elegancia letal que, sin duda, había roto más de un corazón. Su atuendo hacía juego con el infame vaso negro para llevar que sostenía. Sentí un cosquilleo en la nuca y me la rasqué. Y cuando se dirigió hacia el escritorio y el atril al frente del aula, en lugar de a una de las sillas de los alumnos, me pregunté si podría ser uno de los asistentes que había mencionado

el decano Langmore.

Unos ojos brillantes color cobre recorrieron la sala y, cuando se posaron en mí, el corazón volvió a latirme con fuerza.

La chica de la fila de delante levantó el móvil y, sin mucho disimulo, le hizo una foto. Bajé la mirada y vi que escribía algo con un emoji con cara de hastío: «¿Por qué el Doctor Muerte tiene que ser tan follable?».

El Doctor Muerte.

En ese momento estuve a punto de ahogarme con mi propia saliva.

Bramwell.

El brillante experto en patología de Dracadia.

Dados su reputación y el respeto que le tenía el profesor Wilkins en Covington, esperaba que tuviera unos sesenta años. Pero no debía de tener más de treinta.

Definitivamente, con toda esa ropa negra, vestía como la muerte.

Unos cuantos estudiantes más entraron en el aula mientras el profesor Bramwell se situaba en su atril y abría un libro.

Mi cabeza me decía que apartase la mirada, pero era uno de esos hombres que captaban la atención sin esfuerzo alguno. De los que se limitan a hacer sus cosas y, aun así, se ven muy *follables*, como había señalado —de forma bastante vulgar— la morena que tenía delante. Me molestaba la distracción que suponía en una clase que, al parecer, era de las más difíciles que tenía en el horario.

Una vez que, en teoría, todos los estudiantes estuvieron presentes, el profesor Bramwell cerró su libro con un estruendo atronador y un coro de exclamaciones inundó la sala.

—Empecemos. Soy el profesor Bramwell y este es mi asistente, Ross. —Señaló la primera fila, donde estaba sentado un chico algo

más joven con gafas y el pelo revuelto y sin peinar, lo que me indicó que debía de ser un estudiante de posgrado—. Esta asignatura es Neuroparasitología y retomará los requisitos previos de parasitología que deberían haber cursado el año pasado.

Su voz grave me resonaba en el pecho mientras me tragaba prácticamente cada palabra que salía de su boca. La autoridad de su tono exigía obediencia y, al mirar alrededor del aula, vi que ningún alumno tenía la cara pegada a la pantalla del móvil.

Dejé mi teléfono sobre la mesita abatible, abrí la aplicación de audio y pulsé «Grabar».

—¿Esta es tu primera clase con Bramwell? —susurró Spencer a mi lado.

Asentí con la cabeza.

—No le gusta que lo graben. Es un poco raro, lo sé, pero, si te pilla, te va a quitar el móvil. Todos los apuntes están disponibles en DracNoti. Puedes editarlos sobre la marcha.

—Ah. Mierda. —Al deslizar el dedo hacia arriba por mi teléfono para que dejara de grabar, lo tiré de mi pequeño escritorio y cayó al suelo con un golpe seco. Después de recogerlo, me incorporé y me encontré con esos ojos brillantes observándome con una irritación que intimidaba tanto que tuve que apartar la mirada; me aclaré la garganta y sostuve el móvil en el regazo.

Le dio un tic en el ojo.

—Es imprescindible que sigan el ritmo y presten atención al material. Hay mucho que cubrir y voy a ir rápido.

Mirando hacia el suelo, recé con ahínco para que la silla cayera y me tragara un agujero negro.

—¿Hay alguien aquí que no haya cursado la asignatura previa obligatoria de Parasitología?

«Ay, Dios. Mátame, camión».

Fui la única de la clase que levantó la mano, ligeramente temblorosa.

Una vez más, esos ojos se posaron en mí. Con dureza.

—¿Nombre?

—Lilia. Vespertine. Señor.

—Venga a verme después de clase, señorita Vespertine.

Mi primer «Venga a verme después de clase» desde que empecé el instituto.

—Esta clase abarca temas basados en investigaciones en curso y de propiedad privada de esta universidad, lo que significa que no tienen permitido discutir nada de lo que se trate aquí fuera de esta institución. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo? —Señaló hacia su izquierda—. Ahí está la puerta. Cuidado con el culo al salir.

Joder. Había tenido profesores duros antes, pero este se llevaba la palma.

—Todos deberían haber firmado el acuerdo de confidencialidad virtual durante la orientación. ¿Hay alguien que no lo haya hecho? —preguntó, elevando una vez más mi presión arterial.

Joder, el destino debía de estar en mi contra, porque, una vez más, levanté la mano temblorosa y su mirada me hizo sentir como si me hubiesen pasado por un asador. Con un suspiro de evidente frustración, se giró hacia su bolsa, que estaba sobre la mesa, sacó una hoja de papel y se la entregó a Ross, quien a su vez se la pasó a la morena que estaba delante de mí. Ella, con una sonrisa burlona, me la entregó.

En la parte superior de la página, en negrita debajo del logotipo de Dracadia, aparecían las palabras ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD. A continuación había una hoja entera con letra más pequeña, pero ni siquiera me molesté en leerla antes de firmarla, no con toda la clase en silencio mientras Bramwell esperaba de brazos cruzados.

Le devolví el papel a la morena, que se lo entregó a Ross, quien a su vez se lo pasó al profesor. Podría haberle vendido mi alma a ese tipo y no me habría importado, siempre y cuando la clase dejara de observarme como si fuera un pelo que se han encontrado en la sopa.

Tras una mirada de desaprobación, seguida de un breve vistazo al periódico, lo colocó sobre su escritorio y retomó la clase.

—La función más importante de un parásito es asegurar su transmisión al siguiente huésped. —La forma en que se paseaba de un lado a otro del aula, con una intensa inflexión en la voz, me mantuvo absorta mientras tomaba tantos apuntes como podía en un sencillo documento de Word—. ¿Alguien está familiarizado con el secuestro mental?

—Pensaba que esto era parasitología, no una clase sobre conspiraciones MK Ultra —soltó algún gracioso desde el fondo de la sala, lo que provocó algunas risitas ahogadas.

Bramwell ni siquiera esbozó una sonrisa, solo le lanzó esa mirada asesina durante un incómodo minuto antes de volver a retomar su paseo.

—El *Paragordius varius*, también conocido como gusano de crin, es un parásito acuático que, por desgracia, ha elegido al grillo común como huésped. Como quizá sepan, los grillos, por regla general, evitan el agua. Sin embargo, este astuto gusano libera una sustancia química que lo confunde, provocando que se suicide ahogándose. Una vez sumergido, el gusano escapa. Si el grillo tiene suerte, no se ahoga antes de que el gusano emerja, pero a menudo no es así.

—Joder —murmuró Spencer a mi lado—. El Doctor Muerte empieza con un toque morboso.

—Otro ejemplo. La avispa joya hembra crea una incubadora

práctica para sus crías a partir de una cucaracha, atacándola primero en las patas delanteras con una toxina. A continuación ataca la cabeza y se lleva a la cucaracha inconsciente a su madriguera como si fuera un cachorrito perdido. Allí pone sus huevos y lo entierra todo junto. Las larvas consumen a la cucaracha desde dentro y acaban emergiendo como adultos. —Dejó de caminar, con las manos aún entrelazadas a la espalda, lo que hacía que la parte superior desabrochada de su camisa se abriera aún más y dejara entrever los profundos surcos que había allí—. El control mental parasitario es una ciencia emergente, aún poco conocida. Se trata de un campo de estudio complejo y fascinante. Durante las próximas dieciséis semanas se sumergirán, al igual que nuestro grillo inconsciente, en una gran cantidad de información poco conocida sobre diversas especies de parásitos. Les recomiendo que presten mucha atención al programa y se mantengan al día con las lecturas.

Su forma de hablar, la pasión que notaba en cada palabra, me provocó una oleada de emoción. Ese hombre vivía y respiraba ciencia, eso estaba claro. Cuando terminó la clase, miré el reloj sin acabar de creer lo que veía. Había pasado una hora entera en lo que me parecieron minutos, ya que me había quedado completamente cautivada por el hombre y la facilidad con la que transmitía la información, como si estuviera hablando de algo tan trivial como el tiempo. Mientras la gente recogía y salía del aula, los nervios afloraron en mi vientre al pensar en que tendría que hablar con él a solas. Quería tener la oportunidad de preguntarle cosas alguna vez, pero algo me decía que no le gustaba mi presencia en su clase.

—Profesor Bramwell, ¿quería verme?

Su asistente, Ross, me lanzó una mirada rápida al pasar por detrás de él hacia la salida, pero Bramwell no se molestó en apartar de mí sus ojos color coñac.

Y así, de repente, me quedé a solas con aquel a quien llamaban el Doctor Muerte.

—Señorita Vespertine, entiendo que es nueva en Dracadia.

—Sí, técnicamente estoy en segundo, pero…

—Permítame que le explique mi estilo de enseñanza, ya que se ha saltado los requisitos previos. —En la parte superior de su cuello tenía una pequeña zona donde la piel estaba contraída y descolorida. Una horrible cicatriz que supuse que se debía al ataque con ácido del que me había hablado Mel. A menos que fuera solo una historia que se había inventado—. No me gustan las interrupciones. Esta clase no es para perder el tiempo. Sepa que han suspendido más alumnos de los que han aprobado.

—Con el debido respeto, creo que eso es culpa del que enseña.

Tensó la mandíbula, como si estuviera masticando mis palabras para escupírmelas en la cara.

—Tampoco me gustan los alumnos de primer curso insolentes.

—Mis disculpas, señor.

—Su presencia aquí es un error. No lo convirtamos en uno grave. Póngase al día con las lecturas y asista a las clases.

—Lo haré.

Gruñó entre dientes, como si dudara de mí, y, tras apartar la mirada, metió el libro y los apuntes en su cartera, junto con mi acuerdo de confidencialidad firmado, por lo que me fijé inevitablemente en el mapa de venas de su antebrazo, ya que se había subido las mangas. Y en el hecho de que no llevaba alianza.

«Para, joder».

Quería hacerle más preguntas sobre los parásitos. Quizá ganarme su simpatía con los pocos conocimientos que tenía sobre el tema en el que a él se lo consideraba un experto, pero se me formó un nudo en la garganta y me trabé.

En cambio, salí del aula y me encontré a Spencer esperándome fuera. Por extraño que pareciera, me sentí aliviada al verlo después de un encuentro tan intenso. Me ardían los labios de habérmelos mordido sin parar.

—¿Todo bien?

Me colgué el bolso del hombro.

—¿Esperabas otra cosa?

—Después de un rato a solas con el Doctor Muerte… No sé.

Me dirigí hacia mi siguiente clase, que al parecer estaba en la misma dirección en la que iba Spencer, pues me siguió el paso.

—¿Lo llamáis así porque supuestamente estuvo involucrado en la desaparición de una estudiante?

—Sí. Salía con un amigo mío. Ahora está expulsado.

—Ah. El que le echó ácido sulfúrico encima.

Spencer frunció los labios.

—Ya conoces la historia.

—Sí. Creo que me impresionó menos que el rumor.

—No era precisamente el más listo de la clase, pero la desaparición de Jenny lo trastornó.

Reduje la velocidad hasta detenerme justo delante del edificio donde tenía la clase de exposición escrita.

—¿Qué pruebas llevaron a todo el mundo a creer que Bramwell tenía algo que ver con ello?

Spencer se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Las cámaras la captaron saliendo por una puerta trasera de su laboratorio la noche en que desapareció.

—¿Y no crees que eso convierte al novio en sospechoso?

—Estaba enfadado, sin duda. Por alguna razón, siempre pensó que había algo entre ellos. Pero esa noche yo lo tranquilicé.

Puse los ojos en blanco a modo de broma.

—Así que tú eres el caballero andante del campus.

Rascándose la nuca, sonrió de una manera que parecía coqueta.

—Algo así.

Yo había sido objeto de rumores desagradables durante toda mi etapa escolar. Odiaba los chismes, detestaba que las cosas se propagaran como la pólvora sin fundamento ni pruebas. Sin duda, el profesor Bramwell era un imbécil de manual, pero decidí reservarme mi opinión antes de tacharlo de asesino.

—Bueno, mira. Agradezco tu preocupación. Pero me gusta dar a la gente el beneficio de la duda antes de colgarla de la horca más cercana.

—No pretendo ofenderte. Solo sentí la necesidad de avisarte, eso es todo.

—Te lo agradezco. Si me disculpas, tengo que irme a mi siguiente clase.

Él asintió con la cabeza, se hizo a un lado y se marchó en dirección opuesta.



16

Lilia

La biblioteca del campus era un edificio impresionante, con múltiples pilares que me recordaban a Washington D. C., y allí era donde me habían asignado un trabajo del programa de empleo para estudiantes. Una vez pasado el control de seguridad y el detector de metales, entré en un espacio abierto donde captó mi atención un altísimo techo abovedado, adornado con magníficos frescos de ángeles en plena batalla. A ambos lados había balcones que convergían en una escalera de caracol en el centro de la planta principal. Había oído que había varios pisos, con una impresionante galería de pinturas barrocas y piezas antiguas en el ático de la biblioteca. También había oído que allí pasaban cosas, pues era un sitio muy frecuentado por los estudiantes para follar, así que debía tener cuidado si subía. Unas lujosas lámparas de araña colgaban sobre mesas largas de madera maciza, que servían como lugares de estudio, cada una con múltiples lamparitas de escritorio, enchufes y

portalápices.

Siempre había tenido que buscar momentos del día en los que no hubiera nadie alrededor para poder estudiar en silencio. Sin embargo, allí se oía hasta el vuelo de una mosca.

Seguí las indicaciones hasta el segundo piso, pasando por unos rinconcitos privados para estudiar, con mesas entre paredes llenas de estanterías. El camino hacia arriba me llevó a la hermosa rotonda, donde los suelos y barandillas de mármol blanco contrastaban con la madera oscura de las otras salas. Unas impresionantes cabezas de piedra talladas en pilares se alzaban en pequeños espacios por la estancia, dándole un aspecto románico. A través de las ventanas de la sala conmemorativa Adderly, contemplé la magnífica vista del patio, con sus espléndidos robles, que imaginé que pronto estarían cubiertos de nieve, creando una escena acogedora. La sala en sí misma albergaba la historia de Dracadia, por lo que deduje de las fotografías antiguas y las vitrinas llenas de artefactos. Estaba deseando profundizar más en el pasado de la universidad cuando tuviera la oportunidad.

No podía ni imaginar cuántos lugares secretos albergaba esa institución mágica. Era probable que, aunque estudiara durante años, no llegara nunca a explorar todas sus maravillas. Cuanto más veía, más quería ver y saber.

Al entrar en la sala Stirling, dedicada a los textos científicos, me encontré con un señor negro de cabello canoso que estaba intentando colocar un libro en la estantería que había más arriba de su cabeza.

—Disculpe —dije al acercarme—. Busco a Kelvin Reed.

El hombre se dio la vuelta, con las gafas sobre el puente de la nariz, y me miró, haciendo un movimiento con la barbilla.

—Yo soy Kelvin Reed. —La elocuencia de su voz encajaba con su

aspecto, vestido con un jersey sobre una camisa gris, como un académico de toda la vida.

Sonreí y asentí, respetuosa.

—Lilia. Me han asignado un trabajo aquí a través del programa de empleo para estudiantes.

—Ah, sí. La señorita Vespertine. Encantado de conocerla. Soy el bibliotecario jefe de la sala conmemorativa Adderly y del ala de ciencias Stirling. —La verdad era que podría haber estado escuchando hablar a ese hombre durante horas; su voz era muy agradable al oído—. Supongo que ya se ha familiarizado con la sala conmemorativa Adderly.

—Sí. ¿Hace referencia a la estatua de Thresher Bay?

—Así es. El comodoro lord Adderly fue un pilar muy respetado de la historia de Dracadia. —Su comentario me recordó al cabreo de Mel por el monumento conmemorativo. Quizá así descubría qué la había llevado a formarse esa opinión.

—Estoy deseando aprender más sobre la historia de la universidad.

—Pues está de suerte. Da la casualidad de que es un requisito para trabajar en este departamento. Es nuestro deber preservar los preciados textos que logramos recuperar del barco de Adderly. Así que su trabajo durante la próxima semana será familiarizarse con nuestra historia y convertirse en una fuente de información para los demás.

—¿Tendré acceso a esos textos yo también?

Frunció el ceño y suspiró.

—En su mayor parte. Algunos están restringidos y requieren ciertos permisos para acceder a ellos.

De repente esos fueron los que más despertaron mi curiosidad.

Asentí con la cabeza y seguí a Kelvin de vuelta a la sala

conmemorativa, que estaba decorada como un barco antiguo, con todos esos detalles náuticos: cuerdas con nudos gruesos, un ojo de buey y remos. Quizá eran objetos que habían recuperado del barco de Adderly.

—Empezaremos por aquí —anunció Kelvin, señalando los numerosos libros que había en la sala—. Deje los libros que lea sobre la mesa. Yo me encargaré de ellos. Es importante que vuelvan a su sitio.

—De acuerdo. Entonces…, ¿simplemente tengo que pasarme las dos horas que vengo aquí leyendo?

—Sí, exacto.

No podría haber elegido un trabajo más perfecto. Excepto quizá uno que requiriese dormir.

Kelvin se marchó y yo recorrí la sala con la mirada, en busca de algo interesante para empezar. Me detuve ante un cuadro en el que aparecía una mujer con una llamativa melena castaña rojiza. Llevaba un sencillo vestido blanco y sostenía unos lirios del mismo color en la mano. Debajo del cuadro se leía el nombre «Hermana Mary Elizabeth», aunque en la pintura no llevaba ningún atuendo religioso. Debajo de la obra de arte había un libro grueso abierto sobre un atril, que por su aspecto parecía una Biblia. En Romanos 12: 17 habían subrayado «No paguéis a nadie mal por mal».

Volví a mirar a la mujer y la observé con detenimiento. Me recordaba mucho a mi madre. Cogí uno de los libros de la estantería junto al cuadro y me senté a la mesa que estaba cerca de la ventana.

Según el texto, había llegado a Dracadia de joven como monja para cuidar y velar por aquellos a quienes se consideraba mentalmente enfermos y que estaban exiliados en el monasterio. El libro la describía como una mujer amable y benevolente, a la que el

doctor Nathaniel Stirling admiraba mucho.

Incluía una fotografía del médico, conocido por llevar el infame uniforme de la época de la peste mientras atendía a sus pacientes, que, según él, estaban infectados por espíritus malignos. Un inquietante escalofrío me recorrió la espalda al contemplar su imagen en la página, con la máscara con forma de pico y la larga capa negra. Su aspecto debía de provocar pesadillas a sus pacientes. Al parecer, el ala de ciencias había recibido su nombre por haber descubierto sin querer el ácido estírlico, un antiséptico elaborado a partir de la planta de Jestwood. Por lo visto, cambió el resultado de sus cirugías y lo encumbró como el padrino de la esterilización.

No obstante, él empleó su descubrimiento de una manera mucho más siniestra al expulsar el mal de sus pacientes.

Me sumergí en la historia del monasterio, una especie de institución mental primitiva donde sometían a los pacientes a una serie de experimentos para exorcizar los llamados espíritus malignos de su cuerpo.

Cuando por fin salí de mi concentración, me di cuenta de que ya había anochecido. Al echar un vistazo a mi reloj, vi que me había quedado una hora de más.

—Mierda —murmuré, dejando los libros apilados ordenadamente sobre la mesa, tal y como Kelvin me había pedido. Cogí mi bolso y al girarme me choqué con la persona que estaba detrás de mí, provocando una tormenta de papeles que volaron por los aires antes de esparcirse por el suelo de mármol.

—¡Ay, madre! —El doctor Langmore dio un paso atrás y se recolocó las gafas—. No era mi intención asustarla, señorita Vespertine.

Con las mejillas rojas por la humillación, me agaché, recogí los papeles tirados en el suelo y formé una pila algo desordenada con

ellos.

—Es culpa mía, señor. No miraba por donde iba. —Me levanté y le entregué el montón, que él recibió con una sonrisa.

—Por favor, insisto en compartir la culpa.

—Estaba marchándome. Mi turno terminó hace una hora.

—¡Ah! Qué ambiciosa. Eso nos gusta. —Deslizó la mirada hacia la ventana y luego volvió a mí—. Está bastante oscuro fuera. ¿Va a ir sola?

—Eh, sí. Mi residencia no está lejos.

Entrecerró los ojos con inquietud.

—Aun así, le recomiendo que tenga cuidado.

—Por supuesto. —Un movimiento detrás de él me llamó la atención y miré más allá de Langmore: había un hombre en la penumbra que se acercaba a nosotros con paso firme y ojos escrutadores mientras entraba en la sala conmemorativa.

Langmore se aclaró la garganta y siguió el camino de mi mirada hasta girarse hacia el profesor Bramwell. Parecía que el radio de intimidación del hombre era bastante amplio, ya que incluso al decano se lo veía algo incómodo en su presencia.

—Bueno, cuídese, señorita. Tengo una reunión de personal.

—Claro —dije sin apartar la vista. Cuando Bramwell me miró, yo rompí el contacto y me colgué el bolso del hombro.

No me dijo nada al pasar por mi lado, a pesar de mi gesto educado de asentimiento y mi sonrisa, que se desvaneció rápidamente cuando me di la vuelta.

Menudo imbécil. Sería un milagro que viera más allá de sus propias narices.

Acto seguido me dirigí hacia la salida.

La luna brillaba en lo alto del cielo mientras cruzaba el patio a paso ligero. En general, el campus parecía estar ya en modo noche, aunque aún había algunos estudiantes correteando por ahí. Había sobrevivido a mi primer día y, a pesar de los momentos desagradables, lo había disfrutado. Con todos sus defectos, la universidad tenía un aura oscura. La historia, la arquitectura, el misterio del campus y la gente me atraían y me inspiraban el deseo de absorberlo todo.

Ese sentimiento de pertenencia me resultaba extraño. Aunque no había nacido en una familia rica, como la mayoría de los estudiantes, Dracadia tenía mucho más que ofrecer que dinero heredado. Existía en su propio mundillo de intrigas, como las historias de Pan y mundos lejanos.

Aún no había asimilado la idea de que formara parte de él.

Escudriñando mi entorno con atención, corrí hacia la pequeña extensión de bosque que separaba mi residencia de las demás, que estaban en la plaza.

—Lilia —susurró una voz detrás de mí, y me sobresalté.

Al darme la vuelta, no vi nada más que las ramas de los árboles meciéndose con la brisa. Oteé el patio y vi a dos estudiantes a lo lejos. Otro se apresuraba a ir hacia una de las residencias.

Cuando retomé mi camino, vi algo al otro lado de un roble que me llamó la atención. Una figura oscura que tuve que entrecerrar los ojos para ver a la tenue luz que emitía la farola situada en medio. Una larga capa negra. Una nariz larga y en forma de pico. Dos agujeros negros en lugar de ojos.

La máscara que usaban los médicos durante la plaga que había visto.

Con un grito ahogado, me di la vuelta y choqué contra la pared humana que estaba detrás de mí.

—¡Vaya! —Spencer se rio entre dientes y me agarró de los brazos—. Alguien tiene prisa.

—He visto a… —Me giré hacia el árbol, pero no había nada allí. Tras mirar más detenidamente, ni siquiera vi a los estudiantes de antes—. Había alguien junto al árbol. Te… te juro que he visto…

—No deberías ir por ahí tú sola. Sé que dices que te gusta dar el beneficio de la duda, pero hay gente que es simplemente gilipollas.

Los músculos se me relajaron; suspiré de alivio y me volví hacia él.

—¿Tú lo eres?

—¿Gilipollas? Creía que ya habíamos dejado claro que sí. —Se rio por la nariz y me dio un golpecito en el brazo—. Vamos. Te acompaño. ¿Adónde vamos?

—A Crixson.

—Ah. Crixson. Acostúmbrate a ver cosas que no están ahí.

Odiaba admitirlo, pero me sentí un poco aliviada al tener compañía. Dracadia no era Covington, ni mucho menos, pero eso no significaba que no hubiera delincuencia.

—Bueno, ¿qué te hace pensar que tú sí puedes pasear solo sin problemas? —pregunté, estirando el cuello para buscar la figura que nos seguía.

—Ahora es cuando esperas a ver si suelto algo sexista, ¿verdad? ¿Te digo que es porque soy hombre?

—No lo sé. ¿Es por eso?

—La verdad es que he entrenado hasta tarde. Si no, estaría encerrado en mi habitación viendo capítulos repetidos de *Big Bang Theory* con mi compañero de cuarto.

Me reí al imaginarme la escena.

—Suena emocionante.

—Fascinante. ¿Tú de dónde vienes?

Las banderas de la universidad se agitaban con la ligera brisa que me despeinaba y me ponía el pelo en la cara. Cada sonido parecía llamar mi atención mientras seguía mirando por encima del hombro, con una sensación inquietante que aún me sacudía los huesos.

—Del programa de empleo —respondí, intentando domar los mechones rebeldes que me rozaban la mejilla.

—Guay. ¿Dónde te han puesto?

—En la biblioteca. —Joder, se me había metido un pelo en la boca, lo que aumentó mi fastidio. Mi pelo siempre había sido rebelde y difícil de domar, pero si le añadías un poco de viento… tenía vida propia.

—Me pusieron allí el semestre pasado. Este me ha tocado la cocina.

Sorprendida, fruncí el ceño.

—¿Tú… tú estás en el programa de empleo? —Siempre había tenido la impresión de que solo acababan allí los que no podían permitirse la universidad.

El bosque que había antes de mi residencia parecía estar más oscuro de noche y los árboles se veían aún más espeluznantes, y, de nuevo, me resistí a admitir que agradecía la compañía de Spencer.

—Sí. Eh, espera… ¿Es ahora cuando dices algo sobre lo malcriados que son los chavales ricos? —Se rio, suavizando el tono acusatorio de su voz.

—Supongo que peco un poco de juzgar a los demás.

—Supongo —convino él cuando por fin llegamos a la entrada de mi residencia.

—Gracias por acompañarme.

—Cuando quieras. —Me rozó la mano con un dedo y, por puro acto reflejo, di un respingo hacia atrás y carraspeé para disimular el

ligero jadeo que se me escapó.

Él se metió las manos en los bolsillos, apretó los labios y dio un paso atrás, ofendido o avergonzado por mi reacción.

—Hasta mañana.

—Sí. Lo… siento. Buenas noches.

No tenía mucha experiencia en eso de la amistad. Menos aún con chicos. Tenía bastante en casa como para prestar atención a los chavales de mi edad y, las pocas veces que me había relacionado con ellos, la verdad era que no había sido de forma amistosa. Cada interacción con Spencer me resultaba incómoda y forzada por mi parte. Apenas había sido cordial con el pobre chico.

Así que ¿por qué coño se había molestado?

Al entrar en la residencia, pasé por la sala común y vi en la televisión un reportaje de noticias que me hizo detenerme en seco.

En concreto, la cara que apareció en la pantalla.

Angelo.

Fruncí el ceño, fui corriendo y alcancé a ver al presentador de las noticias hablando de un director ejecutivo multimillonario al que habían encontrado brutalmente asesinado unos días antes. Por un momento me sumergí en una realidad alternativa, pensando que podría haber sido Angelo quien lo había matado, pero la noticia continuaba diciendo que lo buscaban para interrogarlo.

«Las autoridades creen que Angelo DeLuca podría tener relación con una secta y se considera que va armado y es peligroso».

—Joder —murmuré. Con las manos temblorosas, me puse en un rincón tranquilo y llamé a Conner, mordiéndome las uñas mientras esperaba a que contestara.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Has visto las noticias? ¡Dicen que Angelo está involucrado en el asesinato de un tío rico! —grité susurrando, con el pánico en la

garganta ahogándome las palabras.

—No, no ha sido él. Ha estado aquí todo el tiempo. El pobre cabrón está flipando. Un colega suyo de la policía dice que han escrito su nombre con sangre en la pared. Cree que alguien lo ha acusado, pero no quiere decir quién.

—¿Y qué es esa secta de la que hablan?

El sonido del largo suspiro de Conner crepitó a través del teléfono.

—Un grupo de sádicos. Se hacen llamar Schadenfreude, pero no lo digas por ahí. Según Angelo, son peligrosos. El muy capullo ni siquiera quería hablarme de ellos al principio.

—¿Sádicos? —bajé aún más la voz—. O sea… ¿*torturan* a gente?

—Supongo. —En cuanto dijo eso, se me revolvió el estómago.

—Entonces ¿tal vez deberías alejarte de él?

—Solo tiene que pasar desapercibido hasta que la policía encuentre a quien lo hizo.

—Conner, ¿y si el asesino viene a por ti? Por Dios, ¿estás borracho?

El tío no tenía ni idea del peligro en el que podía estar metido. ¿Un grupo sádico relacionado con Angelo? No había situación peor.

—Un poco, pero nadie va a venir a buscarme, Lil. Estamos bien. Nadie va a relacionarnos a los dos. Hace cinco años que no usa el apellido DeLuca.

—Salvo que su cara está en la tele. Alguien podría reconocerlo.

—El tío está tan paranoico que ni siquiera sale de casa. Me ha tenido haciéndole los putos recados.

—Solo creo que deberías informar a la policía, eso es todo. Quizá ellos puedan protegerte. —Como mínimo, de los tíos turbios con los que Angelo parecía estar relacionado. Aunque agradecía no estar metida en todo eso, no era tan estúpida como para pensar que los

criminales se limitarían a los hombres a los que buscaban. A veces, también iban tras amigos y familiares, en un intento por convertir su venganza en un espectáculo.

—La policía no va a proteger una mierda. Relájate. Bee está en el instituto. Tú estás fuera estudiando. Soy el único que podría verse envuelto en esta mierda, y te digo que estoy bien.

Me froté la cara con la mano, refunfuñando por la despreocupación de Conner ante cosas importantes, las cuales podían torcerse muy rápido y salir muy mal.

—Bueno…, tú no hagas ninguna tontería, ¿vale?

—Sí, sí. ¿Qué tal la universidad? —Una pregunta muy inocente para el tema que teníamos entre manos.

—Genial. Es una maravilla, Conner.

—Me alegra oír eso. Lo dije en serio, chavala. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. Mantenme informada, ¿vale?

—Lo haré.

Después de eso colgó y yo solté un suspiro tembloroso.

—Hola. —Al oír una voz nueva, levanté la vista y vi a Mel de pie junto a mí—. ¿Todo bien?

—Sí. Solo tenía que hacer una llamada personal. —Me guardé el móvil, esperando que no hubiera oído nada de la conversación—. Me voy a mi habitación.

—Te he visto con Spencer —dijo con un tono seco.

—Ah, sí, me ha acompañado a la residencia. Solo somos amigos.

—¿Puedo darte un consejo, aunque no me lo hayas pedido?

—Eh, vale… —respondí, aunque la cabeza aún me daba vuelas y, sinceramente, no estaba de humor.

—Yo tendría cuidado con él.

¿Qué cojones? ¿Se había autoproclamado la encargada de avisar

de los hombres chungos o algo así? Primero Bramwell y luego Spencer.

—¿Por qué?

—Porque es un mentiroso de mierda. Un manipulador.

Me encogí de hombros, un poco frustrada por que se entrometiera en mis cosas. Teníamos una vecina así en Covington. Una señora que siempre preguntaba cómo estaba mi madre y si su enfermedad se podía contagiar por los conductos de ventilación del edificio. A medida que fue empeorando, decidimos que se quedara en su habitación, para no dar lugar a chismes en el bloque.

—Conmigo ha sido muy majo.

—Pues claro. Eso es lo que hacen los manipuladores.

Quizá su advertencia estaba justificada, pero yo tenía en mente el marrón de Conner y el supuesto criminal buscado y, en ese momento, no estaba para hacerle caso.

—Te agradezco el aviso.

—Lo digo en serio, Lilia. No te conviene tener nada que ver con él.

—Tomo nota —dije, y me fui a mi habitación.



17

Lilia

El edificio Cavick tenía que ser el comedor más intimidante que había visto en mi vida. Un techo abovedado, tan alto que allí habría cabido un transbordador espacial, se alzaba sobre unas gruesas vigas de madera que reforzaban las paredes. Los candelabros elegantes y las vidrieras, situados sobre bustos blancos, conferían un aire gótico al amplio espacio. Al igual que en el comedor del edificio Darrigan, había filas de platos calientes sobre largas mesas, pero en Cavick había el doble y la cantidad de opciones que ofrecía el lugar era casi abrumadora.

A pesar de la opulenta variedad, opté por un desayuno algo patético a base de tostadas con aguacate y café. Había perdido un poco el apetito desde aquella conversación con Conner y, tras una noche que prácticamente había pasado en vela, aún no lo había recuperado. Había pensado en llamar de forma anónima a la policía y delatar a Angelo, pero, si empezaban a husmear en sus asuntos

turbios, quién sabía lo que implicaría para Conner. No podía arriesgarme a que también lo declararan culpable de algo.

Decidí dejarlo pasar. Después de todo, darle vueltas al asunto no lo haría desaparecer.

Mientras mordisqueaba la tostada, eché un vistazo al resto de los estudiantes que habían ido a picar algo. A diferencia del instituto, donde me habían marginado por sentarme sola, Dracadia parecía abrazar a los solitarios repartidos por la sala sin importarles su soledad. Algunos estudiaban mientras comían. Otros miraban el móvil. Algunos almorzaban en grupo, pero eran pocos en comparación. Curiosamente, aun estando sola me sentía menos sola.

Después del desayuno corrí por el campus y, una vez más, entré en el edificio Emeric para otra clase en la que no me había inscrito: Entomología, con Loretta Gilchrist. Sin embargo, dado que ella había influido en mi admisión, no estaba en posición de quejarme, y esperaba causar una buena impresión, por si acaso tenía algo que ver con mi matrícula para el segundo semestre.

—Señorita Vespertine.

Al oír una voz femenina, me incorporé después de haberme agachado para sacar el portátil de mi bolso. Vi delante de mí a una mujer bastante atractiva, con el pelo oscuro y algunas canas en las raíces, quizá de unos cuarenta y tantos años; sostenía el característico vaso de café para llevar negro y dorado, con los ojos entrecerrados y una sonrisa.

—¿Sí?

—Soy la doctora Gilchrist. —Me tendió una mano delgada, que estreché rápidamente—. Veo que ha aceptado la invitación. Estupendo.

—Sí, por supuesto. Gracias por obrar la magia para que entrase

aquí. Estoy muy agradecida e impresionadísima. El campus es increíble.

—Sí, al igual que su trabajo sobre el noctisoma. —Con ambas manos, levantó el vaso y sorbió el líquido de una manera poco digna para una mujer que parecía tan elegante—. Los detalles clínicos me resultaron absolutamente fascinantes. Dígame, ¿ha tenido ya la oportunidad de conocer a nuestro rector, el doctor Lippincott?

—¿El rector? No. —No se me ocurría ninguna razón por la que hubiera tenido que conocerlo; ni siquiera sabía quién era esa figura en el colegio universitario de Covington. Quizá no tenían, pero me pareció raro que me preguntara eso.

—Le recomiendo que concierte una cita. Estoy segura de que le encantará conocerla.

—De acuerdo. No sabía que el rector recibiera a los estudiantes.

—No es lo habitual, es un hombre muy ocupado, pero estoy segura de que por usted hará una excepción. —Volvió a entrecerrar los ojos, soltó una risita y levantó el vaso para dar otro sorbo al café.

—Vaya, mira quién está aquí. —Cuando Spencer se acercó a mí, Gilchrist bajó el vaso y se volvió hacia él.

—¿Ya se conocen? —preguntó.

—Sí. Tenemos otra clase juntos. —Dejó caer su mochila en la silla junto a la mía, indicando que tenía toda la intención de sentarse a mi lado también aquí—. Parasitología, con Bramwell.

Gilchrist frunció el ceño y pasó la mirada de mí a Spencer.

—¿La clase de Neuroparasitología del doctor Bramwell? Es una asignatura avanzada de tercer año. *No admite* a estudiantes de cursos inferiores. —El tono contencioso de su voz me pareció extraño, como si yo hubiera *elegido* estar en la clase del gruñón.

—Se ve que la listilla esta ha conseguido entrar.

—El doctor Bramwell es muy exigente con sus alumnos. No me

imagino cómo ha conseguido cautivarlo. —De nuevo esbozó esa sonrisa, que empezaba a parecerme tan fingida como la de Kendall.

—En realidad no me matriculé yo en su clase. Me la asignaron.

Por la forma en que se estremeció, cualquiera habría pensado que le había dado una bofetada.

—¿Se la asignaron? ¿Quién?

—Sinceramente, no lo sé. Me conecté para matricularme y su clase y la de él ya estaban en mi horario.

—Sí, bueno, la mía es de un nivel adecuado para usted. La otra no.

Me encogí de hombros, cada vez más incómoda con la conversación.

—Me pareció que el profesor Bramwell estaba de acuerdo.

—Era de esperar, pero él no es el director del departamento de Ciencias Naturales. Soy yo. Si me disculpan…

Debía de ser algo más importante de lo que pensaba, pero esperaba que Gilchrist no me sacara de esa clase, porque, aunque él fuera un poco gilipollas, seguía teniendo la intención de sacarle algunas respuestas.

—Hemos coincidido en la elección de asignaturas, ¿eh? —La pregunta de Spencer me sacó de mis pensamientos cuando se inclinó hacia mí—. En realidad soy el asistente de esta clase. Para que lo sepas, puede ser un poco rara. La mujer estudia insectos todo el día.

Me reí por la nariz con su comentario, observando a Gilchrist marcando un número en su teléfono antes de girarse hacia la pared y hablar en voz tan baja que no pude oír la conversación.

Qué cosa más rara.

Cuando se volvió, mientras guardaba el móvil posó los ojos en mí. La cálida bienvenida había desaparecido, sustituida por una

expresión fría que me hizo cambiar de postura en el asiento.

—Lo tendré en cuenta, no te quepa duda —le susurré a Spencer —. No sabía que había infringido las normas.

—Si Bramwell está de acuerdo con que estés allí, entonces no hay mucho que ella pueda hacer. Él tiene muy buena relación con el rector y los decanos.

—No pretendo causar problemas, pero es que su clase me parece fascinante.

—¿Fascinante? —Spencer resopló y se recostó en su silla—. Date un poco de tiempo. Un par de fiestas en el campus y volverás a estar bien de la cabeza.

Lo miré con el ceño fruncido, con una respuesta sarcástica atascada en la garganta, pero, cuando Gilchrist se situó frente al atril para comenzar, la respuesta mordaz murió en la lengua.

La clase no era ni de lejos tan interesante como la del doctor Bramwell. Ni por asomo. Su exposición era tan insulsa que me costaba mantener la concentración sin que mi mente divagara hacia otros pensamientos, y me pesaban tanto los párpados por la falta de sueño de la noche anterior que ojalá hubiera llevado una taza de café a clase. La lucha por mantenerme despierta y concentrada superó a mi capacidad para absorber nada de lo que decía, y, cuando terminó la sesión, me sentía como si me hubiera echado una siesta intranquila.

—Estoy impresionado —dijo Spencer, alcanzándome de camino a mi siguiente clase—. Estoy bastante seguro de que me quedé dormido el primer día que estuve en su asignatura.

—Es una mujer inteligente, sin duda, pero los robots tienen más personalidad al hablar.

Spencer soltó una risita y saludó con la mano a un grupito de chicos que pasaban por allí.

—La he oído decir algo sobre el rector Lippincott.

—Sí. Cree que debería concertar una cita con él, pero voy a jugármela y a suponer que está bastante ocupado.

—Yo puedo conseguírtela.

Este tío… Si no pensara que era amable de verdad, me preguntaría cuáles serían sus motivos para serlo.

—¿Tanta influencia tienes?

—Es mi padre.

Ah. Mierda. De repente mi mente se puso a rebobinar todas nuestras conversaciones e intenté no avergonzarme demasiado al recordar el primer día que me compró el almuerzo.

—Vaya. Qué locura.

—No estés tan impresionada. Mi padre cree con fervor en las reglas. Créeme, no hay privilegios especiales.

—¿Por eso estás en la cocina?

—El hombre insiste en que demuestre un esfuerzo responsable para contribuir a mi educación. —Soltó un largo suspiro y sacudió la cabeza—. De todos modos, estaré encantado de hablar con su secretaria.

—Si me das su número, la llamo yo misma. —Busqué mi teléfono en el bolso y me di cuenta de que no estaba—. Mierda. Creo que me he dejado el móvil en clase. Te veo más tarde, ¿vale?

—¿Esta noche no? ¿En el laboratorio nocturno?

—¡Es verdad! —grité por encima del hombro y corrí hacia el aula, pasando por encima de los asientos vacíos hasta que vi mi teléfono en el suelo. Cuando me agaché para recogerlo, oí voces acercándose y, por un instinto muy raro, me escondí detrás de la fila de asientos que tenía delante. Me reproché la decisión y negué con la cabeza, pero justo antes de levantarme oí el clic de la puerta resonando en la sala: estaba encerrada con quienquiera que acabara

de entrar.

—Tengo poco tiempo, así que te pido rapidez. —Al oír esa voz grave que penetraba hasta los huesos, miré a través de los huecos entre los asientos y vi al profesor Bramwell de pie al frente del aula junto a la profesora Gilchrist, que se acercaba a él desde la puerta, que vi claramente que estaba cerrada.

Mierda.

—No entiendo por qué la has puesto en una clase que exige un requisito previo. Como directora del departamento de esta facultad, debería estar al tanto de cualquier excepción que se haga en relación con los estudiantes. Es muy raro, y más aún teniendo en cuenta que no me devuelves las llamadas.

—Te pido que no confundas las dos circunstancias. No tiene nada que ver contigo ni conmigo.

—Por supuesto que no. Y sé que desprecias cualquier acusación sobre una alumna y tú. Por favor, acepta mis disculpas, Devryck. —Encogió los hombros mientras se acercaba, manteniendo una leve distancia entre ellos—. No pretendía faltarte al respeto, y sé que *nunca* te relacionarías con una alumna de esa manera.

Entonces mis sospechas sobre él debían de ser ciertas. El tipo parecía más propenso a liarse con un libro de texto que a ligar con cualquiera de sus alumnas.

—Es solo que… ¿Te distanciaste porque te toqué? —Con las manos entrelazadas, se atrevió a dar otro paso hacia él y al percibir la desesperación en su tono negué con la cabeza—. Te prometo que no volverá a pasar. Por favor, dame otra oportunidad.

¿Otra oportunidad? Que suspirase por ese imbécil era desconcertante y, como mujer, doloroso de ver. Quería saltar de detrás del asiento y sacudirla para que entrara en razón.

Él se alejó, aparentemente incómodo.

—No cuestiones mis decisiones en lo que respecta a mi clase. La señorita Vespertine está ahí porque lo he permitido y porque creo que será excelente.

—¿En serio? —Al darme cuenta de que había hablado en voz alta, me tapé la boca con la mano y el pánico me recorrió los músculos en forma de descargas eléctricas. Sin embargo, al asomarme por el hueco, no vi ningún indicio de que me hubieran oído. Ni siquiera echaron una mirada en mi dirección, gracias a Dios.

—¿Excelente? Qué exageración. Es inteligente, eso hay que reconocerlo, pero no *tanto*, Devryck.

Quitándome la mano de los labios, fruncí el ceño. Qué zorra.

—¿Hemos terminado? —preguntó él con aire aburrido.

—Dímelo tú.

—Te llamaré si cambio de opinión.

Ay. Esa forma de hablar, con tanta indiferencia, me dio un poco de pena por ella. Por muy atractivo que fuera, sobre todo para ser profesor, sin duda tenía un lado temperamental.

Ella resopló y negó con la cabeza.

—Sin duda, eres el hombre más confuso que he conocido en mi vida.

—Ese es el problema, Loretta, que pareces confundirte fácilmente.

Mi teléfono se iluminó con la notificación de un mensaje y casi se me cae al intentar apagarlo. Con los ojos cerrados y los labios apretados, esperé a que uno de ellos se acercara. Seguro que habían visto el destello de luz en la sala en penumbra.

Me iban a agarrar por el cuello y a echarme, acusándome de fisgona.

Oí el clic de la puerta al cerrarse. Miré por la rendija y vi que ninguno de los dos estaba allí. Solté un suspiro tembloroso y bajé la

vista: era un mensaje de Jayda en el que me preguntaba por Angelo. Sin duda, había visto las noticias.

Al final me levanté y descubrí que, en efecto, el profesor Bramwell no se había ido. Estaba de pie frente a la fila de asientos delante de mí, con las manos en los bolsillos y mirada de estar enfadado, como de costumbre.

Mierda.

—La próxima vez que decida escuchar a escondidas, quizá podría optar por ser más sutil.

—Eh… No era mi intención. Se me olvidó el móvil. —Con una risita nerviosa, levanté el teléfono, como si eso probara algo.

No se molestó en responder, solo me miró fijamente, como si estuviera conjurando en silencio la puerta del infierno para arrojarme a los fosos en llamas y dar por terminado el día. En cambio, se dio la vuelta para marcharse.

—¡Profesor! —Me tambaleé y el móvil estuvo a punto de caérseme—. Me preguntaba si podría hacerle unas consultas sobre el noctisoma.

—No tengo tiempo. Mi horario de atención al estudiante es limitado, señorita Vespertine. Puede concertar una cita si lo desea.

—De acuerdo. Claro. Lo haré.

Sin siquiera mirarme, se marchó, y yo solté un suspiro tembloroso. Vaya, qué tío tan intenso. Mis pensamientos volvieron a su conversación con Gilchrist, concretamente al sutil cumplido que me había hecho.

—Excelente —me susurré a mí misma, enfatizando la palabra—. Excelente. —¿Sabía que estaba allí cuando lo dijo? ¿Que lo había oído? ¿Qué tenía aquel hombre conocido por ser brillante pero gruñón que lanzaba un cumplido aleatorio como si fuera un trozo de exquisito chocolate que yo quería saborear antes de que se

derritiera?

«Es un capullo —replicó la voz de mi cabeza—. No le des demasiada importancia».

Sí que lo era. Un capullo que estaba tremendo y que era más listo que el hambre.

Con un suspiro, me dirigí a mi siguiente clase.



18

Lilia

Según el programa de la asignatura impartida por el profesor Bramwell, debía esperar fuera de la residencia a que el autobús del campus viniera a recogerme. Cuando quedaban diez minutos para la medianoche, empecé a ponerme nerviosa; no quería llegar tarde a la puta clase de ese hombre. Cuando estaba a punto de abandonar la idea del autobús y atravesar el campus a pie, vi el destello de unos faros que se acercaban. Frente a mí se detuvo un minibús con el interior iluminado en color morado. En un lateral, pintado con letras negras, se leía NOCTICADIA y, justo debajo, LABORATORIO NOCTURNO.

¿Nocticadia?

Toda esto parecía demasiado teatral para el profesor Bramwell, así que supuse que debía de ser cosa de los alumnos o de la propia universidad. Me subí y me encontré a unos veinte estudiantes y a Spencer, que me saludaba con la mano desde el fondo.

Reprimiendo un gruñido, fui hasta el asiento que quedaba frente

a él.

—Me estaba empezando a poner nerviosa —dije, dejándome caer sobre el cómodo asiento.

—Griggs nunca llega tarde. —Señaló al conductor con la cabeza —. Ni siquiera cuando nieva. Ese tipo siempre consigue llevarnos a tiempo.

—¿Ya has dado esta clase antes?

—Sí, básicamente. El semestre pasado hice la asignatura previa obligatoria que impartía Bramwell. El laboratorio era el mismo.

—¿Qué es «Nocticadia»? —pregunté, mirando por la ventana cuando el autobús frenó para recoger a dos alumnos más en el edificio Hemlock.

—Es como llamamos al laboratorio nocturno. Es un juego de palabras con «noctisoma» y «Dracadia».

—Ah. Entiendo. ¿Y por qué a medianoche?

—Es cuando los parásitos están más activos.

En cierto modo tenía sentido. Recordé que, durante la enfermedad de mi madre, siempre parecía más activa por las noches. Deambulaba en busca de comida o se quedaba hasta tarde viendo la tele. Una vez me desperté y la encontré comiéndose una hamburguesa cruda, y por poco pierdo la cabeza. Parecía que siempre le daban esos antojos extraños cuando todos nos habíamos ido a dormir.

Dos paradas más tarde, el autobús llegó al edificio Emeric, donde todos se bajaron en masa. Seguí al grupo escaleras abajo, pues claramente sabían hacia dónde ir. Descendimos tres niveles hasta llegar al fin a un par de puertas dobles, y nos adentramos en la sala con techo alto y abovedado y mesas de madera, donde habían encendido velas. Nunca había estado en un laboratorio iluminado por velas. Por mecheros Bunsen sí, pero por velas jamás.

Libros y frascos con muestras, matraces y vasos de precipitado cubrían las paredes de la sala, que estaba bañada por un tenue resplandor púrpura que emitían unos grandes tanques repartidos por el lugar. Sobre las mesas de trabajo se encontraban unas jaulas de malla abovedadas donde revoloteaban unas mariposas de un color púrpura brillante. Aunque contaba con instalaciones modernas, aquel sitio no era como ningún laboratorio en el que hubiera trabajado antes. Parecía sacado de una película de ciencia ficción.

—Bienvenida a Nocticadia —dijo Spencer a mi lado mientras yo asimilaba lo extraño de todo aquello—. Aquí es donde estudiamos la polilla sominix y reproducimos el noctisoma.

—¿La polilla sominix? —Dirigí de nuevo la vista hacia las jaulas abovedadas—. ¿Eso son *polillas*?

—Sí. ¿A que son raras? Antes eran negras, pero al infectarse con noctisoma se vuelven moradas. Son nocturnas, así que duermen durante el día.

—De ahí que el laboratorio sea a estas horas.

—Por eso y porque, como te he mencionado antes, al parásito le va la marcha cuando se pone el sol.

Fascinada, me desvié hacia una de las jaulas abovedadas que había sobre una mesa y me quedé mirando las polillas del interior. Sí, ahora que las tenía más cerca lo veía: tenían esos rasgos más gruesos, más peludos, que las diferenciaban de las mariposas. Las alas púrpuras prácticamente brillaban en contraste con unas finas líneas negras que parecían venas. En la penumbra, apenas veía los detalles, y encendí la linterna del teléfono para ver mejor.

Alguien la tapó de golpe y, al girarme, me encontré a Spencer a mi lado.

—Son sensibles a la luz.

Apenas pronunció aquellas palabras, volví a mirar y vi los ojos

brillantes y reflectantes de la polilla, que me observaba fijamente mientras clavaba un apéndice largo y delgado —que supuse que sería la probóscide— entre los agujeros de la malla. Me recordó al cambio en los ojos de mi madre en las últimas fases de su enfermedad, que casi siseaba cuando encendía las luces de su habitación.

—Lo siento. No había caído en la cuenta.

—Por eso tenemos velas. No hay problema con su luz natural ni con la bioluminiscente, pero cualquier cosa fluorescente o ultravioleta y el flash del móvil están prohibidos. Tienden a volverse agresivas y resulta más difícil trabajar con ellas.

En la esquina de la jaula había un plato con lo que parecía un trozo pequeño de filete.

—¿Eso es… carne?

—Sí. No les va mucho el dulce. A estas chicas les gustan los filetes poco hechos y sangrientos.

Igual que los antojos de mi madre. Qué extraño.

Me quedé mirando las probóscides, preguntándome si eran lo suficientemente fuertes como para atravesar guantes y piel.

—Nunca había oído hablar de tal cosa en una polilla.

—Es lo que tiene la infección. De lo contrario, tienden a ser dóciles por naturaleza.

—¿Están infectadas por el noctisoma?

—Sí. Bramwell lo explicará en la parte teórica, pero ellas son el huésped definitivo, como esos grillos macabros de los que habla. No te preocupes, las manipulamos siempre con guantes. De todas formas, lo que nos interesa es la fase larvaria.

—¿Has visto a los gusanos?

—Sí. Vamos. —Con un movimiento de cabeza, me guio hasta un tanque situado junto a la pared que brillaba con un intenso color

púrpura—. El agua contiene bacterias bioluminiscentes. No perjudican en absoluto a los gusanos.

Una docena de ellos, negros, largos y delgados, se retorcían por el fondo del tanque, y me quedé boquiabierta cuando me incliné para verlos mejor.

Eran exactamente los mismos gusanos que había visto salir del cuerpo de mi madre.

Eran reales.

Resultaba extraño lo distintos que se veían allí, en el tanque. Ya no se parecían tanto a los monstruos que había imaginado en mi cabeza.

«¡Ayuda! ¡Mamá!».

Me estremecí por un recuerdo fugaz y, al apartar la mirada, justo me encontré a Spencer señalando algo.

Seguí la dirección de su dedo hasta una polilla que yacía en el fondo del tanque. Batía ocasionalmente las alas, lo que me indicó que seguía viva.

—¿No se ahoga?

—Solo los machos. Por norma general, las hembras se sumergen en el agua para desovar. Si lo hacen rápido, pueden llegar a sobrevivir.

Con el ceño fruncido, me acerqué y observé que de la polilla nacían diminutos cúmulos de huevos que se depositaban sobre el cristal.

—Cuando eclosionen, se dirigirán hacia las bayas de noche.

Alcé la vista y vi lo que parecían pequeños nenúfares sobre la superficie del agua, con diminutas bayas asomando entre los pétalos.

—Así es como se propagan las larvas, ¿verdad? Las polillas se comen las bayas.

—Eso es. Salvo que a Bramwell le dé por llevarse todas las bayas infectadas.

—¿Para qué?

—Muy bien, clase, ¡tomad asiento, que vamos a empezar! —Ross, el chico que recordaba de la clase del profesor Bramwell, estaba de pie al frente de todos, sacando una pila de cuadernos de su bandolera y colocándolos sobre una de las mesas de trabajo antes de repartirlos.

Opté por ponerme al final de la sala, desde donde veía a la perfección el tanque luminoso y la polilla que aleteaba para subir a la superficie.

Ross arrojó uno de los diarios sobre mi mesa de trabajo y hojeé las páginas, donde encontré casillas vacías para apuntar fechas, descripciones y notas.

—Tenéis que anotar todo en detalle. —El sonido de la voz del profesor Bramwell desvió mi atención hacia el frente de la sala, donde se erguía con un aire de autoridad que me provocó cosquillas en el estómago.

Llevé la mano a esa irritante sensación, molesta ante mi reacción.

—No actualizar vuestros diarios supondrá la expulsión inmediata. Ross se encargará del laboratorio, así que las preguntas deberán ir dirigidas a él, no a mí. —Reparó en mí y me miró un momento antes de rodear el escritorio—. Tengo un horario de tutorías aparte para consultas generales. Os recomiendo que pidáis cita con antelación si queréis que os atienda.

Sin decir nada más, pasó de largo con la mirada fija en la mía. Dejó un rastro delicioso de olor a café y colonia especiada.

Mientras Ross empezaba la clase, me giré y vi al profesor Bramwell saliendo por la puerta que estaba al fondo de la sala.

—¿Adónde lleva esa puerta? —le susurré a Spencer, que estaba sentado en la mesa de delante.

—Al sótano. Ahí está su laboratorio de investigación. Y también la morgue. Es zona prohibida.

—¿Me estás queriendo decir que nadie se ha colado ahí? —No podía ser la única con tanta curiosidad como para considerar tal cosa.

—No se puede. Hay una puerta de acero que siempre mantiene cerrada.

—¿Por qué tanto secretismo?

Spencer me lanzó una sonrisa por encima del hombro.

—Eso depende de a quién le preguntes. Las teorías son de lo más variadas. Algunos creen que tiene un taller a lo Frankenstein ahí abajo. Que se dedica a resucitar a sus colegas, los cadáveres.

Solté una risita y bajé la mirada justo cuando Ross desvió la atención hacia mí.

—Otros dicen que está trabajando en algún proyecto secreto del Gobierno. Nadie sabe la verdad.

—Has dicho que se lleva las larvas ahí abajo, ¿no?

—Sí. Cada cierto tiempo coge unas cuantas bayas y desaparece con ellas.

—Interesante. —Entonces no solo se dedicaba a abrir cadáveres en el sótano. También estaba estudiando el parásito, lo que me hizo preguntarme si estaba trabajando en encontrar una cura.

De ser así, necesitaba formar parte de ello. Desde la muerte de mi madre, toda mi motivación para estudiar ciencia y medicina se había centrado en descubrir por qué había enfermado en esas semanas previas a su muerte.

En el transcurso de la hora no paré de mirar de reojo la puerta, preguntándome si Bramwell volvería. No lo hizo, lo cual despertó mi

curiosidad y distrajo mis pensamientos. Resultó que observar a las polillas solo ocupó una pequeña parte del tiempo en el laboratorio.

Pasamos el resto de la hora preparando tinciones, observando fragmentos de noctisoma al microscopio y rellenando placas de agar. No fue el rato más emocionante de mi vida.

Pero sí que me dio un objetivo para el semestre: descubrir lo que hacía Bramwell en aquel laboratorio.



19

Devryck

Lo que empezó como una simple indagación para ver hasta qué punto iba a ser un incordio mi nueva alumna acabó dejándome intrigado. Una búsqueda rápida bastó para confirmar que Lilia era tanto inteligente como deportista: un comunicado del instituto Covington la mencionaba como la mejor alumna de su promoción y campeona estatal de atletismo. Pero yo quería saber más.

Ni siquiera me había molestado aún en leer su trabajo sobre el parásito ficticio con el que aparentemente había conseguido un hueco en mi clase, pero, en un esfuerzo por saber más sobre la chica, le había pedido a la secretaria de Lippincott que me enviara su expediente. Eché un vistazo a su estudio y, al leer la progresión de los síntomas, me incorporé en la silla, frunciendo el ceño ante lo que estaba leyendo.

«Aversión a la luz. Sed intensa. Brillo ocular. Episodios de paranoia».

Se fijó en que la paciente tenía un tatuaje de una mariposa justo debajo del ombligo, del que aseguraba que salía una manita. Visiones delirantes y extrañas, pero habituales en los infectados.

Incluso los tiempos de los sucesos encajaban con el noctisoma.

Mientras que el conocimiento de la chica sobre el organismo parecía escaso —con razón, puesto que no había mucho publicado al respecto—, encontraba interesantes sus observaciones sobre la fisiología. Al leerlo no había visto que mencionara un síntoma bastante significativo en su artículo: la vonixis. El oscurecimiento de los glóbulos rojos en las fases finales se debía a una extrema disminución del oxígeno, causada por una proteína producida por los gusanos. En la paciente que describía había detectado fiebre y fatiga muscular, y por ello había administrado una sal bioquímica conocida como «ferrym phos»: una sal celular que habría destruido el subproducto proteico. Así evitó por completo la vonixis y, posiblemente, prolongó la vida de la paciente un par de semanas más.

Impresionante.

Se sabía que, de vez en cuando, aparecía algún infectado por el parásito, pero solían ser casos aislados y solo en la isla. Los médicos del continente, al no reconocer el parásito como un patógeno, nunca lo relacionaron. Lo realmente misterioso era cómo había llegado a un caso así aquella chica. Wilkins, su antiguo profesor, sospechaba que la paciente del estudio era su madre, puesto que ella no se había molestado en identificarla.

Saqué el portátil y escribí su nombre en la barra de búsqueda.

De repente apareció un obituario de una mujer llamada Francesca Vespertine, donde Lilia aparecía como familiar viva junto a su media hermana, Beatrix. Sin foto. Sin más información.

Teniendo el nombre de su madre, inicié sesión en mi cuenta de

PathNet, la cual me daba acceso ilimitado a informes de forenses y autopsias siempre que estuvieran debidamente archivados. Una búsqueda rápida me llevó al expediente de Francesca y al echar un vistazo al informe del forense descubrí que se había suicidado en la bañera. Se cortó las venas, al parecer, algo que *no* era común en pacientes con noctisoma. En mi experiencia, el infectado mostraba un fuerte sentido de supervivencia hasta que el parásito estaba listo para salir, lo que resultaba en ahogamiento la mayoría de las veces. Sin embargo, la autopsia tampoco incluía ninguna otra patología reveladora.

Habría pensado que el informe del forense y el caso práctico de Lilia trataban de dos personas diferentes de no ser porque, al seguir leyendo, vi que mencionaba el mismo tatuaje de la mariposa, cubierto de pequeñas laceraciones, sin duda arañazos de ella misma. No reconocí el nombre del forense, pero, si la paciente sufrió todos los síntomas que Lilia había detallado, entonces había omitido signos evidentes que habrían aparecido en la autopsia. Especialmente las estriaciones óseas y la descomposición del hígado.

Aquello me hizo preguntarme si habría alterado el informe.

Si era así, debía de haberlo hecho para encubrir algo.

Aquella idea me dejó pensando en quién era Francesca Vespertine y cómo había llegado a infectarse.

Con suerte, a Lippincott seguiría dándole pereza leer el caso práctico o investigar sobre la madre de Lilia. Yo, desde luego, no pensaba compartir con él lo que había descubierto. La chica acababa de entrar en mi lista de misterios por resolver, lo que le aseguraba que su secreto estaría a salvo. Al menos, de momento.

El teléfono vibró a mi lado y, al mirar, vi el nombre de Langmore parpadeando en la pantalla. Frunciendo el ceño, contesté.

—Siento la interrupción, doctor Bramwell, pero acabo de recibir

una llamada de la doctora Gilchrist solicitando que retire de inmediato a la señorita Vespertine de su clase y del laboratorio.

—¿Con base en qué?

—Asegura que no está preparada para asumir su programa y que no ha cursado la asignatura previa obligatoria. Personalmente, me dio la impresión de que dominaba bien la materia, pero pido disculpas si me he extralimitado. Antes de proceder, quería saber su opinión.

Saber mi opinión. Me dieron ganas de reírme. El tío debía de estar aguantando para no mearse encima.

—Sí, por supuesto —respondí con cordialidad, reprimiendo la rabia que me tensaba los músculos—. Permítame compartir mis pensamientos. La doctora Gilchrist debería dejar de meter las putas narices en mis asuntos. Yo aprobé la matrícula de la señorita Vespertine. Fin de la historia. Si ella tiene algún problema, que me lo diga a mí. A la cara.

Aquella mujer no se habría atrevido. Ya era un milagro que hubiera tenido valor para plantarse delante de Langmore; a no ser que realmente pensara que no me iba a importar. Si hubiera sido cualquier otro estudiante, tal vez habría sido así. Pero había algo en esta chica que me intrigaba lo suficiente como para plantarle cara a la directora del departamento.

—Muy bien. Mantendré su matrícula e informaré a la doctora Gilchrist de su decisión. Gracias por su tiempo.

—De acuerdo. Gracias. —Colgué el teléfono, todavía alterado por el hecho de que esa mujer hubiera tenido la cara de ir a mis espaldas de esa manera. Estaba claro que seguía guardándome rencor por lo que había pasado entre nosotros. Intentar sacar a Lilia de mi clase a escondidas había sido una jugada rastrera. Que le echara tanta puta cara me molestaba. Bien por Langmore por

avisarme. Aunque, claro, sospechaba que antes habría sopesado las consecuencias de no hacerlo. Nadie tocaba lo que me pertenecía sin que hubiera repercusiones.

Mi clase.

Mis normas.

Mi alumna.

Sin duda, Lilia Vespertine iba a ser un auténtico quebradero de cabeza. Pero era *mi* quebradero de cabeza.



20

Lilia

¿Cómo podía ser que, cuanto más lo observaba, menos sabía de él?

Habían pasado cuatro días y, en un campus que albergaba miles de estudiantes y de personal, entre clases era tremendamente consciente del paradero del Doctor Muerte. Además de Neuroparasitología, impartía clases de Anatomía Patológica en cuarto curso y en posgrado, lo que parecía ocuparle la mayoría de las tardes, salvo por alguna que otra visita al edificio de administración, donde sospechaba que asistía a las reuniones del claustro. Cada mañana, justo a las siete, se lo veía corriendo junto a la torre del reloj por su habitual circuito alrededor del campus; cuatro vueltas, lo que equivaldría a unos dieciséis kilómetros. No es que siguiera cada minuto de su día, por su puesto; ya tenía suficientes cosas entre manos, pero rara vez pasaba sin que me diera cuenta.

Aquel día fue la excepción.

Algunos alumnos se habían marchado el fin de semana, pero yo

me había quedado. Lo último que pensaba hacer era volver a aquel circo con Angelo, aunque parecía que la cosa se había calmado en la última semana.

Había pasado toda la mañana entre los comedores, la biblioteca y una de las cafeterías del campus, y no había visto al profesor Bramwell yendo o viniendo de la torre Emeric, por lo que me pregunté si también había salido de la isla durante el fin de semana.

Como el tiempo era agradable, de unos veinte grados, decidí coger una de las bicis del campus para dar una vuelta. Solo con pasar la tarjeta de identificación podía alquilar una para unas seis horas y, teniendo en cuenta que la isla se extendía unos treinta kilómetros a lo largo, sospechaba que iba a necesitar ese tiempo para explorarla.

Después de un interrogatorio de cinco minutos por parte del guarda, quien insistió en saber adónde iba, cuándo iba a volver y si tenía en mente reunirme con alguien, pasé por la puertas del campus. La bici aceleró al bajar una carretera estrecha y un tanto aterradora, lo bastante empinada como para que mantuviera la mano lejos del freno por miedo a salir disparada hacia delante. El sendero que atravesaba el bosque descendía por el acantilado y, mientras pasaba por tramos densos de árboles, me preguntaba cómo coño iba a volver sin destrozarme los cuádriceps.

El bosque, con sus suaves ondulaciones, se abría de vez en cuando para dejar paso a alguna que otra casa de campo: construcciones encantadoras y antiguas, con tejados redondeados y asimétricos, y buhardillas inclinadas que me hacían sentir como si estuviera en un país europeo pequeño. Las casas en Covington tendían a ser los típicos bungalós o de estilo Cape Cod, mientras que las de la isla parecían sacadas de un cuento: casitas de campo cubiertas de hiedra, con arcos de madera repletos de flores de

colores.

La isla al completo tenía un encanto mágico; no me recordaba a ningún otro sitio que hubiera visitado. Como la propia universidad, que enseguida se apoderó de mí y me atrajo hacia su embrujo, tal y como había pronosticado el profesor Wilkins.

La primera semana parecía haber pasado volando. Me gustaban mis clases —incluso las temibles lecciones de cálculo y fisiología cuantitativa— y por fin sentía que estaba estableciendo una rutina. Un extraño pero bienvenido cambio en mi vida. Los días en los que intentaba compaginar las clases y el estudio con un trabajo a jornada completa habían pasado a ser largas sesiones de estudio entre clases y salidas para explorar. Los inquietantes viajes en metro por las noches, rodeada de completos desconocidos, habían dado paso a autobuses con caras conocidas: todos estábamos allí por el mismo motivo. Aunque sabía que todavía tenía que conseguir un dinero extra para la matrícula de Bee, ya no sentía ese gran peso aplastándome.

Unos pocos kilómetros más adelante, pasé junto a un cartel en el que ponía EMBERWICK y entré en lo que parecía un pueblecito costero, un lugar con encanto que se extendía en paralelo a un paseo marítimo y el azul infinito tras él. A mi derecha, las gaviotas sobrevolaban sobre el muelle, que se extendía cientos de metros hacia los pocos barcos pesqueros anclados mar adentro. Las ruedas de la bici rebotaban contra los adoquines desgastados mientras observaba las tiendas de ladrillo cubiertas de hiedra que flanqueaban ambos lados de la calle. Aunque había algunos coches cruzando el pueblo —la mayoría eran Smart biplazas—, los aparcabicis frente a las tiendas estaban a rebosar: sin duda, el principal medio de transporte para la mayoría de la isla.

Cuando vi la botica, reduje la velocidad y me fijé en un hueco

libre en uno de ellos. Una vez aparcada, eché un vistazo por el escaparate del local contiguo, Glaucus, donde, por lo visto, vendían amuletos de la suerte para pescadores y viajeros del mar. Había objetos pequeños: medallones grabados, piedras, anzuelos y lo que parecían ser tiras hechas con huesecillos. Junto a la puerta había un expositor de madera con folletos sobre el folclore dracadiano y cogí uno al ver un papel grapado al poste donde decía: GRATIS.

En él aparecían breves descripciones de distintas historias: «Las sirenas de la bahía Hueso», «El Cazanute», «La Mangurdama del risco del Diablo», «Las nereidas del lago Esqueleto»… Todas eran leyendas relacionadas con distintos lugares de la isla. Aquel sitio tenía tanta historia y sabiduría tradicional que probablemente podría haberme tirado horas estudiándolo.

Después de guardarme el folleto en el bolso para más tarde, empujé la vieja puerta de la Botica del Mar Salado, donde me recibió el tintineo de una campanilla y un delicioso aroma a jengibre.

Había velas encendidas por toda la tienda y a mi derecha se alzaba una pared de frascos, llenos de todo tipo de fluidos coloridos. Elixir de matcha y ginseng. Melena de león. Maca. Moringa. Levanté uno de los tarros para examinar la claridad del líquido que contenía, que parecía casi cristalino.

—¿Puedo ayudarte con algo? —dijo una voz a mi espalda, y me giré y vi a una señora imponente, con unos ojos almendrados y profundos, el pelo canoso y una piel que brillaba con una perfección atemporal. Frunció el ceño mientras me devolvía la mirada—. Caray, te pareces a alguien que conocí hace tiempo.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Por casualidad no conocerás a Vanessa Corbin?

—No, me temo que no.

Un destello de sorpresa le iluminó los ojos y sacudió la cabeza.

—Eres la viva imagen de ella.

Sonriendo, me encogí de hombros.

—Dicen que todos tenemos un gemelo.

—Bueno, la conocí hace unos veinte años, así que dudo que seáis muy gemelas a estas alturas —dijo, girándose hacia un pequeño conjunto de tarros sobre una mesa detrás de ella, que colocó en una de las estanterías cercanas—. ¿Vives en Dracadia?

—Digamos que sí, más o menos. Estudio aquí, en la universidad. —Levanté una pastilla de jabón y, al dejarla de nuevo sobre la mesa, volví a percibir aquel delicioso aroma—. ¿Qué es eso que huele a jengibre?

—Ah, solo es un té de roca negra que preparé hace un rato.

—¿Té de roca negra? —Había frecuentado algunas tiendas holísticas en Covington, pero nunca me había topado con algo así.

—Sí, es un té local que elaboramos aquí. Lleva un rato prepararlo, pero cura cualquier dolencia.

—¿Lo tiene a la venta? —No es que tuviera muchísimo dinero, pero siempre estaba atenta, por si veía algo que ayudara a mantener a raya los virus estacionales. Y, con el invierno a la vuelta de la esquina, mejor empezar a reforzar las defensas.

—Eh, no. Es demasiado trabajoso como para venderlo. ¿Qué te parece si te doy un par de bolsitas?

—¿En serio? Se las pago.

—No, no. No es necesario. —Hizo un ademán con la mano y se dirigió a la caja registradora—. No suelen venir muchos jóvenes por aquí —comentó mientras rebuscaba algo debajo del mostrador, dejando a la vista solo la parte superior de su cabeza.

—A mi madre siempre le gustaron los remedios de hierbas. No se tomó ni una aspirina en toda su vida.

Frunció el ceño y se incorporó de golpe, con un saquito blanco

en la mano que parecía contener cristales negros.

—¿Estás segura de que no conoces a Vanessa Corbin?

—Segurísima.

—Qué extraño. Su madre y ella eran clientas habituales. A Vanessa le encantaban los tés de hierbas y los caramelos de miel. Toma, aquí tienes un par para que los pruebes. —De un bol en el mostrador, sacó dos, dorados y envueltos en papel de cera, y los coloca en la bolsita—. Bueno, aquí tienes el té. —Después de sostenerlo un momento deslizó el saquito junto a los dulces—. Solo tienes que añadirle agua y un poco de jengibre y de miel, y estarás en el paraíso. Incluso puedes añadirle un caramelo. No es más que miel pura endurecida con una pizca de saúco. —Simuló que temblaba y sonrió—. Buenísimo para las noches frías de invierno.

—Gracias —dije, aceptando la bolsa—. ¿Por qué se llama así?

—Se extrae de las rocas de la bahía Hueso. Por eso no lo vendemos. Es peligroso intentar llegar hasta allí.

—¿Peligroso? ¿Está protegida por dragones o algo así?

—Por tiburones, en su mayoría. Hay que bucear en el risco del Diablo. Mi nieto conocía esas cuevas submarinas como la palma de la mano. Pero es una zona de cría para algunos de los tiburones más grandes. Tiburones *legendarios*.

Ni siquiera me imaginaba buceando por algo llamado «risco del Diablo», así que no digamos sabiendo que allí me esperaba una zona de cría de tiburones.

—¿Es encantador de tiburones o algo por el estilo?

Se le desvaneció la sonrisa y bajó la vista.

—Falleció hace unos años.

—Vaya, lo siento.

Suspiró, se quedó mirando al vacío un instante y después volvió a sonreír.

—Sí. Pues a veces su hermano me trae un poco de roca negra.

Me quedé observando el contenido de la bolsa: no era más que un saquito, pero, teniendo en cuenta lo peligroso que era extraerlo, no me sentía bien aceptándolo.

—¿Está segura de que me lo quiere dar? No me gustaría quedarme con su suministro.

—Insisto.

—Bueno, en ese caso, me llevo un poco del matcha de ginseng también.

—Muy bien. —Con un breve guiño, agarró una cajita de la estantería que tenía detrás y pasó mis cosas por el lector. Cuando terminó, me entregó una bolsa un poco más grande con todo lo que había comprado—. Vuelve a pasarte por aquí, ¿eh?

—Uy, desde luego que volveré. —De camino a la salida de la tienda, vi unos cuantos mapas de Dracadia y, cuando me detuve a coger uno, me fijé en un cartel que había junto al expositor. Era de un hombre que, al parecer, buscaba la policía por los brutales malos tratos infligidos hacia su hijo, y se creía que se había escondido en la isla. En Covington, los carteles de SE BUSCA y DESAPARECIDO adornaban casi todos los tablones de anuncios, por lo que ver uno no era nada especial, pero en la isla parecía algo fuera de lo común.

El pelo entrecano situaba al hombre en torno a los cuarenta y tantos, y sus ojos hundidos y marrones me pusieron los pelos de punta. Tenía *pinta* de abusar de menores. Bajé la vista hacia su nombre: Barletta. No me sonaba de nada, pero lo que me llamó la atención fue lo mucho que me recordaba a Angelo, por alguna razón. Con ese aspecto desaliñado de delincuente.

Lo que me hizo volar mentalmente directa a casa. No había sabido nada más de Conner desde la llamada y no había salido nada en las noticias. Con suerte, las cosas se habrían calmado.

Al lado de Barletta colgaba un cartel de personas desaparecidas con las esquinas un poco enrolladas, como si llevara tiempo ahí. Una rubia con ojos celestes me devolvía la mirada, Jennifer Harrick, la chica de la que Mel me había hablado el primer día.

Con el ánimo más apagado, salí de la tienda y volví a subirme a la bici. Guardé las compras en la cestita de mimbre y desplegué el mapa. La calle principal daba la vuelta completa a la isla y conectaba con el otro lado de la universidad, donde esperaba que la pendiente fuese menos pronunciada. A unos dieciséis kilómetros, justo en el extremo opuesto, se encontraba la bahía Hueso. Me impulsé con los pies y empecé a pedalear a un ritmo tranquilo hacia mi próxima parada.

El viento me revolvía el pelo y el aire salado del mar se me espesaba en la lengua al inhalarlo. Un calor placentero se extendía por mi piel allí donde me alcanzaban los rayos de sol, el primer día plenamente soleado que habíamos tenido en una semana en la isla. Una vez más, me sorprendí pensando en lo mucho que había cambiado mi vida en solo unos días. Había pasado de llevar siempre una navaja en el bolsillo y volver a casa a toda prisa por la noche a dar un paseo tranquilo en bici junto al mar.

Esa sensación de libertad me asustaba un poco, como si me hubiera vuelto ingenua, blanda. Al fin y al cabo, aquel sitio no se había ganado aún del todo mi confianza, así que no tenía lógica que me sintiera tan en paz allí. Ni siquiera me había molestado en llevarme la navaja a aquella excursión; seguía guardada en el cajón de mi escritorio, en la residencia. Conner me habría llamado idiota por ese despiste.

Después de la muerte de mi madre, me gané ciertas libertades que no había tenido de pequeña, aunque más por necesidad que por otra cosa. Mi padrastro se había mudado conmigo y necesitaba

ayuda para pagar el alquiler, así que tuve que buscarme un trabajo nocturno, ya que tenía que ir a clase. Y, como Conner no podía conducir, porque tenía demasiadas multas por hacerlo borracho, tuve que depender del transporte público. Era un tipo de libertad más siniestra de la que no me apetecía disfrutar, pero que, una vez más, resultaba necesaria.

Me habían lanzado a un mundo que me habría comido viva si no hubiera aprendido a transitar por él tan pronto y tan joven. Suponía que debía agradecerle eso a Conner, puesto que había sido él quien me había dado un buen empujón hacia la edad adulta, pero, sinceramente, habiendo tenido la madre que tuve y habiendo vivido la vida que viví, tal vez llevaba toda mi existencia preparándome para ello.

No tardé mucho en llegar a un tramo donde la carretera serpenteaba junto a unos acantilados, y me encontré con un cartel desgastado y torcido que decía BAHÍA HUESO, con un mirlo tallado en la madera de forma rudimentaria. A unos cien metros, un arco formado por árboles de ramas delgadas creaba un túnel sobre una larga escalera descendente. Saqué el móvil del bolsillo y le hice una foto rápida, pensando en lo absolutamente mágico que se vería si estuviera decorado con luces.

Las escaleras crujían y se quejaban mientras bajaba hasta donde el túnel de árboles se abría hacia un paisaje de pinos verdes y frondosos y de dunas de arena blanca que se estrechaban hasta llegar a la costa rocosa de la cala.

Unas aves negras, no sabía si cuervos o grajos, se habían posado en los árboles a lo largo de la orilla. Había muchísimas. Al final de la escalera, un cartel advertía que no se debía alimentar a los pájaros y que se evitara el extremo sur de la cala a finales de invierno, ya que era cuando podían mostrarse más agresivos.

Pisé la orilla rocosa y dos aves salieron volando hacia el cielo. Frente a mí se extendía la inmensidad del océano. Hermoso, pero profundamente aterrador. Las olas, tranquilas, se estiraban hacia mis pies, pero me aparté, sin permitir que el agua me tocara. Quizá algún día me atreviera a mojármelos, pero desde luego no aquel. No cuando el mar podría haberme arrastrado con facilidad y a nadie le habría importado ni se le habría ocurrido venir a buscarme.

Con los acantilados de alrededor y los árboles a mi espalda, aquella franja de playa desprendía una tranquilidad serena. Seguí la curva de la cala hasta un grupo de rocas y entonces un sonido seco y repetitivo retumbó sobre mi cabeza. Por un instante recordé el cartel de SE BUSCA que había visto en el pueblo.

¿Y si era el abusador de niños? ¿Y si se estaba escondiendo allí, en el bosque?

Mi urbanita interior me rogaba que me alejase mientras me echaba la bronca por no haber cogido la navaja.

Un destello de movimiento atrajo mi mirada hacia lo alto, donde una figura musculosa vestida con una camiseta negra cogía una botella de agua y contemplaba el mar.

Movida por la curiosidad, trepé por un tramo de rocas afiladas, con cuidado de dónde pisaba. En cuanto llegué arriba, la vista se despejó y distinguí al profesor Bramwell a unos veinticinco metros.

Me tapé la boca con una mano y me agaché junto a la roca, soltando un jadeo. No es que me sorprendiera ver a alguien en una playa *pública*, pero sí *a quién* había visto.

Al oír unos pasos que se alejaban, asomé la cabeza y lo vi quieto, en tensión, sujetando algo entre las manos. La luz del sol se reflejaba en su superficie metálica.

Un cuchillo.

Echó el brazo hacia atrás y lo lanzó hacia un árbol. Acto seguido,

recogió otro del suelo y lo lanzó también. Seguí la trayectoria del primer lanzamiento y vi cómo se clavaba de lleno en el tronco. El segundo dio justo al lado. Observé cómo lanzaba un tercero, que aterrizó junto a los otros dos.

Aunque no eran los cuchillos los que me tenían hipnotizada. Debajo de las camisas formales que solía llevar a clase, el hombre escondía un cuerpo esculpido que le estiraba la tela de las camisetas.

Entre el pelo revuelto, normalmente impecable, y los vaqueros, que enseñaban las caderas, me dejó embelesadísima.

Tenía la mirada fija en mi profesor.

«Para, Lilia».

Me sentí como una acosadora observándolo.

La facilidad con la que manejaba el arma demostraba que practicaba con frecuencia. ¿Un pasatiempo? Probablemente sí; encajaba con un hombre que se ganaba la vida abriendo cuerpos por la mitad.

Un escalofrío me recorrió la espalda al arraigarse esa idea en mi cabeza. Si fuera normal, me habría despertado el instinto de salir de ahí cagando leches, porque, vamos a ver, ¿qué clase de persona acaba en un acantilado rocoso, en medio del bosque, con un hombre que disecciona cadáveres por las noches? Además, parecía manejarse con las armas mejor de lo que sería razonable.

Por lo visto, yo, porque seguía mirándolo, observando cómo lanzaba unos cuantos cuchillos más, avanzando y girando sobre sí mismo sin que una sola hoja rebotara en el tronco. Por razones que no sabía explicar, su destreza me tenía hipnotizada.

Confundida, sí, pero fascinada.

Con el pecho subiendo y bajando, y una capa de sudor cubriéndole el cuello y los brazos, lanzó el último cuchillo y se giró

hacia el borde del acantilado, justo en el lado opuesto al mío, donde una cornisa de roca sobresalía sobre el mar. En cuanto se cogió el bajo de la camiseta, como si fuera a quitársela, me agaché de golpe.

Madre mía.

Mi cerebro me instaba a irme y darle al hombre un respiro, pero, cuando me separé de la roca para asegurarme de que no me viera salir, ya no estaba allí. Solo quedaba su ropa, tirada en un montón.

Me lancé hacia delante y bajé por la pendiente rocosa justo a tiempo de ver cómo se zambullía en las olas. Miré de nuevo hacia lo alto del acantilado, calculando que habría, como poco, unos quince metros de caída.

—¡Ay, mierda! —Bajé a toda prisa por las rocas, de vuelta a la orilla pedregosa, buscando algún rastro de él. Los segundos pasaban y la horrible idea de que quizá acababa de ver a ese hombre lanzarse a la muerte me golpeó la conciencia con fuerza.

«Venga. Que no esté muerto. Que no esté muerto».

Un poco más allá asomó la cabeza por la superficie del agua. La distancia a la que estaba de la orilla me heló la sangre al imaginar la profundidad que habría ahí y las criaturas que podrían estar acechando debajo de él.

Cerré los ojos con fuerza, soltando el aire en un suspiro tembloroso, y cuando empezó a nadar de vuelta hacia la roca decidí que ya había tenido bastante por hoy.

Una vez más, cuanto más lo observaba, más desconcertada me sentía.

¿Quién era aquel hombre?

Mientras subía de nuevo la escalera hacia mi bici, llegué a la conclusión de que esas preguntas no se iban a responder observándolo desde lejos. Necesitaba acercarme.

Lo que implicaba pedir cita para las temidas tutorías.



21

Lilia

Me llevó una maldita semana conseguir una tutoría con el doctor Bramwell.

El tipo nunca contestaba al correo ni al número de teléfono que había incluido en el programa. Cuando fui a hablar con Jayda para quejarme, me dijo que fuera *audaz* en mi trato con los hombres en posiciones de poder. Así pues, a los cinco minutos de empezar la clase, le pregunté sin rodeos si podía agendar una tutoría, a lo cual respondió fulminándome con una mirada igual de afilada que un puñal.

Luego accedió a reunirse conmigo después de clase.

Con las palmas sudorosas, lo seguí desde el auditorio de la clase hasta su despacho. Tenía un nudo tremendo en el estómago y, por muy bien que oliera su colonia, no hacía más que incrementar mis náuseas.

Mantener la vista centrada en las salas de alrededor evitó que

me quedase mirando su forma de mover el trasero que escondían esos pantalones de vestir negros; bien firme, sin duda, por lo poco que lo había visto con aquellos vaqueros ceñidos que llevaba en el acantilado.

«¡Ya vale, Lilia!».

Avergonzada, me esforcé mentalmente para que mis ojos no volvieran a mirar, pero ese era el problema de mi cerebro. Una vez que lo había pensado, no podía deshacerlo, y tratar de ignorar el asunto se convirtió en un juego peligroso.

Por suerte, llegamos a su despacho, donde introdujo una llave con forma de esqueleto en una cerradura negra de hierro y abrió la puerta, que chirrió. El interior era relativamente pequeño, pero estaba a rebosar de textos médicos y diarios apilados con cuidado en su escritorio y en el suelo.

A aquel hombre le gustaba el orden.

Me senté en una de las sillas frente a él mientras se dejaba caer en la suya, al otro lado del escritorio.

—Señorita Vespertine, le he adjudicado quince minutos para esta visita. Aprovéchelos.

No perdí el tiempo.

—Según tengo entendido, el noctisoma rara vez se da en humanos. ¿Cómo se introdujo?

Se acomodó en su asiento y se crujió los dedos, mirándome, y justo entonces me di cuenta de que no había sopesado lo intenso que sería contar con su total atención. Lo increíblemente cautivador y amenazante que sería al mismo tiempo.

—Abordaré la historia del noctisoma en una de las próximas clases.

—Lo entiendo, y espero con ansia ese bloque, pero, según su plan de estudios, no la estudiaremos hasta diciembre.

Él enarcó una ceja.

—¿Y bien?

—Bueno, se lo pregunto por motivos personales. —Principalmente, porque la clase duraba dos semestres consecutivos y cabía la posibilidad de que no consiguiera la información que necesitaba si, por alguna razón, no tenía cubierta la matrícula del segundo semestre.

El fastidio le coloreó la expresión y suspiró.

—En la época colonial se creía que la enfermedad se había extendido a causa de los nativos, quienes disparaban las larvas usando cerbatanas a aquellos que consideraban una amenaza. Es difícil conocer el número de casos que aparecieron después de la desaparición de la tribu, dado que la isla quedó abandonada durante numerosos años. Resurgió hace unos treinta, cuando un viajero que acampaba en el bosque se topó con las bayas de noche y las consumió.

—Usted está trabajando para encontrar una cura, ¿verdad?, en su laboratorio. ¿Por eso retira las larvas?

Me miró fijamente en silencio un momento y, por mucho que quisiera apartar la puta vista, pues ese hombre me intimidaba, no lo hice.

—Sus preguntas han empezado a traspasar una línea delicada, puesto que están relacionadas con *mis* actividades.

—Discúlpeme. Siento curiosidad, eso es todo.

—Con frecuencia la curiosidad nos lleva por caminos peligrosos.

—Lo dice como si usted ya los hubiera transitado.

Elevó la comisura de los labios, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el reluciente escritorio.

—Respondiendo a su pregunta: estudio el organismo para obtener un mayor entendimiento sobre sus efectos en el cuerpo

humano.

En lugar de soltar la primera pregunta que se me vino a la mente —concretamente: «¿Cómo coño se infectó mi madre?»—, elegí mis palabras con cuidado.

—¿Recibe muchos casos del continente?

—No.

—Pero, si alguien llegara a contraerlo, ¿se transmite entre personas?

—Rara vez.

Hice una mueca ante aquello. ¿De qué otra forma la habría contraído mi madre? Nunca en mi vida había visto una baya de noche hasta que llegué a Dracadia.

—Bueno, tiene que ser así.

—¿Es una pregunta o está tratando de convencerme, señorita Vespertine?

—Mi madre murió de noctisoma. —Lo reté a discutírmelo.

—Si ese fuera el diagnóstico correcto, nuestras instalaciones habrían sido el lugar indicado para confirmarlo. ¿Cómo se llamaba?

—No importa. Se negó a ir al médico.

—¿Y la autopsia? —preguntó, casi con tono apático—. Sin duda habría mostrado evidencias de patología noctisomal.

De ser así, habría estado en una jerga forense de la que yo no habría entendido ni una palabra.

—¿Qué tipo de patología?

—Principalmente, estriaciones óseas y descomposición hepática.

No recordaba haber visto nada de eso. Lo más notable, aparte de la pérdida de sangre, fue el fluido de los pulmones.

—Tal vez se les pasó.

Torció la mandíbula y entrecerró los ojos.

—¿Su madre es de esta isla? —replicó.

—No.

—¿Estudió en Dracadia? ¿La visitó? ¿Vivió aquí durante algún periodo?

No me gustó que lo descartara delante de mis propias narices, pero respondí con sinceridad:

—No.

Se encogió de hombros con tal despreocupación que me dieron ganas abalanzarme sobre el escritorio y darle una bofetada.

—Entonces es probable que no fuera noctisoma.

—Sé lo que vi, profesor: gusanos negros como los del laboratorio nocturno. Los vi saliendo de su boca. —Me señalé la mía—. Como si trataran de escapar.

—La muerte puede ser un proceso complicado, señorita Vespertine.

La frustración se asentaba en mi estómago, porque aquel tipo estaba tratando de refutar todo, como si me lo hubiese imaginado. Había pasado demasiados años creyendo esa mentira, así que a tomar por culo. Y él también. No me había imaginado nada, ahora lo sabía.

—No fue fruto de la conmoción ni una alucinación. Fue real.

Tal vez yo parecía estar al borde de las lágrimas, porque se acomodó en la silla y dejó escapar una exhalación larga y exasperada.

—Muy bien. Fue real. Desgraciadamente, yo no examiné a su madre, así que no puedo decir con certeza si estaba o no infectada. Solo comparto lo que he aprendido tras décadas de estudio.

Solté un suspiro y asentí. Me había alterado de nuevo, y él tenía razón. Quizá me había dejado llevar por mi intento de convencerlo.

—Me disculpo por haberme alterado.

—Si ya he contestado todas sus preguntas, tal vez me permita

volver a mi trabajo.

—¿Puedo hacerle la última?

—Por supuesto.

La boca se me secó de pronto, mientras la idea del rechazo se me clavaba como una aguja.

—Me preguntaba si tendría algún puesto libre como ayudante de laboratorio.

—Ross puede indicarle las vacantes disponibles, pero se cubren rápido.

—No me refiero al laboratorio general. Me refiero a… —«Sé audaz»—. Me refiero a trabajar con usted.

Ni siquiera dejó que la pregunta flotara en el aire antes de apartarla de un manotazo.

—No. Me temo que no.

—No tendría que ser durante todo el semestre. —Me incliné hacia delante en la silla; la desesperación me empujaba a sonar como una mendiga quejumbrosa—. Me conformo con fregar o preparar catalizadores. Tal vez…

—*No*, señorita Vespertine. No admito a alumnos como ayudantes en mi laboratorio, bajo ningún concepto. Ahora, si me disculpa, me gustaría volver a mi trab… —Dejó escapar un gruñido y se llevó las manos a la cabeza. Con los ojos cerrados con fuerza, apretó los dientes y, tras sisear y gemir, se cayó desde su asiento al suelo.

—¡Profesor! —Solté el bolso, rodeé el escritorio y lo encontré acurrucado, tapándose las orejas con las manos.

—¡Joder! —Se presionaba la sien con la base de la palma.

Toda yo temblaba por la adrenalina y el corazón se me aceleró en el pecho. La escena me hizo recordar las noches en que mi madre sufría horribles dolores de cabeza. Sin saber qué más hacer, me tiré en el suelo a su lado. Tenía el rostro cubierto de agonía y

temblaba sin control.

Convulsionaba. Estaba convulsionando.

Repasé mentalmente la lista de lo que recordaba haber leído sobre las convulsiones en uno de mis libros de medicina. Había que retirar cualquier cosa peligrosa.

Aparté su silla de un empujón y, mientras echaba un vistazo por la habitación, el consejo número dos me vino a la mente. Agarré su chaqueta, que estaba colgada sobre el brazo de un sofá de cuero, la hice una bola y se la coloqué con cuidado bajo la cabeza. Luego le aflojé la corbata y le desabroché los dos primeros botones de la camisa. Una parte de mí se sentía rara, pero otra no sentía ni pensaba nada. En ese momento me movía solo por pura adrenalina.

Temblaba y se estremecía mientras le empujaba el hombro con cuidado para ponerlo de lado.

Mordiéndome una uña, levanté la vista hacia el reloj y vi que ya habían pasado unos cuatro minutos. Deslicé una mano sobre la suya, solo para que supiera que estaba allí, como siempre hacía con mi madre.

Él susurró algo y me incliné para intentar entenderlo.

—Inquebrantable —volvió a susurrar.

«¿Inquebrantable?». ¿Lo había entendido bien?

Los temblores disminuyeron. Su respiración se calmó. En la frente se le habían acumulado gotas de sudor y había perdido todo el color de la cara, pero parecía que las convulsiones habían terminado.

—Profesor. —Le di un leve apretón en la mano y abrió los ojos de golpe.

Se echó hacia atrás de forma brusca y estuvo a punto de partirse la cabeza contra el escritorio.

—¡No me toques! ¡No me toques, joder! —La orden llegó con un

gruñido de advertencia y me tambaleé hacia atrás, pataleando para alejarme de él.

—Lo siento. Eh… Solo quería asegurarme de que estaba bien.

Con expresión desconcertada, se incorporó hasta sentarse y miró alrededor. Cuando vio su chaqueta hecha un ovillo, se le tensó la mandíbula.

—Eso que está arrugado en el suelo vale cinco mil dólares —dijo, y tiró la prenda sobre la silla—. La próxima vez que decida arrugar algo, procure que sea suyo.

Mi posible compasión desapareció al instante.

—¿En serio? ¿Acaba de convulsionar delante de mí y lo que lo preocupa es que la chaqueta se le manche de polvo?

—Bienvenida a mi día a día. Esto no es nada nuevo. —Se levantó de un impulso y se quedó de pie delante de mí.

No me gustó que me mirara desde arriba, así que me levanté de un salto.

—Supongo que no debería haberme molestado en quedarme, entonces.

—No, supongo que no.

«¡Gilipollasimbécildesgraciado!».

—Perdóneme por ser un ser humano decente.

—Un ser humano decente me habría ahorrado la humillación y se habría ido *cuando se lo dije*. —Apretó los dientes al pronunciar las últimas palabras.

Entonces entendí que no estaba enfadado conmigo, sino quizá un tanto avergonzado. A pesar de las ganas de discutir con él y no echarme atrás, suavicé la voz.

—Discúlpeme. Me puse en acción sin pensarlo demasiado.

—Desde luego que… —Volvió a apretar la mandíbula por un pequeño espasmo; claramente intentaba contener lo que quería

decir. Con una bocanada de aire tensa, se abrochó la camisa y se recolocó la corbata—. Se ha excedido un poco.

Me encogí de hombros y junté las manos para que no notara lo mucho que estaba temblando.

—Solo intentaba ponerlo cómodo, eso es todo. Señor.

Posó los ojos en mí al pronunciar la última palabra y tensó la mandíbula.

—Puede marcharse, señorita Vespertine.

Con un leve asentimiento, recogí mi bolso. No sabía por qué me sentía decepcionada mientras me iba de su despacho, aparte del hecho de que mi plan para hacer de ayudante en su laboratorio había fallado estrepitosamente. Tampoco es que esperara que me abrazara por haberme quedado.

Aunque un agradecimiento habría estado bien.



22

Devryck

—¡Ah! ¡Joder! —Barletta levantó la mano para evitar la luz de la linterna con la que lo apunté entre los barrotes. Sus ojos reflejaron un brillo plateado que lo dotaron de una apariencia inquietante, algo común en los infectados por noctisoma.

—*Tapetum lucidum.*

—¿Qué?

—Es lo que hace que ciertos animales parezcan tener ojos brillantes. —Bajé la linterna y me senté en una silla justo al otro lado de la celda—. Los humanos carecen de ello, por supuesto. Pero este organismo es nocturno y lo necesita.

Se frotó los ojos con el talón de la mano y gruñó:

—No soporto la luz. Me duele.

—Ya no la necesita.

Bajó las manos y se quedó mirando a lo lejos, con los ojos enturbiados por la preocupación.

—No quiero ver las cosas que veo últimamente.

—¿Qué tipo de cosas? —Coloqué el brazo sobre el respaldo de la silla, aunque ya sabía lo que iba a contarme.

—A mi hijo. —Parpadeó con fuerza, como conteniendo las lágrimas, y carraspeó—. La sangre de su cráneo —dijo, señalándose el suyo—. Me visitó anoche. Fue como un sueño. Una puta pesadilla.

—Las alucinaciones son comunes. En ocasiones, el organismo usa esas imágenes para manipularlo.

La tristeza de sus ojos de hacía unos instantes se ensombreció hasta convertirse en pavor.

—¿Me estás diciendo que voy a volver a ver a mi hijo así?

—Sí. La culpa es una gran manipuladora.

Se quedó mirando a lo lejos, con una arruga formándose lentamente en la frente, que evidenciaba que la noticia lo había afectado.

—Me dijiste hace mucho que me explicarías todo esto. ¿Por qué yo?

—Eso dije, sí. —Me incliné y apoyé los codos sobre los muslos—. Tal vez sea mejor recordar mi infancia. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve una revelación, un giro, si no causa absolutamente ningún impacto?

Se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—¿Te hice algo malo?

Dejé escapar una risa triste.

—Sí, señor Barletta. Me hizo algo horrible, pero ya llegaremos a eso.

—¿Es por la noche de los cadáveres? ¿Es lo que te ha dejado tocado? ¿Por eso me recogiste de la calle? ¿Para hacerme pasar por esta mierda? ¿Tienes algún tipo de trauma y por eso te desquitas con el resto?

Dejarme tocado. Los maltratadores tenían una visión

completamente distorsionada de la realidad. No me hizo ninguna gracia la acusación, así que no respondí a su última pregunta. De hecho, cada músculo de mi cuerpo se esforzaba por no pasar entre los barrotes y estrangularlo en ese mismo instante. Solo el consuelo de saber lo que le esperaba calmó mis pensamientos.

—Aquella noche sería una de muchas. Efectivamente, mi padre había encontrado la manera de darme un susto de muerte y usó ese poder en cada oportunidad que se le presentó. Hasta que, con el tiempo, acabé igual de muerto por dentro que aquellos cadáveres.

—¿Tu madre no te protegía?

—Murió dando a luz. —Mi hermano y yo solo teníamos a Hannah, la sirvienta. Y fue la única que se quedó, porque era mayor y mi padre no tenía interés en follársela.

Una imagen de Hannah acariciándome con ternura la espalda durante uno de mis episodios de alguna manera me hizo recordar a Lilia en mi despacho. Sus movimientos suaves y su mirada de preocupación. Su mano delicada sobre la mía. Tenía un algo muy genuino y real.

Odiaba que me hubiera visto así, en el suelo. Indefenso mientras el dolor me destrozaba cada músculo del cuerpo como una descarga de fuego intenso. Cuando salí de ese estado y su rostro borroso se volvió nítido y esos ojos azul verdoso me miraron con preocupación y pánico, noté un cambio dentro de mí, un dolor inexplicable en el pecho. Sin embargo, lo único que me vino a la mente en el momento fueron las palabras de mi padre cada vez que tenía un episodio de niño: «Siempre has sido el más débil. Eres patético».

—Entonces ¿qué te hice? —La voz de Barletta me sacó de mis cavilaciones.

La respuesta se deslizó por los bordes de mi mente, pero me negué a sumergirme en esas aguas turbias y oscuras. Aún no. Un

dolor creciente me palpitaba en las sientes. Una negrura espesa me invadió poco a poco la consciencia y, una vez más, caí preso de los recuerdos.

—Dime quién se ha reído de ti. —Caedmon está sentado en el borde de la cama, observándome fijamente mientras yo miro por la ventana.

Aquel día me mandaron antes a casa después de sufrir un fuerte dolor de cabeza. Se me paralizó todo el cuerpo y terminé meándome encima delante de mis compañeros.

—Todo el mundo.

—Entonces los voy a castigar a todos.

No respondo, me limito a seguir mirando por la ventana.

—¿Qué te han dicho las voces? —me presiona.

A veces las oigo cuando me encierra en ese armario. Voces extrañas que me susurran secretos. Promesas de muerte.

—No me acuerdo.

Por el rabillo del ojo, veo a Caedmon extender una mano hacia la mía.

—Estás frío.

Cuando me doy cuenta de que me toca, desvío la mirada. No es que lo sintiera. No noto nada ni en las manos ni en los brazos desde que mi padre me golpeó en la cabeza.

Aparto la mano de un tirón, asqueado por la falta de sensación. Es inquietante que alguien te toque y que tú no sientas nada.

—Tengo que irme de aquí, Caedmon. Tenemos que escaparnos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Lejos, donde no pueda hacernos más daño.

—O, tal vez, deberías dejar de provocar que se enfade. Lo sacas de sus casillas todos los días, Devryck. —Se apresura a desviar la

mirada, sabiendo de sobra que sus castigos son desproporcionados. Padre siempre ha sido muy duro conmigo. No importa lo que haga, lo mucho que intente no ganarme su enfado: me odia desde siempre y Caed lo sabe.

—Hoy he tenido dolor de cabeza dos veces. El doctor Meinsh dice que van a ir empeorando.

Caed vuelve a centrar la atención en mí, con esa expresión de preocupación tan patética y familiar en los ojos.

—¿Y los espasmos?

—No podía moverme ni respirar. Creía que me estaba muriendo.

Retrae los labios en una mueca de rabia.

—¿Y qué está haciendo él al respecto?

Esta vez soy yo quien se da la vuelta. Miro el patio a través de mi ventana y veo a un halcón abalanzarse sobre un pájaro más pequeño.

—No puede hacer nada. Un día serán tan fuertes que se me parará el corazón. No quiero morir en este sitio. En esta casa. —Me invade el pánico y me repliego sobre mí mismo, temblando mientras el miedo se apodera de mí—. Va a meterme otra vez en esa habitación con los cadáveres. ¡Va a obligarme a dormir allí! Necesito salir de aquí. ¡Tengo que irme! —Me froto la parte superior de la cabeza con fuerza—. ¡La muerte viene a por mí, Caed! ¡Me va a atrapar!

—Eh. —Me rodea con los brazos, pero yo lo empujo, golpeándole el pecho con el talón de la mano para romper el abrazo—. Chiiis. No pasa nada, Dev —me susurra para intentar calmarme—. La próxima vez que te meta ahí, quiero que digas una palabra, algo poderoso, ¿vale?

Me tenso en su abrazo y respiro con fuerza por la nariz.

—¿Qué palabra?

—Inquebrantable.

—¿Inquebrantable?

—Sí. Significa que nada te hace daño. Nunca. Cuando sientas que la muerte viene a por ti, di esa palabra. Así la muerte no podrá tocarte.

—Estás enfermo. —Una vez más, el sonido de la voz de Barletta me sacó de mis recuerdos—. Por eso estás haciendo esto. Enfermaste por algo.

—Por algo no. Por *alguien*. —Me detuve un momento, preguntándome cuánto debería revelar a un completo desconocido. En realidad no importaba. Aquel hombre moriría en poco tiempo debido a la infección y todas nuestras conversaciones se sumirían en el vacío junto con él—. Tengo una afección genética poco común. Se llama enfermedad de Voneric. Permanece inactiva hasta una edad avanzada. A menos que la desencadene un episodio traumático.

—El golpe en la cabeza. Te la provocó tu viejo.

—Sí. Cada día vivo con el riesgo de que se me detenga el corazón y entre en paro cardiaco.

—Si es genético, ¿eso quiere decir que tu hermano también la tiene?

—*Tenía* —corregí.

Movió las cejas y se acomodó en el sitio, encima del catre.

—No está vivo.

—No. —Por muchos años que hubieran pasado, la rabia seguía clavada dentro de mí, suplicando que la desatara—. Y no, no todos los descendientes están afectados por la enfermedad. Pero, como digo, ya llegaremos a eso. Debe de estar hambriento ahora mismo.

—Sí. —Miró el plato que había colocado a un lado de la silla cuando llegué—. Tengo antojo de cosas rarísimas. Como… carne

poco hecha.

—El noctisoma utiliza el hierro para producir las proteínas que generan cambios fisiológicos. Como sus ojos reflectantes, por ejemplo. Agotan el hierro de la sangre y acabará ansiándolo. — Retiré cuidado la tapadera de un plato con carne poco hecha, puré de patatas y judías verdes que le había pedido al chef del edificio Darrigan que cocinara. En la parte inferior de los barrotes de la celda había una pequeña puerta por la que deslicé la comida.

Él, agitado y frenético, se acercó y levantó el grueso trozo de carne con ambas manos antes de devorarlo como un animal. La sangre le chorreaba por los brazos y la carne estaba tan poco hecha que probablemente estaba a punto de desarrollar una enfermedad alimentaria. Tampoco importaba. Cualquier infección bacteriana que pudiera sufrir la aniquilaría el noctisoma de inmediato; no le afectaba demasiado la competencia.

Mientras devoraba la cena, le metí un vaso de agua en la celda, que agarró al instante y se bebió de un trago, sorbiendo de forma molesta.

—¿Por qué me das tan poco? Tengo sed —dijo, y me lo devolvió, como si tuviera intención de darle más.

—Su cerebro es el que le dice que tiene sed.

—Tengo los labios más secos que el puto esparto. —Se metió en la boca un tenedor lleno de puré de patatas e hice una mueca al ver cómo se deslizaba por la comisura de los labios hasta el plato, donde volvió a recogerlo.

—Sí, supongo que sí. El parásito quiere que se mueva hacia una fuente de agua para acabar matándolo. De hecho, si no precisara de sus órganos sanos para crecer, estaría encantado de vivir dentro de usted debajo del agua.

Dejó de comer de esa manera repulsiva y se quedó mirando a lo

lejos un momento.

—Me cago en todo, cada vez que me hablas de esta cosa me asustas más. ¿Esto va a ser como la típica escena de *Alien* en la que el bicho sale del pecho?

—No será bonito ni placentero, pero nada tan teatral como eso, no.

Con la mirada baja, sacudió la cabeza mientras cogía judías verdes.

—Es una putada —dijo con la boca llena de verdura—. Ahora mismo me siento en mejor forma que nunca. Como si pudiera correr una maldita maratón.

Me encogí de brazos.

—Probablemente podría.

—Pero no va a ocurrir, ¿verdad? —Pinchó otra ronda de judías verdes con el tenedor sin molestarse en mirarme—. No tienes en mente dejarme libre después de todo esto.

—No. —¿Para qué mentirle al tipo o endulzarle lo inevitable?—. Necesito que el organismo se desarrolle dentro de ti y pretendo recolectarlo cuando mueras.

—¿Para qué?

Froté los dedos entre sí, pero solo sentí la presión de un hormigueo incómodo, como pequeñas descargas eléctricas pinchándome la piel. Una vez más, me descubrí pensando en la mano de Lilia sobre la mía. En la sensación de cosquilleo que había acompañado su suave caricia.

—Para sentir de nuevo.

—¿Es que no sientes nada en absoluto?

—No. Es como estar atrapado dentro de un cadáver.

Se rio por la nariz y sacudió la cabeza; luego se volvió a zambullir en el puré de patatas.

—Debe de ser desquiciante.

Rechiné los dientes mientras lo observaba; notaba algo oscuro retorciéndome las entrañas.

—Sí.

Debió de notar la ira en mi voz, puesto que levantó la vista y recolocó los hombros.

—¿Los gusanos son la cura?

—No. —Me levanté de la silla y me metí las manos en los bolsillos—. Sus toxinas. Por desgracia no son fáciles de replicar en el laboratorio. Se necesita un cadáver humano reciente.

—¿Soy el primero que has…, ya sabes, infectado?

Caminé de un lado a otro mirando al suelo.

—No. Hubo otro antes que usted.

Se pasó la lengua por los dientes y dio unos golpecitos con el tenedor en el plato, el cual era de plástico, después del pequeño percance que tuvimos con la botella que me lanzó.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a seguir saliéndote con la tuya?

—Sospecho que hasta que haga alguna tontería y me pillen.

—Es evidente que no eres ningún tonto —dijo, con un aire de decepción—. ¿Puedo pedirte un favor?

Dejé de moverme.

—No.

—No es mucho. Solo un lápiz y un papel. Me… me gustaría escribir una carta a mis hijos.

Por supuesto que no iba a permitirlo, ni siquiera si leía aquella maldita cosa antes de enviarla. No se merecía el perdón. No se merecía pedirlo siquiera. Aun así, tal vez más adelante podría usarlo a mi favor.

—Supongo que puedo acceder a esta petición.

—Te lo agradecería. A mi hijo le dan convulsiones, ¿sabes?

Desde que era pequeño.

—Sí. Estoy al tanto.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso y volvió a bajar la mirada hacia el plato.

—¿Cree que yo se las causé?

—No soy médico. No puedo saberlo. Aunque, desde luego, no le ha puesto las cosas fáciles.

El brillo plateado de sus ojos titubeó con lo que supuse que eran lágrimas.

—No les harás daño a ellos también, ¿no? A mi mujer y a mis hijos.

—No tengo motivos para herir a su familia. Yo no le hago daño a niños, al contrario que usted.

Se estremeció y se limpió la nariz.

—Esto de estar sobrio es una puta mierda.

Esperé unos minutos más, observando cómo se tragaba lo que quedaba de comida.

—¿Vas a terminar tu historia? —preguntó, empujando el plato de vuelta entre los barrotes de la celda—. Sigo teniendo curiosidad por saber qué tiene que ver todo esto conmigo.

—En la próxima visita —prometí y recogí el plato antes de volver a mi despacho.



23

Lilia

Mientras me dirigía al edificio Emeric para la clase de Entomología, me empezó a vibrar el bolso. Saqué el teléfono y, al ver que era el tutor del instituto de Bee, mi cerebro entró en pánico.

—¿Diga?

—¿Señorita Vespertine?

—Sí.

—Soy Janet Kemphell. Bee está bien. —Me atravesó un fogonazo de alivio, que se extinguió rápidamente cuando añadió—: Llamo en relación con su matrícula. ¿Tiene un momento?

Faltaban solo cuatro minutos para que empezara la clase, pero giré una esquina hacia una especie de callejón estrecho entre los edificios Emeric y Descartes para buscar privacidad.

—Sí.

—Solo quería saber cuándo podrá realizar el pago. La cuenta lleva un retraso de sesenta días y…, bueno, no me resulta agradable

tener que decir esto, pero puede que tengamos que anular la matrícula de su hermana.

—Perdona, ¿qué? ¿Cómo que sesenta días? Envié mil dólares hace unas semanas. Con el pago de Conner deberíamos ir con dos meses de adelanto.

—Señorita Vespertine, no hemos recibido ningún pago por parte del señor Doyle desde junio. He tratado de contactar con él en numerosas ocasiones, pero nunca nos devuelve las llamadas. El pago que usted envió cubre la matrícula de julio, pero ahora quedan pendientes la de agosto y la de septiembre.

Noté unas punzadas de náusea atravesándome el estómago. Me incliné hacia delante, llevándome las manos al vientre, pues sentía retortijones por la conmoción.

—De veras que detesto tener que hacer esta llamada, señorita Vespertine. Sé lo mucho que su hermana adora este instituto y…

—Por favor. Se lo suplico, señorita Kemphell. Conseguiré el dinero. —Cerré los ojos con fuerza y respiré por la nariz para no vomitar—. ¿Puede darme un poco más de tiempo?

—Sé que está haciendo todo lo que puede. Y que siempre ha sido muy puntual con su parte de los pagos. Hay una beca por bajos ingresos que podría concederle una prórroga de treinta días. Puedo hablar con el rector y encargarme de ello por usted. No obstante, después de eso, tendrá que abonar los treinta días que todavía lleva de retraso.

—Comprendo. Le prometo que conseguiré el dinero.

—De nuevo, siento tener que hacer esta llamada, Lilia. Su hermana es una de nuestras mejores estudiantes y ha hecho grandes progresos.

—Agradezco lo que está haciendo por ella y haré todo lo posible para mantener su matrícula.

—Se lo agradezco. Hablamos pronto.

—Gracias.

Tras la despedida, corté la llamada y busqué el número de Conner entre mis contactos. El teléfono sonó y sonó antes de ir directamente a su buzón de voz. Rechinando los dientes, colgué y volví a marcar. Una y otra vez. Al cuarto intento le envié un mensaje sencillo:

Llámame de inmediato

Furiosa, me guardé el teléfono en el bolsillo con los dientes apretados. Unas voces al otro lado del callejón me llamaron la atención y me pegué a la pared, junto a un arbusto de tuya. Me asomé y vi que entraban Gilchrist y Spencer. Una vez en el oscuro pasadizo entre los edificios, ella lo lanzó contra la pared y le pasó la mano por la entrepierna de los vaqueros al mismo tiempo que le plantaba los labios en la boca.

Frunciendo el ceño, apenas alcancé a ver cómo se inclinaba para besarlo antes de pegarme a la pared, con la sensación de haber visto algo prohibido. Un zumbido de incomodidad me recorrió mientras me escabullía hacia la entrada del edificio Emeric, tratando de procesar en mi mente si lo que había visto era producto de mi imaginación o no. No me habría sorprendido tanto si no hubiera visto a Gilchrist suspirando por el profesor Bramwell hacía apenas una semana.

Hablando del rey de Roma, cuando levanté la mirada apareció con paso firme. Llevaba una cartera de cuero negra colgada del hombro y los ojos enterrados en el libro que estaba leyendo. Justo cuando los dos nos acercábamos a la entrada, por fin despegó la vista de su lectura y me miró mientras pasaba por mi lado cerrando el libro.

—Señorita Vespertine —dijo y casi me caigo de culo cuando me reconoció.

—Profesor Bramwell —respondí y asentí con respeto.

Desapareció en el interior y yo lo seguí; luego corrí hasta mi sitio de siempre en la clase de Gilchrist.

Nada más sentarme, me vibró el móvil con un mensaje de Conner.

Qué pasa?

Me tragué las ganas de estampar el teléfono contra la pared mientras le contestaba.

Qué coño pasa con la matrícula de Bee?

Kemphell me ha dicho que llevas meses sin pagar!

Me surgió algo

Pensaba ponerme al día este mes, pero luego pasó toda la

mierda de Angelo y ahora estoy ahogado en facturas

En otras palabras: todos los chanchullos que se traía con Angelo para sacarse un dinero extra habían salido mal.

Me lo prometiste! Van a echarla

Te dije que no necesitaba ir a ese instituto

Lo que necesita son más amigos

No me hagas esto

Aquí estoy colgando de un hilo

Puedes hacer un pago al menos?

Necesito unas semanas

Júrame que lo harás, por favor

—Hola, ¿qué tal vas?

Molesta por la interrupción, guardé el móvil y al levantar la vista me encontré con Spencer cerniéndose sobre mí. Una imagen fugaz de Gilchrist tocándole la entrepierna me vino a la cabeza y la sacudí, intentando espantarla de mi mente.

—Bien. Gracias.

—¿Todo bien? Se te ve *estresada*.

—Problemas familiares.

Se deslizó hasta el asiento de al lado, resoplando.

—¿Tú también?

Mi zorra frustrada interior quería decirle que los ricos no tenían los mismos problemas, pero, en lugar de eso, reuní todas las fuerzas que pude para dedicarle una sonrisa, a pesar del caos absoluto que tenía en la cabeza en aquel momento.

—Oye, ¿quieres que comamos juntos luego?

Controlando mi expresión para dejar ver que estaba totalmente confundida, miré a Gilchrist, que estaba en el atril sacando su portátil con los ojos clavados en Spencer.

¿Cómo coño se suponía que tenía que responder para no parecer una acosadora que los había estado espiando?

—¿No tienes novia?

—Qué va. —Se hundió más en su asiento y apoyó el codo en el respaldo—. Pero ¿qué más da? Solo es un almuerzo. Habrá que comer, ¿no?

—Claro.

Al echar otro vistazo a Gilchrist comprobé que todavía lo estaba mirando. Entonces resonaron en mi cabeza las palabras que me había dicho Mel: «Es un manipulador».

No es que me fiara totalmente de su palabra sobre quién o qué era nadie, pero su empeño por estar cerca de mí me pareció

extraño. Incluso si le concedía el mérito de ser un buen tipo, me resultaba un poco raro.

—Creo que esta vez voy a pasar. Tengo muchas cosas que hacer. —No es que quisiera ser una borde, simplemente no estaba de ánimos para conversaciones triviales cuando mi mundo acababa de irse a la mierda.

Asintió, aunque su sonrisa se desvaneció, dando paso a una expresión abatida.

—¿Has conseguido una reunión con mi padre? —preguntó.

—No; si te soy sincera, ni lo he intentado. —Aparte de agradecerle que me dejara estudiar en la universidad, no tenía ningún otro motivo real para ocupar su tiempo. No tenía muy claro por qué la profesora Gilchrist había insistido en que lo buscara.

Todavía sintiéndome un poco mal por rechazar la invitación de Spencer para almorzar, suspiré. El chico no había hecho más que ser amable conmigo, e intuía que eran mis propias inseguridades y pensamientos sobre los amigos en general lo que me había hecho sospechar de sus intenciones. Después de todo, tampoco pretendía *evitar* hacer amistades allí.

—¿Te gustaría en su lugar quedar *mañana* para almorzar?

Se le iluminaron los ojos.

—Sí, claro. Guay.

Eso al menos me permitiría ordenar un poco el caos que me rondaba la cabeza, porque en ese momento no tenía ni puñetera idea de cómo iba a cubrir los pagos atrasados.

—Apenas estoy empezando a asentarme, y va Conner y la caga. Da igual lo lejos que me vaya, que ese tío siempre la caga con todo. —Tumbada en la cama de mi habitación, me quedé mirando al techo

mientras oía a Jayda gritarles a sus otros dos críos, que por lo visto estaban armando jaleo de fondo.

Ella volvió, gruñendo.

—¿Cómo de desesperada estás ahora mismo?

—No tanto como para aceptar dinero a cambio de sexo. Por ahora. —Me puse boca abajo y recorrí las costuras amarillas de la colcha con el dedo.

—No es exactamente *sexo* a cambio de dinero. —Esa vez habló más bajo y no había ruido de fondo, así que se había escondido en un sitio tranquilo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué me quieres decir?

—He oído hablar de cierta página web.

Volví a tumbarme de espaldas y me di un manotazo en la frente.

—Jayda, no voy a…

—Espera un momento. Escúchame. Es completamente anónimo. No tienes que enseñar la cara ni nada.

Pellizcándome el puente de la nariz, sacudí la cabeza, bastante segura de que no tenía intención de ceder, pero lo cierto era que sentía curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Abre la mente, ¿vale?, porque resulta que conozco a una a la que le pagaron por hacerlo.

—¿Tu prima?

—No. No fue mi prima.

Por el tono de su voz noté que dudaba si decirlo y me levanté de la cama de un salto.

—¡Fuiste tú! ¿*Fuiste* tú?

—Mira, no te lo sugeriría, pero estás en un aprieto y te hablo desde la experiencia. Sale a cuenta. —De repente la emoción de su

voz me despertó algo más que curiosidad.

—¿Qué hiciste?

—Pues… Abre la mente, ¿vale?

—Eso ya lo has dicho.

—Sí. —Dejó escapar un suspiro que resonó a través del teléfono —. Pues me sobé el melocotón en público.

—¿Qué?

—Que jugué al rasca y gana en el aparcamiento del Daly's.

—¿Qué jugaste a *qué*? —Sacudí la cabeza, tratando de descifrar de qué narices me estaba hablando—. ¿Qué estás diciendo?

—Joder, que me hice un dedo, ¿vale?

—¿Te masturbaste en público?

—Sí. Y no te voy a mentir, fue lo más excitante que he hecho en mi vida. —Dejó escapar una risita nerviosa, mientras que yo me senté tratando de imaginarme a una embarazada haciéndose algo así en el Daly's, nada menos—. Te pagan en tokens, y el sitio se lleva una pequeña comisión, pero prácticamente te lo llevas todo tú. Gané *doscientos* con ese vídeo, más propinas. Y ni siquiera tuve que enseñar la cara.

Madre mía. ¿Doscientos? Jayda no me habría mentido con algo así.

—¿Te pagan de inmediato?

—Sip. Cuanto más arriesgado, más ganas. Supongo que a algunos tíos les van las mujeres embarazadas. Tú puedes hacer el papel de colegiala, totalmente, con tus faldas cortas y los calcetines por encima de la rodilla.

—Jayda, no voy a presentarme en clase con las pintas de Britney Spears a finales de los noventa. Esto es una universidad, por el amor de Dios. Nadie lleva calcetines por encima de la rodilla.

—Allá tú. Pero te digo que, siendo una chica joven, con esos

muslitos tonificados y esas faldas cortas, te forrarías.

Sacudí la cabeza en un intento desesperado por no considerar seriamente lo que me estaba sugiriendo.

—¿No te comprueban la edad ni nada? Me delataría con el carnet.

—En este sitio, no. No sé cómo lo hacen, pero así es. Mira, no es que te vayas a dedicar a esto, Lilia. Unos cuantos vídeos y volverías a estar al día con la matrícula. Joder, si es que puede que les guste el rollo de colegiala y cubras los gastos de la matrícula con *solo* un vídeo.

Dios, odiaba que sonara tan fácil y tentador. Como si todos mis problemas pudieran resolverse con una sola conversación con ella.

—¿Tengo que hacer algún ruido?

—Solo les gustan los sonidos húmedos.

—Bueno, esto solo empeora. —Gruñí, y ella me mandó callar.

—No tienes que gemir ni nada, pero mejor hazlo donde haya gente hablando, así sabrán que estás en público.

Me tapé los ojos con la mano y resoplé.

—No pinta… bien.

—Mira, Conner es un gilipollas. Nunca va a estar ahí para ti ni para Bee, ¿vale? Y ahora que está enredado con Angelo…, adiós a cualquier rastro de decencia. Tienes que sacarte las castañas del fuego tú sola, Lilia. ¿Te acuerdas de cuando te dije que fueras *audaz*? No dejes que un hombre te arrebate este sueño. Haz lo que tengas que hacer para conservarlo.

Joder, tenía razón. Confiar en Conner era como pedir que nevara en el infierno. Por muy decente que fuera, no estaba hecho para ser padre. Sería contraproducente que Bee viviera en el mismo espacio que Angelo, con los chanchullos de mierda que tuviera entre manos. Necesitaba tomar las riendas. Sacarme las castañas del fuego.

Cuando se graduara, tendría que arreglárselas, pero hasta entonces debía ocuparme yo.

—¿Cómo es posible que te odie y te quiera al mismo tiempo?

Jayda se rio.

—Me quieres más de lo que me odias.

—Cierto. —Dejé escapar un suspiro de resignación y eché un vistazo a mi habitación, deseando haber podido hacer el vídeo allí. Pero, como había dicho mi amiga, cuanto más arriesgado, más dinero, y no se me ocurría nada más arriesgado que en clase.

—Vale, tengo que ir al laboratorio nocturno en nada, así que te dejo.

—Cuídate. Y dime si decides hacerlo.

—Sí. —En cuanto colgué el teléfono, me golpeé la frente con la palma y le envié un mensaje rápido a Jayda.

He olvidado preguntarte el nombre del sitio

VoyeurBait

Hasta eso da mal rollo, no?

Pasa del nombre

Salí de la cama, dejando escapar un suspiro de frustración, y me quedé mirando por la ventana hacia el patio, donde los estudiantes iban de un lado a otro, como pajaritos saltando de rama en rama. No podía evitar preguntarme si alguno estaría lidiando con algún gran obstáculo en su vida en ese momento, o si las clases eran su única fuente de estrés.

«¿Por qué narices mi vida tiene que ser tan desastrosa siempre?».

Mientras recorría el campus con la mirada, vi algo a lo lejos.

Entrecerré los ojos y me incliné hacia delante, intentando ver mejor a través de la ventana, en dirección al roble de entre el edificio Shanlot y la torre del reloj.

Una silueta ataviada con una larga capa y lo que parecía una máscara típica de médico de la peste.

Dejé escapar un grito ahogado, me tambaleé de espaldas, me tropecé con la silla del escritorio y caí de culo con un golpe seco. Unos latigazos ardientes de dolor me recorrieron la espalda, y di un respingo y me puse de pie. Cuando volví a mirar por la ventana, ya no había nada. Solo estudiantes yendo de un lado a otro.

«Estupendo. Ahora no solo mi vida es un espectáculo dantesco, sino que sigo viendo cosas que no existen».

Con un resoplido, me tiré en la cama y apoyé la cabeza sobre las manos.

La pantalla de mi móvil se iluminó con un mensaje de Bee.

Ey, todo bien?
Antes he intentado comprar algo para picar con la tarjeta del comedor y ponía que se había reducido el saldo

En aquel momento quise echarme a llorar.

No pasa nada
Una pequeña confusión con tu cuenta, eso es todo
Es temporal

No pasa nada, Lil
De todas formas, no necesito picar entre comidas
Solo quería asegurarme de que iba todo bien

Quería contarle que no. Que estaba al borde de las lágrimas pensando en qué hacer. En lugar de eso, contesté:

No te preocupes, va todo genial!

Si Conner y tú vais justos, puedo conseguir trabajo

Voy a cumplir diecisiete, sabes?

Su oferta era maravillosa, pero no me atreví a recordarle lo del último trabajo que había tenido hacía unos meses, el cual había llegado rápidamente a su fin cuando tuvo uno de sus episodios y le gritó a un cliente. Le había tirado un batido a la cara y eso terminó con su breve estancia en la heladería.

Tampoco es que yo me librara de sufrir episodios, pero los míos, hasta el momento, no habían derivado en atacar a nadie.

No hace falta

Es un problema temporal

Vale! Qué tal Dracadia?

Es precioso

Como Hogwarts, pero sin varitas

Ah, guay

Qué ganas de verte en Navidad

Lo mismo digo

Te quiero

Yo también te quiero

Joder. Iba a hacerlo, ¿no? Iba a grabarme en clase de verdad.

Pero ¿cuándo?

En el laboratorio sería perfecto. El profesor auxiliar solía dar clase los primeros veinte minutos, y cada uno teníamos nuestro propio banco, con armarios a ambos lados. El mío era el del fondo,

lo que significaba que nadie me veía. A no ser que a Spencer le diera, de repente, por ponerse a husmear.

Solo de pensarlo me dio un vuelco el estómago.

«Doscientos dólares, Lilia». Con eso podría reducir los dos mil que todavía debía.

La decisión se fue consolidando poco a poco en mi mente. Iba a hacerlo de verdad.



24

Devryck

Le levanté la lengua a Barletta con las manos enguantadas.

—El labio superior y el inferior, así como la papila sublingual, muestran signos de vonixis —dicté al móvil—. Por lo demás, la dentición es normal. Ictericia escleral en ambos ojos. *Tapetum lucidum* bilateral. Sequedad en membranas mucosas. —Apoyé el estetoscopio en su espalda y escuché un momento; luego lo moví más arriba, pasando por la columna, hasta el otro lado—. Auscultación difusa de vías respiratorias superiores en todos los campos pulmonares. Estertores leves, sin tos productiva. Fin del informe.

—Informe finalizado —respondió una voz robótica femenina.

Un olor terrible pero distintivo flotada en el aire —una evocación de la muerte—, común en los infectados. No tenía una explicación clara para ello, dado que los humanos no eran el huésped natural del parásito. Tal vez tenía un propósito para otras víctimas.

—¿Qué es vonixis? —preguntó Barletta, sentado tranquilamente en su catre.

Le di la vuelta al brazo y en su muñeca apareció un delgado mapa de venas negras.

—Eso no puede ser bueno. Joder, ¿qué está pasando? —Apartó enseguida la cabeza y tosió, lanzando saliva roja y brillante sobre el hormigón—. Tengo mucha sed. Necesito agua.

—La cantidad que le administro a lo largo del día es suficiente. Ya le dije lo que está ocurriendo, señor Barletta. Todo ello es una evolución habitual de la infección.

—No es suficiente agua. Por las noches me dan calambres. Tengo alucinaciones. Esta mierda es peor que desintoxicarse.

No había hecho más que empezar.

No le di la espalda mientras empacaba mi equipo y me dirigía a la puerta de la celda.

Aunque entonces no mostraba mucha motivación por escapar, inevitablemente aquello cambiaría. Pronto, los exámenes físicos se convertirían en combates de lucha libre. Por suerte, la culpa lo mantenía a raya la mayor parte del tiempo, y era una debilidad a la que pretendía sacar partido mientras tuviera su cargo de conciencia.

Pero pronto se convertiría en una emoción volátil.

—No irás a largarte, ¿no? —Se pasó los dedos por el pelo e hizo una mueca cuando bajó el brazo y vio un puñado de mechones en la palma. Se le movió la garganta al tragar saliva y lo lanzó lejos—. Joder, aquí abajo hay demasiado… silencio. No lo soporto.

—Tengo que corregir trabajos.

—Espera. —Se lanzó hacia delante—. Se suponía que ibas a contarme más de tu historia. De tu infancia. ¿Te acuerdas?

Lo cierto era que tenía que volver al laboratorio, pero respondí:

—Muy bien.

—Dijiste que, si las convulsiones te llegan al corazón, te da un infarto. ¿Te ha pasado alguna vez?

—No he entrado en paro cardiaco, no. Pero en una ocasión me llevé un buen susto. —Cerré los ojos ante el recuerdo de aquel fatídico día, que cambió para siempre el curso de mi vida.

—Tiene unas tetas que son la perfección absoluta —dijo Caedmon con un aire de asombro en su voz desde el pequeño armario para ropa de cama en el que estaba metido—. No me puedo creer que las esconda debajo de esos jerséis horribles que se pone.

El armario que hay junto al vestidor femenino del personal tiene una pequeña muesca: un agujerito justo en el ángulo perfecto para ver una de las duchas del personal. Según cuentan, lo hizo un pirado de mantenimiento hace un par de años, al que pillaron meneándosela. Al parecer, nunca le contó a nadie que el agujero estaba ahí. No es que yo haya mirado, claro. No soporto los armarios. No desde aquella noche.

La Academia Von Naerick es un pequeño internado afiliado a la institución donde estudió nuestro padre, la Universidad de Dracadia. Nuestro apellido nos brinda una especie de indulto que pocos estudiantes pueden permitirse, y los dos lo aprovechamos al máximo. Con diecisiete años, ya hemos pasado por otros cinco internados, todos dispuestos a ofrecernos una salida discreta para no manchar nuestro expediente. Uno más y probablemente mi padre nos mande a trabajar a la plantación de algún cártel en mitad de México.

El agujero, como todos lo llaman, es un acto de rebeldía que no podemos desaprovechar. Caedmon y yo somos como guías turísticos para los depravados: llevamos grupitos de estudiantes de primero hasta nuestro pequeño espectáculo privado. Mi hermano les ha visto

las tetas y el culo a casi todas nuestras profesoras, y es algo así como un experto en la materia autoproclamado.

Uno de los chicos empuja a Caedmon para echar un vistazo y, con una sonrisita, sacudo la cabeza.

No pasa ni un segundo y mi hermano le propina un puñetazo en la cara. El pobre crío sale volando hacia el suelo de hormigón, quejándose. Le gotea sangre de lo que probablemente sea un labio partido.

—Al próximo que empuje, lo dejo inconsciente. Gilipollas. —Con la cabeza, señala al grupo y pregunta—: ¿Quién es el siguiente?

Tres chicos se apiñan alrededor, pero Caedmon elige solo a uno. Me quedo en el pasillo del túnel para vigilar y me enciendo un cigarro mientras espero a que cada miembro del grupo tenga su turno para mirar. Quince minutos después, los chavales salen en fila, algunos arrastrando los pies, decepcionados. Probablemente no han podido echar más que un vistazo, ya que las profesoras tardan poco en ducharse.

Una vez que los chicos se han ido y han emprendido la vuelta hacia la residencia, Caedmon sale del armario, contando billetes.

—Cincuenta pavos. —Me da veinticinco y, después de darle otra calada al cigarro, me guardo el dinero en el bolsillo. No es que a ninguno de los dos nos haga falta, pero nos entretiene—. ¿No sientes ni un poco de curiosidad, Devryck? —Me quita el cigarro de los dedos y le da una calada larga.

—Claro que sí. Pero ni siquiera un par de tetas merecen la pena. —Además, no necesito mirarlas por un agujero. Ya me familiaricé con las de la señorita Chandler en el cobertizo después del entrenamiento de remo. El mismo día que me confesó que quería hacer un trío con mi hermano.

—Te ha dejado tocado de verdad.

—En fin, será mejor que volvamos. Caesar me ha dicho que, si vuelvo a llegar tarde a primera hora, me va a amputar una mano y a enviar los huesos a padre.

Caesar es el guarda que contrató mi padre para que nos vigilara. No es un escolta, por supuesto. El cabrón es un antiguo soldado de la mafia que solo mira por él. Simplemente se tiene que encargar de que Caedmon y yo no nos metamos en líos. O, más bien, que no molestemos a padre.

—Ese hombre está cortado por el mismo patrón que nuestro padre. —Caedmon agarra el tirador para cerrar la puerta del armario y, de repente, resuena en el pasillo un repiqueteo de zapatos contra el hormigón.

Los dos echamos a correr por la curva del pasadizo, hacia el sonido, y nos pegamos a la pared para asomarnos con cuidado por la esquina que da a otro pasillo.

Unas bombillas desnudas, encerradas en jaulas oxidadas, iluminan el corredor largo por el que dos figuras avanzan hacia nosotros. Unos hombres a los que no había visto nunca, ambos con traje negro y una pistola en la mano.

—¡Vamos! —le grito a Caedmon susurrando y tiro de él hacia atrás.

La puerta del final del pasillo está cerrada, como siempre; es un callejón sin salida, así que corremos en otra dirección, de vuelta al armario.

El sonido de las pisadas se hace más fuerte. En cualquier momento, los hombres girarán la esquina y nos encontrarán. A saber quiénes narices son o qué quieren, de igual manera, pero no es buena idea que nos encuentren aquí abajo.

Caedmon me da un fuerte tirón de brazo para meterme en el armario.

Sacudo la cabeza. No puedo. No voy a hacerlo.

—¡No! ¡No!

—No tenemos adónde ir, Devryck. ¡Venga!

Los pasos se acercan por la esquina.

Caedmon me tapa la boca con la mano y me arrastra al armario con él. El pánico me revuelve las entrañas y trepa dando vueltas como un tornado hacia mi pecho. Jadeo detrás de su palma en busca de oxígeno, pues el poco aire que me entra por la nariz no es suficiente. La luz disminuye cuando cierra la puerta, todavía sujetándome contra él.

Entonces nos invade la oscuridad.

—Estoy aquí, Devryck —me susurra al oído—. Concéntrate en mi voz.

Entre respiraciones temblorosas, cierro los ojos, todo tembloroso y agarrotado. El débil contacto de su mano logra atravesar el entumecimiento que me deja los brazos helados y pesados.

—Vas a estar bien. No va a pasar nada. Concéntrate en mi voz, Dev.

Un dolor punzante me atraviesa el cráneo y levanto las manos para quitarme su brazo de encima. Me desplomo sobre las rodillas. Una sensación cálida se desliza por mis muslos y moja el suelo, colándose por debajo de la puerta. Se me tensan los músculos, como si tuviera mil nudos tirantes debajo de la piel.

La luz irrumpe en el armario y, con los ojos borrosos, levanto la vista hacia los dos hombres. La negrura se desliza por los bordes de mi visión, amenazando con arrastrarme. Algo me sacude.

—¡Dejadlo en paz! —grita Caedmon.

Una oscura pesadilla me engulle por completo.

—¡Se ha meado encima! —ruge una voz desconocida—. ¡Coge al otro!

Un intenso dolor me golpea los músculos y me derrumbo en el suelo encima de un charco. En medio del aturdimiento, veo que uno de los hombres se lleva a Caedmon a rastras.

Lo sujeta del cuello con un brazo y mi hermano me mira con los ojos abiertos como platos por el miedo.

—¡No lo dejéis ahí, que se muere! ¡Se va a morir!

«Inquebrantable».

Abro la boca para gritar la palabra. No sale nada.

—¡Inquebrantable! —grito, por fin—. Inquebrantable.

Veo unos zapatos y entonces me doy cuenta de que el otro hombre está de pie delante de mí. Por un momento pienso que me va a arrastrar junto con mi hermano. En lugar de eso, echa el puño hacia atrás y me golpea en la mejilla. Veo una explosión de luz y me castañetean los dientes del impacto.

Mi hermano desaparece tras un manto de oscuridad absoluta.

—¿Qué quiere decir eso de «inquebrantable»? —La pregunta de Barletta me saca del recuerdo de golpe, arrastrándome al presente.

—«Impenetrable», básicamente.

—¿Quiénes eran? ¿Quiénes se llevaron a tu hermano?

—En aquel momento no lo sabía. —Más tarde descubriría que tenían órdenes de llevarse a uno de nosotros. Y, dado que yo me oriné encima, optaron por coger a Caedmon.

—¿Qué le pasó a tu hermano?

—Reservaremos esa parte para la próxima ocasión.



25

Lilia

Sentía el pulso en los oídos cuando me subí al bus Nocticadia hacia la torre Emeric. Mientras Spencer parloteaba a mi lado sobre una actividad próxima en el campus, yo lo ignoraba, con la mente pegada a una imagen mía masturbándome en público.

¿Qué coño estaba a punto de hacer?

Me había tocado antes, pero solo un par de veces, y siempre bajo una pila de mantas y almohadas. Me daba mucho miedo de que Conner me pillara, así que las sesiones fueron rápidas y rara vez satisfactorias.

Antes había dado con un blog en el que ofrecían consejos sobre cómo grabar uno de esos vídeos sin llamar demasiado la atención. Consejos para masturbarse en público, en eso se había convertido mi vida.

En el blog recomendaban no llevar ropa interior debajo de la falda para evitar la incómoda tarea de tener que bajárselas o

echarlas a un lado mientras grabas. Así que escogí una falda que me llegaba a las rodillas y me pasé una hora dando vueltas por mi habitación tratando de librarme de la absoluta, y nada natural, vulnerabilidad de no llevar cubiertas mis partes bajas. Odiaba la sensación de estar desnuda. Incluso después de ducharme, sentía la necesidad de vestirme rápido, así que el aire frío que me movía la falda mientras me dirigía a clase me produjo un escalofrío en la nuca.

De los malos.

Llegamos al laboratorio, fui corriendo hasta mi escritorio y me puse la bata blanca, como siempre. Le daba vueltas en la cabeza a cómo llevar a cabo la tarea de forma práctica e hice una mueca al imaginarme sosteniendo la cámara entre las piernas con una mano.

«Doscientos dólares. Doscientos dólares. Los doscientos dólares más fáciles de tu vida».

Me temblaba todo el cuerpo cuando me senté en el taburete y separé las rodillas en el pequeño hueco del escritorio. Por suerte, tenía cajones a cada lado. Con el movimiento más sutil que pude hacer, saqué el móvil mientras los demás estudiantes tomaban asiento y miré hacia abajo para pulsar la aplicación de la cámara. Después de cambiarla a vídeo, vi que Spencer se daba la vuelta a toda prisa.

«Que no me esté mirando todo el rato, por favor».

Ya era bastante malo pensar en hacer lo inimaginable en medio de clase, pero tener los ojos de Spencer encima de mí todo el tiempo lo convertiría en algo absolutamente penoso. En un esfuerzo por mantener toda la temática de colegiala que Jayda había mencionado, me había puesto una falda gris a cuadros, que se abría un poco por el bajo.

Cuando por fin llegó Ross y todos los estudiantes estuvieron en

su sitio, el pulso se me aceleró. La peor parte ya había pasado: ir a clase sin ropa interior. Según la página web, solo tenía que grabar dos minutos.

«Dos minutos, ciento veinte segundos, doscientos dólares», me recordé a mí misma.

Dejé escapar una respiración temblorosa, pulsé el botón de grabar, me coloqué la cámara entre los muslos y la sujeté ahí. Mientras Ross se sumergía en la lección, tragué saliva, respirando con dificultad por la nariz.

«Vamos, Lilia. Dos minutos».

Con la cámara sujeta entre las rodillas, me aseguré de que estuviera correctamente colocada y me la subí por los muslos. Me eché un poco de desinfectante de manos del bote que llevaba en el bolso y me las limpié lo mejor que pude. Luego apoyé un brazo sobre el escritorio, deslicé la otra mano por debajo de la falda e hice una mueca cuando toqué con los dedos la piel desnuda.

«Madre mía. No me puedo creer que esté haciendo esto».

Con una respiración honda, moví el dedo a lo largo de la juntura y apreté los músculos de los muslos por el contacto. Tragué saliva y mantuve la vista en Ross, que continuaba dando un repaso a la sesión de laboratorio de la semana anterior, y, mientras hablaba, yo seguía acariciándome con suavidad. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Familiarizándome con la tarea.

Pasaron treinta segundos.

Mi mente se esforzaba en procesar qué es lo que estaba haciendo y, cuando por fin recuperé el sentido de la realidad, algo cambió en mi interior. Noté una humedad resbaladiza deslizándose por los dedos. Sobre el negro opaco del escritorio, visualicé un rostro. Ojos cobrizos. Voz grave. Expresión severa.

—Lamento la interrupción.

Dirigí la mirada hacia la parte delantera de la sala, donde el profesor Bramwell entraba como un caballero oscuro, con una camisa y unos pantalones negros bajo una bata de laboratorio de un blanco impoluto.

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando se colocó al frente de la sala. Aparté la mano de mi carne sensible y apoyé el dedo empapado en la cara interna del muslo, donde intenté limpiar el flujo.

—He observado una ligera reducción en las larvas y creo que el problema está en que aprietan demasiado los fórceps cuando transportan los gusanos adultos al tanque.

Mientras describía cómo agarrar con delicadeza el parásito, yo observaba los movimientos de sus manos, centrándome en sus dedos y desconectando del tema. Eran del tamaño perfecto. Ni demasiado finos ni demasiado gruesos. Ideales para imaginarlos enterrados dentro de mí.

«Ay, Dios, para».

Sin pensarlo demasiado, me encontré a mí misma recorriendo de nuevo la juntura con los dedos. A diferencia de hacía un rato, cuando Ross daba la lección, no podía despegar la vista del profesor Bramwell. Su voz profunda me acariciaba los oídos y me provocaba escalofríos en la nuca. Mantuve los ojos fijos en sus manos mientras hablaba y me imaginé sus palmas ásperas sobre mi piel.

Antes de poder frenarlo, una fantasía se arraigó en mi mente y sumergí el dedo una y otra vez. Una necesidad tenaz se oprimía el vientre. Se me tensaron los músculos.

Los muslos me temblaban mientras él se dirigía a la clase y me perdí en la vívida fantasía de que era quien me estaba masturbando. Eché un vistazo rápido alrededor de la sala y comprobé que nadie, ni siquiera el entrometido de Spencer, me estaba mirando.

Una vez que superé la realidad de lo que estaba haciendo y lo acepté…, al contrario de lo que pensaba al principio, el juego de llegar al clímax en silencio en una habitación llena de gente fue emocionante.

Jadeé mientras me centraba en Bramwell con tanta intensidad que incluso le vi la ligera cicatriz que tenía en el cuello y que sobresalía de la camisa. Me metía los dedos con ansia y estaba tan mojada que el flujo se derramaba por los muslos.

Se me tensaron los músculos. Todavía más.

Entonces los ojos de Bramwell aterrizaron en mí.

Me mordí el labio inferior, jadeando con intensidad por la nariz, intentando mantenerme inexpresiva y temblando en medio del caos. Un calambre se apoderó de mi mano, que tenía doblada en un ángulo extraño, e intenté evitar mover la parte superior del brazo mientras mis dedos hacían de las suyas.

Una necesidad insaciable de llegar al clímax se apoderó de mi bajo vientre.

Lo necesitaba.

La presión que sentía por dentro llegó a tal límite que el móvil se me resbaló.

De camino al suelo, golpeó con un ruido seco el tirador de un cajón, provocando un estruendo que resonó por toda la sala antes de rebotar y quedar fuera de mi alcance.

Una oleada de terror me recorrió el cuerpo y me levanté rápidamente de mi asiento para recogerlo.

En medio del pánico, no me di cuenta de que la clase se había quedado en silencio y Ross había vuelto a tomar el mando, hasta que unos zapatos negros y brillantes entraron en mi campo de visión y seguí la línea de los pantalones negros hacia arriba hasta encontrarme con el profesor Bramwell observándome con

desaprobación. Miré de golpe el teléfono, que seguía grabando, y recé para que no bajara la vista.

Recordé que Spencer me dijo el primer día que no le gustaba que lo grabaran y que me confiscaría el móvil si encontraba evidencias de ello. Para distraerlo, le sostuve esa mirada de desprecio mucho más de lo que habría querido.

«No mires, por favor».

Se me subió el corazón a la garganta cuando bajó la vista y lo vio.

Me estiré para cogerlo, pero él se me adelantó.

Me quedé completamente blanca. «No, no, no. ¡Por favor!».

Mientras Ross continuaba la clase, al parecer sin darse cuenta de la caótica escena que se estaba desarrollando en la esquina del fondo, el profesor Bramwell se inclinó hacia mí.

Sentirlo tan cerca, con aquella deliciosa colonia serpenteando por mi garganta y su cálido aliento de canela contra la mejilla, me disparó el pulso.

—Dígame que no está grabando mis clases, señorita Vespertine. —Habló bajito, pero su voz profunda despertó mis sentidos.

Tragué saliva con la garganta seca y negué con la cabeza.

—No —susurré.

—El acuerdo de confidencialidad que firmó me permite confiscar su teléfono si sospecho que está haciéndolo.

Se encendieron todas las alarmas en mi cabeza mientras la escena se reproducía como una pesadilla terrorífica.

—No lo haga, por favor.

—Entonces tendrá que borrar delante de mí lo que sea que estaba grabando. Ahora mismo.

Eché un vistazo a Spencer y lo encontré mirándonos por encima del hombro, con una expresión incrédula arrugándole el rostro.

—¿Y si lo confisca? ¿Qué hará? ¿Borrarlo usted mismo?

—Legalmente no tengo permitido entrar en su teléfono, señorita Vespertine. —Se inclinó aún más y, madre mía, me hizo falta la fuerza de voluntad de una monja para no girarme y comprobar lo cerca que estaban sus labios de los míos—. Eso sería una invasión de la privacidad, motivo suficiente para tomar medidas.

Con la mirada clavada en el banco negro, respiré por la nariz para sofocar los jadeos temblorosos que me obstruían la garganta.

—Pero ¿aun así me pediría que borrara la grabación después?

—Estaría dispuesto a confiar en que lo hiciera usted misma si me entrega su teléfono por voluntad propia. O eres culpable o no lo eres.

No tenía elección. Si lo borraba delante de él, vería el vídeo de mi coño. Sin duda me expulsarían de su clase y, probablemente, de la universidad. Si le permitía llevarse el teléfono, cabía la posibilidad de que lo viera de todas formas, pero entonces tendría que admitir haberlo hecho. En resumidas cuentas: o confesaba lo que había hecho o seguía con la mentira.

—Lléveselo. No estaba grabando a propósito. Se me ha caído y se ha encendido la cámara por accidente. Pero, si no me cree, puede llevárselo. —Casi sudando, esperé a que el tipo descubriera mi engaño y me preguntara que, si era tan inocente, por qué no se lo enseñaba.

Se enderezó y se irguió sobre mí con esa postura suya tan autoritaria, con la mandíbula tensa, como si estuviera rechinando los dientes.

—Muy bien. Se lo devolveré cuando acabe el laboratorio.

En cuanto se marchó, dejé escapar un suspiro tembloroso y volví a sentarme.

«Idiota. Idiota. ¡Idiota!».

Como si la vida no pudiera ir aún peor, ahora tenía que enfrentarme a la posibilidad de que el móvil no se hubiese bloqueado a tiempo y viera aquel vídeo humillante…, y, por supuesto, esperar que no dijera ni una palabra al respecto. Se me encendieron las mejillas del bochorno y me entraron ganas de tirarme al suelo del puro agotamiento de tener que preocuparme de eso también. ¿Buscaría una excusa para suspenderme? ¿O pasaría olímpicamente de la invasión de privacidad y lo vería, y luego me denunciaría por indecente?

En cualquier caso, las posibilidades de saber más sobre su investigación se me acababan de escapar de los dedos.

Literalmente.

Eché otro vistazo a Spencer y lo vi levantar las cejas, como preguntando qué había pasado. Negué con la cabeza casi sin moverme y aparté la mirada, con los ojos ardiéndome por las lágrimas y la rabia atascada en la garganta. No lo habría entendido. Ninguno sabía lo que era la desesperación. Y mucho menos Bramwell. Odiaba sus vidas perfectas y privilegiadas, donde lo único que les preocupaba era con qué bolso de marca iban a combinar el modelito del día siguiente.

«Para, Lilia —me reprendió mi cabeza—. Déjalo ya».

A regañadientes, volví a centrar mi atención en Ross, deseando con todas mis fuerzas una distracción, pero la monotonía de su clase solo conseguía arrastrarme de vuelta a las imágenes de Bramwell viendo lo que había hecho. Solo tenía que tocar la pantalla para evitar que se bloqueara en esos dos primeros minutos. ¿Lo habría hecho? Las preguntas no dejaban de machacarme la cabeza.

Mi única esperanza era la reputación de aquel hombre. Si el rumor sobre las cicatrices que le había visto en el cuello era cierto, seguramente nunca se arriesgaría a ser acusado de otro escándalo

con una estudiante.



26

Devryck

Llevé el teléfono hasta la planta más baja del laboratorio con la mirada fija en la pantalla iluminada. Cada vez que la luz se atenuaba, tocaba el espacio entre los iconos para que no se bloqueara. Ya había confiado dos veces en personas que intentaban robar mi investigación, y no iba a permitir que una adolescente recién llegada intentara lo mismo. El hecho de que conociera tan a fondo el organismo ya la había colocado en mi radar, pero haber detallado tanto su manifestación clínica activó las alarmas en términos de sus intenciones.

Llegué a mi despacho del laboratorio del sótano, del cual Lippincott, muy amablemente, había retirado las cámaras. Una vez allí, pulsé sobre el icono de la galería y fruncí el ceño al ver la imagen que se mostrada en la ventana de previsualización. En el diminuto cuadrado de la esquina, el fondo era bastante oscuro y solo distinguí lo que parecía su mano por debajo del dobladillo de la

falda.

Joder.

Tiré el móvil sobre la mesa y di un paso atrás, con la mirada fija en él.

Estaba equivocado. Tremendamente equivocado.

«No lo hagas».

Quería achacarlo a la patraña de que necesitaba saber si había grabado mi clase, pero era mentira. La exasperante verdad era que necesitaba ver si había tenido las agallas de hacer algo tan atrevido e intolerable delante de mis narices.

Frotándome la nuca, empecé a dar vueltas junto al escritorio.

¿Por qué? ¿Por qué verlo, si ya tenía una idea bastante clara de lo que había en ese vídeo?

La pantalla empezó a oscurecerse y me lancé a tocarla antes de que se bloqueara. En cuanto pulsé, el vídeo empezó a reproducirse.

De fondo solo se distinguía la voz balbuceante de Ross. Parecía que tenía colocada la cámara entre las rodillas, a juzgar por lo cortos que se veían sus muslos y el bajo de la falda en la parte superior de la pantalla.

Un dolor persistente me retorció el estómago y quise creer que era asco lo que se agitaba dentro de mí, pero sabía que no era eso. Un deseo vil, hacía tiempo apagado, latía con fuerza en mi entrepierna.

La cámara se deslizaba hacia las oscuras profundidades de su falda y, cuando levantó el bajo y dejó entrar algo de luz, las rodillas casi me fallan. Su coño quedó a la vista, totalmente rasurado, y, cuando abrió los pliegues con los dedos, me mordí los nudillos mientras contemplaba aquella hermosa concha rosada.

Hostia puta.

Hostia-puta.

Al principio, solo jugaba con la juntura, toqueteando la pequeña perla de carne, que me provocaba un cosquilleo en la punta de los dedos.

«Lamento la interrupción», me oí decir al fondo, y ella agitó una pierna y la imagen se movió.

De repente se detuvo, con el dedo sobre el muslo, donde observé que se limpiaba la humedad.

«Basta. Para ya, puto loco».

Después de todo, ya me había visto envuelto en bastantes escándalos a lo largo de mi vida. El último, relacionado con una alumna, ni siquiera justificaba la reputación que me había ganado. Nunca la había tocado, jamás sentí la más mínima tentación de hacerlo, y sin embargo me habían hecho parecer una especie de depredador. Por suerte, la falta total de pruebas y una coartada bastante sólida limpiaron mi nombre, pero juré que nunca volvería a verme involucrado en un embrollo como aquel. Menos aún cuando mi investigación estaba a punto de alcanzar la grandeza, de dejar atrás esa racha de fracasos y catapultarme hacia el éxito.

Justo cuando extendí el brazo para apagar el vídeo, volvió a mover la mano. Me detuve, observando cómo acariciaba con el dedo aquel apetecible pedacito de carne.

Apretando los ojos con fuerza, sacudí la cabeza. «No lo hagas». La chica debía de tener unos doce años menos que yo, tal vez trece. Era una mujer, pero joven.

Y alumna mía, por el amor de Dios.

Un sonido lascivo y húmedo, como si de ASMR pornográfico se tratara, me hizo abrir los ojos y vi dos de sus dedos desapareciendo dentro de ella mientras yo seguía parloteando de fondo. Dentro y fuera, bombeaba esos dedos húmedos, y yo seguía con la lección completamente ajeno.

De nuevo me mordí los nudillos con rabia para no llevarme la mano al pantalón y aliviar esa erección dolorosa que pujaba tras la cremallera. No podía más.

Puse el vídeo en pausa y salí de la aplicación.

Un hambre voraz me azotó los músculos. En todos esos años impartiendo clases —como asistente durante el posgrado, residente en la facultad de Medicina y profesor ahora—, nunca había sentido una tentación sexual de este calibre. Jamás. Me habían hecho proposiciones indecentes y había soportado coqueteos, pero siempre se me había dado bien ignorar todo aquello. Nunca había sentido interés por mis alumnas, ni siquiera por las que se presentaban en clase maquilladas y con ropa ajustada y provocativa, haciéndome ojitos y dejándome regalos. Una incluso me dio una nota para que nos encontráramos en la biblioteca a una hora determinada.

Chicas guapas con dinero y un futuro brillante, y, aun así, nunca había mordido el anzuelo.

No era tan idiota como para destruir mi reputación por un estúpido capricho de colegiala. Ni siquiera cuando esa fascinación había llegado al límite de convertirse en una extraña obsesión, como fue el caso de Jenny Harrick.

Pero la osadía de esta chica se me había metido en la piel. Esa forma de sentarse en mi clase, con ese pelo alborotado que me recordaba a las hojas del otoño, sus réplicas descaradas y esos intensos ojos color aguamarina que me retaban constantemente y que, imaginaba, había tenido fijos solo en mí mientras se masturbaba en mi clase.

Debería estar furioso, pero era la cosa más excitante que había visto jamás. Tal vez era un efecto de la última inyección.

Creía que los impulsos sexuales habían disminuido con el tiempo, dado que había perdido interés en Loretta muy rápido. Sin embargo,

claramente no era así.

De hecho, me atrevería a decir que habían empeorado.

La luz de la pantalla volvió a oscurecerse y la toqué para que no se bloqueara. En un arrebato de pura adrenalina, envié el vídeo a mi teléfono y luego borré el chat de forma permanente. Mientras estaba allí, vi un par de hilos de mensajes, uno con alguien llamado Conner.

Pulsé sobre la conversación y leí lo más reciente. Lo único que averigüé fue que el tío debía dinero de la matrícula de una tal Bee. Desconocía si era su novio o su marido. No había mensajes previos, como si los hubiera eliminado.

La segunda conversación era de una tal Jayda, hablando sobre una página web llamada VoyeurBait. Con el ceño fruncido, busqué la dirección en mi móvil en modo incógnito y me recibió el vídeo de una mujer masturbándose en una biblioteca. El encabezado de la página rezaba: «¡Dinero fácil! ¡Sube tus vídeos y cobra al instante!».

Entonces me di cuenta de que había hecho aquel vídeo por dinero. Volví a pulsar sobre los mensajes con Conner y, de repente, la historia encajó en mi cabeza. Por lo visto, quienquiera que fuese le había quitado el dinero que tanto necesitaba.

No parecía ser de las que disfrutan satisfaciéndose en público, al menos por lo que vi entre sus aburridas fotos del campus, sino que lo había hecho por pura desesperación.

Un recuerdo fugaz de sus dedos mojados sumergiéndose en su coño se deslizó por mis pensamientos como un vapor venenoso que se evaporó rápidamente, dejándome enfermo y embriagado. El hecho de que pareciera disfrutar de esa pequeña tarea me dio un escalofrío que me recorrió la espalda.

Un hombre sensato la habría expulsado de su clase y se habría ahorrado el inevitable dolor de cabeza que seguro que vendría a continuación.

Pero yo jamás he presumido de ser el más sensato.

Antes de que acabara la hora, volví al laboratorio, donde encontré a la señorita Vespertine sentada en su mesa de trabajo, calmada, con una expresión de inocencia absoluta: ojos de cervatillo y labios con el arco de Cupido marcado. Al acercarme me fijé en sus piernas y me estremecí al visualizarlas tensas alrededor de la cámara del teléfono. Joder, cómo iba a volver a mirar a la chica después de ese vídeo.

Agradecí que no hubiera enseñado la cara en pleno éxtasis, porque habría perdido por completo la compostura.

Le tendí el teléfono, el cual llevaba tiempo bloqueado.

Ella bajó la vista, sin molestarse en mirarme mientras aceptaba el aparato. Debería haber sentido compasión por ella, pero el desgraciado que hay en mí encontró su humillación totalmente cautivadora.

—Confío en que eliminará lo que sea que haya grabado en mi clase.

Por un momento se quedó mirando el teléfono; luego levantó la vista. Su forma de estudiarme, como si supiera que lo había visto, solo intensificó mi expresión fría. Aprendí muy joven a mantener la cara de embustero delante de personas mucho más poderosas que una chica astuta. Esperé a ver si tenía agallas de plantarme cara.

En lugar de eso, se guardó el teléfono sin apartar la vista ni un segundo.

—Por supuesto, profesor.

La maldije.

Por esa cara inocente y esos labios color cereza que se estaba mordisqueando y que probablemente *sabían* a cerezas de verdad.

Sin decir nada más, recogió sus libros y se marchó.



27

Lilia

Dejé el dedo suspendido sobre el botón de enviar. «Después de esto, no hay vuelta atrás».

Joder.

¡Joder!

Odiaba que aquella fuera la solución más fácil. Haberme metido en un callejón sin salida por ser tan ingenua como para pensar que a Conner le importaba una mierda mi hermana. O yo, para el caso. Aunque Jayda tenía razón. Ya era hora de dejar de vivir a la sombra de un hombre, aunque tuviera que recurrir al trabajo sexual; era mejor que estar encadenada.

«Sé audaz, Lilia».

Agh. No lo era, la verdad. Era tímida y tranquila, y me sentía completamente incómoda en lo que a sexo se refería.

Pero también estaba desesperada.

Apareció un mensaje de Bee y del sobresalto se me resbaló el

teléfono de los dedos, pero lo cogí antes de que cayera al suelo.

Y entonces pulsé sin querer el botón de enviar.

El corazón me retumbó en el pecho.

En esa fracción de segundo cambié de opinión y me apresuré a cerrar la aplicación antes de que fuera demasiado tarde.

Pero ya *era* demasiado tarde.

No. «¡No!».

Caí sobre el borde de la cama y me doblé; sentí náuseas punzantes en el estómago.

Mierda. «¡Mierda!». Nunca había hecho nada parecido a eso en mi vida. Jamás le había enviado ni una foto desnuda a un novio; tampoco es que hubiera tenido muchos.

—No, no, no.

Un pitido me hizo mirar el teléfono, que iluminaba mi oscuro dormitorio. «¡Tu vídeo se ha cargado correctamente! ¡Prepárate para cobrar!».

—No. Dios, por favor. ¡No!

Me lancé a por él y entré en la página web en busca de un botón para borrarlo. No había nada.

No había forma de deshacer lo que había hecho.

Saltó otra notificación. Una visita. Diez visitas. Treinta visitas. Cincuenta visitas.

¡No!

¡¿Por qué no podía borrarlo?!

Bajé hasta el final de la página, donde encontré un correo para solicitar la eliminación. Con manos temblorosas, escribí una súplica para que retiraran rápidamente mi vídeo de la página y la envié. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver cómo aumentaban las visitas a cada minuto que pasaba. Hice clic en el vídeo en mi galería de fotos y, con los dientes apretados por la rabia, lo borré.

Las punzadas de repulsión volvieron a apretarme el estómago y, después de cerrar la galería, abrí el mensaje que me había mandado Bee.

> Solo quería decirte lo mucho que te adoro y que aprecio todo
> lo que haces por mí
> Eso es todo
> Te quiero

Pero ni siquiera sus dulces palabras podían borrar el sufrimiento que me ardía en el pecho en aquel momento. Dejé el móvil en el escritorio y me acurruqué en la cama. Cerré los ojos cubiertos de lágrimas.

Eché un rápido vistazo a mi correo electrónico, pero nadie había respondido aún. Volví a comprobarlo diez minutos después. Nada.

Por la mañana, esas vistas habrían alcanzado un nivel repugnante. Era muy posible que mi profesor hubiera sido uno de los muchos que lo habían visto, aunque no me dio ninguna pista cuando me devolvió el teléfono. Había mantenido la misma expresión estoica que siempre, completamente indescifrable. ¿Y quién sabía cuántos lo estaban viendo en aquel momento?

Entre la oscuridad, un pitido insistente retumbaba en mi cabeza. Abrí los ojos con los primeros rayos de sol entrando por la ventana y lo primero que me vino a la mente fue aquel vídeo. Me lancé a por el móvil, otra vez con el estómago encogido. Durante la noche había alcanzado las cinco mil visitas. En mi cuenta aparecían ochocientos sesenta y siete dólares en tokens.

Aunque no me importaba el dinero.

Revisé el correo y me encontré con un mensaje de VoyeurBait:

Querida ChicaUniversitaria20:

Por desgracia, dado que el vídeo ha comenzado a generarle tokens, no es posible eliminarlo.

Gracias por ponerse en contacto,

51

Un frío intenso se apoderó de mi pecho mientras leía el correo. La pantalla se iluminó con un mensaje de Jayda:

Al final lo hiciste?

No lo abrí y corrí hacia el baño justo a tiempo para expulsar la cena del día anterior en el váter. La bilis me ardía en la garganta mientras me limpiaba los restos de vómito. Me desnudé para darme una ducha rápida, con los ojos ardiendo con nuevas lágrimas. No tenía mucho sentido llorar, teniendo en cuenta que me lo había hecho yo solita. Simplemente odiaba sentirme indefensa, nada más. Ni siquiera la posibilidad de ganar todo aquel dinero merecía la pena sabiendo que unos desconocidos me habían visto masturbarme. No culpaba a quienes lo hacían, como Jayda. Me alegraba que hubiera encontrado una forma de ganar dinero extra para su familia y no la menospreciaba por ello. Pero yo no servía para eso. Nunca había sido tan extrovertida, así que era un misterio por qué razón había creído que podría publicar algo tan personal e íntimo sin fustigarme por ello.

En la calidez de la ducha, traté de pensar en Bee y en que gracias al dinero podría seguir estudiando y recuperar la tarjeta del comedor normal, en lugar de la reducida. Pero lo único que podía imaginar era un grupo de mirones sin rostro viendo el vídeo, haciendo Dios sabría qué mientras tanto.

Cuando terminé de ducharme, me vestí a toda prisa. No me

molesté en revisar las visitas antes de prepararme para la siguiente clase.



28

Devryck

Me picaba la curiosidad.

Debería estar corrigiendo los registros de los alumnos y estudiando sus observaciones sobre las fases larvarias. En lugar de eso, me encontraba navegando por los vídeos recientes de Voyeur. Páginas y páginas de hombres y mujeres masturbándose en público. Entonces llegué al final de la tercera página y me topé con la miniatura de un vídeo que me era familiar, subido por ChicaUniversitaria20.

Pulsé sobre la previsualización gratuita.

Igual que el resto de las veces que lo había visto en mi teléfono la noche anterior, me puse tenso al ver sus muslos estilizados. Deslicé y me encontré con que seis mil usuarios ya habían visto el mismo vídeo. Rechinando los dientes, busqué por la página un enlace para solicitar su retirada, pero solo encontré un puto correo que muy probablemente no serviría de nada.

Cerré la aplicación y marqué el número de mi abogado. No solo era el mejor del país, sino que resultaba ser miembro de los Cuervos, por lo que cumpliría de inmediato con cualquier cosa que le pidiera.

Y quería ese vídeo retirado para ayer.

No solo por el hecho de que ella hubiera colgado un vídeo de mi clase en internet, por mucho que quisiera creer aquella excusa patética, aunque indudablemente me cabreaba también. No. En aquel momento tenía una maraña mental muy jodida y ninguna intención de intentar desenredarla.

Griffin contestó al tercer tono.

—¡Devryck! Qué bueno saber de ti. ¿Qué ocurre?

—Necesito un favor. —Pesadilla saltó sobre mi escritorio y se paseó delante de mí para que lo mimara. A pesar de la irritación que me tensaba los músculos, le acaricié el lomo con cuidado, conteniéndome para no arrancarle un puñado de pelo.

—Lo que necesites.

A riesgo de perder los papeles y desquitarme con el gato, agarré a Pesadilla y lo dejé en el suelo con una palmadita en el costado.

—Existe una página web llamada VoyeurBait en la que se ha publicado un vídeo bajo el nombre ChicaUniversitaria20. Necesito que lo retiren. De inmediato.

—¿Es una alumna tuya?

—¿Acaso importa?

—No. Claro que no. Localizaré al dueño y le enviaré un aviso ahora mismo.

Solo se desataron algunos de los nudos que sentía en el estómago. Lo que fuera que me estaba ocurriendo en aquel momento lo averiguaría cuando hubiesen borrado el vídeo. Solo necesitaba quitarlo de ese puto sitio.

—Te lo agradezco. Y, si hay alguna manera de devolverte el favor, no dudes en decírmelo.

—Lo haré. Estate atento, te llamaré para informarte de las novedades.

—Por supuesto. —Colgué, tamborileando el escritorio con los dedos mientras veía cómo subían las visitas. Solo de imaginar que cada sonidito era un gilipollas mirándola con la boca abierta y agarrándose la polla se me agarrotaban los músculos de la rabia. Lancé el vaso al otro lado de la habitación y se hizo pedazos al impactar contra la estantería. La muy mentirosa había subido el vídeo igualmente, y de ningún modo iba a permitir que un puñado de salidos la vieran así.

Unos desgraciados de tres al cuarto que solo la veían como un conjunto de piernas tonificadas y un coño. No tenían ni idea de que la chica era brillante e ingeniosa. Demasiado inteligente para su edad.

Demasiado hermosa para que la vieran como algo tan simple y banal.

No pasaron ni quince minutos antes de que Griffin volviera a llamar.

—He hablado con un tipo llamado Tony. Dice que lo retirará en los próximos diez minutos. Le he dicho que, como no lo borre en diez minutos, le desmonto el tinglado antes de que acabe el día. —No iba de farol. Griffin contaba con el poder y los contactos oportunos para llevar a cabo cosas así. Una vez desmanteló una web de la red oscura para un cliente en cuestión de minutos, una tarea que el FBI no había logrado completar en meses. Sinceramente, no me habría sorprendido que el tipo estuviera vinculado a Anonymous por la rapidez con la que hacía las cosas.

—Aprecio tu diligencia. Y, repito: dime si hay algo que pueda

hacer a cambio.

—Tú siempre has sido un compañero extraordinario. —Colaboré con él en varios casos que requerían exhumaciones de cuerpos, lo que le benefició en los tribunales—. Es un placer ayudarte.

Justamente diez minutos después refresqué la página.

El vídeo ya no estaba.

Con una sonrisa, me recosté en el asiento. Si estaba tan desesperada por conseguir dinero, iba a tener que encontrar otra manera de hacerlo. Me negaba a dejar que una panda de salidos con la polla en la mano se la comiera con los ojos. Me cargaría a toda persona que hubiera publicado ahí y haría desaparecer el sitio antes de permitirlo.

No podía dejar de darle vueltas a la cabeza.

Las imágenes de hombres excitándose con ella se enredaban en mi mente inquieta como una telaraña perversa, y apreté los puños a ambos lados. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no capté la pregunta de Barletta a la primera.

—Profesor, ¿esta mierda es normal?

Desvié la atención hacia donde estaba, encorvado sobre sí mismo, con los pantalones en los tobillos. Hacía un momento estaba sentado en su catre, pero ahora se encontraba de cara a la pared y sacudía el brazo con movimientos bruscos. El revelador sonido de la piel al chocar, junto con los gruñidos, confirmó lo que ya sabía.

Me aclaré la garganta y me di la vuelta.

—Sí. Los impulsos sexuales se intensifican en el transcurso de la infección. —El maldito hedor que flotaba en el aire había empeorado y me invadió la nariz cuando intenté carraspear.

Unos segundos después, sus gemidos retumbaron por toda la

pared de la celda y gritó:

—¡Joder! ¡Joder! —Cuando se subió los pantalones y se dejó caer sobre el catre, me fijé en las gotas de la pared donde había descargado—. Menuda mierda, esto es humillante —dijo, gimoteando mientras cambiaba de posición. Recorrí con la mirada la extraña curva de su espalda. La distorsión de la columna vertebral era una progresión común, puesto que el parásito comenzaba a atacar y a mermar ciertas partes del cuerpo—. Es como… que sale de la nada. Y, si no me ocupo de ello, me da el peor dolor de huevos que he tenido nunca. Me disculpo por hacerlo delante de ti.

—No pasa nada.

—Estaba pensando en la historia que me contaste. La de cómo capturaron a tu hermano. —Tosió y salpicó de rojo el cemento y, al tragar, cerró los ojos con un gesto de dolor—. No sé por qué no he dejado de darle vueltas. ¿Qué pasó con Caesar? ¿No intentó ayudaros?

Aparté mis pensamientos de Lilia y del vídeo y me remonté al recuerdo de Caesar aquella noche.

—No nos debía ninguna lealtad.

—¿Crees que tuvo algo que ver con que se llevaran a tu hermano?

Con la mirada fija en el hombre, estudié su expresión en busca de cualquier reacción tras hacer esa pregunta. Un titubeo. Un tic en un músculo. Que desviara la mirada. Nada.

Un dolor punzante me golpeó la sien y apreté los ojos y la mandíbula, masajeándome justo en ese punto. «Diez, nueve, ocho, siete, seis».

—¿Estás bien? —preguntó Barletta mientras veía ráfagas de luz en los párpados.

—Estupendamente. —Aquella vez tardó un par de minutos en

remitir; recoloqué los hombros con una larga exhalación mientras se desvanecían los últimos retazos de dolor—. Mi padre le dio una paliza. Lo interrogó para intentar descubrir quién había tenido los huevos de llevarse al hijo de Warren Bramwell. Pero fue en vano.

Me asomo por la rendija de la puerta de una de las habitaciones contiguas al laboratorio de mi padre. Caesar está atado a una silla, con la cara magullada y maltrecha, con cardenales de un rojo intenso, prueba de cada puñetazo implacable. Los ojos inflados y deformes, los labios hinchados y ensangrentados; apenas parece humano. Mi padre está de pie delante de él, con dos hombres a los lados, ambos con traje, guantes negros y sendas máscaras extrañas que me recuerdan a un pájaro espeluznante. Las he visto antes en libros sobre la peste. Máscaras de médicos diseñadas para mantener alejados los gérmenes. Lo extraño es que las lleven ahora.

—¿Dónde cojones está mi hijo? —pregunta mi padre por enésima vez.

Caesar no responde. La cabeza le cuelga como una sandía apoyada sobre un palillo; verlo me revuelve el estómago.

Quiero arrancar esa sandía de cuajo y ver cómo revienta contra el cemento. No es fácil ser testigo de cómo golpean a un hombre hasta llevarlo al borde de la muerte, pero quiero a mi hermano de vuelta y no puedo culpar a mi padre de ponerse violento para conseguirlo. De hecho, quiero más violencia. Más sangre.

Uno de los hombres enmascarados que están junto a mi padre vuelve a golpearle la cara: del impacto del puño, la sangre salpica el suelo y sale volando un diente.

Aun así, el guarda se niega a hablar.

Con las manos apretadas, rechino los dientes, deseando poder soltarle unos puñetazos.

Mi padre gruñe y le da la espalda, frotándose la cara con la

mano.

—Sacadlo de mi vista.

No. ¡No!

No ha contado nada, y ya van seis días sin saber de Caedmon.

Reconozco que mi padre se ha esforzado. Siempre me ha dado la impresión de que nos odiaba a los dos y que con gusto se libraría de nosotros. Incluso negoció una recompensa con la policía, una cantidad de dinero bastante jugosa para tratarse de un hombre que actúa como si le importara una mierda.

Los dos hombres arrastran a Caesar hacia la puerta donde estoy escondido y me levanto a toda prisa. Me aprieto contra la pared en un hueco pequeño y sombrío, y observo cómo se llevan el cuerpo inerte. Suena un teléfono en la habitación donde está mi padre y, después de asomar la cabeza para asegurarme de que los guardas han desaparecido, vuelvo al mismo sitio de puntillas y miro.

Mi padre responde:

—Diga.

No oigo lo que dice la otra persona, pero la expresión de mi padre pasa de la exasperación a un ceño muy fruncido.

—¿Qué es lo que quieren? —Se queda callado y se pasa los dedos por el pelo, caminando de un lado a otro—. Tengo dinero. Puedo pagarles cuanto quieran.

Otra pausa.

—¡No! ¡No puede ser! ¡No! ¡Diles que no! —Un pitido finaliza la llamada y él estampa el móvil con un gruñido de rabia—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Con las dos manos enredadas en el pelo, sigue dando vueltas de un lado a otro.

Respiro hondo y me voy acercando hasta que entro en la habitación.

Al principio no se da cuenta de mi presencia mientras camina hacia la pared. Cuando se da la vuelta, clava sus ojos furiosos en los míos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Quién te ha llamado?

—¡No es de tu puta incumbencia!

—¡Es mi hermano! ¡Dímelo!

Con los ojos encendidos de rabia, me responde con un gruñido:

—Te he dicho que no es de tu puta incumbencia. ¡Si no hubieras estado tan ocupado meándote en los puñeteros pantalones, estaría aquí ahora mismo! —Sus palabras me golpean como un puñetazo en el pecho y me quedo sin aliento por el impacto.

—¡Vete a la mierda! ¡Tenían pistola! ¡Eran dos hombres!

—Eso es lo peor, que te dejaron vivir.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no voy a darle la satisfacción de saber que sus palabras son como una puñalada en el corazón. En lugar de eso, aprieto los dientes y dejo que la rabia me consuma.

—Tú sabes quiénes se lo llevaron, ¿verdad?

—No.

—Pero quieren algo de ti. ¡¿Qué es?! ¡Dímelo! —La ira estalla dentro de mí y me abalanzo sobre él; siento un cosquilleo en las manos por las ganas de estrangularlo.

No consigo dar más de dos pasos, pues se saca una pistola de la espalda y me apunta con ella.

Freno en seco y mi mente trata de procesar la situación.

—Fuera de mi vista o juro por Dios que te meto una bala en la cabeza.

—Dime dónde está. Iré a por él. A por todos ellos.

Se ríe con sorna.

—Te mearás en los pantalones y empezarás a convulsionar —dice, llevándose un brazo al pecho y sacudiéndose para burlarse de mí.

Me sorprende no notar el sabor a polvo en la boca de tanto apretar los dientes.

—Te odio con todo mi ser. Él también.

—Me has arruinado la vida. Desde el día que tomaste tu primer aliento y ella murió. Y ahora Caedmon. Tú no eres hijo mío.

Se me saltan las lágrimas y, mirándolo a través de un escudo acuoso, busco mentalmente una sola razón para no convencerlo de que me dispare en la cabeza. La respuesta llega envuelta en una neblina de color rojo. Venganza.

—Puede que lamentes haberme visto tomar mi primer aliento, padre, pero que sepas que yo me regocijaré viéndote a ti tomar el último.

—Por Dios. Tu viejo parecía un capullo integral. ¿Alguna vez supiste de qué iba la llamada esa? —Barletta apoyó los codos sobre las rodillas flexionadas, arrellanado contra la pared.

—Sí.

—Pero voy a tener que esperar para saberlo, ¿verdad?

—Sí. Estoy seguro de que le va a fascinar.

A él le tembló la mandíbula y se frotó los dedos entre sí, inquieto.

—¿Ahora es cuando descubro por qué me secuestraste?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—No creo que sobrevivas otra semana. —Mi voz plana carecía de cualquier ápice de empatía.

Con el labio inferior tembloroso, giró la cabeza a un lado lo justo

para que viera el brillo de su mejilla. Por desgracia para él, ya no quedaba en mí nada a lo que pudiera recurrir, solo un abismo donde arrojar sus lágrimas inservibles.

Mi corazón era un cementerio. Una apatía fría y famélica sepultada entre huesos adormecidos. Nada podía hacerme sentir lástima por él.

Deslizó un par de sobres sellados entre los barrotes.

—¿Puedes asegurarte de que mis hijos los reciban?

—Por supuesto —mentí.



29

Lilia

Aguanté una hora de clase, pero sin asimilar nada. Tuve el teléfono a mi lado todo el tiempo, tentándome a entrar en la página y ver cuántas nauseabundas visitas se habían acumulado en ese tiempo.

Al salir de clase, por fin me atreví a entrar: fui a un sitio tranquilo bajo un árbol, ingresé en el sitio y recorrí tres páginas de vídeos en busca del que había colgado.

Nada.

Pulsé sobre mi perfil y, bajo la pestaña «Subidos», no había nada.

Espera. ¿Qué? ¿Lo habían eliminado *de verdad*?

Los tokens que había acumulado rondaban los novecientos treinta y cinco dólares, pero no me atreví a pulsar el botón de transferir. ¿Y si el vídeo volvía a cargarse?

«No. Déjalo así».

Si eso pasaba, me entraría ansiedad, y no merecía la pena. No

tenía ni idea de por qué había cambiado Tony, o como se llamara, de parecer, pero me sentía bastante agradecida, así que no quise tentar a la suerte. Una potente sensación de alivio me recorrió mientras caminaba hacia el edificio Darrigan para el almuerzo.

Spencer me esperaba en la entrada y, después de pasar la tarjeta, ambos nos dirigimos al bufet. Desde que había llegado, lo único caliente que había comido eran los desayunos. Para almorzar solía comer en el patio y la cena solía consistir en sopa que me llevaba a escondidas a la habitación.

Cogí mi plato y me fijé en la gran cantidad de opciones que había: pescado fresco con limón y alcaparras, pollo con especias rojas, ternera a la barbacoa coreana, raviolis, opciones veganas, y un sinfín de guarniciones y postres, todo preparado por chefs internos.

—¿Va todo bien? —preguntó Spencer detrás de mí mientras amontonaba patatas en su plato.

—Tanta comida me abruma.

—Ya, es una locura todo lo que preparan a diario.

Me serví verduras asadas junto con un poco de arroz y ensalada, y los dos encontramos sitio por la zona delantera. Miré alrededor mientras tomaba asiento en el largo banco y clavé los ojos en los del profesor Bramwell, que me observaba desde una mesa junto a quien supuse que era otro profesor.

Entonces el segundo pareció verme también y me escrutó entornando los ojos. Dejó el tenedor sobre el plato y se acercó de inmediato al profesor Bramwell, quien no me quitó ojo en ningún momento.

Con el ceño fruncido, me di la vuelta, preguntándome si estarían cuchicheando sobre mí, y vi a Spencer mirando a mi espalda, presumiblemente hacia los profesores.

—Parece que mi padre sí que saca tiempo para ciertos privilegiados.

—¿Tu padre?

Asintió y seguí el recorrido de sus ojos hacia el profesor que se me había quedado mirando hacía un momento, quien estaba recogiendo su cartera y el plato con la mitad de la comida.

—¿Te refieres a Lippincott, el rector?

—El mismo.

Lippincott padre se detuvo y me miró de nuevo con el ceño fruncido, y por el rabillo del ojo vi que Spencer lo saludó. El hombre no le devolvió el saludo. En lugar de eso, le estrechó la mano a Bramwell y se dirigió hacia la salida.

Cuando pasó por nuestro lado, Spencer se inclinó hacia él, seguramente para llamar su atención.

—Papá, quiero presentarte a…

El Lippincott mayor pasó cojeando sin ni siquiera asentir con la cabeza y salió del comedor.

—¿No te hace caso?

—Eso en los días buenos. En los malos… Bueno, dejémoslo en que prefiero los buenos. No sé qué mosca le ha picado hoy.

La leve cojera que había notado en su forma de andar me trajo a la memoria el artículo que había leído hacía un tiempo sobre aquella mujer sintecho, Andrea Kepling, que había atacado a Lippincott en su casa.

—Oye, ¿te suena una mujer llamada Andrea Kepling?

—¿Quién?

Eché un vistazo furtivo alrededor y comprobé que no había otros estudiantes que pudieran oír mis susurros, así que me incliné hacia delante.

—La mujer que atacó a tu padre.

—¿La psicópata esa que afirmaba que mi padre le había metido gusanos dentro? No llegué a conocerla, pero sí. Le dejó una cicatriz muy fea en la pierna.

Había olvidado ese detalle: ella aseguraba que, de alguna forma, él la había infectado.

—¿Gusanos… noctisoma?

—Vete tú a saber. Esa mujer estaba zumbada.

—¿«Estaba»?

—Sí. —Echó un vistazo a nuestro alrededor y se acercó—. Oí a mi padre decirle a alguien que había muerto hace unas semanas. Alguien la encontró desplomada en la bañera de la casa donde se alojaba. —Se pasó la lengua por los labios y desvió la vista más allá de mí antes de volver a mirarme—. Supongo que Bramwell le practicó la autopsia. —Hablaba bajito, como si el tipo lo oyera a pesar del barullo que resonaba en todo el comedor.

Gusanos en la barriga. Bramwell llevando a cabo la autopsia. Mientras picoteaba el almuerzo, asimilé en silencio la imagen que estaba dibujando en mi mente, la cual me hizo preguntarme cómo habría muerto.

—¿Hay alguna posibilidad de que tu padre sí que la hubiera conocido en algún momento?

—Qué va. Dijo que no la había visto en su vida.

—¡Lippincooooott!

Me sobresalté al oír un grito a mi espalda y, al girarme, vi a cuatro tipos que se acercaban, todos vestidos con polo y bermudas, uno de ellos con lo que supuse que era un balón de rugby; parecían sacados de un catálogo de Abercrombie.

Con la sangre zumbándome en los oídos, recé para que no se sentaran en nuestra mesa.

«Por favor, no os sentéis».

Sin embargo, todos se apiñaron a nuestro alrededor, dos a mi derecha y dos a mi izquierda. De reojo vi que uno de ellos me miraba tan fijamente que pensé que le iban a salir rayos láser por los ojos. La tensión se apoderó de mis músculos y las ganas de escapar de mi propio pellejo me arañaron los huesos.

—¿Quién es tu nueva amiga? —preguntó el que me miraba desde un lado.

—No es asunto tuyo. —Aunque las palabras de Spencer eran afiladas, en su tono se percibía un aire de diversión.

—Bueno, pues «No es asunto tuyo» parece que se aburre bastante sentada aquí contigo. Eres nueva por aquí, ¿eh? —Al fin se dirigió a mí directamente y asentí con un gesto seco—. ¿De dónde eres?

—No soy de por aquí.

El tipo soltó una risita y se sentó a horcajadas sobre el banco, girado hacia mí.

—Nadie es de por aquí.

Detestaba que invadiera tanto mi espacio, hasta el punto de sentir su aliento en el hombro.

—Joder, y menos mal —añadió uno de sus amigos—. Todos los fantasmas y las historias sobre este sitio probablemente volverían loco a cualquiera. Como le pasó al Doctor Muerte —susurró y se rio por la nariz.

—Cuéntanos, pelirroja, ¿de dónde eres?

Al levantar la vista hacia Spencer, que estaba comiéndose el almuerzo como si no se diera cuenta de mi creciente irritación, me percaté de que no tenía intención de librarme de sus amigos.

—¿Qué más te da? —pregunté, con un deje de fastidio marcando la pregunta.

—Simple curiosidad. ¿Qué te cuesta decirlo? —La ligera sonrisita

que le tiraba de la comisura de los labios me dejó pensando que tal vez ya lo supiera.

—Vamos, Jared, déjala en paz —intervino por fin Spencer.

—No entiendo por qué tanto secretismo. Ahora *necesito* saberlo.

—Bueno, esto se está yendo de madre. Gracias por la comida, Spencer. Luego te veo. —Me levanté del asiento y sentí que me agarraban del brazo; miré al gilipollas que me tenía sujeta con los dientes apretados—. Suéltame ahora mismo.

—Señorita Vespertine, ¿puedo hablar con usted?

Al oír el sonido de una voz mucho más madura, me giré y encontré al profesor Bramwell de pie detrás de mí, con una mirada de muy mala leche clavada en el chico del rugby. El ambiente cambió, como si su mera presencia hubiera proyectado una ráfaga de hielo sobre la mesa.

Se me aceleró el pulso y me soltaron el brazo.

Tragando saliva, asentí.

—Claro.

Con un ligero ademán, me indicó con la cabeza que lo siguiera hacia la salida, disminuyendo el paso cuando lo alcancé.

—Mis disculpas si quería terminar su almuerzo. Parecía que necesitaba una vía de escape.

—Es usted muy observador. Entonces ¿no estoy en problemas?

—No lo sé. Dígamelo usted. —Se detuvo justo fuera del comedor y se giró para mirarme a la cara; echó un vistazo por encima del hombro cuando un grupo de estudiantes pasó por nuestro lado—. ¿Ha eliminado el vídeo?

—Sí. Por supuesto.

—Entonces, si le pidiera pruebas, me cedería su teléfono sin problemas.

Mirándolo directamente a los ojos, saqué el móvil del bolso y se

lo tendí.

Se limitó a bajar la vista hacia el aparato y de nuevo hacia mí, sin molestarse en cogerlo.

—Bien. —Se hizo un silencio incómodo por un momento, antes de que desviara la mirada hacia el comedor y otra vez de vuelta—. He observado que el señor Lippincott y usted han entablado una buena relación.

Volví a guardar el móvil en el bolso y noté cómo seguía el movimiento con los ojos. Aquel hombre se comportaba como una pantera, no se le escapaba nada.

—Es amable. Sincero.

—He descubierto que «amabilidad» y «sinceridad» rara vez van de la mano.

—No parece que sea el caso de Spencer.

—Por supuesto que no. —Flexionó la mano y, en el breve interludio de la conversación, me quedé mirando la tira de la cartera que le cruzaba el pecho y que, de algún modo, le acentuaba los anchos hombros—. He corregido los exámenes de la semana pasada. En una clase de sesenta y ocho estudiantes, diez de los cuales han suspendido estrepitosamente, usted es la única con sobresaliente. —La ligera curva de sus labios me indicó que aquello le había gustado.

Por razones que no podía explicar, la idea me resultó graciosa.

—Puesto que parece dominar la neuroparasitología, quizá la clase le parezca aburrida —apuntó.

—En absoluto. Sus clases son fascinantes.

De nuevo curvó los labios, mucho más esta vez. Sin previo aviso, me lanzó una manzana que no me había dado cuenta de que llevaba.

—Por si tiene hambre más tarde. Buenas tardes, señorita

Vespertine. —Acto seguido se dirigió al patio.

—Oye —dijo Spencer, acercándose a mí—. Lo siento mucho. Esos tíos son imbéciles. ¿Todo bien con el Doctor Muerte?

—Sí. —Lo observé mientras cruzaba el patio como una tormenta atravesando el cielo. Esa era la forma perfecta de describirlo: amenazante y aciago, pero hipnotizante al mismo tiempo—. Solo quería preguntarme por una de las entradas de mis registros. —Se me hizo extraño no poder apartar la vista ni parar de pensar en esa sonrisa en apariencia inofensiva, que aún me hacía sentir un aleteo en el estómago.

—Ah. Oye, en realidad te invité a almorzar porque quería saber si tenías planes para el sábado que viene.

Por fin desvié la mirada de Bramwell.

—Estudiar, seguramente.

—¿Hay alguna posibilidad de convencerte para que te tomes la noche libre y me acompañes a un acto benéfico? —Debía de tener una expresión de completo desinterés, porque siguió diciendo—: Es una gala con un concierto a la luz de las velas. Pero te prometo que no es una cita. Es solo que… preferiría ir con alguien que no me ponga la cabeza como un bombo.

—No creo. Lo siento. Además, no tengo nada que ponerme para algo así.

—No tendrías que preocuparte por eso. Yo te regalaría el vestido. Sería mi forma de darte las gracias por salvarme de tener que ir con Kendall.

¿Tener que ir con Kendall? Pero si era preciosa, y claramente estaba colada por él. No iba a ser ningún suplicio pedírselo.

—Tienes a todo el campus, Spencer. Y que sea a la luz de las velas suena demasiado… *íntimo*.

—Te prometo que no lo será. Por favor. Estoy dispuesto a

suplicar si hace falta.

Dejé escapar un suspiro, pues mi cabeza se negaba a ceder. Por norma general, odiaba los compromisos sociales, pero uno exclusivo de ricos sin duda me produciría urticaria.

—Seguro que se lo puedes pedir a otra persona.

—No, te lo aseguro.

Crucé los brazos y resoplé, odiándome por ser tan empática, ya que realmente estaba considerando su petición.

—¿A qué hora?

—Empieza a las ocho. Termina a medianoche.

—No voy a quedarme por ahí hasta medianoche.

—Sin problema. Te llevaré a casa cuando lo necesites. Palabra de scout.

Joder, aquel chico no se rendía tan fácilmente.

—¿Estás seguro de que no preferirías llevar a otra persona?

—Segurísimo.

«No lo hagas, Lilia. No cedas».

—Bueno, iré.



30

Lilia

Aburrida durante el programa de empleo, me encontré de nuevo leyendo textos en la sala conmemorativa Adderly y, como ya había ocurrido anteriormente, la historia de Mary Elizabeth me sumergió de lleno en el pasado de la universidad. Aunque un gran número de los diarios de Adderly estaban fuera de mi alcance, conseguí hacerme con uno donde detallaba alguno de los experimentos llevados a cabo en pacientes. Describía a una mujer joven, tan solo un año menor que yo, que había tenido una aventura con un hombre casado. Debido a la trayectoria intachable de él, los clérigos del pueblo determinaron que ella debía de ser una bruja si había seducido a alguien tan devoto.

Tuve que contener la risa.

En consecuencia, habían enviado a la mujer a la isla a la espera del juicio. El doctor Stirling, sobre el que había leído en la otra ocasión —el inquietante doctor que vestía el uniforme de la peste

para repeler los malos espíritus de los pacientes—, convenció aparentemente a los clérigos de que contaba con métodos para salvar su alma, y, por consiguiente, le evitó el juicio público y la hoguera.

Seguí leyendo y descubrí que su destino no fue mucho más seguro en manos del doctor Stirling. Estando bajo su cuidado, le sacaron un ojo, le extirparon la lengua y le cosieron la boca. Las anotaciones detallaban que le habían administrado ácido estírlico para purificar su cuerpo; sin embargo, la causa de su muerte fue una pérdida excesiva de sangre después de obligarla a desangrarse para extraer sangre negra.

Me detuve en ese punto, con el ceño fruncido.

¿Sangre negra?

Su salud mental había empeorado de forma significativa durante su estancia en el monasterio y había manifestado terror ante alucinaciones y sensación de tener serpientes en el vientre.

De nuevo me quedé mirando al vacío. «¿Era posible que…?».

Aquella anotación me llevó a buscar otros síntomas. Y encontré uno más: ojos reflectantes, considerado un rasgo demoniaco. Unas páginas más adelante me detuve ante un tosco boceto de un cráneo humano con dientes negros afilados. La nota que lo acompañaba describía que había pertenecido a la tribu cu'unotchke, la cual había habitado en la isla en la misma época en que llegaron los primeros colonos. Los antiguos acadianos los consideraban salvajes, monstruos, con dientes de piedra negra que, supuestamente, usaban para desgarrar carne y unos ojos que brillaban como los de los animales. Tomé una foto rápida del dibujo del cráneo, centrándome en especial en las extrañas marcas del hueso; eran finas y negras, casi parecían estar talladas, como fisuras diminutas.

La cabeza me daba vueltas. El profesor Bramwell me había dicho

que el organismo contaba con una historia que se remontaba muy atrás en el tiempo. ¿Era posible que se extendiera hasta el 1700? Cuando me reuní con él, también señaló que las estriaciones óseas eran otro hallazgo en la autopsia y que se supo de ellas hacía treinta años. ¿Su padre había estado trabajando en el noctisoma? ¿Era esa la base del estudio Crixson?

Mi mente volvió rápidamente a lo ocurrido en el comedor con Spencer y a la discusión de *su* padre con Andrea Kepling, quien también había mencionado tener gusanos en la barriga. Bramwell le practicó la autopsia. Si lo que decía él era cierto, que rara vez se había encontrado con casos fuera de la isla y que no se contagiaba entre personas, ¿era posible que Andrea Kepling hubiera vivido en Dracadia? ¿Que fuera una de las pacientes que escapó del estudio?

Me acerqué al ordenador, cuya conexión a internet era deficiente, y escribí «Andrea Kepling» en la barra de búsqueda, igual que antes. El artículo que ya había leído era uno de los tres resultados y, al igual que uno de ellos, se había publicado en un periódico bajo el mismo titular sobre su ataque a Lippincott. En cambio, el tercero lo había escrito un bloguero llamado Anon Imus y cliqué en él. Aunque daba prácticamente los mismos detalles que los otros dos artículos, había una diferencia: se cuestionaba la participación de Andrea en el Proyecto Crixson, igual que yo.

Busqué de inmediato dicho proyecto, pero solo encontré un artículo sobre las seis muertes inexplicables.

De algún modo, se consideraron suicidios.

Todos por ahogamiento, pero sin mencionar a las otras dos pacientes.

Intrigada, indagué más y encontré otro artículo que ofrecía un breve resumen del experimento, liderado por el doctor Warren Bramwell, quien fue profesor en Dracadia durante muchos años.

El padre de mi profesor.

El proyecto tenía como objetivo testar una inoculación que, según decían, revertía los efectos de la diabetes insulinodependiente. Aparentemente, lo que se administró a las mujeres buscaba la inmunidad del organismo, bloqueando los linfocitos que atacaban a las células beta pancreáticas secretoras de insulina. Una posible cura para la diabetes.

Salvo por el trágico resultado, que acabó suponiendo la cancelación del proyecto. Por desgracia, no había mucha más información disponible sobre los presuntos suicidios.

Después de recoger el diario, corrí de vuelta al mostrador de préstamos, donde Kelvin estaba registrando libros en el ordenador.

—¿Tenemos algo de información sobre el Proyecto Crixson?

—Sí, pero me temo que esas referencias están guardadas y no se puede acceder a ellas, debido a la tragedia relacionada con el proyecto.

—¿Hay algo que sí pueda ver? ¿Aunque sea un resumen del proyecto?

—Lo siento, pero no, señorita Vespertine. ¿Ha terminado con el diario de Adderly? Necesito devolverlo a la caja fuerte antes de acabar mi turno.

—Sí. Gracias.

Tenía que haber información sobre ello. ¿Cómo si no iba a saber tanto Mel?

Tal vez ella tenía otras fuentes a las que yo podría acceder.

Con un suspiro, me di la vuelta y, al otro lado del ala de ciencias, vi al profesor Bramwell leyendo unos textos en una de las mesas. Se me vaciaron los pulmones como un globo al ver a aquel hombre inclinado sobre el libro, estudiándolo con intensidad y con los dedos enredados en el pelo.

—¿Puedo molestarla un segundo? —preguntó Kelvin a mi espalda, rompiendo el hechizo.

Sacudí la cabeza y giré sobre los talones.

—Claro que sí. ¿Qué necesita?

Me tendió una pila de textos de física.

—Devuélvalos a sus estanterías, por favor.

—Por supuesto. —Miré el número asignado y me di cuenta de que era el mismo pasillo en el que estaba sentado el profesor Bramwell. Sin apartar la mirada de él, me llevé las carpetas, tratando de no comerme al hombre con los ojos mientras estudiaba, menos aún cuando mi cabeza me pedía que lo interrogase sobre Andrea Kepling.

«No lo incordies».

¿Por qué se me aceleraba el pulso cuando aquel hombre estaba cerca?

No levantaba la vista del libro que tenía colocado en la mesa, y, cuando se frotó la nuca, sentí un cosquilleo inexplicable en los dedos.

Me acerqué más.

Y más.

Llegué al pasillo, dándole vueltas a la cabeza a cómo sacar el tema de Andrea Kepling. «¿Tienes que ser siempre tan rebuscada? —me reproché mentalmente—. Háblale del tiempo. O de deportes».

Odiaba los deportes.

«Joder, pregúntale si quiere agua, pero, por el amor de Dios, no menciones a Andrea Kepling».

Me acerqué a la mesa, con los nervios cada vez más a flor de piel. «Sé audaz». El oxígeno se me agolpó en los pulmones y, con una exhalación inútil, seguí avanzando hacia la estantería.

Él giró la cabeza un poquito, como si sintiera que pasaba

alguien.

Me detuve a su lado por un breve momento, con los labios entreabiertos, lista para soltar cualquiera de los millones de preguntas que me rondaban la cabeza.

—¡Devryck! —gritó una voz que me resultó familiar, y al girarme vi a la profesora Gilchrist acercándose a paso tranquilo, con los ojos encendidos y centrados en el profesor Bramwell.

Cuando volví a darme la vuelta, me lo encontré con la mirada fija en mí. Una extraña sensación revoloteó en mi vientre y agarré los textos con más fuerza mientras pasaba por su lado hacia las estanterías. De reojo, vi que Gilchrist se sentaba en una de las sillas de la mesa junto a su espacio de trabajo.

—¡Tengo buenas noticias! He conseguido varios especímenes no infectados. La Asociación para la Preservación no se ha mostrado muy entusiasmada, pero comprenden la importancia de esta investigación.

Escuchar a escondidas era un comportamiento muy inapropiado, pero no pude evitarlo.

—Maravilloso. Gracias.

Se hizo un silencio entre ellos y yo rodeé el otro extremo del pasillo hasta la fila de al lado, fingiendo guardar un libro.

—¿Por qué no me respondes a las llamadas? —Habló más bajo que antes, pero yo distinguía las palabras—. Estoy… confundida. No dejo de darle vueltas a la última vez que nos vimos, intentando averiguar qué he hecho para molestarte.

—No voy a volver a tener esta conversación.

—Devryck… Estoy… Creo que estoy enamorada de ti. No puedo dejar de pensarte.

Entre los libros, observé que él tamborileaba la mesa con los dedos impacientemente, con los hombros tensos de fastidio. Cuanto

más hablaba la mujer, más cerca estaba la bomba de estallar.

—Una vez más —dijo ella con voz insinuante—. En mi despacho. Te prometo que no vuelvo a llamarte.

—No.

—¿No? —Con las cejas levantadas, puso cara de haber recibido una bofetada—. ¿Hay alguien más?

Me detuve, sin respirar siquiera, mientras esperaba a que respondiera. Por algún motivo necesitaba saberlo también. Asomada entre los libros, vi cómo apretaba el puño.

—¿Por qué no me respondes? —insistió ella, claramente sin captar las señales del hombre.

«No te metas. No es asunto tuyo».

Lo que había ocurrido en el comedor antes tampoco era asunto suyo, pero no se lo pensó antes de intervenir. Y yo se lo agradecí.

Respiré hondo y volví a rodear los pasillos; luego me aclaré la garganta y me detuve a su espalda.

—¿Profesor Bramwell? —El corazón me latía desbocado, no me podía creer que hubiera encontrado agallas para meterme en medio.

Movió la cabeza a un lado sin decir nada y entrelacé las manos sudorosas para que no me temblaran.

—He localizado el texto sobre la patogénesis eucariótica que ha solicitado. —Una absoluta mentira que me costó creer que hubiera salido de mi boca con tanta facilidad.

Él, con el ceño fruncido, se giró en su asiento y pareció estudiarme por un momento.

«Por favor, no me hagas quedar como una idiota».

—Si quiere seguirme, puedo indicarle dónde está.

Se hizo otro agonizante silencio y él echó los hombros hacia atrás.

—Sí. Por supuesto. —Miró a Gilchrist, pero yo no me atreví.

Aquella mujer probablemente me estaría apuñalando con los ojos. Cuando él se puso de pie, por fin le eché un vistazo a ella, cuya mirada desprendía un algo que me dio un escalofrío en la nuca.

—Profesora Gilchrist —dije, asintiendo en señal de reconocimiento.

Ella curvó los labios en una sonrisa fingida.

Con un movimiento de cabeza, invité al profesor a seguirme cuatro filas más adelante y, una vez que estuvimos lo bastante lejos como para que nos oyera, me di la vuelta y comprobé que sí que me había seguido.

Se metió las manos en los bolsillos y se acercó.

—O es increíblemente astuta o excepcionalmente entrometida.

Volví a aclararme la garganta y bajé la mirada.

—Mis disculpas. Parecía que necesitaba una vía de escape —dije, repitiendo las palabras que me había dedicado en el comedor.

Con los ojos entrecerrados, me devolvió la mirada de esa forma suya tan inquietante y estudiosa.

—¿Trabaja en el ala de ciencias?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—Tres noches a la semana, señor.

Se quedó observándome un minuto más y sentó el peso de su mirada aplastándome.

—Gracias, señorita Vespertine.

Cuando pasó por mi lado, me di la vuelta.

—Espere, profesor Bramwell. —Él se detuvo, y me arrepentí de inmediato de mi naturaleza impulsiva—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Depende.

Era en ese momento o nunca. Era probable que no volviera a

conseguir jamás su atención absoluta.

—Sé que no me va a dar detalles, pero me preguntaba si podría hacerle una consulta sobre Andrea Kepling.

Se dio la vuelta para quedarse completamente frente a mí de nuevo, pero no dijo nada. Sin embargo, la pregunta estaba grabada en la arruga de su frente: «¿De qué la conoces?».

—Sé que la trajeron aquí para realizarle la autopsia.

—¿Y cómo ha llegado hasta esa información?

—No tengo la libertad de decirlo. —Aunque, después de haberme visto con Spencer, sospechaba que era suficientemente inteligente como para adivinarlo. No quería delatarlo, pero mi desesperación por encontrar respuestas empujó esa preocupación al final de mis prioridades.

Con un suspiro de exasperación, se cruzó de brazos, atrayendo mi atención hacia el prominente músculo de su bíceps.

—¿Cuál es su pregunta? Tenga en cuenta que no se me permite divulgar ningún tipo de información sobre su historial médico.

Lo que significaba que tenía que elegir mis palabras con astucia.

—¿Alguna idea de cómo pudo contagiarse de noctisoma?

Con la mejilla contraída por una media sonrisa, se acercó. Y un poco más. Hasta que percibí un atisbo de su deliciosa colonia.

—Yo nunca he confirmado tal diagnóstico.

Sin embargo, el hecho de que no lo negara rotundamente me dijo que podría haber mentido.

Lo fulminé con la mirada.

—Ella afirmó que Lippincott le introdujo gusanos en el vientre. Se la enviaron a usted para que practicara la autopsia. Me parece una gran coincidencia.

—Permítame que la advierta, señorita Vespertine. Es usted una polilla desorientada que revolotea alrededor de una luz brutal. Ciega

ante el peligro incomprensible que despiertan sus curiosidades.

—Quiero saber la verdad.

—La verdad es el lujo intangible de los que ostentan el poder.

No lo dudaba, menos aún en un lugar como Dracadia, pero me negaba a aceptarlo.

—He venido a encontrar respuestas, profesor. No me da miedo hacer preguntas.

—¿A costa de qué? ¿Su beca? ¿Su futuro? ¿Su *vida*?

—¿Me está amenazando?

—Sí. —Dio un paso al frente y me hizo retroceder hacia la estantería que tenía detrás; extendió la mano y creó una especie de jaula—. No tiene ni idea de con quién se está metiendo.

Ya me había visto antes acorralada por hombres, aterrorizada, pero no era el caso con el profesor Bramwell. Aquello casi parecía una invitación. Un reto. Con el corazón desbocado, levanté la barbilla, desafiante.

—¿Con quién me estoy metiendo?

Él bajó la mirada hasta mis labios de una forma que me resultó demasiado íntima. Estaba tan absorto que era imposible malinterpretar los pensamientos que debían de estar agitándole la cabeza en ese momento.

—Es fascinante lo dócil y atrevida que puede ser al mismo tiempo. —Se pasó la lengua por los labios y recé para que él hiciera algo atrevido, como juntarlos con los míos—. Es indiscutiblemente brillante, así que deje de hacerse la necia. Déjelo estar.

Pasó por mi lado y cuando dobló la esquina solté un suspiro tembloroso. Madre mía, qué hombre tan intenso.

Pero ni siquiera el Doctor Muerte podía intimidarme, llegados a ese punto. Sentía demasiada curiosidad. Las paredes de aquel lugar guardaban secretos oscuros, esqueletos del pasado que pretendía

desenterrar a mazazos.



31

Devryck

—Tenemos un problema de cojones. —Lippincott se paseaba frente a mí mientras yo estaba recostado sobre la silla de mi despacho y observaba al hombre rumiando algo. No dejaba de murmurar para sí mismo que alguien le había mentido, con el pelo de la coronilla todo alborotado y la cabeza casi en carne viva—. La chica. Ella es el problema.

—¿Qué chica? —pregunté, dándole un sorbo a mi copa como si nada. Aunque tenía una idea bastante clara de a quién se refería.

Él sacudió la cabeza, sin molestarse en dejar de moverse de un lado a otro.

—No me jodas. Ya sabes qué chica. *La* chica. La que te dije que vigilaras.

—Y eso he hecho. Así que ¿cuál es el problema? —Normalmente su estado ansioso me habría resultado entretenido, pero ahora me aburría, en vista de que tenía algo mucho más emocionante

esperándome en el laboratorio: una inyección recién preparada de la toxina.

—¿Que cuál es el problema? ¿La has visto?

Casi todas las putas noches al cerrar los ojos, pero no me molesté en decir aquello en alto.

—¡Es la viva imagen de su madre!

—Como tantos otros niños.

—¡Deja de mofarte de mí, Devryck! —Dio un puñetazo en mi escritorio, aunque no consiguió intimidarme con su rabia. Cuadrándose de hombros, me miró fijamente con resuelta valentía, viendo que mi paciencia empezaba a agotarse—. Su madre es la mujer «desaparecida». La que huyó del retorcido estudio de tu padre.

Joder. Fruncí el ceño. Esperaba que siguiera igual de obtuso y no las relacionara, algo que yo mismo sospechaba desde que había leído ese informe alterado del forense.

—Estás seguro, ¿no? —dije, haciéndome el tonto.

—¿Crees que me olvidaría de una cara como esa?

Teniendo en cuenta las preguntas de Lilia, no me dio la impresión de que estuviera al tanto de que su madre había participado en el estudio. De lo contrario, sospechaba que habría sido mucho más específica con sus muchas consultas.

—Te dije que le echaría un ojo y eso haré. —Extendí el brazo hacia el decantador de burbon para llenarle el vaso, porque tenía la cara roja como un puto tomate y parecía que le faltaban dos exhalaciones para sufrir un derrame—. Por lo pronto, no ha causado ningún problema —añadí mientras llenaba mi propio vaso. Dado que había confirmado mis sospechas sobre la participación de la madre en Crixson, no podía entender las probabilidades de que aquello sucediera. El destino debía de haber vuelto a drogarse, porque no

dejaba de recordarme lo capullo integral que había sido mi padre en vida.

—Está aquí por algo, Devryck. Sin duda, está tratando de sacar a la luz información. Y, cuando lo haga, volveré a encontrarme una vez más frente al pelotón de fusilamiento. Tu puto padre me *arruinó* la vida. —Se levantó de mi escritorio de un impulso y empezó a dar vueltas de nuevo—. ¡Me la arruinó! —Se puso a dar puñetazos al aire como un loco, como si mi viejo estuviera de pie frente a él en aquel momento. No me extraña. Yo mismo le habría dado unos cuantos puñetazos.

—Relájate. Solo tiene curiosidad por el organismo.

Ignorándome, agarró su bebida del escritorio y derramó unas cuantas gotas de licor sobre la superficie brillante, lo cual me puso de los putos nervios.

—Gilchrist le asignó el puto *edificio Crixson*. ¿Crees que fue casualidad? —Se bebió el vaso de un trago y casi se atragantó por no esperar lo suficiente para responder su propia pregunta—. No. Esa mujer me la tiene jurada. ¡Está tratando de arruinarme la puta vida por no haberla ascendido! —Negó con la cabeza y luego volvió a caminar de un lado a otro, dándole sorbos a su vaso. Se aflojó la corbata mientras gruñía, lo que le dio aún más aspecto de lunático —. Qué farsante de mierda. ¡Su puta madre, me mintió a la cara! —Era difícil adivinar si hablaba de Langmore, de la madre de la chica o de otra persona—. Me equivoqué. Concederle un semestre aquí fue una idea malísima. ¡Nefasta!

—¿Has llegado tú solo a esa conclusión?

—No tenía ni idea de quién cojones era. No lleva el mismo apellido. ¡Ni que los expedientes académicos vinieran con un puto álbum de familia! —Era sorprendente que no se hubiera quedado sin pelo de tanto pasarse las manos por la cabeza—. Tiene que largarse.

—¿No sería más sensato contener el problema? Ha firmado un acuerdo de confidencialidad, por lo que no puede contar ni una sola palabra acerca del noctisoma. Al menos no sin repercusiones legales.

Se rascó la mandíbula, obviamente considerando mis palabras con la mirada perdida.

—¿Tiene más familia?

No me gustaba la idea de compartir información personal de Lilia con él, pero no decírselo solo habría aumentado su curiosidad y la habría vigilado más de cerca, en lugar de confiar en mí para que la tuviera controlada.

—Una medio hermana y el exnovio de su madre.

Dio otro sorbo e hizo un movimiento con los dedos para que volviera a servirle.

—¿Y la madre murió? ¿Sabemos si falleció?

Empujé el decantador para pasárselo y no tener que rellenarle yo la copa cada vez que la vaciara, pero que Dios lo ayudara si el muy capullo volvía a derramarla.

—Hace cuatro años, por lo que he averiguado.

Se sirvió la bebida y observé cómo salpicaba cerca del borde, pero, por suerte para él, no se salió del vaso.

—¿No te ha hecho ninguna pregunta?

Era para reírse.

—Sí. Me ha bombardeado. Nada de lo que preocuparse. —La silla chirrió cuando me recosté y subí los pies al escritorio—. No es más que una chica soñando con encontrar la cura que acabó con la vida de su madre.

—¿No te ha preguntado *nada* sobre Crixson?

—No. ¿Y por qué te preocupa? Esos archivos están guardados bajo llave. La información de su madre y de Kepling ya no existe. Estás paranoico. —Aparte de la fascinación pura que me despertaba,

no tenía ningún vínculo con la chica ni le guardaba lealtad, así que el hecho de que la estuviera protegiendo carecía de sentido.

Con una exhalación larga, Lippincott se dejó caer sobre la silla de enfrente.

—Tal vez tengas razón. ¿Qué narices puede hacer ella? Nada. —Se bebió todo el vaso de licor de un trago y lo dejó sobre mi escritorio—. Bueno. Se queda. Por ahora.

Entonces me di cuenta de que acababa de negociar la posibilidad de que Lilia conservara la matrícula.

Ni idea de por qué.

Me quedé mirando el teléfono, con el vídeo de Lilia en pausa. Había soñado con ella la noche anterior. Con esos dedos largos y finos deslizándose por mis brazos hasta la nuca. Un tormento con el que había cargado toda la tarde hasta por la noche, cuando interrumpió mi concentración en la biblioteca. Gilchrist era una molestia, pero Lilia era una distracción irritante, aunque bienvenida.

Recordé la expresión de sus ojos cuando la acorralé contra aquellas estanterías. El brillo desafiante que me hizo querer apoderarme de esos malditos labios carnosos y acabar con lo que fuera que me mantenía cautivo bajo su hechizo venenoso. Su aroma exasperante que alteraba la química del cerebro. El irresistible embrujo que indudablemente arrastraba a los hombres a la ruina.

Un roce. Solo un roce acabaría con esta curiosidad agónica, pero corría el riesgo de sumirme en una espiral de locura.

Maldita fuera por ser tan inquisitiva. Las preguntas que había empezado a hacer se adentraban en terreno pantanoso, sobre todo porque Lippincott sospechaba quién era su madre, y, si la persona equivocada llegaba a oírla, quién sabe lo que eso podía acarrearle.

Odiaba aquella obsesión secreta que había empezado a desarrollar por ella.

Estaba mal.

Aunque era mayor de edad, una mujer en esencia, seguía estando prohibida, y el hecho de que sintiera cierto deseo era prueba de la eficacia de mi última inoculación.

Saqué la jeringa del estuche, cuya sustancia de color morado pálido me agitaba las venas, ansiosas por probarla. Había empezado a metabolizar la toxina a un ritmo mucho más lento después de todas las semanas que llevaba administrándomela, pero no estaba cerca de ser lo bastante estable como para llevar a cabo ensayos clínicos. En ausencia del parásito, no tenía un mecanismo real para reponerse, por lo que sus efectos eran efímeros. Estaba demostrado que las generaciones posteriores del parásito eran más afines en cuanto a la genética humana, pero seguía habiendo un defecto: la sostenibilidad.

Y la necesidad de recurrir al sacrificio humano para que el parásito se reprodujera y comprendiera nuestra fisiopatología.

El otro problema era el efecto secundario que activaba mi propia necesidad de reproducirme.

Aun con la ausencia del parásito en sí mismo, dado que la inoculación que me administraba consistía en nada más que la toxina purificada, seguía obligando a mi mente a querer follar. Un impuso que había conseguido controlar la mayor parte del tiempo, incluso en presencia de tantas mujeres jóvenes y fértiles en el campus. Un mecanismo químico impulsado por la misma toxina que me inyectaba por voluntad propia.

Porque era también esta toxina la que estimulaba mi sistema inmunológico y contribuía a la formación de proteínas protectoras que reparaban eficazmente los daños ocasionados por mi

enfermedad. Los revertía, aunque solo de forma temporal. Cada nuevo episodio, cuando los músculos se me contraían de forma involuntaria y el dolor de cabeza se volvía insoportable, suponía un nuevo daño que debía ser restaurado por la potente acción de esas proteínas.

Y seguía corriendo el riesgo de que me afectara al corazón.

Anhelaba el día que pudiera controlar mejor la toxina, de tal manera que permitiera revertir por completo la genética defectuosa que causaba la enfermedad. La misma que acabó matando a mi padre.

No buscaba reconocimiento por lo que mi investigación podía conseguir. Solo quería volver a sentir, joder.

Después de limpiar la zona con alcohol, alineé la jeringuilla sobre la vena y me la clavé en la carne. Sin dolor. Sin quemazón por el líquido. Solo una pizca de sangre alrededor de la herida, que cubrí con algodón antes de retirar la jeringuilla.

En cualquier otro laboratorio me habrían desacreditado por usarme a mí mismo como sujeto de prueba. Habría perdido la acreditación y me habrían puesto en la lista negra del mundo académico.

Por suerte, Dracadia no era como el resto de las universidades.

Si hubieran estado al tanto, sospecho que habrían hecho la vista gorda, siempre y cuando siguiera informando sobre los avances. Y no muriera. Mientras mantuviera una apariencia de legalidad en los laboratorios de arriba, aquí, en mi laboratorio privado, podía hacer cualquier cosa, incluso cometer un asesinato.

No fue sin persuasión que accedí a continuar con la investigación de mi padre. En su lecho de muerte juré que sus estudios de toda una vida morirían con él. Fue Lippincott quien me animó a considerarlo. A investigar el potencial para curar mi propia afección.

Aceptó financiar la investigación y trabajó para reavivar el interés en ella después de que mi padre se hubiera ganado el rechazo de toda la comunidad académica.

Necesitaba que tuviera éxito.

Estaba desesperado por desligarme del humillante legado de mi padre.

La habitación se ladeaba y se movía mientras la toxina me recorría las venas. Un subidón de euforia me invadió con una oleada intensa de dopamina. Gruñendo y gimiendo, me tensé y me retorcí, sintiendo la toxina abriéndose paso por mi torrente sanguíneo. Aunque no lograba devolverme el sentido del tacto, cada dosis reducía los episodios de convulsiones que padecía. Y, por supuesto, avivaba la libido.

Cogí mi teléfono, con el vídeo en pausa de Lilia.

«Detente —exigió mi cabeza—. Con ella no».

¿Qué tenía aquella chica que me hacía romper mis propias normas?

Tal vez fuera saber que Lippincott la estaba vigilando. Que nadaba sin darse cuenta en un mar plácido donde los tiburones acechaban bajo la superficie, y esa vulnerabilidad me llamaba.

A lo mejor era su forma de retarme y desafiar todos mis prejuicios contra ella, esa resiliencia irrompible que encontraba completamente cautivadora. Una llamarada en las venas que me avivaba la sangre.

Me sentía atraído hacia ella por motivos que no podía justificar ni entender. Una realidad que me ponía de muy mala hostia. Era una molestia en el cerebro que no podía aliviar. El brillo exasperante que veía por el rabillo del ojo durante las clases y que distraía mis pensamientos. El tipo de chica que seducía con solo una mirada. Un mordisco en el labio.

Y había apresado mi atención con garras de hierro.

Quería saber más sobre ella…, quién era, de dónde venía, cómo funcionaba esa mente suya tan brillante.

Pero no era apropiado.

Tiré lejos el teléfono, porque, joder, me había empalmado igual de fácil que el resto de los pervertidos que habían visto aquel vídeo. Me recosté en la silla y liberé la polla. En el pasado llamaba a Gilchrist para aliviar el dolor y transportarme al tipo de éxtasis que la mayoría de las veces no alcanzaba durante el acto. Cerré los ojos, imaginándome la última vez con ella: la tuve de rodillas con los labios alrededor de la polla. Cada caricia que me hacía venía acompañada de una pizca de decepción. Siempre iba desacompasada y, por alguna razón, creía erróneamente que me gustaba notar los dientes.

Sentí cómo fruncía el ceño mientras bombeaba con la mano arriba y abajo, con la carne cada vez más flácida, pues aquella fantasía no me estaba sirviendo de mucho.

Una nueva imagen se cruzó por mi mente.

Un cabello caoba intenso.

Unos ojos verde ártico.

Unos labios suaves y carnosos explorando mi piel.

Me puse tenso cuando toda mi sangre corrió directa hacia la polla. No pude detenerme a mí mismo, me estaba follando la mano imaginándome a Lilia, tentándome con su falda corta y sin ropa interior. Aunque me revolvía el estómago, tenso por una inquietante incomodidad, para mi polla era un deleite. Mientras movía el puño a un ritmo embriagador y depravado, me imaginé que le aferraba el cabello con él y que utilizaba su boca de formas exquisitamente obscenas.

Eché la cabeza hacia atrás ante una explosión de luz que me

golpeó la parte de atrás del cráneo. Unos chorros calientes estallaron sobre mi puño, lubricando las últimas caricias. Temblando, dejé escapar un gemido, un puto gemido. Nunca hacía ruido al correrme, pero el dolor era agridulce. Apoyé la cabeza en el brazo mientras sacaba los últimos chorros y volví a temblar.

Respirando con dificultad por la nariz, traté de recuperar el aliento, y entonces mi consciencia al fin se dio cuenta de que había vuelto a gemir, pero esa vez de frustración.

—Joder.

Y así, sin más, Lilia Vespertine se había convertido en algo más que una alumna.

Era un serio problema.

—Los noto en las tripas. ¡Me los has puesto tú ahí, hijo de puta! —Barletta se movía por la celda renqueando de una punta a la otra —. S-s-se arrastran de dentro afuera sin parar.

—Relájese, señor Barletta. —Eché un vistazo a las paredes, donde solo había manchas en los distintos puntos en los que probablemente haya aliviado sus necesidades sexuales. Tuve el impulso de contener una arcada y pensé que ojalá me hubiera traído un poco de Vicks VapoRub para echarme en la nariz o un espray de NeutrOlene. Me había acostumbrado al olor de los cadáveres, pero aquello era algo completamente distinto.

—¡No! ¡No me relajo! —Se golpeó a sí mismo contra los barrotes de la celda—. ¡Me están comiendo por dentro! ¡¿Crees que no lo noto?!

Dejé escapar un suspiro, todavía dándole vueltas a una molestia de pelo rojo y lengua muy larga.

—Comienzan a consumir el cuerpo solo cuando se acerca la

muerte. Lo que nota es un brote de crecimiento. Y tal vez alucinaciones.

—Quiero que se vayan. ¡Sácamelos! —Golpeó los barrotes con tal fuerza que debió de hacerse daño en los nudillos—. ¡Por favor!

—Cuando toque. Lo prometo. Siéntese. —Le señalé la silla que había tirado al suelo antes con su pequeña rabieta—. Termino mi historia y le doy un poco de agua.

Me devolvió la mirada con ojos recelosos, repletos de desconfianza.

—Pero no un vaso de esos diminutos. ¡Quiero un vaso lleno! Con hielo.

—Delo por hecho.

Con manos temblorosas, acercó la silla a los barrotes y se sentó, aparentemente más calmado que antes. Con el avance de la enfermedad, sus brotes se volverían cada vez más violentos, desesperado por escapar.

—Dejando a un lado la sensación de hormigueo, ¿cómo se encuentra? —pregunté.

—Me duelen los músculos. A veces siento como si me trepara algo por la piel. —Se rascó el brazo, haciendo una mueca, como si estuviera notándolos en aquel momento—. Y veo a mi puto hijo. Constantemente. Solo que no es él. Es una especie de… versión distorsionada que lleva un martillo y me dice que me va a partir la cabeza en dos.

Ay, la justicia de la culpa. Había momentos en que era casi divertido.

—No es real, se lo aseguro.

—Lo parece. —Con los ojos vidriosos, apartó la vista—. Demasiado real, joder.

—Es el sentimiento de culpa jugando con usted.

Bajó la mirada hacia sus manos, que no paraba de mover.

—¿Alguna vez tienes alucinaciones con tu hermano?

—Sí —respondí con sinceridad—. Frecuentemente.

—Entonces… La llamada que recibió tu viejo, la que me contaste la última vez, ¿de qué se trataba?

Me repugnó su pregunta, me quitó toda la alegría y el éxtasis. Los efectos eufóricos de la toxina se convirtieron en algo oscuro y retorcido que me revolvió el estómago.

—Realmente no lo supe hasta mucho después, cuando descubrí el destino de mi hermano.

Botella en mano, contemplo las rocas mortíferas y escarpadas, donde las olas del océano estallan en una rociada caótica. El mundo se agita con un mismo patrón rítmico y yo me balanceo adelante y atrás. Las palabras de mi padre resuenan en el vacío de pensamientos tóxicos de mi cabeza.

—No lo hagas. —Al oír la voz de Caedmon, me giro y lo veo de pie a mi lado. Aunque no es él, sino la versión intangible de mi hermano que me visita casi cada noche.

Verlo me llena de vergüenza y me doy la vuelta hacia las rocas de abajo.

—He fallado. Soy un fracasado.

—No es verdad. Esto es culpa de padre.

—Tendría que haber sido yo.

—Para —me reprocha con su tono impaciente de siempre—. No seas una nenaza llorica y apártate del borde. Eres demasiado inteligente como para desperdiciarlo por la culpa.

—No tengo nada, Caed. Nada. —Sin mi hermano, la parte insensible que aún quedaba en mí se ha partido en dos tras su desaparición, dejando solo un cascarón—. Me siento hueco, como si

me hubieran vaciado por dentro. Tanto que hasta noto frío.

—Escúchame. —Su voz es de súplica e, incluso con la neblina de la borrachera, percibo su desesperación—. Padre tiene algo que ellos quieren. Descubre lo que es y libérame.

—Es inútil. No me lo va a decir nunca. —Doy otro trago a la botella y vuelvo a tambalearme.

—Claro que no. Tienes que averiguarlo por tu cuenta, Devryck. ¡Piensa, joder!

La voz de Caedmon transmite una ira que atraviesa el aturdimiento de la borrachera.

—Guarda todos sus secretos en el laboratorio.

—Sí. Muy bien.

—El trabajo de toda su vida. Eso es lo que quieren.

—Sí. Justo eso. —Su tono, cargado de esperanza, me obliga a concentrarme.

—¿Dónde?

—Ya sabes dónde. Lo has visto, bien guardado. Encerrado en ese armario.

—¿La caja fuerte? —La visualizo en su despacho. En la esquina del fondo de aquel armario. La cajita fuerte donde guardó la foto de mamá después de que yo la rompiera.

—Sí. ¿Qué hay dentro?

—¿Además de la foto? No tengo ni idea. Nunca pude abrirla. —¿Quién iba a querer sus experimentos fallidos? ¿El estudio que manchó el apellido de nuestra familia?

—Encuentra el modo. Y, por el amor de Dios, tío, apártate del precipicio. Me estás poniendo de los nervios.

Una ráfaga de viento inesperada me hace perder el equilibrio y tropiezo hacia atrás. Me tambaleo. Patino sobre la roca.

Dejo de tocar el suelo y me tropiezo contra las piedras

resbaladizas; me corto la barriga con la superficie irregular y punzante cuando me agarro al saliente con los dedos.

—¡Joder! —Me atrevo a echar un vistazo abajo, donde el océano me invita a soltarme. Me tienta a dejarme caer al vacío.

—Sube, Devryck. ¡Escala!

Aprieto los músculos y me impulso, con los brazos temblando por el esfuerzo.

—¡Levántate! —Sus palabras son unos chillidos dolorosos que me atraviesan el cráneo.

—¡Aaah! —El dolor me martillea los huesos y los músculos se me bloquean con una rigidez letal—. ¡No puedo! ¡Voy a morir, joder!

—No vas a morir. ¡Vuelve a subir al borde, pedazo de gilipollas!

—No. —Aflojo los músculos y me quedo colgando de mi agarre inestable—. No, Caedmon. No quiero.

—Te necesito, hermano. Te lo suplico. Inténtalo.

Me lo imagino, dondequiera que esté, aguantando, aferrándose a la esperanza.

Entonces respiro hondo para soportar el dolor punzante y aprieto los dedos sobre la roca. Sujetándome fuerte y con firmeza, me impulso hacia arriba y, antes de llegar a resbalarme, ajusto rápidamente los brazos para anclarme al saliente. Levanto la pierna, utilizando los músculos del muslo para impulsarme hacia arriba. Haciendo un esfuerzo con todas las extremidades, consigo subirme al saliente y alejarme del peligroso borde. Tumbado boca arriba, respiro por la nariz, desesperado por recuperar el aliento, con los pulmones como si me los hubieran aplastado con una mano de hierro.

Caedmon está de pie, mirándome.

—Libérame.

Vuelvo a casa dando tumbos, con los pensamientos sobre mi

hermano devolviéndome la sobriedad por el camino. Entro por la puerta principal y paso de largo junto a Dmitry, nuestro mayordomo, que me llama, pero sus palabras se pierden en el lodazal de pensamientos que se agolpan en mi cabeza. Intenta detenerme cuando llego a la puerta del sótano, pero lo empujo con rabia. El aire se enfría cuando bajo por la larga y sinuosa escalera hacia el laboratorio de mi padre. Los gritos detrás de mí se vuelven más salvajes, las palabras se difuminan por mi estado de embriaguez.

Cruzo un pasillo extenso y llego al laboratorio, donde la puerta está encajada.

Dentro escucho los gritos de mi hermano.

¡Caedmon!

Abro y me encuentro a mi padre de pie delante de una caja en una de las mesas de exploración. Tiene la mano cerrada alrededor de una pequeña cámara de vídeo y su cara es una máscara de rabia y lágrimas.

—¿Padre? —Me acerco a él con torpeza, confundido—. ¿Caedmon?

Él suelta la cámara y se tambalea hacia atrás, como si estuviera a punto de desmayarse.

Antes de llegar a cogerla, yo me lanzo a por el aparato y lo levanto, y veo de inmediato la pantalla, en la que aparece mi hermano atado a una silla. A través de los ojos de quien graba veo las llamas de un soplete lamiéndole las piernas a mi hermano, llenas de ampollas y en carne viva.

El pánico me sube por la garganta. Me caigo sobre las palmas en el hormigón. Un torrente de vómito sale de mis labios y se estrella contra el suelo. Cae otro chorro en el charco de fluidos y me salpica la cara.

Con las piernas temblorosas, me pongo de pie y me asomo a la

caja. Mi padre se abalanza sobre mí, pero me giro a tiempo para darle un empujón tan fuerte que lo tiro de espaldas. Saco una cajita negra con una nota pegada: «Te devolvemos a tu hijo, como pediste».

Con manos temblorosas, abro la tapa y encuentro un montón de cenizas dentro.

Respiro demasiado deprisa. La habitación da vueltas sin control.

Me hundo en la oscuridad.

—Lo mataron —el tono sombrío de Barletta me devolvió al presente.

Se me tensaron los músculos ante la pregunta.

—Me hace gracia que escuche esta historia como si no la conociera ya.

Arqueó las cejas, moviendo sus ojos reflectantes en la oscura celda.

—No… no sé a qué te refieres.

—Fue usted quien llevó a mi hermano hasta su asesino. —Ahí estaba. La razón por la que había sacado a ese hombre de las calles y lo había infectado con unos gusanos mortales que habían empezado a arrasar con su cuerpo. Venganza. Venganza por mi hermano gemelo, a quien habían asesinado brutalmente por codicia. Por la misma investigación a la que había dedicado toda mi vida.

Barletta desvió la mirada y luego volvió a mí.

—¿Yo? —preguntó, con una risa nerviosa—. Qué va, te has equivocado de tío. No sé de lo que estás hablando.

—No me insulte. La noche del 23 de octubre llevó en coche a dos socios y a mi hermano a un edificio abandonado a las afueras de la ciudad. Fue usted el último en verlo con vida.

El silencio quedó suspendido en el aire mientras él echaba los

hombros hacia atrás y se removía, quizá dándose cuenta de que no tenía intención de dejarlo vivir.

—Solo hice ese trabajito un año o así.

—Trabajito. ¿Así es como llama eso de llevar a personas a que las maten?

Sacudió la cabeza; al ver la negación enfermiza dibujada en su cara me entraron ganas de cortársela con una hoja afilada.

—No sabía nada de él ni de ti ni de tu viejo. Me dijeron que iba a llevar a un crío a un sitio del este. No sabía ni a quién ni por qué.

—Y aun así lo hizo —dije sin rastro de emoción, sin empatía, tan carente de vida como un cadáver—. Nunca preguntó ni se interesó en saber si dicho crío seguía vivo. —Me encogí de hombros y me recosté sobre la silla—. ¿Por qué iba a hacerlo, si le propinaba palizas a su propio hijo?

Con la expresión retorcida por el miedo, se balanceaba en la silla.

—Entonces por eso estoy aquí, ¿eh? Por eso me has traído aquí. ¿Por un puto plan de venganza retorcido?

—Desborda usted inteligencia.

—Nunca quise hacerle daño a ningún crío. Si hubiera sabido que iban a torturarlo…

—¿Qué habría hecho? —Ladeé la cabeza mientras el hombre escupía mentiras con la misma facilidad con la que se dicen verdades—. ¿Salvarlo? ¿Llamar a la policía? ¿Hacer lo que cualquier ser humano decente habría hecho? —Dejé escapar una risita desabrida—. No, no lo creo, señor Barletta. Es usted un mierda. Comida para los gusanos.

—¿Qué quieres? Tienes que querer algo.

—Pues resulta que sí. Y ha llegado el momento de pedirlo, antes de que su cerebro empiece a deteriorarse.

—¿El qué? —Se cayó de la silla, de rodillas, y agarró los barrotes de la celda—. ¡Lo que sea! ¡Haré lo que sea!

Sin inmutarme por su súplica, observé con desprecio a aquel hombre derramando lágrimas inservibles.

—La razón por la que lo traje aquí es simple. Necesito un nombre y solo usted puede dármelo.

—¿Quién? ¡¿Quién?!

—Parece que di con Victor Rossi demasiado tarde, uno de los dos socios que transportaron a mi hermano. Por desgracia murió de un ataque al corazón. El otro sucumbió bastante rápido a los gusanos. Pero no sin antes darme su nombre. Así que, señor Barletta, depende de usted decirme a quién le entregó a mi hermano.

—¿Estás hablando de hace cuánto? ¿Casi veinte años? —Soltó los barrotes de la celda y se encorvó, derrotado—. ¿Cómo coño voy a acordarme de eso?

—No lo sé. —Saqué del bolsillo interior de mi abrigo una jeringa con tapa y se la tendí para que la viera—. Este es el antídoto que evitará que muera. Le sugiero que haga memoria. Si me miente, ya puede despedirse.

—Aaah, Jesús. Jesús, María y José, ¿qué cojones? —Se frotó la cara con una mano—. Victor Rossi… Sí…, me suena ese nombre. Bueno…, el tipo… era… —Con el ceño fruncido, parecía que intentaba pensar en el nombre con todas sus fuerzas, desesperado por recordar—. Era de Nueva York… Se llamaba… Angelo. ¡Angelo! ¡Era Angelo! ¡Angelo DeLuca!

—¿Está seguro?

—Sí. El tipo era un imbécil. Me acuerdo de su cara perfectamente. —Se le iluminaron los ojos con una esperanza enfermiza que yo estaba deseando sofocar—. Tenía la nariz torcida,

como si le hubieran dado demasiados puñetazos. Y una cicatriz asquerosa en el ojo. —Increíble lo que una persona es capaz de recordar bajo las circunstancias adecuadas.

Tomé nota mental del nombre: mi próximo sujeto de prueba.

—Bueno, pues va a esperar ahí sentado mientras investigo un poco al señor DeLuca.

—¿Qué hay de estos gusanos, tío? No soporto que se muevan dentro. ¡Me tienen acojonado!

Me encogí de hombros con una sonrisa.

—Espero encontrarlo con relativa facilidad. Pero, antes de embarcarme en esta búsqueda absurda, ¿está completamente seguro de que es él?

—Sí. Lo juro por… por mi puta tumba. Es él. Por favor. ¡Sácame estas putas cosas!

Me levanté de la silla y me alisé los pantalones, sin inmutarme ante su desesperación. No tenía intención de ayudarlo. La jeringa no tenía más que suero.

—Le haré saber cómo va la búsqueda.

—Por favor, date prisa, tío. No aguanto más esta mierda. —Se frotó la cabeza mientras se balanceaba en el suelo—. No puedo. Me está jodiendo la mente.

—Sí. Sí que te jode la mente. Esa es su naturaleza. Hablamos pronto, señor Barletta. Que disfrute de la velada.

—¿Que disfrute… de la puta velada? ¿En una cárcel? ¿Dónde está mi agua? ¡Quiero mi agua!

—Ah, sí. Casi lo olvidaba. —Recorrí el pasillo hacia donde tenía un vaso de plástico al lado de una manguera que había bajado a los pisos subterráneos. La abrí y lo llené hasta la mitad, casi el doble de lo que le había dado otras veces.

Se le iluminaron los ojos cuando volví con él, que tenía las

manos extendidas entre los barrotes de la celda.

—Por favor —dijo con voz temblorosa, aceptando la bebida con cuidado; luego le dio un sorbo considerable. Se le juntaron las cejas en una mueca y abrió la boca, como si fuera a vomitar. Un gusano negro y largo serpenteó entre sus labios hacia el vaso, y lo bajó despacio con las manos temblorosas y los ojos como platos por el pánico.

—Mierda —susurró con voz quebrada—. Ay, me cago en la puta.

Metí la mano entre los barrotes, animándolo a que me lo pasara.

Como si estuviera en un trance, no apartó la vista del vaso mientras me lo daba.

—¿Esto…? —Tragó saliva y sofocó otra arcada—. ¿Esto es lo que tengo dentro?

Sosteniendo lo poco que quedaba de agua a la luz de la bombilla desnuda, estudié el gusano enroscado en el fondo, fijándome en los dientes con que intentaba aferrarse a la superficie.

—Sí. Parece que han evolucionado.

Se dio un manotazo en la boca, respirando con dificultad por la nariz.

—No quiero vomitar. ¡Me da miedo que salgan más bichos de estos!

—Sí, es preferible mantenerlos contenidos; de lo contrario tratarán de escapar. —Dejé el vaso y me volví hacia Barletta, quien estaba agachado en la esquina de la celda, temblando.

—Tú no estás bien de la cabeza, ¿eh? No puedes estar bien de la cabeza.

El sonido de mi risa retumbó por todo el pasillo.

—¿Lo dice el hombre que golpeaba a su hijo con una botella?

—Estaba borracho. Nunca le haría daño a nadie a propósito. Pero esto… ¡esto es de ser un enfermo!

Suspirando, me quedé observando el gusano completamente desarrollado que había en el vaso, el cual había pasado las últimas semanas alimentándose del hígado del hombre.

—Supongo que tiene razón. Deben de haber sido todos los golpes en la cabeza. —Me di toquecitos en la sien con el dedo—. Para que vea lo que pasa cuando pegas a tus hijos.

—No vas a soltarme.

Ladeé la cabeza con incredulidad ante la ignorancia del hombre y solté una risa burlona.

—¿Eso creía? ¿Que nuestro tiempo juntos acabaría cuando lo dejara libre? Me temo que no.

Se mecía adelante y atrás gimoteando, frotándose la cabeza con las manos.

—Estaba pasando por un mal momento cuando trabajaba para esos gilipollas que se llevaron a tu hermano. Ya no soy así.

—Eso es estupendo, en serio. Supongo que la próxima vez que hablemos estará un poco distraído.

Se quedó quieto y me miró, con una desesperación en los ojos que casi causaba risa.

—¿Con qué?

—Tratando de no vomitar sus propios intestinos. —Volví a recorrer el pasillo a zancadas y, al oír el grito de Barletta, sonreí con aire de satisfacción y miré por encima del hombro. Algo me llamó la atención.

Una figura oscura en el pasillo opuesto, más allá de la celda.

Con el ceño fruncido, me di la vuelta, examiné la silueta y caminé en esa dirección, hasta que volví a estar frente a Barletta.

La figura no se movió. Se limitó a mirar fijamente, casi oculta por las sombras.

—¿Quién anda ahí? —grité.

—¿Hay alguien más? ¿A quién ves? —Barletta se estampó contra los barrotes de la jaula y extendió los brazos hacia mi abrigo—. ¡Sácame de aquí, tío! ¡Quiero salir!

Hice una mueca cuando vi los dedos que me aferraban el abrigo y se los separé a la fuerza. Al levantar la vista, la figura oscura se había ido. Para asegurarme, me acerqué, todavía con el vaso del gusano en la mano.

Ante mí solo se extendía el pasillo vacío, rebosante de gritos de Barletta.



32

Lilia

Estaba harta tras dos horas reuniendo fragmentos de varios artículos e investigaciones sobre «la simbiosis como perspectiva evolutiva» para el próximo examen de desarrollo de Gilchrist.

Hasta el mismo moño.

¿Quién iba a decir que el mutualismo entre insectos sería tan aburrido?

Al menos la clase de Bramwell ofrecía un poco de terror y acción con sus parásitos controladores de mentes.

Mientras me recostaba en la silla, vi a Mel pasar a toda prisa frente a la puerta abierta de mi habitación. Qué cosa tan curiosa, la universidad. En casa, siempre la dejaba cerrada, porque odiaba la falta de privacidad. En Dracadia, agradecía los saludos ocasionales de mis compañeros cuando pasaban por delante. Solían ser bastante respetuosos y no entraban, y nunca parecían especialmente fisgones ni interesados en lo que guardaba en mi cuarto. Tal vez por eso no

me importaba.

—¡Mel! —grité, y tiré el vaso de café que había dejado en el suelo junto a la silla… para no derramarlo encima del escritorio—. Mierda. —Cogí un pañuelo de la caja de al lado de mi portátil, me arrodillé y lo limpié, sin darme cuenta de que ella se había parado en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, apoyada en el marco.

Dejé a un lado los pañuelos empapados, me sequé las manos mojadas en la falda del vestido y me levanté.

—Oye, ¿puedo hacerte un par de preguntas? —Con un movimiento de mano frenético, la hice pasar a mi habitación y cerré la puerta.

—Supongo, sí.

—Es sobre el Proyecto Crixson. Mira, trabajo en la biblioteca y…, bueno, ahí no logro encontrar nada. El bibliotecario al que ayudo dice que hay textos al respecto, pero que están prohibidos.

—Esos textos son inútiles y no tienen sentido.

Inútiles y sin sentido. ¿Qué significaba eso? ¿Que ella tenía información mejor?

—Bueno… ¿Y cómo… cómo sabes tú tanto?

—¿Por qué quieres saberlo?

Contarle mis sospechas sobre Andrea Kepling y la naturaleza del experimento que llevó a cabo el padre del profesor Bramwell habría sido como mostrar todas mis cartas de golpe. Primero quería ver lo que sabía ella.

—Tengo dudas sobre la investigación que está llevando a cabo el profesor Bramwell. —Bajé la voz—. No me fio de él.

—Ni tú ni nadie.

Bueno, parecía que necesitaba una baza más potente.

—Sé lo que le ocurrió a una de las participantes que huyó.

—¿Cómo lo has averiguado?

En lugar de responder, sacudí la cabeza. Si supiera que había sido Spencer el que me lo había contado, dudaba que ella le hubiera dado mucha importancia.

Se me quedó mirando un momento, moviendo la mandíbula, pensativa.

—Ven a mi habitación esta noche y te lo enseño.

Así, sin más. Pensé que iba a tener que hacer alguna locura, como sacrificar una cabra para que me diera la información, pero no, me la ofreció gratis, como un cura repartiendo vino en misa.

—Vale. ¿A qué hora?

—Después de las diez.

Alguien llamó a la puerta y nos interrumpió. Con el ceño fruncido, abrí y me encontré a una rubia que no conocía con ropa elegante que a mí, que no tenía ni idea del tema, me pareció de diseñador. Por las marcadas líneas de su rostro, calculaba que tenía unos cuarenta años o así, pero el peinado y el vestido le daban un aire juvenil. Capté un leve temblor en su labio mientras me echaba un vistazo rápido, claramente evaluando mi atuendo, bastante menos impresionante.

—¿Señorita Vespertine? —preguntó, como si mi nombre le dejara un regusto amargo en la lengua.

—¿Sí?

—Me llamo Missy Finch. Soy dueña de una boutique en Emberwick. El señor Spencer Lippincott me envía a tomar medidas para su vestido.

El aire me abandonó los pulmones al recordar que me había comprometido a acompañarlo a un acto benéfico.

—Ay, Dios.

—¿Spencer? —Di un respingo al oír el tono de desagrado en la

voz de Mel. No es que me importara que tuviera algo en contra de él, pero el momento era un poco inoportuno. No quería que se cerrara en banda cuando estaba a punto de obtener resultados con mis preguntas indiscretas—. ¿En serio estás saliendo con ese tío? ¡Es un cerdo!

La rubia miró a Mel y, a juzgar por la expresión de repulsión en su cara, parecía que Lippincott era más que un extraño que la había mandado a tomar medidas.

—¿Disculpe? —dijo.

—Mire, es todo un malentendido —intercedí antes de que estallara una buena trifulca en mi habitación—. Señorita Finch, le agradezco que haya venido, pero no necesito que me tome las medidas.

Sus ojos celeste brillaron de indignación.

—He dejado mi boutique desatendida para venir aquí y he tenido que bregar con el tirano de la puerta, y ahora tengo que soportar insultos a un amigo de la familia.

Con un resoplido de fastidio, Mel salió a toda prisa de la habitación y yo volví a centrarme en la rubia.

—Mis disculpas. ¿Puede darme un minuto?

Ella se cruzó de brazos y levantó la barbilla con arrogancia.

—Solo un minuto.

Fui detrás de Mel, que solo había avanzado unas tres puertas desde la mía.

—Espera. ¿Puedes decirme por qué odias tanto a Spencer, por favor?

—Lo pillo. No te importa una mierda lo que la friki tenga que decir. Ve y disfruta de tu pequeño romance con el hijo privilegiado del rector.

«Por los clavos de la versión emo de Jesucristo». No tenía

paciencia para ella en aquel momento.

—Le doy a todo el mundo el beneficio de la duda. Incluida tú. Del mismo modo que no me importaría una mierda lo que dijeran de ti si no lo descubro por mí misma, quiero sacar mis propias conclusiones sobre él.

—Pues averígualo tú misma, entonces. Pero no me digas que no te avisé.

—¿Y qué hay de quedar? ¿Sigue en pie?

Echó una mirada furtiva alrededor y se inclinó para acercarse a mí.

—Estás pidiendo una información muy delicada. ¿Por qué coño iba a confiar en ti con lo *fácil* que te resulta confiar en los demás?

—Porque todavía quieres que te cuente lo que sé. Y nunca he dicho que confíe plenamente en Spencer. En mi pueblo, ir contando secretos te puede costar la vida.

—Aquí ocurre lo mismo. —Se pasó la lengua por los dientes y, con los brazos cruzados, volvió a mirarme, como si necesitara pedirles permiso a sus otros estados de ánimo antes—. No sé por qué te hago caso, Vespertine. Tal vez porque no eres una zorra pretenciosa con un fondo fiduciario. Pero sigues poniéndome de mala hostia.

—Entonces ¿eso es un sí?

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Sí, supongo.

Menos mal. Suspirando de alivio, volví a mi habitación y encontré a Missy hurgando entre los vestidos que tenía colgados en el armario.

—¡Oiga!

—No es que carezca completamente de gusto, ojo. Es solo que, bueno, no tiene sentido del equilibrio.

—Sí que tengo.

Me miró durante lo que parecieron minutos, entrecerrando los ojos de vez en cuando, como si desaprobara los pensamientos que se le pasaban por la cabeza.

—Me recuerda a alguien. ¿Tiene algún tipo de relación con los Corbin?

—No, pero es la segunda persona que me lo pregunta.

—Es asombroso. El cabello. —Señaló el suyo sin dejar de fruncir el ceño, como si le pasase algo malo al mío—. La cara. Los ojos. Es como si estuviera mirándola a ella de nuevo.

—¿A quién?

—A una antigua compañera de clase, Vanessa Corbin. Vivió aquí, en la isla, durante bastantes años.

—¿Pero nos parecemos?

—Como dos gotas de agua. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y negó con la cabeza—. Acabemos con esto, ¿quiere? Me llevo las medidas a mi tienda y veo qué vestido la favorecería más según su figura.

—Espere, espere, espere. —Levanté las manos—. ¿No puedo elegir yo el vestido?

Echó un vistazo a mi ropa y luego volvió a mirarme.

—No creo sea una buena idea.

—Bueno, resulta que soy bastante exquisita con la ropa que me pongo. Y ahora mismo no estoy en posición de gastar…

Levantó una mano, negándose a oír lo que tenía que decir.

—El coste carece de importancia. Como he dicho, los Lippincott son *amigos*.

—Bueno, vale. Pero me gustaría probármelo primero, antes del acto. Me niego a llevar algo con lo que me sienta incómoda.

—No es posible, querida. Dependiendo del vestido, los arreglos

podrían alargarse hasta justo esa misma noche.

—Bueno. —Si al final no me gustaba, me podría uno mío o fingiría estar enferma. Fuese como fuese, aquella mujer no iba a dictarme cómo vestirme.

Cuando me agarró por los hombros y me hizo incorporarme, posó la mirada en mi cuello y frunció el ceño al levantar el frasquito que colgaba de la cadena de cuentas con las cenizas de mi madre.

—¿Qué es esto?

—Era de mi madre —respondí vagamente.

—Tendrá que quitárselo para la noche de la gala. Seguro que no combinará con ninguno de los vestidos que le ofrezca.

Gruñí y sacudí la cabeza.

—Vale. ¿Podemos empezar con las medidas?

Durante los siguientes veinte minutos debió de tomar un centenar de medidas diferentes, como si estuviera a punto de clonar una versión tridimensional mía para su tienda. Con impaciencia, le dejé que hiciera su trabajo, ligeramente molesta por el ritmo lento con el que se movía.

Cuando por fin terminó y se fue de mi habitación, yo estaba deseando volver a sumergirme en la simbiosis de los insectos.

Y me habría lanzado de cabeza a esos estudios si no hubiera visto al profesor Bramwell leyendo bajo el árbol del patio. Era algo inusual, ya que, por lo que había observado las últimas dos semanas, rara vez salía de su despacho o de su laboratorio.

Me entraron ganas de arrancarme los ojos de lo bueno que estaba con un libro en las manos. Me comí una manzana sentada en el alféizar de la ventana, mirando a ese hombre y odiándolo por haberme hecho perder la concentración otra vez.

Sí, un hombre. No un chico ni un compañero de clase.

Mi profesor, en el cual pensaba más de lo que debía.

Lo que comenzó como mera curiosidad por saber qué leía se convirtió en pensamientos sobre cómo debía de ser sentirse el único objeto de su atención, como aquel libro. Me lo imaginé entregado a la lectura, absorbiendo cada página con pasión, desesperado por empaparse del mayor número de palabras posible.

Lo miré con intensidad mientras me pasaba el pulgar por el labio inferior, imaginando cómo sería tenerlo atrapado entre sus dientes.

De repente levantó la vista y fijó sus ojos en los míos.

Solté un graznido de pura vergüenza, sobresaltada, caí del alféizar y me estrellé contra el suelo. Un latigazo de dolor me recorrió desde el culo hasta la columna e hice una mueca de sufrimiento mientras me frotaba la nalga con la que había amortiguado el golpe.

—Qué elegante. Muy elegante.



33

Lilia

Tictac. Tictac.

Clavé la mirada en el reloj hasta exactamente las diez y media y me dirigí a la habitación de Mel. Los pasillos nunca estaban en silencio, siempre bullían con sesiones nocturnas de estudio. La sala común del final estaba repleta de los mismos estudiantes de física que se preparaban para otro examen, igual que la semana anterior. Todos ellos se hacían notar porque llenaban la pizarra con sus ecuaciones y a menudo gritaban el «¡Bazinga!» de *The Big Bang Theory* cada vez que las resolvían correctamente. También era el único momento en el que todo el pasillo olía a marihuana.

Cuando llegué a la habitación de Mel, solo tuve que llamar una vez antes de que me abriera la puerta. Ella se asomó al pasillo y miró a la izquierda y a la derecha. Me metió en la habitación a trompicones, tirándome del brazo con brusquedad.

—Eh, con un simple «Pasa» habría bastado. —Fruncí el ceño,

frotándome la zona donde me había clavado las uñas, y eché un vistazo a la habitación, que era notablemente más grande que la mía, con una salita de estar y un pasillo que di por hecho que llevaba a una habitación.

Ignoró mi queja y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera; me llevó por el estrecho pasillo hasta una puerta que abrió de un tirón y que daba a un dormitorio, tal y como yo había sospechado.

Lo que no esperaba era que me llevara hacia un armario, en cuyo fondo había otra puertecita.

—¿Pero esto qué es, un Narnia de pega? —pregunté, sin apartar la vista de aquel marco que parecía la mitad de una puerta normal.

—Hace décadas, cuando se construyó la residencia, sirvió de alojamiento para niños, como una especie de orfanato. Los colonos tenían miedo de que esos «monstruos salvajes» —lo dijo haciendo comillas con los dedos— vinieran y se llevaran a los críos en mitad de la noche. Así que construyeron estas puertas pequeñitas que llevan a los sótanos para esconderlos en caso de ataque.

—Supongo que esos ataques nunca sucedieron.

—Supones bien. —Las bisagras chirriaron cuando abrió la puerta, que daba a una escalera de piedra inquietante, y de la balda de su armario cogió una lámpara led—. Vamos. La banda está esperando para conocerte.

—¿Qué banda? —Esperaba que no fuera una forma enrevesada de decir que había un montón de cadáveres. Bajé las escaleras detrás de ella y el aire se fue volviendo pesado y gélido. Frotarme los hombros no sirvió para mantener a raya el frío, y cuando por fin llegamos al final de las escaleras un escalofrío me sacudió hasta los huesos—. Dios, me podrías haber dicho que me trajera una sudadera.

—No seas quejica. —Las campanitas de su falda bohemia repiqueteaban mientras me llevaba por un pasillo estrecho más allá de las escaleras que giraba a la izquierda.

No podía evitar pensar en el mal rollo que sería encontrarse con algo si fuera yo sola por ese pasadizo.

—¿Qué te hizo querer bajar a explorar? Me parece el sitio perfecto para esconder cuerpos.

Me miró por encima del hombro con una sonrisa traviesa que me demostró que Mel definitivamente tenía un lado oscuro, y me pregunté si había sido una estupidez seguirla.

—Los muertos cuentan historias —dijo—. ¿Has tenido algún encuentro ya?

—¿Cómo? ¿En plan con fantasmas? —Por supuesto que sí: un hombre con una máscara de pájaro. Aunque todavía no había logrado averiguar si fue real o consecuencia de la falta de sueño. De igual manera, no tenía ninguna intención de mencionarlo.

—Sí. Todo el campus está plagado de apariciones, pero este edificio es el peor.

—¿Y eso por qué? ¿Por el estudio Crixson?

—En parte, sí. —Siguió andando por el oscuro pasillo, mientras que yo vagaba con la mirada por las antiguas paredes de piedra, que parecían cerrarse sobre nosotras cuanto más avanzábamos. De nuevo me costaba imaginarla explorando aquel lugar sola—. Además de los experimentos, también es donde se practicaban exorcismos en niños cuando esto era monasterio. Al parecer, algunos de los obreros que trabajaron en la universidad eran supersticiosos con el tema, por lo que aproximadamente un tercio del equipo se marchó y otros se negaron a adentrarse en estos pasadizos, de modo que nunca se investigaron a fondo y acabaron sellándolos.

—¿Los exorcismos ocurrieron en la época del doctor Stirling?

—¿Has leído algo sobre él?

—Sí. —Los recuerdos de lo que había leído y de las torturas que llevó a cabo no me calmaban precisamente mientras caminábamos por los túneles.

—Bueno, pues desde mediados hasta finales del siglo XVIII, este lugar sirvió como una especie de vertedero para herejes y personas acusadas de brujería. También enviaban aquí a cualquiera que sufriera enfermedades mentales, creyendo que estaban poseídos. A principios del siglo XIX se abrió un manicomio. Ahí es cuando la cosa se volvió realmente inquietante.

—¿Y eso?

—Comenzaron a torturar a los pacientes y a enterrarlos en fosas comunes en lo que ahora es la bahía Hueso. Estos túneles acabaron siendo celdas de aislamiento para muchos pacientes, donde los dejaban morir de hambre.

—Madre mía. Qué turbio. ¿Cómo sabes todo esto?

Ella se encogió de hombros mientras pasaba las manos por un tramo de pared que, al mirarla de cerca, parecía tener marcas de arañazos en la piedra.

—He leído mucho, demasiado. Pero también hubo un investigador en el siglo XIX que se hizo pasar por paciente. Por lo visto, antes de desaparecer misteriosamente, envió a uno de sus amigos unas anotaciones cifradas de su diario en las que detallaba las torturas que había presenciado. Forman parte de los diarios restringidos de la biblioteca.

—¿Cómo conseguiste el acceso? Trabajo en ese departamento y no logro hacerme con ellos.

—Mi padre dona grandes sumas de dinero a la biblioteca y es el presidente de la Junta de Supervisores. Los miembros de administración y de la junta tienen acceso a casi cualquier cosa.

Y Kelvin, pero con él no se puede negociar. Es demasiado estricto.

El pasillo por fin desembocó en una sala circular de tamaño mediano sin ventanas ni puertas. Un escalofrío me recorrió la espalda al imaginarme encerrada allí, como los pacientes de los que había hablado. Las velas iluminaban el espacio, donde había tres personas sentadas sobre grandes cojines de colores: un chico asiático con el pelo rosa; una chica con el pelo corto y negro, la piel morena, y una colección de piercings entre las orejas, la nariz, el labio y la ceja; y Briceson, que se bebió de un trago una quinta parte de una botella de Jack Daniel's.

—¡Lilia! —dijo este en un tono mucho más animado que la última vez que lo vi.

Con una sonrisa leve, saludé con la mano.

—Hola.

El chico del pelo rosa se cruzó de brazos y me miró de arriba abajo.

—¿Has traído carne fresca, Mel?

—Esta es Lilia. Lilia, este es Ken.

El del pelo rosa levantó una mano para saludarme; luego se encendió lo que supuse que era un porro, por la forma en la que lo sujetó entre el pulgar y el índice, y le dio una calada.

—Parece que ya conoces a Briceson. Y esta es Catalina, pero la llamamos Cat, para abreviar. —En respuesta a su saludo poco entusiasta, asentí con un gesto seco, y la chica de pelo oscuro siguió leyendo el libro que tenía entre las manos. Entrecerrando los ojos, alcancé a distinguir que en la cubierta ponía *El Anticristo*, de Nietzsche.

En mitad del círculo había una botella de tequila Patrón, la cual Mel cogió para servir un chupito.

Se lo bajó de un trago, volvió a llenar el vaso y me lo ofreció.

Sacudí la cabeza para rechazarlo y ella se encogió de hombros; luego se bebió un segundo chupito.

En la habitación había cajas destartaladas llenas de carpetas de cartón y dos ordenadores portátiles. También otros aparatos que no reconocí, algún tipo de dispositivos electrónicos con los que Briceson trasteaba entre sorbo y sorbo de whisky.

—¿Qué es esto? —pregunté, recorriendo con la mirada su rincón de reunión secreto.

—Bienvenida a Anon Imus. —Mel se tiró sobre uno de los cojines libres y le hizo un gesto con los dedos a Ken, que le pasó el porro.

—Espera. ¿Qué? ¿Sois vosotros?

—Sí, somos una especie de versión alternativa de Snopes aquí en la universidad —dijo con la voz ronca antes de soltar el humo y tenderme el porro. Lo rechacé y ella, encogiéndose de hombros, se lo pasó a Cat en su lugar—. Si es verdad, sacamos los hechos a la luz. Si es mentira, buscamos pruebas que lo demuestren.

—Entonces, cuando te pregunté por el Proyecto Crixson…

Sin apartar la mirada de la mía, Mel se estiró hacia Briceson y chasqueó los dedos. Él sacó un montón de carpetas de una de las cajas y se las entregó.

—Estos archivos los robaron dos estudiantes de informática en 2005. Los escondieron aquí abajo y nunca volvieron a hablar de ellos. Ambos fueron expulsados al año siguiente, pero, desde entonces, este lugar se ha convertido en un vertedero de información inaccesible.

—¿La universidad no se ha dado cuenta?

—Todavía no. —Se levantó de los cojines y cruzó la habitación, hojeando los documentos—. Así que te sugiero que indagues ahora mismo, sea lo que sea lo que estés buscando. Y cuando termines, ya me contarás lo que se supone que sabes sobre una de las

participantes. —Me estampó las carpetas en el pecho y se sentó al lado de Cat, que ni levantó la cabeza del libro.

Me resultó extraño que no me pidiera mi parte del trato primero.

Me senté en el suelo junto a una de las velas, en el extremo opuesto de la habitación, y extendí las carpetas delante de mí. No sé por qué coño estaba tan nerviosa, como si fuera a abrir una cámara acorazada llena de cadáveres. Lo extraño fue que, en cuanto abrí la primera carpeta, un escalofrío helador me recorrió la nuca. Aunque me la froté con la mano, no conseguí calmar esa inquietante sensación, menos aún cuando pasé la primera hoja y vi un rostro que me resultó ligeramente familiar.

—Warren Bramwell —dijo Briceson a mi lado, alertándome de que se había movido de su sitio—. El padre del…

—Doctor Muerte. Sí, no hace falta que lo jures. —Puede que los ojos fueran de otro color y que tuviera el pelo más claro y salpicado de unas canas que a su hijo aún no le habían salido, pero su parecido era innegable. Sus ojos tenían la misma intensidad sobrecogedora, como si miraran directamente al alma. Decir que era guapo sería quedarse corta, pero tal vez eso formaba parte de su siniestro encanto.

—Nada menos que el propio doctor Stirling de esta universidad.

Mientras Briceson hablaba, ojeé por encima el informe del incidente, que supuse que lo había redactado un representante de la universidad, a juzgar por cómo elogiaba sus credenciales y su trabajo.

—¿Su especialidad era la endocrinología?

—Sí. Según tengo entendido, su mujer sufría diabetes desde niña. Su objetivo era encontrar una cura para ella.

Pasé la página y encontré una foto de una joven de piel oscura grapada a lo que reconocí como un historial médico.

Yolanda Murdock, veintiún años, con antecedentes de diabetes insulinodependiente.

Pasé otra página y vi a otra mujer junto con un historial médico. La siguiente era rubia, tenía treinta años y también sufría de diabetes. Al igual que la siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Tras ojear los historiales médicos de las seis mujeres, seguí avanzando por el archivo hasta dar con el resumen del experimento.

OBJETIVO: Evaluar la eficacia y la seguridad de la toxina NuBram1 para tratar la diabetes tipo 1 en la práctica clínica habitual.

OBJETIVO SECUNDARIO: Recopilar datos demográficos y biométricos, cumplir el tratamiento, advertir reacciones adversas a los medicamentos.

METODOLOGÍA: Administrar de forma seriada la toxina NuBram1 purificada durante un periodo de seis meses. Medir la eficacia según el aumento de la masa de células beta y de los niveles de insulina.

A simple vista, el resumen daba la impresión de ser legítimo. Incluía gráficos detallados que mostraban las dosis administradas de forma incremental a los participantes y los síntomas registrados. Cambios digestivos. Alucinaciones. Sensibilidad a la luz.

Fruncí el ceño mientras leía el informe. ¿Cómo se había purificado la puta toxina NuBram1? La respuesta apareció en la página siguiente: «Toxina purificada obtenida a partir de larvas de noctisoma».

Lo sabía. Sabía que Bramwell padre tenía algún vínculo con el noctisoma.

Había una tabla de efectos adversos que detallaba más síntomas. Entre ellos, terribles indicios de pensamientos suicidas. Terrores nocturnos. Una de las mujeres se apuñaló a sí misma en el estómago y declaró haber sentido algo moviéndose en su interior.

Otra sufrió alucinaciones con su hija fallecida después de negarse a comer, en las que le decía que debía «alimentar a los bebés» que llevaba dentro.

Pasé rápidamente las páginas para llegar a los resultados del experimento y los encontré en un informe policial, en el cual constaba que practicaron sendas autopsias a las mujeres después de rescatar los cuerpos del lago. Todas ellas se habían suicidado de forma colectiva. El médico forense había llegado a esa conclusión basándose en las alteraciones mentales persistentes documentadas en el estudio y en la ausencia de indicios de homicidio. Al parecer, las mujeres se habían sumergido en las aguas heladas por voluntad propia. Dos de ellas mostraron signos de derrame cerebral. Probablemente todas sufrieron hipotermia debido a las temperaturas invernales.

Al cerrar la carpeta para coger otra, se cayó algo.

Una fotografía.

En ella había tres hombres vestidos con bata de laboratorio. A uno lo reconocí como el doctor Warren Bramwell. El otro era el doctor Lippincott. Al tercero no lo había visto nunca. Flanqueaban a ocho mujeres, cuyos rostros examiné rápidamente.

Posé la mirada en una de ellas. Su cara me era conocida.

Demasiado.

La foto se me escapó de los dedos. El corazón me golpeaba las costillas como un tambor. Unos tentáculos de pánico me envolvieron los pulmones y los estrujaron. Agarré el frasquito que me colgaba del cuello y pasé el pulgar por la superficie.

—¿Qué pasa? —preguntó Briceson a mi lado, y con ello me arrancó de mi estupor. Levantó la foto del suelo y me la mostró de nuevo.

Con las manos temblorosas, señalé a la mujer, a la tercera

empezando por la derecha.

—Esa es mi madre.

—Un momento. ¿La conoces? —Mel cruzó la habitación a grandes zancadas y se tiró a mi lado.

—Tengo una foto arriba, en mi habitación. Sí, es mi madre.

—Hostia puta. —Le arrebató la foto a Briceson y observó aquello que yo no fui capaz de volver a mirar—. Estaba al tanto de Andrea, gracias a su pequeño arrebato con Lippincott hace unas semanas. No estoy segura de si han vuelto a verla después de eso. No hemos podido encontrar información sobre la última, salvo su ficha de admisión. Se cree que ella y Andrea son las dos que abandonaron el estudio, pero no hay nada más sobre ellas.

—¿Qué nombre habéis buscado? —La cadencia inexpresiva de mi voz reflejaba el asombro que aún me recorría por dentro. Sentía que estaba atrapada en una especie de realidad suspendida. Como si me hubiera sumergido bajo el agua y tomado una bocanada de aire.

—Vanessa Corbin. Andrea en realidad se llama June Galloway. Los residentes de la isla me contaron que ambas vivían aquí.

¿En la isla? ¿Mi madre?

—Yo la conocía como Francesca Vespertine. Mi madre.

Mel ladeó la cabeza, como si se acabara de dar cuenta de que yo no estaba asimilando bien la noticia.

—¿Estás bien? Se te ve pálida.

No sabía qué responder. ¿Estaba bien? En absoluto. Mi cerebro no sabía por dónde empezar a encajar las piezas. Demasiados cabos sueltos clamando en mi cabeza, todos ellos esperando a que los atase para calmar la mente. Y no podía. No era capaz porque no tenían ningún sentido para mí.

—Estoy bien —mentí.

—¿Dónde está tu madre ahora?

«¿Dónde está tu madre ahora?». La pregunta hizo eco en mi cabeza y mis pensamientos se aferraron a ella como a una cuerda salvavidas. El miedo se ancló en el estómago y sentí un picor en los antebrazos. Me puse a rascarme como una posesa.

—Murió hace cuatro años. Ambas están muertas, en realidad.

Un frío hueco me retorció las entrañas, agitándose y rechinando con la tensión de sentirme invadida. Profanada y despojada de lo que hasta entonces había considerado verdad. Me sentía entumecida. Como en un sueño. Tenía que ser un sueño. Era imposible que mi madre me hubiera hecho aquello. A ambas. Cada recuerdo terminaba en una interrogación. Cada historia que me había contado me hacía preguntarme cuántas habían sido cuentos de hadas.

—¿Estás segura de que June está muerta también? —La pregunta de Mel fue una intromisión bienvenida frente a la oscuridad que tiraba de mí. El vacío imposible de no saber quién era realmente en aquel momento.

June. Andrea. Los nombres se enredaron en mi cabeza.

—Eso tengo entendido.

—¿Cómo lo sabes?

No contesté, porque no era asunto suyo.

—Vale, ¿puedo preguntarte cómo murió tu madre? —Mel desvió la mirada; la expresión de su cara era un delicado equilibrio de empatía e intriga—. Si no quieres dar detalles, no pasa nada. Lo entiendo.

—Se suicidó en la bañera —dije con frialdad y cerré los ojos con fuerza cuando las imágenes se proyectaron en mi cabeza.

«¡Mamá! ¡Para, por favor!».

Me aclaré la garganta y sacudí la cabeza en un intento por espantar el eco de las voces.

—¿No te resulta un poco retorcido?

Desde su perspectiva, era probable que lo pareciera. Desde la mía…, tenía todo el sentido del mundo, dado lo que sabía sobre el «organismo» y su forma de apropiarse de la mente. Este deseaba una fuente de agua para aparearse y producir más huevos.

Lo que no tenía ninguna lógica para mí era cómo se había infectado mi madre, si supuestamente a aquellas mujeres solo se les inyectó la toxina purificada. Y por qué, después de veinte años, habría sufrido los síntomas. Según lo aprendido en clase de Bramwell, empezaban muy poco después de la infección. ¿Era la toxina capaz de ejercer ese control mental sin la presencia del organismo? ¿Podría haber retrasado de algún modo la infección?

Por desgracia, seguramente nadie en aquella habitación estrecha y agobiante podía responder a esa pregunta. Pero había un hombre que sin duda lo sabía.

Un cansancio pesado cayó sobre mí, presionándome los hombros. La carga de tener que resolver un misterio que carecía de sentido.

—¿A qué conclusión habéis llegado? —pregunté.

—Que Bramwell padre mató a todas esas mujeres y que tenía algún tipo de conexión con el patólogo que *casualmente* declaró que se habían suicidado. Después de todo, ¿qué imagen daría Dracadia, el centro de investigación médica más importante del mundo, si se viera envuelto en un escándalo en el que seis mujeres murieron y otras dos desaparecieron? —Era verosímil. Verosímil y sospechoso.

Levanté la mano para volver a coger la foto y le di la vuelta; en el reverso había una fecha: 9 de enero de 2003. Yo nací el 13 de noviembre de ese mismo año.

¿Fui el motivo por el que mi madre abandonó el estudio? ¿Acaso alguien intentó retenerla?

—¿Sabes si Bramwell padre sigue vivo?

—Falleció. Se publicó un obituario enorme en *La Gaceta de Dracadia*. Murió hará unos… ocho años, antes de que yo llegara aquí. Probablemente puedas sacar el obituario de los registros de la biblioteca.

—Entonces tengo que hablar con su hijo de esto.

Un tirón fuerte de brazo me arrancó del trance en el que había vuelto a caer.

—¡No! ¿Estás de puta coña? ¿Te has perdido en la parte en la que he dicho que estos eran archivos *robados*?

—Si mi madre participó en los experimentos y murió a causa de ellos, tengo derecho a obtener respuestas.

Cat gruñó, cerró el libro de golpe y lo dejó a un lado.

—Sabía que era mala idea traer a alguien de fuera. Por el amor de Dios, si probablemente lea libros guarros de vampiros.

—Cállate, Cat —espetó Mel y volvió su atención de nuevo hacia mí—. Mira, lo pillo, ¿vale? Si hubiera sido mi madre, yo también me volcaría. Pero no puedes presentarte así como así delante del hijo del psicópata que orquestó todo esto. Si es listo, no te dirá nada, y todos sabemos que el Doctor Muerte no es tonto. De lo contrario, no se habría ido de rositas con la desaparición de Jenny.

—¿De verdad crees que tuvo que ver con eso?

—Era su compañera de cuarto, ¿vale? Y te digo que ni de coña se habría largado por las buenas. Él sabe lo que le pasó, igual que sin duda sabe lo que les pasó a esas mujeres. Pero no va a decirte una mierda. Esta gente es poderosa y ese poder es el motivo por el que no hay ninguna información sobre esos asesinatos. Los borran del mapa.

Tenía la sensación de que podía estar en lo cierto, lo que significaba que jamás podría atar todos esos cabos sueltos de mi

cabeza, que atormentarían con preguntas cuyas respuestas seguro que nunca encontraría.

—No soy estúpida. No le preguntaría eso directamente.

—De todas formas, ¿qué quieres preguntarle? Ya tienes tu prueba. Participó en el estudio.

—Pero no murió cuando las demás. Falleció hace cuatro años. ¿Qué pasó en ese tiempo?

Como si por fin entendiera mi dilema, Mel resopló y se desplomó contra la pared.

—Bueno, ¿qué esperas de él? Aunque conozca los detalles del estudio, ¿crees que te los va a contar así como así? ¿Cómo coño piensas preguntárselo?

—Todavía no lo sé. Quería trabajar como ayudante en su laboratorio.

Al decir eso, ella puso los ojos en blanco.

—Ya, pues buena suerte. No acepta ayudantes, y ten por seguro que no querría tener nada que ver con una estudiante de primer año. Créeme, lo sé. Estaba tan desesperada por ganarme el acceso a los archivos que faltaban que invité a Ross a tomar café. —Fingió una arcada, a lo cual me hubiera gustado decirle que estaba siendo un poco dramática, porque el chico no era feo, pero la cabeza me daba vueltas y yo sí que sentía náuseas—. Al fin y al cabo, es el querido profesor asistente de Bramwell. No sale con nadie, por si acaso decides optar por esa vía.

—¿Qué archivos? —pregunté, ignorando el comentario.

—Pues los que describen los resultados de la toxina antes de que estas mujeres «se suicidaran» —dijo, haciendo comillas con los dedos—. Hay una sección completa en la que faltan anotaciones. Inoculaciones diarias que no fueron registradas. ¿Y qué le pasó a este tío? —Señaló al investigador de la foto al que no había

identificado—. Tampoco hay nada sobre él. Como si nunca hubiera existido. Ni siquiera aparece en los informes. Tampoco Lippincott. Aunque eso no es ninguna sorpresa.

Tenía sentido que Lippincott se hubiera distanciado de aquel proyecto fallido si aspiraba a convertirse en rector algún día. Lo que no lo tenía, y seguía rondándome la cabeza en medio de todas aquellas conjeturas, era por qué mi madre había expulsado gusanos por la boca. Como si de alguna forma se hubiera infectado. ¿Cómo? ¿Y por qué ella y Andrea habían muerto recientemente por la enfermedad?

—Bueno, supongo que da igual —dije—. Tienes razón. No acepta ayudantes. Ya le pregunté.

—Seguro que quiere cubrirse las espaldas. Jenny se moría de ganas de trabajar en el proyecto del noctisoma. No paraba de hablar de eso. Ni de *él*. —Mel volvió a poner los ojos en blanco, como si le molestara que su compañera de cuarto hubiera estado tan pillada por él.

—¿También la rechazó?

—Supongo que sí. Fue a reunirse con él después de tener clase en el laboratorio nocturno. Nunca se la volvió a ver.

—Y tú estás convencida de que Bramwell tuvo que ver con aquello.

—Las cámaras de seguridad la grabaron saliendo de su laboratorio secreto. Esa fue la última vez que la vieron.

Si eso era todo lo que tenían contra él, desde luego que no bastaba para convencerme de que la hubiera asesinado. Apenas me dirigía la palabra a mí, o a cualquier compañera de clase, y jamás lo había visto reaccionar siquiera cuando alguna coqueteaba con él descaradamente. Seguro que la universidad no habría mantenido a un presunto asesino como profesor titular.

—¿Llegaron a detenerlo?

—¿Me tomas el pelo? Claro que no.

Tenía que encontrar la forma de acercarme a él. Tal vez pidiéndole tutorías, pero seguro que me redirigiría a Ross. Tenía que haber otra forma. No sabía cómo, pero Jenny Harrick había encontrado una manera de llegar a su laboratorio, así que no era imposible. Solo necesitaba un cebo, algo con lo que atraer su atención, pero, teniendo en cuenta que el tipo mostraba cero interés por ninguna de las estudiantes, probablemente habría sido más sencillo captar la atención de unos alienígenas del espacio.

Mel me pinchó el brazo con el dedo y me sacó una vez más de mis pensamientos.

—Te juro por la tumba de mi perro que si le hablas a alguien de este sitio o de los archivos, te vas a arrepentir. ¿Está claro?

—Como el agua.

—Bien. Y mantente alejada de Bramwell. Lo llaman el Doctor Muerte por algo.

Aunque el misterio de la desaparición de Jenny Harrick era sin duda un aliciente, ya que estaba relacionado con el profesor Bramwell, lo que más curiosidad me causaba era su padre. Necesitaba saber más sobre esos experimentos y sobre lo que le había ocurrido a mi madre, si él había tenido algo que ver con su muerte.

Leer aquel archivo me hizo cuestionarme todo. No podía ser mera coincidencia que la mujer de la foto fuera exactamente igual que mi madre.

El pensamiento más aterrador que me rondaba la cabeza era que todo lo que creía saber de ella parecía una mentira. De dónde venía. Quién había sido.

¿Había mentido también sobre sus padres? ¿Era posible que

tuviera familia en la isla?

Las preguntas parecían no tener fin, pero se convirtieron en un motor para mis investigaciones. Porque pensaba llegar hasta el fondo de quién era en realidad mi madre y de lo que realmente le había ocurrido.

Y ni siquiera el Doctor Muerte se interpondría en mi camino.



34

Lilia

Después de terminar la lista de tareas que me encomendó Kelvin durante mi turno en el programa de empleo, fui a toda prisa hasta la sala conmemorativa Adderly en busca de algo de paz y tranquilidad. Una vez allí, saqué mi portátil del bolso y busqué en internet «Corbin isla de Dracadia». Saltó un obituario en honor a Arabella Corbin, quien al parecer había fallecido hacía solo cuatro años, tras sobrevivir a su marido, Richard Corbin. Solo quedaba su única hija, Vanessa Corbin, quien desapareció en 2003. La foto que lo acompañaba era un esbozo escalofriante de cómo habría sido mi madre si hubiera vivido hasta los setenta y cuatro años.

Mi abuela.

Traté de hacerme a la idea, pero me negaba a creerlo. Me negaba a creer que mi madre, una mujer a la que había adorado, respetado, en la que había confiado, me había estado mintiendo durante tantos años. Me había dicho a la cara que mi abuela había

muerto cuando era joven de un derrame cerebral y que tampoco sabía mucho sobre su padre.

Durante años me lo creí.

Incluso si daba por hecho que yo *tenía* que haber sido el motivo por el que mi madre abandonó el estudio, ¿por qué mentir sobre su familia? Por lo poco que había descubierto sobre los Corbin, no me había dado la impresión de que fueran personas horribles.

Los ojos se me anegaron de lágrimas mientras buscaba más fotos de Arabella. Parecía que había sido una mujer activa, una alfarera que a menudo acudía a diversas ferias de artesanía de la isla. Daba la impresión de que era muy querida y respetada en la comunidad, ya que habían hablado muy bien de ella en los comentarios bajo el obituario. En las fotos de su juventud lucía un pelo largo y caoba, como el mío, y unos ojos azules brillantes, como los de mi madre.

Otro artículo sobre ella hablaba de una venta por liquidación de bienes que tuvo lugar dos años antes de su muerte. Me fijé en la dirección y la anoté en un cuaderno. Cuando la busqué en Google, descubrí que en algún momento la casa había estado embargada.

Tan pronto como terminé mi jornada, me dirigí al cobertizo de alquiler de bicicletas, dirección en mano. Tras el habitual interrogatorio del guarda de la entrada, pedaleé hasta la ciudad. Pasé por delante de la hilera de tiendas y giré la esquina hacia un camino de tierra que terminaba en una valla blanca. Más allá se alzaba una casita amarilla con una puerta blanca y una ventana mirador medio oculta por un arbusto con flores de color rosa brillante. En medio del jardín delantero había un robusto roble con un banquito blanco debajo. Unos senderos de piedra serpenteaban entre una maraña de flores silvestres y los pájaros se arremolinaban alrededor de una pequeña fuente de piedra que había en el centro.

Aunque tenía un aspecto un poco descuidado y sin vida, no por ello era menos encantador, con el vasto azul del océano detrás.

Después de limpiar parte de los restos de sal de la ventana, miré en el interior y vi un espacio vacío y silencioso que parecía no haber estado habitado en años. Seguí husmeando: abrí la verja y atravesé el pequeño patio hacia la parte trasera de la casa. En cuanto doblé la esquina, me detuve en seco. El aire se me quedó atascado en los pulmones.

Un vibrante olmo blanco con ramas torcidas se alzaba a un lado, con un columpio colgando de una rama y, detrás de él, un acantilado que se estrechaba hasta fundirse con un magnífico telón de fondo oceánico.

El cuadro de mi madre.

La imagen me apuñaló el corazón. Aquel lugar que creía que solo existía en su cabeza, que siempre me había traído tanta paz y tanta calma, resultó ser el hogar en el que se había criado.

Qué triste que ahora estuviese solo y abandonado. Rechazado. En aquel momento deseé tener dinero para comprarlo y devolverle la vida, para ser dueña de un pedacito de mi pasado. Un lugar donde Bee y yo podríamos intentar recomponer el desastre que había dejado mi madre.

Sin embargo, supuse que mi madre habría tenido sus razones. Tal vez tenían algo que ver con el padre del profesor Bramwell y ese estudio.

Mientras contemplaba el océano, disfrutando de la serenidad de las vistas, recordé algo que había leído. Mi abuela había fallecido hacia cuatro años. Frunciendo el ceño, saqué mi teléfono del bolsillo y abrí la aplicación de notas, donde había apuntado las pocas fechas que había recopilado en mi investigación.

«15 de julio».

Por aquella época, mi madre se fue a buscar a un especialista y ayuda financiera para el pequeño tumor benigno del ojo de Bee.

Me dejó a cargo de mi hermana durante esos dos días para poder ir sola, lo cual me resultó extraño en aquel momento, ya que nunca había ido a ningún sitio sin nosotras dos. Aunque no ponía en peligro la vida de mi hermana, el quiste siempre le había causado inseguridad y tal vez incluso había contribuido a la ansiedad que siempre sentía a la hora de relacionarse. A mi madre le preocupaba que no pudiéramos permitirnos extirparlo, ya que no teníamos seguro ni medios para pagarlo. Poco más de una semana después comenzó a mostrar los primeros síntomas de la enfermedad, que pensamos que podría haber contraído en el viaje. A partir de ahí fue empeorando durante varias semanas, hasta que falleció.

¿Era posible que mi madre hubiera regresado a casa para el funeral? Tal vez Bramwell y Crixson no habían tenido nada que ver con aquello. ¿Se había expuesto de alguna manera al noctisoma?

Si era así, ¿cómo?



35

Lilia

Habían pasado tres días desde la noche que quedé con Mel. Tres días de obsesionarme con cada pizca de información que le sacaba a Google sobre mi madre y mis abuelos. Tres días de cuestionarme cada momento de mi vida. De tratar de formarme una idea en la cabeza de quién era el padre del profesor Bramwell.

Mi mundo estaba patas arriba por culpa de aquel documento. Las instantáneas mentales de mi vida hasta ese momento parecían el final alternativo de una historia que ya estaba escrita.

¿Quién coño era mi madre y por qué nos había mentido a Bee y a mí?

¿Cómo acabó en la Universidad de Dracadia y relacionada con Warren Bramwell?

Aparte de los pocos artículos que cubrían los suicidios, en los que los medios de comunicación tuvieron cuidado de no formular acusaciones contra Warren Bramwell —por razones legales, supuse

—, no encontré absolutamente nada útil sobre él; algunos trabajos publicados y su obituario, por supuesto, pero nada significativo. Ni siquiera en esas espeluznantes páginas web que afirmaban tener acceso a direcciones y registros públicos. Ni una sola foto en Google Imágenes, lo cual era extraño, dado que había sido profesor durante muchos años. Era como si se hubiera esfumado.

De pie al frente de la clase, el profesor Bramwell impartía su lección sobre el *Cordyceps*: un hongo parásito que infecta a las hormigas. Expulsa un químico que las obliga a escalar un árbol, donde el hongo acaba emergiendo de su cuerpo para liberar esporas que caen al suelo e infectan a más hormigas.

No podía evitar mirarlo fijamente y estudiar sus movimientos mientras impartía la clase. Por muy emocionante que pudiera ser el tema, lo único en lo que pensaba era en si su padre mató a mi madre.

Entonces, por supuesto, se me vino a la mente Jenny Harrick. ¿Eran asesinos tanto el padre *como el hijo*?

Las acusaciones que había oído parecían no ser más que especulaciones y rumores y difícilmente bastaban para incriminar al hombre por asesinato, a menos que se hubiera pasado por alto alguna prueba de forma intencionada.

Incluso el estudio Crixson y la implicación de mi madre en aquello me dejaron poco con lo que conectar a Warren Bramwell con *su* muerte. Parecía que se había quedado embarazada y había abandonado el estudio mucho antes de que las otras mujeres se hubieran quitado la vida.

Pero ¿y si Mel tenía razón? ¿Qué pasaba si había más información que no había visto todavía? ¿Y si eran tan poderosos como para librarse de un asesinato, para borrar todas las pruebas? ¿Era eso lo que habían hecho con mi madre?

También había decidido buscar en Google a Bramwell hijo, y los resultados fueron muy parecidos. Encontré un sinfín de artículos de investigación y un premio a una tesis doctoral que había ganado hacía unos años; nada demasiado profundo ni personal.

Pero no podía dejarlo estar. Si el destino me había llevado hasta Dracadia y me había puesto en el camino del profesor Bramwell, era por algo. Por mi madre, tenía que superar la incomodidad que sentía cuando estaba cerca de él si quería averiguar lo que pasó en realidad.

En algún punto durante la clase fijó los ojos en los míos y noté algo extraño sacudiéndose en el estómago. Me observaba con intensidad, forzándome a apartar la vista, y, cuando lo hice, me di cuenta de que Spencer alternaba la mirada entre Bramwell y yo, como si él también lo hubiera visto.

Me pregunté cuántos estudiantes se habrían dado cuenta y al pensarlo se me calentaron las mejillas y el vientre.

—Señorita Vespertine —dijo una voz profunda, y yo me volví y vi al profesor Bramwell al frente de la clase con los brazos cruzados y mirándome fijamente—. ¿Cuál es el motivo por el que el hongo impulsa a la hormiga a trepar el árbol en lugar de permanecer en el suelo?

Al echar un vistazo alrededor, vi que todos me estaban mirando y el corazón empezó a latirme con un ritmo caótico dentro del pecho. Nunca me habían pedido que participara en clase en la universidad. No a menos que yo misma me hubiera ofrecido voluntaria. Para la mayoría de los profesores solo era un número, no me conocían por mi cara, y mucho menos por mi nombre, salvo el doctor Wilkins cuando estudiaba en Covington. Aunque nunca me había pedido que hablara en clase.

—Para ampliar la dispersión y aumentar las posibilidades de

infectar a otra hormiga.

—Efectivamente. ¿Y eso por qué es importante, señor Lippincott?

—Eeeh… ¿Porque la población de hormigas es demasiado elevada?

—¿Está de acuerdo, señorita Vespertine?

—Si bien es cierto que los parásitos ayudan a controlar la población de insectos, en mi opinión tienden a ser mucho más egoístas. Lo que le importa realmente al *Cordyceps* en particular es completar su ciclo de vida. Y, por supuesto, como dijo al comienzo de la clase, la función más importante de cualquier parásito es asegurar su transmisión al siguiente huésped.

Curvó los labios en una especie de sonrisa que me hizo sentir un cosquilleo en el estómago y avivó una culpa profunda que aún permanecía ahí.

—Muy bien, señorita Vespertine.

Si de verdad sospechaba que Crixson había tenido algo que ver con mi madre, y ni siquiera estaba segura, dadas las incoherencias de los hechos, no tenía sentido que guardara ningún tipo de reparo hacia mi profesor, cuando aquellos experimentos habían tenido lugar hacía veinte años. En aquel entonces no podía tener más de trece o catorce años.

Cuando siguió con la clase, capté otra mirada y una ligerísima sonrisa que rápidamente se desvaneció cuando dejó de prestarme atención.

Tal vez se estaba cociendo algo ahí. Un pequeño destello de interés por su parte, a menos que estuviera sacando las cosas de contexto. ¿Era capaz de tontear con mi profesor para conseguir acercarme a él?

¿De *seducirlo*?

Por supuesto que no. Solo de pensarlo las entrañas me hacían

acrobacias. Pero el hombre era como una caja fuerte cerrada y sellada con acero fundido que jamás podría penetrar. Las pocas interacciones que había presenciado entre él y Gilchrist me decían que ni siquiera el sexo había logrado resquebrajarlo. Tendría que apelar a su cerebro de algún modo, y hacerlo de una forma que no resultara cargante. Sacar buenas notas en su clase no bastaba. Necesitaba que me viera como una alumna excepcional. Tan apasionada por el organismo como él.

Un coqueteo inofensivo. Nada que provocara que nos echaran a ninguno de los dos. Solo necesitaba ganarme su confianza.

Al final de la clase guardé mi cuaderno y me dirigí a la salida.

—Señorita Vespertine, ¿podemos hablar un momento? —dijo el profesor Bramwell cuando llegué a la puerta.

—Por supuesto.

El aula se quedó vacía y, una vez más, Spencer me lanzó una mirada cargada de desaprobación.

Mientras él recogía sus anotaciones, me obligué a ignorar cómo se le marcaba el músculo del bíceps cada vez que doblaba el brazo, las mangas enrolladas que dejaban al descubierto el mapa de venas de los antebrazos. Y aquellas manos. Unas manos que al mismo tiempo parecían delicadas y brutales, como si pudieran exprimirte con suavidad hasta quitarte la vida. Eran bonitas, con las uñas cuidadas. Y unos dedos fuertes pero delgados, que me imaginaba blandiendo un bisturí con extrema precisión. Un artista, sin duda.

Para coquetear con él, incluso intelectualmente, tenía que permitirme a mí misma apreciar aquel tipo de cosas. Permitirme sentirme atraída por un hombre que, de otro modo, tendría prohibido. Un hombre que imaginaba lo bastante poderoso como para echarme de la universidad más rápido de lo que tardaría en decir «privilegio elitista». ¿Y entonces qué? Si eso ocurriera, nunca

descubriría la verdad sobre mi madre.

—Me gustaría pedirle disculpas por la otra noche en la biblioteca —dijo—. No pretendía sonar tan vulgar.

—No pasa nada. En mi pueblo, ser vulgar es ser educado.

—¿Y eso dónde es? —Apretó la mano izquierda, lo que me distrajo un momento.

—Covington.

—Interesante.

—¿Por qué lo dice?

—No me da la impresión de que sea particularmente hostil. —Sus ojos me recordaron a unas monedas en llamas, una mirada metálica abrasadora que me calentó la sangre.

—También tengo mi carácter.

—No me cabe duda. —Y así, sin más, me dio pie a coquetear con él. No sabía si había sido intencionado o no, pero no importaba. Era una oportunidad para hacer mella en su coraza.

«Coquetea, Lilia. Dile algo. Algo ingenioso, pero que no sea absurdo ni incómodo».

—Aunque es bastante presuntuoso por su parte dar por hecho que, por provenir de una zona conflictiva, automáticamente debería ser hostil.

—La respuesta de lucha es una parte arraigada en nuestro mecanismo de defensa que nos ha permitido adaptarnos, defendernos. Sobrevivir. Estoy seguro de que le ha servido de gran ayuda.

—Me está hablando el científico otra vez.

Movió los labios como si fuera a sonreír, pero no lo hizo.

—Siempre. —Se inclinó y percibí el cálido aroma a canela de su aliento, mezclado con el delicioso toque especiado de su colonia—. No he dicho que fuera algo malo. —Levantó las cejas mientras se

enderezaba y metía otro cuaderno en su cartera—. Eso sería todo.

Me obligué a calmar el corazón, asintiendo con la cabeza. ¿Me había devuelto el coqueteo? No era la más ingeniosa ni la más perspicaz en lo que a hombres se refería, pero aquel tío se había acercado tanto a mi cara que había roto la barrera invisible que separa a un profesor de su alumna.

—Espere… Eh… ¿Puedo preguntarle algo sin que se moleste?

—Probablemente no. Pero, adelante, pregúnteme.

—Hace un tiempo, cuando le comenté que creía que mi madre estuvo infectada de noctisoma, me preguntó si era de aquí. ¿Cree que es prevalente entre los lugareños?

—¿Prevalente? Por normal general, no. Tienen su propio folclore en torno a las bayas. Creen que son veneno de malos espíritus y tienden a mantenerse alejados de ellas. Solo las consumen turistas ignorantes de vez en cuando.

—Estoy bastante segura de que Andrea Kepling no era una turista. —Habría mencionado que mi madre tampoco, pero no tenía sentido desperdiciar todos mis recientes descubrimientos en un único encuentro con él.

—Y yo estoy bastante seguro de que ya hemos tenido esta conversación. De nuevo está revoloteando alrededor de la luz, señorita Vespertine.

—Será fiebre conductual. Solo estoy tratando de librarme de las interminables preguntas que dan vueltas en mi cabeza. —Era casi criminal lo cómoda que me sentía coqueteando con ayuda de la ciencia, y lo peor es que ni siquiera sentía que estuviera fingiendo.

Contrajo la mandíbula y entornó los ojos, evaluándome con diversión. Cruzó los brazos y me miró desde arriba, con los músculos marcándose bajo la pobre camisa, que se aferraba a él como si le fuera la vida en ello.

—Aunque me intriga, no tengo la libertad para hablar de este asunto. Y agradecería que no me hiciera más preguntas.

¿Lo intrigaba?

¿El qué? ¿El hecho de que Andrea no fuera una turista? ¿O es que de verdad había conseguido abrir una pequeña grieta en esa coraza de acero?

—Entonces, solo una pregunta general sobre el organismo en sí mismo. Le prometo que será la última.

—¿Qué duda tiene?

—¿Existen casos de síntomas tardíos? Es decir, después de varios años.

—*¿Años?* No. El parásito se asienta muy rápido.

Justo como recordaba de la clase, pero quería confirmarlo.

—Entonces ¿no entran en una especie de periodo de latencia o algo así?

Sacudió la cabeza y guardó un montón de papeles en su cartera.

—No, que yo haya observado. Los huevos tienen una capa exterior resistente, similar a las esporas, que les permite resistir en entornos hostiles, como temperaturas extremadamente frías, por ejemplo. —El hecho de que la piel que le asomaba entre los dos botones superiores desabrochados de su camisa me distrajera, aunque fuera un poco, era una prueba del atractivo de aquel hombre. El tono de su voz, su amplio conocimiento…; era fácil perderse en sus palabras—. Pero acaban infectando cuando las condiciones son favorables, y en los seres humanos lo son, y mucho.

Lo cual realmente no tenía sentido en el caso de mi madre. En toda mi infancia, no recuerdo que tuviera siquiera un resfriado fuerte, hasta que enfermó de gravedad cuatro años atrás. ¿Qué había desencadenado su infección? ¿Tenía algo que ver con el Proyecto Crixson?

Simplemente parecía que no había suficientes pruebas que señalaran a aquello.

—¿He respondido ya su torrente infinito de preguntas?

En realidad, no, pero no quería importunarlo con el bombardeo de dudas que seguían dando vueltas en mi cabeza. Después de todo, el objetivo era coquetear, no enfadarlo.

—Sí. Gracias.

Cuando se pasó la cartera de cuero por encima de la cabeza y se la cruzó por el pecho, capté un atisbo de la cicatriz de su cuello, lo que me recordó que aquel hombre tenía pocos motivos para confiar en ningún estudiante de la universidad, mucho menos en una alumna de primer año, como yo. Le habían dejado marcas, tanto físicamente como por medio de rumores, lo que había reforzado su coraza, haciéndola más difícil de resquebrajar. Ya era sorprendente que se molestara siquiera en responder a mis preguntas.

—No se meta en problemas, Polilla Curiosa —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

Polilla Curiosa.

Un mote.

Apropiado, además, dado que no tenía intención de evitar la luz.

—Eh, sabelotodo. Vaya manera de dejarme en evidencia —dijo Spencer mientras apretaba el paso para alcanzarme después de clase.

—Yo no puedo dejarte en evidencia. De eso te encargas tú solito. —Solté una risita y me colgué el bolso del hombro.

—¿Qué rollo os traéis Bramwell y tú?

—¿Cómo?

—Bueno…, en clase te mira de una forma… rara.

—Seguro que se dio cuenta de que estaba un poco en las nubes.

—Qué va. Es otra cosa. Lo sé por el lenguaje corporal masculino. Yo esas mierdas las pillo al vuelo.

Me reí por la nariz, intentando imaginar qué le habrían parecido a Spencer aquellas miradas ardientes e intensas.

—¿Ahora me vas a venir a dar lecciones?

—Yo tendría cuid…

—Cuidado. Sí. Tengo mucho cuidado. ¿Qué os pasa a todos con las advertencias?

—¿Alguien te ha advertido sobre mí?

—Pues la verdad es que sí.

—¿Quién? ¿Mel?

Me paré en seco. Aunque en realidad no necesitaba otra dosis de drama en mi vida, sobre todo porque no me afectaba directamente ni había ocurrido durante mi estancia en la universidad, a lo mejor me ayudaba a aclarar algunas de las dudas que tenía en la cabeza.

—¿Qué pasa con Mel? —pregunté, haciéndome la tonta.

Infló las mejillas, dejó escapar un suspiro y se metió las manos en los bolsillos.

—Me emborraché y la besé. Se puso de los nervios cuando no quise tener nada que ver con ella, así que se inventó una historia de que la «agredí». Lo entiendo, el beso se fue de madre, pero no pasó nada más.

—¿Por qué iba a inventarse eso? ¿Ella o cualquier mujer?

—Conozco a Mel desde hace un par de años. Lo único que puedo decirte es que no está muy fina.

Solté un gruñido y empecé a caminar hacia mi siguiente clase.

—Ya, claro. Debe de estar loca.

Spencer me tiró del brazo para detenerme, y luego me soltó.

—No estoy diciendo eso. Su especialidad son las historias. Le

gusta difundir teorías conspiranoicas y sacar trapos sucios de todo el mundo. Te aseguro que, si la cabreas, también rebuscará mierda sobre ti.

—Y, aun así, ambos coincidís en que el doctor Bramwell tuvo algo que ver con lo de Jenny Harrick. Si es cierto, ¿por qué estás en su clase?

—Porque necesito los créditos para mi carrera. Solo por eso. Y, créeme, no es fácil sentarse en un aula cuando sospechas que alguien ha hecho algo así. Intento verlo como inocente, porque sé que mi amigo se equivocó al tomar represalias. Pero esa forma de interactuar contigo… —dijo, frunciendo el ceño y negando con la cabeza— me hace cuestionarme todo de nuevo.

—Sus interacciones no han tenido nada de inapropiadas. —No de forma evidente, al menos. Excepto aquella vez que se puso a soltar palabrotas en la biblioteca—. Pero tampoco necesito que me estés vigilando. Sé cuidarme sola.

—Mi intención no es faltarte al respeto. Al contrario. Te considero una amiga, Lilia. Eso es todo.

—¿Seguro? —Cuando abrió la boca, lo interrumpí—: Porque no estoy interesada en una relación más allá de eso.

Cerró la boca con fuerza y se aclaró la garganta.

—Lo entiendo. ¿Sigue en pie lo de mañana por la noche?

Tragué con dificultad y me obligué a ocultar que me había pillado desprevenida.

—¿Mañana por la noche?

—La gala benéfica.

—Ah, cierto. —No podía echarme atrás cuando probablemente ya me había pagado el vestido—. Claro. Como amigos, ¿verdad?

—Por supuesto.

Mierda.



36

Lilia

Billie Holiday cantaba de forma monótona de fondo en mi habitación de la residencia mientras yo tomaba notas de mi clase de redacción expositiva. Tenía una reunión con mi tutor para discutir uno de los temas que conformarían el montón de ensayos que se esperaba que escribiera antes del gran examen final al terminar el semestre. Había elegido «la evolución de la biomedicina», pensando que sería interesante para mi carrera, pero no había previsto que la clase fuera tan aburrida y que la impartiera un hombre que no entendía el concepto de la entonación.

Empezó a sonar «The Very Thought of You» y me detuve; la canción me transportó a cuando era pequeña y mi madre reproducía el disco completo de Billie Holiday mientras cocinada. Con una copa de vino en la mano, bailaba por la cocina, causando un absoluto desastre que mi hermana y yo acabábamos limpiando.

No obstante, me ponía muy contenta verla tan feliz. Me

encantaba cuando cocinaba, incluso ante la idea de tener que limpiar salsa de espaguetis de los armarios.

A mi lado tenía una taza humeante de té de roca negra que había conseguido en la botica del pueblo. Le había añadido los caramelos de miel, que endulzaban su amargo sabor y lo convertían en un acompañante delicioso para el estudio.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió mis pensamientos, y, frunciendo el ceño, crucé la habitación arrastrando los pies y abrí la puerta. Missy Finch estaba en el pasillo con una larga funda para trajes en la mano.

Mierda. Tenía la esperanza de que se hubiera olvidado de mí. O que tal vez el vestido se hubiera caído por accidente en una trituradora.

—¡Es la hora! —chilló con entusiasmo, y me empujó al entrar en la habitación—. ¡Pruébatelo!

—Vaya, la verdad es que ahora me viene fatal. Estoy intentando escribir…

—Es imperativo que me asegure de que te queda bien el vestido. No pienso lidiar con el tirano de la entrada de nuevo, así que vamos a hacerlo ahora.

Dejé caer los hombros en señal de derrota; vi cómo abría la cremallera de la funda y, cuando sacó la prenda, solté el aire con un jadeo. *El vestido* estaba compuesto por una falda larga de satén burdeos oscuro con un delicado tul negro. El corpiño de hombros descubiertos, adornado con flores estrelladas negras y burdeos, y rematado con diamantes relucientes, me dejó con la boca abierta.

—Pensé que el burdeos resaltaría tu cabello. Venga, venga. Desvístete. —Con eso me sacó del trance.

—Espera, ¿qué? ¿Aquí? Voy al cuarto de baño a cambiarme.

Ella arrugó la cara.

—¿Y arrastrar la cola por ese suelo? Me parece que no. —Dicho aquello, colocó el vestido sobre la silla de mi escritorio y se dio la vuelta, con los brazos cruzados y resoplando—. Es ridículo. De haber estado en una boutique como es debido… —Sacudió la cabeza y volvió a resoplar—. No importa.

Con la mirada fija en ella, me quité rápidamente el chándal raído que llevaba puesto, que sin duda le habría hecho torcer el gesto si no hubiera estado tan emocionada con ese maldito vestido. Con manos nerviosas, metí las piernas en la prenda desabrochada y pasé con cuidado los brazos por las mangas transparentes, que también tenían el precioso detalle de las estrellas y las flores. Una vez puesto, me giré para mirarla y vi mi reflejo en el espejo.

Me vi y solté un jadeo.

Era yo, pero muy… elegante. Muy diferente a la pobre chica de Covington que vestía con la ropa usada de su madre.

—Es encantador, ¿verdad? —La voz de Missy sonó tan cerca que me sacó de mi ensimismamiento—. Te queda como un guante —dijo, abrochándome los botones de la espalda. Del fondo de la funda sacó un estuche de cuero negro y lo abrió. En el interior se encontraba una preciosa gargantilla de flores estrelladas de diamantes, con hojas de diamantes entre cada flor, y unos pendientes a juego. Me quitó el colgante con el frasquito, me lo dejó con cuidado en la palma y me colocó la gargantilla en su lugar. Se veía muy hermosa y delicada sobre mi tono de piel.

—Perfecta —añadió Missy.

No podía dejar de mirarme. El vestido desprendía un encanto tan oscuro y seductor que, combinado con los diamantes, lo hacía casi irresistible. Demasiado para una cita amistosa con Spencer. Demasiado…

—No puedo llevar esto.

—¿Disculpa?

—Es maravilloso, absolutamente increíble, pero Spencer va a hacerse ideas equivocadas.

Ella soltó algo que sonó a mezcla de risa y bufido.

—Esa es la tragedia de las mujeres, ¿verdad? Nos privamos de la belleza por no *confundir* a los hombres.

Agh. Dicho así sonaba ridículo. De igual manera, no quería llamar la atención. De nadie.

—Lo entiendo, pero me siento como una ostra sin perla. —Missy curvó los labios en una sonrisa y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Y qué ocurre con el resto de las ostras una vez les han arrancado las perlas?

No me habría gustado discutir con ella, porque probablemente la mujer tenía respuestas ingeniosas, a juzgar por las dos últimas que me había lanzado.

—No me puedo creer lo mucho que te pareces a ella. A Vanessa, la mujer que te…

—Sé quién es. ¿Eran amigas?

—Apenas. Competíamos en todo. Deportes, estudio, *hombres*… Cosas que ya no importan, en realidad. —Se giró y abrió mi neceser, que contenía algunas cositas como el rímel que casi nunca usaba, un protector labial, unas gomas para el pelo y un pintalabios del mismo tono sin el que mi madre nunca salía de casa.

Missy le quitó la tapa y lo giró, dejando al descubierto un intenso color cereza, y, con un brillo de intriga en la mirada, me lo aplicó.

—Era mi madre —confesé por fin antes de frotar los labios entre sí—. ¿Sabes si tiene algún familiar en la isla?

Usaba carmín en muy pocas ocasiones, pero, mientras me miraba fijamente en el espejo, no pude evitar apreciar lo bien que

combinaba y el toque de color que añadía a mi rostro, que falta me hacía.

Con los labios apretados formando una línea, negó con la cabeza.

—Su madre falleció hace cuatro años. Su padre, más o menos un año antes. Personas buenas y honestas. Con nulo sentido de la moda, por supuesto, pero buena gente.

—¿Era la única familia que tenía?

—Sí, que yo sepa. Los Corbin estaban muy unidos. Personalmente, me pareció poco creíble que Vanessa se marchara así. Es que… no era propio de ella para nada.

—¿Conocías a June Galloway?

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—*Todo el mundo* conocía a June. Era un poco rara. Se juntaba sobre todo con los macarras.

—¿Era amiga de mi madre?

—Que yo sepa, no. Tu madre era un poco más *santurrona* que June.

—¿Sabes si alguna de ellas estudió en Dracadia?

Hizo una mueca, como si hubiera dicho algo atroz, y soltó una risita altiva.

—No. No lo creo. La universidad se salía un poco del presupuesto de sus familias. Especialmente de la de June. Solo la élite y los pudientes estudian en esta universidad. Y… tú.

—Gracias —dije en un tono seco.

—No era un insulto. —Dio la vuelta alrededor de mí, acomodando el vestido—. Me encanta el dinero, pero la riqueza es agotadora. La cara que has puesto cuando te has visto por primera vez con esto es algo que rara vez veo. Me pareció… gratificante.

—Me encanta el vestido.

—Bien. —Con las cejas arqueadas, se paseó delante de mí—. Póntelo. Siéntete guapa. Y, por el amor de Dios, Lilia, disfruta.



37

Devryck

—¡Aléjate de mí! ¡Aléjate de mí, joder! —Unos ojos salvajes y plateados brillaron en la oscuridad donde Barletta estaba agachado, en la esquina de su celda—. ¡No me toques! —Un sollozo brotó de su pecho mientras él arañaba la pared, con la espalda más encorvada que la última vez que le había dado de comer. Tenía las uñas rotas y cubiertas de sangre seca. Su cuerpo presentaba marcas largas y rojas, cortes que de alguna manera se había hecho en la piel.

Con el ceño fruncido, busqué por la habitación y no encontré nada salvo el colchón, la Biblia que me había pedido en mi última visita y un peine pequeño de plástico lleno de pelo que se le había caído.

—¿Cómo se ha hecho esas marcas?

Un gimoteo retumbó en la celda mientras sacudía la cabeza y arañaba las paredes más fuerte que antes.

—Por favor —susurró con voz temblorosa—. Por favor, no me hagas daño.

En aquel punto de la infección me esperaba un comportamiento más hostil por su parte. Una mayor desesperación por escapar. Eso de encogerse de miedo en una esquina era nuevo.

—¿Quiere un poco de agua?

Respiraba con dificultad, claramente acojonado por algún motivo, mientras se aferraba con más fuerza a la pared y movía los ojos de un lado a otro.

Impaciente, me acerqué a la manguera y llené el vaso de papel hasta la mitad, igual que la última vez. Al volver a su celda, no se molestó en acercarse cuando se lo ofrecí a través de los barrotes, así que lo dejé en el suelo y di un paso atrás.

Se movió hacia delante con vacilación; luego se detuvo, con la mirada fija en mí y en la jaula, como si estuviera calculando la distancia. Su comportamiento me recordó al de un animal pequeño, como un roedor.

—No voy a tocarlo. No tengo ni idea de por qué está tan inquieto de repente.

Avanzó gateando, cogió el vaso y se bebió de un trago el líquido que le había ofrecido. Tenía un arañazo largo en la muñeca, desde la base de la palma hasta el codo, como si hubiera jugado con la idea de cortarse más profundo.

Revisé de nuevo su celda en busca de lo que podría haber usado, pero el peine seguía siendo el objeto más afilado.

Como la vez anterior, bajó el vaso de golpe con una arcada, apoyó las palmas en el hormigón y vomitó. Expulsó por la boca un líquido teñido de sangre y salpicó el suelo. Noté movimiento en el charco y me fijé en los cuatro gusanos que se retorcían allí.

Gimiendo, Barletta retrocedió hasta la pared otra vez.

—¡Joder! ¡Joder!

—Dígame cómo se ha hecho esos cortes en la piel.

—¿Estás loco? —Una mezcla entre sollozo y risa reverberó por las paredes—. ¡Me los has hecho tú, puto pirado de mierda! —Se clavó las uñas en el antebrazo, rascándose y arañándose, hasta que aparecieron las primeras gotas rojas—. Igual que me metiste los gusanos dentro. ¡Has sido tú!

Las autolesiones eran habituales entre los infectados, aunque solo hasta cierto punto, y al examinarle el costado supuse que era posible que, con una maniobra impresionante, se lo hubiera hecho él mismo. Con las alucinaciones que sufría, no me habría sorprendido que se hubiera visto envuelto en una escena en su cabeza, donde algo lo atacaba de esa manera.

Por mucho que me habría gustado poner fin a su sufrimiento y seguir adelante con la recolección de la toxina, era importante dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Y parecía que ella ya había decidido el destino de aquel hombre.

Mirando fijamente los papeles esparcidos por mi escritorio, traté de encontrar sentido al comportamiento de Barletta. Había comenzado a entrar en la fase agresiva de la enfermedad. Los efectos del organismo tendían a hacer que sus víctimas se volvieran combativas y violentas, pero la reacción que había tenido me desconcertaba.

El teléfono empezó a sonar y reconocí el número de uno de mis contactos, James, un compañero de los Cuervos con el que me había puesto en contacto hacía un tiempo, así que respondí.

—¿Diga?

—Devryck, tengo que reconocer que la tarea de encontrar a Angelo DeLuca ha sido la más difícil hasta el momento.

—¿Por?

—No hay nada sobre este tipo. Pasó algún tiempo en prisión. Parece que su familia lo rechazó por ser un tanto impredecible. Ha tenido algunos trabajos sueltos, nada importante. Pero su último paradero conocido es Nueva York, hace unos cuatro años.

Cuatro años. Magnífico. Ese imbécil podría haber estado en cualquier sitio. Me recosté en la silla, me pellizqué el puente de la nariz y solté un gruñido.

—¿Viste las noticias hace un par de semanas? —preguntó James, pero, entre tanta basura política y mis propias preocupaciones, llevaba un tiempo sin ver la televisión—. Al parecer, estuvo involucrado en el asesinato de un pez gordo de las inversiones de Massachusetts. Por lo visto, habían escrito su nombre con sangre en las paredes.

—¿Tienes una foto del tipo?

—Tengo una foto policial antigua. Parece que lo arrestaron por delitos relacionados con las drogas. También lo acusaron de trata de personas, pero, por lo visto, la fiscalía retiró los cargos porque la víctima no quiso testificar.

Dejé escapar un suspiro de exasperación.

—Entonces ¿no tienes nada reciente?

—Además del asesinato de hace un par de semanas, no. Tiene pinta de que se metió con la persona equivocada, y mi apuesta es que ha acabado muerto.

Tenía sentimientos encontrados. En parte me sentía aliviado por no tener que dar con su paradero y lidiar con tener que arrastrarlo de vuelta, pero también decepcionado por no haber tenido la oportunidad de matarlo yo mismo.

—Si pudieras enviarme la foto policial, te lo agradecería.

—Claro, sin problema. Siento no haber podido encontrar más

que esto, pero parece que ni siquiera el FBI consigue localizar a ese cabrón. Yo diría que está muerto.

—Sería una verdadera lástima.

—Ya ves. Un hijo de puta menos en este mundo. —Él no tenía ni idea del nivel de escoria que era aquel tipo. Yo sospechaba que fue él quien acabó matando a mi hermano. El mismo que había torturado a Caed con un soplete.

Lo habría hecho sufrir de lo lindo.

—Te agradezco el esfuerzo. Si consigues averiguar cualquier otra cosa, no dudes en contactar conmigo.

—Siempre. Cuídate.

Con esas palabras de despedida, colgué el teléfono. «Mierda». Probablemente fuera mejor que no lo hubiera encontrado. Involucrarme en asuntos del FBI me convertiría en un blanco fácil, y desde luego era lo último que necesitaba en aquel momento, pues ya tenía a un hombre al borde de la muerte. Solo era cuestión de tiempo que Barletta sucumbiera. Además, ya había vengado de sobra a mi hermano, ¿no?

El motivo del secuestro de Caedmon me había quedado claro hacía muchos años, cuando supe por primera vez lo importante que era el descubrimiento de mi padre y hasta dónde había llegado para protegerlo. La capacidad de curar lo incurable equivalía a millones de dólares. Se podría haber vendido o replicado incluso estando en manos de criminales incompetentes. De no ser por la protección de los Cuervos y de la universidad, probablemente habría corrido el mismo riesgo que mi hermano. Era una pena que mi padre nunca hubiera sabido ver la crueldad y la bajeza de quienes estaban dispuestos a hacerse con su hallazgo. Tal vez, si hubiera aceptado la protección que le ofrecieron, mi hermano siguiera vivo.

Para evitar atraer la atención, decidí pausar la búsqueda de

Angelo DeLuca. De todas formas, pronto iba a tener que lidiar con un cadáver.

Con Barletta era suficiente. Por el momento.

El teléfono volvió a vibrar y, cuando bajé la mirada, me encontré con un mensaje de Lippincott:

Espero verte en la gala de esta noche

Con un gruñido, le contesté con un simple pulgar hacia arriba. Odiaba el puto circo de la recaudación de fondos del mundo académico. Escapaba a mi entendimiento que los ricos no pudieran soltar el dinero sin tanto paripé de caviar y conversaciones insulsas.

Antes de recoger mis cosas y volver a mi habitación del campus para prepararme para la cruzada ridícula de esa noche, decidí ir a ver a Barletta una vez más.

El silencio mientras avanzaba por el oscuro pasillo fue la primera señal de que algo iba mal. El sonido de mis pasos sobre el hormigón debería haber desatado sus gemidos y súplicas. Al ver sangre en el pasillo saliendo de la celda, ralenticé el paso. Llegué por fin a su jaula, donde yacía desplomado de lado, con la espalda apoyada contra los barrotes. Frunciendo el ceño, saqué la llave y abrí la puerta, y al rodearlo me encontré con una escena absolutamente macabra. Un globo ocular destrozado colgando de la órbita sobre la mejilla. El otro estaba arrancado, mutilado, y la sangre le empapaba la cara. En la mano sostenía una herramienta de aspecto tosco: un trozo de piedra afilada del mismo tono envejecido que las paredes. Encendí la linterna del móvil y la pasé por la celda, pero no encontré ningún agujero ni piedra rota. No entendía cómo la había conseguido. Al mismo tiempo, entendí cómo se había hecho los arañazos, aunque encontrarlo así no cuadraba. Un suicidio de aquel tipo era extremadamente inusual. El gusano buscaba agua para

aparearse y reproducirse. Para vivir.

Recordé el informe del forense de la madre de Lilia, que se había cortado las venas. ¿Se trataba de una evolución? ¿O había algo turbio?

Cuando me agaché a su lado, la piedra que tenía en la mano me llamó la atención de nuevo. Antes, cuando le había ofrecido agua, había notado un arañazo largo en la parte interior de la muñeca. Por el ángulo en el que estaba, debía de haber levantado el vaso con la mano derecha. También le había visto escribir con la diestra. Para asegurarme, le giré la muñeca para confirmar que ahí estaba el arañazo. Sin embargo, la piedra con la que se había sacado los ojos descansaba en la mano izquierda. Solo era una teoría mía, pero todo indicaba que era diestro y que, de habérselo hecho él mismo, lo habría hecho con la mano derecha.

—Mierda. —Tuve que dejar a un lado mis observaciones y darme prisa, ya que los parásitos solo permanecerían dentro del cuerpo un tiempo limitado antes de escapar en busca de una fuente de agua.

Cogí una camilla que estaba aparcada al otro extremo del pasillo, volví corriendo a la celda y, con esfuerzo, subí el cuerpo de Barletta a ella. Eché un vistazo al reloj y vi que eran poco más de las siete. Tenía tiempo suficiente para ocuparme de él y acudir a la dichosa gala.

Lo conduje hasta una habitación aparte al final del pasillo, en la que guardaba un gran tanque de hidroterapia plateado que había comprado. Dentro tenía una manguera, así que abrí el grifo y dejé que se llenara. Encendí la bombilla desnuda que había encima y luego deslicé el cuerpo de Barletta desde la camilla hasta el tanque, donde se hundió hasta el fondo. El agua subió rápido, cubriéndole las piernas, los brazos y, por último, la cara. Al apuntar el agua con la linterna del móvil, observé unas cositas negras saliendo de la boca

y la nariz retorciéndose sin parar. Había algunos a la altura de las piernas, que sin duda habían salido por el ano y, de alguna forma, habían escapado de la ropa. Más de una docena de parásitos emergieron del cadáver, moviéndose rápidamente por el agua en busca de una pareja. En su vientre se movían más.

Mientras contemplaba aquella horrible escena, no pude evitar pensar en lo lejos que había quedado aquel niño que se escondía en el armario oyendo voces de muertos. Aquel adolescente asustado que no soportaba estar en la misma habitación que un cadáver. Fue el fallecimiento de mi hermano lo que me alejó de esos miedos y me llevó a desarrollar una macabra fascinación por la muerte. Mi curiosidad me había llevado a aquella cámara fría donde mi padre guardaba los cadáveres que le encargaban examinar. Y fue allí, mirando a los ojos a uno de los difuntos, donde imaginé a mi hermano tumbado. Aquella imagen humanizó de alguna manera a los monstruos que habitaban en mi cabeza y dejé de temerlos. Cuanto más aprendía sobre el cuerpo humano, menos oía aquellas voces aterradoras, hasta que, en algún momento, desaparecieron por completo.

Solo quedó un silencio reconfortante.

Pasadas un par de horas, la mayoría de los gusanos habrían escapado hacia el agua, donde los recogería y les permitiría aparearse con los otros que había recolectado. Luego lo llevaría a la sala de autopsias y lo abriría para recoger muestras de la toxina del cerebro y el hígado, donde era más potente, para aislarla y purificarla.

Cada vez que los gusanos infectaban, sus toxinas adquirían una mayor especificidad hacia los genes humanos y los elixires se volvían más efectivos. Los efectos perduraban más.

Por desgracia, me estaba quedando sin sujetos de prueba. Había

podido justificar la búsqueda de los hombres que se habían llevado a mi hermano, pero, con la noticia de que Angelo había desaparecido, solo me quedaba confiar en que el último elixir funcionara. De lo contrario, tendría que buscar otra víctima.



38

Lilia

«Tú solo respira. Res-pi-ra».

Me senté en la parte de atrás del autobús del campus, con la esperanza de evitar llamar la atención. Spencer se había ofrecido a recogerme en mi residencia, pero me parecía demasiado de cita. En retrospectiva, dada la cantidad de miradas que tenía clavadas en mí en ese momento, me arrepentía de mi decisión.

La pierna me temblaba sin cesar bajo el tul transparente mientras el autobús daba sacudidas y yo rezaba para que no se me saliera una teta, porque eso habría sido la guinda del pastel de mierda.

El conductor redujo la velocidad y se detuvo en el edificio Carmady. Una parada más y por fin me libraría de las miradas lascivas del resto de los estudiantes que regresaban a su residencia después de las clases de la tarde. Ni siquiera eran discretos, por el amor de Dios, y yo tenía que mantener la vista clavada en la

ventana para evitar que se me escaparan comentarios mordaces.

El autobús volvió a ponerse en marcha con una sacudida, y las tetas se me movieron y pusieron a prueba la resistencia de cada puntada del corpiño. Enhorabuena a Missy por el hilo mágico que había usado para unirlo todo.

La siguiente parada era el edificio Jaxstone, pero, como el autobús del campus no llegaba hasta Wattscrick, donde se celebraba la gala, tendría que atravesar los jardines de Canterbury. Era un paseo de diez minutos que pasaba por el antiguo mausoleo.

Un poco espeluznante.

Por supuesto, no era estúpida del todo. Tenía el espray de pimienta en la cinturilla, el que Jayda me había dado justo antes de partir hacia Dracadia.

Cuando el autobús por fin volvió a detenerse, casi me levanto de un salto. Por suerte, Missy me había dejado llevar unas bailarinas negras con adornos cuando le dije lo propensa que era a tener percances con los tacones. No le había hecho mucha gracia, pero lo había aceptado sin más con un leve gruñido.

—¿Me das tu número? —me preguntó uno al pasar junto a él. Probablemente era un estudiante de primero.

No me molesté en girarme para mirarlo mientras salía a toda prisa del autobús antes de que la ansiedad que me sacudía me desequilibrara y me hiciera caer de bruces. Una vez en tierra firme, cerré los ojos y respiré hondo, pero, al oír el sonido de la puerta cerrándose, me di la vuelta y toqué el cristal.

Con el ceño fruncido por la evidente irritación, el conductor del autobús volvió a abrir la puerta.

—¿Cuándo pasa el último? —pregunté, jugueteando con el tul de la falda.

—Ahora mismo.

—¿Qué? ¿No volverá a pasar por aquí?

—No. Si necesita que la lleven de vuelta, tendrá que llamar a un DracUber.

—¿DracUber? —Vaya nombre hortera…—. ¿Es… como Uber?

—Algo así. —Cerró la puerta de golpe, dejando escapar una ráfaga de aire que me despeinó, y se alejó por la calle.

Mierda. No había traído dinero en efectivo para llamar a un taxi.

Las temperaturas habían bajado un poco, pero la humillación del viaje en autobús me mantuvo bien y calentita mientras caminaba por el sendero de los jardines. Mi vestido hacía ruido sobre el cemento y agradecí que Missy no pudiera verme allí mismo, porque probablemente se habría enfadado mucho por haberme desgarrado el dobladillo. Por suerte, la luna brillaba en lo alto; si no, habría dado un paseo en la más absoluta oscuridad por lo que una vez fue un cementerio.

Caminar sola de noche no era nada nuevo para mí. Lo había hecho tantas veces en Covington que ni siquiera me parecía algo raro ni fuera de lo normal. Me había topado con un montón de bichos raros, pero nunca me habían hecho daño.

Sin embargo, jamás había llevado un vestido de gala tan bonito con las tetas medio fuera.

Los pocos mechones sueltos que colgaban del recogido francés que me había hecho se erizaron y los músculos se me tensaron, preparados para sacar el espray de pimienta si fuera necesario.

De todas formas, los jardines estaban tranquilos.

Serenos.

Era como caminar por un patio inglés antiguo y prístino en medio de un sueño, con setos perfectamente recortados, crisantemos llenos de vida y flores coloridas de finales de verano. Estaba deseando ver la universidad en pleno otoño. Qué bonita

debía de estar con todos esos naranjas y rojos intensos.

Oí crujido de hojas, me detuve en seco y giré sobre mí misma para escudriñar los arbustos y los árboles que me rodeaban. Busqué cualquier señal de movimiento, pero no vi nada. No quería quedarme allí, así que seguí adelante por el jardín, atenta a cualquier otro sonido.

Vi una luz delante que me llamó la atención y distinguí lo que parecía un solárium acristalado. Se me encogió el corazón y me detuve. Desde donde estaba, vi a una multitud de personas con vestidos elegantes y esmóquines, y manteles blancos impolutos bajo el suave resplandor de las velas. El lugar rezumaba riqueza.

«Ay, Dios. ¿Qué hago aquí?».

Era muy elegante. Demasiado para mí.

Me di la vuelta para marcharme, pero me detuve cuando posé la mirada en alguien que estaba justo fuera del solárium. Con un cigarrillo en la mano, contemplaba las estrellas, y al verlo con un abrigo y unos pantalones negros perfectamente entallados se me formó un nudo en la garganta.

Bramwell.

Cerré los ojos pintados con rímel, respiré hondo tres veces y me tambaleé cuando me invadió una oleada de mareo. Me la sacudí, mantuve la mirada clavada en la espalda del profesor Bramwell y salí de los jardines al patio donde estaba el solárium, a solo unos metros de donde se encontraba él. Como si sintiera mi presencia, giró la cabeza hacia un lado sin haberse vuelto aún para mirarme, y el pánico se apoderó de mi vientre al contemplar su perfil perfecto y su mandíbula digna de un modelo.

«Escóndete —me ordenó mi cerebro—. No dejes que te vea así».

Sin embargo, en cuanto giró la cabeza hacia el otro lado, ya fue demasiado tarde. Nuestras miradas se cruzaron. Un escalofrío me

recorrió la espalda al ver la expresión de su rostro. No era una mirada entre alumna y profesor, sino entre dos desconocidos. Intencionada e intensa. Al ver cómo me devoraba con los ojos, quise esconderme y volverme invisible.

Sus hombros anchos se estrechaban hasta una cintura bien definida. Estaba allí de pie con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra. Nunca lo había visto tan informal y, al mismo tiempo, tan imponente. El hombre llenaba el traje con una elegancia aguda y letal y un aire autoritario.

Esa imagen me hizo apretar los muslos.

El mundo se quedó en silencio, una galaxia oscura que giraba con una fuerza gravitatoria que me atraía hacia él. Cada nervio cobró vida bajo su mirada y sentí un cosquilleo en la piel.

—¿Lilia? —La voz que oí detrás de mí fue como un jarro de agua fría y al volverme me encontré con Spencer, que también iba vestido de esmoquin. Me recorrió con la mirada de arriba abajo, con los ojos abiertos por la fascinación—. Dios, estás… Guau.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi al profesor Bramwell volviéndose hacia las estrellas; estaba claro que no tenía ningún interés en nuestro encuentro.

—¿Has venido andando? —preguntó Spencer, mirando detrás de mí, hacia los jardines.

Salí de mi aturdimiento y negué con la cabeza.

—No. En el autobús del campus.

—¿Has cogido el autobús del campus? —Enarcó las cejas y negó con la cabeza—. Vale, ya está. Luego te llevo yo a casa.

—¿Tienes coche? Creía que a los estudiantes no se les permitía tener coche en la isla.

Con una sonrisa de satisfacción, se encogió de hombros.

—A la mayoría no. Pero mi familia vive en la isla. Si tienes

residencia aquí o eres miembro del claustro de profesores, puedes conseguir un pase.

—Qué bien. —No es que yo tuviera coche ni que pudiera permitírmelo, a decir verdad.

—Vamos. Tienes que estar helándote. —Me ofreció su brazo, por el que deslicé el mío a regañadientes.

—Solo para que quede claro: somos amigos.

Spencer se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—¿Quién te ha hecho daño?

—¿Qué quieres decir?

—Nunca había conocido a nadie tan decidido a evitar una cita.

—No pensarás que esto es una cita, ¿verdad? —Fruncí el ceño y amagué con apartar el brazo, y él me lo agarró sujetándolo con el suyo.

—Tranquila. Somos dos amigos que asisten a una gala benéfica.

—Bien. —Una vez aclarado eso, se me relajaron un poco los músculos—. Por cierto, ¿cuál es su objetivo?

—Básicamente, es una competición entre ricos para ver quién la tiene más larga. Perdona mi vocabulario.

—Prefiero que seas malhablado. Me hace sentir menos… pija.

—La gala es para financiar la investigación del profesor Bramwell, bajo el pretexto de la cría para la conservación. —Mientras Spencer me guiaba a través de una de las puertas de cristal, volví a mirar por encima del hombro y vi que el profesor Bramwell ya no estaba allí—. Si mal no recuerdo, la invitación decía que era para ayudar a mantener la diversidad genética de las polillas autóctonas de la isla. Supongo que era un requisito para utilizar las sominix en la investigación.

El aire se calentó hasta alcanzar una temperatura muy agradable cuando entramos en el solárium.

—Ah. Así reemplazan las polillas del entorno que se matan en el laboratorio.

—Exacto —dijo Spencer, conduciéndome más adentro de la sala, decorada con elegancia.

Unos candelabros negros parpadeaban por todo el espacio, proporcionando una luz tenue. Un mar de elaborados vestidos y esmóquines me provocó un nudo en el estómago, a pesar de que mi atuendo encajaba con el estilo; en ese sentido, Missy lo había hecho bien. Aparte de algunas caras más jóvenes, entre ellas la de Kendall, que me lanzó una mirada asesina desde donde estaba, junto a uno de los chicos del equipo de rugby que había reconocido del otro día en el comedor, la multitud parecía estar compuesta en su mayoría por gente mayor, lo cual supuse que tenía sentido en un acto benéfico.

En cierta medida, la rígida elegancia se suavizaba gracias a la música de piano que llenaba las pausas entre las numerosas conversaciones que tenían lugar alrededor.

En el centro de la sala había una estructura acristalada que llegaba hasta el alto techo abovedado, del mismo material. Era como una versión gigante de las cúpulas de nuestro laboratorio nocturno y, en su interior, revoloteaban cientos de polillas sominix negras.

—Voy a pillarnos algo de beber —anunció Spencer, pero apenas escuché lo que dijo, ya que le solté el brazo y me acerqué a las polillas, fascinada. Sus alas negras no mostraban ningún signo de infección, tal y como había aprendido en el laboratorio nocturno. Una se había posado contra el cristal y, cuando puse un dedo allí, revoloteó. Más polillas se agolparon ahí, como si las atrajera. Bajé la mirada y vi que la luz se reflejaba en las florecillas estrelladas de mi vestido.

—La luz las atrae. —Al oír esa voz grave me volví y vi al profesor

Bramwell contemplando el cristal, a solo unos centímetros de mí. Su presencia me aceleró el pulso, igual que antes.

—Hay muchísimas. ¿De dónde han salido?

—Se han comprado a un criador de aquí. Es la penitencia de la universidad por utilizarlas para estudiar el noctisoma. Dracadia es el único hogar de estas polillas, por lo que su número podría reducirse si no tenemos cuidado.

—Sin embargo, son el huésped natural del organismo, ¿no?

—Sí. Pero no todas las polillas están condenadas a infectarse. Solo las curiosas. —Con una copa de champán en la mano, se acercó a mí, pero con cuidado de mantener la distancia entre nosotros, ya que se detuvo en una línea invisible—. ¿Ve el cerrojo del techo?

Al mirar hacia arriba vi una especie de puerta de cristal en lo alto del solárium, con un hueco entre los paneles que no encajaban tan bien como los demás.

—Sí.

—Lo abrirán al final de la cena y liberarán las polillas en la naturaleza.

—Estoy segura de que los murciélagos están deseando que llegue ese momento.

Curvó los labios hacia arriba y al oír su oscura risa sentí que me revoloteaba el estómago tanto como las polillas.

—Por suerte, las que no están infectadas son un poco más hábiles sobreviviendo. Aunque eso sería un final mucho más piadoso, ¿no cree?

—Supongo que sí. No me imagino siendo un insecto, con tantas cosas peligrosas persiguiéndote. —Me atreví a echarle un vistazo y vi que me miraba los labios, donde me había vuelto a poner carmín antes de salir de la residencia.

—Tiene que prestar más atención, señorita Vespertine. —Se giró, como si estuviera escaneando la habitación, lo que me obligó a hacer lo mismo.

Spencer, que me miraba fijamente desde el otro lado de la sala, tenía una expresión curiosa.

—Veo que Spencer y usted se llevan bien. —El profesor Bramwell se bebió su copa de un trago y, cuando una de las mujeres de uniforme pasó con una bandeja con champán, pidió otra. No pude evitar fijarme en la sonrisa coqueta de ella mientras él cogía la bebida sin mirarla.

Ella se volvió hacia mí, con las cejas arqueadas sobre unos llamativos ojos grises.

—*Voulez-vous boire un verre, mademoiselle?*[1]

Aunque reconocí que aquellas palabras sensuales eran en francés, uno de los idiomas nativos que hablan los lugareños de la isla, no tenía ni idea de lo que me había preguntado.

—Lo siento, no lo entiendo del todo. ¿Me está preguntando si me apetece una copa? —Ella asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa, y yo contesté—: No gracias.

Su sonrisa se prolongó un segundo más antes de volver a centrarse en el profesor Bramwell, cuyos ojos estaban clavados en mí en ese momento.

—*Si vous comprenez, retrouvez-moi dans le placard*.[2]

Él contrajo un músculo de la mandíbula y desvió la atención de mí hacia la camarera.

—*Je comprends. Et je décline votre offre*.[3] —La suave cadencia de su voz tenía una fluidez seductora que me dejó intrigada y con ganas de más. Sin embargo, lo que él le dijo pareció alterar la compostura de la camarera, ya que esta echó los hombros hacia atrás, asintió secamente y se alejó con paso lento.

Me quedé mirándola, desconcertada por su interacción.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo el profesor Bramwell, interrumpiendo mis pensamientos y bebiendo un sorbo de su nueva copa de champán.

Mi cabeza volvió a su último comentario sobre lo bien que me llevaba con Spencer.

—Solo somos amigos.

—Amigos —repitió mientras recorría con los ojos mi vestido de arriba abajo y volvía a subir.

Los hombres me miraban con deseo desde que me crecieron las tetas, pero la mirada de Bramwell tenía algo diferente que yo quería estudiar y desentrañar, sin todas las demás personas que había en la habitación. Una orden tácita y una tensión inquietante que me sacudía los huesos.

Un intrincado laberinto en el que quería perderme.

Una oleada de calor me recorrió la piel, sin duda sonrojándome.

Era raro verlo así, sin un libro en la mano ni ansioso por irse a algún lado. Casi parecía como si no supiera qué hacer en ese lugar.

No era muy diferente a mí.

—Sinceramente, me siento un poco fuera de lugar aquí. —Miré alrededor y capté las miradas de algunos invitados, hombres y mujeres—. Es como si todos supieran que soy pobre como una rata.

—¿Cree que la miran porque es pobre? —Esbozó una sonrisa burlona mientras se bebía de un trago el contenido de su vaso. Apretó los dientes y tensó la mandíbula—. Los ricos tienen un apetito insaciable por lo extraño y lo que no tiene precio. La observan porque usted es lo único que vale la pena mirar.

El ambiente se volvió sofocante y cada bocanada de aire embriagador me hacía cosquillas en el pecho. Con las mejillas sonrojadas, me di la vuelta y vi a Spencer haciéndome señas para

que me acercara a donde estaba, con un grupo de hombres, entre los que se encontraba su padre.

Pero no quería ir con él. Quería quedarme allí, con mi profesor, luchando por recuperar el aliento. A mi lado, las polillas revoloteaban; sus movimientos eran un reflejo de la sensación en mi vientre cada vez que el hombre abría la boca.

—Vaya, señorita Vespertine —susurró el profesor Bramwell, cuya cercanía me puso de los nervios—. Es demasiado joven para vivir una vida sin errores. —Con esas palabras a modo de despedida, se alejó con un aire arrogante que me dio tembleque de rodillas.

Mi cabeza me instaba a seguirlo. Quería hacerlo.

En su lugar, me acerqué a Spencer, quien me entregó una bebida oscura de color morado.

Al examinarla fruncí el ceño por lo intenso que era el color, que no me permitía ver el fondo del vaso.

—¿Qué es esto? —La olí y solo percibí un aroma dulce a bayas.

—Solo es ponche —respondió y bebió un sorbo—. Si crees que el bueno del rector iba a dejarme salirme con la mía añadiéndole alcohol, crees mal.

Con la boca seca tras el encuentro con el profesor Bramwell, tomé un sorbo y el sabor dulce me golpeó la lengua con un placer inesperado.

—Está muy bueno. —Tomé otro sorbo, intentando identificar el sabor—. ¿De qué es?

—No tengo ni idea, pero te garantizo que un poco de ron lo habría mejorado.

—Nunca he probado el ron.

—Uy, eso tenemos que remediarlo. No esta noche, obviamente. —Dándome un leve empujón en el brazo, me llevó de vuelta hacia el grupo de hombres con los que estaba antes—. Quiero presentarte a

mi padre.

La idea de encontrarme cara a cara con un hombre que había participado en el estudio de investigación que pudo haber provocado, o no, la muerte de mi madre me resultó un poco duro para la velada. Aunque me habría encantado sonsacarle algunas respuestas, el vestido me hacía sentir fuera de lugar.

—No sé.

—No pasa nada. Se ha tomado unas copas. Probablemente sea el mejor momento para conocerlo.

Quizá, si se emborrachaba lo suficiente, olvidaría haberme visto allí. Con reticencia, seguí a Spencer, dándole otro sorbo a mi bebida.

—Padre, me gustaría presentarte a alguien. Esta es mi amiga Lilia.

Una sombra de consternación se dibujó en el rostro del rector antes de sonreír y tenderme la mano.

—Lilia, es un placer conocerte. Spencer me ha dicho que tú también estudias medicina.

—Bueno, aún no he decidido qué voy a estudiar. Estoy un poco indecisa.

—Eh… Siento mi extraño comportamiento de aquel día en el comedor. No quería ser grosero. Es que me pillaste por sorpresa.

—¿Y eso?

—Me recuerdas a alguien que conocí.

—¿Sí? ¿A quién? —Sabía muy bien a quién le había recordado, pero fingí. Aunque la pregunta me picaba en la punta de la lengua y me rogaba que indagara qué sabía sobre la muerte de esas seis mujeres, me contuve.

Haciendo un gesto con la mano para restarle importancia, se rio entre dientes.

—Veo tantas caras en esta universidad que es difícil precisar

exactamente de dónde o a quién. Es curioso cómo funciona el cerebro, ¿verdad?

—Muy curioso. Usted también me recuerda a alguien —mentí.

Otra de las camareras, una joven rubia de ojos brillantes, se acercó a nosotros y le puso una mano en el brazo al rector de una forma que me pareció un poco íntima. Se inclinó para susurrarle algo al oído y vi que él le daba un apretón suave en la mano.

Luego asintió y se la soltó.

—La cena estará lista en breves. Lilia, ¿quieres sentarte con nosotros?

—Claro. —Aunque habría preferido sentarme con las polillas.

El rector condujo a nuestro grupito hacia una mesa redonda para ocho personas y todos se acomodaron en una silla. Spencer se puso a mi lado.

Un señor que no reconocí me guiñó un ojo mientras se deslizaba en el asiento de mi izquierda, lo que al instante me hizo sentir incómoda. Una mujer de la misma edad, ataviada con joyas preciosas, se sentó a su otro lado.

Frente a nosotros se ubicó el rector, que me lanzaba miradas ocasionales, hábito exasperante que interrumpió cuando un hombre pasó detrás de él y le dio una palmada en el hombro.

—¿Puedo preguntarle cuántos años tiene, señorita? —El hombre que estaba a mi lado se inclinó tanto hacia mí que mis defensas volvieron a activarse.

Me aclaré la garganta y tomé otro sorbo de mi copa antes de dejarla sobre la mesa.

—Veinte.

—Una edad maravillosa. Recuerdo cuando tenía veinte años. Estudiaba en esta misma universidad. Era capitán del equipo de rugby.

—Guau, genial.

—Charles Dandridge —se presentó, tendiéndome una mano regordeta.

—Lilia —respondí, estrechándosela.

—Es un placer conocerte, Lilia. —Bajó la mirada y no me quedó ninguna duda de dónde había posado los ojos—. En aquella época era todo un donjuán.

—Seguro. —Volví a aclararme la garganta y me alejé de él. Al hacerlo vi a la profesora Gilchrist dirigiéndose a nuestra mesa.

«No te sientes aquí. Por favor, no te sientes aquí. Por favor, no te sientes aquí».

Para mi total consternación, se puso junto al rector y la sonrisa de su rostro se desvaneció en cuanto posó la mirada en mí.

Con una sonrisa tímida y los labios apretados, le hice un gesto leve con la mano.

Por supuesto, ella no me devolvió el saludo.

Una sonrisa forzada le arrugó los ojos mientras se deslizaba en la silla. Con toda la sutileza que pude, me volví hacia Spencer.

—No sabía que Gilchrist estaría aquí —susurré. Retrocedí al día del callejón, a cuando los vi juntos.

—Sí, es la organizadora de la gala. Negoció para que tuviéramos todas estas polillas. Es una tontería, porque volverán a ponerse en circulación y en poco tiempo estaremos recogiendo sus cadáveres de las jaulas.

—Es horrible. Hablando de cosas horribles, el tío que tengo al lado da mal rollo —le susurré en un tono aún más bajo.

—Ah, es inofensivo. Es asquerosamente rico, pero inofensivo. Es un viejo amigo de mi padre.

Más allá de Spencer, una figura se acercó a la mesa y el corazón se me detuvo por segunda vez esa noche cuando el profesor

Bramwell se sentó dos sillas más allá de Spencer. Cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo, una oleada de calor me recorrió las venas.

La silla entre mi acompañante y él permaneció vacía, y entonces me di cuenta de que todos los que estaban sentados a la mesa tenían pareja. Excepto él.

Dirigí los ojos rápidamente hacia el rector, quien enseguida apartó la mirada de mí. Me incliné de nuevo hacia Spencer.

—¿Tu padre y tu…? O sea… ¿Y tu madre…?

—Está en casa. Enferma. Lo que significa que ha vuelto a tomarse demasiadas pastillas para dormir.

—Ah. Vaya.

—Sí. Pasa muchas veces.

—No estaba segura de si Gilchrist era… —Dudé y negué con la cabeza—. Olvídalo.

Con un gesto sutil, se tapó la boca con la mano y se inclinó hacia mí.

—En realidad, no se soportan, así que esto es muy incómodo.

Al recordar cuando Gilchrist le tocó la entrepierna a Spencer, asentí con la cabeza.

—Ya me imagino.

En el silencio que se hizo después, me quedé mirando la elaborada disposición de la mesa: tres tenedores a la izquierda, dos cuchillos y una cuchara a la derecha, un tenedorcillo y una cucharilla arriba, y un extraño utensilio con púas que nunca antes había visto. El camarero trajo una variedad de aperitivos que me dejaron boquiabierta: tartar de atún, ceviche de fletán, pulpo a la plancha, *latkes* de salmón. No tenía ni idea de qué era nada, pero probé los últimos solo porque eran del tamaño de un bocado.

El siguiente plato consistía en una sopa de marisco y, cuando fui

a coger los cubiertos, me di cuenta de que el profesor Bramwell me estaba observando.

Intenté no fijarme en el asiento junto al suyo, que seguía sin haberlo ocupado nadie.

—Doctor Bramwell —dijo el hombre a mi izquierda con comida en la boca—, el mes pasado, en Las Vegas, fui a un restaurante donde se puede pedir sopa de hongo de oruga por solo setecientos dólares el plato. Se supone que tiene propiedades curativas increíbles. Es un tratamiento natural contra el cáncer. Y un afrodisiaco. —Me dio un codazo bajo la mesa y yo fruncí el ceño—. ¿Qué opina? —Para ser un hombre que supuestamente tenía una obscena cantidad de dinero, estaba claro que carecía de modales en la mesa, a juzgar por la forma en que sorbía la sopa.

Observé al profesor Bramwell, que lo miraba con evidente desinterés. Me hizo preguntarme si se conocían de antes, porque casi sentía la hostilidad entre ellos.

—*Ophiocordyceps sinensis.* Un pariente de la especie *Cordyceps* que convierte a las hormigas en zombis. Inofensivo para los humanos, pero, si es tan tonto como para pagar setecientos dólares por lo que cree que es la próxima panacea, me pregunto si, de hecho, le habrá infectado el cerebro.

Morderme el labio no bastó para contener la risita que se me escapó.

Sin duda nervioso, el hombre se enfadó, resopló y se recostó en su silla.

—¿No es esa la base de su investigación, profesor?

—Mi investigación se centra en una sola toxina y su efecto sobre la respuesta autoinmune. No, no creo que sea una panacea capaz de mejorar su vida sexual. Sospecho que ni siquiera el viagra tiene tanta ambición.

Con los ojos muy abiertos, clavé la mirada en el plato que tenía delante. Tenían que conocerse. Estaba claro que el profesor Bramwell tenía un lado tosco en sus habilidades sociales, pero nunca lo había oído insultar abiertamente a nadie. La señora Dandridge tosió en su servilleta y no supe si terminó su ataque con una risita o atragantándose.

El rector Lippincott soltó una risa nerviosa y dijo:

—Devryck tiene… bastante sentido del humor. —Sus palabras desprendieron un aire de incomodidad, pero la tensión seguía siendo palpable.

Volví a mirar de reojo al profesor Bramwell, que se bebió otra copa de champán y, en cuanto la dejó sobre la mesa, posó sus ojos color cobre en mí.

Sentí una extraña punzada en el pecho. No podía explicarlo, pero, a pesar de lo brusco que era, lo encontraba absolutamente cautivador. Magnético.

Cuando llegó el plato principal, que era langosta, mantuve una conversación informal con Spencer sobre la comida y los lugares de interés de Dracadia que aún no había visitado. Sin embargo, no podía evitar mirar de reojo al profesor Bramwell, y, cada vez que lo hacía, él me devolvía la mirada sin pudor alguno. El vestido me rozaba donde me quedaba demasiado ajustado y me sentía aprisionada, con la piel sonrojada y el estómago revuelto.

La camarera rubia de antes hizo una segunda aparición y, con un suave toque en el hombro, le susurró algo al oído a Lippincott. Luego me miró y me di cuenta de que la había observado con demasiada atención, y, aclarándome la garganta, bajé los ojos a mis manos, que las tenía en el regazo, y pillé a Dandridge agarrándose la entrepierna debajo de la mesa, recolocándosela con mucha vulgaridad.

—Discúlpenme un momento —dijo el rector Lippincott, deslizando su silla hacia atrás y dejando la servilleta sobre la mesa. En cuanto salió del comedor tras la camarera, la tensión que sentía en el vientre se alivió un poco, recordándome lo mucho que me incomodaba su presencia.

Sin embargo, el respiro duró poco, ya que solo unos minutos después el rector regresó a su asiento y mi ansiedad se intensificó aún más.

Llegó el postre. A cada persona de la mesa le sirvieron algo diferente; el mío era un cuadradito de tarta de queso con algún tipo de cobertura de bayas.

—Saben cómo ahorrar, ¿eh? —resopló Spencer y se metió en la boca lo que parecía una fresa rellena de tarta de queso.

Jugueteando con el tenedor de postre, me obligué a no volver a mirar a Bramwell. Era ridículo y, quizá, hasta inapropiado.

Pero a una parte de mí no le importaba.

Él se había fijado en mí y, por mucho que al principio me repugnara la idea de asistir a la gala, ahora me alegraba de haber ido.

Probé un bocado de la deliciosa tarta de queso con bayas, cuyo sabor me recordó a la bebida que había tomado antes. Mientras me relamía los labios, vi que el profesor Bramwell se daba la vuelta. Miré a Gilchrist, que me fulminaba con los ojos desde el otro lado de la mesa, con la boca fruncida en señal de desaprobación.

—¿De dónde eres? —me preguntó el señor Dandridge, y yo me encogí por dentro al oírlo.

Quizá decirle la verdad lo animaría a dejarme en paz.

—De Covington —respondí con toda la firmeza que pude y me obligué a no moverme demasiado cuando frunció el ceño.

—¿Covington? ¿Esa ciudad horrible de Massachusetts?

—Sí.

—Madre mía. ¿Cómo has…? ¿Cómo has acabado en Dracadia?

—Buenas notas y un expediente decente.

—Aquí todo el mundo tiene buenas notas y un expediente decente. —Se inclinó tanto hacia mí que sentí su aliento caliente en la mejilla—. ¿O destacaste entre tus compañeros de clase por las actividades extracurriculares, eh? —Por debajo del mantel, posó la mano en mi muslo—. Aquí también tengo varios contactos.

Los músculos se me tensaron, ansiosa por abofetearlo; tenía las mejillas tan rojas de ira y humillación que apenas podía articular palabra. Se me debía de notar en la cara.

Sin embargo, una parálisis fría se apoderó de mis huesos. «¡Haz algo!», me instaba mi cabeza, pero estaba rígida y me pesaba el cuerpo por la conmoción. Cuando subió más la mano, por fin metí la mía debajo de la mesa y le agarré la muñeca, con los ojos amenazando lágrimas.

Me agarró la mano y se la llevó al muslo. Al intentar liberarme de él, me temblaron los músculos. Toda la lucha silenciosa pasó desapercibida para los demás, que siguieron comiéndose su postre sin decir una sola palabra. Ni siquiera Spencer parecía darse cuenta, ya que me sonrió antes de meterse otra fresa en la boca.

—Me pregunto qué pensaría tu esposa si supiera que estás manoseando a la joven que tienes a tu lado, Charles. —Todos los comensales se quedaron boquiabiertos mientras el profesor Bramwell daba un sorbo con indiferencia a una nueva copa de champán—. ¿O es que tenéis carta blanca para las aventuras extramatrimoniales? —Su tono tenía un matiz burlón que se hacía eco del que había utilizado el señor Dandridge momentos antes, y no sabía qué era más impactante: lo que había dicho o el hecho de que hubiera oído las palabras de Dandridge.

Este me soltó el muslo enseguida y, aunque me sentí aliviada, el rostro me ardía de vergüenza por no haberme defendido.

—¡Devryck! —El rector Lippincott se puso de pie de un salto y tiró la servilleta sobre la mesa—. ¿Intentas insultar a mis invitados en una gala tan importante que resulta que financia tu investigación?

—¿Y tú intentas ignorar el hecho de que una de tus invitadas está claramente incómoda? ¿O es que solo importa la comodidad de los donantes ricos, Edward?

—Ya basta. Por favor —pidió el rector.

—Sí. Ya he tenido *suficiente*. —Bramwell se centró en Spencer—. Sé un caballero y cámbiate de sitio con ella. —Posó la mirada en mí y luego la endureció hasta convertirse en algo casi asesino cuando la desplazó más allá—. Y, señor Dandridge, si valora su anatomía, le recomiendo encarecidamente que mantenga las manos quietas. —Dicho esto, el profesor Bramwell tiró la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

Se me encogió el corazón al verlo caminar con paso firme hacia la salida.

—¿Eso es una amenaza? ¿Me acaba de amenazar, Edward? —Dandridge se movió en su asiento y me dio un codazo.

—No… Él… No, no era una amenaza. —El rector Lippincott volvió a soltar esa risa nerviosa.

—¡Claro que sí! Lo he oído, como todos los que están en la mesa.

—Cállate, Charles —soltó su esposa al final, que estaba a su lado —. Das vergüenza.

Pero yo lo había oído. El profesor Bramwell *sí* que lo había amenazado. Por mí. En mis veinte años de vida nadie había salido nunca en mi defensa. Nadie había intervenido en mi nombre jamás.

Me sentí obligada a ir tras él y me levanté de la silla, y, en cuanto lo hice, me dio un mareo y me tambaleé hacia atrás.

—Lilia. —Spencer me agarró del brazo para sujetarme—. ¿Estás bien?

—No. Me siento… rara.

—¿Necesitas tomar el aire?

Con la boca cerrada para evitar vomitar, asentí con la cabeza.

Bajé los ojos para evitar todas las miradas indiscretas y dejé que Spencer me sacara del solárium y me llevara de vuelta al patio.

—Lo siento. No era mi intención…

—Para. Has incomodado a mi padre. Estoy encantado. —Spencer resopló, riéndose por la nariz.

Me entró otra arcada y me tambaleé.

—Vaya. Estoy muy… ¿Seguro que no había alcohol en esa bebida?

—Estoy bastante seguro de que no. Por supuesto, mi tolerancia ha aumentado un poco en los últimos años. ¿Quieres un poco de agua?

Pasándome una mano por la frente, asentí con la cabeza.

—Quédate aquí. Vuelvo en un segundo.

Una neblina se había adueñado de los bordes de mi campo de visión. Al mirar alrededor no vi al profesor Bramwell por ninguna parte.

Volví a marearme y tropecé hacia un lado, y me agarré a una de las pesadas sillas de hierro que había en el patio.

Un susurro en los jardines atrajo mi atención.

Eché un vistazo a los arbustos de alrededor, pero no vi nada. Todo se volvió más borroso y, al girar la cabeza, volví a tropezar.

—¡Eh! —exclamó Spencer, agarrándome del brazo antes de que me cayera de culo. Me dio el vaso de agua y, aunque no tenía ganas

de beber nada, con el estómago tan revuelto como lo tenía, di un par de sorbos—. ¿Mejor?

—No, la verdad.

—Vamos a dar un paseo, a ver si el aire fresco y el moverte ayudan.

Enlazó su brazo con el mío y me condujo por el sendero de los jardines, y yo me mantuve atenta por si veía a Bramwell o lo que fuera que hubiera hecho ese ruido. El camino daba vueltas, pero el movimiento ayudó un poco.

—Lo siento, debería haberte cambiado el asiento antes. ¿De verdad te ha tocado Dandridge?

Al oír la pregunta, recordé cómo me había agarrado el muslo debajo de la mesa e hice una mueca.

—Sí. Ha sido muy asqueroso.

—Perdóname. La verdad es que nunca me ha manoseado por debajo de la mesa, así que no sabía lo repugnante que podía llegar a ser.

—Solo quiero olvidarlo todo.

—¿Todo?

La mirada de dolor en sus ojos me provocó otra arcada. Me di la vuelta y vi una figura de pie frente al mausoleo, a lo lejos. Una larga capa negra. La máscara de la peste. ¿Era imaginación mía? ¿O era real? Solté el aire con brusquedad y me giré hacia Spencer. Le eché un vistazo rápido y me aparté a un lado, aclarándome la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Junto al mausoleo. —Señalé en esa dirección y tuve que sacudir la cabeza para dejar de ver doble. Cuando la escena volvió a convertirse en una sola forma borrosa, no había nada allí—. He visto… Había… alguien con una máscara.

—¿Una máscara?

—No paro de verlo. —La confusión me nublaba la mente—. Me sigue alguien con una máscara, como… las que llevaban los médicos durante la peste.

—¿Una máscara de la peste? —Frunció el ceño y retrocedió—. Qué raro. ¿Has visto eso cerca del mausoleo?

—Sí. Estaba… —Otro mareo—. Estaba ahí hace un momento, observando.

Desenganchó su brazo del mío y, cuando dio un paso en esa dirección, se lo aferré.

—¿Qué haces? —pregunté, arrastrando un poco la voz.

—Quédate aquí. Voy a echar un vistazo.

—No… No hay que ir nunca… a ver qué pasa. —La tensión me palpitaba en la cabeza e hice una mueca de dolor, frotándome la zona que me dolía con el talón de la mano.

Ignorándome, volvió a dar un paso en esa dirección y yo lo agarré del brazo con más fuerza.

—Spencer… ¿Y si… es peligroso?

—Si alguien te está acosando, hay que hacer que pare. Quédate donde estás.

—No. Es una *mala* idea.

Frunció el ceño y me miró fijamente, como si acabara de darse cuenta de que estaba peor.

—Vale. Vamos.

Nos adentramos en el camino que llevaba a los jardines, en dirección al mausoleo.

La figura volvió a aparecer y la señalé, frenando en seco.

—¡Ahí!

Spencer me soltó la mano y se dirigió hacia allí.

—¡Eh, capullo! ¿Tienes algún puto problema?

—¡Spencer! —Quería seguirlo, pero, joder, ni siquiera estaba muy

segura de poder dar diez pasos, y mucho menos de defenderme. En lugar de eso, retrocedí hacia el camino, observando a Spencer a través de la niebla mientras desaparecía tras el mausoleo.

Pasaron unos segundos.

El aire se volvió más frío.

Un minuto.

Dos.

—¡Spencer! —grité susurrando, sintiéndome completamente vulnerable. Sola. Con torpeza, me saqué el espray de pimienta de la cinturilla y me tambaleé otra vez. No sé por qué no se me había ocurrido dárselo, pero en ese momento me alegré de tenerlo.

«Busca ayuda. Ve a buscar ayuda».

Me volví hacia el camino, pero todo seguía dándome vueltas, el mareo era tan intenso que oscilaba y tropezaba con los arbustos. De alguna manera, el entorno había cambiado. Había perdido el sentido de la orientación y, lo que era peor, la vista se me estaba nublando.

La oscuridad se apoderó de mi campo de visión y lo redujo mientras buscaba a tientas el camino que conocía.

Cerré los ojos despacio.

Al abrirlos vi el cielo oscuro, con las estrellas brillando en lo alto, luminosas. ¿Me había caído? No lo recordaba.

Los cerré otra vez, despacio.

Cuando volví a abrirlos, una figura aterradora se alzaba sobre mí. La máscara de la peste. Quería gritar, pero no me salía nada. La figura inclinó la cabeza y me estudió.

«¡Quítate la máscara!».

Intenté levantar el brazo, pero lo sentía tan pesado como si fuera de plomo.

—*Déame en pah*.

La figura dejó de prestarme atención, como si hubiera oído algo.

Cerré los ojos despacio.

Noté algo deslizándose debajo de la espalda y me sacudí.

—*Ayúame*. —Nada más que un débil gemido que reflejaba lo blandos que tenía los huesos. Los abrí y vi que todo se movía demasiado rápido; la imagen me revolvió el estómago.

Volví a cerrar los ojos.

Me envolvió una sensación de calor. Un calor maravilloso y reconfortante, y un aroma a cuero y a colonia. Me desperté y vi una mano enguantada sobre la palanca de cambios. Oí el ronroneo monótono del motor. Al levantar la cabeza para ver quién me había secuestrado, me encontré con una luz demasiado brillante que entraba por la ventana por detrás de la persona. Gemí y apreté los ojos con fuerza, y solo vi destellos irregulares en los párpados.

Quizá estuviera muriéndome.

A lo mejor moría antes de que acabara la noche.

La muerte me parecía de lo más acogedora.



39

Lilia

Me desperté sobresaltada y me incorporé de golpe. Al sentir la presión en el brazo, miré hacia abajo, a través de la tenue luz, y vi que estaba esposada al cabecero de acero de la cama.

Bajé la vista hacia el vestido que llevaba puesto, que tenía pequeñas manchas de… ¿comida?

La confusión se apoderó de mí, la cabeza me retumbaba por la tarea de intentar ponerme al día con lo que veían mis ojos.

«Música de piano. Polillas. Cena. Spencer. Bramwell. El hombre enmascarado».

Las náuseas me revolvieron las tripas mientras recorría la habitación con la mirada. Tenía la vista nublada por el dolor de cabeza.

La oscuridad. Las paredes de piedra, desconchadas por el paso del tiempo y cubiertas de musgo. Un suelo de grava. El aire, tan frío que parecía que me hubieran arrojado a una tumba. El olor fuerte y

húmedo de la tierra y la descomposición invadiéndome las fosas nasales. Y los barrotes. No era una habitación. Era una celda. Una prisión.

«No. ¡No!».

El hombre de la máscara me había capturado.

Se me aceleró el pulso al pensar en todas esas películas repugnantes de asesinos en serie en las que la víctima acababa encadenada en un sótano. Esa idea horrorosa me impulsó a escapar y tiré de las esposas, intentando sacar la mano. Con la piel en carne viva y ardiéndome, me puse a temblar por el esfuerzo, retorciéndola para encogerla lo máximo posible.

El dolor de cabeza se intensificó por el estrés y abandoné mi huida para frotarme las sienes, que me palpitaban.

—Podría pedir una llave.

Al oír la voz grave, contuve el aliento y las sombras a mi derecha se movieron cuando una figura apareció ante mí. Una corriente extraña me recorrió la piel, devorando mi miedo, mientras observaba a esa persona.

Pantalones de traje negros. Camisa blanca con botones. Rostro devastadoramente atractivo. La atmósfera de la sala pareció cambiar, ya que su presencia invadió el espacio como una tormenta oscura.

¿El profesor Bramwell?

La cabeza me daba vueltas con un millón de posibilidades, pero ninguna me traía un recuerdo familiar de lo que había sucedido la noche anterior. ¿Mi profesor me había secuestrado? Recordé que me había defendido durante la cena. Ni de coña.

Aun así, sentí una tensión en el vientre cuando se acercó a mí, debatiéndome entre luchar o huir, sin saber qué hacer. La luz se reflejó en una llave de metal que me mostró para que la viera. Los

elegantes guantes negros de cuero que llevaba me hicieron cuestionarme algunas cosas. Quizá había visto demasiadas series policiacas, pero solo se me ocurría una razón por la que alguien llevaría guantes negros. Se arrodilló a mi lado y, al oír el clic de las esposas, tiré de la mano para soltarme y me eché hacia atrás, contra el cabecero, alejándome de él.

—¿Me ha esposado?

—Al parecer, es sonámbula. —Se levantó del suelo y, con las manos metidas en los bolsillos, se dirigió hacia la puerta de la celda, que abrió como para hacerme saber que era libre de marcharme.

—¿Y la prisión?

—No podía llevarla a mi despacho. Ni a la residencia. Estas celdas están conectadas a mi laboratorio. El laboratorio nocturno está dos pisos encima.

—No guarda cadáveres aquí, ¿verdad?

—No, no guardo cadáveres aquí.

Me tranquilicé, pero solo un poco, ya que nada tenía sentido todavía.

—¿Qué ha pasado?

—La drogaron.

Me froté la marca roja que me había dejado la esposa en la muñeca.

—¿Cómo? ¿Con qué?

—Con bayas de noche.

Me quedé sin aire en los pulmones. ¿Bayas de noche? Mierda. ¡Mierda!

—¿Cómo lo sabe?

Cruzó los brazos y se apoyó contra los barrotes de hierro de la celda.

—Ha tenido varios episodios de vómitos durante la noche. Le he

hecho una prueba de tornasol específica para la reacción enzimática que solo se encuentra en las bayas.

Madre mía, no solo era humillante pensar en ello, sino que el cosquilleo que notaba en el vientre y en el pecho me decía que podría estar a punto de volver a pasar por lo mismo en cualquier momento.

—Entonces ¿estoy… estoy infectada de noctisoma?

—Al igual que no todas las polillas están condenadas a infectarse, las bayas de noche tampoco.

—¿Cómo lo *sabe*? —En cuanto pronuncié esas palabras, me vino la respuesta—. ¿Ha estudiado mi pota?

—Tendría que haber encontrado de larvas, huevos. No he visto ninguna de las dos cosas en el microscopio.

Una vez más, la idea de que el profesor Bramwell estudiara mi pota me parecía peor que el hecho de que me hubiera esposado a una cama en lo que en su día debió de ser una cárcel. Era una locura, pero así me sentía en ese momento.

—Dios, no me acuerdo de nada. Ni de haber vomitado ni de que me trajera aquí.

—Las bayas de noche son un alucinógeno muy potente, más fuerte que cualquier droga de la naturaleza. Lo único que impide que se abuse de ellas con más frecuencia es su asociación con el noctisoma. De lo contrario, sospecho que estarían circulando por todas las fiestas de las fraternidades del campus.

Me pasé la mano por la frente, intentando pensar en qué momento de la noche me podrían haber drogado. La tarta de queso tenía bayas. Y la bebida. Sabía igual que el postre.

—¿Por qué querrían drogarme?

Frunció el ceño, respiró hondo y —Dios, que alguien me mate— me quedé boquiabierta al ver los profundos surcos de su musculoso

pecho, pues se había desabrochado la camisa. Me recordó al día que lo espié lanzando cuchillos en el bosque. Los músculos de los brazos. El sudor. Pero era muy bueno con esos cuchillos. ¿Me los iba a lanzar?

Por desgracia, una niebla espesa seguía nublándome el juicio, lo que me impedía ir un paso por delante de aquel hombre si de verdad tenía algo siniestro entre manos.

—El *porqué* no tiene importancia ahora mismo. La pregunta que debería hacerse ahora mismo es *quién*.

¿Era ahora cuando confesaba que había sido él?

—Supongo que no tendrá ni idea.

Una vez más, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió hacia la pared frente a mí.

—Spencer Lippincott fue acusado de darle bayas de noche a otra estudiante. Después de eso, ella afirmó que él la había agredido.

—Mel.

—Sí. —Se dio la vuelta y volvió a caminar de un lado a otro frente a los barrotes de la celda, como hacía cada vez que daba una clase.

—Nunca me ha mencionado las bayas. Él tampoco.

Dejó de pasearse y me miró como diciendo: «Vamos, Lilia, tú eres más lista». Normalmente lo era, pero, además de estar mareada, por alguna razón estaba muerta de hambre.

—Él no lo habría hecho por razones obvias. Y sospecho que ella no lo sabía.

—¿Y por qué *usted* sí?

Le tembló la mandíbula y me miró con ojos impenetrables. No iba a decírmelo. Me crucé de brazos, testaruda, y negué con la cabeza.

—Spencer no haría eso.

—Ya se lo he dicho, la amabilidad y la sinceridad no van de la mano cuando se trata de él. Y ahora volvemos a estar envueltos en un escándalo.

—¿Por?

—Las cámaras me grabaron llevándola.

Esa imagen perturbadora me desconcentró. Yo desmayada en sus brazos y él llevándome por los jardines. Los jardines. Sí, eso lo recordaba. Pasear por allí con Spencer. Y un hombre. Un hombre con una máscara.

—¿Hay cámaras en los jardines de Canterbury?

Se acarició la mandíbula como si estuviera frustrado por mi falta de capacidad intelectual, como si fuera culpa mía. Lo que fuera que me hubieran dado quizá no me había infectado, pero seguro que había matado algunas neuronas.

—El aparcamiento donde estaba mi coche tiene cámaras.

—No, lo pregunto porque vi a alguien en los jardines. Un hombre con una máscara de pájaro.

—¿Una máscara de pájaro?

—No con forma de pájaro, sino de esas de la época de la peste que llevaban los médicos.

Volvió a fruncir el ceño y me miró.

—¿Viste a alguien con una máscara de la peste?

—Sí. Estaba de pie junto al mausoleo. —Los recuerdos me venían despacio y a cuentagotas, cosa que resultaba irritante, y me mostraban una escena tras otra—. Entonces Spencer echó a correr hacia él. Me mareé y me caí. El hombre de la máscara estaba de pie sobre mí.

—¿Spencer vio al agresor enmascarado?

¿Lo vio? ¿O solo lo persiguió por mi bien?

—No lo sé seguro.

—¿Se quitó la máscara en algún momento?

—No. Yo estaba perdiendo el conocimiento. ¿Lo vio usted cuando me encontró?

—Por desgracia, no. Oí un grito. Cuando la encontré, estaba inconsciente. No había nadie más. Por casualidad, ¿la tocó? —La pregunta tenía un tono severo, como si la mera idea lo enfureciera.

¿Tocarme? No, que yo recordara. No evocaba siquiera el más mínimo contacto. Negué con la cabeza, forzando todas las neuronas para intentar traer a la memoria algún detalle más allá de esa máscara.

—Juro que lo vi.

—Las bayas de noche son bastante fuertes. Quizá estaba…

—Lo he visto antes. Por todo el campus. Observándome.

Se quedó mirando al vacío, como sumido en sus pensamientos.

—Es sonámbula.

No era una pregunta, pero respondí de todos modos.

—Sí.

—¿Toma algún medicamento?

—No.

—¿Está cansada durante el día?

—A veces. Mire, no estoy teniendo alucinaciones con ese tipo, ¿vale? —espeté, poniendo los ojos en blanco, a sabiendas de adónde quería llegar con eso.

—Solo estoy planteando una posibilidad, señorita Vespertine. ¿Ha visto algo relacionado con la plaga recientemente? ¿Quizá una lectura? ¿Una imagen de esa máscara?

Leí sobre el doctor Stirling cuando llegué al campus. Era cierto que fue más o menos cuando empecé a ver al hombre de la máscara.

—Sí —respondí con sinceridad—. ¿Cree que es una *alucinación*?

—Solo sugiero que el agotamiento puede afectar a la mente. Lo sé por experiencia.

Tal vez me lo había imaginado. La repugnante posibilidad de que no fuera más que otra alucinación ahogó la contestación que tenía en la garganta.

—Si ese es el caso, entonces me siento una estúpida por todo esto.

—Las alucinaciones no drogan a las personas. Sigue sin resolverse el misterio de quién lo hizo, y sospecho que volveré a verme en el punto de mira.

—Pero no lo vieron traerme hasta aquí.

—La traje por la entrada para cadáveres. Así que no.

Dios, solo de pensarlo se me revolvió el estómago. Pero estaba viva y sin ningún daño. Aunque, por muy perturbador que fuera, la imagen de él tocándome mientras yo estaba inconsciente no me repugnaba tanto como debería.

—Así que mi palabra es lo que lo metería en problemas. —No era una pregunta, y así, sin más, mi mente supermanipuladora volvió a ponerse en marcha, porque en ese momento me di cuenta de que tenía algo sobre el profesor Bramwell y que podía negociar.

Entrecerró los ojos y se puso a estudiarme de esa forma tan molesta que me impedía saber qué coño se le pasaba por la mente. Quizá quería estrangularme por decir eso en voz alta. O lanzarme cuchillos a la cabeza.

—Hágame su asistente y no diré ni una palabra —añadí rápidamente.

—No. Ya se lo he dicho antes, no acepto asistentes. —Con los brazos cruzados otra vez, se pasó el pulgar por el labio inferior de una forma que me pareció hipnótica, seductora sin buscarlo—. Puedo ofrecerle dinero. Una cantidad considerable.

—No. —La respuesta llegó más rápido de lo que esperaba ante esa perspectiva, sobre todo cuando necesitaba desesperadamente ponerme al día con la matrícula de Bee. Pero también necesitaba desesperadamente saber más sobre los gusanos, y más rápido de lo que estaba aprendiendo en Nocticadia—. Me voy. Me marcho unos días, así que no me tendrá aquí para limpiar su nombre. —En ese momento, ni siquiera sabía quién estaba hablando. Quizá me había infectado y el parásito estaba tomando el control, porque era imposible que Lilia Vespertine fuera tan atrevida.

Su risa oscura me hizo cosquillas en la nuca y sus ojos tenían un destello despiadado que se me clavó en los huesos.

—Vaya, es usted una polillita muy traviesa.

Me odié por el revoloteo que sentí en el estómago cuando dijo eso.

—Quiero trabajar en su laboratorio. No en el nocturno ni en uno de segunda categoría, lavando platos y preparando agar. Quiero trabajar con usted en la toxina. Y quiero que me paguen en efectivo por mi tiempo. —Tragué saliva. Aunque por fuera pudiera parecer tranquila y serena, por dentro estaba gritando.

Ladeó la cabeza y capté un destello de curiosidad en esos ojos cobrizos.

—Mírese. Qué polilla tan audaz. Mucho más de lo que pensaba.

—Hágame su asistente y esta vez haré que sea el héroe.

—O puedo encerrarla en esta celda y tirar la llave. Nadie la encontrará. Y, al cabo de un tiempo, a nadie le importaría.

Había olvidado la parte en la que aún no había confirmado si era o no un asesino psicópata. Joder, seguía teniendo la cabeza embotada.

Miré hacia la puerta de la celda con barrotes y luego a él otra vez. En un patético intento de llegar antes que él, me apresuré a

pasar por encima del molesto tul y el satén, enredándome en la falda de mi vestido por un momento, y corrí hacia mi única salida. En cuanto llegué a la puerta, todo se inclinó sobre su eje y me estampé la columna contra los barrotes de hierro. Me apretó la garganta con una mano enguantada, impidiéndome respirar.

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo, colisionando con una inexplicable excitación que me activó los nervios como si fueran cables de electricidad.

—Va a aceptar el dinero que le ofrezco. Y no va a decir ni una palabra sobre esto. ¿Entendido? —Con la mirada clavada en mis labios, se inclinó hacia mí y se pasó la lengua por el borde de los dientes de arriba.

Con la boca abierta en busca de aire, lo observé, estudiando el destello de fascinación que se deslizaba por su expresión, por lo demás severa.

Mi cabeza se sumió en el caos mientras intentaba entender el hecho de que mi profesor tuviera la mano sobre mi garganta y acabara de amenazarme con encerrarme en una celda y tirar la llave, y que yo siguiera sin tener intención de aceptar su oferta. Quizá la psicópata era yo. Después de todo, podría haber negociado con las respuestas que buscaba sobre mi madre y tal vez él me las habría dado.

Pero también estaba la posibilidad de que me mintiera.

O de que me sometiera a una regla de solo tres preguntas.

No conseguí más que negar con la cabeza.

—Encarcelarme… no servirá… para cubrirle… las espaldas.

Me apretó la garganta con más fuerza debido a su frustración.

—¡Joder! ¿Por qué tiene que ser tan terca? —Con la mandíbula apretada por la rabia, me soltó con un gruñido.

Me llevé las manos al cuello y me froté la zona donde me había

estrangulado, inclinándome hacia delante para toser.

—Es una maldición. Pero prometo no molestarlo y ser útil. Y no diré ni una palabra a nadie sobre esto. Nadie tiene por qué saber que trabajo para usted.

Otro gruñido de frustración me indicó que estaba cediendo.

—Desde el momento en que llegó a esta universidad supe que iba a ser un gran dolor de cabeza para mí.

Me enderecé, ignorando la molesta esperanza que me calentó el pecho.

—Entonces ¿eso es un sí?

Se pasó las manos por el pelo, desordenándose los mechones, que de normal tenían volumen y eran lisos, hasta convertirlos en una maraña desaliñada que me resultaba de lo más atractiva.

—De acuerdo. Trabajará como mi asistente. Hará lo que yo diga. No tocará nada ni entrará donde no se le permita. Solo utilizará la entrada para cadáveres. Y si decide romper alguna de mis reglas o hablar de este acuerdo con alguien, haré que se arrepienta de haberme chantajeado.

—¿Me acaba de amenazar? Esta vez, con matarme.

No se inmutó ante la acusación.

—No juegue conmigo, señorita Vespertine. ¿Quiere guerra? Pues tenga en cuenta que voy con todo el arsenal.

—Mire cómo tiemblo.

Crispó los labios, como si intentara contener una sonrisa.

—Salga por la puerta trasera. Y no vuelva hasta mañana a las ocho de la tarde.

—¿Puedo hacerle una pregunta más antes de irme?

Dejó escapar un quejido casi doloroso.

—¿Qué?

—¿Hay algún edificio en este campus que *no* tenga cámaras?



40

Devryck

La chica era un problema. Un problema precioso pero molesto.

Que estuviera ahí, haciendo demandas atrevidas mientras me miraba a los ojos, me hacía desear estrangularla o besarla. No sabía qué me apetecía más.

Había sido un capullo por manipularla para que pensara que lo que había visto no era más que una alucinación, pero tenía que hacerlo. Le había mentido por su propia seguridad. No tenía ni idea del mundo de corrupción y caos en el que podría meterse si se involucraba con los Cuervos.

Iba a averiguar quién cojones la estaba acosando y a solucionarlo.

Apostaba por Spencer. Como nuevo miembro, aún no había aprendido que el traje ceremonial no era un puto disfraz de Halloween. Llevar esas máscaras fuera de los Cuervos acarreaba graves consecuencias y yo me encargaría de que el infractor fuera

castigado como era debido.

Sobre todo, porque no me gustaba la idea de que alguien se aprovechara de ella. Y estaba bastante seguro de que eso era precisamente lo que Spencer tenía en mente después de haberla drogado. Aquel chico ya lo había hecho antes y, con lo increíble que estaba Lilia con ese vestido, sospechaba que aquel cabrón no había podido evitarlo.

Una revelación que me irritó muchísimo.

Desde que vi ese vídeo en su teléfono, me propuse ignorar a la chica, algo que, por regla general, era imposible, sobre todo cuando llevaba esas faldas cortas que bailaban alrededor de lo que yo imaginaba que era un culo respingón. Sin embargo, cuando llegó a la gala la noche anterior, con apariencia de afrodisiaco andante cubierto de nata montada y llamando la atención de todos los tíos que se cruzaban con ella, algo se rompió dentro de mí.

En toda mi vida, nunca había deseado tanto algo.

Decir que era hermosa era como decir que el sol era tibio. Con ese vestido, ardía como la parte más abrasadora de una llama. Y, joder, yo sentí el calor.

Llamé a la puerta de Lippincott y, al oír su respuesta afirmativa, entré en su despacho.

Había papeles desperdigados por el escritorio, junto con botellas de agua vacías y envoltorios de barritas de cereales. Me senté en el sillón frente a él, tragándome las ganas de decirle lo mucho que me apetecía darle una paliza a su hijo.

—Devryck, qué agradable sorpresa. —El tono que utilizó me indicó que aún estaba molesto por el percance con Dandridge en la gala.

Siempre había detestado a ese cabrón pervertido, un antiguo decano de la universidad que nunca había intentado controlar su

gusto por las jóvenes. El hombre tenía casi setenta y dos años, y yo había visto manosear más muslos que un muerto de hambre en un bufé libre de pollo.

Pero esa noche tocó el muslo equivocado.

—¿Qué te saca de tu cripta?

—He pensado que te interesaría saber que han visto a alguien con un traje ceremonial fuera de los Cuervos. Sospecho que podría haber sido tu hijo.

Cogió un frasco de antiácidos Tums que estaba al otro lado del ordenador y se tomó dos.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo después de salir de la gala. Estaba merodeando por los jardines.

—Ah, sí. ¿La noche en que le dejaste un ojo morado a Spencer?

Fruncí el ceño.

—Yo no le he puesto la mano encima a tu hijo.

—Él insiste en que eras tú el que llevaba el traje ceremonial y que te pilló sin la máscara. Dice que le diste un puñetazo en la cara y lo dejaste inconsciente. Tiene un precioso ojo morado como recuerdo de la ocasión.

Aunque vi a Spencer correr hacia el mausoleo, no lo perseguí ni le puse un dedo encima.

—Como ya he dicho, no toqué a tu hijo.

—Pero las cámaras te captaron llevando a la señorita Vespertine a tu coche.

—Se había desmayado. Solo intentaba llevarla a un lugar seguro.

Reclinándose en el sillón, se pasó las manos por el pelo y exhaló con fuerza.

—El decano Langmore está escuchando la versión de los hechos de la chica y, por tu bien, Devryck, más te vale rezar para que no te

delate. Una acusación se puede contener con bastante facilidad. Dos es un poco más complicado. Y si te investigaran por conducta inapropiada con una estudiante, sería la ruina total para la oportunidad de avanzar hacia los ensayos clínicos. Te aconsejo que te mantengas alejado de esta chica en particular.

Sin inmutarme por sus comentarios, incliné la cabeza.

—¿De qué me acusas exactamente?

—Todos los que estaban en esa mesa notaron lo que estaba pasando entre vosotros dos.

Lo dudaba mucho. Si el cabrón sin escrúpulos que estaba sentado a su lado hubiera sentido siquiera una mínima parte de lo que yo estaba sintiendo en ese momento, se habría esforzado más por evitar que le cortaran las manos. Dandridge no era más que un desperdicio de partes del cuerpo humano y de un preciado oxígeno.

—Joder, es que estás loco, ¿eh? —siguió refunfuñando, con una voz cada vez más hostil y molesta—. ¡Luego tuviste la osadía de insultar a nuestro generoso donante! ¡Delante de su esposa!

—Estaba toqueteándole el muslo a la señorita Vespertine mientras tú te zampabas tu puta tarta de queso.

—¡Me da igual! ¡Como si la tira sobre la mesa y le come el coño de postre! ¡El tío ha financiado casi todo el puñetero proyecto! ¡Puede hacer lo que le dé la puta gana!

Apreté los dientes para contener la rabia hasta que un espasmo de dolor me atravesó el cráneo. Esa imagen que me había plantado en la cabeza me hizo perder el control por completo, y, por el bien de mi dignidad y mi reputación, mantuve las manos aferradas al sillón, calmando el impulso de agarrar a Lippincott por el cuello y arrancarle la tráquea.

Lo que fuera que me estaba pasando se había convertido en algo que me era desconocido, algo oscuro y violento. Y en el centro

de todo estaba una chica conflictiva con una boquita de fresa increíble que quería morder y que, de alguna manera, me había corrompido. Una mocosa astuta que había derribado mis defensas.

—Eres brillante, Devryck, posiblemente el hombre más brillante que conozco. No dejes que una chica de clase baja de Covington eche por tierra años de investigación e innovación. Estoy dispuesto a sacarla de tu clase y ponerla en otra solo para eliminar la *tentación*.

Soltando un suspiro lleno de rabia, eché los hombros hacia atrás.

—No será necesario.

—Bien. Me tomaré el ojo morado de Spencer como un *malentendido*. Y preguntaré quién coño decidió que era buena idea llevar un traje ceremonial como disfraz. Mientras tanto, vuelve a tu trabajo.

Lo único que me impidió decirle que se metiera sus malentendidos y opiniones por el culo y se fuera a la mierda fue que aún le tenía un mínimo de respeto. Años atrás, después de que mi padre se rindiera definitivamente con Caedmon, Lippincott organizó una especie de grupo operativo, formado por algunos de sus contactos más cercanos, para localizar a uno de los hombres que había secuestrado a mi hermano. Siempre había sido amable con Caedmon durante nuestra infancia, tratándolo como a un hijo antes de que llegara Spencer. Siempre me sentí mal por él después de la noche en que mi hermano y yo nos topamos con nuestro padre follándose a su mujer en una de las cenas de los Lippincott. El pobre cabrón no podía hacer gran cosa, ya que era el dinero y el estatus de ella lo que le daba cierta influencia en la universidad. Era patético con su mujer, pero el hombre había subido en la jerarquía y amasado suficiente poder como para evitar su lista negra.

No quería tener que lidiar con el dolor de cabeza que suponía enfadarlo, menos aún cuando mi investigación había comenzado a

dar grandes pasos.

Y llevaba razón en una cosa. No tenía necesidad de que Lilia me jodiera las cosas. No porque fuera una «chica de clase baja de Covington», como él había dicho, sino porque era lo único que había logrado distraerme de mi investigación en los últimos diez años.

Lo que significaba que aceptar que trabajara en mi laboratorio podría haber sido la decisión más estúpida que había tomado en la vida.



41

Lilia

Quedó claro que el decano Langmore no me creía cuando me devolvió una mirada con un brillo de escepticismo. Tampoco es que pudiera culparlo, la verdad. No me gustaba hacerme la loca, pero, por asegurarme un puesto en el laboratorio de Bramwell, estaba dispuesta a arriesgarme.

—Bueno… A ver si lo entiendo —dijo, entrelazando las manos sobre su escritorio abarrotado de papeles—. La atacó un hombre enmascarado en los jardines de Canterbury. Con una máscara de pájaro, ¿verdad?

—Así es, señor. Una máscara como las de los médicos en la peste. —Si era cierto que solo me la había imaginado, no veía ningún inconveniente en mencionarlo, aunque solo fuera para desbaratar cualquier teoría que hubieran construido en torno a Bramwell.

—Bien. ¿Y dónde estaba Spencer?

Sinceramente, no recordaba con exactitud qué le había pasado. Lo último que recordaba era que había salido corriendo hacia el mausoleo.

—Se marchó.

—¿La dejó allí para que la atacara ese hombre con una máscara de pájaro?

—Sí. No sé adónde huyó Spencer, pero no estaba allí para ayudarme.

—Pero usted afirma que el profesor Bramwell la oyó gritar y acudió en su ayuda.

—Sí. Forcejeó con el hombre pájaro. —Aunque en realidad no había visto aquello, tenía que admitir que disfrutaba con la fantasía.

—Ya. Y, mientras tanto, ¿escapó de vuelta a su residencia?

Por mucho que me habría encantado terminar la historia ahí, no podía decirle aquello. Había cámaras fuera de cada residencia. Seguramente me habría pillado la mentira en ese mismo instante.

—No. No me encontraba bien cuando me fui de la fiesta. Acabé desmayándome. El profesor Bramwell me metió en su coche con la *intención* de llevarme de vuelta a mi residencia.

—Pero…

—Vomité dentro. Fue humillante. Le pedí que parara y entonces salté del coche y eché a correr.

—¿Adónde?

—A la capilla. —Después de hablar con el profesor Bramwell, supe que allí no había cámaras en el exterior. Por lo visto, a Jesús no le gustaban los espías, y eso me parecía bien. Además era el único edificio abierto a esas horas de la noche—. Después de lo que pasó, estaba terriblemente conmocionada y asustada. Me escondí en los bancos de la iglesia toda la noche y recé.

—Ajá. —El tono incrédulo de su voz coincidía con la mirada que

me dirigió en ese momento—. ¿Pero no lo denunció a la policía del campus?

—No. Sé que hice mal y que debería haberlo hecho. —Con los ojos clavados en mi regazo, jugueteé con las manos, preguntándome si alguna de mis mentiras sonaba remotamente creíble. ¿Se podía poner en duda a las víctimas o era solo una regla tácita?—. Pero se lo estoy contando ahora.

—He hablado con Spencer. Dice que usted no se encontraba bien cuando se fue y que, de hecho, vio una figura en los jardines. Donde difieren vuestras historias es en la parte en la que él huyó. Dice que algo o alguien lo atacó. —Cómo no. Spencer manipulaba las historias de una forma casi artística. Si tenía la más mínima duda sobre lo que había pasado entre Mel y él, lo que me había sucedido me convenció del todo de que ese tío era sospechoso.

—Como he dicho, no recuerdo adónde se fue Spencer.

—Afirma que fue el profesor Bramwell quien lo atacó y lo dejó inconsciente.

Me entraron ganas de reír, pero me contuve. Lo único que me venía a la mente era que, las pocas veces que había hablado con el profesor Bramwell a lo largo de la noche, noté la mirada de desaprobación de Spencer.

—Eso es absurdo. Yo vi claramente al profesor Bramwell defendiéndose del hombre enmascarado. Spencer salió corriendo.

—Spencer tiene lesiones que respaldan lo que dice él. Un ojo morado bastante desagradable.

—¿Y qué? ¿Que yo no lo tenga implica que lo que digo queda descartado?

—Yo no he dicho eso. —Langmore levantó las manos y negó con la cabeza, claramente incómodo por mi respuesta—. Esas palabras no han salido de mi boca, señorita Vespertine.

—Tengo motivos para creer que me drogaron, señor. —En cuanto pronuncié esas palabras, cerró la boca de golpe.

—Quizá debería considerar hacerse una prueba…

—Me drogaron con bayas de noche. Un alucinógeno conocido. Sospecho que fue Spencer. —Hasta ese momento había evitado la acusación, porque, sin duda, acusarlo me complicaría aún más la vida. Era el hijo de Lippincott y precisamente este era el responsable de mi beca. Como rector, tenía la última palabra sobre si podía continuar mi educación en Dracadia y, teniendo en cuenta que por fin había conseguido una oportunidad para descubrir lo que le había pasado a mi madre en realidad, no quería estropear las cosas cabreándolo. Sí, lo correcto habría sido denunciar a Spencer, pero, en ese momento, carecía de pruebas y que me expulsaran de Dracadia por una simple especulación me habría cabreado *a mí*—. Acepté una copa que me ofreció esa noche; estoy segura de que hay varios testigos de la gala a la que asistí que pueden corroborarlo. Por desgracia, los análisis de orina no detectan las bayas de noche.

—¿Está segura de que la drogaron con bayas de noche?

—Claro que no. El único que podría confirmarlo es el profesor Bramwell, pero, en este momento, usted podría considerar que hay un conflicto de intereses, basándose en las acusaciones de Spencer. Así que ¿por qué no hacemos lo siguiente, ya que yo soy la víctima en esta situación…? —Tener que admitirlo, decir la palabra que empezaba por «v», me quemaba la lengua como si fuera ácido. En mi propio espacio de tranquilidad lidiaría con la ira de que me hubieran drogado y, dado que mis sospechas me llevaban a creer que había sido Spencer, me aseguraría de mantenerme alejada de él —. Para no provocar un escándalo, no presentaré cargos contra Spencer. Lo evitaré, como debería haber hecho desde el principio. Tiene mi denuncia sobre el hombre de la máscara. Quizá podría

centrar sus esfuerzos en ello, ya que le digo que fue él quien me atacó. —Por desgracia, estaría persiguiendo una quimera con esa pista, y, aunque me sentía un poco mal por llevarlo por ese camino sin salida, no me convenía que Spencer traicionara a Bramwell, menos aún después de haber negociado un acuerdo bastante ventajoso con el profesor. Por no mencionar que Spencer sabía perfectamente que Bramwell no lo había atacado. Toda esa situación me olía un poco a venganza, sobre todo teniendo en cuenta que Spencer todavía le guardaba rencor por la expulsión de su amigo. No me habría sorprendido que se hubiera hecho ese morado él mismo, como si fuera una escena sacada de *El club de la lucha*.

—¿Está segura, señorita Vespertine? No nos tomamos estas cosas a la ligera. Quiero que se sienta respaldada en su relato de los hechos.

—Estoy segura. Dejemos esto como un caso cerrado. Tendré mucho más cuidado de no salir por la noche. —Uf. Eso iba totalmente en contra de mi feminidad, pero me aferré al hecho de que era por una buena causa. Tenía la oportunidad que había estado esperando, la de aprender más sobre la enfermedad de mi madre, y no tenía intención de distraerme dejándome envolver por la redecilla de venganza de Spencer.

—Muy bien. Mientras tanto, perseguiremos a este hombre enmascarado, por el bien de la seguridad del campus. Y le pido que me informe directamente de cualquier otra inquietud.

—Por supuesto.



42

Lilia

La entrada al depósito de cadáveres era un viejo túnel hecho de ladrillos con dos puntos de acceso: la puerta exterior de la universidad, que me habría obligado a lidiar con el tirano del portero y habría supuesto que el propósito de que nadie me viera careciera de sentido; y la puerta que conducía a la sala de incineración, conectada al túnel del depósito de cadáveres. Ninguna de las dos entradas tenía cámaras. Ambas daban un miedo que te cagas, sobre todo por la noche.

Me recorrió un escalofrío mientras caminaba por el espacio abierto sin nada más que la linterna de mi móvil. A la izquierda había seis puertas de acero, como hornos antiguos, y, debajo de ellas, unas puertecillas correderas que supuse que contenían el fuego que se usaba para quemar los cuerpos. El olor a ceniza carbonizada en el aire me indicó que una de ellas se había utilizado hacía poco.

Dejando ese pensamiento en un segundo plano, atravesé la sala a toda prisa hasta llegar a una puerta de tamaño normal que me llevó hasta el centro del túnel para cadáveres, un pasillo abovedado de ladrillo cuyos extremos estaban envueltos en la oscuridad, como si se tratara de una película de terror. La temperatura tenía que ser diez grados más baja y el frío me calaba hasta los huesos. Unos metros más adelante, el túnel daba a la sala de autopsias, con sus camillas de acero inoxidable, lavabos, balanzas, suelos de baldosas blancas y una puerta de acero a la izquierda que llevaba a la cámara frigorífica, donde se guardaban los cadáveres de la facultad de Medicina. La sala era aún más fría que el túnel, si cabía, con un olor a lejía que me quemaba las fosas nasales y dominaba el leve aroma a formol.

Recordaba muy vagamente el camino gracias a la salida rápida con el profesor Bramwell cuando me sacó de allí a toda prisa esa misma mañana. Las celdas donde me desperté estaban en algún otro túnel a oscuras que seguro que no habría encontrado aunque lo hubiera intentado.

Atravesé la sala para autopsias y llegué a la puerta del laboratorio, donde metí el código que me había dado en el teclado que había al lado. La luz roja se volvió verde, la puerta se abrió y entré en un amplio espacio abierto con bancos de madera y microscopios, libros apilados y paredes llenas de estanterías. Las velas titilaban dentro de los farolillos y los grandes portavelas que había por toda la sala, y, al igual que en el laboratorio nocturno, los tanques emitían un suave resplandor púrpura. Pasé por uno que tenía un montón de gusanos retorciéndose en el fondo, muchos más que en el laboratorio de arriba. Había filas de estantes con frascos de muestras con objetos inidentificables suspendidos en lo que supuse que era formol. Entre los viejos y anticuados ecos de un

laboratorio del siglo XIX había algunas instalaciones modernas: dos grandes frigoríficos de acero, una centrifugadora, incubadoras, balanzas y campanas extractoras. Una mezcla extraña de lo antiguo y lo actual que me dejó perpleja. Sin duda, la universidad podía permitirse equipar un proyecto tan importante, sobre todo teniendo en cuenta la extravagante gala a la que acababa de asistir.

El profesor Bramwell entró con brusquedad por la puerta que había en el otro extremo del laboratorio, que daba a su despacho, vestido con una bata blanca larga y unas gafas protectoras sobre la cabeza. Al verme se detuvo en seco. El ceño fruncido que vi en su rostro me dio la impresión de que *no esperaba* que apareciera.

Me aclaré la garganta, esbozando una sonrisa avergonzada, y lo saludé con la mano.

Él, refunfuñando para sí mismo, siguió caminando hacia una de las mesas y, mientras lo seguía, señaló la puerta por la que acababa de salir.

—A mi despacho.

Con los nervios a flor de piel por la intimidación, obedecí su orden y me dirigí allí. Cuando me asomé, vi otro pasillito con tres puertas cerradas y una entreabierta. Al final brillaba un letrero de salida, que supuse que conducía a la escalera que daba al laboratorio nocturno, que estaba encima de nosotros y que era mucho más sofisticado.

Con pasos curiosos, entré en el despacho. Tenía un tamaño normal y en el ambiente se mezclaban el aroma a cuero, a madera pulida y a libros antiguos con el apetecible olor de su perfume. Si el laboratorio era el corazón de su investigación, esta habitación era el cerebro, teniendo en cuenta todas las referencias médicas y parasitológicas que poblaban las estanterías de cada pared. Cuando pasé por delante de la mesa baja, vi que había bocetos de anatomía

humana esparcidos por todas partes. Me quedé admirando el escritorio de madera de cerezo, exquisitamente tallado, que brillaba bajo la tenue luz. Detrás de él había un tocadiscos de aspecto antiguo en un mueble de madera con la tapa entreabierta. Y encima, en la pared, colgaba una placa con la frase en latín MORTUI VIVOS DOCENT. La reconocí de una clase de medicina forense que había tenido dos semestres atrás.

«Los muertos enseñan a los vivos».

A diferencia de su despacho del ala de administración, este tenía más comodidades, lo que daba la impresión de que pasaba más tiempo aquí: una neverita, un sofá de cuero y una otomana con una manta sobre el brazo, una pequeña chimenea que irradiaba un calor acogedor y un perchero donde había un paraguas colgado. Al igual que el laboratorio, en su despacho tenía cráneos de varios tamaños, frascos con objetos extraños (órganos y huesos diseccionados, por lo que vi). Sobre un soporte se erigía un esqueleto humano de tamaño real. Los libros ocupaban todo el espacio, apilados en montones perfectos. Dos microscopios. Velas titilando en grandes portavelas.

Algo me rozó los tobillos y, presa del pánico, me subí al escritorio del profesor Bramwell. Al girarme vi una bolita de pelo negro que me miraba con sus ojos dorados. Solté un suspiro de alivio y me eché a reír, bajándome de la mesa.

—Hola —saludé, arrodillándome para acariciar al gato—. ¿Qué diablos haces en un laboratorio? —Fruncí el ceño en cuanto pronuncié esas palabras—. Más vale que no esté experimentando contigo. —El minino se inclinó hacia mí para que lo rascara y yo sonreí, complaciendo a ese granuja amante de las atenciones—. Qué curioso, no me parece que sea una persona a la que le gusten los gatos.

Los pasos me alertaron de que venía, así que abandoné al

animal, corrí hacia una de las sillas de su escritorio y me dejé caer en ella justo antes de que entrara en la habitación.

El profesor Bramwell se acercó a su mesa, se quitó la bata y las gafas protectoras, las colgó con cuidado en el perchero y se sentó en su silla. La camisa ceñida no me pasó inadvertida cuando se inclinó hacia delante y apoyó el codo en el escritorio. Con una expresión indescifrable, me observó un momento.

—Tengo entendido que ha hablado con el decano Langmore.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

Me moví en mi asiento, porque la mirada del hombre me hacía sentir como si me estuvieran disparando rayos láser.

—Que intentó ayudarme, pero que hui porque me sentía humillada por haber vomitado en su coche.

—A la iglesia, supongo.

—Sí.

—Bien. —Se recostó en su silla y juntó los dedos, sin molestarse en dirigir sus rayos láser a otra parte—. Se pondrá una bata de laboratorio cada vez que entre aquí. Me aseguraré de que las tenga a su disposición en la sala de autopsias. También es obligatorio que lleve guantes y gafas protectoras.

—De acuerdo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Aunque no dijo nada, su cara de pocos amigos me indicó que por dentro estaba quejándose.

—¿Por qué este laboratorio parece sacado de la Edad Media?

—Los especímenes con los que trabajamos en el laboratorio nocturno están recién infectados. Los de este se encuentran en la fase terciaria y tienen una sensibilidad bastante intensa a la luz. También trabajaremos con el noctisoma adulto, que posee asimismo una aversión muy intensa a cualquier cosa que no sea luz natural.

—Entonces ¿pueden sobrevivir a la luz del sol?

—Sí, pero son nocturnos y *prefieren* la noche.

Su comentario me trajo a la mente una observación.

—Mi madre apenas dormía por las noches. ¿Cree que los gusanos influían en eso?

—No tengo ni idea de qué pudo causarle insomnio, ya que usted afirma que no era de la isla ni había estado nunca aquí, pero sí, eso puede afectar a los ritmos circadianos. En cuanto a lo anticuado que está el laboratorio, tengo mucho equipo en los otros tres laboratorios del edificio. Prefiero concentrar los fondos en el estudio propiamente dicho en lugar de renovar este en concreto. Cumple su función.

En conclusión, lo del laboratorio lo había molestado.

—Por supuesto. No era mi intención faltarle al respeto. —Los de arriba estaban bien equipados, eso estaba claro, pero no esperaba trabajar en una cripta. Aunque probablemente fuera lo más apropiado para alguien apodado Doctor Muerte.

—¿Alguna vez ha trabajado en un laboratorio al margen de los requisitos de su carrera? —preguntó.

—Eh… Muy poco. Trabajé en uno de micología cuando terminé el instituto. Básicamente contaba esporas con un microscopio.

—Entonces, quizá tenga unos conocimientos *básicos* sobre normas y seguridad en el laboratorio.

Sin contar las veces que mi colega y yo rociamos las mesas de trabajo con alcohol para luego prenderles fuego, sí.

—Claro.

—No se permite comer ni beber. Tenga una buena higiene. No huela ni pruebe nada. Y, por el amor de Dios, no use la boca como pipeta.

—Nadie hace eso, ¿no?

Con el ceño fruncido, dejó escapar un suspiro de exasperación y

cogió un vaso de café para llevar que había sobre su escritorio, con el famoso dragón dorado de la cafetería La Guarida del Dragón.

—También le pediré que me ayude en alguna que otra autopsia. ¿Tiene experiencia con cadáveres, señorita Vespertine? —Me miró a los ojos mientras daba un sorbo a su bebida.

—No.

—Entonces seguirá todas mis instrucciones sin hacer un montón de preguntas. Me gusta la tranquilidad cuando trabajo. Observe y aprenderá.

—Sí, señor.

—Le dedicaré dos horas cada tarde. Recibirá una compensación en efectivo, tal y como solicitó.

Me rasqué la nuca, que me picaba por la curiosidad.

—¿Puedo preguntar de cuánto será el salario?

—Doscientos dólares a la semana. Limpiará los utensilios y mantendrá el laboratorio ordenado. No se entrometerá en nada.

Joder. ¿Doscientos a la semana? Esperaba como mucho unos cincuenta. Aunque, por supuesto, agradecía ese sueldo, el mayor beneficio sería aprender sobre el propio organismo. Quería entender mejor sus mecanismos, los detalles que, según su programa, no se iban a tratar hasta el próximo semestre. Al aprender sobre el gusano, tal vez la progresión de la enfermedad de mi madre tendría más sentido.

—Entendido.

—Hay otras tres salas en este pasillo. Están prohibidas.

Lo cual, por supuesto, solo despertó mi curiosidad.

—Entendido —respondí.

—Bien. Empecemos.

Durante la primera hora lo seguí de cerca mientras me familiarizaba con todas las máquinas del laboratorio. Algunas ya las

conocía, como el micrótomo, la centrifugadora y el citómetro de flujo. Otras, como el baño de órganos, eran nuevas para mí. También me mostró una estructura de acero mediana, el autoclave, donde se esperaba que esterilizara los instrumentos, y el agar.

Mientras me guiaba hacia la mesa donde se encontraban los microscopios, me detuve ante la estantería donde había visto los extraños especímenes en formol.

Había cuatro estantes llenos de trozos de carne y huesos diseccionados irreconocibles, cada uno con una etiquetita. Enfermedad de Gaucher, cálculo renal de Staghorn, displasia fibrosa. Me propuse buscar en internet qué eran esas enfermedades cuando volviera a mi residencia.

—Curiosidades médicas con las que me he topado —explicó el profesor Bramwell desde atrás—. El cuerpo humano es un rompecabezas magnífico.

—Debe de ser fascinante abrir un cuerpo y mirar dentro. —Era raro que coleccionara objetos de muertos de la misma manera que yo coleccionaba baratijas. Me preguntaba si lo hacía por las mismas razones que yo, si guardar un pedazo de ellos en frascos, como hacía él, alejaba las pesadillas.

—¿No le parece grotesco? —preguntó, con la mirada clavada en su pared de trofeos.

—Sí, por supuesto, pero por eso es fascinante. Quiero aprender basándome en esa curiosidad.

—Usted en sí misma es una curiosidad, señorita Vespertine.

Tras una breve introducción a los exámenes histológicos que iba a estudiar, me puso a trabajar en tareas rutinarias. Había plaquitas de Petri alineadas en la mesa y yo vertía agar en ellas mientras refunfuñaba en silencio. Aunque agradecía que el comienzo fuera fácil, esperaba poder meterme de lleno en el meollo del asunto.

Tenía al profesor Bramwell sentado frente a mí, de espaldas, mirando por un microscopio.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Cuando esté muerto, seguiré escuchando esa pregunta —refunfuñó, sin molestarse en levantar la vista, y yo sonreí.

—¿Por qué polillas? Aparte de ser el huésped natural, ¿por qué utilizarlas para estudiar una toxina en humanos?

—Porque son más baratas que las personas y no se considera asesinato cuando mueren.

Solté una risita burlona y derramé un poco del agar sobre la alfombrilla de plástico que había debajo.

—También tienen una respuesta inmunitaria similar.

—¿En serio? ¿Qué hay de la toxina y la respuesta humana?

—Con tanta pregunta parece que ha vuelto a la infancia. —Me resultó divertido el tono monótono de su voz. No es que quisiera molestarlo, en absoluto, pero, de alguna manera, esa dinámica salía de forma natural.

—Solo intento comprender la naturaleza de la investigación en la que voy a colaborar.

—Aunque usted sea consciente de los aspectos negativos de la infección, el noctisoma tiene una serie de beneficios.

—Como…

Soltó un bufido y yo bajé la mirada para ocultar la sonrisa que se me escapó.

—Afirma que su madre estaba infectada. Dígame: antes de la semana de su muerte, ¿se quejó alguna vez de alguna enfermedad, dolor o algo benigno, como una indigestión?

—No que yo recuerde, no. De hecho, sufrió artritis en las manos durante años. Pero no recuerdo que se quejara mucho de ello por entonces.

Levantó la cara del visor, cambió las muestras que había en la mesa y volvió a mirar por el microscopio.

—Si eso es cierto, es interesante, sobre todo en el caso de su artritis.

—¿Por qué?

—El organismo limpia el cuerpo. Elimina el resto de los patógenos. —Hablaba arrastrando las palabras, lo que denotaba que estaba intentando concentrarse en enfocar la lente—. Y, en el caso de la artritis, redirige el sistema inmunológico y evita que ataque las articulaciones.

—Entonces ¿es una posible cura para las enfermedades autoinmunes?

—La posibilidad está ahí. La metodología es un laberinto que no tiene fin. Por ahora, mi enfoque es más limitado.

Negué con la cabeza, imaginando todas las enfermedades que habrían entrado en esa categoría.

—Este proyecto es descomunal.

—Y eso es quedarse corto.

—Entonces ¿por qué lo lleva a cabo solo? Parece que necesita un equipo entero.

—Como estoy seguro que ya ha descubierto, no me llevo muy bien con el resto de la gente. Y primero tengo que establecer y demostrar que la toxina tiene potencial.

Me mordí el labio, debatiéndome entre hacer o no la siguiente pregunta.

—Tengo entendido que su padre también era profesor e investigador. ¿Estudió el noctisoma?

Se giró en su silla, alejándose del microscopio.

—¿Ha terminado de verter el agar? —dijo, ignorando la cuestión.

—Sí.

—Bien. Puede marcharse.

—Aún… aún me quedan veinte minutos. ¿Quiere que haga algo más?

—No. Eso es todo. Tenga cuidado de camino a su residencia. —Dicho esto, volvió a su microscopio. Decepcionada, solté un bufido y pasé por su lado sigilosamente, en dirección a la sala de autopsias.

—Señorita Vespertine, espere.

A mitad de camino, me di la vuelta.

—La acompaño a la parada del autobús del campus. Está bastante oscuro por la noche. —Se levantó de su asiento y tuve que darme la vuelta para que no viera mi mirada alarmada.

—No pasa nada. He caminado por sitios peores.

—Seguro que sí, pero, como ahora es mi responsabilidad, *insisto*.

Su «responsabilidad». ¿Qué coño significaba eso?

Aunque me negaba a admitirlo, me sentí un poco aliviada al no tener que atravesar sola aquella espeluznante sala de incineración. Cuando se quitó la bata, pareció enganchársele en la camisa y se le bajó el cuello lo justo para vislumbrar las espantosas cicatrices que tenía en la clavícula y el hombro; aún conservaban el color rosado y crudo de una herida reciente. Intenté entender por qué su agresor tuvo el valor de lanzarle ácido, ni más ni menos.

La pausa brusca de sus movimientos me llamó la atención y al levantar la vista lo vi mirándome fijamente. Me aclaré la garganta, me quité la bata y, después de colgarla junto a la suya en el gancho que había a la salida del laboratorio, él se puso delante de mí, como si me estuviera guiando en lugar de acompañándome.

Corrí para alcanzarlo y caminé a su lado por los oscuros túneles.

—¿Cómo es que no le da miedo salir por la noche?

—Tengo fama de ser el Doctor Muerte. Creo que la mayoría me temería *a mí*.

—Supongo. Aunque a mí no me asusta tanto. Es un gruñón, pero no da miedo.

Me lanzó una mirada poco divertida.

—Que sea un gruñón tiene su propósito, señorita Vespertine. Por desgracia, parece que usted tiene una resistencia inexplicable.

Sonreí, ignorando los hornos crematorios al pasar junto a ellos de camino a la salida.

—Me gusta sacar mis propias conclusiones sobre las personas.

—Admirable, aunque no del todo sensato cuando las advertencias son legítimas.

¿Legítimas en el sentido de homicidio legítimo, o era solo un juego de palabras por el hecho de que pasaba el tiempo con cadáveres?

—¿Está confesando algo, profesor?

Se detuvo en seco, justo delante de la salida.

—Pregúnteme.

—¿Qué?

—Se muere por preguntarme. Hace un momento estaba con la mirada clavada en mis cicatrices. Si quisiera matar a uno de mis alumnos, tendría todas las herramientas a mi disposición. —Miró por encima del hombro hacia donde estaban los hornos, un siniestro recordatorio de lo rápido que podía eliminar las pruebas.

—¿Soy una estúpida por pensar que usted no la mató?

—No lo sé. ¿Usted qué cree?

—Lo que he averiguado no apunta a que la matara, pero sí que la invitó a su laboratorio.

—Yo no la *invité*. Al parecer entró por la sala de incineración mientras yo estaba en el laboratorio de arriba recogiendo algunas muestras. Sospecho que se dio cuenta de que no podía entrar sin el código de acceso y abandonó su misión, fuera cual fuera. —Con los

brazos cruzados, soltó un suspiro de exasperación—. No me enteré de su desaparición hasta la mañana siguiente, y, para entonces, ya me habían tachado de asesino.

No conocía a Jenny Harrick, pero, basándome en las interacciones que había tenido con el profesor Bramwell, esa historia me parecía la más plausible de todas las que había oído hasta entonces. Era repugnante pensar en la rapidez con la que todos habían llegado a la conclusión de que era un asesinato. Sobre todo, sin ninguna prueba de que la hubieran matado.

—No creo que sea un asesino.

Él arqueó las cejas y se alejó dando zancadas en dirección a la salida.

—Y así la polilla se hizo amiga de la luz.

—Ah —solté, siguiéndole el paso—. No creía que la luz fuera capaz de hacer amigos.

—Es *usted* la que da por hecho que soy una amenaza.

Sonriendo, me colgué el bolso del hombro.

—Bueno, supongo que, si eso fuera cierto, me habría encerrado en esa celda.

—Supongo que aún estoy a tiempo, pero sería una pena enjaular a un espécimen tan…

—¿Fascinante?

—Molesto. De verdad, sería la peor cautiva de la historia de los secuestros. Una manada de monos gritones causaría menos dolores de cabeza. —Empujó la pesada puerta para abrirla y dejó que yo saliera primero. Se cerró de golpe mientras nos dirigíamos por la colinita hacia el patio abierto donde se encontraba la carretera, a unos cien metros de distancia.

—¿Está mal sentirme ofendida por eso? —Solté una carcajada y al girarme vi una sonrisa dibujándose en sus labios. Una sonrisa

verdadera y genuina, y, joder, era la más bonita que había visto en mi vida. Tenía los dientes rectos y blancos y hoyuelo en la mejilla. Ojalá pudiera haberla capturado, pero se desvaneció igual de rápido que llegó y vi cómo fruncía el ceño y una mirada de pánico se apoderaba de su rostro.

Se inclinó hacia delante, apretando los puños, y soltó un gruñido.

Cuando se desplomó en el suelo, la adrenalina me recorrió las venas y solté mi teléfono antes de tirarme junto a él.

—¡Profesor!

Tenía los dientes apretados, temblaba y convulsionaba, pero no era como la otra vez. Clavó los ojos en los míos, suplicantes, de una forma que me desgarró el corazón.

¡No sabía qué hacer!

—Voy a pedir ayuda —dije, buscando a tientas mi teléfono en el suelo.

—¡No! —Extendió la mano y me agarró del brazo, y noté su cálida palma apretándome el antebrazo. Con los ojos cerrados, siguió aferrándome mientras temblaba y se estremecía entre gruñidos y jadeos. Movió los labios y susurró algo que al principio no oí, hasta que se le contrajo el rostro y se arqueó, como si le hubiera dado una descarga eléctrica—. ¡Inquebrantable!

Otra vez esa palabra. La oí la última vez que sufrió uno de estos ataques.

No me moví ni intenté zafarme de él. Seguramente mañana tendría un moratón, pero, al verlo sufrir por lo que fuera que se había apoderado de él, no me importó.

«Llama a alguien —me instaba mi cabeza, pues su negativa a pedir ayuda me recordaba a las veces que mi madre se había negado—. ¡Llama ya!».

Cuando levanté el teléfono para llamar a la centralita de emergencias del campus, aflojó el agarre que ejercía sobre mi brazo. Miré hacia abajo y vi que la tensión de su rostro se suavizaba. Temblaba menos mientras exhalaba por la nariz. Con los ojos aún cerrados, parecía estar tranquilo, y sentí algo rozándome el antebrazo: era su pulgar acariciándome. Una y otra vez, sin parar. Cuando los abrió, percibí una serenidad casi embriagadora antes de transformarse ante mis ojos. La tranquilidad de su rostro volvió a endurecerse y me soltó, echándose hacia atrás mientras se incorporaba de un salto.

Apartó la mirada de la mía, frunció el ceño, se palpó el pecho y los pantalones, y sacó una pitillera plateada.

—¿Está bien?

Se llevó un cigarrillo a los labios, volvió a palparse, sacó un mechero y se lo encendió. Dio una larga calada, apoyó el codo en la rodilla que tenía doblada y se pellizcó el puente de la nariz.

—Supongo que podrá hacer sola el resto del trayecto hasta su parada.

—No me voy hasta saber que está bien.

—Estoy bien. —Me hizo un gesto para que me fuera—. Ahora, por favor, váyase.

—No.

Me lanzó una mirada que me habría esperado si lo hubiera abofeteado.

—Voy a esperar unos minutos, por mi propia tranquilidad.

Solté mi bolso a su lado y me senté en la hierba, que se había enfriado considerablemente en las últimas horas.

—Sufre una enfermedad.

—No me diga —soltó, y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Cuál?

—Enfermedad de Voneric. Un trastorno congénito poco común. ¿Contenta?

—Es autoinmune.

—Sí.

Y así, sin más, comprendí por qué aquel hombre les dedicaba tanta pasión y concentración a un puñado de putos gusanos.

—Por eso está trabajando en la toxina. Pero creía que había dicho que su trabajo se centraba en la diabetes. ¿Se trata de una complicación diabética?

—No. Da la casualidad de que el mecanismo es similar. Por desgracia, a nadie le importa una mierda una enfermedad que solo afecta a una de cada quinientas mil personas.

Quería preguntarle si su padre se había dedicado a estudiar lo mismo, pero no quería que volviera a cerrarse en banda.

—¿Es…? —Apreté los labios sin querer decirlo.

—¿Mortal? Sí. Si me llega al corazón, se acabó el juego.

Dios, aquello sonó a celeridad. La idea de que casi presencio su muerte, además dos veces, me revolvió el estómago.

—¿Qué es eso de «inquebrantable»?

Frunció el ceño.

—No es nada. —Con el cigarrillo entre los dedos, se frotó la cara contra el bíceps extendido—. Disculpe que la haya tocado.

—No hay necesidad. Me alegro de que mi brazo estuviera aquí. —Me estremecí y negué con la cabeza—. Dios, olvide que he dicho eso. —Menuda gilipollez acababa de soltar—. Entonces… ¿cómo sabe que esta toxina afecta a la autoinmunidad de esa manera?

—Gracias a los ratones.

—Antes ha dicho que tiene que demostrar que la toxina tiene potencial. ¿No es prueba suficiente su efecto en ratones?

—Sí. —Le dio otra calada al cigarrillo y lo apagó en la hierba—.

Por desgracia, la muerte es un puto efecto secundario potencial importante. Hasta que no consiga aislar una variante estable de la toxina, me veo obligado a estudiar polillas.

—Vaya, por cómo da sus clases, pensaba que le gustaba estudiar polillas.

—Depende de la polilla. —Con la mirada clavada en mí, se puso de pie y dio un paso atrás, tambaleándose.

Dándole vueltas a si acababa de coquetear conmigo otra vez o no, extendí la mano hacia él, distraída. Cuando él retiró el brazo con brusquedad, retrocedí. Vale. No le gustaba que lo tocaran.

—Lo siento —me disculpé.

—No era mi intención…

—No. Nada de eso. Por favor, no sienta la necesidad de explicarse. Yo no debería tocarlo. Dios, no quería que sonara tan raro. O tan espeluznante. —Uf. «Cierra el pico ya». Sacudí la cabeza mientras recogía mi bolso—. Me voy. Creo que el último autobús sale en unos diez minutos.

—Señorita Vespertine. —A su llamada, me di la vuelta—. Nos vemos mañana.

Asentí con la cabeza, sonriendo.



43

Lilia

Me dolía un poco el brazo por el moratón que me había dejado el agarre del profesor Bramwell. Tumbada en la cama, estudié el pálido contorno morado de sus dedos, trazando los bordes con la yema.

Después de atarme el brazo ileso, apagué la lamparita que había junto a la cama y me acomodé bajo la colcha. En cuanto cerré los ojos, casi sentí su mano aún aferrada a mí. Sujetándome. Esos dedos fuertes clavándoseme en los huesos.

Las sábanas frías me rozaron las piernas desnudas mientras me daba la vuelta y me ponía boca abajo, y la atadura chocó contra el cabecero de metal de la cama al deslizarse por la barra de acero. Imaginé su mano guiando la mía por mi cuerpo, entrando por la cinturilla de las bragas. Entreabrí los labios y dejé escapar un profundo suspiro mientras metía los dedos por la juntura, ya húmeda.

Imaginé al profesor Bramwell susurrándome al oído: «Joder,

estás muy mojada». En mi cabeza estaba inclinado sobre mí, con los músculos de su pecho desnudo pegados a la espalda mientras pasaba los dedos por el cúmulo de nervios excitados, que prácticamente ronroneaban. Giré la cara hacia la almohada y me vinieron pensamientos más oscuros. Pensamientos en los que él me sujetaba por la nuca, advirtiéndome que si no me corría me asfixiaría.

Me masturbé más rápido, jadeando contra el algodón implacable. Me metí una de las almohadas entre las piernas y me pegué la superficie a la sensible raja. La cama emitió un chirrido suave cuando moví las caderas. Con la mano que tenía libre, me bajé el camisón para dejar los pechos al aire. Casi sentía su palma agarrándome la carne, sus dedos acariciándome el pezón y su aliento cálido sobre el cuello.

«Sé una polillita buena si quieres que te folle duro». Mientras me restregaba contra la almohada, imaginé que me penetraba con ganas y que yo me retorcía bajo su enorme cuerpo, la sensación de su polla entrando hasta el fondo, llenándome.

Caliente y desesperada, me puse de rodillas, levanté un poco el culo y me metí dos dedos, sorprendida al descubrir lo mojados que los tenía cuando los saqué, y volví a meterlos. «Por favor, fólleme», suplicaba en mi mente, todavía atrapada en la fantasía de estar inclinada sobre su escritorio. «Por favor, profesor Bramwell, fólleme fuerte». Se me tensó el vientre con espirales que ardían en deseo, todos los músculos me temblaron cuando llegó el orgasmo y gemí contra la almohada. Solté unos gemidos fuertes y guturales que transmitían el placer embriagador de un clímax intenso.

Solté el último pegándome a la almohada que todavía tenía entre las piernas. Con el culo aún levantado, giré la cara hacia un lado, tomé la primera bocanada de aire fresco y respiré fuerte y rápido.

Cogí una botella de agua a medias de la mesita de noche y me la bebí de un trago hasta que la sed se desvaneció con el subidón. Una vez que las persistentes oleadas de éxtasis se calmaron, me saqué la almohada de entre las piernas y la coloqué debajo de la que casi me había asfixiado. La atadura volvió a hacer ruido cuando me di la vuelta para dejarme caer en la cama; me quedé mirando el techo oscuro, todavía intentando recuperar el aliento.

Joder. Me había masturbado unas cuantas veces en mi vida, pero nunca me había sentido *tan* bien.

Gemí y me giré hacia un lado, y la poca vergüenza que sentía se apoderó de mí. Acababa de masturbarme pensando en mi profesor. Que también era mi jefe. Debía de tener al menos treinta y tantos años, y, aunque deseaba que eso fuera un impedimento, por desgracia, solo avivaba las llamas. Había algo en ese hombre que se me metía bajo la piel y desentrañaba fantasías oscuras como si fuera un rollo de seda.

Me gustaba que fuera mayor. Más maduro. Siempre me habían atraído los hombres mayores.

Recordaba haber tenido una conversación con mi madre a los catorce años. Mucho antes de que enfermara. Me dijo que los chicos de mi edad eran unos inmaduros y que tenía que esperar a que se curtieran un poco. Seguí pensándolo así hasta el final de mi primer año de instituto, cuando conocí a mi primer novio de verdad, si es que se lo podía llamar así. Yo me refería a él como el Chico Fantasma. Estaba en último año, a punto de graduarse. Me habían pedido que lo ayudara con física para que aprobara el curso. Se pasaba las clases particulares intentando que le hiciera una paja y, cuando cumplió dieciocho años, la dinámica de nuestra relación cambió. Pensé que lo desanimó saber que podría meterse en problemas, pues él ya era adulto y yo aún era menor de edad. Por el

contrario, eso pareció despertar aún más su interés. De alguna manera, a mí también me resultó excitante.

Me había dicho que era más madura. Más inteligente. Más guapa. Estaba convencida de que me había enamorado de él, hasta que lo pillé follándose a otra en el callejón de detrás del cine, donde ella trabajaba en aquella época. Una estudiante de segundo curso. Eso marcó el final de mis pequeñas exploraciones con el Chico Fantasma, pero la experiencia había desbloqueado algo más. Algo mucho más depravado.

De alguna manera, la imagen de ser dominada y devorada por un hombre mayor se había arraigado en mis fantasías.

Hasta que Angelo empezó a fijarse en mí. A partir de ahí mis fantasías se desvanecieron en lo más recóndito de mi mente.

Pensé que habían desaparecido para siempre, hasta que el profesor Bramwell me aferró con fuerza esa noche. Odiaba admitir que había disfrutado un poco bastante de ese agarre doloroso.

Un ruido me despertó y abrí los ojos en la oscuridad de mi habitación. El crujido de la madera vieja resonó y al girarme vi que la puerta del armario frente a mí estaba entreabierta. Se me cortó la respiración cuando algo se movió en la oscuridad. Apareció una esbelta silueta de mujer, vestida con un camisón blanco.

La melena rojo fuego le bailaba alrededor de los hombros mientras se deslizaba por el suelo y, cuando se dejó ver, se me encogió el corazón.

—¿Mamá?

Sus ojos negros como el carbón le daban un aspecto aterrador y demoniaco. Iba extendiendo unas manos pálidas y arrugadas a medida que cojeaba por la habitación en dirección a mí. Se detuvo junto a mi cama, mirándome con esos ojos de muñeca, y abrió la boca, cada vez más, muchísimo. Esa anómala dislocación de la

mandíbula me puso la piel de gallina.

Me quedé con todos los músculos paralizados, sentía punzadas. ¡No podía moverme!

Unos gusanos negros le salieron de la boca y cayeron sobre mí.

Se me escapó un grito y me incorporé con un ruido metálico muy fuerte. Confundida, me giré y vi mi brazo estirado.

Atado. Inmovilizado.

Estaba sujeta al cabecero de la cama. Sí, yo me había atado a allí. Me había inmovilizado a mí misma. Me fijé en el armario, cuya puerta estaba cerrada.

Lo había soñado. No era real. Solo había sido un sueño.

Solté un suspiro tembloroso, me recosté sobre la almohada y volví a mirar al techo, aferrando el frasquito con las cenizas de mi madre que tenía sobre la garganta. Las lágrimas se me agolpaban en los ojos. Odiaba esas visiones de ella convertida en un monstruo. Ella no era un monstruo. Al menos no antes de que enfermara.

Un recuerdo oscuro y sombrío asomaba en los confines de mis pensamientos. Ecos de gritos. Alguien clavándome las uñas en los brazos.

«¡Mama! ¡Por favor! ¡No! ¡No puedo respirar!».

Con los ojos bien cerrados, sacudí la cabeza y enterré la cara en la almohada.

«No, no, no. No mires. Evítalo. ¡Evítalo!».

Los gritos se desvanecieron al mismo tiempo que se reavivó el dolor del brazo. El moratón que me había hecho Bramwell.

Pensé en sus ojos suplicantes y sus músculos temblorosos. En la expresión relajada de su rostro mientras me agarraba y me acariciaba la piel.

El dolor se desvaneció.

Me desaté el brazo inmovilizado y me presioné el moratón con el

pulgar, desesperada por que el dolor alejara la pesadilla que acababa de tener.

Y así fue.



44

Lilia

La bata de laboratorio que usé la última vez que había estado allí se hallaba colgada en un gancho justo al lado de la puerta. Me la puse, tal y como me había pedido el profesor Bramwell, e introduje el código en el teclado. Oí el clic de la puerta al abrirse y entré en el laboratorio, donde lo encontré en una de las mesas, tecleando en un ordenador portátil. Las velas parpadeaban por toda la sala, creando una atmósfera inquietante, como sacada de la novela *Dr. Jekyll y Mr. Hyde.*

Me pasé la lengua por los labios, donde me había aplicado el mismo carmín que me puse la noche de la gala. El tono que parecía haber llamado su atención.

Junto a él había un microscopio estereoscópico y, en el lado opuesto, una gran cúpula de cristal que contenía dos pequeñas polillas sominix de color púrpura que no se aferraban a las paredes como deberían, sino que yacían en el suelo de su jaula.

—¿Mascotas nuevas? —pregunté, fijándome en los agujeritos de la parte superior de la cúpula, en el cuenco de bayas que les había puesto y, por supuesto, en el trozo de carne sanguinolenta que me hizo poner cara de asco.

—Grupo de prueba diez —refunfuñó, sin dejar de escribir.

—¿Estas son las polillas que está utilizando para estudiar la toxina?

—Sí.

—¿Les ha puesto nombre? —Eché un vistazo rápido a las polillas y noté suficientes diferencias en el color como para distinguirlas. Una tenía una mancha blanca y la otra la probóscide torcida.

—No. No les he puesto nombre. —Seguía sin apartar los ojos del microscopio.

—Qué pena. O sea, da la sensación de que daría mala suerte no ponerles nombre.

Con el ceño fruncido, me lanzó una mirada que acabó siendo doble, ya que pareció fijarse en mis labios. Aclarándose la garganta, volvió a apartarla, aún con el entrecejo arrugado, y yo me mordí el labio por dentro, sintiéndome victoriosa por haber llamado su atención.

—Siéntase libre de hacerlo, si le apetece.

—¿Yo? Vaya, qué presión. Tienen que ser nombres buenos si queremos que el experimento funcione, ¿no?

—Me temo que eso es irrelevante.

Sonriendo, volví a centrarme en las polillas.

—Por cierto, ¿cómo se llama el gato?

—Pesadilla.

—¿Qué es, fan de Tim Burton o qué?

—No. Tampoco soy fan de los gatos curiosos que invaden mi espacio de trabajo.

Sin duda, lo había heredado. Era bonito que le hubiera permitido quedarse. Y le había puesto nombre. Volví a fijarme en las polillas y observé el pliegue antinatural de las alas, que me recordó a cuando la columna vertebral de mi madre empezó a curvarse en las últimas etapas de su enfermedad. Siempre sentía impotencia y tristeza al verla cojear por el dolor. Noté un fuerte dolor en el pecho y carraspeé.

—Bueno, los nombres. Creo que la de atrás, la que tiene la mancha blanca en el ala, debería llamarse Aquiles, y la de delante, con esa trompa tan graciosa, Patroclo.

Capté en su perfil que fruncía el ceño y me reí para mis adentros, pensando en cuántos músculos debía de ejercitar ese hombre al día con todos esos ceños fruncidos.

—¿Tiene una especie de obsesión por la mitología griega?

—En su mundo canónico, supongo que lo parecería.

—¿Puedo preguntar qué representa en *su* mundo? —dijo, haciendo un boceto rápido en el cuaderno que tenía junto al microscopio que, dada la pigmentación oscura, parecía la melanización de una larva.

Mientras observaba el dibujo, me llamó la atención una pequeña cicatriz blanca que tenía justo debajo del nudillo y me pregunté cómo se la habría hecho. Ante su repentina pausa, levanté la vista y vi que arqueaba las cejas con expectación y me di cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—Una novela romántica que leí hace tiempo.

Dejó escapar un suspiro de desaprobación.

—Estoy seguro de que fue enriquecedora.

—No debería menospreciar la literatura romántica, profesor. Da la casualidad de que el amor es *biológicamente* importante para los seres humanos. Reduce la presión arterial y la depresión, y mejora el

sueño.

La expresión contemplativa de su rostro se transformó en una sonrisa burlona.

—¿Y cómo la beneficia eso a usted como *lectora*? Es una mirona, en esencia. No tiene ninguna conexión íntima con esos personajes de ficción.

—¿Y eso quién lo dice? Resulta que me encariño mucho con mis novios ficticios.

Otro ceño fruncido.

—*¿Novios?*

—Leo mucho.

Negó con la cabeza y resopló.

—Está bien. Aquiles y Patroclo —cedió.

—Suena mejor que «grupo de prueba diez»—. Pasé el dedo por el cristal, sorprendida por el hecho de que las polillas no se molestaran en alejarse revoloteando ni se asustaran por mi presencia—. ¿Qué les pasa? ¿Por qué están tiradas en el suelo de la jaula?

—Sufren una enfermedad que afecta a su capacidad para volar. Tienen un defecto en los músculos que utilizan para contraer las alas.

—¿Y por eso pretende inyectarles la toxina, con la esperanza de que se curen?

—Exacto.

—¿Ha funcionado antes?

—No. La polilla metaboliza la toxina sin llegar a reparar los músculos.

—Entonces el misterio está en reducir la velocidad a la que se metaboliza. Pero ¿cómo?

—Si lo supiera, estaría en un yate bebiendo champán, en lugar

de respondiendo a sus millones de preguntas. Otra vez.

Sonreí mientras la polilla se arrastraba, siguiendo la uña con la que rozaba el cristal.

—El viaje en ferry hasta aquí fue la primera vez que subí a un barco. La primera vez que vi el mar. Nunca había tocado el agua.

Por el rabillo del ojo, vi que levantaba la cabeza del microscopio y se volvía hacia mí.

—¿Nunca había tocado el mar?

—Siempre me ha dado miedo. Su inmensidad. Su poder. Puede arrastrar a una persona y llevarla a kilómetros de distancia de la costa. Entonces te quedas solo y a la deriva en medio de la nada. Con Dios sabe qué nadando debajo de ti. —Me quedé mirando al vacío, pensando en la visión que había tenido en el ferry—. Las aguas profundas me aterrorizan.

—O tal vez sea el océano el que teme lo profunda que puede llegar a ser, señorita Vespertine. —La diversión en su voz y el hoyuelo de la mejilla me indicaron que el comentario era de broma, pero me dejó preguntándome si había algo de verdad, si enterraba sus cumplidos de esa manera y suavizaba los insultos con hermosas sonrisas y palabras poéticas.

—Eso es ridículo —le seguí el juego—. El mar no teme a nada. —Volviéndome hacia las polillas, contuve el impulso de sonreír—. Bueno, estas polillas ya tienen nombre, por lo que este experimento no puede fallar.

—Si usted lo dice… —Sin apartar la vista del microscopio, tomó el cuaderno que tenía a su lado y me lo entregó—. Le he hecho una lista detallada de las tareas que debe realizar. —Por un lateral sobresalía una etiquetita adhesiva con la palabra «Vespertine» y, al abrirlo, encontré una lista de garabatos ilegibles.

—Joder. ¿Dónde le enseñaron a escribir tan mal?

Soltó un gruñido de desaprobación.

—Recuerde que es usted quien quiere este trabajo, no al revés.

Me reí para mis adentros, intentando descifrar lo primero de la lista, y me puse a trabajar en las tareas menores que había pedido específicamente no hacer.

El tiempo pasó rápido y, una vez más, llegó la hora de irme. Al igual que la noche anterior, me acompañó a la parada del autobús. Tras recordar la última vez que caminamos juntos, cuando se desplomó delante de mí sin previo aviso, me puse nerviosa.

—¿Esta noche no hay millones de preguntas? —dijo, contemplando las estrellas mientras paseábamos por el jardín.

Sonriendo, bajé la mirada.

—Está bien. Pero recuerde que usted lo ha querido.

—Asumo toda la responsabilidad.

—Parece bastante joven para ser un profesor titular con un grado en medicina. ¿A qué se debe?

—Me ascendieron rápido. Vale la pena tener los contactos adecuados. Recuérdelo.

Me mordí el interior de la mejilla, debatiéndome entre hacer o no la siguiente pregunta, que llevaba días rondándome la cabeza y que no me habría atrevido a hacer de improviso, pero, como estaba dispuesto a responder, ¿por qué no?

—¿Por qué me llevó a su coche aquella noche? Podría haberme dejado en los jardines. Alguien me habría encontrado.

Cuando me miró, arqueó la ceja de esa forma dolorosamente atractiva.

—Si hubiera sabido que iba a chantajearme, quizá lo habría hecho.

Me eché a reír.

—No me parece usted un hombre que se deje chantajear con

facilidad.

—Y a mí no me parece usted una joven que ansíe meterse en un laboratorio anticuado con cadáveres y parásitos. Sin embargo, aquí estamos.

La sonrisa de mi rostro se desvaneció al pensar en por qué seguía sintiéndome tan atraída por eso después de la muerte de mi madre. Por qué la curiosidad me dominaba tanto.

—Tengo la necesidad de hacer algo significativo con mi vida. Se lo debo a mi familia.

—No le debe nada a su familia —dijo con brusquedad, como si lo hubiera insultado—. Las pasiones son inútiles si las perseguimos por los demás. Se convierten en obligaciones. En algo indeseable.

—Este proyecto es su pasión.

—Supongo. A pesar de todo el politiqueo de mierda. —Me miró de reojo—. ¿Cuál es la suya?

Era una pregunta que había respondido muchas veces en solicitudes y entrevistas, y mi respuesta benigna siempre había sido la misma: quería ayudar a la gente. Pero eso tampoco era cierto y, a la luz de su último comentario, tuve la sensación de que él se daría cuenta enseguida, así que respondí con sinceridad.

—No lo sé. Supongo que todavía estoy buscándola. Me encanta la ciencia y me encanta aprender. Y quiero curar el noctisoma algún día. Dejarlo a usted sin trabajo.

—Buena suerte. —Por la forma en que movía los labios, era evidente que estaba conteniendo una sonrisa—. Para responder a su pregunta de por qué no la dejé en los jardines esa noche, a pesar de ser una molestia, me intriga.

—Supongo que es lógico, viniendo de un hombre que brilla por su carácter antisocial —bromeé.

La arruga en el rabillo del ojo insinuaba una leve sonrisa. Madre

mía, lo que le costaba sonreír al tío.

—Supongo que me lo he ganado. Tengo un don para repeler a la gente.

Resoplé y negué con la cabeza.

—Pues no es el caso de la morena que se sienta delante de mí en clase —solté.

—¿Qué pasa con ella?

Al instante me arrepentí de haberla mencionado.

—Se la ve muy… —Me vino a la mente una imagen de dos días antes, cuando le hizo una foto arremangándose antes de la clase y escribió: «Profesor Agarracuellos (emoji sacando la lengua)»—. Se la ve muy atenta durante sus clases. —Me atreví a echar un vistazo y lo vi mirando al suelo con el ceño fruncido, las manos metidas en los bolsillos y las mangas remangadas sobre esos antebrazos exquisitos que ella había capturado en su fotografía—. Es guapa —añadí, evaluando su reacción—. Parece su tipo.

No muy lejos, los faros del autobús parpadearon al acercarse a mi parada.

—Ni se acerca. No tengo un tipo concreto, menos aún si se trata de mis alumnas.

—Estará muy decepcionada, estoy segura. —En ese momento ni siquiera sabía si seguía hablando de la chica—. En otras circunstancias podría haber sido la pareja perfecta.

—En otras circunstancias… —La pausa en sus palabras trajo consigo un laborioso latido que sofocó el mío mientras observaba la leve sonrisa que se dibujaba en sus labios. Un momento de vacilación—. La habría invitado a salir a usted.

Se me escapó un suspiro nervioso. Agarré la correa de mi bolso en un intento fallido por mantener la compostura y tragué saliva para dejar de tener la garganta seca.

—Y yo habría aceptado. —El autobús se detuvo, rompiendo por completo el momento. Si es que se podía considerar como tal—. Buenas noches, profesor.

—Buenas noches, señorita Vespertine.



45

Lilia

«¿Qué?».

Me quedé mirando mi primer examen de Entomología, intentando entender la nota que había salido en el ordenador.

Cuarenta y cinco sobre ochenta, lo cual equivalía a un cincuenta y seis por ciento. No sacaba un 5,6 en un examen desde el instituto.

Al bajar por el documento que había enviado, vi páginas y páginas de comentarios en rojo junto a mis respuestas y, al principio, la nota me pareció casi lícita por todo el rojo… Hasta que los revisé. Las anotaciones señalaban errores técnicos ridículos, como una coma que debería haber sido un punto y coma; una parte que Gilchrist consideraba que debería haber sido un nuevo párrafo, pero es que la información estaba relacionada con el párrafo anterior; y que, al parecer, no había sangrado bastante las viñetas, según su gusto.

Con las mejillas encendidas, contuve las ganas de echarme a

llorar mientras esperaba a que terminara la clase. Me habría encantado comparar las notas con otro alumno, pero la única persona que conocía era Spencer, que no se había molestado en aparecer, y no tenía ningún interés en relacionarme con él después de lo ocurrido en la gala. Había intentado llamarme desde entonces, pero lo había ignorado.

Cuando la clase terminó, se hizo una pequeña cola mientras otros estudiantes esperaban para hablar con la profesora Gilchrist, y yo aguardé pacientemente mi turno a pesar de querer huir de allí. Cuando llegué al principio, por fin, di un paso adelante, con la mano temblorosa por la ira que había florecido en mí durante la última hora.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Vespertine? —Su voz tenía un tono aburrido que solo aumentó mi frustración.

—Mi nota… parece relativa al contenido. ¿Todos mis ensayos y los test de opción múltiple están bien?

—Ajá. ¿Y?

—¿Me ha puesto un 5,6 por errores gramaticales y de *formato*? Nunca especificó la importancia de estos aspectos ni cuánto pesaban en la nota.

La expresión de indiferencia de su rostro no se vio alterada por mis quejas. Más bien al contrario, se volvió aún más petulante.

—Esto es la universidad. Debería saber perfectamente la forma adecuada de un ensayo.

—Lo entiendo, pero… ¿un *5,6*? O sea, todas mis respuestas eran correctas. Entendí el material y usted no hizo ningún comentario sobre la composición y el contenido de mis ensayos.

Echó los hombros hacia atrás, apoyó los codos en el escritorio y entrelazó los dedos.

—Dígame, ¿tiene intención de dedicarse a la investigación algún

día?

—Sí.

—Sí. —Alzó las cejas y sonrió a la vez con compasión y condescendencia—. Y, por lo tanto, la redacción de propuestas de subvención es una parte muy importante de la financiación de esos proyectos de investigación. Si no sabe darle la forma adecuada, bueno, parecerá una incompetente. —Levantó las manos con el mismo desdén con que me había puesto una nota que pesaba mucho en mi calificación global.

—Eso tendría sentido… si esto fuera una clase de redacción de propuestas de subvención.

—Por favor, dígame que no es una de esas estudiantes que se sienten con derecho a todo por sus circunstancias.

—¿Perdone? —Me aclaré la garganta, a cuadros por lo que había dicho.

La altivez de su barbilla me indicó que no había oído mal ni malinterpretado el significado.

—No estoy intentando dar problemas —añadí—. Solo me preocupa cómo afectará esto a mi nota media.

—Sin duda la bajará, lo cual es una pena. Parece que los desfavorecidos no están hechos para una institución tan orgullosa y digna como Dracadia. Me equivoqué con usted.

—¿Qué quiere decir?

Golpeó con un dedo la tapa de su vaso negro de café para llevar.

—La vi mirar a Spencer dos veces durante el examen. Tiene suerte de que no la haya suspendido por *copiar*.

¿Copiar? *¡Copiar!*

La acusación me cayó como un puñetazo en la garganta. Me había pasado horas estudiando para ese examen.

—Yo no copio, y, si alguna vez pensara en hacerlo, desde luego

no sería de Spencer.

Con una risa desabrida, negó con la cabeza.

—Es usted una arrogante, ¿eh? Tan engreída y orgullosa…

—¿Qué? No soy… No lo entiendo. Se lo juro, nunca he copiado. No copiaría *en la vida*. —Odiaba que me temblara la voz por la amenaza de las lágrimas—. Quiero hacer las cosas bien mientras esté aquí.

—Estoy segura de que lo hará. Y estoy segura de que sus comportamientos manipuladores funcionan con algunos profesores de Dracadia, señorita Vespertine. Pero yo no soy una de ellos. —La sonrisa arrogante que esbozó se me clavó en las entrañas como un tenedor oxidado—. Ahora, si me disculpa, tengo una reunión importante. La nota se mantiene.

Al salir de su clase, una sensación fría de angustia se apoderó de mi pecho. Tenía pensado ir a comer a Cavick, pero decidí que lo mejor era volver a mi residencia para dormir y recuperarme. El cansancio y la ira me agobiaban y aún tenía dos clases más por la tarde.

Al rodear el edificio y pasar por el estrecho callejón, alguien me agarró del brazo y del tirón me tropecé hacia atrás contra una superficie sólida. Abrí la boca para gritar, pero me taparon la boca y me arrastraron hacia el callejón. Una vez allí, me estampé la columna vertebral contra las piedras duras del edificio.

Spencer estaba delante de mí, con los ojos rojos y ojerosos y uno de ellos hinchado y morado. Estaba temblando y tenía los labios fruncidos, con las comisuras hacia abajo, como si fuera a ponerse a llorar.

Solté un grito y él me tapó la boca con más fuerza, apretando los dientes por la frustración.

—¡Por favor! ¡Escúchame! Solo un momento. Te lo suplico.

El corazón me latía con fuerza mientras lo miraba fijamente, preguntándome qué iba a hacer. ¿Estaba tan loco como para estrangularme? ¿Tan enfadado como para pegarme?

—Sé que crees que intenté… hacerte daño… aquella noche. Y te lo juro, Lilia, no fue así. Nunca te haría daño. Jamás. —Le temblaba la voz, como si estuviera a punto de venirse abajo—. Hay cosas que no sabes sobre… Aquí hay gente muy mala. Como el profesor Bramwell. ¿Lo entiendes?

No me molesté en negar ni asentir.

—Esa noche me dio una paliza. Me hizo esto en el ojo, joder. —Al oír eso, intenté menear la cabeza, pero él me empujó y frunció los labios por la rabia—. ¡Sí que lo hizo! Lo vi, joder. Se quitó esa puñetera máscara y me dio una paliza de muerte. Y nadie me cree. Ni Langmore ni mi puto padre ni tú. —Bajó la mirada, con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Tenía intención de algo esa noche? No. —Los cerró y negó con la cabeza—. Sí. ¿Cómo no iba a tenerlas, con lo guapa que estabas con ese vestido? Pero no te drogué. Yo no haría eso. Y a ti menos.

Giré la cabeza hacia un lado y él apartó la mano de mi boca.

—¿Drogaste a Mel?

Frunció el ceño y soltó un bufido.

—Sí. Pero no fue por lo que tú crees. Solo intentaba averiguar qué sabía sobre Jenny y Bramwell. Quería que se relajara un poco.

—¿Intentaste acostarte con ella?

—Solo coqueteé. Intenté besarla, nada más. Insisto, solo quería que hablara.

—Entonces decía la verdad. Eres un cabrón.

Me abrazó con más fuerza, apretándome contra él.

—No hice esa mierda porque quisiera. Lo hice porque tenía que hacerlo.

—¿Qué coño significa eso? ¿Tu padre te obligó a drogarla?

Se le ensombreció el rostro y una sensación fría de alarma me recorrió la nuca.

—Ya te lo he dicho. Hay gente mala en esta universidad. Algunos peores que otros.

—Te vi con Gilchrist. La vi… tocarte.

Una mirada avergonzada le arrugó la frente y la desvió de la mía.

—La besaste.

—Me amenazó con suspenderme si no… —Hizo una mueca y soltó un suspiro tembloroso, con los labios fruncidos por la repulsión.

—¿Si no qué?

Las lágrimas brillaban en sus ojos mientras negaba con la cabeza.

—Spencer, ¿si no *qué*? ¿Fue Gilchrist quien te metió en todo esto?

Miró hacia la entrada del callejón y luego volvió a mirarme, acariciándome el pelo con frenesí.

—Me gustas, Lilia. Mucho. Demasiado. No puedo dejar de pensar en ti, y me mata saber que ahora mismo me odias.

—No te odio. Simplemente necesito que me digas la verdad.

—Si te importo un mínimo…, aunque sea como amigo, aléjate de Bramwell.

—¿De qué estás hablando? Es mi profesor.

—A veces veo cómo te mira. Ni siquiera te das cuenta de lo mucho que se fija en ti. Te ha seguido hasta clase. Joder, probablemente te esté observando ahora mismo. Ese tío está como una cabra.

Confundida a más no poder, negué con la cabeza.

—Es verdad. Ten cuidado, Lilia. De hecho, vete de esta

universidad. Estarás mejor. —Me puso una mano sobre la garganta, pero no apretó, solo me acarició el cuello con el pulgar. Contrajo el rostro, como si fuera a llorar allí mismo. En cambio, salió corriendo por el callejón.

Una extraña vulnerabilidad se apoderó de mí mientras caminaba por el túnel para cadáveres en dirección al laboratorio de Bramwell. Aunque había pasado la tarde convenciéndome a mí misma de que Spencer se equivocaba, de que yo había observado a mi profesor lo suficiente como para saber que él no me había estado vigilando de esa manera, sus argumentos seguían confundiéndome. Estaba claro que Spencer le tenía manía a Bramwell, y, aunque el hecho de que hubieran echado a su amigo parecía motivo suficiente para sospechar que albergara cierta animadversión hacia él, ¿hasta qué punto llegaba esa animosidad? ¿Hasta el punto de inculparlo como agresor? ¿Hasta el punto de hacerlo pasar por un pervertido que me seguía a todas partes?

Como si no tuviera ya una torre de Jenga de problemas a punto de derrumbarse, me habían llamado del instituto de Bee antes para decirme que solo podían aprobar la mitad de la matrícula atrasada con la beca y que tendría que pagar quinientos dólares lo antes posible.

Quinientos dólares que no tenía en ese momento.

Consumida por los acontecimientos del día, entré en el laboratorio y me encontré al profesor Bramwell encorvado, estudiando algo en la mesa en la que estaba sentado. Una vela titilaba cerca de él mientras acercaba unas pinzas a la superficie. Fue suficiente distracción para alejar los pensamientos sobre Spencer, Bee y Gilchrist, y el resto de las desgracias que habían asomado por

mi cabeza.

Pesadilla me rozó los tobillos y me arrodillé para darle una caricia rápida, agradecida por su dulce saludo en un día tan horrible, y me acerqué al profesor Bramwell para ver lo que había extendido en la placa extraancha del microscopio: una polilla con el tórax abierto, que revelaba los órganos que había debajo. Sacó de ahí un gusano negro largo y delgado que se retorcía y se agitaba. El profesor inclinó la cabeza y cogió otro juego de pinzas, que utilizó para sujetar un extremo del gusano mientras examinaba el parásito.

—Hijo de puta.

—¿Qué pasa? —pregunté, intrigada por el asombro en su voz.

—Otro con dientes.

—¿Dientes?

Lo colocó junto a la polilla, sujetándolo por un extremo, y, cuando lo puso bajo la lente, observé en la pantallita cuadrada unas diminutas estructuras parecidas a unos colmillos que mordían las pinzas.

—Parece que han evolucionado.

—¿Me está diciendo que esas cosas…? —La idea me revolvió las tripas. Probablemente, no ayudaba que me hubiera saltado tanto el almuerzo como la cena después de lo que había pasado antes.

—Sí. Al parecer, ahora pueden engancharse. —Levantó el gusano, lo dejó caer en un frasco con líquido transparente y lo tapó. Cogió la vela que tenía a su lado y la mantuvo cerca de la polilla, como si buscara más gusanos.

Por el ángulo en que la sostenía, la llama estaba sobre sus nudillos y fruncí el ceño al ver que no parecía afectarle. No se movió. Ni siquiera se inmutó, como si no lo sintiera.

—¡Profesor! —Me abalancé hacia él y, como se sobresaltó, tiró el frasco con el gusano al suelo y el cristal se rompió. El bicho fue

retorciéndose por las baldosas hacia un desagüe.

—¡No! ¡Mierda! —Corrió hacia él y casi se resbala, pero se recuperó y colocó el zapato sobre el desagüe. El gusano se deslizó por la superficie de cuero alzando la mitad superior, dando golpecitos con ella—. ¡Páseme las pinzas!

Salté hacia el banco y las cogí, pero me resbalé con el charquito de agua, igual que le había pasado a él antes.

Bramwell saltó hacia mí, me agarró del brazo antes de que cayera y me ayudó a levantarme.

Me quedé aturdida un momento y aproveché para recuperar el aliento, y, al mismo tiempo, ambos giramos la cabeza en dirección al gusano, pero solo vimos la cola mientras se deslizaba por el desagüe.

Él soltó un suspiro.

—Mierda.

—Lo siento muchísimo. No pretendía… —Quizá fuera el cansancio junto con el hambre y, además, el hecho de que acababa de decepcionarlo, pero me tembló la voz y parpadeé para contener las lágrimas.

Como si fuera consciente de que todavía me sostenía del brazo, frunció el ceño, dio un paso atrás y se metió las manos en la bata de laboratorio.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza sin querer decírselo, porque habría llorado, y yo no iba a llorar delante de él.

—Voy a limpiar este desastre. —Cuando me dirigí hacia el armario de la limpieza, dio un paso a un lado y me bloqueó el paso.

—Lilia, dime qué te pasa.

Al oírlo pronunciar mi nombre, sentí una sensación extraña en el pecho y, cuando levanté la mirada hacia él y vi sus ojos rebosantes

de preocupación, no pude contener las lágrimas.

—No puedo.

—Dímelo ahora mismo.

¿Por qué protegía a Gilchrist? ¿Había tenido siquiera un mínimo de consideración cuando dijo aquellas cosas antes? No. De hecho, lo más probable era que su corazón podrido se regodeara al saber cuánto me habían destrozado sus palabras. De alguna manera había visto a través de mí y había llegado hasta lo más profundo de mis dudas.

—Gilchrist me ha acusado de copiar en un examen. Me ha puesto un 5,6.

Su mirada se volvió severa y tensó la mandíbula.

—¿De verdad?

—No sé si piensa seguir adelante con la acusación de copiar, pero, si lo hace, se acabó. Me expulsarán y no pasaré al próximo semestre.

—Tranquila. Necesitaría pruebas. —La confianza en su tono disipó mi preocupación como si fuera un sable, aunque no del todo.

—Me ha acusado de copiar de Spencer. Ya ha amenazado antes con suspenderlo. Él no va a decir la verdad por mí.

Bramwell resopló.

—Como si Spencer estuviera a la altura… —Se calló, gruñendo malhumoradamente.

No sabía por qué, pero ese breve comentario me llenó de satisfacción y disipó parte de la mierda que tenía en la cabeza. Quizá porque ese hombre rara vez hacía cumplidos. O quizá porque sentí que estaba de mi parte.

—Hace falta un esfuerzo tremendo para demostrar que un alumno ha copiado, y no creo que ni siquiera ella tenga la energía o la motivación para hacerlo.

El alivio que sentí al contarle solo esa pequeña parte de mi día me dejó con ganas de soltarle todo, cada miserable detalle, hasta purgarme y vaciarme por completo, pero no lo hice. Él no tenía la necesidad de saber de mis problemas económicos, además del resto de las cosas.

Probablemente ese hombre tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él. El hecho de que yo debiera miles de dólares de la matrícula de Bee y solo me quedaran diez en la cuenta le habría parecido absurdo, seguro. Y lo mismo les habría pasado a todos los estudiantes que asistían a esa universidad. Todavía no había conocido a nadie que estuviera tan agobiado por su situación económica como yo.

—A veces pienso que venir aquí fue un error. Siento que todo se confabula en mi contra todo el tiempo. No hay forma de ganar.

—¿Y qué? ¿Vas a volver a Covington?

—No lo sé. No quiero, pero… —Incluso si pagara el instituto de Bee con los doscientos dólares que Bramwell había acordado darme cada semana, tardaría más de dos meses en pagar todo. Y eso suponiendo que Conner siguiera aportando su parte para poner la cuenta al día—. A veces me parece todo tan duro…

—Así que tu solución es dejar la universidad. Renunciar a la beca.

—Como he dicho, no quiero hacer eso, pero…

—Pero nada. Puede que seas inteligente, pero dices tonterías.

Podría haberle dado el beneficio de la duda, pues no sabía lo que se me pasaba por la cabeza en ese momento ni que Gilchrist era solo una de mis muchas preocupaciones, pero aun así me cabreó su respuesta. Las personas con dinero siempre me sacaban de quicio y me odiaba por ello, pero, joder, a veces actuaban como si sus problemas fueran tan graves como los de los demás. ¿Qué pensaría

si supiera que había subido un puto vídeo porno a una página web solo para pagar la matrícula de mi hermana? ¿Me habría juzgado por ello? ¿Me habría dado lecciones sobre la virtud y la decencia humanas?

—¿Desde cuándo te importa? Estoy segura de que agradecerás volver a tu tranquilo laboratorio, donde nadie rompe frascos ni deja escapar muestras por el desagüe. No encajo en esta universidad, donde los estudiantes se gastan cientos de dólares en vestidos para una sola noche y pueden permitirse cafés con leche de lujo en vasos para llevar monísimos con el logotipo de un dragón dorado —dije, haciendo un gesto esnob con la mano—. No tienen que pensar en nada más que en sus notas y en estudiar. Estoy cansada de preocuparme por cosas que a ellos jamás se les pasarían por la cabeza.

—Entonces ¿volver a Covington va a liberarte de todos esos problemas?

—Por supuesto que no, pero allí todo el mundo tiene problemas. Al menos allí no soy un bicho raro marginado.

—Sí. Excelente. Te darán un trabajo de mierda que odiarás y estarás resentida el resto de su vida.

—¿A ti qué más te da si me quedo o no? —Busqué en esos ojos normalmente apáticos alguna explicación de por qué de repente parecía molesto.

—Me importa.

—¿Por qué?

—¿Alguien te ha tratado como basura aquí? ¿Alguien te ha echado en cara que no tengas dinero?

Me vino a la mente Gilchrist, pues, al parecer, dada la forma en que me sentía en ese momento, su comentario se me había quedado grabado, pero no me molesté en mencionarlo. En cambio,

mantuve la boca cerrada, lo que él aparentemente tomó como una respuesta a su pregunta.

—Deja de sentir lástima por ti misma. Suenas ridícula.

—¿Ridícula por qué? ¿Porque no tengo los mismos problemas que la élite rica?

—No. Lo ridículo es que te molestes en compararte con ellos.

—Ah, sí. Casi olvido que juegan en una liga distinta. Gracias por traerme de vuelta a la realidad. —Se me llenaron los ojos de lágrimas al atreverme a confesar lo que había estado carcomiéndome toda la tarde—. Quizá Gilchrist tenía razón cuando dijo que los desfavorecidos no están hechos para una institución tan orgullosa y digna como Dracadia.

El desprecio le oscureció los ojos.

—¿Eso ha dicho?

Por mucho que me arrepintiera de haberlo verbalizado, me sentí bien por habérselo contado a alguien, por descargar parte de la humillación que aún me carcomía el orgullo.

—Sí, después de acusarme de sentirme con derecho a todo por mis circunstancias. Así que dime otra vez por qué te parezco ridícula. Por qué no tengo derecho a compararme con mis compañeros. Por qué no debería volver al lugar de donde soy.

Movió la boca y curvó los labios con disgusto.

—Porque eres mejor que ellos. Más fuerte. Y, por desgracia, tendrás que esforzarte más por lo que quieres. Pero tú comprendes cosas que están más allá de su comprensión. Eres excepcional, Lilia. Y, por Dios, si desperdicias ese intelecto en las palabras ignorantes de una arpía envidiosa como Loretta Gilchrist, será la ofensa más atroz que hayas cometido jamás.

Me puse como un tomate. Me temblaban los brazos por las ganas de rodearle el cuello y besarlo. En cambio, me quedé

mirándolo, concentrándome en las respiraciones entrecortadas que entraban y salían de mí.

La tensión sofocante que había entre nosotros amenazaba con estallar con un solo movimiento audaz, con el chasquido de una cerilla. Se aferró al banco en el que estaba apoyado y entonces me fijé en la brillante marca roja y la piel inflamada donde se había quemado con la vela.

—Madre mía. —Amagué con cogerle la mano, pero él la apartó de golpe y se la llevó al pecho—. Te has quemado bastante. Tienes que limpiártelo y vendarlo.

—Sé lo que tengo que hacer.

—Vale —dije, dando un paso atrás.

Claro, seguramente había hecho turnos rotativos en urgencias y en curas en algún punto de su vida.

—¿No sientes nada?

—No. Nada de nada.

—No puedo imaginar lo horrible que tiene que ser. Lo espantoso que debe de ser no sentir.

Bajó la mano y abrió y cerró los dedos.

—He crecido con ello.

—¿Llevas toda la vida con eso?

—Sí.

—Lo siento.

—No necesito tu compasión, señorita Vespertine. —La voz se le endureció y, de repente, el espacio entre nosotros se enfrió—. Si fueras tan amable de limpiar los vidrios rotos, te lo agradecería. Ten cuidado de no cortarte.

—Claro.

Durante las siguientes dos horas me entretuve con las tareas del laboratorio: el autoclave, esterilizar la nueva solución de agar y

captar las miradas ocasionales del profesor Bramwell, como la noche de la gala. Miradas robadas que llevaban a nada, en realidad. A nada más que curiosidad. Pensé en la noche anterior, en cuando me dijo que en otras circunstancias me habría invitado a salir. No sabía qué lo había obligado a confesar, pero lo que fuera debía de haberse metido de nuevo en su caparazón y cubrirse.

Mientras limpiaba la campana extractora, me fijé en una bandeja con tubos de ensayo que contenían una extraña solución púrpura y negra. Frunciendo el ceño, giré la cabeza hacia un lado y leí la etiqueta vertical: NixVar2.10, NixVar2.12, NixVar2.15. Debajo ponía «toxina noctisoma» y la fecha. Fingiendo que frotaba con fuerza, estudié el extraño líquido del interior, una mezcla casi marmolada de color púrpura y negro que debía de ser lo que él pretendía inyectar a las polillas.

Al final de mi turno, el doctor Bramwell me acompañó a la parada del autobús sin decir nada. Con los hombros encogidos y la mirada clavada en el suelo, parecía preocupado. Supuse que yo también estaba demasiado cansada para bombardearlo con preguntas, así que fuimos en silencio. Al igual que la última vez, él me observaba desde la distancia, hasta que vi las luces del autobús asomando por la colina y le hice un gesto para que se marchara. Con las manos metidas en los bolsillos, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a su laboratorio.

Noté gotas de lluvia en el brazo y, cuando incliné la cabeza hacia atrás, una rociada fría me salpicó la cara. Perfecto. Por suerte, el autobús estaba cerca, porque, cuanto más tiempo pasaba, más rápido llovía. Más rápido. Más rápido.

Cuando por fin llegó, ya llovía con más intensidad y las gotas caían con fuerza contra la acera. Entonces me di cuenta de que me había dejado el bolso y el carnet en el laboratorio.

¡Mierda! ¡Mierda!

Lo necesitaba para entrar en mi habitación.

¡Mierda, mierda!

Gruñí, le hice señas al conductor del autobús para que siguiera y, mientras la lluvia torrencial me azotaba por el camino, golpeándome como balas disolubles, corrí de vuelta al laboratorio y llegué a la sala de incineración, donde me sacudí el agua helada que aún se me aferraba a la piel. Temblando, me abrí paso por el gélido túnel para cadáveres, apretando los dientes para evitar que me castañetearan. Ese día me había puesto falda pensando que evitaría la lluvia prevista para la tarde. Igualmente, la suerte había querido que tuviera que caminar bajo ella.

No había ni rastro del profesor Bramwell cuando entré en la sala de autopsias y me dirigí hacia los ganchos donde se colgaban las batas de laboratorio. Al acercarme, noté que algo sobresalía de mi bolsillo. Era una nota.

La abrí y encontré una tarjetita de plástico con el logotipo de la cafetería La Guarida del Dragón. Decía así: «Ahora puedes comprar café cuando quieras. B».

Era un pase anual que debía de haber comprado para él y, al recordar mis lamentos de antes, hice un gesto de dolor. No era propio de mí despreciarme de esa manera, pero estaba cansada. Estresada. Confusa. Enfadada. Toda una serie de emociones que crearon la tormenta perfecta. Incluso entonces, me sentí un poco estúpida por haber descargado todo eso sobre él.

Desenganché la bata y vi mi bolso escondido debajo. Lo cogí, recordando en ese momento el temido camino que tendría que recorrer de vuelta a mi residencia, ya que el último autobús de la noche ya había pasado. Llegaría empapada y, con mi suerte, acabaría con una horrible neumonía, demostrando que mi madre

siempre tuvo razón.

Me llegó un sonido a los oídos: fuerte, doloroso, rebosante de sufrimiento. Un escalofrío me recorrió la espalda y se me erizó el vello de la nuca.

Volvió a oírse, esta vez con un tono masculino distintivo que reconocí. ¿Bramwell?

Podría estar sufriendo otro ataque.

Sin mucha contemplación, metí el código en el teclado, atravesé corriendo la puerta y entré en el laboratorio. Saqué mi teléfono, lista para hacer una llamada en caso de que esa vez hubiera sufrido un ataque al corazón. Recorrí el espacio iluminado por velas con la mirada y vi la cúpula de cristal, donde Patroclo y Aquiles revoloteaban. ¿Estaban volando? Aunque mi cabeza se empeñaba en considerar las posibilidades que ofrecía tal cosa, solo fue una breve distracción en mi búsqueda, por lo demás superficial, y seguí adelante, atravesando el otro conjunto de puertas hacia el despacho de Bramwell.

Estaba sentado en el escritorio, de espaldas a la estantería, sin camisa, con los músculos relucientes por el sudor y un torniquete justo debajo del bíceps abultado.

Desvié la mirada hacia la bandeja de tubos de ensayo que tenía delante, los mismos con el líquido púrpura marmolado que había visto antes bajo la campana extractora. Junto a ellos había una jeringa.

A menos que me equivocara, esos eran los tubos de ensayo etiquetados como NixVar. La toxina del Noctisoma. ¿Se los había inyectado *a sí mismo*?

Atónita e incrédula, me quedé paralizada, observándolo retorcerse en su asiento, gruñendo y gimiendo, mientras, suponía, la toxina hacía efecto en su cuerpo. El móvil se me resbaló de las

manos y cayó al suelo con fuerza.

«Mierda. ¡Mierda!».

Me tapé la boca con la mano, lo recogí y retrocedí. Cuando lo oí moverse, sin duda levantándose de la silla, me giré hacia la puerta más cercana a mí y me metí dentro. Los pasos se aproximaron y, presa del pánico, tropecé por la habitación a oscuras hasta que sentí una superficie metálica fría y deslicé la mano sobre la manilla. La abrí de un tirón y me encerré dentro. A través de la barrera, oí la otra puerta abriéndose con un chirrido. Pasos.

Me mordí el labio inferior, rezando para que no me encontrara allí. Dado lo mucho que protegía su privacidad, ¿quién sabía cómo reaccionaría si sospechaba que lo había visto?

Los pasos se alejaron y solté un suspiro nervioso. Sin embargo, cuando alcancé la manilla para abrir la puerta, no se movió. «Ay, no. No, no, no».

Tiré con fuerza, pero fue en vano. Me vino un hedor pútrido, tan repulsivo que me hizo llorar, y me tapé la nariz con el dorso de la mano, tragándome las ganas de vomitar. Palpando la pared, a ciegas, encontré el interruptor y lo pulsé. Una luz fluorescente parpadeó sobre mi cabeza y al darme la vuelta descubrí que me había encerrado en lo que parecía ser una sala de autopsias más pequeña, con una sola mesa de exploración. Una sábana blanca cubría lo que sin duda era un cadáver.

Con los músculos temblándome, me acerqué de puntillas, con el corazón cada vez más desbocado a cada paso que daba, y retiré la sábana.

Allí, sobre la mesa, yacía un hombre con las reveladoras suturas en forma de «Y» de una autopsia y sin globos oculares, con las cuencas vacías. Se me formó otro nudo en la garganta y sentí un ardor ácido al respirar con dificultad por la nariz. Su aspecto me dio

un escalofrío que me recorrió la espalda y, con una exhalación brusca, tiré de la sábana para cubrirlo enseguida. Incluso sin ojos, me resultaba vagamente familiar, pero no conseguía averiguar por qué. Y no me importaba, porque, en ese momento, me di cuenta de que estaba atrapada allí con él.

Corrí hacia la puerta. Ni de broma iba a quedarme toda la noche con un cadáver sin ojos. ¡Ni de coña! Cuando volvió a resistirse, la golpeé con fuerza. El pánico se apoderó de mí y solté un grito.

Noté los fríos tentáculos del miedo deslizándose por la nuca.

Al mirar por encima del hombro, vi la figura fantasmal del hombre de pie junto a la mesa de exploración. Con la frente pegada a la puerta, apreté los ojos con fuerza. «No, no, no». La histeria se apoderó de mí y la golpeé con el puño. Un sollozo brotó de mi pecho.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Abrieron de golpe y me lancé de cabeza contra el cuerpo que estaba en el umbral. Lo rodeé con los brazos, clavándole los dedos para mantenerme allí, lejos de aquella habitación y de la muerte que albergaba en su interior. Todos los músculos de mi cuerpo temblaban por el miedo y solté un suspiro entrecortado, con las mejillas llenas de lágrimas.

Al principio él no se movió, pero luego me envolvió con sus fuertes brazos y me atrajo hacia sí.

—Joder, Lilia. Lo siento. Lo siento mucho.

Me aferré a él, dejando que el miedo se apoderara de mí.

La idea de que podría haberme quedado atrapada allí toda la noche me carcomía las entrañas cada vez que me atrevía a pensar en ello. Al sentir una suave caricia en el pelo húmedo, levanté la vista y vi al profesor Bramwell abrazándome con los ojos llenos de remordimiento.

Un remordimiento que se convirtió en confusión mientras me acariciaba el pelo más despacio.

La curiosidad y el nerviosismo se reflejaban en sus ojos, y deslizó la palma por mi mejilla, deteniéndose para frotarse los dedos entre sí. Me acarició el labio inferior con el pulgar y volvió a pasarme la mano por el pelo, dejando que un mechón se deslizara entre los dedos, con los ojos iluminados por la fascinación.

—Puedo sentirte.

Lo miré fijamente, ya con el miedo disolviéndose, y levanté la mano.

Puso la suya, mucho más grande, contra la mía, palma contra palma, y me envolvió los dedos con los suyos, engulléndolos.

—Lo siento todo. —Soltó una risa ahogada—. ¡Lo siento todo, joder! —Me cogió en brazos y me giró.

Noté un cosquilleo en el vientre y, a pesar de las lágrimas que había derramado antes, se me escapó una risita.

La habitación dejó de dar vueltas cuando me dejó en el suelo y me abrazó con fuerza. No me moví. Al igual que la noche anterior, dejé que me aferrara mientras respiraba.

—Estás helada —dijo, irradiando calor, y yo me hundí en sus brazos.

—Llovía mucho y… —Dejé de hablar cuando me recorrió la espalda con los dedos hasta los brazos, donde me acarició con suavidad.

Soltó un suspiro tembloroso mientras seguía por los hombros y el cuello, y luego subió las manos para cogerme la cara. El delicioso aroma especiado y almizclado de su colonia se mezclaba con el olor a canela de su aliento, una mezcla embriagadora que me hacía la boca agua. Posó la mirada en mis labios y me pregunté si me besaría.

El latido inquieto de mi corazón marcaba cada segundo de espera que pasaba.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Perdóname. Eres lo primero que siento en mucho tiempo.

Mientras retiraba las manos, extendí las mías para agarrarlo de los antebrazos y mantenerlas ahí.

—¿Qué fue lo último que recuerdas haber sentido?

El dolor se reflejó en su rostro.

—La mano de mi hermano, justo antes de que se lo llevaran y lo mataran.

—Madre mía. Lo siento mucho.

Con el ceño fruncido, me acarició la clavícula con las yemas de los dedos y se humedeció los labios.

—Me gusta tu tacto.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—A mí el tuyo también —respondí.

Sus ojos curiosos parecían clavados en mis labios y me los acarició con el pulgar. Antes de llegar a anticipar su siguiente movimiento, se inclinó hacia delante y me plantó los labios en la boca.

Los sonidos se desvanecieron. Todo a nuestro alrededor desapareció. El beso comenzó despacio, como un simple contacto, rozándome los labios. Me agarró de la cara para acercarme a él, entregándose por completo al beso, y una oleada de excitación se extendió por mi piel.

Dicen que algunos besos son como fuegos artificiales. El suyo fue como un anestésico que entraba poco a poco, silenciando mis sentidos, hasta que lo único que olí, saboreé y sentí fue él.

Lo agarré de los bíceps mientras él me robaba el aliento y me acariciaba la piel desnuda con las palmas. Me atrajo aún más hacia

él y me besó con tal fervor y pasión que me flaquearon las rodillas. Nunca me había besado un hombre. Chicos, sí. Pero nunca un hombre. Ni siquiera Chico Fantasma, que técnicamente era un adulto, era comparable con la habilidad y la maestría del profesor Bramwell. Me provocaba con la lengua y me sostenía como si fuera porcelana frágil. Entonces me di cuenta de que nunca me habían besado de verdad.

A medida que intensificaba su agarre, la falta de oxígeno me quemaba los pulmones y me oprimía las costillas. Eché la cabeza hacia atrás, pero él me sujetó con fuerza, enredando los dedos en mi pelo y flexionando la mandíbula mientras metía la lengua para intensificar el beso. Me mareé y la necesidad de respirar activó las alarmas en mi cabeza. Gemí contra sus labios y le presioné el pecho con las palmas.

Cuando se apartó con una brusca inhalación, el frío se instaló entre nosotros y el mareo se intensificó hasta que perdí el equilibrio. Me tambaleé hacia un lado y me sujetó, manteniéndome erguida.

Él respiraba con dificultad, con la frente pegada a la mía.

—Lo siento. No sé en qué cojones estaba pensando.

—No pasa nada.

—No, sí que pasa. —Me soltó y dio un paso atrás—. No puedo cagarla. Ahora no.

«No te lo tomes como algo personal», me advirtió mi cabeza.

Pasándose una mano por la frente, se apartó de mí.

—Perdóname. Estoy abrumado. No era mi intención…

—No pasa nada. Lo entiendo. Ha sido un momento bastante tenso para los dos.

Desvió la mirada hacia la sala de autopsias que yo tenía detrás y volvió a mí.

—No digas ni una palabra de lo que has visto ahí dentro.

—Por supuesto que no. Pero… te has inyectado la toxina —dije. Como no respondió, sino que solo me observó con esa mirada escalofriante y seria, continué—: Me acuerdo de haber visto los frascos debajo de la campana. Estás haciendo ensayos clínicos contigo mismo, ¿verdad?

Se giró despacio para mirarme.

—Estás en una situación muy delicada, señorita Vespertine.

Las palabras de Spencer resonaron en mi cabeza, cuando me advirtió de que el profesor Bramwell no era buena gente.

—¿Estás… infectado con los gusanos?

—No. Por supuesto que no. La toxina está purificada.

—Entonces ¿no puedes enfermar?

—No.

Tragando saliva, bajé la mirada.

—No se lo diré a nadie.

—¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo sé que no lo vas a usar en mi contra?

Lo cogí de la mano y entrelacé los dedos, sin apartar la mirada de él.

—Te doy mi palabra.

Con brusquedad, me soltó.

—Vamos —gruñó—. Te acompaño a tu residencia.

—¿A mi residencia? ¿No nos verá alguien?

—Hay un sendero que atraviesa el bosque.

—Está lloviendo a cántaros —le respondí, porque no quería estar sola y no quería dejarlo solo. ¿Y si volvía a tener un ataque y no había nadie allí?—. Quizá debería quedarme un rato. ¿Y si tienes una reacción adversa?

Ni una sola célula de mi cuerpo imaginaba que él consideraría algo así de verdad, y tenía el argumento para quedarme en la punta

de mi lengua, listo para dispararlo, pero él asintió brevemente con la cabeza.

—De acuerdo.

Mientras Bramwell garabateaba anotaciones a toda prisa en un diario, yo me tumbé en el sofá con mis calcetines largos, y leí un capítulo de mi libro de texto en el móvil para la clase del día siguiente. Una música suave de piano salía del tocadiscos y el ambiente acogedor chocaba con la emoción febril que aún me recorría los huesos. Me hormigueaban los labios del beso y, con toda la sutileza que pude, los acaricié con el pulgar, deseando poder capturar de nuevo la sensación de su boca sobre la mía.

«Céntrate, Lilia».

Volví a concentrarme en mi lectura; luego bostecé y me estiré, acomodándome mejor en los cojines, esforzándome por mantener los ojos abiertos. Entre el texto laboriosamente detallado y el persistente recuerdo de ese beso, la vorágine de pensamientos me agotó.

—Si estás cansada, es sofá cama. Puedes dormir ahí.

¿Dormir aquí? Solo esperaba quedarme un par de horas para echarle un vistazo. Nunca imaginé que me invitaría a pasar la noche, y no me atreví a preguntárselo en voz alta.

—¿Y tú?

—Yo dormiré aquí, en mi silla. —Él también pensaba quedarse. Los dos durmiendo en la misma habitación—. Está lloviendo bastante. —Había ido a cerrar la entrada de la sala de incineración unos quince minutos antes y se debió de dar cuenta entonces.

Estábamos encerrados por culpa de la lluvia. A solas. En el sótano del edificio.

Iba a quedarme a dormir con el profesor Bramwell, el Doctor Muerte.

Tal vez eso debería haberme acojonado, sobre todo porque había un cadáver sin ojos tendido en la habitación al otro lado del pasillo. Por desgracia, no fue así. Por muy ingenua que pudiera parecer, sentía algo con Bramwell que ningún otro hombre de mi vida, incluido Conner, me había hecho sentir jamás: seguridad. Dejé que ese pensamiento me envolviera como una manta mientras lo miraba fijamente y luego volví a centrarme en el asunto que nos ocupaba.

—No hace falta que te hagas el mártir. Puedes dormir en la cama. Yo me haré una con los cojines del sofá.

—Me quedo yo con ellos.

—No seas ridículo, eres el doble de grande que yo.

—¿Siempre has sido tan terca?

—Desde que estaba en el útero, me temo. Nací nueve días después de la fecha prevista.

Refunfuñó y garabateó más notas. El tío estaba para comérselo con la camisa negra medio desabrochada que se había puesto y las gafas con montura fina que llevaba mientras leía libros. En pleno proceso de tomar notas, se detuvo y pasó los dedos por la brillante superficie del escritorio; luego acercó la mano a la vela, pero la retiró enseguida y se frotó la piel quemada.

Sonreí, viéndolo explorar todas las sensaciones que le ofrecía el entorno. Qué exquisito y rico debía de parecerle su mundo, ahora que volvía a sentir.

—¿Y ahora qué? Ya has conseguido una variante satisfactoria.

—Espero a ver cómo afecta a las polillas. Si siguen respondiendo favorablemente, pasamos al siguiente paso.

—Creía que no tenían un sistema nervioso como el nuestro.

¿Cómo mides el éxito en ellas?

—Si Patroclo y Aquiles siguen volando es porque la toxina funciona.

—Vas a ser famoso, profesor Bramwell. —Esbocé una sonrisa escudada por el teléfono y leí sin pensar la misma línea que ya había leído diez veces—. Vas a aparecer en todos los libros de texto por haber curado la enfermedad de Voneric. La artritis. La diabetes.

—No nos precipitemos.

—Se llama manifestación. Y funciona.

—¿Sí? ¿Qué has manifestado?

Arqueé una ceja.

—Trabajar en tu laboratorio.

Volvió a gruñir en señal de desaprobación.

—El chantaje no es precisamente una manifestación.

—Los mecanismos para alcanzar tus objetivos son irrelevantes, siempre y cuando los consigas. —Me mordí el labio inferior, maravillándome con la inquebrantable concentración de aquel hombre en su trabajo—. Puede que manifestara ese beso.

Se quedó paralizado, con la mirada clavada en sus notas, y luego se quitó despacio las gafas.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

Bajé la vista hacia mis manos inquietas y me encogí de hombros.

—¿Estás enfadado?

—Estoy enfadado conmigo mismo, no contigo.

—¿Por qué?

—Porque eres mi alumna y yo soy tu profesor. Además, soy diez años mayor que tú. Tienes mucho que perder si alguien se entera. Los dos.

—¿Quién va a enterarse? Aquí no hay nadie.

Se pasó la lengua por los labios, con la mirada perdida en los

pensamientos que se agolpaban en su mente inquieta. Sacudió la cabeza y salió de su ensimismamiento.

—No puedo hacerlo, Lilia. Este laboratorio sigue recibiendo visitas ocasionales. Del rector de la universidad, en concreto.

—Me gusta que me llames por mi nombre. —No es algo que hubiera confesado con tanta franqueza en otras circunstancias, pero el beso me recordó que no era la única que sentía atracción. Un silencio pesado se instaló entre nosotros mientras nos mirábamos, con una intensidad que solo se rompió cuando carraspeé y me levanté del sofá—. Entonces ¿puedo empezar a quitar estos cojines para hacerme una cama?

—Sí. —Se levantó de la silla y me ayudó a quitar los rígidos cojines de cuero, que colocó en fila para formar un catre—. No vas a dormir aquí. Duerme en el colchón —dijo, desplegando la cama.

—En serio, mira. —Señalé la fila de cojines, que debían de medir solo un metro y medio de largo—. Tú mides más de metro ochenta. Será como dormir en una casa de muñecas.

—Mido un metro ochenta y ocho. Y no pasa nada. —Sacó del armario una pila de sábanas y las extendió sobre el colchón. Volvió a coger cuatro almohadas y me dio dos.

Sin darle tiempo a detenerme, me tiré sobre los cojines.

—¿Ves? Es de mi tamaño.

—Sube a la cama.

—No seas ridículo. Estoy bien aquí.

—A la cama. Ya.

La autoridad mortal de su tono despertó algo muy profundo en mi interior. Algo que pedía a gritos que lo liberase y lo desatara. Una fantasía fugaz en la que él me agarraba por el cuello y me daba órdenes con esa voz se deslizó por mi mente.

—Tendrás que subir mi cadáver putrefacto a rastrar.

—Tengo práctica. —Con los labios apretados, se inclinó hacia delante y, para mi total sorpresa, deslizó las manos por debajo de mí y me aupó en brazos.

Dejé escapar un chillido poco atractivo cuando me levantó en el aire y se me subió la falda por los pantalones cortos de licra que llevaba debajo; el colchón suave y mullido amortiguó la caída.

—Hablando de cabezonería…

Se acercó a la chimenea y encendió un fueguito que avivó lo justo para que prendiera rápido y desprendiera un calor radiante. Como hipnotizado, se quedó mirándolo, levantó las manos y se las frotó.

—Nunca pensé que volvería a sentir calor. No así. —En su perfil capté una curva muy leve en sus labios—. Mi hermano solía burlarse de mí diciendo que estaba medio muerto por lo frías que tenía las manos siempre.

—Has dicho que se lo llevaron y lo mataron.

La mirada que lanzó por encima del hombro decía: «Ah, sí. En cuanto a eso…». Se volvió hacia el fuego y yo me cubrí con la manta que él había extendido.

—Lo secuestraron cuando teníamos unos diecisiete años. En nuestro internado. Nos enviaron lo que creíamos que eran sus cenizas. Durante años me pregunté si eran suyas o no. Pero, aunque no lo fueran, el mensaje estaba claro: ya no estaba.

Una sensación fría de pánico se apoderó de mí al recordar la imagen del rostro aterrado de Bee. Enseguida la aparté de mi mente.

—Lo siento mucho.

—Me culpé por lo que le pasó.

—¿Por qué? —Lo miré, preguntándome si la culpa le pesaba tanto como a mí. Si alguna vez lo oprimía y lo ahogaba, como solía

pasarme.

Frunció el ceño y bajó las manos.

—El día que se lo llevaron tuve uno de mis episodios. No pude defenderme.

—Eras un crío. No fue culpa tuya.

Meneó la cabeza, como si se negara a creerme; luego se puso de pie y se dirigió a su escritorio. De uno de los cajones sacó una fotografía y me la entregó.

Observé a dos niños adorables de cabello oscuro y ojos color cobre, uno con un hoyuelo más pronunciado en el lado izquierdo y el otro con uno más pronunciado en el derecho.

—Sois idénticos —dije, pasando el dedo por el que sabía que era el profesor Bramwell, basándome únicamente en el hoyuelo.

—Él era tres minutos mayor.

Después de examinarlos a los dos, uno al lado del otro, se la devolví.

—No puedo imaginarme perder a mi hermana. Este año va a cumplir diecisiete años. Me preocupa lo que eso implica para ella.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora está en una especie de internado. Un centro especial diseñado para ayudarla. Lo pasó mal cuando murió mi madre y…, bueno, estaba perdida. Tiene que hacer frente a algunos problemas psicológicos. Ella… encontró a mi madre en la bañera. —Como siempre, me puse nerviosa al recordar la espeluznante imagen de lo que vi aquella noche. Pero, en ese momento, me sentí abierta en canal, como si él viera toda la fealdad, la disfunción que me había acompañado como una sombra durante tantos años—. En fin, ese instituto le ha venido muy bien, pero es muy caro tenerla allí.

Se quedó pensativo un momento.

—¿No usáis el fideicomiso de vuestra madre para pagar la

matrícula?

—¿Qué fideicomiso? —Quise echarme a reír, pero en ese momento me di cuenta de lo alejados que estábamos. Qué inconcebible debía de ser para un hombre como él imaginar a una mujer viviendo de forma tan irresponsable que no deje un fondo fiduciario para su hija. Mi mundo debía de ser tan extraño para él como el suyo lo era para mí—. Mi madre no tenía nada cuando murió. Su novio, Conner, es el padre de Bee. Compartimos los gastos de la matrícula.

—¿Pagas la matrícula de tu hermana mientras vas a la universidad?

—Sí. —No quería admitir que llevaba un par de meses de retraso —. Por eso insistí tanto en que me pagaras en efectivo. No me gusta ser así, pero a veces uno hace cosas así por desesperación, ¿sabes? —Intenté no estremecerme al recordar el vídeo que había grabado en su clase hacía unas semanas—. Quizá no lo sepas.

—Nunca te avergüences de ser implacable cuando se trata de lo que quieres, Lilia. El camino hacia el éxito rara vez es virtuoso. — Después de devolver la fotografía a su cajón, se recostó en su silla —. ¿Y cómo es ese tal Conner?

Me encogí de hombros.

—Está bien. Sigue ahí, así que supongo que no puedo quejarme. Aunque tiene unos amigos bastante de mierda.

—¿Te lo hacen pasar mal?

Me mordí la mejilla para evitar que la repulsión se reflejara en mi rostro mientras pensaba en Angelo.

—Uno de ellos. Es el único que me da miedo de verdad.

—¿Cómo se llama? —Un tono hostil le endureció la voz. Levanté la vista y vi unas líneas de malicia tensas oscureciéndole la expresión. ¿Acaso le enfurecía saber que ese hombre me daba

miedo?

—No importa. —Por vergonzoso que pudiera parecer decir esto, me gustó su reacción defensiva. Nunca había dependido de un hombre para que me protegiera. Jamás. Pero algo primitivo se apoderó de mis pensamientos, de la mano con la imagen de él estrangulándome, y me sentí curiosamente atraída por ello—. De todos modos, sé a qué te refieres con lo de sentir la culpa. Tenía dieciséis años cuando murió mi madre. Sabía que las cosas iban mal e intenté que fuera al hospital, pero se negó. Estaba tan paranoica con todo y con todos, y…

—No fue culpa tuya.

Esas palabras se me clavaron en el estómago y me sacaron algo oscuro de las entrañas que se retorcía y se contorsionaba. La cabeza me rogaba que lo ignorara. Que lo tachara de mentiroso. Me di la vuelta, obligándome a esbozar una sonrisa.

—Estás usando mis mismas palabras.

—Son bastante sabias. —Se agachó hacia su escritorio y sacó una licorera con un líquido de color ámbar.

Lo vi verter un poco en un vaso y dar un sorbo, hipnotizada por el brillo de sus labios, que quería lamer. Cada pequeño gesto, desde el lento movimiento para remover la bebida y la forma en que inhalaba el aroma hasta la suave presión del vaso contra sus labios, tenía un matiz provocativo.

—¿Me das un poco?

—¿Cuánto te queda para cumplir veintiún años?

—Solo unas semanas.

Arqueó una ceja, se agachó para coger otro vaso del escritorio y lo llenó hasta la mitad.

—Como no sé qué tolerancia tienes al alcohol, empezaremos con esto. —Me lo entregó y, cuando acepté la copa, me rozó con el

dedo.

Lo removí tal y como él había hecho, aspirando el aroma afrutado y amaderado con un sutil toque que me recordaba al caramelo. Di un sorbito y cerré los ojos, dejando que el licor reposara un momento en la lengua, donde sentí quemazón antes de tragarlo.

—Mmm, qué bueno. —Me gustó sentirlo deslizándose por la garganta hasta el vientre, cálido y cosquilleante. Cuando abrí los ojos, él me miraba por encima del borde de su copa—. Nunca antes había probado esto.

Se bebió lo que le quedaba de copa de un trago: casi la mitad de lo que me quedaba a mí tras un sorbo.

—Es mierda de la buena.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —En cuanto hizo una mueca de dolor, me eché a reír y carraspeé—. ¿Quién es el tipo de la sala de autopsias? Me resulta familiar.

—¿Lo has reconocido sin ojos? —Sin mirarme, resopló, burlón—. Me pidieron que examinara, sin más.

—Pensaba que iba a pasar toda la noche encerrada allí con él. Estaba aterrorizada. Y entonces entraste tú y… —Enterré la imagen del beso en otro sorbo de mi bebida, recordando el sabor de sus labios sobre los míos—. Me he sentido muy aliviada cuando te he visto.

Crispó los labios, como si fuera a sonreír, y bajó la mirada, sumido en sus pensamientos.

—Los muertos en sí mismos son inofensivos. Es lo que dejan atrás lo que da miedo. —Parpadeó para salir de su ensimismamiento y se sirvió otra copa—. Tengo que terminar mis anotaciones. Quizá deberías irte a la cama, señorita Vespertine. Es casi medianoche.

—Ojalá hubiera traído un cepillo de dientes. Aunque el whisky

matará cualquier bacteria que tenga en la boca, ¿no?

—Yo no confiaría en eso como norma general, pero sospecho que sobrevivirás a esta noche.

Dejé mi copa en un posavasos sobre la mesita junto al sofá, donde antes había dejado mi teléfono. Bajo las sábanas, me desabroché la falda y me la quité, quedándome solo con la camiseta y los pantalones cortos de licra. Cuando la tiré al suelo, a mi lado, me di cuenta de que él se quedó mirando la prenda, quizá pensando que no llevaba nada debajo. Me pregunté si debería haber dicho algo sobre los pantalones cortos, que me movía mucho cuando dormía y me ponía de los nervios que la ropa se desplazara. Pensé que era mejor dejarlo estar, sobre todo cuando volvió a centrarse en sus notas.

Pero había un problema.

—¿No tendrás algo para atarme un brazo? No quiero irme a la sala de los cadáveres medio dormida. Probablemente me daría un ataque al corazón.

De otro cajón de su escritorio sacó un juego de esposas, presumí que las que había utilizado para sujetarme en la celda. Se acercó a la cama y enganchó una a la estructura de metal y la otra a mi muñeca. Al no soltarme el brazo, levanté la vista y lo vi mirándolo fijamente.

—«Memento mori» —leyó en voz alta al tiempo que pasaba el pulgar por mi tatuaje, y su suave caricia encendió un fuego incontenible bajo mi piel—. Recuerda que morirás.

—Me lo hice después de que falleciera mi madre.

—Un recordatorio para apreciar la vida como un regalo.

Sonriendo, bajé la mirada.

—Algunos días son más fáciles que otros.

—Tener un propósito ayuda. Te impide hacer tonterías, como

dejar los estudios.

Hice una mueca.

—Antes, cuando he dicho esas cosas… Es que estaba enfadada. No era mi intención hablar mal de la profesora Gilchrist. No le contarás lo que he dicho, ¿verdad?

—No. No diré ni una palabra al respecto. Siempre y cuando prometas no irte de Dracadia.

Le dediqué una sonrisa burlona.

—¿Y desaprovechar la oportunidad de sacarte de quicio? Nunca.

—Bien. —Me mostró la llave de las esposas y la dejó en la mesita junto a mi copa.

Si lo pensaba bien, quizá fuera extraño pedirle a mi profesor que me esposara, pero eso demostraba el nivel de confianza que tenía en él. Seguramente podría haber dormido desnuda y él no me habría tocado ni un pelo. En ese sentido era demasiado estricto.

Ningún otro hombre en mi vida me había inspirado tanta confianza, ni siquiera Conner, aunque nunca había comprobado mi teoría.

Me acomodé en la cama, me tapé hasta el cuello y lo vi recostarse en su silla. Después de echar un último vistazo a mi falda en el suelo, volvió a ponerse con sus anotaciones, deteniéndose de vez en cuando para mirarme, y, en cuanto nuestros ojos se encontraban, se ponía a escribir de nuevo.

Por mucho que quisiera seguir hablando con él para saber más sobre ese hombre enigmático, no quería molestarlo mientras trabajaba.

Reinaba el silencio y el sueño me pesaba.

Cada vez más.

Hasta que, al final, no pude mantener los ojos abiertos.



46

Lilia

Un ruido me sobresaltó y me incorporé de un salto. Miré alrededor en la oscuridad, con la vaga sensación de que un fuego crepitaba cerca de mí. La puerta que tenía delante estaba entreabierta. Una fuerza invisible me empujó hacia ella. No sabía qué era ni por qué, pero, cuando me levanté de la cama, noté un tirón en el brazo y caí hacia atrás. Bajé la mirada por mi brazo y vi algo plateado y brillante en la muñeca, pero mi mente no supo identificar qué era.

Entonces empecé a tirar. Y a tirar.

—Lilia. —Oí una voz susurrando y volví a girarme hacia la puerta. Me quedé mirándola. Esperando.

La oscuridad se apartó para dar paso a una figura en la luz. Era un hombre con una chepa espantosa. El mismo que había visto antes, en la mesa de exploración. El que no tenía ojos y cuyas profundas y oscuras cuencas escondían un mundo de terror.

—Ven a dormir con nosotros al fondo del lago —susurró.

Se acercó cojeando.

Yo tiré de la muñeca.

—No.

—Es la hora, Lilia. Tu madre te espera en el fondo del lago.

—¡No! —Tiré con más fuerza y sentí un dolor agudo en la mano, pero no me importó. ¡Tenía que liberarme ya!

Se acercó poco a poco, hasta estar sobre mí.

—¡Lilia! —Me agarró por los hombros y yo solté un grito desgarrador.

—¡Lilia!

Se encendió una luz. Noté que me sacudían con fuerza. Abrí los ojos y vi al profesor Bramwell de pie junto a mí, agarrándome por los hombros.

Miré hacia la puerta y, al verla cerrada, me atraganté con el aire, que llegó demasiado rápido.

Solo había sido una pesadilla. Una simple pesadilla.

Sin embargo, me temblaba todo el cuerpo y la profunda vibración me sacudía los huesos.

—Lilia —me llamó, inclinando la cabeza hacia un lado. Entonces me di cuenta de que me había hecho una pregunta.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

Me aclaré la garganta y volví a mirar hacia la puerta para asegurarme de que seguía cerrada y que el cadáver había desaparecido.

—Sí. Eh… He tenido una pesadilla.

—Casi despiertas a los muertos con ese grito. —Cogió la llave de las esposas de la mesita, las abrió y me liberó la mano.

Solté un suspiro nervioso, todavía conmocionada. Ya había tenido visiones de muertos antes, pero ese tipo que había visto

antes en la sala de autopsias tenía algo que me asustaba. Probablemente fuera la ausencia de ojos.

La imagen de las cuencas vacías me puso la piel de gallina.

—Sí.

Cuando Bramwell se dio la vuelta, un miedo inquieto volvió a invadirme y extendí la mano para agarrarlo del brazo.

—Espera. ¿Puedes quedarte aquí conmigo? Solo… solo un par de minutos, hasta que vuelva a dormirme.

Bajó la mirada hacia donde lo había agarrado y se quedó con los ojos ahí clavados un momento. Entonces me di cuenta de que solo llevaba unos calzoncillos, que ocultaban un paquete excepcionalmente bien dotado.

—Sí —aceptó, y yo no pude evitar fijarme en todo su físico.

Ni siquiera era cuestión de mirarlo con lascivia, sino de apreciar su absoluta perfección: sus hombros anchos y musculosos, que se estrechaban hasta una cintura delgada, y esa «V» cincelada que desaparecía entre los calzoncillos. No era demasiado corpulento: tenía los músculos justos para que una chica se quedara mirándolo sin preguntarse cuántas horas pasaba en el gimnasio.

Al recorrer su cuerpo con los ojos, me fijé en las magulladuras que tenía en el brazo y el hombro, y en una extraña marca negra justo debajo de la clavícula. No era un tatuaje, sino algo más profundo que le había quemado la piel y le había dejado un surco horrible en la carne. Parecían dos caduceos cruzados, como los del símbolo de la medicina, y un siete, todo dentro de un círculo. Lo señalé con la cabeza.

—¿Qué es eso?

Cerró los labios en una línea recta.

—Un error que cometí al principio de mi carrera universitaria.

—¿Está relacionado con una fraternidad?

—Algo así.

Me eché a un lado para hacerle sitio y él rodeó la cama hasta el otro lado y se dejó caer sobre el colchón a mi lado, con cuidado de mantener cierta distancia entre nosotros. Una vez acomodado, se cubrió la parte inferior del cuerpo con la sábana, liberándome de la imagen de ese bulto difícil de pasar por alto y de sus musculosas piernas.

¿Siempre dormía en calzoncillos? ¿O lo hacía desnudo? Quizá solo estaba siendo decente por mí. O tal vez dormía con más ropa. La chimenea había caldeado la habitación con un calor pegajoso y él antes estaba más cerca de ella, así que tal vez era una cuestión de comodidad.

—Creo que es peligroso esposarse a la cama todas las noches —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

—No suelo usar esposas. Y, por lo general, puedo liberarme rápidamente. No sé por qué no he podido esta vez.

—¿Sufres terrores nocturnos?

Al recordar al hombre sin ojos cojeando hacia mí hice una mueca de dolor.

—Sí. Son horribles.

—¿Parálisis?

—A veces, sí.

—A mí también me pasaba de pequeño. Claro que, con el padre que tenía, no hacía falta cerrar los ojos para tener pesadillas.

Y así, sin más, la primera pista sobre su pasado y el misterio de su padre.

—¿Era violento?

—Perdona, no debería haber sacado ese tema. No me apetece hablar de él ahora mismo.

Mierda.

Resoplando, se movió en la cama, sacudiendo el colchón, y se dio la vuelta.

Decepcionada, me giré hacia el otro lado y apagué la luz.



47

Lilia

—Lilia.

El sonido de mi nombre me sacó del oscuro vacío del sueño y noté un tirón brusco en los músculos. Por instinto, busqué mi navaja debajo de la almohada y cuando abrí los ojos una neblina de confusión me impidió reconocer el entorno de inmediato.

Al oír unos gemidos y algo moviéndose, me di la vuelta y vi que el profesor Bramwell se había quedado dormido a mi lado. Retorciéndose en la cama, parecía sumido en un sueño y, cuando levantó los brazos por encima de la cabeza y los metió debajo de la almohada, verlo me provocó un dolor punzante entre los muslos. Dios, ese hombre estaba sexy incluso cuando dormía. En cambio, lo más probable era que yo pareciera un sambernardo baboso.

¿Había sido él quien había dicho mi nombre, o era un eco de mi propio sueño?

—Sí —susurró, todavía moviéndose en la cama—. Eso es. —El

ligero balbuceo de sus palabras me indicó que aún estaba profundamente dormido—. Enséñame, Lilia.

Me quedé paralizada. Noté un cosquilleo cálido extendiéndose por la nuca.

¿Estaba soñando *conmigo*?

Giró la cabeza y contrajo el estómago mientras contoneaba las caderas movidas por una ola sensual de placer involuntario.

—Así me gusta.

Los muslos se me tensaron al imaginarme quitándome las bragas y subiéndome encima de él. Con los brazos escondidos y los músculos tensos por la inquietud, parecía estar atado y completamente a mi merced. Como si tuviera un animal peligroso encadenado a la cama.

Bajé la mirada y recorrí los surcos y huecos de sus abdominales esculpidos hasta la enorme erección que se le marcaba en los calzoncillos, y Dios, me moría por tocarlo. Me mordí el labio inferior, imaginando mis manos sobre él, las protuberancias y las venas deslizándose bajo los dedos. «No lo hagas», me advirtió mi cabeza. Pero tenía tantas ganas de sacársela y sentir el peso de su polla…

Un profundo gemido masculino salió retumbando de él y el sonido me recorrió la piel como si fueran unas palmas ásperas, provocándome escalofríos.

Sin poder remediarlo, extendí la mano despacio y le pasé los dedos por un muslo. Y esos músculos fuertes que tonificaba con sus carreras diarias se contrajeron al tacto de mis dedos cuando los arrastré hacia arriba.

Soltó un grito ahogado, extendió el brazo y me agarró la muñeca. Me volví y vi que tenía los ojos abiertos, pero adormilados, mirándome con furia.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó—. Quítame la mano de encima.

La humillación me atravesó mientras la retiraba y buscaba una explicación a toda prisa. No esperaba que *se enfadara*. Que se sorprendiera, tal vez, pero no esto.

—Eh… Has dicho mi nombre. Me has pedido que te toque. Lo siento. —Me di la vuelta, deseando poder meterme en un agujero y encerrarme, y me brotaron lágrimas de vergüenza de los ojos.

«Qué estúpida soy».

Los minutos pasaron en silencio y yo me quedé contemplando la puerta, preguntándome si debía irme y volver a mi habitación. Tomé la decisión y me senté en la cama sin atreverme siquiera a mirarlo. Cuando me agaché para recoger mi falda, sentí que me agarraba del brazo.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Volver a mi habitación. No debería haberte tocado así.

—A estas horas no vas a ir a ninguna parte.

Liberarme el brazo era inútil contra su implacable agarre.

—Por favor. Esto ya es bastante vergonzoso.

Con un fuerte tirón me hizo caer de nuevo sobre la almohada y yo lo miré, frunciendo el ceño por el movimiento brusco.

Esos ojos depredadores me devoraban como si fuera una comida de lo más apetitosa; la ira aguda de antes se había transformado en una ferocidad indomable.

—¿Tienes idea de lo difícil que es estar acostado a tu puto lado? Me está matando. —Me dedicó otra mirada hambrienta y se humedeció los labios—. He estado sin sentir nada desde que tengo memoria. Eres lo primero que siento en años, Lilia. Lo único que quiero es tocarte.

—Entonces, tócame. —Me volví hacia él y busqué su mano.

Con el ceño fruncido, me agarró de la muñeca y apretó los dientes.

—No —me advirtió.

—Tócame.

—No.

Retorcí el brazo para soltarme, con una mezcla de vergüenza y frustración ardiendo en el rostro.

—Entonces deja que me vaya.

Apretó con más fuerza, con las fosas nasales dilatadas por la evidente ira, y, cuando levanté el otro brazo para empujarlo, también me agarró esa muñeca. Noté dentro de mí que algo se rompía y me retorcí para liberarme de su agarre. La fuerza que tenía era evidente, ya que me sujetaba sin apenas esfuerzo mientras yo luchaba por liberarme. Me juntó los brazos y, como si nada, me dio la vuelta y me atrajo hacia él, de espaldas contra su pecho. Respiraba con dificultad, atrapada en su rígido abrazo sin posibilidad de escapar. No intercambiamos ni una palabra.

Mientras miraba la estantería que tenía delante de mí, sentí la firmeza de sus brazos a mi alrededor, la fuerza y la tenacidad con que me sujetaba. Y, sin embargo, me sentía como en casa en su abrazo. A salvo.

Pasó otro minuto y aflojó el agarre.

Tenía la frente apoyada contra mi hombro y me recorrió el brazo con la mano hasta llegar a la cadera. El lento y doloroso roce de su erección contra el culo me tenía sin poder respirar mientras me retorcía contra él en una silenciosa batalla de voluntades.

—Esto que hay entre nosotros… me está destrozando. —La voz le temblaba tanto como los músculos de los brazos, que me acorralaban como una jaula de acero—. Eres una enfermedad que suplica no curarse nunca. Me infectas con este deseo inquebrantable por cosas que no debería desear.

—Entonces deja que me vaya.

—No —negó en un tono inflexible, clavándome los dedos en las caderas—. No puedo.

Sin decir nada me quité los pantalones cortos: la única barrera eran mis bragas.

Por muy tóxico que fuera, disfrutaba de este juego entre nosotros, del tira y afloja, de los roces robados y la deliciosa tensión. Sabía que estaba mal. Sabía el infierno que esto traería consigo.

Si alguien se enteraba de lo nuestro, lo perdería todo y me obligarían a volver con Conner y Angelo, y a la vida que odiaba con toda mi alma. Me vería obligada a abandonar, por muy cerca que estuviera de descubrir la verdad sobre mi madre. Sin duda, expulsarían a Bee de su instituto y, madre mía, si alguna vez se enteraba del motivo me odiaría.

Yo también me odiaría.

Y las consecuencias no terminaban ahí. Bramwell podría perder su puesto, y, entonces, ¿qué pasaría? ¿Continuaría el proyecto? ¿Seguirían financiándolo o pasarían página y dejarían que millones de personas sufrieran la pérdida de su descubrimiento?

Sabía todo eso.

Pero no podía evitarlo.

Odiaba y ansiaba a la vez la adicción que él me creaba y que me alimentaba con ese deseo desenfrenado e imprudente. Iba en contra de todo lo que era. De todo en lo que creía. Y, sin embargo, lo era todo.

Durante mucho tiempo me había visto obligada a enterrar esa parte de mí. Había crecido demasiado rápido y había dejado atrás a la adolescente salvaje y despreocupada. Mientras mis amigas hablaban de chicos, citas y borracheras en fiestas en sótanos, yo me estresaba por las facturas y por cómo cuidar de mi hermana a la vez que me aferraba al lejano sueño de salir de ese apartamento. Por

fuera era una joven inteligente y responsable con un montón de potencial, y sin embargo añoraba a la chica estúpida que solo necesitaba un respiro, un momento de imprudencia.

Bramwell era mi momento. Aunque mañana no quisiera saber nada de mí y me dejara tirada como si fuera basura, él era mi mayor amenaza y tenía que agarrarlo por los cojones y no soltarlo.

Literalmente.

Deslicé la mano entre mi culo y su bulto, y noté la erección tras los calzoncillos y que él se tensaba, duro como el hierro contra mí.

Me la cubrió con la suya para detenerme en silencio y yo esperé a ver si me la apartaba y me decía que parara. En cambio, me apretó la mano y movió las caderas, pegando su polla a mi palma ansiosa. Un suspiro estremecedor me recorrió la nuca y él me rozó el hombro con los dientes.

La victoria se apoderó de mí en forma de mariposas en el vientre. Me mordí el labio, sonriendo para mis adentros mientras él cedía un poco de su control.

Con movimientos cuidadosos, le acaricié la erección que le abultaba los calzoncillos, con los ojos muy abiertos tras notar la longitud y el grosor de aquel hombre, lo tensa que estaba tras aquella capa de tela insignificante, como si fuera a romperla en cualquier momento. Dios de mi vida. No era de extrañar que Gilchrist lo deseara como un cachorro abandonado.

—Tenemos que parar. Joder, no puedo hacer esto. —Tenía la voz ronca y tensa, y yo lo habría soltado en ese mismo instante, pero su mano traicionó lo que decía cuando me deslizó la camiseta hacia arriba. Recorrió con los dedos, despacio y provocándome, el encaje del sujetador, que desabrochó para liberar los pechos—. Dime que pare, Lilia. Te lo suplico, joder.

En contra de lo que me pidió, metí la mano por los calzoncillos y

acaricié la rigidez que reclamaba atención.

Siseó y movió las caderas, empujando hacia mi palma.

—Vas a destruirme. Y no voy a detenerte. Me gusta tanto que no puedo parar. —Con un gruñido de frustración, me apretó el pecho, como si me castigara por su falta de control, y yo dejé escapar un gemido de dolor, pero el agarre dominante de su palma me encantaba.

El dolor intenso se desvaneció con sus caricias y masajes, y yo me arqueé hacia él con el alivio de su tacto.

Suavizó ese agarre brusco y me acarició el pezón con el pulgar.

—Cada centímetro de ti es algo nuevo que explorar. Una nueva textura. Una nueva curva. Sensaciones de las que me han privado durante mucho tiempo. —Haciendo circulitos, me provocó un placer ineludible que me dejó aturdida por la lujuria—. Joder, tu piel es como la seda más suave. Podría pasarme horas tocándote y no cansarme nunca. —Con un empujoncito, me instó a tumbarme boca arriba y me subió la camiseta hasta el cuello. Me bajó la copa del sujetador y se inclinó hacia delante para cogerme el pezón con la boca.

Me agarré al cabecero de la cama y me mordí el labio inferior, apretando los dientes mientras la deliciosa succión aumentaba el dolor palpitante de mi coño. Me aferré con fuerza a la barra de metal que tenía encima, con las rodillas apretadas y mojando las bragas de algodón. Me retorcí cuando pasó al otro pecho y me chupó ese pezón hasta endurecerlo, pasando la lengua por la punta sensible.

Al parecer notó mi tormento y deslizó la mano más abajo, con la palma pegada a mí, hasta llegar a la parte superior de los muslos y pasar el dedo por encima de las bragas.

—Claro que estás mojada. —En su voz había un tono de enfado por el descubrimiento.

Deslicé el cuerpo hacia su pecho y él colocó un brazo debajo de mí, sobre el pecho, sujetándome contra él como si fuera a escaparme. Ni que fuera a intentar algo así en ese momento.

Con sus dedos decididos se abrió paso bajo el borde de las bragas y yo me incliné en una agonía exquisita mientras él trazaba líneas suaves sobre la juntura, claramente empapada.

—Joder. —Esa voz profunda de barítono en el oído me despertó una necesidad irrefrenable por él, como una cuerda en tensión a punto de romperse. Ya fuera de forma intencionada o sin pensar, me agarró por el cuello con la otra mano mientras recorría con el dedo la juntura húmeda, recogiendo el rocío que había generado. Por el rabillo del ojo vi que se llevó la mano a la boca y un profundo sonido de satisfacción retumbó en su pecho—. ¿Por qué tienes que saber a fruta dulce y prohibida? Mierda, me estás matando, Lilia. No puedo hacerlo. No puedo.

—No pares. Por favor, te lo ruego. Muchas noches me… —Me interrumpí, avergonzada de admitir que me había follado mi propia almohada pensando en él.

—¿Qué? Cuéntamelo todo. Cada detalle. Quiero escuchar lo que haces cuando estás sola. —Parecía mantener su interés y, aunque me arriesgaba a hacer la confesión más humillante de mi vida, estaba demasiado fuera de mí como para que me importara en ese momento.

—Sueño que entras en mi habitación. Y…

Me pasó un dedo húmedo por el clítoris y me arqueé hacia él con un gemido.

—¿Y qué?

—Y tú… te subes a la cama como ahora.

—¿Estás dormida?

—Sí.

Me rozó el lóbulo de la oreja y su respiración entrecortada me indicó que la historia lo excitaba, así que continué.

—Metes la mano en mis bragas… así.

Me abrió más las piernas e hizo presión sobre el clítoris, ejerciendo la fuerza justa para que apretara los dientes mientras me acariciaba la piel sensible.

—¿Te follo con los dedos?

—Sí, claro.

Entonces me metió dos, con el pulgar todavía sobre el clítoris. El hombre sabía muy bien lo que hacía, como si tuviera un maldito título en el arte de hacer dedos. Los sonidos húmedos resonaban en mi cabeza mientras contaba la fantasía.

—Me coges un poco del cuello. No muy fuerte. Solo lo justo para hacerme jadear.

—Me gusta este sueño. —Hizo presión sobre la garganta y yo separé los labios, y, joder, fue perfecto: la falta de aire; la ropa desarreglada de tal forma que parecía que me había forzado; la sensación de sus dedos hundiéndose en mí y tocándome mientras me mantenía cautiva. Cada detalle culminó en la imagen perfecta que tenía en mi cabeza.

—Dime, polillita, ¿te he comido el coño en esas fantasías?

—Todavía no. Pero… sobre todo porque… —Dudé si admitir la verdad que tenía en la punta de la lengua. Era una tontería. A todas las chicas que conocía les habían hecho sexo oral. A mí me habían metido los dedos y me habían tocado ahí, pero nunca con la boca—. Nunca me lo han hecho.

Para mi total decepción, se quedó quieto contra mí.

—Dime que es una broma.

Me puse roja por la humillación.

—¿Eres virgen?

La pregunta me recordó los incomodísimos e insatisfactorios intentos que hice a los quince años con Chico Fantasma. No, técnicamente no era virgen, pero eso no significaba que hubiera tenido relaciones sexuales de verdad. Al menos no del tipo en las que sin duda destacaba el profesor Bramwell. El resto de mis experiencias sexuales se reducían a mamadas y pajas, dos habilidades que había perfeccionado durante mis tutorías.

—No soy virgen, pero no he hecho gran cosa en los últimos dos años. Es que… nunca he tenido tiempo para los chicos, así que no he salido de verdad con nadie desde que murió mi madre.

—Joder. —Me soltó y se dio la vuelta, pasándose una mano por la cara.

La humillación me oprimió aún más y me tumbé a su lado.

—Quiero hacerlo contigo.

—No. No voy a ser el primero en nada.

—Ya. Entonces es mejor que experimente con algún idiota en la parte de atrás de su coche que al día siguiente me dejará tirada.

Emitió un sonido ronco de desaprobación; me volví y vi cómo apretaba los dientes, como si lo hubiera cabreado.

—Por favor, Devryck, quiero hacerlo. —Me avergoncé de inmediato al darme cuenta de que acababa de llamarlo por su nombre de pila.

Claramente, él también se había dado cuenta, ya que bajó las manos despacio y se volvió hacia mí.

—Repítelo.

—Quiero…

—Eso no.

—Por favor…, Devryck.

Se quedó como reflexivo otro angustioso rato y estaba segura de que iba a volver a apartarse. En cambio se incorporó y se puso

encima de mí. Una oscuridad lasciva le ensombrecía los ojos mientras me miraba fijamente y se acariciaba la polla larga y dura. Me quitó la sábana, dejando al descubierto mi camiseta levantada y mis bragas empapadas.

—Esta noche no voy a follarte. Pero voy a comerme este coño tan húmedo y voy a disfrutar cada momento de saber que soy el único hombre que te ha probado. —Con los ojos clavados en los míos, me bajó las bragas por los muslos, despacio, hasta que las tuve a la altura de las rodillas y, solo entonces, rompió el contacto visual—. Y, como soy un capullo egoísta que tiene que vivir con el hecho de que no puede tenerte, voy a acabar contigo para que cualquier chico que venga después de mí te deje muy insatisfecha y te quedes follándote con tus propios dedos, desesperada por recordar el momento en que tuviste la cara de tu profesor entre las piernas.

El tono guarro con el que habló me puso a mil y sentí un cosquilleo en la parte baja del vientre.

Se pasó la lengua por los labios mientras me bajaba las bragas por los tobillos y las tiraba a un lado.

—Las bragas son para las tímidas —dijo con cierto disgusto. Como si fuera yo la que lo hubiera llevado a ese estado de desesperación, la única responsable de lo que iba a pasar esa noche.

Una vez que esa capita de algodón estuvo fuera de su camino, me separó las rodillas y el disgusto grabado en su ceño fruncido se desvaneció en un destello de gratitud mientras me miraba fijamente. Con el pecho arriba y abajo, mantuvo los ojos clavados entre mis muslos y se mordió el nudillo, sentándose sobre los talones.

—Joder, Lilia, me cago en ti. —Recorrió con reverencia el interior del muslo con la mano y se inclinó hacia delante para apoyar sus musculosos brazos. Me dio un beso ahí mismo y la suavidad de sus

labios me provocó un cosquilleo en el vientre. Fue bajando dándome besos y, cuando finalmente llegó al vértice entre los muslos, contuve la respiración, con el corazón latiéndome tan deprisa que era un milagro que no lo oyera entre mis costillas. Apoyó la nariz en los pliegues y yo me estremecí con el contacto.

Respiró hondo y a mí se me aceleró el pulso. Estaba oliéndome *ahí*. Ay, Dios. En ese momento lo único que quería era cerrar las piernas, pero le habría aplastado la cabeza.

Se me escapó un gemido y bajé la mano para agarrarle la cabeza. Quería decirle que parara, pero la humillación me ponía. ¿Qué narices me pasaba? Era tan primitivo… Estaba tan cachonda… Era tan excitante que sentí el descarado impulso de restregarme contra su barba incipiente y rasposa.

Me agarró de la muñeca con la que le aferraba la parte superior de la cabeza y la apartó.

—Devryck, estoy nerviosa.

—Deberías estarlo. Tu profesor está a punto de comerte el coño, Lilia. Hay un montón de razones por las que es una locura, pero ya no puedo detenerme. En este momento no hay nada que desee más que sentir con la lengua ese clítoris obscenamente rosa que tienes. Y nunca volveremos a hacer esto después de esta noche. ¿Lo entiendes? Esto no puede repetirse.

—Lo entiendo —dije con la voz ronca.

Bajó la cabeza, con la misma expresión severa e implacable que tenía en clase cuando se negaba a responder más preguntas.

Con las piernas bien abiertas, aparté la mirada y cerré los ojos. En el silencio de mi mente recé para que no oliera mal, para que no se me hubiera pasado ninguna zona al rasurarme esa mañana. «Madre mía, ¿por qué tarda tanto?». Me sentía completamente expuesta y a la vista. La anticipación se me aferró al vientre y

cuando por fin me tocó cada una de mis terminaciones nerviosas se desató dentro de mí. Contraje los músculos con violencia y clavé los dedos en las sábanas. Me di cuenta de lo mucho que había deseado a ese hombre al morderme con fuerza el labio y presionar la coronilla contra la almohada, desesperada, necesitada, hambrienta.

Cuando me dio un lametón largo y deliberado, me arqueé y arañé las sábanas, sorprendida por la invasión que me quemaba las entrañas.

Me pinchaba los muslos con el roce de la barba, y su lengua, cálida y húmeda, bailaba sobre mi clítoris mientras me mantenía abierta con los dedos para atacar.

Quería morder, arañar, gritar, pero, en lugar de eso, me cubrí la cara con la almohada, la presioné contra ella y me concentré en cada sensación que él me provocaba. Los sonidos que hacía su garganta. Sus dedos entrando y saliendo de mí, trabajando al unísono con esa boca implacable. Era un nivel de maestría que ni siquiera podía apreciar por completo, porque nunca antes había tenido a alguien tan audaz entre las piernas. En mi limitada experiencia, los chicos recibían sin pensar mucho y rara vez te correspondían.

Bramwell tenía razón. Había acabado conmigo. Me había destruido por dentro y no había ninguna posibilidad de que volviera a sentir algo tan crudo, emocionante y prohibido. Tiré la almohada a un lado y me atreví a levantar la cabeza para observarlo devorándome como si fuera la última comida de un condenado a muerte. Los sonidos que hacía al chupar, gemir y gruñir eran lascivos y obscenos y delataban a un hombre que disfrutaba con fervor de la tarea.

Levantó la cabeza un momento y sus ojos, normalmente serios, rebosaban emoción mientras el brillo de mi excitación se reflejaba en

su rostro de una forma que me recordaba a un animal devorando a su presa. Cuando volvió a meterse entre las piernas, sentí cómo se aferraba a mi clítoris sensible, succionándolo con tanta intensidad que moví las caderas hacia su cara. Me sujetaba con sus fuertes manos mientras me lo comía con una determinación inquebrantable.

Solté un grito ahogado y me eché hacia atrás, girando la cabeza hacia el colchón y agarrándome a las sábanas sin pensar, desesperada por aferrarme a algo. Había aprendido a estimularme el clítoris por mi cuenta, pero nunca había sentido nada *así*. Una sensación intensa y deliciosa que me retorcía el vientre y me daba tembleque de muslos. Un sollozo se me quedó en la garganta mientras la tensión se hacía cada vez más fuerte, más potente que cuando me masturbaba con la almohada o me acariciaba yo.

La presión vibraba y se intensificaba, como una bestia glotona que se alimentaba de mi placer. Estaba a punto de llegar al clímax. Uf, Dios. Nunca antes me había corrido con nadie. Solo lo había hecho sola, y en cuestión de un segundo o dos.

Se me aceleró la respiración. Me temblaron los músculos y se pusieron rígidos. Muy tensos.

«Sí. Sí. Sí».

Pegué las caderas a su cara. La cara de *mi profesor*. Solo de pensar en ello me pareció de lo más obsceno e inmoral, pero ya me preocuparía de lo depravado que era aquello más tarde. En ese momento estaba demasiado cerca para detenerme. ¡Muy cerca!

Levantó la cara de entre las piernas, manteniéndome las rodillas separadas mientras me miraba fijamente.

—¿Qué… qué estás haciendo? —Sonaba ebria, embriagada. Moví el culo contra la cama, desesperada por sus labios y sus dedos y esa succión diabólica que había puesto mi mundo patas arriba solo unos segundos antes—. Por favor, quiero…

—¿Qué quieres? —Me dio una palmada fuerte y dolorosa en el coño y me estremecí entre gemidos por lo sensible que tenía la carne; era una deliciosa mezcla de placer y dolor.

—Quiero correrme. ¡Lo necesito! —Moví las caderas en círculos mientras me temblaran los músculos de la desesperación, intensificando el dolor. Anhelaba su tacto como una flor marchita anhela el agua.

La necesidad que había despertado con sus dedos me recorrió con una violencia castigadora.

—Eres una ninfa traviesa, ¿verdad? Date la vuelta.

Su orden fue concisa y despiadada y, cuando me giré sobre el vientre, me levantó con brusquedad hasta ponerme de rodillas.

—El culo en pompa. Las manos sobre el colchón.

Frustrada y muy excitada, hice justo eso y él me separó las rodillas como quiso. Necesitaba eso. Necesitaba que me hiciera correrme si no quería morir de agonía. ¿Era eso posible? ¿Podría alguien morir de la necesidad desesperada de correrse?

Me sujetó los tobillos contra el colchón con sus grandes manos para mantenerme abierta. Esperé a que hiciera algo, a que volviera a meterme los dedos o a pasar la lengua por mi clítoris palpitante. Los muslos me temblaban con un apetito voraz que nunca antes había sentido. En cambio se inclinó sobre mí, con esos brazos musculosos aprisionándome debajo de él.

—Apuesto a que estás deseando que te llene el coño ahora mismo —afirmó. El sádico sabía lo que hacía.

La tensión en el aire tenía dientes y garras que me arañaban la piel. Nunca en toda mi vida había deseado tanto que me destruyeran.

—Sí. Por favor. Me duele. Dios, me duele.

Un dolor agudo me atravesó el cráneo cuando me tiró del pelo y

me levantó la cabeza de la cama.

—¿Creías que iba a sentir lástima por ti? ¿Que sería amable? Cada puta vez que entras en una habitación es una tortura. —Hizo presión con el pulgar en los pliegues del culo y yo contuve el aliento cuando amenazó con atravesar ese estrecho anillo de músculos, presionando con el dedo y masajeándolo—. Así que no me das pena, Lilia. De hecho, saber que sufres así me llena de satisfacción este alma de cabrón pervertido que tengo. —Mantuvo el pulgar ahí mientras alternaba lamerme el coño y meterme los dedos.

Cada vez que me acercaba al clímax, se detenía y me alejaba del borde del precipicio, dejándome empapada y el doble de necesitada. Jugó conmigo así durante lo que me pareció una eternidad, sin dar señales de cansarse de ese jueguecito cruel.

Yo, por mi parte, arañaba, rascaba y suplicaba, casi llorando.

Volví a tumbarme boca arriba y me rodeé las rodillas, abriéndome para él cuando me lo ordenó. Con la misma expresión fría de antes, se masturbó observándome. Me provocaba con la polla. El nivel de control que demostraba ese hombre no hacía más que aumentar mi excitación mientras me miraba con esos ojos de mercurio que me quemaban por dentro.

—No puedo expresar con palabras lo mucho que me gustaría meterte la polla ahora mismo. —La mera sugerencia hizo que le saliera un líquido brillante del glande.

Quería decirle que lo hiciera, pero su tamaño me asustaba. Lo más probable era que me partiera en dos. En lugar de eso, me lamí los labios, deseando poder saborear el líquido que tenía acumulado en la punta.

—¿Estás lista para correrte, Lilia?

—Por favor, deja de provocarme. No puedo más.

—¿Que no te provoque? Tú me provocas todos los putos días

con esas faldas cortas y esa boca carnosa y follable. Con ese puñetero pintalabios que me imagino embadurnándome toda la polla.

—Tú tampoco vistes como un cura precisamente. ¿Acaso no crees que todas las chicas de clase sueñan con follarte?

—Me importan una mierda las demás. Solo se me pasa una por la cabeza, mucho más de lo que debería. Así que voy a acabar contigo, Lilia. Voy a darte el orgasmo que tanto deseas y no volveré a tocarte. Pero este coño *me* pertenece. Si dejas que cualquier otro capullo que no lo merezca se acerque a él, le corto la lengua y te la envío en un frasco para muestras.

Yo debía de estar como una cabra, teniendo en cuenta la oleada de excitación que me recorrió el culo al oír sus palabras obscenas y psicóticas. Por muy educado y refinado que fuera, aquel hombre tenía un lado oscuro que despertaba mi libido de una manera irrefrenable. Me provocaba un deseo impío que me hacía revivir las fantasías más recónditas, que guardaba en una caja atada con cintas negras en algún lugar de la mente.

Enrojecida e hinchada por su implacable succión, me imaginé sentada en clase al día siguiente, mirándolo, con su camisa con botones y sus vaqueros oscuros, escuchando esa voz que hacía que todas las chicas de clase desearan que enseñara literatura erótica. Intenté imaginar la aterradora sensación de saber que, aun habiéndolo tenido solo una vez, bastaría para dejarme destrozada de por vida.

Sin embargo, no me recreé en esas imágenes, porque cada atisbo de pensamiento volvió en espiral al presente cuando puso la boca sobre mí otra vez. En esta ocasión con más suavidad, como si supiera que se estaba acabando y quisiera saborear los últimos instantes.

Me hizo cosquillas, ligeras como plumas, para provocarme y vacilarme hasta llevarme de nuevo al clímax. Yo me tensaba y me relajaba, reacia a dejar que me llevara por un camino tan traicionero, desconfiando de sus trucos, pero él fue persistente. No se movió, no alteró mis sentidos con ningún cambio de posición enloquecedor. Despertó mi apetito con el mismo movimiento constante que hacía con la lengua hasta que volvieron a temblarme los músculos y se me aceleró la respiración mientras apretaba los puños.

«Por favor, por favor, por favor», suplicaba mi cabeza. La tormenta que había en mi vientre se agitaba, se revolvía y se movía, como una marea que iba ganando fuerza. Más rápido. Más rápido. Esa cresta eufórica se cernía sobre mí como una amenaza malévola que me arrastraría hacia abajo y me ahogaría en una tormenta negra de éxtasis. Quería escupirle el mismo veneno en la cara por negarse a dejarme correrme, haciéndole esperar la llegada del evidente final que buscaba con esa lengua implacable suya.

Pero no pude. Joder, ese hombre me tenía con los músculos agarrotados y temblando de desesperación.

Volvió a pasarme la lengua una vez más y la ola rompió sin piedad y explotó en mi nuca. Con el cuerpo arqueado, grité su nombre, retorciéndome bajo su boca implacable mientras él movía la cara y me daba un largo y agonizante lametón en el clítoris para rematarme.

Me soltó de golpe y soporté las descargas que me recorrieron como si fueran pequeños rayos de corriente eléctrica. Había pasado todo, todo lo que siempre había soñado que pasaría con él, y, cuando gimió mientras lamía los fluidos que salían de mí, levanté la cabeza para grabarme la escena en la memoria. Cada sensación, cada aroma, cada sonido. Quería grabármelo a él en la sangre, que

latiera dentro de mí, que me calentara la piel de noche cuando estuviera sola en mi cama, pensando en ese momento. En el aquí. En el ahora. Para siempre.

Se apartó de mis muslos y me miró con una expresión de asombro que me provocó un cosquilleo en el vientre, que me instaba a apartar los ojos, a evitar ver la orgullosa victoria que se dibujaba en su rostro, como les había sucedido a los chicos que sintieron que, de alguna manera, me habían conquistado después de acostarse conmigo.

—Sabía que estarías preciosa cuando te corrieras, pero no imaginaba que tendrías este aspecto.

—¿Cuál?

No respondió, pero el brillo carnal y posesivo de sus ojos mientras me clavaba los dedos lo dijo todo: «El de ser mía». Con un agarre firme en los tobillos, me deslizó hasta el borde de la cama y se echó hacia delante, apoyándose en sus brazos extendidos. Me acarició el cabello y se aferró a mi cuello con los labios.

—Si quieres, dúchate tú primero —me ofreció, pegado a mi garganta.

Después de lo que me había hecho, me parecía casi ridículo ducharnos por separado, pero no me molesté en hacer sugerencias.

—Ve tú primero. —No quería quitarme su olor todavía. Una parte de mí esperaba que su esencia se me filtrara. Que, tal vez, él sintiera el mismo escalofrío de deseo que yo si conservaba una parte de él dentro de mí. Qué pensamiento más enfermizo.

Entonces se apartó y vislumbré lo que debía de ser una erección dolorosamente firme abultándole los calzoncillos. Cuánto deseaba pasar la lengua por ahí. Solo de pensar en ello se me hizo la boca agua y casi sentí cómo se me activaban los reflejos para evitar las arcadas. Cuando se apartó de mí, me fijé en su espalda ancha y

musculosa, que se estrechaba hasta formar el trasero más tonificado que había visto en mi vida, y en sus muslos largos y fuertes, que imaginaba capaces de sujetar a una mujer sin apenas esfuerzo.

Desapareció por una puerta a la derecha de la chimenea y la cerró. La luz se filtraba por la rendija de la parte inferior, seguida del sonido de la ducha.

Me volví hacia el ordenador que había sobre su escritorio. Sin duda, los armarios estaban repletos de archivos antiguos.

Mi yo más joven, la chica que se había criado en calles implacables, donde la etiqueta y el decoro no eran más que palabras elegantes para ricos, me rogaba que invadiera sin escrúpulos su espacio personal sin preocuparme por nada.

La otra parte de mí detestaba la idea de traicionar su confianza.

Me levanté de la cama, me arreglé el sujetador y la camiseta, y cogí las bragas enredadas; noté la humedad mientras me las subía por los muslos. Sin embargo, cuando me dirigí hacia su escritorio, me detuve.

¿Dejaría un hombre como él información al alcance de cualquiera? Seguramente el ordenador tuviera contraseña. Sin duda, los cajones estarían cerrados con llave, al igual que los archivadores. ¿Era tan estúpida como para pensar que resultaría fácil sacar a la luz lo que debía de ser un episodio humillante de su pasado? Los experimentos que habían mancillado el nombre de su familia.

Pasé el dedo por el ratón de su ordenador portátil y me pidió que introdujera una contraseña. Al tirar de los cajones a mi derecha, confirmé que los había cerrado con llave.

Sería inútil intentar rebuscar entre sus cosas. Sobre todo cuando ya tenía una ventaja que, por lo que yo sabía, la mayoría no tenía. ¿Cuánta gente podía decir que había estado tan cerca de él?

Levanté la mirada hacia la puerta del baño, donde la luz

parpadeaba por debajo, y me relamí los labios antes de lanzarme a por el bolso y rebuscar el carmín. Me puse una cantidad generosa y, sin pensarlo mucho, me acerqué y giré con cuidado el pomo; entonces descubrí que no estaba cerrada con llave. La abrí de un empujoncito y el sonido monótono del agua corriendo se intensificó cuando me asomé al espacio lleno de vapor. Era obvio, por la decoración sencilla pero moderna de azulejos blancos y por el lavabo de porcelana blanca con pedestal e inodoro, que la estancia era un añadido, ya que no encajaba con el aspecto antiguo del entorno. La ducha era una cabina sencilla con puertas de cristal empañadas por el vapor, a través de las cuales apenas distinguía su silueta, ligeramente inclinada sobre sí misma, moviendo el brazo a toda prisa entre el golpeteo despiadado de su puño. Estaba medio de espaldas y no pareció darse cuenta de que lo observaba; noté un cosquilleo en la lengua al imaginarme aquella polla larga deslizándose entre su palma.

Me quité la camiseta, me desabroché el sujetador y me deshice de las bragas. Con pasos cautelosos, me acerqué de puntillas y, cuando corrí la puerta de cristal, me encontré con una erección impresionante. Joder. Era enorme.

Desde donde estaba veía todo su hombro y el bíceps, destrozados por el ataque con ácido. El brillo crudo de la piel recién curada. Las cicatrices. Había tantas esparcidas por la piel… Al verlo, sentí un cosquilleo en los dedos: tenía ganas de tocarlas, de sentir la crueldad que le habían infligido. Ya lo había notado antes, pero bajo las luces brillantes era casi deslumbrante.

Se giró y enseguida me recorrió con la mirada, y su expresión de admiración me dio confianza. Cuando volvió a subir la vista, parecía hipnotizado por mis labios.

Entré en el cubículo y corrí la puerta para encerrarme con él.

Con los ojos clavados en los suyos, me arrodillé y los entrecerré para protegerme de las gotas de agua que me salpicaban la cara.

Él, con la polla aún en la mano, me observó con recelo, con el pecho subiéndole y bajándole.

No me molesté en apartar la mirada cuando me incliné y le lamí la punta húmeda, y observé cómo cerraba los ojos con fuerza.

—Lilia… —La tensión en su voz me indicó que había una batalla librándose en su cabeza—. No puedo hacerlo.

Pasé la yema del dedo por las venas abultadas del miembro, por el profundo mapa de sangre que alimentaba su pene hinchado.

Un pinchazo agudo me atravesó el cráneo cuando me agarró del pelo.

—Por favor. Por el amor de Dios.

Sin embargo, eso no me detuvo. Seguí y pasé la lengua por sus pesados testículos, que me metí en la boca.

Él siseó y me cogió del pelo con más fuerza.

—Para —pidió con la voz ronca, pero cuando lo hice desenredó los dedos del pelo y me presionó la coronilla con la palma—. No pares. Joder.

Le envolví la polla con los labios y dejé que mi lengua explorara las texturas a lo largo del miembro. Una mancha leve de pintalabios fue marcando el recorrido de mi boca, y ni siquiera me imaginaba cómo debía de tener la cara en ese momento. Moví la mandíbula para acomodarme a su grosor y se la chupé con pasión un buen rato.

Él, con el ceño fruncido, se mordió el labio inferior y soltó un gemido gutural.

—Joder, Lilia, lo haces de maravilla. —Sus elogios avivaron mis sentidos mientras me alimentaba con su polla a un ritmo lánguido y lento. Cuando llevaba más o menos un cuarto del recorrido, se

activaron los reflejos para evitar las arcadas y me incorporé un poco para colocarme de forma que me cupiera más en la boca—. Eso es. Métete todo lo que puedas. Necesito follarme esos morritos que tienes.

Con cuidado de no arañarlo con los dientes, lamí el agua que tenía en la piel y la saboreé mientras se deslizaba dentro y fuera de mi boca con facilidad.

—Vas a tragarte la leche, ¿verdad? —Un tono delirante se aferraba a su voz; sonó a succión cuando lo solté para asentir con la cabeza. Volví a metérmela en la boca y se la chupé más rápido que antes.

Tenía los brazos extendidos a ambos lados y una expresión de doloroso éxtasis se apoderó de su rostro cuando metió el miembro en mi boca con un fervor desenfrenado. Tenía los dientes apretados y la cabeza echada hacia atrás, y se le escapó un gemido, con los músculos de la garganta estirados. Movía los muslos cada vez más rápido y sus gruñidos resonaban alrededor.

—Buena chica, joder —me elogió con la voz entrecortada y tensa.

Toda yo me sacudía con cada embestida febril de su penetración ansiosa. Deslicé las manos por la parte posterior de sus musculosos muslos hasta llegar a su culo firme y le clavé las uñas, sintiendo cómo se tensaba con cada embestida.

Gemía y jadeaba, y los muslos le temblaban mientras lo sostenía contra mi cara.

—Enséñame esos ojos tan bonitos —pidió con voz ronca y, cuando dirigí la mirada hacia él, me agarró de la nuca y me folló la boca con una cadencia brutal. Una y otra vez, flexionando los muslos con cada embestida.

La saliva se me caía por las comisuras de los labios.

Sus gruñidos se intensificaron hasta convertirse en un sonido mezcla de dolor y placer.

Ni un segundo después se tambaleó y noté unos fluidos cálidos llegando hasta la garganta.

Tosí y tuve arcadas, pero no rompí el contacto con su miembro. Lo agarré con fuerza, manteniéndolo firme ahí mientras el sonido del orgasmo que brotó de su pecho rebotaba en las baldosas y me llenaba la boca de chorros calientes que me gotearon por la barbilla. Me lo tragué y volví a lamerle la punta para succionar el semen bañado en agua.

Me raspé las espinillas con el suelo cuando me levantó de un tirón y me empujó contra las baldosas. La irritación, la excitación y el agotamiento se arremolinaban en sus ojos como una tormenta turbulenta mientras me inmovilizaba allí, envolviéndome con su calor.

—¿Qué estás haciéndome? —Apoyó la frente contra mi hombro, temblando y con el pecho agitado—. ¿Qué coño estás haciéndome, Lilia?

Le pasé los dedos por el pelo, y él me agarró del culo y me levantó a la vez que yo le rodeaba la cintura con las piernas.

Le recorrí el cuello con las yemas, la piel arrugada de las cicatrices causadas por el ácido. Él se apartó, pero yo lo estreché con más fuerza, rodeándolo con los brazos.

—No, por favor. Lo siento.

Por un momento se quedó quieto, y luego posó los labios sobre los míos, presionándome contra la pared de la ducha.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué insistes en empeorar las cosas?

—¿Empeorar las cosas o hacer que me desees tanto como yo a ti?

—Ya lo hemos hablado. Esto es cosa de una noche. —Se limpió los restos de pintalabios de la boca—. Y nada más.

—¿De verdad? ¿Realmente crees que todo volverá a ser como antes por arte de magia?

—Tiene que ser así. Mi trabajo es importantísimo.

No quería que sus palabras me hicieran tanto daño. No quería sentirme como si me hubiera dado un puñetazo en el pecho y no pudiera respirar, pero eso era exactamente lo que sentía en ese momento. Me odiaba por dejar que me afectara tanto. Por bajar la guardia, por derrumbarme en un montón de escombros miserables sabiendo que él pisotearía los pedazos.

Conteniendo las lágrimas, me retorcí para zafarme de su agarre, pero él me abrazó con más fuerza.

—Suéltame.

—No. No hasta que sepa que no vas a decir ni una palabra de esto.

—Por supuesto que no, *profesor*. Su reputación está a salvo conmigo.

—No se trata de eso, Lilia. No seas tan estúpida y emocional. Si hace falta, te destrozarán para mantenerme aquí. ¿Lo entiendes? A eso me refiero cuando digo que mi trabajo es importantísimo. Te harán parecer una puta pobre para limpiar mi buen nombre.

—¿Y qué? De todos modos, eso es lo que piensan ellos, ¿no? Y *tú*.

No respondió; se quedó ahí plantado, gruñendo en silencio ante los pensamientos que le pasaban por la cabeza.

Me negué a arrepentirme. No importaba lo que dijera ni lo que hiciera ni cómo acabara todo: el hecho era que me hacía sentir algo extraordinario, algo que nadie me había hecho sentir nunca. Así que me negué, incluso a riesgo de sufrir dolor y añoranza.

—No me importa si esto ha significado algo para ti. Para mí, ha merecido la pena.

Suavizó la mirada y soltó un suspiro, bajándome de nuevo al suelo. Me acarició la cabeza y me dio un beso en la frente.

—No me arrepiento de esta noche. —Pasó por mi lado y salió de la ducha. A través del cristal, lo vi coger una toalla de uno de los ganchos de la pared y secarse. Se envolvió con ella la cintura y, tras mirarme una vez más, salió del cuarto de baño y oí el clic de la puerta al cerrarse.

«No llores. No te atrevas a llorar».

No es que estuviera enamorada de él ni que lo hubiera buscado por otra razón que no fuera la oportunidad de averiguar más sobre el organismo y, posiblemente, sobre mi madre. Yo también tenía en mente utilizarlo. ¿No me convertía eso en una persona igual de despreciable?

Había sobrevivido al abandono de los pocos chicos a los que se la había chupado bajo las gradas del instituto y en el asiento trasero de coches destartalados. Así que esto no era nada nuevo para mí, ¿verdad?

Pero en realidad sí. Todo era nuevo. Lo que me hacía sentir. Que me diera sin pedir nada a cambio. Que me abrazara y me susurrara palabras obscenas y excitantes al oído. Todo era nuevo. Todo era hermoso. Y, aunque fuera efímero, era perfecto.

Cuando por fin salí de la ducha, él estaba sentado, recostado contra el borde del sofá cama, con la toalla aún alrededor de la parte inferior de su cuerpo y un cigarrillo colgando de los dedos. Parecía hipnotizado por el fuego.

Dio una calada, echó la cabeza hacia atrás, exhaló el humo hacia arriba y se limitó a mirarme de reojo.

Envuelta en una toalla, corrí hacia el otro lado de la cama y me

senté en el borde.

—¿Abrir cavidades torácicas en dos no te ha quitado las ganas de fumar? —le pregunté, tratando de aliviar el ambiente y romper el incómodo silencio.

—No suelo fumar muy a menudo. Solo lo hago cuando estoy tenso de cojones o recuperándome de un polvo intenso, y ahora mismo me pasan ambas cosas.

—Te he puesto tenso.

—Sí, pero no es culpa tuya, sino mía.

—¿Por qué tiene que ser culpa de alguien?

Resopló y se inclinó hacia delante para tirar el cigarrillo al fuego.

—No más preguntas esta noche. —Apoyó el brazo en el borde de la cama y volvió a clavar la mirada en el fuego, mientras que yo me acomodé entre las sábanas en el lado opuesto.

—Seguro que ahora mismo me odias —dijo con voz teñida de remordimiento.

—Probablemente debería, pero no.

Soltó una risa desabrida, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, y yo que pensaba que sería la polilla la que sucumbiría a la luz.



48

Lilia

Doblé la manta que había usado y la coloqué sobre el sofá. Debido a que el despacho, que parecía una mazmorra, solo estaba iluminado por la lamparilla del escritorio, el tintineo del reloj fue lo único que me alertó de que era de día. El profesor Bramwell estaba trabajando en su ordenador. Había estado pegado a la pantalla durante casi toda la mañana, salvo por alguna que otra mirada en mi dirección. Me había ayudado a plegar el sofá y a colocar todos los cojines, pero no habíamos intercambiado ni una sola palabra.

Ya completamente vestida, carraspeé y me volví hacia él.

—Bueno, supongo que nos veremos en clase.

—La veré en clase, señorita Vespertine.

El tono frío y distante de su voz me rompió el corazón y parpadeé para contener las lágrimas mientras me daba la vuelta hacia la puerta. «Ya basta», me regañé a mí misma. Yo siempre había sido fuerte. Dura. Los chicos del instituto me alimentaron con

sus falsas promesas mientras me metía su polla en la boca, pero alejarme de ellos siempre fue fácil. Porque recibían sin dar nada a cambio. Cogían con egoísmo y se burlaban de sus conquistas. Nunca había llegado al orgasmo con ninguno de ellos, jamás había sentido su piel contra la mía ni los había visto arrodillarse para darme placer primero a mí.

Por mucho que intentara convencerme a mí misma de otra cosa, Bramwell era diferente. Excepcional.

Y por eso me dolía aún más.

—Lilia, espera.

Me negué a darme la vuelta y que viera el tormento en mi rostro, que sus acciones me afectaban tanto. Ojalá pudiera arrancarme todas las emociones, como él había hecho con suma facilidad.

Al oír unos pasos, mi cabeza me instó a salir corriendo hacia la puerta. «No seas cría».

—Date la vuelta. —El tono de su voz me indicó que, si no obedecía, él mismo me daría la vuelta, así que me giré y lo encontré allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos con indiferencia—. No voy a olvidar lo de anoche tan fácilmente. Dime que entiendes lo mucho que significó para mí que estuvieras aquí para mi primer éxito.

Sus palabras me atravesaron el corazón como una daga envenenada.

Su primer éxito. ¿Era tan tonto que no entendía que la noche anterior había significado mucho más que eso para mí? ¿Que había puesto mi mundo patas arriba en cuestión de horas? ¿Que lo que habíamos hecho se me había grabado en la memoria para siempre y que, independientemente de con cuántos chicos hubiera estado antes y con cuántos acabara estando después de ese día, él siempre

sería el primero?

—Lo entiendo.

Le tembló la mandíbula y se dio la vuelta, como si fuera a volver a su escritorio, pero se detuvo a mitad de camino. Sin previo aviso, se abalanzó sobre mí, me agarró por la nuca y me atrajo hacia sus labios. Fue un beso cruel y abrasador, y el tacto de sus manos fue como alambre de espino, y quise apartarlo de un empujón y decirle lo mucho que odiaba sus estúpidos juegos. Que odiaba este tira y afloja, esto de jugar al gato y al ratón.

«¡Díselo, Lilia! ¡Que él también sufra!».

Pero no pude. Porque la inquietante verdad era que aquello me llenaba de luz. Era una puta polilla estúpida de verdad.

Me fundí en el caos y, cuando él me atrajo con más fuerza y me agarró por el cuello, me dejé llevar, flotando en nubes grandes y esponjosas de felicidad ignorante y no correspondida. Era más fácil así, caer en la estupidez y fingir que su beso significaba algo para mí. La masoquista que había en mí asomó la cabeza y se tragó su atención como una tonta enamorada. Porque, aunque sabía que no debía, aunque sabía que todo era mentira, me sentía increíblemente bien.

Se apartó y, por primera vez desde la noche anterior, vi un destello de dolor en sus ojos. Bien. Quería enmarcarlo, estudiarlo, solo para saber que yo también había dejado algo dentro de él. Que todavía me sentía recorriéndole la piel.

Con la mirada clavada en la suya, metí las manos por debajo de la falda, me bajé las bragas y me las saqué por los tobillos. Las hice un ovillo y se las metí en el bolsillo de los pantalones, junto a la dura erección que me rozó el pulgar.

—Las bragas son para las tímidas —solté y me dirigí hacia la puerta.



49

Devryck

«¡Joder!».

Caminaba de un lado a otro por mi despacho, pasándome las manos por el pelo. Habían transcurrido horas desde que Lilia se había ido, en las que había estado sentado en mi escritorio, intentando concentrarme en algo que no fuera mi lengua en su coño. Era inútil. Se me había metido en la piel, dentro de mí, llenándome de una lujuria embriagadora que me había tenido masturbándome a cada hora.

No la había rechazado por motivos personales. Tenía demasiadas relaciones con personas corruptas y peligrosas a las que les encantaría saber que me había acostado con una alumna, no solo por el escándalo, sino para tener algo importante con lo que chantajearme. Tal y como estaban las cosas, no tenían nada. Yo no tenía nada. Era un rebelde, completamente al margen de cualquier cosa lo bastante significativa como para atraparme.

Y quería que siguiera siendo así.

Por desgracia, en lo que a eso respectaba, Lilia estaba volviéndome loco.

Apoyé las palmas en el escritorio y me quedé mirando el informe a medias en la pantalla de mi ordenador. La misma frase que había escrito una docena de veces en un intento fallido por concentrarme. Una llama desatada ardió en mi interior y me abrasó con las ganas de sacarla de la clase en la que estuviera en ese momento y follármela hasta dejarla sin sentido.

En parte era por la toxina, que afectaba a mi deseo sexual de forma invariable; asimismo, ella había conseguido algo que ninguna otra mujer había logrado antes: me había hecho sentir. No solo mentalmente, sino también físicamente. Cada nervio de mi cuerpo vibraba al recordar la suavidad de su piel. Las curvas, los contornos, las texturas y los defectos que me hacían desear toda una noche de caricias y descubrimientos. Esos ojos desafiantes que combinaban con el fuego de su cabello y esa boca inteligente que no solo dominaba las palabras que me hacían hervir la sangre, sino también el arte indiscutible de chupar pollas.

Era una bruja. Tenía que ser eso. ¿Qué otra cosa podía explicar el veneno tóxico que me corría por las venas en ese momento, la imposibilidad de pasarme diez minutos sin pensar en ella, ya fuera sexualmente o con nostalgia? Mi cuerpo la lloraba. Había pasado las últimas horas castigándome por dejar que se marchara así de mi despacho. Sin bragas.

Me imaginé una brisa levantándole el dobladillo de la falda y dejando al descubierto su bonito culo.

«Concéntrate, por favor. ¡Joder, concéntrate!».

Cuanto antes le entregara el informe a Lippincott, más tiempo ganaría. Al fin y al cabo, la toxina no era perfecta. Todavía tenía

tembleques y era incapaz de controlar mi temperatura corporal. También me provocaba una sensación de hormigueo en la piel, que noté más cuando Lilia se marchó.

Y el deseo sexual.

El apetito insaciable por meter la polla en algo era probablemente lo peor de todo.

No en algo. En *alguien*. En ella.

El hecho de que estuviera prohibidísima solo hacía que la deseara más, y lo peor de todo era que tenía en mis manos el poder de destrozarle la vida o cambiársela. Era justo el tipo de mujer por la que habría dejado de lado como si nada cualquier moral patética que aún me quemara la conciencia; una mujer cuya motivación y pasión no estaban contaminadas por el poder y el dinero. Tenía muchas ganas de aprender y yo ansiaba ser quien le diera cada cucharada de depravación que ansiara.

Me saqué las bragas del bolsillo por enésima vez y respiré ese aroma dulce y exasperante que tanto me ponía. Como todas las otras veces, un torrente de sangre se dirigió directamente a mi pene al mismo tiempo que el dolor me golpeaba la ingle.

Furioso, me dejé caer en mi asiento, me desabroché el cinturón, como había hecho ya tantas veces, y me masturbé hasta hacerme daño para alimentar a ese monstruo insaciable que me arañaba por dentro, desesperado y hambriento. «¿Esto es lo que quieres? Si lo hago, ¿me vas a dejar trabajar de una puta vez?».

Tenía clase en una hora y la vería allí, sabiendo que no podía tocarla ni olerla ni sentirla. Lo miserable que me hacía sentir aquello me carcomía los huesos.

Me había encontrado con Gilchrist varias veces después de haberme acostado con ella y no había sentido nada. Ni una sola sacudida en la polla ni ganas de volver a follármela. Con Lilia era

diferente. Me hacía sentir cosas físicamente que no había sentido en mucho tiempo, algo que no creía posible, ni siquiera tras haber recuperado la sensibilidad. Más allá de las caricias superficiales del resto de las mujeres que había conocido, el tacto de Lilia se me había grabado a fuego en la piel y la sangre, y ahora era lo único que ansiaba.

Ella era el calor del sol sobre un cadáver frío y en descomposición. El primer aliento tras toda una vida de muerte.

¿Cómo podía compartir todo el campus con ella, sabiendo que en cualquier momento podría enamorarse de algún inexperto sin idea de qué hacer con una chica como ella? Solo de pensarlo me venían a la mente planes crueles y viles, como encerrarla en una de las celdas de abajo, meterla en una jaula, igual que a mis polillitas.

Otra oleada de dolor me recorrió la ingle mientras la imagen de ella inmovilizada y maniatada danzaba en mi cabeza como si fueran duendecillos peligrosos. Me masturbé rápido y con violencia, castigando a mi cuerpo y combatiendo esos impulsos obsesivos. Pero, al igual que el monstruo que llevaba dentro, se arraigaron y florecieron en una fantasía que no podía sacarme del pensamiento. Mi dulce y decadente Lilia yacía ante mí como un delicioso manjar.

Me llevé las bragas a la cara y respiré su aroma mientras me imaginaba hundiendo la polla en ella; esas hermosas tetas que invitaban a chuparlas rebotando en mi cara; una mirada de dolor y placer dibujada en su expresión, y el encantador sonido de sus gemidos de seda resonando en mi cabeza como si fueran granadas mentales.

«Lilia».

Su nombre era un bisturí sucio que tenía clavado en el pecho hasta el fondo, más allá de los huesos deshechos y la carne podrida. Había perforado el único órgano que juré que nunca volverían a

tocar y me infectó con una codicia insufrible.

Quería ese dolor. La imposibilidad. El éxtasis absoluto de reclamarla para mí. Y ahí residía la trágica realidad de lo tentadora que se había vuelto: si follar con ella significaba una eternidad en el infierno, recibiría la condenación con una puñetera sonrisa.

Me tensé cuando el orgasmo se enganchó en lo más profundo de mí y grité su nombre mientras los chorros de semen brotaban de la punta de mi polla y se derramaban sobre mi mano.

Agotado y débil, cogí la misma toalla que había usado con las demás corridas y me limpié la mano pringosa con la tela húmeda de antes. No podía negarlo: cada una de ellas me había dejado temblando de satisfacción, pero necesitaba con desesperación algo más que empapar una puta toalla con semen. Me pasé la mano limpia por la cara, solté un suspiro de alivio y contemplé el estado flácido de mi polla. Cuando me incliné hacia delante para retomar mi informe, se me coló en la mente un recuerdo de Lilia arrodillada ante mí.

«¡No, no, no!».

La sangre fluyó hacia mi pene y los músculos se me endurecieron con la nueva excitación; miré hacia abajo con horror y vi a la insaciable bestia otra vez empalmada.

¡Qué cojones!

No sabía si era la toxina o una chica sexy de pelo color caoba que había logrado hacerme perder la cabeza antes de irse. Mientras intentaba volver a metérmela en los pantalones, me levanté de un salto de mi escritorio.

No más.

Seguía luchando contra una erección enorme cuando llamé a la

puerta del despacho de Gilchrist. Me respondió y entré en la oficina con una mano en el bolsillo, donde pulsé discretamente el botón para grabar de mi teléfono.

—Devryck, qué agradable sorpresa. Siéntate. —Señaló una de las sillas y detuvo la mirada en mi entrepierna. Lo peor era que seguro que pensaba que era por ella.

—Tengo entendido que has acusado a una de mis alumnas de copiar y que le pusiste una nota de mierda, aparte de unas anotaciones patéticas.

Apartó la mirada de mi pene y se mofó.

—Disculpa. ¿Has venido aquí para eso? ¿Para defender a tu alumna? —No me molesté en responder; ella echó los hombros hacia atrás—. Da la casualidad de que también es alumna mía y no ha sabido dar respuestas coherentes a las preguntas del examen.

—Las he leído: no solo eran coherentes, sino que eran detalladas. En cuanto a la acusación de copiar, tú y yo sabemos que la señorita Vespertine sacaría mejor nota copiando de una zarigüeya muerta que de Spencer Lippincott.

—Resulta que Spencer es un buen…

—Tengo poco tiempo —la interrumpí, con la polla cada vez más flácida—, así que vayamos al grano. Te rechacé y estás enfadada.

La incredulidad se dibujó en sus ojos mientras se movía con evidente incomodidad.

—Cómo te atreves a meterte en este asunto.

—¿No estás enfadada conmigo?

Su mirada se encontró con la mía y abrió la boca, como si fuera a hablar, cambiando de nuevo de postura.

—Pues claro que sí. Estoy dolida.

—Y lo estás pagando con una alumna que no se merece tu ira.

—Os he visto. Tenéis una relación curiosa.

—Hablan los celos —dije tajante—. No hay ninguna relación entre la señorita Vespertine y yo. —Incluso yo me impresioné por lo fácil que me salió la mentira. Había algo entre nosotros, pero no sabía qué coño era—. Deja de utilizarla como saco de boxeo emocional.

Se puso a dar golpecitos en el escritorio con un dedo (tenía las uñas sin hacer), mirándome fijamente; yo debía de tener una expresión de absoluta apatía en la rostro.

—De acuerdo. Aunque mantengo mi evaluación y mis observaciones originales, voy a revisar la puntuación de la prueba de la señorita Vespertine y a retirar la acusación por ti, pero con una condición.

Esperé con gran expectación a que la dijera.

—Cena conmigo.

Bingo. Justo lo que buscaba.

—No.

—¿No? —Soltó una risa—. Entonces hazte un favor, Devryck, y no te metas en asuntos que no te incumben. O habrá más acusaciones, además de copiar. —Arqueó una ceja y se cruzó de brazos—. Como tus extrañas interacciones con la señorita Vespertine.

—Yo invitaría a administración a ponerse en contacto con la señorita Vespertine para preguntarle si ha habido algún comportamiento inapropiado. Mis interacciones con ella han sido siempre honorables y profesionales. —Casi se me marchitó el alma al decir aquello.

—Puede ser, pero ¿quién creería a un hombre que ya ha sido acusado de ese tipo de comportamiento?

—Del mismo modo, ¿quién creería que una profesora respetada decidiría poner notas pésimas por envidia? —Me saqué el teléfono

del bolsillo para mostrarle que seguía grabando, lo paré y contuve la risa cuando vi cómo se le salían los ojos de las órbitas—. No me toques los cojones, Loretta. Y no te metas en mis cosas si no quieres que me encargue de que todos los miembros de administración y mi abogado reciban una copia de esto.



50

Lilia

Se negaba a mirarme.

Vestido con vaqueros oscuros y una camisa blanca con botones, el profesor Bramwell se puso al frente del aula y describió el comportamiento quimiotáctico del género *Leishmania*, un tema que de repente dejó de interesarme, sin dedicarme ni una mirada. Me habría frustrado de no ser porque se frotó la nuca varias veces, se masajeó la mandíbula e incluso se desabrochó el botón superior de la camisa en algún momento, lo que no pasó inadvertido para la chica que estaba sentada delante de mí, que le hizo una foto y escribió: «Oh, sí, Papi Muerte», con la imagen ampliada en la parte delantera de sus pantalones, donde se veía la forma evidente de una erección.

Me moví en mi asiento, con la niñata insolente que había en mí deseando darle una patada en el respaldo de la silla. *Bien fuerte.* Pero no era culpa suya que aquel hombre rezumara sexo y

masculinidad pura por todos los poros de su cuerpo. Solo con verlo me venían a la mente imágenes de sudor y músculos moviéndose como una máquina bien engrasada. Me estremecí ante esa imagen y me giré para liberarme de ese pensamiento inquietante que me hizo cruzar las piernas.

La madre que lo parió.

Cuando salí del aula, puse los ojos en blanco al ver la fila de chicas que esperaban para hacerle un millón de preguntas solo para llamar su atención unos segundos, y capté su intensa mirada siguiéndome. Así sería a partir de entonces: miradas furtivas y silencios incómodos. Odiaba aquella dinámica. Solo habían pasado unas horas y mi piel ya echaba de menos el tacto de sus manos ásperas y la caricia suave de sus labios.

Durante el resto del día, fui en piloto automático. Tirando de memoria muscular: sacar el portátil, tomar apuntes, guardarlo, ir a la siguiente clase, comer. Todo el rato pensando en el profesor Bramwell y en lo que habíamos hecho la noche anterior.

Durante una larga ducha caliente presioné la frente contra los azulejos e intenté recrear desesperadamente esas sensaciones con mis propios dedos. Ni siquiera el cosquilleo del agua, el calor y mi cuerpo resbaladizo podían replicar la excitación que él había despertado en mí con su boca. Como una bestia hambrienta y famélica que nunca quedaría saciada. Todo lo que viniera después de él sería mediocre.

Él tenía razón. Me había dejado rotísima. Me había desnudado hasta llegar a mis secretos más oscuros, que él había transformado y moldeado para adaptarlos a sí mismo, y me había vuelto a coser para convertirme en algo completamente diferente.

Ni siquiera reconocía a la tonta sentimental en la que me había convertido. Mientras me miraba en el espejo empañado del baño,

sacudí la cabeza.

—¿Qué coño estás haciendo? —susurré.

Tenía que superar aquello. Superarlo a él. Había sido cosa de una noche, la cual nunca olvidaría.

Y nada más.



51

Lilia

Tenía que despejarme.

Para mí, correr siempre había sido una forma de aliviar el estrés y, como no podía dormir, decidí que dar una vuelta por el campus me ayudaría a despejar la maraña de pensamientos que tenía en la cabeza.

Vestida con mi sudadera de Dracadia y unos pantalones cortos de color negro, cogí mi espray de pimienta y salí a la penumbra de primera hora del amanecer. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que empezara a clarear y una calma tranquila cubría el campus. Habían pasado varias semanas desde la última vez que había salido a correr y me sentía bien ejercitando los músculos, que se habían vuelto flácidos con mi apretada agenda.

Al comienzo del semestre me familiaricé con el horario de Devryck para salir a correr. Según lo que había observado, no saldría hasta dentro de una hora, lo que significaba que seguramente no

me lo encontraría, así que, con los auriculares puestos, tomé el camino que rodeaba las residencias, donde otros corredores me saludaron al pasar. La mayoría eran deportistas, a juzgar por la ropa de calentamiento de Dracadia que les había visto en el campo mientras entrenaban. Mi lista de reproducción era una mezcla salvaje de rap y música alternativa, con alguna que otra canción pop.

Sin embargo, me llegaron recuerdos no deseados de mi noche con el profesor Bramwell en forma de destellos erráticos.

«Su mirada intensa. Sus manos sobre mí. Su cara entre mis piernas».

Iba golpeando el asfalto con las zapatillas de correr y aceleré el paso, con la coleta azotándome la cara. Rodeé el ala académica de Rawlings y subí la pequeña colina hacia la fraternidad Sigma Phi, como si esos pensamientos me persiguieran. Más imágenes me llegaron a la cabeza.

«Sus labios sobre los míos. Su puño cogiéndome del pelo. Su palma aprisionándome la garganta».

El aliento se me escapaba por la boca mientras se me aceleraba el pulso y exigía más rapidez a mis piernas.

«Sus dedos dentro de mí. Las palabras soeces susurradas. Los pensamientos obscenos. Sus dientes rozándome la mandíbula».

Corrí aún más rápido, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Ya no estaba trotando, sino corriendo a toda velocidad por el campus, con los músculos cada vez más débiles por el esfuerzo. El aire frío se me acumulaba en los pulmones y reduje el ritmo a un paso rápido, jadeando para recuperar el aliento. Con los ojos cerrados, me obligué a borrar su imagen de mi mente, porque, joder, sabía que no podía funcionar. Era mi profesor. Tenía el poder de influir en mis notas y tal vez

incluso en mi beca. No podía permitirme perder eso ni dejar Dracadia.

Me quité uno de los auriculares, hice una pausa, apoyé las palmas en los muslos y tomé aire. Una vez que tuve suficiente oxígeno, me incorporé y me preparé para dar otra vuelta por el campus; entonces, a lo lejos, vi al profesor Bramwell doblar la esquina del edificio Prythe, vestido con sus pantalones de chándal grises y una camiseta negra sin mangas que resaltaba sus brazos musculosos.

«Ay, mierda».

Eché un vistazo a mi reloj y vi que aún quedaban treinta minutos para la hora a la que él acostumbrada a salir a correr. «¡Qué cojones!».

Di media vuelta y salí disparada para adelantarme.

Para mi horror, me alcanzó y se puso a mi lado. Se quitó uno de los auriculares negros de la oreja.

—¿Qué está haciendo, señorita Vespertine?

—¿A ti qué te parece? —Lo dejé atrás, con la cara ardiéndome por la humillación. Dios, lo más probable era que el tío se pensara que estaba acosándolo o algo así. Una vez más, me alcanzó y me agarró del brazo, y ambos desaceleramos hasta detenernos.

—Está muy oscuro —dijo con voz enfurecida y solo un poco afectada por la carrera—. No deberías correr sola.

—Estaba intentando evitar encontrarme contigo, *señor Corro Siempre a la Misma Hora Menos Hoy*.

—Tengo una reunión importante de la junta directiva más tarde y he tenido que adelantar mi carrera. ¿Así que te has puesto en peligro para evitar encontrarte conmigo?

—Ni siquiera me miras, y ahora resulta que, de repente, te importa. —Sacudiendo la cabeza, me giré en dirección a mi

residencia, pero sentí que me agarraba con fuerza del brazo.

—¿Qué quieres, Lilia? ¿Quieres que proclame que me gustas y que me acueste contigo delante de todo el alumnado y la dirección? ¿Que todo el mundo sepa que, desde que te marchaste, estoy tan obsesionado contigo que me he masturbado hasta dejarme la polla en carne viva? Quizá debería disculparme esta tarde ante la junta por un informe mediocre porque no podía pensar en otra cosa que no fuera el coño de mi alumna mientras lo escribía. —Se pasó las manos por el pelo, paseándose delante de mí—. No, ahora mismo no puedo mirarte, porque me muero de ganas de tocarte. —Una expresión de disgusto se apoderó de su rostro mientras me señalaba las piernas—. Y si te crees, por un segundo, que voy a dejarte correr por aquí en medio de la oscuridad con esos pantalones tan cortos, que pareces un tentempié a medianoche, es que has subestimado muchísimo lo capullo que puedo llegar a ser.

No sabía qué decir. Me quedé literalmente sin palabras, allí de pie, viéndolo pasearse con ira y frustración. Por mi culpa. Por lo que habíamos hecho.

—Lo siento. Yo tampoco he dejado de pensar en ti.

Se acercaron dos corredores y él carraspeó, apartándose como para poner distancia entre nosotros cuando pasaron.

Una vez que desaparecieron tras la colina, se volvió hacia mí y se pasó la mano por la cara.

—Llamémoslo por lo que fue: una noche increíble. Espero que la recuerdes con el mismo anhelo, ira y dolor implacables que siento cada vez que te veo. Me duele mucho saber que no puedo tenerte, Lilia. En ese sentido, he perdido. Pero esa es la trágica realidad. Lo que hicimos esa noche no puede repetirse. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Por mucho que me doliera, lo entendía.

Él asintió con rapidez, me acompañó de vuelta al camino y siguió

corriendo detrás de mí, observándome desde cierta distancia. En lugar de dar otra vuelta por el campus, me fui directa a mi residencia.

Me llegó un mensaje de Jayda:

Dile hola a Henry Michael Fuller

A continuación apareció una fotografía donde acunaba un bultito con el brazo.

Por mucho que me doliera sonreír en ese momento, le respondí:

MADRE MÍA, es perfecto

Cómo estás?

Agotada

Este bebé come a cada hora

Tengo las tetas como dos pedruscos colgando de un palillo

Suena doloroso

No te haces una idea

Pero ahora mismo no quiero hablar de maternidad

Qué tal tú?

Me mordí el labio, debatiéndome entre contarle o no lo de Bramwell. No era como si ella lo conociera o fuera a conocerlo alguna vez.

Creo que la he cagado

A qué te refieres?

Le di muchas vueltas a cómo responder.

Te has follado a tu profesor?

Mejor se lo dejaba a Jayda…

Define follar

Pensándolo bien, mejor no

Me enrollé con él, pero no llegamos tan lejos

Espera

Esta conversación no puede ser por mensaje

Ni un minuto después me sonó el teléfono y contesté.

—Aaay, Lilia. —Hablaba en voz baja, obviamente para no despertar al bebé.

—Lo sé. Es malo.

—¿De verdad? ¿O fue la hostia?

Cerré los ojos con fuerza, solté un doloroso suspiro y, al pasárseme por la cabeza una imagen de su cabeza entre mis muslos, aparté el pensamiento de la mente.

—¿Está bueno? ¿La tiene grande? —susurró a través del móvil—. Vamos, quiero detalles.

—¿En serio?

—Me quedan cinco putas semanas antes de poder volver a follar. Ahora mismo estoy viviendo a través de ti. Por favor.

Gruñí, intentando contener una sonrisa.

—Sí y sí.

—Chiiis, chiiis —dijo, como si estuviera meciendo al bebé, después de mostrar su emoción. Tras un momento de silencio, susurró—: ¿Dónde hicisteis el mal? ¿En su despacho?

—Sí.

—Mmm. ¿Ahora sois algo secreto y prohibido?

—No somos nada. —Al decirlo en voz alta, odié el amargo sabor

de la decepción en la lengua. Hacía solo unas semanas que había renunciado a todos los hombres, decidida a centrarme en mis estudios, y allí estaba yo, suspirando por mi profesor malhumorado.

—¿Tiene antecedentes?

—No. Nunca lo he visto mirar siquiera a otra estudiante.

La risa insensible que soltó a continuación me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—No te ha olvidado, Lilia. Créeme. —El bebé lloraba de fondo—. Mierda. Tengo que irme. Tiene hambre otra vez. No te olvides de enviarme una foto.

—No tengo.

—Hazle una. —Ni siquiera esperó a que le respondiera antes de colgar.

Llegué a su laboratorio esa tarde vestida con algo un poco más recatado después de la conversación que habíamos tenido esa misma mañana: un jersey y unos vaqueros que me rozaban las piernas. Cada vez que nos rozábamos la mano, él se estremecía. Con cada mirada, él apartaba la vista y fruncía el ceño. Era como si, desde nuestro último encuentro, se hubiera enfadado aún más conmigo.

De camino a esterilizar el agar en el autoclave, me detuve junto a la cúpula de cristal y vi a Aquiles y Patroclo batiendo las alas con vigor, con los extremos unidos entre sí. Se estaban apareando. Aquiles se soltó y casi pareció tambalearse antes de que Patroclo volviera a la carga, moviendo las alas tan rápido y con tanto frenesí que oía un suave zumbido a través del cristal.

—Joder —murmuré—, estas están cachondas.

Mientras colgaba mi bata de laboratorio en la sala de autopsias, el profesor Bramwell entró por la puerta con una expresión de pura miseria en el rostro.

—Lilia… —Exhaló con fuerza por la nariz, como si incluso el sonido de mi nombre le causara dolor—. Este acuerdo ya no es viable.

El corazón se me detuvo, era como un globo desinflándose.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que voy a tener que pedirte que te vayas. Hablaré con el doctor Friedman para que trabajes en su microlaboratorio, si te gusta el cam…

—No quiero trabajar con el doctor Friedman. ¡Quiero trabajar aquí, contigo! En este proyecto. Es importante para mí. —Busqué en sus ojos algo de humor o incluso la más mínima duda, pero no encontré nada más que una determinación férrea y ardiente.

—No va a funcionar.

—¿Por qué? ¿Por lo que ha pasado entre nosotros?

Hizo una mueca, como si la mera mención le hubiera herido.

—Necesito este trabajo y el dinero. Por favor, te lo suplico. —Dios, parecía Gilchrist.

—Es culpa mía. Debería haberme mantenido alejado. Era mi responsabilidad no acercarme, y no lo hice. Y ahora… —Se le contrajo un músculo de la mandíbula cuando apretó los dientes—. No va a funcionar y ya está.

—Van a echar a mi hermana del instituto. Te lo ruego, Devryck. No tiene por qué pasar nada entre nosotros. Lo entiendo. Yo también he sido una irresponsable y una imprudente. No debí insistir. Por favor. Por favor, deja que me quede. No sé qué voy a hacer.

Me entregó un sobre, presumiblemente un cheque con el dinero

que había ganado por los pocos días que había trabajado.

—Vete, Lilia, y no vuelvas mañana.

—Por favor, Devryck. —El tono patético de mi voz me puso enferma; había pasado muy rápido de sentir que tenía el control a sentirme completamente indefensa, y odiaba que este hombre fuera quien llevara las riendas. Pasara lo que pasara, él siempre tendría el control, porque esa era la dinámica entre profesor y alumna. No hacía falta que tuviera una buena razón para echarme de su laboratorio. Me había admitido a cambio de un soborno y ahora intentaba disolver el acuerdo como si fuera un caso grave de dolor de barriga—. Por favor, no lo hagas.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, me afané en contener las lágrimas.

Las opciones para ganar dinero extra se me habían escapado de las manos como si fueran agua. Los trabajos del campus pagaban la mitad de lo que habría ganado con él.

Me ardían las mejillas de la vergüenza, pero me prometí que no iba a sentir esa emoción. Me di cuenta de que expulsarían a mi hermana del único lugar donde se sentía segura y la arrojarían al infierno que le esperaba en casa de Conner, todo por un momento de imprudencia con mi profesor.

Era mi culpa.

Todo.

El autobús se detuvo frente a mi residencia y bajé, débil y agotada por el estrés. Atravesé la zona común, donde los estudiantes reían y veían la televisión, y subí al tercer piso. Una vez dentro, empujé la puerta con la espalda para cerrarla y me dejé caer al suelo.

Entonces empecé a llorar.

De camino a casa, había pensado en volver a entrar en la página porno, solo para reclamar el dinero que no me había atrevido a cobrar por miedo a que mi vídeo volviera a aparecer en la web. En ese momento, ¿qué importaba mi dignidad? Tenía diez dólares en mi cuenta. Y, con lo que había ganado, tendría unos cuantos cientos más, casi mil, si no me fallaba la memoria. Abrí el sobre de Devryck y saqué el cheque que había dentro.

Eran cinco mil dólares.

Un cheque personal a cobrar en *efectivo*.

Se me hizo un nudo en la garganta y el aire se me quedó atrapado en los pulmones; me alegré de estar sentada en el suelo en ese momento, porque probablemente me habría desmayado.

Cinco mil.

Parpadeé dos veces, preguntándome si la vista me estaba engañando. La cantidad estaba escrita con una letra casi ilegible, pero se distinguía muy bien el *mil*. No eran dos ceros: eran cinco mil dólares. Nunca en toda mi vida había tenido tanto dinero de golpe.

Cubriría toda su matrícula hasta Navidad, incluida la parte de Conner, así que, aunque tuviera que meterme en un trabajo donde me pagaran cien dólares a la semana, tendría suficiente para ir dos meses por delante para entonces.

«Para —me regañé—. Para ahora mismo».

Por mucho que quisiera dejarme llevar por la emoción del momento, el peso de la realidad me oprimió. No podía aceptar aquello de él. Aunque era un gesto noble, no estaría bien que me quedara el dinero. No me lo había ganado, lo cual me llevó a pensar otra cosa: ¿era esa su forma de pagarme para que guardara silencio?

Eso me habría dolido aún más. Una parte de mí quería volver al laboratorio, a su despacho, y tirarle el cheque a la cara, como habría

hecho una mujer fuerte, independiente y con escrúpulos. La otra parte decidió consultarlo con la almohada.

Quizá se me ocurría una forma de devolvérselo.

¿A quién quería engañar?

Me llevaría una década o más reunir esa cantidad. A lo mejor se me ocurriría algún plan para conseguirlo mientras dormía, porque tenía claro que no quería hacer nada precipitado y emocional, como tirárselo a la cara, pues lo necesitaba de verdad.



52

Lilia

Pasaron dos días.

Sentada en el laboratorio nocturno, no dejaba de mover la rodilla, esperando a ver si aparecía el profesor Bramwell. No había asistido a la clase de esa mañana ni a la última programada, y Ross llevaba la batuta en su ausencia. Me mordí los labios, con la ansiedad en aumento mientras los estudiantes entraban y ocupaban su asiento.

Había dejado el cheque en mi caja de baratijas, escondida debajo de la cama. Me negaba a cobrarlo hasta, al menos, haber hablado con Bramwell. Por desgracia, no se me había ocurrido ningún plan para devolvérselo que no me siguiera poniendo en un aprieto con Bee. La molesta posibilidad de que el dinero fuera un soborno me carcomía la mente y, una vez más, la terca idiota que había en mí quería tirárselo a la cara y mandarlo a la mierda.

Pero eso era lo malo de estar sin blanca, que el orgullo era un

ideal cada vez más difuso.

Spencer se apresuró a sentarse en su banco, con unas ojeras tan marcadas que parecía que no hubiera dormido en días. Era la primera vez que lo veía desde aquel día en el callejón después de clase. El tío tenía pinta de haber estado de fiesta o algo por el estilo.

Ross estaba delante de la clase, sacando sus apuntes, y la pizca de esperanza que tenía de ver a Devryck se desvaneció. Durante dos días me había convencido a mí misma de que estaba mal, de que no me merecía ese dinero y de que lo correcto era devolverle el cheque educadamente y agradecerle su amabilidad.

Y entonces imaginé su respuesta: me llamaría estúpida y me insultaría para enfadarme y que lo cobrara.

¿Dónde estaba?

Tenía que hablar con él.

Hablando del rey de Roma, justo apareció cuando me preparaba para otra clase decepcionante, y maldije mi corazón por latir con fuerza al verlo. Vestido con unos vaqueros y una camisa negra, atravesó el laboratorio con paso firme, con pinta de estar mejor de lo que se merecía. La piel le brillaba y no tenía sus acostumbradas ojeras. Estaba guapo. Guapísimo.

Se detuvo junto al tanque que había al lado de mi mesa, donde todas las larvas habían germinado en sus queridas bayas de noche, y, con sus fieles pinzas, arrancó algunos frutos y los depositó en un frasco de muestras.

«¡Di algo!».

Se me secaron los labios al pensar en llamar su atención en una clase llena.

—Profesor. —Apenas se oyó el tono tímido con el que hablé y me sonrojé ante la posibilidad de tener que volver a llamarlo.

—¿Sí, señorita Vespertine? —No se molestó en darse la vuelta,

sino que siguió con la tarea de recoger las larvas.

Cómo no, justo en ese momento la clase se quedó en silencio. Cómo no…

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿Sobre qué?

«¿Me estás vacilando?». Debería haber sido valiente y decirle que quería hablar con él sobre el cheque que me había dado, pero eso lo habría enfadado.

—Es sobre mi nota —mentí.

—Tengo un horario de atención al estudiante para tratar esos asuntos, señorita Vespertine. La invito a que reserve la hora que más le convenga.

Cómo odiaba que hubiéramos retrocedido en el tiempo hasta esa extraña dinámica, que era peor que la anterior.

—Pero es urgente. Me gustaría que me dedicara unos minutos.

—Me temo que ahora mismo no es posible. Estoy muy ocupado.

Si no hubiéramos estado en una clase llena de estudiantes, lo habría llamado por su nombre. Le habría quitado esa máscara fría y distante que llevaba puesta.

Por fin, Ross empezó su clase sobre el control mental, un tema entretenido que atrajo la atención de otros estudiantes.

—¿Por casualidad tiene algún hueco mañana? —Apenas se me oyó entre el murmullo de voces, ya que mis compañeros mantenían conversaciones en bajo.

—Me temo que esta semana la tengo llena. —El frasco de cristal que sostenía en alto desprendía una luz púrpura mientras examinaba el racimo de bayas que había en su interior—. Quizá encuentre un hueco la semana que viene.

¿Llena? ¿Con qué? ¿Con sus fans, que se presentaban con listas de preguntas solo para coquetear con él?

—Bueno. —Quería gritarle—. Vale. Estoy segura de que puedo conseguir una tutoría con Ross.

Al decirle eso, por fin se giró, con una mirada asesina grabada en el rostro.

—Mañana después de clase, señorita Vespertine. —El tono cortante y enfadado de su voz me reveló lo que ese hombre nunca me admitiría a la cara: estaba celoso.

Y, joder, al pensar en ello mi corazoncito retorcido se puso a bailar de alegría.

Al salir del laboratorio nocturno, vi una luz en uno de los que había al otro lado del pasillo y a Briceson sentado en un banco, escribiendo en su ordenador con furia. Curiosa, abandoné al grupo que se dirigía hacia el autobús y entré en la sala, que estaba vacía excepto por él.

—Hola.

Apartó la vista de la pantalla y sonrió.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Trabajando hasta las tantas o qué?

—Sí. Tengo que entregar un proyecto de investigación mañana.

—Ah. Entonces será mejor que no te moleste.

—No, no pasa nada. Me vendrá bien un descanso. —Señaló uno de los taburetes que había frente a él.

Tendría que volver andando a mi residencia, pero no sería la primera vez. Ahora que sabía que el hombre de la máscara de pájaro no era más que una alucinación, no lo había vuelto a ver tanto. O quizá solo había dejado de buscarlo.

—¿Cuál es el tema? —pregunté, echando un vistazo a sus apuntes sobre el banco.

—La verdad es que estoy muy emocionado con esto. Conoces la

roca negra, ¿verdad?

—Sí, la venden en las boticas del pueblo.

—Bueno, el departamento de Química está trabajando en la catalogación de un metal que acaba de descubrirse en la roca, el casteyón.

—Vaya. Pensaba que esa roca era bastante difícil de encontrar. Una lugareña me dijo que era peligroso recolectarla.

—Definitivamente, ya no abunda tanto como antes. Hace siglos, la bahía se volvió muy inestable, se formó una gran grieta y parte de la isla se hundió en el mar —dijo gesticulando con las manos y derrochando emoción mientras explicaba su proyecto, lo que me hizo pensar en Bramwell—. Así acabó formándose bahía Hueso. —Briceson estaba parlanchín—. La roca se separó y ahora forma uno de los acantilados más pronunciados de los alrededores de Dracadia. La verdad es que da bastante miedo. Los bajíos tienen un metro y medio de profundidad, y, de repente, hay una caída vertical de seis kilómetros y medio. Ahí es donde está la mayor concentración de roca negra, dentro de las cuevas submarinas, pero se encuentra por toda bahía Hueso, en la grava de la costa. De hecho, así fue como lo encontramos, en las tripas de las gaviotas y los cuervos que se comen las piedrecitas.

Sabía, por haber cuidado de los pájaros de mi madre, que no tenían dientes y que utilizaban unas piedras pequeñas llamadas gastrolitos para triturar la comida durante la digestión. Eso me recordó un boceto que había visto en uno de los libros que había leído sobre la historia de la isla. El cráneo con los dientes de piedra negra que pertenecía a un miembro de la tribu cu'unotchke. ¿Podría ser el mismo mineral?

—Es fascinante. Un metal completamente nuevo cambiaría toda la tabla periódica, ¿no?

—Bueno, sí. Tenemos que confirmar que, en efecto, es nuevo y cumple los criterios de descubrimiento, y luego enviarlo a la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada. Pero es muy interesante. Solo tengo que poner en orden mis ideas para escribir el artículo. Pero… creo que voy a dejarlo por hoy. ¿Te acompaño a tu residencia?

—No hace falta.

—Insisto. Esto no es Covington, pero hay que tener cuidado. Es mejor ir con alguien.

—¿Y qué pasa cuando *tú* tengas que volver solo?

Soltó una risa burlona y se encogió de hombros.

—Mi residencia no está lejos de la tuya. Hay una cámara y un puesto de emergencias. Está iluminado.

—Entonces ¿qué tal si vamos juntos hasta ese punto y nos separamos allí?

—No. Me he ofrecido a acompañarte, así que eso voy a hacer.

—Bueno, si insistes… —Esperé a que guardara su portátil y los apuntes que tenía esparcidos por todas partes, y salimos juntos del edificio Emeric—. ¿Puedo preguntarte algo que me preocupa?

—Claro.

—¿Qué relación tenían Jenny Harrick y Mel? Por lo que yo sé, Jenny salía con el mejor amigo de Spencer, ¿no? —El descenso de las temperaturas me puso la piel de gallina a medida que atravesábamos el campus.

—La verdad es que no sé mucho más allá de la versión de Mel, pero sí. Supongo que ella accedió a salir un par de veces con Spencer y entonces él, ya sabes…

Era raro que no quisiera decirlo en voz alta.

—¿Crees que fue su padre quien dejó que se saliera con la suya? Me parece que drogar a una estudiante sería motivo de expulsión.

—Podría ser, si damos por hecho que Mel dice la verdad.

Después de mi conversación con Spencer, yo ya sabía que ella había dicho la verdad, pero era interesante que él lo cuestionara.

—En realidad, fue la profesora Gilchrist quien respaldó su historia —añadió él.

—¿Qué? —Se me pasó por la mente la imagen de ella acariciándole la entrepierna. Otra vez.

—Sí. Afirmó que le estaba dando clases particulares más o menos a la hora en que drogaron a Mel. Y lo mismo cuando desapareció Jenny.

Basándome en la confesión de Spencer, sabía que lo primero era mentira. ¿Era posible que ella hubiera vuelto a mentir por él?

—¿Sospecharon de Spencer en algún momento?

—Quizá momentáneamente, pero todos estaban bastante seguros de que Bramwell tenía algo que ver con su desaparición. Se dice que la mató y la arrojó a uno de los incineradores.

Qué rumor más horrible. Aunque estaba bastante segura de que no era cierto, me dio escalofríos.

—¿Había cámaras?

—Sí. Supongo que faltan algunas secuencias posteriores a que Jenny saliera del laboratorio de Bramwell. *Afirman* que hubo una interrupción mientras se guardaban las imágenes en la nube. Desapareció una parte del vídeo, no se sabe cómo, y las marcas de tiempo no coincidían.

—¿Pero crees que alguien lo manipuló? —No sabía tanto sobre cámaras de vigilancia y almacenamiento en la nube, pero me parecía raro que una secuencia tan importante hubiera desaparecido sin más.

—Creo que sí. Pero ¿qué sé yo? Solo soy un estudiante de química.

—¿Crees que Bramwell tiene algo que ver con su desaparición?

Soltó un bufido y se encogió de hombros.

—No lo sé. Me gustaría pensar que no, pero su pasado familiar es de lo más morboso. Está claro que llevan el asesinato en los genes. También tenía un hermano que desapareció. Es como si toda su familia fuera una serie de teorías conspirativas.

Conocía la historia de su hermano y había visto el dolor en los ojos de Devryk cuando me habló de él. Solo por curiosidad le pregunté a Briceson, para ver qué se había imaginado el alumnado sobre ese episodio de su pasado.

—Entonces ¿crees que Bramwell padre tuvo que ver con el suicidio colectivo?

—El informe del estudio dice que les inyectó algo a esas mujeres y que les afectó a la cabeza, pero no creo que él mismo las ahogara. Lo que sí creo es que él es el motivo por el que están muertas.

Por fin llegamos al temido tramo del bosque. Sentí un escalofrío en la nuca al caminar los dos en la oscuridad. Era una sensación diferente a la que tenía al salir del metro por la noche en mi ciudad. Allí era una más entre cientos de personas que caminaban por la calle. Una persona cualquiera. Aquí, un ataque parecía más íntimo, más personal.

El bosquecillo se abrió al césped de mi residencia.

—Bueno, supongo que aquí nos separamos, ¿no? —pregunté, sacándome la cartera con mi tarjeta de identificación del bolso.

—Sí. Oye, no le digas a Mel que te he dicho eso sobre Jenny.

—Vale. ¿Puedo preguntarte por qué?

Miró alrededor, como si ella estuviera cerca y pudiera oírnos, se acercó a mí y bajó la voz.

—Es muy sensible con el tema de los rumores. Jenny y ella eran muy amigas. En su opinión, Bramwell fue quien lo hizo.

—Le tiene mucha manía a ese tipo, ¿eh?

—Supongo. Sin embargo, no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en el que no paraba de hablar de él, como cualquier otra estudiante enamorada de ese hombre. Pero entonces Jenny desapareció y, de repente, sacó las garras. Como he dicho, no es que no haya motivos para sospechar de él.

—Ya. —Qué curioso, yo sentía justo lo contrario: que no había motivos suficientes para condenarlo—. Bueno, te dejo que te vayas a tu residencia. Buenas noches.

—Buenas noches.

Subí corriendo las escaleras y abrí la puerta de la residencia, donde estaban comprobando los carnés. Suspiré mientras Mel chasqueaba los dedos, impaciente, para que le diera el mío.

—Vamos, Vespertine. Me quedan quince minutos para poder irme a la cama.

Saqué mi carnet de la cartera y se lo tendí para que lo escaneara.

—Laboratorio nocturno, ¿eh? —preguntó, devolviéndomela.

—Sí. Acabo de volver.

—¿Has venido andando?

Miré al otro miembro del personal, que estaba mirando su móvil, aparentemente sin interés en nuestra conversación.

—He venido con Briceson.

—Me sorprende que no fuera Spencer —dijo con amargura.

—Me he distanciado un poco de él. Tenías razón.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo no la tengo?

Quizá debería haber sido igual de valiente y franca sobre el hecho de que Spencer me drogara a mí también. Sin embargo, mi situación era un poco más complicada. Las indagaciones habrían

dado lugar a investigaciones exhaustivas que habrían apuntado a la participación del profesor Bramwell esa noche. Tener a Gilchrist encima ya era bastante grave. No había dicho nada más sobre mi nota en el examen ni sobre lo de copiarme de Spencer, así que tal vez había decidido dejar a un lado la acusación. Quizá era lo que había dicho Bramwell: no había pruebas suficientes para demostrarlo. Sin embargo, no podía evitar preguntarme si, de haber presentado la acusación contra Spencer y haberla hecho pública, como hizo Mel, Gilchrist habría vuelto a mentir por él y me habría hecho quedar mal para demostrar su postura de que yo no encajaba allí.

Cuando pasé junto a Mel, ella le dio un golpecito en el hombro al otro miembro del personal.

—Oye, me subo ya. ¿Te ocupas de los últimos minutos?

—Vale.

Entré en el ascensor y ella me siguió. En cuanto se cerraron las puertas, se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa entre Bramwell y tú?

Cuando el ascensor se puso en marcha, pulsó el botón para pararlo. Una oleada de pánico me paralizó los músculos. Los ascensores siempre me habían dado miedo y solo de pensar en quedarme atrapada en uno… Pero los antiguos, en particular, me aterrorizaban. Mantuve la mirada clavada en ese botón mientras ella me observaba, expectante.

—Nada.

—Venga ya, no soy tonta. Te he visto salir de su laboratorio por la noche. —Teniendo en cuenta que la entrada trasera estaba escondida detrás del edificio Emeric, debía de haberme espiado.

—¿Me estás siguiendo o qué?

—¿Te preocupa?

La conclusión era que no tenía pruebas de nada. El laboratorio de Bramwell era como una fortaleza, así que ¿qué coño hacía yo acobardándome ante ella como una colegiala asustada?

Me había criado con gente peor que Mel. Se me habían acercado personas mucho más peligrosas.

Alargué la mano hacia el botón del ascensor y, cuando me agarró del brazo, la aparté de un empujón y le lancé una mirada de advertencia que, por la forma en que retrocedió, tuvo que ser mortal. Una vez que nos pusimos en marcha, la opresión que tenía en los pulmones fue desapareciendo.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

—Solo te advierto que tengas cuidado. Con Jenny empezó como una obsesión y…

—¿Y a ti nunca te ha atraído?

El ascensor emitió un pitido y la puerta se abrió al pasillo vacío de mi piso. Como no respondió, salí y me volví hacia ella.

—Sí. Una vez me pareció atractivo. Luego descubrí que el bueno del profesor es en realidad un monstruo. Ten cuidado, Lilia.

Las puertas se cerraron.

Abrí la fotografía que había sacado con mi teléfono del cráneo cu'unotchke y volví a ampliar los dientes afilados. Curiosa, inicié sesión en mi cuenta de la biblioteca de Dracadia en el ordenador portátil e hice clic en los textos de la sala conmemorativa Adderly. Al recorrer las páginas de la historia de la tribu cu'unotchke, encontré una fotografía de una niña con el pelo largo y negro y los ojos oscuros. Era de principios del siglo xx, más o menos cuando prácticamente exterminaron a la tribu. Le habían sustituido dos dientes por piedras negras, lo cual ya era interesante de por sí, pero,

cuando amplié la imagen, algo más me llamó la atención: los botones de la ropa de la muñeca que sostenía entre los brazos.

Fruncí el ceño, amplié más y observé que uno de ellos parecía un botoncito metálico deformado con una cruz de hierro grabada.

Me levanté de la silla a toda prisa, corrí al armario, saqué la cajita de madera donde guardaba todas mis cosas y busqué el botoncito que vi encajado en la puerta la primera noche que pasé aquí. Volví a mi escritorio y lo comparé con el que había ampliado.

Era el mismo botón.



53

Lilia

Estaba pensando en la conversación con Briceson cuando salí de La Guarida del Dragón, sin haber comido nada más que una tostada con aguacate y un café con leche que había cargado en la tarjeta que me dio Bramwell. Pasé la mitad de la noche pensando en las piedras negras de las aves que Briceson había mencionado y en el cráneo que había visto en la fotografía, intentando establecer una conexión entre ambas cosas.

Con el vaso negro para llevar en la mano, me dirigí a la clase de Bramwell, si es que se molestaba en aparecer, y sentí la inminente llegada de una tormenta respirándome en la nuca. Los árboles se habían teñido de vivos colores rojos, naranjas y amarillos, ya que el otoño se había apoderado del campus, y unas nubes grises pesadas y densas cubrían un cielo que prometía lluvia. El canto armónico de los pájaros de las primeras horas del día me acompañó durante mi paseo como una melodía tranquila, mientras una brisa errática

avivaba el aroma de las hojas húmedas. Aunque las temperaturas se mantenían en torno a los doce grados, cálidas para quienes sufrimos inviernos brutales por regla general, el aire me helaba las piernas desnudas. Se esperaba que subieran hasta los quince en algún momento del día, así que no me preocupaba demasiado la ropa que había elegido, pero sin duda pasé frío durante el paseo.

Me bebí a sorbos mi carísimo café con leche para entrar en calor, con el mismo aspecto que cualquier otro estudiante que iba corriendo a clase, con la tapa del vaso marcada con el pintalabios que me había empeñado en ponerme.

Porque yo no era una alumna cualquiera. Yo le había hecho una mamada a su profesor y llevaba en el bolso un cheque suyo de cinco mil dólares.

Él tampoco se parecía a ningún profesor que hubiera conocido antes.

Era temperamental, como los días de lluvia y el café amargo. Era susurros sensuales en rincones oscuros y el ardor lento del buen whisky.

Un tormento que odiaba y abrazaba al mismo tiempo.

Aparte de un par de madrugadores, el auditorio estaba casi vacío, y me apresuré a ocupar mi asiento. Un rostro completamente desconocido se acercó al atril, donde sacó libros y folios, y se me cayó el alma a los pies cuando se presentó como el profesor adjunto.

En otras palabras, el profesor Bramwell se había olvidado de nuestra reunión o la había cancelado.

Desanimada y aburrida, tomé notas mientras el profesor Humdrum hacía una descripción insulsa del ciclo de vida del noctisoma, un tema que ya habíamos presenciado de primera mano en el laboratorio. Solo me espabilé cuando mencionó que algunas

gaviotas y cuervos lograban evitar infectarse, a pesar de su afición por consumir bayas de noche y polillas sominix.

Levanté la mano.

—¿Y los murciélagos? —pregunté cuando me dio la palabra.

—Por desgracia, los murciélagos *no* son inmunes. Cuando se alimentan de una polilla sominix infectada, sucumben rápidamente y a menudo se los ve flotando en masas de agua.

—No ingieren gastrolitos, ¿verdad?

Se quedó pensativo un momento.

—Que yo sepa, no.

—¿Por qué solo se libran de la infección algunas gaviotas y cuervos?

—Me temo que esa pregunta debería hacérsela al doctor Bramwell.

Cómo no.

Asentí con la cabeza y me recosté en la silla. Mientras el profesor continuaba con su clase, yo intentaba encajar las piezas que me había dado mentalmente. Los murciélagos sucumbían. Algunas gaviotas y cuervos no. Ambas aves utilizaban gastrolitos para digerir los alimentos. La pregunta era cuántas de las aves que se infectaban tenían gastrolitos de roca negra.

Ojalá el profesor Bramwell hubiera estado allí para responder y aplacar la curiosidad que se me arremolinaba en la cabeza.

Spencer estaba sentado dos filas por detrás de mí y, cada vez que notaba una mirada quemándome la nuca, me daba la vuelta y lo veía observándome fijamente. Intentando ignorarlo, aguanté el resto de la clase, agradecida cuando por fin llegó la hora de recoger. Entonces entró en el aula el profesor Bramwell, con ese paso arrogante y dominante que les bajaba las bragas a las chicas. El corazón se me aceleró. Se tomó un momento para estrecharle la

mano al profesor adjunto y, cuando posó la mirada en mí, casi dejé de respirar. Joder, ¿por qué estaba tan guapo, con sus vaqueros oscuros y su camisa blanca con botones junto al señor Pantalones Caqui y Jersey? ¿Acaso intentaba atormentarme?

Una de las chicas de clase se acercó a él como para hacerle una pregunta. Observé que él le prestó atención durante apenas un minuto antes de derivarla al asistente que estaba a su lado. Casi sentía la decepción de ella.

Mientras me colgaba el bolso al hombro y me dirigía hacia la parte de delante del auditorio, su mirada se cruzó con la mía y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Sin esperar a que yo lo alcanzara, salió de la sala a zancadas.

Me apresuré a seguirlo y, cuando salí de la clase, lo vi caminando hacia la esquina opuesta del pasillo.

—Hola —me saludó Spencer desde atrás—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Hola. Lo siento, tengo que irme.

Extendió la mano y me agarró de la muñeca.

—Por favor.

Lo único que me hizo detenerme fue la mirada suplicante que vi en sus ojos.

—¿Qué? —Mi tono de voz era de fastidio. Como no respondía, me solté de un tirón—. Spencer, no tengo tiempo para esto —le dije, con la impaciencia convirtiéndose en irritación total. En lugar de responder, me arrastró hasta un recoveco y yo giré el brazo para soltarme.

—¡Spencer!

Una vez fuera del pasillo principal, me empujó contra la pared que tenía detrás.

—Mi madre me ha dicho… una cosa —susurró, tragando saliva y

con la voz temblorosa—. Lippincott no es mi padre.

Me quedé paralizada, frunciendo el ceño mientras lo miraba.

—¿Qué?

—No es mi verdadero padre.

No me salían las palabras. No sabía qué decir. No sabía cómo responder sin parecer una idiota, y los segundos pasaban y Bramwell se iba a impacientar y a renunciar a nuestra reunión.

—Lo siento mucho, Spencer. No sé qué decir.

—Yo no. Estoy la hostia de eufórico. —Lloraba y se reía entre dientes; el contraste de sus emociones era inquietante, como si fuera a estallar en cualquier momento.

—Pues… supongo que me alegro por ti.

Suavizó el rostro.

—Sabía que te alegrarías. —Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, me cogió de la cara y me estampó los labios en la boca.

Se me tensó la columna vertebral, contraje los músculos por la conmoción, que me subió por la garganta y me impidió respirar. Cuando dejé escapar una protesta ahogada, interrumpió el beso, con el pecho agitado y lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Por favor, te lo suplico. Vamos a quedar esta noche. En el patio de fuera del comedor.

Al negar con la cabeza, se inclinó hacia mí, como para besarme otra vez, y yo le puse una mano en el pecho para detenerlo.

—No.

Si no hubiera traspasado mis límites con tanto descaro, la expresión de agravio en su rostro podría haberme inspirado un poco de compasión.

—Lo siento —se disculpó—. No debería haberlo hecho. —Lo que podría haber sido una disculpa sincera apenas logró acallar los

pensamientos conflictivos que se me agolparon en la cabeza cuando intenté comprender qué coño acababa de pasar.

Apartarme a un lado me dio la distancia suficiente para recuperar parte de la compostura que había perdido.

—Spencer, te lo dije al principio, no quiero esto. No soy… No puedo…

—Lilia…

—Tengo que irme. —Con la cabeza martilleándome, corrí por el pasillo hacia donde había visto ir a Bramwell. Al doblar la esquina, llegué a otro pasillo, pero él no estaba por ninguna parte.

—Mierda —murmuré, mirando hacia un aula abarrotada. La siguiente era un auditorio pequeño, pero estaba igual de lleno. Las dos salas siguientes, al otro lado del pasillo, estaban igual. Entonces llegué a la última sala, un auditorio vacío, y lo encontré apoyado contra la pared al fondo, con los brazos cruzados.

De repente se me secó la boca y tragué saliva al acercarme, con la cabeza todavía en lo que había pasado con Spencer.

—¿No habría sido más fácil reunirnos en tu laboratorio?

—Quizá para ti. —Me recorrió de arriba abajo, deteniéndose en mis piernas un momento antes de levantar la vista hacia mí—. Para mí no.

Aún conmocionada por el beso inesperado, metí la mano en mi bolso y saqué el cheque sin cobrar, sintiéndome un poco humillada cuando tembló como una hoja en mi mano extendida.

—No puedo aceptarlo.

No hizo más que echarle un vistazo rápido.

—Lo quieres tanto que seguramente ahora mismo te estés muriendo por dentro.

Negué con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Es demasiado, Devryck.

Se dejó caer contra la pared, sin molestarse en descruzar los brazos.

—Cobra el puto cheque. —El tono agudo de su voz desvió mi atención hacia la expresión igual de molesta que tenía en el rostro.

—¿Por qué? ¿Para que puedas mirarme con lástima? ¿Para llamarme patética?

—¿Por qué tienes que ser tan cabezota? Necesitas el dinero y a mí no me hace falta.

En silencio, intenté asimilar la idea de que lo que me salvaría en ese momento no significaba nada para él. Una miseria. Bajé el brazo y miré el cheque fijamente, diciéndome a mí misma que no debía aceptarlo.

—Trabajar para ti no era cuestión de dinero, lo sabes. —Aclarándome la garganta, parpadeé para disipar la neblina de los ojos mientras un cataclismo de emociones me martilleaba el cerebro —. Te lo devolveré.

—No lo harás. No puedes.

—Entonces ¿cómo *puedo* pagártelo? —Doblé el cheque por la mitad, preguntándome qué haría él si, en ese momento, lo rompiera en mil pedazos delante de sus narices—. No puedo aceptarlo. No está bien.

—Tampoco está bien hundirte voluntariamente en arenas movedizas. Piensa en ti por una vez. Y elimina los obstáculos que se interponen en tu camino.

Suspiré ante eso.

—Tú nunca has sido un obstáculo.

—Solo porque no nos han descubierto.

Odiaba que él pudiera estar tan tranquilo mientras yo sentía que una bola de demolición me destrozaba por dentro. Era caos absoluto querer abrazarlo por haber eliminado de un plumazo meses de

estrés y preocupación y al mismo tiempo querer acabar con él igual que su indiferencia estaba acabando conmigo.

—¿Por qué me haces esto?

—¿El qué?

¿No lo llevaba escrito en la cara? ¿Tan bien había ocultado el dolor?

Me guardé el cheque en el bolso, porque, en ese momento, me pesaba demasiado en las manos.

—Tiras y aflojas, y yo me siento como si estuviera rompiéndome en pedazos.

Su risa siniestra resonó en la habitación y levanté la vista, frunciendo el ceño ante la audacia de reírse de mí cuando más vulnerable me sentía.

—¿Crees que eres la única? —Tensó la mandíbula y frunció los labios con disgusto—. Ni el cuchillo más afilado podría borrarte de mi cabeza, Lilia. Tendría que arrancarme los putos ojos para dejar de ver cada uno de tus movimientos. Con quién hablas. A quién *besas*, joder.

Me quedé sin aliento al darme cuenta de que había visto lo que había pasado con Spencer. Madre mía, lo que debió de parecerle aquello… Abrí la boca para ofrecer una explicación, pero el resentimiento que se reflejaba en su expresión me indicó que no importaba. Al mismo tiempo, una parte retorcida de mí disfrutaba de hacerle daño de esa manera, de que algo lo hubiera afectado emocionalmente cuando parecía que estaba intentando olvidar lo que había pasado entre nosotros.

—Solo somos profesor y alumna. Como antes. —Forcé el mismo tono distante que él había utilizado—. ¿No es eso lo que querías?

—Somos más que eso y lo sabes. —La forma en que apretó los dientes casi me hizo pensar que se había sentido insultado por lo

que había dicho.

—La verdad es que no lo sé.

Frotándose la nuca, apartó la mirada.

—Por el amor de Dios, deja de morderte el labio.

Me pasé la lengua por el labio inferior y fue cuando me di cuenta de que me lo había mordido con tanta fuerza que me había hecho una heridita.

—Esas cositas que haces me vuelven loco. —Se pasó la mano por el pelo y empezó a pasearse—. Siento violencia en la sangre. Una rabia que me retuerce las tripas y me hace perder la cabeza. Cuando se trata de ti, actúo sin pensar. Incluso he llegado a fantasear con romperle el cuello… —Dejó de caminar y se quedó mirando las imágenes que se le pasaban por la cabeza, como si se viera a sí mismo en ellas—. No puedo controlarlo —dijo, apretando los puños con fuerza—. No puedo tener el control porque todavía te siento. Sigo oliendo ese nauseabundo aroma dulce que desprendes y que me vuelve loco. Sigo viendo ese pintalabios repugnante que me transporta a aquella noche. ¡Estoy perdiendo el juicio! —Su voz retumbó alrededor y me tembló cada nervio del cuerpo mientras lo veía desmoronarse.

Me resultó bello. Era la vulnerabilidad que había anhelado ver en él. La visible angustia que se había apoderado de él no encajaba con un hombre sereno y distante. Se estaba viniendo abajo. Por fin, una grieta en la armadura que llevaba como una segunda piel. Lo que había confundido con indiferencia no era eso, en absoluto. Sufría y le dolía tanto como a mí.

Quería verlo desmoronarse por completo, que se volviera tan imprudente como yo. Que me agarrara por el cuello y acabara con esta resistencia que nos separaba.

—¿Por qué te contienes?

—Lo sabes muy bien, joder. —Se acercó más y me empujó contra la pared—. No soy un puñetero compañero de clase, Lilia. Soy tu profesor. Tu futuro quedaría destruido. Te expulsarían y te enviarían de vuelta a casa, a la vida que llevabas antes, y yo me quedaría aquí, odiándome por haberte jodido, por habértelo quitado *todo*.

—Eso solo pasaría si nos pillasen —susurré.

Cada emoción parecía reflejarse en su rostro, como una batalla librándose en su interior. Levantó la mano y me acarició la mejilla con un solo dedo mientras se humedecía los labios con la lengua.

—La de cosas que quiero hacerte… —Hizo una mueca de dolor, apartó la mirada y, cuando retrocedió, le agarré la mano. Una expresión de tormento se apoderó de su rostro cuando me la pasé por la mejilla.

Con los ojos cerrados, me concentré en la textura de su piel y la sensación me transportó a aquella noche. Le di un beso en la palma, la acaricié con los labios y le aferré un dedo. Con la mirada clavada en la suya, me lo metí en la boca y lo recorrí con la lengua de arriba abajo, tal y como había hecho con su polla en la ducha, dejando un rastro de pintalabios a mi paso.

Él, con la mandíbula floja, me miró con los ojos entrecerrados.

—Lilia… —Me agarró la cara más fuerte y las venas del cuello se le hincharon mientras me gruñía—. ¿Quieres saber cómo puedes pagarme? —dijo con voz áspera y ronca—. ¡Haz que deje de pensar en follarte cada hora del día para que pueda volver a mi trabajo!

Exasperada, apreté los dientes.

—Si eso es lo que quieres, entonces vale. Lo dejaré estar. —Ni siquiera esperé su reacción, ya que me aparté y fui en dirección a la puerta.

Me agarró con fuerza de la nuca y ese fue el único aviso antes

de girarme y que me plantara los labios en la boca para darme un beso que no fue ni suave ni tranquilo. Me cogió del pelo con un puño y con la otra mano me agarró de la mandíbula. Me besó sin piedad. Me saqueó con ira. Y gimió y me mordió el labio, clavándome los dedos con una posesión implacable. Y con celos. Dios, los celos me invadieron con una furia castigadora mientras me sostenía pegada a su rostro y me robaba el aire.

Al oír unos pasos acercarse, se separó de mí, con el pecho agitado, y cruzó la habitación de vuelta al atril. Con un gesto sutil, se quitó el pintalabios de la boca con el pulgar y se lo limpió en los pantalones.

Intentando recuperar el aliento de alguna manera, me puse en movimiento después de ese beso y, tras limpiarme los labios, como él había hecho, escondí las manos detrás de la espalda mientras corría en dirección opuesta para alejarme de él.

Una señora a la que no reconocí asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Uy, lo siento, profesor Bramwell, no me había dado cuenta de que estaba en una tutoría.

—Ya estamos terminando.

Me estremecí al notar la falta de aliento en su voz, algo que la mujer no pareció percibir.

—No hay problema —respondió.

Se marchó rápido, con los tacones resonando contra el suelo de madera mientras se alejaba por el pasillo.

Soltó un largo suspiro y se frotó la nuca.

—Que no nos descubran es mucho más difícil de lo que imaginas. Incluso mi laboratorio recibe visitas ocasionales.

—Tendremos que ser creativos, si es que estás interesado.

—Sabes muy bien que sí —gruñó, como si le enfadara admitirlo.

—Entonces conozco un sitio: la rotonda de la biblioteca. Hay una sala en la parte de arriba que se utiliza sobre todo como almacén.

—¿Y cómo hace uno para encontrarte allí?

—Esta tarde tengo que estudiar para el trabajo. Mi turno termina a las ocho. La biblioteca no cierra hasta pasada la medianoche. Además, tengo que enseñarte una cosa que creo que te va a parecer fascinante.

Con su habitual ceño fruncido, cogió su cartera de camino a la puerta y se detuvo a mi lado.

—Si eres inteligente, no aparecerás.

Hice un gesto desafiante con la barbilla y lo miré fijamente.

—Y, si me deseas tanto como dices, tú sí.



54

Lilia

Cogí dos libros de física del carrito y los coloqué en su balda correspondiente. Miré el reloj y vi que solo faltaban cinco minutos para que terminara mi turno, y ya no aguantaba más. No saber si se presentaría siquiera me daba retortijones.

Cuando el reloj dio la hora, avisé a Kelvin, como de costumbre, y cogí mi bolso. De paso hice una parada en el baño para asegurarme de que no tenía restos de comida en los dientes. Me quité las bragas, pues ya me sentía mucho más cómoda haciéndolo desde la noche en la que aparecí en clase sin ellas, y me las guardé en el bolso antes de dirigirme hacia la rotonda.

El techo de la estructura circular era una cúpula de cristal que se alzaba sobre el suelo de mármol, dos pisos más abajo. Un nivel superior de salas rodeaba el perímetro, bordeado por una barandilla. Crucé una puerta estrecha, subí unas angostas escaleras hacia el segundo piso y me asomé a todas las salas en busca de Devryck.

Las estanterías con libros cubrían las paredes de cada habitación y, aunque había escritorios con lámparas para estudiar, a menudo la planta estaba totalmente vacía. Atravesé las altas arcadas y me encontré a Bramwell de espaldas en un rincón oscuro de una salita de estudio, escondido tras una pared de libros, un pequeño recoveco junto a una ventana que daba al patio.

Cerré la puerta de la estancia y, con un giro de llave, nos quedamos completamente a solas.

—Con todos los años que llevo en esta universidad, nunca había subido aquí —dijo, todavía sin girarse para mirarme.

—Yo solo he venido un par de veces. Aquí es donde se almacenan los textos históricos de Dracadia. —Me acerqué con paso tranquilo hacia él y contemplé el ajetreo del campus—. Es muy bonito.

—Has venido. —Su tono transmitía un amargo deje de ira.

—Tú también.

—No tenía otra opción. Eres lo único en lo que he pensado desde esta tarde. —Me agarró del brazo con manos rápidas y me estampó de espaldas contra la pared que tenía detrás, y el bolso se me cayó al suelo a nuestro lado. Me plantó los labios en la boca, febriles e impacientes. Lenguas y dientes. Desesperados.

Me quitó el chaleco por la cabeza, dejando al descubierto la camisa blanca abotonada de debajo, y lo tiró a un lado. Se le aceleró la respiración y noté un gemido gutural vibrando en mis labios. Tras forcejear un momento para desabotonarme la camisa, dio un fuerte tirón que me sacudió y la rasgó. Los botones salieron volando y cayeron con estrépito al suelo.

—Te compraré otra —afirmó, pegado a mis labios. El aire frío me golpeó el pecho cuando retiró el sujetador de encaje.

Al otro lado de la habitación colgaba un vistoso espejo dorado

que ocupaba uno de los paneles cuadrados de madera de la pared. En el reflejo nos vi a los dos juntos: yo, desaliñada, con un pecho al descubierto y una mirada de euforia plasmada en el rostro; y él, con su camisa y pantalones negros, como un espectro oscuro, susurrándome palabras obscenas al oído.

—¿Has pensado en esa noche? ¿Cuando te lamí y te succioné el clítoris? —Me pellizcó el pezón con los dedos y sentí los párpados cada vez más pesados mientras una necesidad embriagadora me tiraba del vientre.

—Sí.

—¿Te tocas recordándolo? —Al no responder de inmediato, perdida en sus caricias, me pellizcó ambos pezones, provocándome una pequeña descarga de dolor—. Respóndeme.

Con la boca seca, asentí.

Me recorrió ambos brazos con sus manos ásperas mientras me los subía y luego me sujetó las muñecas.

—Desde entonces he estado hambriento de ti. —Recorrió mi cuello con sus labios ansiosos y me acarició el pecho desnudo con una mano. Dejó de besarme y me chupó un pezón, y, al tirar ligeramente de él con los dientes, me arrancó un gemido. Sin dejar de agarrarme con una mano, deslizó la otra por debajo de la falda y se quedó inmóvil.

Sonreí y me mordí el labio por lo que había descubierto.

—He pensado que sería más práctico ir sin ellas.

—Me cago en la puta. —En cuanto su dedo entró en contacto con mi carne sensible me arqueé hacia él y dejé escapar un gimoteo silencioso, con cuidado de no emitir ningún sonido que hiciera eco en la rotonda—. Si alguna vez te presentas así en clase, te llevo a un lado y te azoto el culo.

—¿Es una amenaza o una promesa?

Gruñó y me dio un azote, como para reafirmar sus palabras. El dolor me ardió en la nalga y me sacudí contra él con un suave gemido. Él retomó sus suaves caricias sobre mi carne necesitada, que sufría y palpitaba por sentir sus dedos.

Volví a mirar el espejo y vi que tenía la boca entreabierta y el deseo febril reflejado en la cara mientras jugaba conmigo. Aquel hombre me tenía absolutamente embriagada.

Como si se hubiera dado cuenta de lo que me había llamado la atención, se giró hacia el espejo.

—¿Te gusta mirar?

Asentí, pasándome la lengua por los labios.

Con dos dedos, se abrió paso entre la humedad y sentí cómo se estremecía.

—Mira cómo se rinde tu cuerpo cuando estoy dentro de ti.

Solté un suspiro tembloroso cuando me subió la pierna hasta su cadera. Con la mejilla pegada a la mía, me obligó a mantener la cabeza erguida para que siguiera mirando al tiempo que me subía la falda, dejando al descubierto mi pierna flexionada y ofreciendo una vista clara de mi carne desnuda.

—Ahora está rosado y perfecto, pero cuando haya terminado contigo estará rojo e hinchado.

Sus palabras se quedaron enraizadas en mi cabeza mientras le oprimía los dedos.

Le dejé marcadas las uñas en el bíceps y traté de mantenerme erguida a pesar de que las rodillas me fallaban.

Apoyé la coronilla en la pared mordiéndome el labio mientras salía y entraba, curvando los dedos dentro con cada embestida. Los sonidos húmedos resonaban alrededor y dentro de mi cabeza, y llenaban mi mente de imágenes lascivas de nosotros dos. Aceleró el ritmo mientras frotaba con el pulgar aquella bolita de nervios

eléctrico, y me arrancó un gemido ahogado. Con los ojos cerrados, me concentré en el vaivén de sus dedos y en el chapoteo húmedo de los fluidos que goteaban y se deslizaban por los muslos.

—¿Lo oyes, Lilia? Tu coño ansioso está llorando por mí. Mira cómo me has dejado los dedos.

Me giré hacia el espejo, donde vi que me levantaba la falda para que tuviera una vista sin obstáculos del brillo que le había dejado mi excitación.

—Estoy así por ti —susurré.

Un sonido profundo y sarcástico de diversión me hizo estremecer.

—No quieras saber lo que me provocas tú a mí, polillita. —Metió los dedos tan dentro de mí que me puse de puntillas y dejé escapar un gimoteo cuando presionó el pulgar sobre mi clítoris sensible. Me arañó la mandíbula con los dientes—. Esto es lo que veo por las noches cuando estoy empapado en sudor y me masturbo pensando en ti. —Un beso detrás de la oreja—. Me corro tan fuerte que me es imposible respirar después.

Sus palabras soeces se me enredaban en la cabeza como demonios danzando, tirando de los hilos con fuerza. Tan fuerte que me temblaban todas las células del cuerpo mientras me frotaba contra sus dedos, desesperada, ardiente y necesitada.

—Eso es. Córrete para mí.

La profunda y creciente necesidad que él había despertado en mí escapó en un sollozo sin lágrimas mientras relajaba los músculos y un placer abrumador me recorría las venas. Eché la cabeza hacia atrás, con la boca abierta para emitir un grito que él contuvo con la palma de la mano. En una explosión cegadora, sucumbí a las oleadas de éxtasis que me recorrían los músculos con pulsaciones febriles. Me temblaron las rodillas, pero él me sostuvo mientras

movía los dedos en círculos, extrayendo las últimas gotas de mi orgasmo.

—Buena chica —susurró, con la mano todavía pegada a mi boca. Volvió a girarme la cara hacia el espejo, donde me vi con los párpados entrecerrados y una postura débil, como si estuviera borracha. Me dio un beso detrás de la oreja y lentamente retiró los dedos, que brillaban por mis fluidos—. Voy a follarte hasta que pierdas el sentido.

En el reflejo del espejo lo vi meterse los dedos en la boca y un sonido áspero de satisfacción retumbó en mi oreja cuando apoyó la cabeza en el hueco de mi cuello. Respiró contra mí un momento, cogiéndome el cabello con el puño y temblando, como si estuviera intentando mantener el control.

—Sabes a inocencia, Lilia. Un buen hombre se alejaría de ti ahora mismo.

—¿Y tú eres un buen hombre?

En lugar de responder, me levantó en brazos y me llevó hasta una de las mesas de estudio, donde me tumbó. Después de apoyar los talones en el escritorio, con las piernas completamente abiertas para él, me miró con el mismo brillo reverente en los ojos que la noche anterior en su despacho.

Nunca había hecho nada sexual en un lugar público, donde la gente iba y venía solo un piso más abajo. Se me encogió el vientre por la emoción que me recorría el cuerpo. Aunque la puerta estaba cerrada con llave, fantaseé con que alguien entrara y nos pillara, que me viera a mí expuesta ante él como un sacrificio.

Se pasó la lengua por los labios y se inclinó hacia delante. Recorrió la carne sensible con un largo lametón y yo me arqueé, con la boca abierta para lanzar un grito que no pude soltar.

Él gimió y gruñó mientras me succionaba el clítoris, pero yo

quería más. No tanto algo físico, sino conexión emocional. Tenerlo dentro y encima de mí, y que me sintiera tanto como yo lo sentía a él.

—Devryck —susurré—, necesito más, por favor.

Negó con la cabeza y suspiró.

—No puedo, Lilia. Menos aún si apenas tienes experiencia.

Un destello de vergüenza me calentó las mejillas.

—Ya te he dicho que no soy virgen ni nada de eso. Solo que mi primera vez… no fue nada espectacular. Me dolió. Sangré. Y probablemente fue cosa de un minuto y medio. Lo hicimos varias veces y después desapareció.

—¿Desapareció?

—Lo pillé tirándose a otra chica detrás del cine.

Al decirle aquello, se quedó quieto antes de aspirar con fuerza y frotarse la cara con la mano, como si estuviera reflexionando, dándole demasiadas vueltas, luchando consigo mismo.

—Seas virgen o no, la realidad es que no soy un amante delicado. No quiero hacerte daño. —Me recorrió de arriba abajo con una mirada intensa, y una expresión de dolor le cruzó el rostro fugazmente—. Pero es que con solo mirarte se despiertan mis impulsos. Esta necesidad voraz de tomar lo que quiero.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, sin saber qué decir. Lo único que sabía es que no quería que parase. A pesar de su advertencia, todavía lo deseaba. *A él.* Estaba desesperada por saciar esta curiosidad que ardía en mi interior. Por lanzarme de cabeza hacia aguas desconocidas.

—Entonces toma lo que quieras.

Con el ceño fruncido, me miró desde arriba.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Bajó la vista y echó los hombros hacia atrás, como si estuviera reflexionando sobre el asunto. Sin duda, calculando el riesgo y las consecuencias, algo propio de su mente analítica.

Dio un golpe seco con el talón de la mano a mi lado, en el escritorio, y, con un gruñido de frustración, se puso recto; el tintineo de su cinturón sonó como una pequeña victoria. Se desabrochó los pantalones y entonces me di cuenta de que estaba ocurriendo de verdad. Iba a follarme a mi profesor.

Se los bajó y liberó aquella polla monstruosa.

Tragué saliva con fuerza mientras la miraba fijamente, erguida y erecta, pesada y lista para penetrarme. La física me decía que nunca podría meterme aquella cosa sin sufrir daños serios. La sostenía como un arma letal, provocándome con ella, y me dejó tan desesperada como aterrada por saber cómo sería tenerla moviéndose en mi interior.

—Te aseguro que esto no va a durar un minuto y medio. No soy ningún adolescente que se corre en cuanto mete la polla en caliente. Soy un hombre que folla duro y disfruta plenamente del tormento de retrasar el placer. Vas a acabar dolorida. Y espero con todas mis putas fuerzas que desees esto, Lilia, porque vas a odiarme cuando acabe.

—¿Por qué? ¿Tú también vas a desaparecer?

—No creo que sea capaz de mantenerme alejado de ti después de esto. Pero déjame aclarar una cosa. —Me agarró por el cuello y siseó con los dientes apretados—: Yo no comparto. Si alguien se atreve siquiera a *mirar* este coño, disfrutaré diseccionándolo, empezando por los ojos.

Parecía que los celos por el beso inesperado de Spencer no se habían disipado aún, y, al igual que la vez anterior, sus comentarios no deberían haberme hecho sentir mariposas en el estómago. La

posesión en su voz debería haberme hecho correr en dirección opuesta. Pero había conocido a muchos tipos malos a lo largo de mi vida. Tíos repugnantes y babosos que se aprovechaban de las chicas y al final les importaban un comino. Chicos que hacían daño a chicas por puro placer egoísta, que después las dejaban de lado, como si fueran trapos viejos e inútiles.

Devryck estaba hecho de otra pasta. Como él mismo había dicho, era un hombre, no un niño, y de los que rompen las reglas acostándose con sus alumnas, pero lo hacen con cortesía, dando placer antes de recibirlo. ¿Era malo? Supongo que eso aún estaba por determinar, pero estaba dispuesta a correr el riesgo, a dejar a un lado mi orgullo solo para sentir el tipo de pasión que solo había leído en los libros. Quería sentir sus manos ásperas y sus dientes, su sudor en mi piel.

Cuando extendí la mano hacia él, me apartó el brazo con suavidad y se masturbó delante de mí, moviendo la mano arriba y abajo por la polla de una forma que me dio tembleque de muslos por la anticipación.

—Muéstrame lo que no debería desear. Que duela.

Tragué saliva con dificultad y me pasé los dedos por el dolor palpitante que tenía entre los muslos. Mirándolo a los ojos, me metí dos dedos y observé cómo se le marcaron las venas del cuello.

Mientras seguía acariciándose su miembro duro, se humedeció los labios con un brillo voraz en los ojos.

—¿En qué piensas por las noches, cuando tienes los dedos metidos hasta el fondo del coño? Dime lo que quieres.

Una necesidad insaciable se apoderó de mi vientre, formando espirales ardientes.

—Quiero…

—Te tiemblan los muslos. Dilo.

—Quiero tu polla.

—Por eso te has puesto esta falda, ¿eh? Por eso provocas a tu profesor hasta volverlo loco. *Necesitas* que te follen, ¿verdad?

—Sí.

Abrió el envoltorio de un condón que se sacó del bolsillo y observé fascinada cómo lo deslizaba por toda la longitud de su polla hinchada y hambrienta. Cuando se alineó con mi agujero, se detuvo y bajó la cabeza. El conflicto se hizo evidente en la tensión de sus músculos.

—Hazlo, por favor. —Lo deseaba tanto que me dolía físicamente.

—Joder, Lilia. Me cago en ti. —Se introdujo en mi interior y se me escapó un gemido. Él atrapó los sonidos con la palma y yo respiré con dificultad por la nariz—. Chiiis. Poco a poco.

Con los puños apretados a los lados, asentí.

—Voy a ir despacio. Te prometo que no voy a empujar hasta el fondo hasta que estés lista y dilatada.

Respiraba con dificultad por la nariz y él me tapaba la boca con la mano. Con pequeñas embestidas, se adentraba más y más. Más y más. Los músculos se me tensaban con su rígida intrusión.

—Joder, qué prieto lo tienes —dijo, con la respiración entrecortada—. Un poquito más. —Centímetro a centímetro, me llenó y me dilató, y la presión dentro de mí aumentaba, dándole la bienvenida a regañadientes, hasta que por fin, con un doloroso pinchazo, se acomodó por completo.

Con los puños apretados a los lados, seguí respirando con dificultad por la nariz mientras notaba la vertiginosa plenitud de su polla dentro de mí. Estaba tan tensa que me sentí mareada cuando se me relajaron los músculos. «Dios, no te desmayes».

Encorvado sobre mí, se quedó quieto, con la cabeza apoyada en mi hombro, los músculos rígidos y temblando por lo que imaginé que

sería energía reprimida y frustración a punto de desbordarse sobre mí.

—¿Estás bien?

—Sí —susurré, y él levantó la cabeza, echó las caderas hacia atrás y luego volvió a empujar hacia delante.

—Necesitaba esto —dijo con voz ronca, con la mandíbula tensa y apretada mientras movía las caderas contra mí con tanta intensidad que me robaba el aliento—. No puedo explicarte lo mucho que necesitaba follarte, Lilia.

Un sonido torturado me brotó de la garganta, apresado por su mano, y volvió a penetrarme con embestidas bruscas y poderosas. Estaba arrasando conmigo, tal y como había prometido, pero cada envite llegaba con suavidad. Le clavé las uñas en los brazos para aferrarme a él y algo dentro de mí se transformó.

Sentí su cuerpo contra el mío, el vigor de sus músculos tensos, su piel resbalando con la mía, activando un zumbido en mis nervios. Las respiraciones entrecortadas y silenciosas. Los dedos que se aferraban con desesperación y el temblor de los brazos y las piernas. Estaba en todas partes. Por mi piel y dentro de mí, aferrándose a mis huesos y músculos. Moviéndose como las olas violentas del océano, ese mar profundo y cambiante que me atraía como las mareas.

Una fuerza de poder aterrador.

Giré la cabeza hacia la ventana de al lado y vi las estrellas, que brillaban constantes en un mundo que parecía estar saliéndose de control. El tiempo se licuó entre nosotros, ondulando en corrientes lentas que se doblaban y se mecían con nuestro cuerpo cubierto de sudor. Yo me resbalaba, caía, me sumergía en sentimientos que nunca había experimentado con nadie.

La opresión de mi pecho prometía un dolor implacable, pero no

me importaba. Lo deseaba. Lo necesitaba. Incluso a riesgo de que él también me rechazara.

Y me odiaba por aquello. Odiaba estar tan hambrienta de pasión, tan necesitada de sentir tanto a la vez que incluso me imaginé que le dejaba abrirme en canal, como a uno de sus cadáveres, y, de alguna forma, resucitarme con sus manos expertas.

Era demasiado y no era suficiente.

La conmoción de todo lo que sentía en aquel momento me empañó los ojos de lágrimas. ¿Qué eran aquellos sentimientos, extraños y desconocidos, que se estaban apoderando de mí?

—Lilia —susurró y me acarició la parte superior de la cabeza con la mano con la que me mantenía en silencio. Bajé la mirada y me encontré sus ojos llenos de preocupación—. ¿Te estoy haciendo daño?

—No. Es que… estoy sintiendo… muchas cosas. —Se me escapó una risita entre lágrimas mientras intentaba controlar mis emociones —. Lo siento, es solo que no sé qué hacer con todo esto.

—El sexo siempre debería hacerte sentir. Déjate llevar.

Me resbaló una lágrima por la sien y asentí con la cabeza.

Él me la secó con el pulgar y reanudó sus embestidas, sujetándome la cabeza.

—Mírame a los ojos, Lilia.

Las lágrimas se me deslizaban por las sienes mientras lo veía observarme desde arriba, ambos sosteniéndonos la mirada, estrechamente entrelazados. ¿Podría haber sido más perfecto? ¿Podría haber conocido a otra alma de forma tan íntima como en aquel momento, con los dos tan unidos? Atrapados por el éxtasis y la vergüenza de saber que habíamos traspasado la frontera prohibida y que no había vuelta atrás.

Se oyeron voces y pasos acercándose y se detuvo. El pomo de la

puerta se movió y yo me tapé la boca con la mano sin atreverme ni siquiera a respirar.

Él me levantó en brazos, me llevó a la penumbra de la habitación y allí me empujó contra la pared.

—Creía que habías dicho que aquí no subía nadie —susurró.

—Nunca he visto a nadie subir —respondí, también susurrando.

Las voces intrusas se oyeron más alto, señal de que estaban justo al otro lado de la pared.

Devryck me tapó la boca con la mano, sujetándome contra la superficie de madera, que se me clavaba en la columna vertebral, con el glande en mi agujero empapado.

—Hay una colección completa de la historia de Dracadia aquí arriba —dijo una de las personas—. Podría tirarme horas leyendo esos libros.

—Uf, qué friki eres. —La otra soltó una risita—. A todo esto, ¿qué estás buscando?

Mientras parloteaban, sentía la polla de Devryck empalándome, palpitando con impaciencia. Apoyó la frente contra mi hombro, con la respiración temblorosa y cálida esparciéndose sobre mi piel.

Lentamente me deslicé hacia abajo. Más abajo. Hasta que me introduje su polla de nuevo, y, cuando me arqueé, me apretó la boca con más fuerza.

—Chiiis —susurró mientras me penetraba con pequeñas embestidas, con los ojos ardientes de una voracidad que se negaba a ser sofocada. Un deseo febril me bullía en las venas y clavé las uñas en sus hombros musculosos.

Me folló mientras los dos desconocidos, al otro lado de la pared, hablaban de historia, de sus horarios de clase y otras cosas banales.

Me giré lo justo para vernos a los dos en el espejo.

La raja entre las nalgas cada vez que empujaba hacia delante. La

tensión de los músculos y el cuello, y la fuerza de los muslos con cada embestida controlada y cada balanceo sinuoso de caderas.

La belleza cruda de nuestro polvo imprudente se reflejaba como una imagen oscura que quería enmarcar en mi mente.

Empecé a respirar entrecortadamente, tensando los músculos, asimilando la hinchazón de su polla mientras me llenaba.

Apretó los dientes, con la mandíbula en tensión. El sudor brillaba en su cuerpo rígido. Me estaba destrozando desde dentro.

Cuando los pasos por fin se alejaron, soltó un suspiro tembloroso y se abalanzó sobre mí con más fuerza. Más rápido. Los golpes contra la pared marcaban su fervor.

La tensión se propagó dentro de mí. Se retorcía y se encogía mientras me acercaba al límite de algo maravilloso. Un dolor profundo y punzante floreció en mis músculos tensos y me arqueé hacia él, rindiéndome a su destrucción apasionada. Él gimió y gruñó, sujetándome con más fuerza, follándome como una bestia salvaje. Cada vez más rápido.

—Joder. ¡Joder! —Con la boca abierta, apretó los ojos y soltó un suspiro de alivio. Las largas venas del cuello le palpitaban con cada sacudida trepidante de las caderas. Temblaba tanto que pensé que me iba a soltar. Una mirada de dolor y éxtasis se apoderó de su rostro mientras me observaba y me llenaba con su descarga.

Le acaricié el cabello húmedo, observando cómo lo invadía la euforia, y la concentración y la intensidad con la que sucumbía al clímax. Era lo más hermoso que había visto jamás.

Algo cambió y electrizó el espacio entre los dos. La sombra de una chica joven e ingenua se escapaba con cada respiración entrecortada que salía de mí. Ahora era diferente. Me había convertido en algo que no reconocía, mucho más vulnerable. Expuesta. Me pregunté si sería capaz de ver en mis ojos el patético

encaprichamiento que, seguro, me brillaba en la mirada. Aún embriagada por lo que habíamos hecho, aparté la vista, pero me giró la cara y me plantó los labios en la boca. Me deslizó por la pared hasta bajarme al suelo.

—Eres increíble —susurró en mis labios y se quitó el condón usado.

Observé completamente embelesada mientras le hacía un nudo en el extremo, con los ojos muy abiertos ante la cantidad de fluido que contenía.

—Madre mía, con esa cantidad de semen podrías fecundar a un pueblo entero.

Con una sonrisa ladeada, tiró el condón en una papelerita.

—Esperemos que el equipo forense no sea el que vacíe la basura.

Le sonreí.

—El servicio de limpieza viene sobre las diez. Tal vez deberíamos cerrar la bolsa para ahorrarles la imagen.

—Lo haré… cuando acabe contigo.

Me agarró del brazo, nos llevó hasta el suelo, me acercó a él y, sujetándome entre las piernas, con la espalda contra su pecho, me rodeó con los brazos.

—Dime que estás bien, que no te he hecho daño.

—No me has hecho daño.

—¿No te duele nada?

Notaba una molestia palpitando entre los muslos, cruda y punzante, como si me hubiera desgarrado.

—No he dicho eso. Solo he dicho que no me has hecho daño.

Suspiró de alivio y enterró la cara en mi nuca.

—Esta noche ya no, pero volveré a follarte. —Quizá fue algo instintivo por su parte deslizar la mano entre mis muslos y cubrirme

el coño con la palma. No me exploró ni me acarició, solo la dejó allí, con la base de la mano apoyada en el hueso púbico. Me pareció salvajemente posesivo y, de algún modo, excitante al mismo tiempo, como un bálsamo contra el escozor que me había dejado su intrusión. Exhaló en mi nuca y me besó el borde de la oreja—. Nunca había sentido nada tan intenso. Cada momento contigo es algo nuevo para mí.

—Para mí todo es nuevo también.

Respiramos juntos en aquel rincón oscuro, nuestro oasis de tranquilidad, y me empapé de lo que habíamos hecho.

—¿Qué era lo que querías enseñarme?

Parecía casi demasiado morboso para aquel momento, pero aun así busqué mi bolso y saqué el móvil. Rápidamente revisé las fotos y encontré la que había sacado del cráneo con los dientes de piedra negra.

—Tengo curiosidad por esto.

Se movió para quitarme el teléfono de la mano y se lo acercó a la cara.

—A menos que mis conocimientos sobre la historia de Dracadia me fallen, parece el cráneo infantil de la tribu cu'unotchke.

—¿Los nativos que habitaban en la isla hace siglos?

—Sí. ¿Ves estas piedras negras de aquí? —Me rodeó con el brazo y las señaló en la pantalla—. Las afilaron para que sirvieran de dientes. Cuidado dental primitivo.

—¿Eran caníbales?

—Algunos creían que sí. Se decía que tenían ojos plateados y reflectantes, y colmillos de bestia.

—¿Noctisoma?

—Sospecho que sí.

Las piezas iban encajando, formando una imagen que me dejó

preguntándome cuál era la conexión entre la piedra y el noctisoma.

—¿Crees que las piedras cumplían otra función?

—¿Como cuál?

—Briceson me ha contado que han extraído una sustancia química nueva de las piedras negras, casteyón. La han encontrado en las mollejas de las gaviotas y los cuervos. El profesor auxiliar ya nos ha contado que algunos pájaros tienden a no infectarse con noctisoma.

Me devolvió el teléfono y me acercó a él, como había hecho antes.

—Es una teoría interesante. Tal vez podrías plantearte ahondar en ella mientras estés aquí.

—¿Y tú no? ¿Qué pasa si es la cura para el noctisoma?

Me besó la sien.

—No busco la cura para el noctisoma. El organismo tiene un gran potencial como antineoplásico, antimetabolito y antioxidante. Y, por supuesto, para terapias autoinmunes.

—Sí, claro, pero puede resultar efectivo para quienes *no* quieren infectarse con el propio gusano.

—Tal vez. Y te animo a que establezcas una hipótesis. Quizá algo que puedas plantearte para una tesis algún día. Podría recomendarte algunos recursos, si quieres.

¿Para una tesis *algún día*? Sonaba a una promesa sin cumplir que haría un padre. ¿Por qué usaba ese tono tan condescendiente?

—Pues sí. De hecho, me gustaría. —No pretendía que mis palabras sonaran tan bruscas, pero mi madre había muerto por la infección. Si alguien hubiera investigado aunque fuera una mínima posibilidad de una antitoxina, habría estado dispuesta a suministrársela.

Apretó los brazos a mi alrededor.

—Estás enfadada.

—No estoy enfadada. Estoy… frustrada.

—No te culpo, pero mi condición no me permite dedicar mucho tiempo a explorar otras vías, por muy nobles que sean.

Suspiré al recordar la causa de su investigación.

—Lo sé. Yo podría estudiar gastrolitos y piedras negras, y tú dedicarte a la toxina, y luego comparamos los estudios cada noche en la cama.

—*Después* de follar, supongo.

Le acaricié suavemente el brazo con las uñas.

—Por supuesto. Nadie quiere hablar de gusanos en el *durante*. Es asqueroso.

—Sí. Y, además, solo puedo pensar en una cosa cuando te quitas las bragas. —Deslizó la mano por mi muslo y me dio un ligero apretón.

—Tal vez algún día tengamos una cita en condiciones.

—¿Te refieres a actividades más allá del sexo?

—Estaría bien comer algo de verdad y quizá dar un paseo romántico después.

—Siempre me doy un buen festín cuando estamos juntos. —Me rozó el borde de la oreja con los dientes y yo incliné la cabeza, sonriendo al sentir el cosquilleo en la piel—. Pero, si te gustaría tener una cita, veré qué puedo hacer.

—¿Verás qué puedes hacer? —Pasándome la lengua por las muelas, giré la cabeza hacia un lado de golpe—. En mi opinión, eso suena a que estás escurriendo el bulto. Profesor Bramwell, si no tiene cuidado, los alumnos de primer año de mi clase de exposición podrían adelantársele.

—¿Alumnos de primer año? —refunfuñó—. Dudo que les haya salido pelo siquiera.

Me di la vuelta soltando una risita y puse las piernas sobre las suyas.

—¿Está usted celoso?

La sonrisa sombría de su rostro se tornó seria y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Los celos son una emoción de niñatos inexpertos que acaba en resentimiento y narices ensangrentadas. Lo que siento por usted, señorita Vespertine, *destruiría* vidas. —Con la palma en mi mandíbula, me besó con fuerza y me mordió el labio para enfatizar su postura.

Ocultos en nuestro rinconcito de paz, exploró mi cuerpo con las manos, los labios y la lengua, hasta que estuve exhausta y sin fuerzas. Justo antes de las diez, recogimos nuestra ropa y salimos de la rotonda por separado, para no levantar sospechas. Me acompañó hasta la parada del autobús y regresé a la residencia con una sonrisa en los labios.



55

Lilia

Pasó otra semana y no me di cuenta.

Escabullirme con Devryck se había convertido en mi juego peligroso favorito. Las miradas lascivas en clase, el roce de manos al cruzarnos en el patio. Los besos robados detrás de edificios y en clases vacías. En los rincones oscuros, escondidos de las miradas indiscretas, éramos más que profesor y alumna. Éramos algo prohibido. Una pasión escandalosa y un anhelo doloroso envueltos en un fuego ardiente demasiado intenso para sofocarlo.

Por las noches, nos encontrábamos en secreto en los lugares más oscuros. A veces en su laboratorio, en su despacho o en la parte alta de la torre del reloj, cualquier sitio cálido, escondido del resto y sin cámaras. Después de follar, sacaba sus libros y estudiábamos en silencio, desnudos, hasta que llegaba la hora de volver cada uno a su dormitorio. Tres días antes habíamos quedado en nuestro rinconcito secreto en la rotonda, donde me había

ayudado a estudiar para mi examen de parasitología, haciéndome preguntas mientras yo cabalgaba su polla.

El sexo era más fácil, más emocionante, y me sentía mucho más en armonía con mi cuerpo que nunca. Me enseñó cosas que no sabía de mí misma, desbloqueando fantasías oscuras escondidas en lo más profundo de mi mente que siempre temí que fueran una anomalía extraña. Me sentía a salvo contándoselas a él, como el deseo de que me atara las manos y me agarrase por el cuello, y disfrutaba de las noches en las que las satisfacía mientras me susurraba secretos soeces al oído. A veces era brusco y áspero, y usaba mi cuerpo para desquitarse de las frustraciones del día, pero después se tumbaba a mi lado y me recorría los contornos de los huesos con caricias suaves, diciéndome lo guapa que era. Sabía que lo que sentía por él había evolucionado a algo completamente desconocido.

Una hermosa complejidad que era tan pura y excitante como prohibida.

Y, tras todo lo sucedido, el estrés que me atormentaba solo unas semanas antes se desvaneció y dio paso a la calma. Parecía que Spencer por fin había entendido las cosas, dado que no se había molestado en acercarse a mí desde el día del pasillo. Lo había visto con Kendall más a menudo y me había esforzado por saludarlo cuando nos cruzábamos por el campus, a lo que él respondía con incomodidad.

Pagué toda la matrícula de Bee, lo cual alivió un poco la tensión de mi relación con Conner, y sin ese peso encima era capaz de centrarme en mis estudios y bordar los exámenes. Las miserables cuatro horas de sueño que conseguía dormir normalmente se habían convertido en seis y había tenido que empezar a poner la alarma para asegurarme de que me despertaba a tiempo cada mañana.

Me olvidé del mundo exterior, más allá de las puertas de

Dracadia.

Si el cielo existía, yo lo había encontrado en aquellos pasillos antiguos y oscuros, bajo cielos fríos y neblinosos con hojas otoñales mojadas que se me pegaban en la suela de las botas; en el aroma a café y a libros viejos. Y en él, mi profesor malhumorado y guapísimo.

Sentada en mi escritorio, hojeé uno de los libros sobre la tribu cu'unotchke que había sacado de la biblioteca Adderly. Aunque a la mayoría de los estudiantes no se les permitía sacar aquellos textos, Kelvin me había dejado llevármelo con la promesa de que lo devolvería enseguida. Esperaba aprender más sobre los dientes de roca negra, pero la mayor parte de lo que había leído hasta ese momento eran relatos populares sobre la tribu: supuestamente cazaban a los temerosos de Dios y depositaban serpientes malvadas en las tripas de los buenos cristianos.

Al oír que llamaban a la puerta, fruncí el ceño y cerré el libro. Una sorpresa repentina me sacudió cuando abrí y vi a la profesora Gilchrist.

—Señorita Vespertine, ¿puedo pasar?

No sabía por qué de repente me sentía como en una de esas películas de vampiros, debatiéndome sobre si *debería* invitar al demonio de la noche a entrar. ¿Acaso era normal que un profesor fuera a la habitación de un alumno? No había visto a nadie recibir la visita de un profesor.

—Claro. —Me hice a un lado para dejarla entrar en el cuarto y miré por todo el espacio por si había olvidado guardar algo personal.

Una vez dentro, cerró ella la puerta y cruzó los brazos a la espalda.

—Señorita Vespertine, llevo un tiempo dándole vueltas a una cosa. Y he llegado a la conclusión de que lo mejor es confesarlo.

—Vale. —Me mordí el interior del labio para ocultar mi

nerviosismo.

—Sé que la mujer del estudio que escribiste era tu madre. —Atravesó la habitación y se quedó mirando la foto en la que salíamos Bee, mi madre y yo—. En cuanto te vi fue como si la tuviera delante de nuevo.

—¿Conocía a mi madre?

—Cuando oí hablar del Proyecto Crixson por primera vez, yo era estudiante. En aquel momento no tenía muy claro qué dirección tomar. Solo sabía que quería dedicarme a una ciencia dinámica, y el Proyecto Crixson tenía un gran potencial. Me contrataron como asistente de laboratorio y secretaria del doctor Warren Bramwell. —Se giró hacia mí, recorriendo mi habitación con la mirada, como si buscara algo para examinarlo—. A las participantes involucradas se les pagaba generosamente. En muchos casos, una suma de las que te cambian la vida. Tu madre formaba parte del grupo de control. Dado que era una dracadiana nativa que había vivido aquí toda la vida, el doctor Bramwell planteó que tal vez tuviera una resistencia natural a la toxina. En retrospectiva, tenía razón, pero eso no fue lo más llamativo de su participación en el estudio, sino el embarazo.

Yo ya había deducido eso por mi cuenta y había llegado a la conclusión de que esa fue la razón por la que abandonó el estudio. Lo que no me quedaba claro era si había sido algo voluntario o no.

—Una noche, el doctor Bramwell me pidió que me quedase después para registrar algunos datos. Mientras tecleaba distraídamente, oí a tu madre hablar con cierto doctor sobre sus *indiscreciones*, que la habían llevado a aquel dilema.

«Dilema». En otras palabras, *yo*.

Una náusea espesa me revolvió el estómago al imaginar la posibilidad de que se estuviera refiriendo al doctor. Algo así habría convertido al profesor Bramwell en mi medio hermano.

—Él la instó a que abortara.

Mientras continuaba, el pulso se me aceleraba con impaciencia, esperando el maldito remate de aquel chiste.

—Ella le dijo que necesitaba pensárselo. Entonces dejó el estudio y nunca regresó.

—¿Qué doctor? ¿Quién la dejó embarazada? —pregunté por fin.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Venga ya. No pensarás que te entregaría una información tan comprometida sin nada a cambio.

Por supuesto que no, pero no podía ni imaginar qué tipo de intercambio estaría buscando.

—¿Qué quiere?

—Quiero que termines el semestre y te marches sin hacer ruido.

Con una sola exhalación, me quedé sin fuerzas. Sin alma. Como si me hubiera metido la mano en el pecho y me hubiera arrancado el corazón. ¿Dejar Dracadia, el lugar que se había convertido en mi refugio, mi santuario? No podía.

—Usted fue la que me trajo aquí.

—Cometí un error.

—Esto es por el profesor Bramwell, ¿a que sí?

Sus labios se crisparon como si fuese a sonreír, y cruzó la habitación hacia la ventana frente a mi escritorio, que daba al mar.

—Es un profesor excepcional, ¿sabe? Nunca ha mostrado el menor interés por ninguna estudiante del campus. Por eso no me creí aquella historia tan ridícula sobre la chica esa, Harrick. Era como si ni siquiera se fijara en ellas. —Cuando se giró, el humor en su rostro se había desvanecido—. Al menos hasta que apareció usted.

—No tenemos nada…

Levantó la mano para interrumpirme.

—No me insultes. Aunque el resto del campus se haga el tonto,

te aseguro que vuestros encuentros no han pasado desapercibidos.

Alguien había tenido que esforzarse por vigilarnos, porque éramos muy discretos. Ni siquiera habíamos intercambiado mensajes de texto, porque Bramwell no quería dejar ningún rastro de pruebas que alguien pudiera usar en nuestra contra.

—¿Por qué hace esto? Él ya ha dejado claro que no está interesado en tener una relación con usted.

Con las manos en la espalda, se rio.

—Si eso fuera cierto, no me habría hecho una visita bastante *especial* ayer. —Hice una mueca ante la insinuación.

—¿Cuándo?

—Anoche. —La mujer debía de estar loca, porque los dos habíamos pasado toda la noche juntos en su laboratorio.

Sin embargo, decirle que estaba mintiendo no me iba a llevar a ninguna parte.

—Profesora, volver no es una opción. En Covington no tengo nada. Y mi situación familiar se ha vuelto inestable tras la muerte de mi madre. No puede hacer esto.

—Sí que puedo. Una reunión con Langmore será suficiente.

No sabía lo que significaba aquello. En qué política se basaba para que eso fuera una posibilidad real. Solo sabía que irme no era una opción. En aquel momento no.

—Si fuera así de fácil, no estaría aquí haciéndonos perder el tiempo. Está mintiendo.

Por un instante pensé que saldría de mi dormitorio por esa puerta y se dirigiría directamente al despacho de Langmore para demostrarme que estaba equivocada. Esperaba una sonrisa de satisfacción y la patética explicación de que me estaba dando una alternativa.

Nada de eso sucedió.

Lo que demostró que tenía razón. Había descubierto su farol.

Metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó una memoria USB.

—Esto podría acabar con mi carrera. O peor. Así que necesito algo más que tu estúpida promesa de mantenerte alejada de Devryck.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber quiénes son los miembros de Anon Imus.

Sin duda, esa no era la información importante que yo imaginaba que estaba buscando. Aunque era tentador, dada mi aversión por Mel últimamente, no fui capaz de delatarla.

—No lo sé.

—Bueno, te estoy pidiendo que lo averigües. Y, cuando lo sepas, te diré quién es tu queridísimo padre.

—¿Por qué? ¿Qué tienen que ver con usted?

Después de un buen rato mirándome fijamente, tal vez debatiéndose entre decírmelo o no, resopló.

—He recibido una amenaza hace poco. Dicen que sacarán a la luz un escándalo. Necesito saberlo.

Si tuviera que adivinar, seguro que se trataba del extraño vínculo que tenía con Spencer. ¿Qué podría haber sido más escandaloso que mantener relaciones sexuales con el hijo del rector?

—¿Puede al menos decirme si fue Warren Bramwell el doctor que dejó embarazada a mi madre?

Como si de repente se hubiera dado cuenta de mis preocupaciones, me devolvió una sonrisa diabólica.

—Hacemos una cosa. Si me das un nombre, te diré si te estás follando a tu propio hermano.

Necesitaba saberlo. No podía soportar la incertidumbre.

—Vale. Cat, una chica morena con piercings. Es una de ellos.

—Cat —repitió. De todas formas, no me habría sorprendido que

me hubiera dicho que Bramwell era mi padre solo para traumatizarme, pero una corriente salvaje de alivio me atravesó cuando me respondió—: No fue el padre del profesor Bramwell.

«Menos mal».

—Qué juego tan divertido, ¿no? Continuemos, señorita Vespertine.

Negué con la cabeza.

—Me da igual. Me da igual mi padre. Nunca me ha importado. ¿Por qué iba a importarme ahora?

—Estos archivos contienen algo más que tu donante de esperma, te lo aseguro. Pero si no es suficiente para ti, tal vez te gustaría saber cómo acabó tu madre infectada por los gusanos.

—¿Cómo iba a saber usted eso? Pasó hace cuatro años.

—Soy científica. Lo documento todo.

—Creía que los archivos estaban… —dudé si decirlo, no quería arriesgarme a contarle más de lo necesario.

—¿Que esos archivos estaban qué? ¿Guardados en una caja de cartón en las entrañas de esta universidad? Algunos sí. Me encargaron destruirlos. Me robaron algunas cajas antes de llegar a triturarlas, pero escaneé mis propias copias. —Le dio vueltas a la memoria USB para provocarme—. Esto contiene todo lo que falta en esas carpetas.

—¿Solo tengo que darle un nombre? ¿Solo *uno*?

—Ay, querida… Si quieres esto, vas a tener que subirte al siguiente tren que salga de aquí. Hay demasiado en riesgo. —Volvió a guardárselo en el bolsillo y yo seguí con la mirada todos sus movimientos—. Pero te digo una cosa: si me das un nombre revelador esta vez, yo te daré *a ti* otro a cambio. ¿Hecho?

Era cierto lo que yo había dicho. No me importaba saber quién era mi padre, pero quizá me ayudaría a empezar a encajar las piezas

del rompecabezas que aún me tenía desconcertada. En concreto, cómo cojones había acabado infectada mi madre hacía solo cuatro años. Yo suponía que había vuelto a casa para el funeral de su madre y que, de alguna manera, se había infectado. Sin embargo, quizá todo aquello implicara algo más siniestro.

—No les dirá que se lo he contado, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Te doy mi palabra.

—Melisandre. Es la líder del grupo.

Se puso pálida.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Se reúnen en una especie de mazmorra que hay en su habitación.

Se quedó mirando al vacío un momento, se rascó la cara, pensativa, y luego salió rápidamente de su ensimismamiento.

—Muy bien. Dado que has sido tan *servicial*, te devolveré el favor. Tu padre es…

El teléfono me vibró en la cadera, pero no me molesté en mirarlo.

Gilchrist bajó los ojos y volvió a subirlos.

—¿Tienes que responder?

—No. ¿Quién es mi padre? —Dejó de sonar, pero volvió a empezar de nuevo. Gruñí para mis adentros ante la molesta intrusión, sin siquiera echar un vistazo para ver quién podía ser—. Dígamelo ya.

—El doctor Lippincott.

En cuanto dijo el nombre, el mundo frenó en seco. Sacudí la cabeza, tratando de procesarlo, intentando imaginar la posibilidad de que fuese verdad, pero no podía. Era absurdo.

—Miente.

—¿Por qué iba a mentir? Se folló a tu madre, la dejó embarazada

y Bramwell lo echó del proyecto. Tenía tanto miedo de que su mujer lo dejara desamparado que instó a tu madre a abortar. Ella desapareció inmediatamente después.

No podía negar que su versión de la historia tenía sentido, pero había un millón de posibilidades. Alternativas menos traumatizantes, eso seguro.

—Por eso me trajo usted aquí y no deja de insistir en que me reúna con él. No tenía nada que ver con mi ensayo ni con mis estudios.

Sonrió con suficiencia y meneó la cabeza.

—Eres inteligente, eso hay que reconocerlo. Aunque me intrigó tu conocimiento sobre el noctisoma, me pareció insuficiente. Pero no creo que nada de lo que has hecho en tu vida justifique una beca completa para esta institución. Como tú los hay hasta debajo de las piedras, Lilia.

—¿Cómo sabía siquiera quién era yo?

—Solo tuve que buscar tu nombre en Google. Como te he dicho, eres la viva imagen de ella. No hacía falta ser un genio para atar cabos.

Aún aturdida por la conmoción, negué con la cabeza.

—Es usted una persona horrible.

Levantó las cejas y suspiró.

—Antes no era así, de verdad. Hasta que llegaste y lo fastidiaste todo. —Volvió a levantar la memoria USB—. Antes de irte ven a verme. Te daré esto a la salida. —Con una sonrisa digna de una bofetada, salió de mi habitación y cerró la puerta.

Tanto si la información que me había dado sobre mi padre era cierta como si no, no tenía intención de aceptarla ni confirmarla. Mi madre siempre lo había descrito como un hombre taimado y, basándome en lo que me había contado Spencer, quizá fuera la

única verdad que me había contado.

No. No me iba a marchar. No tenía intención de rendirme sin luchar.

Ni mucho menos de alejarme del profesor Bramwell.

No en aquel momento.



56

Devryck

Me pasé el pulgar por el dedo índice y me estremecí al no sentir nada en ese punto. Joder. Acababa de tomar una dosis de la toxina hacía dos días y, con base en la anterior, debería de haber durado una semana o más, el tiempo suficiente para sintetizar más.

En la cúpula de cristal, la polilla a la que Lilia había llamado Patroclo apenas aleteaba en el fondo de la jaula: ya no solo era incapaz de volar, sino que se encontraba en un estado de parálisis constante. La toxina se estaba metabolizando demasiado rápido. Los efectos iban desapareciendo a medida que el cuerpo aprendía a responder a ellos. Debería haber preparado otro sujeto de prueba, pero me había vuelto demasiado confiado.

Un puto arrogante.

Y no tenía tiempo para ir a buscar a Angelo DeLuca, infectarlo y recolectar más toxina, como había hecho con Barletta. Lo único que me quedaba era una sola muestra y lo que había recolectado de

Angela Kepling unas semanas antes, que tal vez ni siquiera fuera viable.

Si quería salvar el estudio, evitar que fracasara, necesitaba encontrar otra víctima. Aquella realidad me pesaba mucho, pero, al mismo tiempo, la única razón por la que había avanzado tan rápido era porque *había* usado sujetos de prueba. Sin ellos, me habría quedado estancado en el cultivo de la toxina en polillas.

Al oír un chasquido en la puerta, me giré con el ceño fruncido y vi a Lilia entrar. Una intrusión inesperada, dado que era pronto por la tarde y ella normalmente no visitaba el laboratorio hasta la noche, pero su presencia fue más que bienvenida.

Cada músculo de mi cuerpo me incitaba a alzarla en brazos, pero, con las manos apretadas por el entumecimiento que aún sentía, no me moví.

La expresión de su rostro cuando se acercó me indicó que algo la preocupaba también.

—¿Qué ocurre? —pregunté, deseando extender el brazo y acariciarle la cara, pero no ser capaz de sentir su piel habría sido como una puta puñalada en el pecho.

Se quedó mirando a la nada un momento, con el ceño fruncido.

—¿Me llevas a algún lado?

—¿Adónde?

—Lejos. Solo necesito salir de aquí un par de horas.

—Conozco un sitio. —Me levanté y le hice un gesto con la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos. Por un momento pareció confundida. Con razón. No la había besado ni abrazado ni ofrecido nada del afecto que le había estado dando la última semana.

Con expresión abatida, me siguió y, después de colgar nuestra bata de laboratorio en los ganchos de la sala de autopsias, la

conduje a través de la entrada de cadáveres hasta la puerta que daba al bosque de detrás de la escuela, donde había dejado mi coche en un pequeño aparcamiento. Le abrí la puerta para que se subiera.

—Madre mía, ¿un Maserati? —preguntó con voz risueña, lo cual era mejor que el tono sombrío de hacía un momento—. Y negro. ¿Por qué no me extraña que el Doctor Muerte conduzca un coche negro con el interior de cuero negro? —Pasó la mano por el asiento mientras se acomodaba.

—Me favorece. —El Ghibli era un coche más deportivo, pero práctico también, ya que tenía asientos traseros, donde dejé mi chaqueta, y un maletero tan grande que cabía un cadáver. Después de rodear el vehículo, me deslicé sobre el asiento del conductor y arranqué el motor.

Ella, absorta en sus preocupaciones, permaneció en silencio mirando por la ventana, lo que aumentó mi inquietud.

—¿Qué es lo que te preocupa? —volví a preguntar, conduciendo por el pequeño carril de tierra que bordeaba el perímetro de la universidad y bajaba por la ladera de la montaña.

—Hoy he descubierto quién es mi padre.

Como no dijo nada más, arqueé una ceja e incliné la cabeza para llamar su atención.

—¿Y?

—No estoy segura de si debería decirlo. En realidad no quiero verbalizarlo. Él no importa. Nunca ha importado.

—Entonces no digas su nombre. —Cambié de marcha para ganar velocidad mientras bajábamos por la ladera de la montaña a unos cien kilómetros por hora. Como si intuyera mis intenciones aventureras, abrió el techo solar e inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados bajo los escasos rayos de sol que se abrían paso

entre las nubes.

No le pedí que me respondiera, ya que yo también tenía la cabeza hecha un caos. En lugar de eso, dejé que disfrutara del silencio, con la fresca brisa marina revolviéndole el cabello y el *Nocturno en mi bemol mayor* de Chopin sonando a todo volumen por los altavoces. A pesar de las temperaturas ligeramente frescas, una extraña sensación de calor se apoderó de mí y pensé que ojalá hubiera optado por una camiseta en lugar de la camisa de vestir. Un dolor punzante me recorría los músculos, aunque no era inusual, dado que la dosis había comenzado a disminuir.

A medida que nos acercábamos a una carretera que me era familiar, reduje la velocidad y Lilia se incorporó en su asiento. Me atreví a girar por el largo camino bordeado de árboles, a pesar de que me invadió una oleada de pánico mientras los recuerdos emergían de los rincones oscuros de mi mente como cadáveres que se levantaban de la tumba.

A mi lado, Lilia miró alrededor, a los árboles oscuros y deteriorados que ocultaban el largo tramo de camino de tierra.

—¿Qué es este sitio?

Detuve el coche justo delante de una verja negra de hierro forjado donde ponía FINCA BRAMWELL grabado en el metal.

—Es donde crecí. —Más allá se alzaba la oscura y lúgubre mansión gótica con sus vidrieras, su pronunciado tejado a dos aguas y su torreón.

El lugar siempre había tenido un aspecto fúnebre, con sus piedras erosionadas y cubiertas de enredaderas, desconchadas y deterioradas, y los jardines descuidados, que mi padre se había negado a mantener después de la muerte de mi madre.

Ella miró por la ventana, me echó un vistazo rápido y volvió a mirar afuera.

—¿Aquí vivías tú?

—Varias generaciones de Bramwell han vivido aquí. Caed y yo casi siempre estábamos fuera estudiando, así que apenas pasábamos tiempo aquí. Pero sí, este era mi hogar.

—¿Te quedas aquí mientras trabajas en el campus?

—No. No he pisado esta casa en una década. Desde que murió mi padre. —Llevaba sin verlo cinco años cuando el abogado de la familia me contactó para que le hiciera una visita. Llevaba algún tiempo en su lecho de muerte, aquejado de la misma enfermedad que yo padecía. Fue el día que me negué a continuar con su trabajo, cuando le dije que con gusto lo vería morir sabiendo que todo acabaría con él—. Pero es mía. El desgraciado me maldijo con ella.

—¿Tu padre no era un buen hombre?

—No. No lo era.

—Así que los rumores sobre lo que hizo… —Se notaba la vacilación en su voz, como si no quisiera arriesgarse a que yo supiera que lo había oído—. Sobre el estudio Crixson. ¿Crees en ellos?

—¿Me estás preguntando si mi padre mató a seis mujeres?

—Te estoy preguntando si mató a mi madre.

No podía mirarla. Mis sentimientos por Lilia eran complicados. Las mentiras con las que la protegía ya no me salían con la misma facilidad que antes.

—No lo sé —respondí con sinceridad. Tal vez nunca había sido tan sincero con ella. Aunque los detalles de la muerte de su madre y del desarrollo de su enfermedad carecían de sentido científico, conocía a mi padre. Sabía de sus tendencias sádicas, su avaricia y sus deseos—. Es bastante probable. Aunque no sé de nadie que haya albergado el parásito tanto tiempo. Ni siquiera puedo investigar las circunstancias. Algunos archivos desaparecieron. Otros muchos

los destruyeron.

—Creo que Gilchrist tiene esos archivos.

Me di la vuelta hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se ha ofrecido a entregármelos si dejaba de relacionarme contigo y me iba de Dracadia.

—¿Esos archivos contienen información sobre tu madre?

—Supuestamente sí.

—¿Y no te has ido? ¿No has aceptado su oferta?

Ella bajó la mirada a su regazo, donde tenía las manos entrelazadas, y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Después de perder a mi madre y de que Bee se fuera a estudiar fuera, me encerré un poco en mí misma y aprendí a encontrar consuelo en la soledad. Se convirtió en mi hogar. El único sitio en el que me sentía segura. Entonces vine aquí. Y te conocí a ti. Y comprendí que estar sola era solo una opción. Este sitio es más que una universidad para mí. —Su agitación salió a flote y se removió en el asiento—. Supongo que podría haberme quedado encerrada en mí misma, como siempre, y seguir siendo una cara fácil de olvidar entre la multitud. Y tal vez así Gilchrist no se habría molestado. O tal vez sí y yo habría vuelto a mi vida solitaria y habría conseguido todas las respuestas que ansío. —Se encogió de hombros y desvió la mirada—. Unas respuestas que ya no importan. —De perfil observé un atisbo de sonrisa asomando en sus labios—. Aunque la decisión la tomé en cuanto te conocí. La de quedarme aquí. Te elijo a ti.

Maldita fuera ella. Y *todo aquello*. ¿Qué coño le estaba haciendo a esa chica? ¿Qué cojones me estaba haciendo ella *a mí*?

Dejé a un lado la repulsiva falta de tacto y le moví la barbilla con el dedo para que me mirara.

—Yo te elijo a ti —dije y, al acercarla para darle un beso, sentí su sonrisa en los labios—. Y créame cuando le digo que no es nada fácil de olvidar, señorita Vespertine.

Di marcha atrás por el camino de entrada, salí a la carretera principal y seguí hacia el extremo norte de la isla.

—Quería preguntarte una cosa. ¿Por qué mujeres? ¿Por qué tu padre eligió exclusivamente mujeres para el estudio?

Durante años había sufrido los rumores de que mi padre no fue diferente a mi tatarabuelo, que había elegido a prostitutas como víctimas. Entonces estudié el parásito y descubrí la razón.

—La toxina responde mejor en mujeres.

—¿Por qué?

—Todavía no lo he descubierto. ¿Por genética? ¿Por evolución? Queda mucho que aprender sobre ello.

—Siento que debería odiar más aún a este parásito. Sin embargo, todo lo relacionado con él me fascina.

Suspiré.

—Bienvenida a mi mundo.

Por fin llegamos a la cala Amorisse y aparqué el coche en el arcén. Después de abrirle la puerta, la conduje por una escalera destartalada hasta la hermosa ensenada, rodeada por los altos acantilados. A lo lejos, a unos ochocientos metros de la costa, se alzaba el arco conocido por los lugareños como el Salto de los Enamorados, que formaba la cola de la isla con forma de dragón.

Lilia me siguió hasta el agua y el impulso de cogerle la mano se vio sofocado por el entumecimiento y el hormigueo en los dedos. Finalmente llegamos a la orilla, que se extendía sobre la arena blanca y las suaves olas grises del océano. Me detuve en un pequeño tramo al que aún no había llegado la marea y ella se acercó a mí, con el viento acariciándole el pelo como si deseara tocarla de

la misma manera que yo.

—Es precioso.

Mientras ella contemplaba el arco, yo la contemplaba a ella.

—El Salto de los Enamorados.

—Recuerdo verlo en un folleto que cogí en el pueblo. No lo he leído aún. ¿Qué historia esconde?

—Una lugareña, la hija de un cacique que se enamoró de un simple pescador dracadiano, pidió permiso a los dioses para casarse con él, y ellos se negaron y lo desterraron de la isla. —Mientras contaba la historia, removí la arena con la punta del zapato y desenterré una concha que recogí y limpié con el pulgar—. Ella se subió al arco para ver partir su embarcación y, de repente, una borrasca la azotó y la estrelló contra las rocas donde ella estaba sentada. Devastada, saltó al vacío. —Le entregué la concha completamente intacta y la observé, tan maravillada como si le hubiera dado una joya asombrosa—. Desde ese día, los dioses apaciguaron las aguas alrededor del arco y le quitaron profundidad para que nadie volviera a perecer en esas rocas. Los indígenas creían que el arco era una puerta al más allá.

Curvó los labios en una sonrisa y el viento le soltó un mechón de pelo que quise capturar con los dedos y colocarle detrás de la oreja, pero no me atreví.

No me atreví porque confirmar que no podía sentir su textura sedosa solo me habría enfurecido.

—Todo en esta isla tiene una historia. Las sirenas de la bahía Hueso. Las ninfas del lago Esqueleto. Y ahora el Salto de los Enamorados. Parece que cada rincón posee algo mágico y terrorífico.

Las olas se acercaban cada vez más. Ella retrocedió, casi tropezando, y yo extendí una mano para sujetarla. Reprimiendo la repulsiva falta de sensibilidad, esbocé una sonrisa mientras ella se

reía.

—¿A qué estás esperando? —pregunté y la solté—. El mar espera.

Me lanzó una mirada, como si pensara que no debería atreverse. Se mordió el labio inferior, formando una sonrisa, y se quitó las botas y los calcetines y los lanzó a la arena seca, detrás de nosotros. Con los pies juntos, respiró hondo y cerró los ojos. Las olas volvieron a alcanzarla con un anhelo que yo mismo sentía latiendo en mi propio pecho.

Saltó hacia atrás dando un chillido y luego avanzó con cautela. Otra ola siguió a la primera y vi cómo sacudía las piernas mientras se levantaba el vestido y dejaba que el agua se acumulara alrededor. Por encima del hombro, me lanzó una sonrisa tan tan hermosa que quise enmarcarla. Capturarla. Estudiar su alquimia. Cómo podía ser una simple expresión tan maravillosa y embriagadora.

Envalentonada, se lanzó hacia delante y dejó que la siguiente ola le mojara los tobillos. Un poco más y la siguiente le llegó hasta las pantorrillas. La observé con asombro mientras dejaba que el mar la sedujera, la hiciera reír como una niña pequeña, bailando, saltando y dando vueltas entre las olas. Fue allí donde mis fracasos y sus preocupaciones se desvanecieron, purificados por la sal, el aire y los sonidos de calma que resonaban en las paredes rocosas de alrededor.

Fue allí donde empecé a preguntarme si lo que sentía por Lilia era algo más de lo que me atrevía a admitir.

Sin embargo, no osé caer en esos pensamientos, porque sabía que el destino y el mundo no regalaban nada tan fácilmente. Nos atraían con un canto de sirena y nos arrastraban a las inevitables profundidades del dolor subsiguiente.

Lilia era un lastre. Una debilidad. La única grieta en mi

armadura, que amenazaba con derrumbar mis defensas. No podía permitírmelo, pues los Cuervos me vigilaban muy de cerca y esperaban noticias de la última variante.

Sin embargo, el resplandor que desprendía era de lo más adictivo. Una calidez que me recordaba lo fría que podía ser la muerte a veces.

Saltó y tropezó con las olas, tratando de levantar el pie del agua. Tras una exploración fallida, volvió cojeando por la arena con los dedos de los pies hacia arriba, dejando un rastro rojo tras de sí.

—Creo que me he cortado con una concha —dijo, con una mueca de dolor—. Mierda. —Cuando por fin se dejó caer junto a los calcetines y los zapatos, le agarré el pie y examiné el cortecito, justo debajo del dedo.

—Tengo algo para limpiarlo. Quédate aquí. —Subí las escaleras hacia mi coche y saqué un pequeño botiquín que guardaba en la guantera.

Un intenso dolor me golpeó las sienes.

«¡Joder!».

Me apreté la cabeza con las manos, cerré los ojos con fuerza ante el intenso zumbido que me atravesaba los tímpanos como si fueran cuchillas al rojo y caí al asfalto. El dolor se extendió por el cuello y los brazos, y me provocó una descarga eléctrica en los huesos. Noté un calor abrasador recorriéndome la columna vertebral y me arqueé y gruñí mientras el ataque se me propagaba por las piernas, como si todo mi cuerpo estuviera cristalizándose por dentro. No podía hacer nada. Se me habían paralizado todos los músculos. En el bolsillo interior de mi chaqueta, en el asiento trasero, tenía la última dosis de la toxina, pero era imposible llegar a ella. Un dolor punzante me atravesó el pecho y me puse boca arriba: las aves, cuervos, volaban en círculos sobre mí.

Un presagio de muerte.

«Se acabó. Inquebrantable. ¡Inquebrantable!».

Un puño invisible me oprimió los pulmones y me obligó a expulsar el aire en un jadeo insoportable.

Joder, justo cuando empezaba a sentir algo en esta adormecida existencia, el destino me lo arrebató como un amante celoso.

Cerré los ojos y dejé que la oscuridad me absorbiera.



57

Lilia

Volví a echar un vistazo a las escaleras y fruncí el ceño. No era posible que tardase tanto tiempo. El tipo era un obseso del orden y no tenía sentido que llevara diez minutos rebuscando en el coche. O tal vez solo me parecía que había pasado ese tiempo. De cualquier forma, no me iba a quedar sentada más rato.

Metí el pie ensangrentado en el calcetín blanco, me até las botas y subí las escaleras cojeando. En realidad solo me escocía. Tampoco es que necesitara cirugía.

Cuando llegué arriba, casi me caigo de espaldas al ver a Devryck junto al coche.

Ignoré mi pie y corrí hacia su cuerpo torcido y convulsionado. Un dolor agudo me atravesó las rodillas al derrapar hacia él.

—¡Devryck! ¡Devryck! —Al igual que la vez anterior, lo coloqué de lado y busqué algo para ponerle debajo de la cabeza.

Me levanté de un salto, vi su chaqueta en los asientos traseros y

la cogí. Cuando intenté hacerla un ovillo, noté un objeto duro dentro y metí la mano en el bolsillo.

Una jeringa llena de la sustancia púrpura.

Jadeando, miré lo que tenía en las manos y luego a él, inconsciente y convulsionando.

Podría haber llamado a emergencias, pero no habrían llegado a tiempo.

—¡Joder! —Le agarré el brazo tembloroso y estudié el mapa de venas que sobresalían—. Los putos drogadictos hacen esta mierda, Lilia. ¡Inyéctaselo y ya está!

Usando la manga de la chaqueta, le hice un torniquete ridículo en el brazo. El botiquín estaba desperdigado por el asiento del conductor y lo revolví todo para encontrar una toallita desinfectante. Con las manos temblorosas, me tragué el pensamiento de que era demasiado tarde, de que llevaba sufriendo convulsiones demasiado rato, de que su corazón ya había dejado de latir hacía un rato.

El pánico me invadió mientras abría la toallita y le frotaba una vena del antebrazo. Respirando con dificultad por la nariz, destapé la jeringa y alineé la aguja con la vena palpitante, pero la punta rebotaba con nuestros temblores. «Por favor».

Entre lágrimas, la introduje, rezando por haber encontrado el sitio correcto, y descargué el fluido en su brazo, igual que cuando se lo vi hacer aquella noche en su despacho. Los segundos pasaban y todavía se sacudía con temblores.

—Venga, Devryck, por favor. ¡Por favor! —Le pasé la mano por el pelo húmedo y ahogué un sollozo—. No te vayas. No voy a permitirlo. ¿Me oyes? No voy a dejar que te mueras, joder. Eres lo más importante que tengo y te juro que si no sales de esta, te voy a perseguir hasta el puto más allá. —Pasaron más segundos—. ¡Despierta, Devryck! —Busqué a toda prisa mi teléfono, que tenía

guardado en el bolso, que había dejado en el coche, pero cuando volví a su lado ya había dejado de temblar.

Un vacío frío se expandió en el interior de mi pecho al verlo tan quieto tirado en el suelo. «No».

—Devryck, despierta. Por favor.

No se movió. Tampoco su pecho. No parpadeó. No percibí nada salvo una quietud enfermiza que me desgarró las costillas.

El temor se revolvía en mis entrañas. Se deslizó hasta el pecho, me envolvió el corazón con sus dedos fríos y lo apretó hasta dejarme sin respiración. Sacudí la cabeza y me dejé caer a su lado una vez más.

—No. *¡No!* —Le golpeé el pecho.

Separó los labios para tomar aire con un fuerte jadeo. Otro jadeo. Y otro más. Con los ojos aún cerrados, giró la cabeza hacia un lado y yo, con un suspiro de alivio aterrado, me concentré en su pecho, contando las subidas y bajadas, que me indicaron que respiraba. Entonces me fijé en el sudor pegajoso de la cara y el cuello.

Le toqué la frente y la mejilla con la cara interna de la muñeca.

—Dios, estás ardiendo.

Necesitaba llevarlo a algún lugar donde hubiera agua y algo para bajarle la fiebre. Mi habitación de la residencia estaba descartada completamente, y nunca había estado en su apartamento del campus. Tal vez al hospital, pero ¿y si le hacían análisis de sangre y encontraban la toxina? ¿Se podría meter en un lío por aquello?

Dejó escapar un gruñido suave, pero, cuando le levanté los párpados, seguía con la mirada perdida y las pupilas contraídas. Inconsciente.

Metí los brazos por debajo de sus axilas y le levanté la parte superior del cuerpo. El tipo era tan corpulento y pesado que me

costó manejarlo, pero, después de respirar profundamente varias veces, tensé los músculos y lo giré lo justo para meterlo en el asiento trasero del coche. Intenté colocarlo como pude en el asiento, sin aliento por el esfuerzo, y le puse las piernas encima del asiento.

Hacía varios años que no conducía un coche y al sentarme donde el conductor la ansiedad se apoderó de mí. Arranqué el motor y conduje de vuelta hacia Emberwick, por donde habíamos pasado de camino. En el asiento trasero, Devryck gemía y gruñía, y cuando miré por el retrovisor lo vi cubierto de sudor brillante. Minutos más tarde, por fin llegué al centro de la ciudad y aparqué frente a la botica que había visitado semanas atrás. Lo dejé en el coche con las ventanillas entreabiertas, salí corriendo y entré en la tienda, donde la señora que me había atendido anteriormente me recibió con una sonrisa.

Pero se le desvaneció cuando se dio cuenta de que algo iba mal.

—¡Necesito ayuda! Mi… mi… profesor tiene fiebre, está ardiendo.

—¡Santo cielo! —Ella se movió rápido por la tienda y cogió varias cosas de las estanterías. Mi mente estaba tan concentrada y preocupada por el estado de Devryck que ni siquiera me di cuenta de qué. Salimos corriendo hacia el aparcamiento y ella abrió la puerta y se metió en el estrecho espacio entre él y los asientos delanteros.

—Vaya, está muy caliente, pero mucho.

Esperé fuera del coche yendo de un lado a otro y mordiéndome las uñas. Siempre había puesto mucha fe en la medicina holística, pero ¿y si no funcionaba? ¿Y si las toxinas burlaban las propiedades curativas de las hierbas?

Le pasó un trapo frío por la frente y lo dejó ahí antes de salir del vehículo retrocediendo a gatas.

—Voy a prepararle un poco de té frío de roca negra. A veces

servía para bajarle la fiebre a mi hijo. Refréscalo con el paño. Ahora mismo vuelvo.

Asentí entre lágrimas, me deslicé entre los asientos, igual que había hecho ella, y noté que le había desabotonado la camisa y le había colocado la cabeza sobre la chaqueta arrugada. Me recordó al día de su despacho, cuando me gritó por usarla. De alguna manera, ese pensamiento logró vencer mi miedo y me eché a reír.

—Si no sales de esta, pienso quemarte todos los abrigos caros que tengas.

—No vas… a quemar… mis abrigos —balbuceó y un jadeo de alegría me sacudió los músculos.

—Devryck, abre los ojos. Necesito ver que estás bien.

Los entreabrió e hizo una mueca de dolor mientras se movía en el asiento, pero luego abrió los párpados del todo y vi aquellos ojos hermosos e intensos. Aunque tenía las pupilas dilatadas, parecía estar consciente. Lúcido.

Le aparté el pelo de la frente húmeda y exhalé un suspiro de pánico.

—Me has pegado un susto de muerte. ¿Qué coño ha pasado?

—La… toxina… ha dejado de funcionar.

La decepción se cernió sobre nosotros como una nube negra.

—¿Por qué? Pensaba que habías averiguado cómo hacer que se mantenga estable.

—Me… equivoqué.

—Te he administrado la dosis de tu chaqueta. ¿Estás enfadado?

—¿Por… salvarme la vida?

Se me escapó una risita de frustración. No quería reírme, joder. Seguía temblando por toda aquella situación.

—Toma —dijo la mujer y me pasó un vaso largo con un líquido negro cuya superficie brillaba como si tuviera diamantes—. Dale un

poco de esto.

—¿Qué es? —preguntó Devryck con voz delirante.

—Eso no importa. Vas a bebértelo quieras o no. Te he salvado la vida, así que hazme caso.

—Joder, vas a usar esto… para chantajearme, ¿verdad?

—Durante el tiempo que sea necesario. Venga, bebe. —Sosteniéndole el brazo, lo ayudé en todo lo que pude mientras se incorporaba hasta quedar sentado.

Frunció el ceño, como si todavía le doliera, aún con el pecho y el cuello sudorosos. Con expresión seria, cogió la bebida que le tendí y dio un sorbo. Levantó ligeramente el vaso y asintió con la cabeza a la mujer.

—Gracias.

—Vuelvo en un minuto a ver cómo va, ¿de acuerdo?

—¡Ah! ¿Cómo se llama? —pregunté antes de que se marchara.

—Francesca.

Aquel nombre se me extendió por el pecho y me pregunté si se habrían inspirado en él para el alias de mi madre.

—Yo soy Lilia. Gracias.

Me guiñó un ojo y se apresuró a volver a la tienda, y yo me di la vuelta hacia el profesor Bramwell.

—Entonces, qué…, ¿ya no sientes? ¿Por eso te has negado a tocarme hoy?

Con las cejas caídas, observó su bebida.

—Tal vez el tormento más cruel sea haberte sentido, aunque haya sido brevemente.

—Entonces ¿esto qué quiere decir?

—Que vuelvo al punto de partida. —Con un suspiro, dio otro sorbo, más largo que el anterior, y me devolvió el vaso—. No me gusta demasiado el té. Ni siquiera esta variedad gótica e inquietante

tuya.

Con una sonrisa tensa, lo acepté y me quedé mirando el líquido brillante.

—Es roca negra. Y aparentemente es muy difícil de conseguir, así que no voy a desperdiciarlo. —Me tragué el resto, que no era mucho, y me limpié la boca con el dorso de la mano. Otro fracaso significaba que volvía a estar en peligro. Que podía haber muerto en mis brazos en aquella cala. Ni siquiera quería pensar en lo que habría ocurrido entonces—. Yo creo que está bastante bien. —Alejé aquellos pensamientos sombríos, porque se iba a poner bien, y sonreí—. ¿Qué se siente al saber que acabo de tragarme tu saliva? —pregunté y forcé una risita, desesperada por una distracción.

—Peores cosas te has tragado. —Gruñó y se impulsó hacia la puerta del copiloto—. Vámonos de aquí antes de que traiga más porquería de esa.

—Sé amable. Gracias a ella no estás sufriendo convulsiones por la fiebre.

—Gracias a la toxina. Pero sospecho que esta dosis no durará más de un par de días. Las convulsiones empeorarán. Debería volver al laboratorio.

Salí a trompicones del asiento trasero, dejándole espacio para incorporarse, y, al hacerlo, se tambaleó hacia un lado.

—¿Conduzco yo?

—No hace falta. Solo necesito un minuto.

—Voy a volver a darle las gracias a Francesca y a decirle que estás bien. ¿Seguro que puedes conducir?

—Estoy bien.

—Vale, ahora vuelvo.

Corrí a la tienda, donde Francesca me recibió con una sonrisa, y cuando le di el vaso vacío ella me tendió una bolsa.

—Un poco más de té de roca negra.

—Eh, no. No puedo aceptarlo. Ya me has dado demasiado.

—Por favor, por si regresa la fiebre. —Al darme la bolsa, me estrechó las manos entre las suyas—. Es un Bramwell.

—Sí. —Sin embargo, había dudado si admitirlo, ya que sospechaba lo que pensaría.

—Llevan en esta isla muchos años. Ten cuidado, querida.

Le dediqué una sonrisa, a pesar de las ganas que sentía de decirle que lo que había oído sobre Devryck no eran más que rumores.

—Lo haré.

—Cuídate.

Cuando salí de la tienda, Bramwell ya estaba en el asiento del conductor, acelerando el motor para apremiarme. Me senté donde el copiloto y él arrancó hacia la universidad.

—Tengo que salir por negocios un par de días —dijo, lanzándome una mirada.

—Ah. Vale. —Madre mía, aquel día estaba siendo una montaña rusa, con la visita de Gilchrist y lo de la playa. Y después la decepción de que se marchara.

—¿Ya te has matriculado para el siguiente semestre?

Había recibido el correo de Langmore, pero no había tenido tiempo de hacerlo aún.

—Todavía no.

—Bien. Voy a preaprobarte para el segundo semestre de Neuroparasitología. Y para mi laboratorio de Anatomía Macroscópica.

—Pensaba que estaba reservada para los alumnos de medicina —repliqué.

—Así es. Pero yo soy el profesor. Puedo añadir a quien me venga en gana si creo que es lo bastante inteligente para seguir el ritmo.

Así que asegúrate de añadirla.

Se me dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Y si no quiero cursarla?

—Lo harás quieras o no.

Me agarró del muslo, pero reculó rápidamente y el coche dio una sacudida. Con el ceño fruncido, levantó la mano y la giró, como si fuera algo ajeno a él.

—¿Qué ocurre?

—He vuelto a recuperar la sensibilidad.

Miré su mano y luego a él.

—Eso es fantástico.

—Eso es imposible. —Sacó el coche de la carretera principal y se metió por una callejuela oscura. Se detuvo con un derrape y presionó el mechero. Cuando saltó, se acercó la parte caliente a la piel y frunció el ceño aún más—. Se ha revertido.

—¿Eso es que está funcionando la toxina?

—No lo creo. —Flexionó la mano y la cerró en un puño—. Seguía entumecido después de la inyección.

Sacudí la cabeza, desconcentrada.

—¿Entonces?

—¿Qué me han dado en la botica?

—No lo he visto todo, pero creo que solo *kalium phosphoricum*. Y flor de saúco. Y el té, claro. —Saqué del bolso el saquito que me había regalado y se lo tendí.

Me lo arrebató de las manos y lo levantó a contraluz: la superficie brillante relucía a través de la bolsa.

—Lilia…, esto puede ser lo que faltaba, lo que estabiliza la toxina.

—Bueno…, tendría sentido, ¿no? Los pájaros que no se infectan, los… los… los… nativos que usaban piedras negras como dientes. —

Me señalé los míos, notando el temblor de emoción que me recorría.

—Tengo que someterlo a pruebas para asegurarme de que no degrade la toxina en absoluto. Pero puede que acabes de descubrir un complemento brillante.

—Bueno, técnicamente, yo no he… —Antes de terminar, se acercó mi cara y me plantó un beso en los labios.

—Ven aquí —dijo y recostó el asiento hasta dejarlo tumbado—. Que vengas aquí, joder. —El tono brusco y necesitado de su voz reflejaba el anhelo que me recorría por dentro. Después de todo el estrés anterior sentí una descarga de adrenalina pura en las venas. La perspectiva de quemarla me atrajo hasta el punto de actuar sin pensar demasiado en cómo diablos íbamos a hacerlo en su coche.

Pasé por encima de la parte central y me senté a horcajadas sobre sus rodillas en el estrecho asiento, con el volante presionándome la espalda, mientras él se apresuraba a desabrocharse los pantalones.

Con manos rápidas, se liberó y me subió el vestido.

—El condón —dijo, mirándome fijamente. La peligrosa agitación en sus ojos me aceleró el corazón. Me observó como si estuviera fantaseando con tener un hijo mío y luego parpadeó rápido para salir de ese estado.

Gimiendo, levantó las caderas lo justo para empujarme hacia arriba. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y, después de sacarlo del paquete, deslizó el condón por su miembro erecto.

Apenas me había apartado las bragas cuando me agarró por las caderas y me llevó hacia su entrepierna. Ya mojada, me hundí en él con facilidad, mordiéndome el labio inferior mientras me llenaba y me ensanchaba con la polla.

—¡Joderrrr! —Echó la cabeza hacia atrás con los ojos perdidos en el éxtasis.

Me cogió de la nuca para atraerme hacia él, me besó y apoyó la frente contra la mía.

Alargué la mano hacia la ventana y arañé el cristal con los dedos, desesperada por agarrarme a algo. Por romper y desgarrar. Mis manos ansiaban destruir, igual que él me había destruido por dentro, despertando en mí un hambre voraz.

—Eres la fiebre que corre por mis venas —dijo entre dientes mientras me penetraba con furiosa determinación—. Una locura incurable de la que no puedo librarme. Follarte es lo único que me mantiene cuerdo, Lilia. —Fusionamos los labios y me robó el aliento, y, cuando se separó, llevó la mano hacia mi cuello y apretó para abrirme los labios y atrapar mi siguiente respiración. Una euforia vertiginosa se apoderó de mí y me estremecí cuando me desgarró el escote del vestido, dejando al descubierto los pechos, que rebotaban y se sacudían con cada embestida devastadora—. Este coño es lo único en lo que pienso. Lo único que deseo. Has infectado cada parte de mí y no puedo parar. No puedo detener esta obsesión.

Estaba paralizada, con la cabeza hecha un lío por la falta de aire, sus palabras y el sentimiento de su polla llenándome. Apretó más fuerte y se me escapó un gimoteo de los labios.

—No. Nada de ruidos contenidos. Quiero oírte gritar. Ahora estás en mitad de una luz abrasadora, polillita. Muéstrame cuánto te quema. —Aflojó el agarre lo justo para que yo soltara un gemido ronco y gutural.

Me agarré a su asiento y lo cabalgué con ímpetu, disfrutando de la expresión de dolor y éxtasis de su rostro cuando echó la cabeza hacia atrás, con la mandíbula apretada y las venas del cuello sobresaliendo.

—¡Aaah, joder! —Me clavó los dedos en las caderas mientras aumentaba el ritmo; los sonidos húmedos eran la prueba de lo

mucho que me excitaba aquel hombre.

—Quiero sentir en la polla cómo te corres —dijo con voz áspera.

El coche se sacudía y rebotaba con sus agresivas embestidas.

Mis gemidos se intensificaron cuando un placer ardiente y envolvente me invadió.

Apreté los ojos, pero al agarrarme por la nuca los abrí.

—Mírame. Quiero ver cómo te corres.

Un relámpago me atravesó los músculos, tensándolos como un alambre, y su nombre resonó dentro de mi cráneo mientras lo gritaba una y otra vez.

Me estampó los labios en la boca y me mordió el labio inferior al separarse.

—Eres una imagen despiadada de la perfección.

Movió las caderas para empujarme hacia arriba y me levantó el dobladillo del vestido mientras se salía de mí para quitarse el condón, que tiró a una papelera que tenía al lado. Me acomodé sobre sus muslos y él se masturbó, y, segundos después, noté los chorros calientes de semen salpicándome la piel.

Con el labio atrapado entre los dientes, el ceño fruncido y el cuello perlado de sudor, agotado y al límite, gruñó mientras miraba cómo se corría sobre mí. Como si me estuviera marcando. Haciéndome suya.

Aquella imagen me contrajo el vientre.

Me acercó a él y me mantuvo sujeta, y yo apoyé la cabeza contra su pecho esculpido y escuché los latidos salvajes de su corazón, un sonido hermoso, después de lo que había pasado antes.

—Probablemente no deberíamos haber hecho esto aquí, en público.

Sonreí, con la mejilla todavía pegada a su piel cálida. Aunque no había visto ningún coche ni casa a la vista cuando se apartó de la

carretera, seguro que tenía razón. Debíamos ser más cuidadosos, aunque admito que, a mi parecer, eso le dio emoción. Tenía el pelo pegado a la piel sudada y los cristales seguían empañados por la intensidad del sexo.

—Devryck —dije sin aliento, con todos los músculos agotados y gelatinosos—. Tengo miedo.

—¿De qué?

—Empiezo a sentir que esto es más que sexo para mí.

—¿Y por qué te asusta?

—Porque no veo más allá del vacío y siento que ahora es cuando las cosas empiezan a desmoronarse. —El escozor de ojos era una molestia irritante. No quería llorar delante de él, menos después de aquello. Mis emociones eran como cables pelados que chisporroteaban—. Si me abandonas ahora, si me dejas de lado…

—Oye. —Enredó los dedos en mi pelo, sujetándome con fuerza por la coronilla, y me echó la cabeza hacia atrás para mirarme—. No tengas miedo. Nunca te voy a hacer daño, Lilia. De hecho, hundiré en el infierno a quien vuelva a hacerte daño.

Lo quería. Ninguna célula, ninguna fibra de mi ser podía ocultar esa verdad. Aunque no tuviera la valentía de decirlo ni la osadía de arriesgarme a que el universo me lo arrebatara, esas palabras eran tan reales como mis miedos.

Las guardaba en secreto, como todas mis otras baratijas, bien escondidas.



58

Lilia

—¿Acceso denegado? —Con el ceño fruncido, me recliné en la silla de mi escritorio y volví a pulsar por tercera vez el botón en mi portátil para iniciar sesión y matricularme.

Volvió a salir el mismo mensaje de error. ¿Qué coño estaba pasando?

—¿Problemas? —dijo una voz desde la puerta y al girarme me encontré a Mel apoyada en el marco con los brazos cruzados. Aunque Gilchrist me había prometido no delatarme, me seguía sintiendo culpable por haberle dado su nombre.

—Solo estoy intentando matricularme para el siguiente semestre.

—¿Y hay algún problema?

Me quedé quieta, devolviéndole la mirada y estudiando la expresión divertida de su rostro.

—¿Lo hay?

—A lo mejor a papi no le ha hecho gracia que lo dejaran en

evidencia.

—¿Qué quieres decir?

—Lilia Lippincott. Tiene gancho.

Me invadió una repugnante sensación y entonces supe exactamente lo que había hecho Gilchrist. Había cambiado un escándalo por otro. Con los músculos tensos para mantener la expresión impasible, me negué a confirmar algo que tampoco se me había confirmado a mí. Era una especulación. Un rumor. No tenía un análisis de sangre que lo demostrara.

—No sé por qué creí que podía confiar en ti, rata de Covington.

—¿Qué has hecho?

—Mi blog nunca ha sido tan popular como ahora. Más de cuatro mil visitas en solo dos horas. Y el escándalo de la semana que viene va a ser una segunda parte totalmente suculenta: «La supuesta hija del rector se folla al Doctor Muerte».

—No sé de lo que estás hablando —mentí.

Ella puso los ojos en blanco y, cuando se sacó el teléfono del bolsillo, las rodillas casi me fallaron. La foto mostraba el coche de Bramwell con las ventanas empañadas y mi mano contra el cristal, pero no se veía ninguna cara.

—No sé de lo que estás hablando —repetí, sin inmutarme lo más mínimo.

Con un gruñido, amplió mi mano y, justo debajo de ella, distinguí el «Memento mori» del tatuaje de mi antebrazo.

—Nadie más en el campus conduce un Maserati Ghibli negro.

La idea de que nos hubiera espiado, de que hubiera llegado tan lejos como para sacarnos fotos por un puto cotilleo, me dio retortijones. Siempre había bromeado sobre que en Covington habitaban las almas más perversas, pero en Dracadia la gente estaba hecha de otra pasta. Eran conspiradores y manipuladores por

naturaleza.

—¿Por qué?

—¿En serio? ¿Me delatas y encima me preguntas por qué?

—Estaba ocultando información sobre mi padre. ¡Sobre mi madre!

—Ay, vaya, qué putada. —La forma en la que se burló de mí me provocó un cosquilleo en la palma de la mano; las ganas de darle una bofetada jugaban con mi contención—. Has intentado que me echen. Por suerte, la señora Gilchrist se mostró dispuesta a hacer un trato.

—Claro. Conmigo también. —Torcí el gesto con desdén—. Buena suerte.

—Eres patética, ¿sabes? No tienes ningún instinto de supervivencia. Aunque no me extraña. Spencer y tú sois hermanos. Una familia patética al completo.

Salvo que él me había contado que Lippincott no era su padre. Tampoco tenía en mente darle esa información a aquella zorra chismosa.

—Que te den por el culo. Sal de mi habitación.

—Parece que dentro de poco dejará de ser tuya. —Y salió contoneándose como la víbora que era, dándome un respiro de esa sonrisa engreída que no se le borraba del rostro.

«Spencer».

Por motivos que no podía explicar, quería hablar con él de inmediato. Cogí el teléfono y marqué su número. Sonó y sonó, y, cuando me mandó al contestador, colgué y volví a marcar. Notaba todos los nervios del cuerpo agitándose mientras esperaba a que saltara el buzón de voz; entonces apareció en mi puerta el decano Langmore flanqueado por dos guardas de seguridad uniformados.

Confundida, bajé el teléfono, tratando de imaginar qué estaban

haciendo en mi cuarto. Él se ajustó las gafas y cruzó los brazos.

—Señorita Vespertine, le pido que recoja sus pertenencias de inmediato.

Me ardían las mejillas y temblaba bajo las miradas que me lanzaban los estudiantes al pasar.

—¿Disculpe? —pregunté y se me quebró la voz por su orden desconcertante.

—Por favor, recoja sus pertenencias. La escoltarán hasta el ferry enseguida.

¿Me iban a escoltar para salir de Dracadia?

—Estoy… ¿Me está expulsando?

—Sí, señorita Vespertine.

—¿Puedo saber por qué?

Langmore se subió las gafas y se pellizcó el puente de la nariz.

—No me lo ponga más difícil, por favor. Los costes del ferry y el tren están cubiertos, así que no tiene que preocuparse por eso.

¿Preocuparme por *eso*? En aquel momento era la menor de mis preocupaciones. Eché un vistazo alrededor de la habitación, sin saber por dónde empezar. Había convertido aquel cuarto en mi hogar. Mi sitio seguro. ¿Por dónde empezar a recoger y guardar todo? Las lágrimas se me acumularon en los ojos cuando bajé la maleta de la estantería y empecé a doblar la ropa con cuidado. Luego guardé los libros, las fotos, mis baratijas y la concha que Devryck me había regalado.

Tenía muchísimas ganas de llamarlo, y, aunque tenía su número de teléfono, me daba miedo contactar con él, sobre todo si estaba en un viaje de negocios. Quién iba a saber que todo aquello acabaría así, y lo único que me habría hecho sentir peor era que la universidad se enterara de lo nuestro y destrozara nuestra relación. Que lo castigaran por ello. Habíamos evitado toda comunicación por

teléfono, sin dejar ningún rastro en el correo electrónico, pero en aquel momento deseé haber podido enviarle un mensaje, aunque solo fuera para decirle adiós.

Una vez que tuve todo guardado en la maleta, me quedé parada en el centro de la habitación, con las lágrimas nublándome la vista.

Al menos Langmore parecía arrepentido. No tenía la misma sonrisa de satisfacción que Mel. Y al menos me había ofrecido un poco de dignidad echando a los guardas de seguridad.

Por mucho que quisiera, no podía llamar a Jayda. Me negaba a cargarla con mi problema cuando acababa de tener un bebé. No tenía otra opción. Por muy duro que fuera, me veía obligada a volver al piso.

Langmore me guio por el pasillo, que de repente me pareció un paseo de la vergüenza por cómo me observaban todos. Cuando pasamos por la habitación de Mel, ni siquiera me molesté en mirarla. ¿Era posible que mi expulsión fuera una consecuencia de su blog? ¿Se había enterado Lippincott de alguna manera?

El sonido de su risa burlona cuando pasé junto a ella me puso de los nervios y estallé por dentro.

En un arrebato, dejé caer el bolso y la maleta y le estampé el puño en la mejilla. Ella soltó un grito, tambaleándose hacia atrás, y se chocó con la pared.

—¡Señorita Vespertine! —Langmore me agarró por el brazo cuando lo levanté para darle otro puñetazo—. ¡No armemos un espectáculo!

La adrenalina me corría por las venas mientras respiraba con dificultad por la nariz y asimilaba las consecuencias de lo que había hecho, con Mel desplomada contra la pared y sangrando por la nariz. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando recogí mis cosas y nos dirigimos al ascensor para bajar.

En silencio, Langmore me llevó en coche hasta el muelle del ferry y, mientras esperábamos mi transporte en el frío cobertizo, carraspeó.

—Que sepa que yo no quería esto, señorita Vespertine. Lo siento profundamente.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Yo tampoco quería aquello.

Pero ¿no funcionaba así la felicidad? Tal vez por eso siempre había un vacío negro en el horizonte. Porque estaba destinada a estar sola.

El tren llegó a la estación abandonada desde donde había viajado a Dracadia y, cuando se detuvo, miré por la ventana, buscando al conductor de Uber al que había llamado. Por suerte, todavía me quedaba algo de dinero del que me había dado Devryck. Cuando por fin llegué al piso, estaba agotada, tanto emocional como físicamente. El teléfono se me había quedado sin batería durante el trayecto desde la estación, lo que hizo que el viaje con el conductor de Uber fuera un poco desesperante.

Una angustia enfermiza se agitaba en mi estómago mientras subía las escaleras. Cuando llegué a la puerta, Conner me abrió con una mirada de compasión.

—Hola, chica —dijo y me ayudó con la maleta.

Busqué con cautela a Angelo, lo único que podía empeorar aún más mi indeseado regreso a casa.

Un olor terrible me invadió la nariz y, al pasar por la cocina, vi una pila de platos en el fregadero, envases de comida tirados y latas de cerveza esparcidas por la mesa y el suelo.

—No… no te preocupes por todo eso. Voy a limpiarlo. Acabo de

llegar del trabajo hace poco.

No dije nada mientras me acompañaba por el pasillo hasta mi habitación. Desvié la vista hacia su derecha, en dirección al pasillo oscuro, y él miró por encima del hombro antes de volver a girarse hacia mí.

—Todavía no he encontrado compañero de piso. Callaghan decidió quedarse en su casa. Pero no quiero que te preocupes por nada. Yo me encargaré de todo hasta que encuentres trabajo, ¿vale? Tú simplemente, eh…, vuelve a acomodarte. —Abrió la puerta de mi vieja habitación y, en general, parecía estar igual, como si no hubieran tocado nada, por suerte. Solo que estaba más vacía, ya que la mayoría de mis cosas seguían empaquetadas en la maleta, pero estaba limpia.

Ni siquiera tenía fuerzas para deshacer el equipaje, así que caminé como un zombi hacia la cama. *La* cama, no *mi* cama. Ya nada del piso me parecía mío. Me sentía como si hubiera entrado en el mundo de un desconocido, tratando de encontrar consuelo en un lugar que se había vuelto extraño para mí. Dracadia era mi consuelo. Mi hogar. No esto. No aquí.

—Me alegra verte de nuevo, Lil —dijo Conner, y al oír el chasquido de la puerta supe que se había ido.

Oí sus pisadas alejándose mientras me acurrucaba en la cama y finalmente me derrumbé.



59

Devryck

Dos horas antes

Los toxicómanos se tambaleaban mientras yo paseaba lentamente por las calles del centro de Thresher Bay, a lo largo de una franja conocida como la Milla del Cristal. En la acera se alineaban tiendas de campaña improvisadas, donde los sintecho se drogaban y la prostitución campaba a sus anchas. Recorrí el lugar con la mirada en busca de mi nuevo sujeto de prueba.

En el laboratorio había suministrado el té de roca negra tanto a Patroclo como a Aquiles y había visto cómo ambas polillas, que habían vuelto al estado de parálisis, alzaban el vuelo de nuevo. Ahora que contaba con un método para mantener estables los efectos de la toxina, tenía que encontrar un nuevo sujeto de prueba para recolectar toxina reciente con mis últimas larvas e intentar producir una versión sintética sin necesidad de recolectarla en humanos. Solo necesitaba un poco más.

Vi a una mujer morena parada en la esquina de Gratis y Vine,

con un vestido negro corto, tacones altos y un abrigo. No fue su atuendo lo que me hizo pensar que era una prostituta, sino que se me acercara inmediatamente y se inclinara sobre la ventana del copiloto de mi coche cuando me detuve en la acera.

—Hola, guapo. Dime que estás buscando compañía, anda.

No me atreví a mirarla y mantuve la vista fija al frente, observando a través del parabrisas a los cientos de personas que podría haber elegido. No era nada personal. Solo me había decantado por ella en lugar de por un drogadicto porque no me apetecía arrastrar un cuerpo semiconsciente.

—Así es —mentí.

—Pues muy bien. —Abrió la puerta y se coló en el asiento del copiloto desprendiendo perfume de rosas. Odiaba aquel puto olor.

—¿Estás dispuesta a salir de la ciudad?

—Depende de la pasta que tengas, cielo.

Levanté un fajo de billetes doblados. Tres mil dólares que ella nunca tendría oportunidad de gastar si decía que sí.

—Estoy dispuesta a ir a donde tú quieras, cariño. Por esa cantidad, puedes *hacer* lo que te dé la gana.

Seguro que aquello no incluía infectarla con parásitos.

Mientras se abrochaba el cinturón, me guardé el dinero en el bolsillo y puse en marcha el coche. En un movimiento atrevido, se inclinó y me rozó la entrepierna con los dedos, y yo le levanté el brazo para volver a colocárselo en el regazo.

—Mientras conduzco, no.

—¿No te gusta que te la chupen al volante?

Sí, pero solo cuando me lo hacía cierto quebradero de cabeza de pelo rojo.

—No especialmente —respondí. Pretendía llevarla a la isla de Dracadia y luego, cuando llegásemos a la entrada de cadáveres, la

anestesiaría y la infectaría con las larvas.

—Por mí bien. Tú dime lo que quieres y listo, guapo.

Quise reírme de aquello, pero un sentimiento de culpa desconocido me rasgó la conciencia. De algún modo, matar se había vuelto algo natural para mí, biológico, tal vez incluso genético y, me atrevería a decir, fascinante de observar. Salvo por el hecho de que ella, a diferencia del resto, no había hecho nada para merecer mi crueldad. Era inocente y por eso no me atraía la idea de matarla.

Sin embargo, no tenía tiempo de ponerme a buscar al siguiente sujeto. Tenía una pequeña oportunidad antes de que la nueva tanda de huevos eclosionara y, con la información que había recibido sobre Angelo DeLuca, quizá nunca hubiera localizado a ese cabrón.

Cuando llegamos al embarcadero del ferry, ella se incorporó en el asiento y miró alrededor. De alguna manera, me recordó al día que llevé a Lilia a la antigua mansión, por su inocencia y su curiosidad.

—¿Vamos a montar en barco?

—Sí. Has dicho que estabas dispuesta a salir de la ciudad, ¿no es cierto?

—¿Te refieres a la isla?

—Sí. Soy profesor allí.

—¿No me digas? —Cualquier pequeño temor que hubiera tenido hacía un momento se desvaneció en una sonrisa pícara—. ¡Vaya, esta es mi noche de suerte!

Yo lo dudaba.

El ferry se acercaba a lo lejos y me pasé la mano por el pelo y por la cara. No podía hacerlo. No podía hacerlo, joder, porque lo único en lo que podía pensar, lo único que me importaba, era esa chica hermosa de pelo otoñal y ojos que me recordaban tanto al mar como al cielo. Y ella lo era todo. La tierra, el sol, la luna. El aire que

respiraba y el latido tenaz que conseguía que mi corazón erosionado siguiera palpitando.

Lo que sentía por Lilia no era sano. Iba más allá de una simple obsesión, era una posesión enfermiza. Salvaje y voraz, rayana en lo violento.

Justo cuando estaba a punto de pedirle a la mujer que saliera del coche, me vibró el teléfono en el bolsillo y al sacarlo vi el número de Langmore en la pantalla. Solo recibía llamadas personales cuando el cretino iba a hacer algo con lo que no estaría de acuerdo.

—Disculpa —dije y salí del vehículo. Una vez cerré la puerta, respondí—: Buenas.

—Devryck, soy Lang…

—Sí. Lo sé.

—Llamo porque… Bueno, he intentado localizarlo en su despacho, pero no respondía.

A cada segundo que pasaba más se me agotaba la paciencia.

—Estoy ocupado.

—Entiendo. Sospecho que va a enfadarse bastante y… solo quería que supiera que no he tenido nada que ver. —Su voz temblorosa me puso inmediatamente en alerta.

—¿Nada que ver con qué?

—Lilia Vespertine ha sido expulsada. No estoy al tanto del motivo, pero recibí la orden de Lippincott de que abandonara las instalaciones de forma inmediata. Y, dado que usted se mostró bastante firme en cuanto a que siguiera matriculada en su clase, he pensado que debía informarlo.

Apreté las muelas, haciendo todo lo posible por contener las ganas de golpear algo con el puño. A tomar por culo lo de intentar mantener en secreto lo que tenía con Lilia. En ese momento me daba igual todo.

—¿Y adónde la han enviado?

—De vuelta a su casa, a Covington.

—Quiero la dirección.

Dejó escapar un resoplido.

—Me parece muy inapropiado, Dev…

Estallé de rabia.

—¡Quiero la dirección ya!

—Muy bien, se la enviaré por mensaje. De nuevo, por favor, sepa que yo no he tenido nada que ver con esto.

Respiré hondo varias veces y me aferré a una pizca de control para templar la voz.

—Le agradezco su llamada. Tendré en cuenta su amabilidad cuando regrese —siseé entre dientes—. No le diga a nadie que hemos hablado o le juro por Dios que se arrepentirá.

—Tiene mi palabra.

Colgué el teléfono y, lleno de rabia, golpeé con el puño el capó del coche. Exhalé y volví a sentarme en el asiento del conductor.

—Cambio de planes. —Busqué en el bolsillo de mi abrigo el fajo de billetes y le tendí quinientos dólares—. Por las molestias.

—¿Se cancela? ¿Por qué?

—Sal, por favor.

—Te he dicho que no importaba…

—¡Sal del puto coche! —espeté y desvié la atención—. Por favor.

—Vale. Salgo del puto coche, capullo. —Se metió los billetes en la camisa—. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

En cuanto salió, encendí el motor. El teléfono me vibró con un mensaje: la dirección de Lilia. Cuando la introduje en el GPS, me indicó un cine en la calle Prather.

—Como me hayas dado una puta dirección equivocada, eres hombre muerto —murmuré y puse el coche en marcha.

Con las manos temblando de rabia, marqué el teléfono de Lilia.

Directo al contestador.

—¡Me cago en la puta! —gruñí y volví a llamar.

Aun así, no conseguí contactar con ella.

Probé tres veces más, y cada intento fallido solo conseguía aumentarme la presión arterial. Después de tirar el teléfono al asiento del copiloto, apreté la mano con fuerza y respiré contando hasta cuatro, un intento inútil de calmar la rabia que se me estaba acumulando en las entrañas. Lo último que necesitaba Lilia, después del día de mierda que sin duda había tenido, era que yo apareciera dispuesto a matar a alguien.



60

Lilia

Al oír un golpe suave en la puerta, abrí los ojos, que se me habían pegado por las lágrimas secas. La oscuridad cubría la habitación, salvo por el resplandor tenue de las luces navideñas que rodeaban mi ventana.

—Lil. —Conner asomó la cabeza por la puerta—. Voy a subir a casa de Callahan. Tiene…

—Conner, ya sé que tenéis algo, ¿vale? No pasa nada.

Apretó los labios y se frotó la nuca.

—Es que… no sabía si era demasiado pronto, después de lo de tu madre.

—Han pasado cuatro años. No pasa nada.

—Vale. ¿Necesitas algo?

—Creo que no. No tienes… pensado que venga Angelo pronto, ¿no?

—Qué va. No le he visto mucho el pelo, la verdad. Al tío se le fue

la cabeza después de enterarse de lo que le pasó al ricachón ese.

—¿El qué? —Una parte de mí no quería saberlo. Aunque siempre había estado al tanto de los sospechosos negocios de Conner y Angelo, nunca me había involucrado demasiado en sus asuntos.

Era un mundo turbio del que me había mantenido alejada. Me asustaba.

Tampoco tenía mucha opción, de todas formas, pues Conner era muy reservado al respecto.

—Le sacaron los ojos y le cortaron la polla. Tenía todas las tripas esparcidas por el suelo. El que hiciera aquello estaba como una puta cabra.

—Me dijiste que el tipo al que mató era una especie de sádico, que no era ningún santo.

—Cierto. Estoy seguro de que hizo cosas peores. De todas formas, llevo sin hablar con Angelo por lo menos dos semanas.

Un pequeño alivio después del caos que acababa de sufrir.

—Voy a dormir. Mañana iré a ver si encuentro trabajo. —Lo último que pensaba hacer era quedarme todo el día en el piso, lamentándome en mi habitación.

—Vale. Pero te repito que yo me encargo de todo durante un par de semanas, ¿de acuerdo? No tienes que ir con prisas. Todavía me siento como una mierda por lo de la matrícula de Bee. —Como debía ser, pero eso me lo guardé para mí—. ¿Cómo conseguiste que la dejaran quedarse?

—Simplemente me las apañé. Tiene cubiertos un par de meses.

—Guay. Pues nada. Que descanses.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta en la cama para mirar el cielo nocturno. Toqué la pantalla del móvil y, como permaneció negra, me levanté de un salto. Seguí el rastro del cable hasta el final y me di cuenta de que no me había molestado en enchufarlo a la

corriente.

—¡Mierda! —La luz de batería baja iluminó la pantalla cuando enchufé el cable a la toma. Me dejé caer sobre la almohada, suspirando.

Como Devryck estaba de viaje de negocios, ni siquiera me estaría buscando todavía. Pero ¿qué pensaría cuando regresara?

Mi mente volvió a aquel día en la playa, cuando me llevó a bañarme en el mar por primera vez. El viaje en su coche por carreteras sinuosas. Los momentos que vivimos en secreto. Los besos. Sus caricias. ¿Volvería a verlo? ¿O acaso en el futuro sería solo en sueño perfecto?

Me asomé por el borde de la cama y saqué de mi maleta el cuadro que mi madre había pintado del columpio y el océano. A través de un velo de lágrimas, contemplé la vista que esperaba que algún día fuera una realidad para mí y para Bee. Aunque mi visita a la casa había sido breve, la sentí como mi hogar. Mi verdadero hogar.

Me apreté el cuadro contra el pecho y, mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas, pasé el dedo por una esquina del reverso del lienzo, que debía de haberse levantado por meterlo con demasiada prisa en la maleta. Al pasarlo por el borde desgastado, vi algo detrás. Metí el meñique en el huequecito y palpé. Tiré de la esquina suelta del reverso y solté las grapas. Una vez que lo desprendí lo suficiente, encontré un papel doblado y pegado a la parte interior del lienzo.

¿Qué cojones?

Lo desdoblé y me encontré con una carta.

Firmada por mi madre.

Dos semanas antes de su muerte.

Hola, mi niña:

Si estás leyendo esto, o bien me he olvidado de ella, en cuyo caso sospecho que tendremos una larga conversación después, o mi enfermedad empeoró y estás buscando respuestas. De cualquier forma, supongo que es el destino.

He pasado horas, días, decidiendo cómo contarte las cosas que llevo ocultando tantos años. Cosas importantes. Dado que mi enfermedad parece estar avanzando, siento la necesidad de dejarte algo, y no sería justo llevarme todos mis secretos conmigo.

Empezaré diciendo que nadie en este mundo es más importante para mí que tú y tu hermana. Cada decisión que he tomado fue por el amor que siento por ambas.

Dicho esto, te he mentido, mi vida, y espero que encuentres en tu corazón la manera de perdonarme.

Aunque siempre me has conocido como Francesca Vespertine, mi nombre real es Vanessa Corbin. Nací en una islita de la costa de Maine llamada Dracadia, donde han vivido varias generaciones de nuestra familia. De hecho, somos descendientes de los primeros colonos. Si mi pasado no estuviera tan marcado por los problemas, probablemente habría sido una conversación interesante.

Un año antes de que nacieras, conocí a un doctor encantador que me convenció para que me uniera a un estudio en la universidad para ayudar a encontrar la cura para mi diabetes. Nos enamoramos, pero en aquel momento él estaba casado, así que las cosas eran un tanto complicadas, más aún cuando me quedé embarazada de ti y me pidió que abortara. La mera sugerencia de algo así me rompió el corazón y me negué.

Una decisión que enfadó tanto a él como a mi padre.

Tu padre me amenazó con que, si decidía continuar con el embarazo, se aseguraría de que nunca me quedase con tu custodia.

Yo era joven, estúpida y tenía miedo, así que hui sin nada más que la ropa a la espalda y dinero en el bolsillo. Y cuanto más tiempo pasaba alejada, más sencillo me resultaba seguir así, porque tener que explicar casi dos décadas de desaparición me parecía cada vez más difícil. Las mentiras para protegerte habían ido a más, hasta escapar a mi control.

Entonces, hace unas dos semanas, volví a casa para el funeral de mi madre. Sé que pensabas que estaba buscando un sitio para la operación de Bee, pero decirte la verdad era complicado. De nuevo, te pido que me perdones. Solo quería ver a mi madre una vez más y tal vez encontrar una forma de salvar el hogar en el que crecí, un lugar en el que Bee, tú y yo podríamos vivir libres. Por desgracia, la casa había sido embargada y resultó que el nuevo propietario era tu padre.

Debería haberme alejado. Ojalá lo hubiera hecho. Fui una tonta por pensar que con el tiempo sería más sabio. Que habría cambiado de alguna forma. Me equivocaba.

No sabe que existes. Le mentí y le dije que había sufrido un aborto y que había perdido al bebé. No porque no quisiera que tengas una relación con tu padre, sino porque es un hombre peligroso en el que no se puede confiar. Mentí para protegerte, Lilia.

Por eso no voy a darte su nombre. Aunque sospecho que eres lo bastante inteligente como para atar cabos basándote en lo que te he contado, te pido que dejes a un lado la rabia que

sientas por mí y te mantengas alejada de él. Créeme, estás mejor sin él.

En caso de que no me recupere, no acudas a él para nada. Saldrás adelante. Siempre lo haces.

Os quiero muchísimo a Bee y a ti. Hasta el infinito. Y estoy muy orgullosa de ti, mi niña.

Te querré siempre,

MAMÁ

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas y me las sequé rápidamente mientras miraba la carta frunciendo el ceño. Sospechaba que se refería a Lippincott, aunque se hubiera negado a decirlo. Debía de haberse reunido con él para hablar de la casa, ya que todo había sucedido justo antes de que ella enfermara. ¿Podría haber sido él quien la infectó?

Un golpe seco en alguna parte del piso interrumpió mis pensamientos. Con los músculos tensos, miré hacia la puerta y, después de guardar la carta y el cuadro en mi maleta, me acerqué de puntillas y pegué la oreja al panel de madera.

¿Había vuelto Conner?

Abrí la puerta y salí al pasillo para escuchar mejor.

—¿Conner? ¿Eres tú?

No hubo respuesta.

Sonó *otro golpe* y di un respingo.

Caminé lentamente a oscuras, escuchando con atención, y miré en la cocina y en el pequeño salón de enfrente.

No había rastro de nadie.

Un escalofrío de miedo me recorrió la nuca y corrí a mi habitación en busca del teléfono para llamar a Conner. Cogí el móvil,

que aún estaba cargando en mi mesita de noche, con solo un diez por ciento de batería, y volví corriendo hacia la puerta. Cuando la abrí, Angelo estaba de pie en el oscuro pasillo, iluminado por la luz tenue de la cocina.

El aire se me quedó atascado en los pulmones y se me encogió el estómago.

Tenía el pelo alborotado y la barba y el bigote que le cubrían la cara me indicaron que hacía tiempo que no se afeitaba. Los ojos enrojecidos delataban la falta de sueño o el consumo de drogas, y parecía más delgado que la última vez que lo había visto.

Con el corazón latiendo a un ritmo frenético, giré hacia la puerta principal y corrí por el pasillo en dirección opuesta. Me estrellé contra ella por el impulso y forcejeé con la cerradura.

Un dolor abrasador me azotó el cuero cabelludo cuando Angelo me tiró del pelo.

—¡¿Adónde coño te crees que vas, puta?! —Me dio un golpe en la mano y se me cayó el teléfono, que rebotó y acabó fuera de mi alcance.

Abrí la boca para gritar y me la tapó con una mano sucia, clavándome los dedos en las mejillas. El grito quedó amortiguado, y yo le arañé las manos y le mordí el pulgar. Con fuerza.

—¡Aaah! ¿Serás hija de puta? —Me soltó y al girarme lo tuve de frente.

Me bloqueó la salida mientras se lamía la sangre del pulgar.

El móvil estaba en el suelo, a su derecha.

Notaba el pulso caliente de la adrenalina mientras buscaba un plan en mi mente.

La navaja. Antes la había escondido debajo de la almohada. Y la salida de incendios estaba justo al otro lado de mi ventana. Corrí de vuelta a mi dormitorio, con Angelo pisándome los talones. En cuanto

entré en mi habitación, me giré, cerré de un portazo, empujé con fuerza y alargué la mano hacia la cerradura.

Él se abalanzó desde el otro lado, y yo retrocedí un paso y se me escapó un grito.

Seguí empujando fuerte, tensando los músculos para cerrarla. «¡Venga!».

Incluso en ese estado de debilidad, era más grande y más fuerte.

Me rendí y fui a trompicones hasta mi cama en busca de la navaja. La puerta se abrió de golpe y Angelo la atravesó maldiciendo.

La levanté entre los dos con la mano temblorosa.

—Déjame en paz, joder —dije con la voz quebrada.

—La gatita Lily… siempre tan peleona, ¿no? —Se acercó, relamiéndose, y se sacó un arma de la espalda, seguramente de la cinturilla—. Mira que traer un cuchillo a una pelea con pistolas… Hay que ser estúpida.

—¿Qué estás haciendo aquí, Angelo? ¿Vas a hacerme daño?

—Pues sí, voy a hacerte daño. Voy a follarte duro. Y voy a quitarte esa navaja y a rajarte el cuello, porque…, ya sabes, justicia poética y esas mierdas. Luego voy a cortarte en pedazos para sacarte de aquí sin que nadie se cosque.

—¿Cómo vas a hacer todo eso con Conner aquí?

—Conner no está. Se ha estado follando a la puta de Callahan todas las noches. La ha dejado preñada, ¿lo sabías? Enhorabuena. Vas a ser… algo. —Soltó una risa burlona y se rascó la parte de atrás de su melena descuidada—. Supongo que la que va a ser hermana mayor es Bee. Pero da igual. En realidad, nunca has formado parte de nada, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo para que me trates con tanta

hostilidad, Angelo?

—No se trata de lo que me hayas hecho a mí. Al parecer, alguien en esa universidad te la tiene jurada.

Unas cuantas caras se me vinieron a la mente. Gilchrist. Lippincott. Incluso Mel.

—¿Alguien de mi universidad te ha pedido que hagas esto?

—Eso mismo. Aunque no te voy a decir quién. Es un secreto —susurró, con un dedo sobre los labios y sonriendo.

Cuando volvió a tambalearse, levanté la navaja.

Suspirando, me miró con los ojos entrecerrados.

—Me he cansado de esta mierda. Tengo una noche larga por delante, ¿qué te parece si empezamos?

—Angelo, no lo hagas. Tengo contactos. Gente que puede pagarte.

—No conoces a la gente *adecuada*. Verás, el poder es lo que cuenta, gatita, y tú no tienes ese tipo de influencia a tu favor. Acabar contigo significa protección para mí y que no tendré que pudrirme en una puta habitación esperando la muerte. —Lo que quería decir que había llegado a un tipo de acuerdo con alguien para matarme. La pregunta era con quién—. Quítate la ropa.

—No. —Me seguía temblando la mano con la que sujetaba la navaja.

—Que te quites la puta ropa si no quieres que te vuele las rodillas. —Levantó la pistola y apuntó con el cañón a mis piernas.

Un miedo sofocante me llenó los pulmones mientras le devolvía la mirada.

—No lo hagas —susurré.

—¿Sabes cómo es sentir una bala? Quema. Y si rompe hueso… No hay nada que duela más. Así que cuento hasta diez y luego te vacío el puto cargador encima. Si tengo que follarte muerta, lo haré.

No sería lo peor que he hecho. —Clavó en mí esos ojillos brillantes y retrajo los labios para gruñir—: *Uno. Dos.*

Con la navaja todavía agarrada, me desabroché los pantalones con una mano y los tiré al suelo.

—La camiseta —dijo.

Negué con la cabeza.

—*Tres. Cuatro. Cinco.*

Respiraba entrecortadamente mientras me agarraba el dobladillo de la camiseta y me la pasaba corriendo por la cabeza para no quedarme atascada. Crucé los brazos sobre el sujetador de encaje que aún llevaba puesto.

Los ojos se le iluminaron con una fascinación enfermiza y se relamió, mirándome de arriba abajo.

—Las bragas también.

Un sollozo estalló en mi pecho mientras, y me quedé paralizada, tratando de comprender lo que estaba sucediendo en aquel momento.

Impulsada por la adrenalina, me giré y corrí como pude por encima de la cama hacia la ventana. Apenas logré abrirla un poco antes de que me estrellara la mano en la garganta, dejándome sin aliento al mismo tiempo que me tiraba al suelo.

Me brotó un alarido del pecho, pero él, que me presionaba con fuerza la boca, lo amortiguó con la mano.

—¡Cállate la puta boca!

Arremetí contra él con la navaja, que le alcanzó la mejilla. Sorprendido, se tocó la herida que le había hecho, se limpió un poco de sangre y, con los ojos muy abiertos, se quedó mirándola, como si no se lo creyera.

Con la mano levantada para atacar de nuevo, esa vez le apunté a la garganta.

Me agarró el brazo antes de llegar a asestar el golpe fatal.

Lanzó un gruñido y me aplastó la mano contra el suelo, y las pequeñas descargas de dolor que me recorrieron los nudillos me hicieron soltar la navaja. Me la golpeó una y otra vez, machacándome los huesos. Percibí un destello por el rabillo del ojo, la única advertencia antes de que me estampara los nudillos en la mejilla y me sacudiera los dientes. El golpe brutal me nubló la vista y me provocó un dolor punzante en el oído. Con esa misma mano volvió a taparme la boca, clavándome los dedos en el mismo sitio donde me había hecho daño.

Grité contra la palma; las lágrimas distorsionaban su silueta.

—Quería que estuvieras consciente, pero supongo que me da lo mismo, ¿no? —Se sacó de alguna parte una bolsita con pastillas.

Agité los brazos y las piernas y grité hasta que me quedé sin voz, pero él me inmovilizó con todo el peso de su cuerpo contra el suelo.

Me quitó la mano de la boca y apreté los labios con ímpetu. Me clavó los dedos en la mandíbula y tiró de la barbilla con tanta fuerza que me pareció como si quisiera romperme los huesos. Dejé de balbucir cuando me metió las pastillas dentro. Me obligó a cerrar la boca y me la tapó, también la nariz, con las dos manos. El aire se agotó. Todo me dio vueltas. Los pulmones me golpeaban las costillas pidiendo respirar.

—¡Trágatelas, puta!

Un sollozo me estalló en el pecho y las pastillas se deslizaron por la garganta. Me atraganté y comencé a dar arcadas en su mano, y entonces apartó la palma con que me tapaba la nariz. Jadeé en busca de aire y volví a toser, con el espantoso olor a metal atascándome las fosas nasales.

—Eso es. En un minuto estarás bien floja y dócil. Quédate

quieta. —Me deslizó su lengua pegajosa por la mejilla—. Relájate —susurró.

Algo dentro de mí se quebró como una ramita frágil.

«Relájate».

La palabra me hizo eco en el oído.

Entre la bruma del caos que reinaba en mi cabeza apareció una imagen.

Sangre. La bañera. Levanto la vista y veo una figura oscura cerniéndose sobre mí.

—¡Lilia! ¡Lilia!

La voz de mi madre retumbó dentro de mi cráneo y yo me encogí de dolor.

La figura oscura pasa por encima de mí hacia la bañera, donde las piernas delgadas de mi madre cuelgan sobre el borde.

Está pataleando.

Sigue viva. ¡Viva! ¡Pensaba que estaba muerta, pero está viva!

—Mi… mi madre estaba viva —susurré, narrando la visión a medida que sucedía en mi cabeza.

Angelo se quedó quieto en alguna parte de mi periferia.

Se filtraron más recuerdos.

—¡No te acerques a mí! —grita ella.

El dolor me palpita en el cráneo con fogonazos de luz que me nublan la vista. El aire es tan denso que me cuesta moverme.

—Mamá —digo con voz áspera.

La figura sombría gruñe. Tiene los brazos extendidos: ¡la está ahogando! Las piernas de mi madre se vuelven rígidas, con los dedos encogidos.

Grito.

Oscuridad.

El ruidoso gorgoteo del agua que se va por el desagüe me

despierta y abro los ojos.

Araño las baldosas mojadas, tratando de llegar hasta ella, pero mis músculos no responden.

—Relájate —me dice la sombra, cuyo olor a suciedad y metal se me adhiere a las fosas nasales.

Se me cierra la garganta cuando la realidad me apuñala en el pecho.

—Tú estabas aquí esa noche.

Se filtran aún más fragmentos de recuerdos.

Toc, toc, toc.

Vuelvo la mirada a la puerta del piso.

—Soy amigo de Conner.

—El de la puerta eras tú. Luego… te vi ahogarla. ¡La ahogaste tú! —La sonrisa de satisfacción de su cara se vio emborronada por más recuerdos.

La figura desliza una hoja sobre las muñecas de mi madre. Unas gotas rojas de sangre densas salpican los relucientes azulejos blancos.

—La mataste tú. Estaba viva, ¡pero tú la mataste!

—Me enviaron a quitar de en medio a la zorra esa. Imagínate mi sorpresa cuando te me adelantaste.

Me quedé inmóvil. Un pánico helador se expandió por mis pulmones mientras intentaba asimilar sus palabras. Un recuerdo fugaz se deslizó tras mis ojos.

Unas manos intentando alcanzarme. Gritos. Unos gritos terribles.

Con los ojos apretados, negué con la cabeza.

No. no. No lo mires. No es real. No lo es.

—No recuerdas mucho de esa noche, ¿a que no? —Una risita retorcida en mi oído despertó a los demonios de su letargo. Dientes y garras me corroían la conciencia.

Se me revolvió el estómago con un horror que me arañaba las entrañas.

—¡Mamá! ¡Para!

Un grito lejano me taladró el cráneo y dejé escapar un sollozo mientras me rascaba el cerebro como unas uñas con una costra.

—Tienes suerte —siguió Angelo—. A mí me habría encantado olvidarme de esas putas cosas asquerosas que se retorcían en la bañera y que se alimentaron de su sangre antes de que se las tragara el desagüe.

Sangre en la bañera. Mi madre clavándome las uñas en la piel. Los gusanos saliendo de ella como un humo negro que serpenteaba y se desplazaba por el agua.

La oscuridad de mis entrañas se coló en el pecho y me apretó los pulmones con sus dedos cubiertos de veneno. No podía respirar.

—¡Mamá! ¡Por favor!

—¡No puedo respirar!

Grité y me retorcí debajo de él; el monstruo de mi interior estaba desesperado por escapar. «¡Por favor!».

—Sí. Tú la sujetaste debajo del agua.

—Seguía viva —le gruñí en respuesta.

—Apenas.

«Mentiroso. ¡Mentiroso de mierda!».

—No. *Tú* le cortaste las venas. El informe del forense… —Se me fue apagando la voz al ver cómo estiraba los labios en una sonrisa—. Madre mía. Hiciste que pareciera…

La risa de Angelo solo avivó el pánico que se apoderaba de mi garganta, palpitando como un ser vivo, una bestia oscura y malvada que me roía las costillas.

—Ese forense estaba que se meaba en los pantalones; se aseguró de que su muerte pareciera un suicidio. Eso es tener poder,

Lilia. —Me arañó la mejilla con la punta de la hoja—. Tú te desmayaste. Te golpeaste la cabeza con la bañera. Vino bien también. La escena era más creíble. —El hedor a suciedad y metal se me atascó en la garganta cuando se inclinó hacia mí—. Te salvé el pellejo, gatita. Entre eso y mentirle sobre tu existencia a Lippincott —dijo, soltando el nombre sin darse cuenta—, te lo he salvado demasiadas veces, así que eres mía. Y te aseguro que lo voy a aprovechar.

Lippincott. *Fue* Lippincott.

—La mejor parte de quedarme en esta basura de ciudad fue ver cómo te ibas convirtiendo en una mujer. Una mujer a la que pretendo romper. —Levantó mi navaja y la giró delante de mí—. Algunas parejas se hacen tatuajes a juego, pero tú y yo vamos a compartir cicatrices, aunque las tuyas no van a ser tan bonitas.

Temblaba por el esfuerzo de intentar liberarme de su agarre, pero él me presionó el pecho con todo su peso y me aplastó los pulmones. Un dolor agudo me recorrió la cara, desde el rabillo del ojo hasta la mandíbula. Solté un grito ronco en su mano mientras me resbalaban lágrimas por las sienes.

—La verdad es que es una pena, con lo guapa que eras. Ahora eres un monstruo. Una puta de mierda usada. Estoy seguro de que te abrías de piernas delante de cualquier polla en la universidad, ¿a que sí? Me apuesto lo que sea a que tenías un desfile de pollas entrando y saliendo de ese coñito tuyo, ¿verdad?

¡Que te jodan!

Las drogas debían de estar haciendo efecto, porque el mareo me nublaba la vista. O eso, o me estaba desmayando, no lo tenía claro. En mi campo de visión, la habitación se ampliaba, se encogía y daba vueltas. Una somnolienta calidez se apoderó de mí, como si quisiera dormir, como si necesitara desesperadamente cerrar los ojos.

A través de la neblina, oí un golpeteo lejano.

Angelo se quedó inmóvil encima de mí y dirigió la atención a la puerta.

—¡Lilia! —Esa voz. La reconocí. Grave. Autoritaria.

Un sollozo se me atascó en la garganta mientras las lágrimas seguían resbalando por las sienes.

«¡Devryck! —quise gritar—. ¡Por favor!».

—No abras la puta boca —susurró Angelo, casi partiéndome la mandíbula con su agarre—. Ni se te ocurra hablar hasta que se vaya.

«¡No! ¡No! ¡Devryck, ayúdame!».

Otro golpe en la puerta.

—¡Lilia! Soy el profesor Bramwell. ¿Estás ahí?

Sollocé en la mano de Angelo, tosiendo y ahogándome con los mocos acumulados en la nariz.

—Conque profesor, ¿eh? —dijo bajito—. ¿Te estás follando a un profesor, zorra? —Deslizó la mano hasta mis bragas y me apretó la carne.

Un grito violento me sacudió la garganta; sentí un dolor insoportable mientras intentaba que me soltara a patadas.

—¿Ya te ha desvirgado? ¿Eh? —dijo Angelo con un gruñido.

Ahí estaba. Tenía que enfadarlo hasta el punto de que quisiera hacerme daño. Para desviar su atención de Devryck.

Asentí.

—Folla de maravilla —dije en su mano y me reí entre lágrimas.

—¿Qué coño has dicho?

Volví a distorsionar la voz a propósito y me obligué a soltar una risa.

Él levantó la mano y me apretó la mandíbula.

—Repítelo, hija de puta.

—Que me folló de maravilla.

Un golpe brutal me sacudió la mejilla como un rayo y me vibraron los huesos.

—¡Zorra! —gritó entre el pitido de oídos. Me agarró con fuerza del cuello y me capturó el aire en los pulmones—. A ver si te gusta también cuando te meta la hoja de la navaja en el coño.

Un grito gutural brotó de mi garganta.

Los golpes en la puerta se alejaron en favor de la sangre pulsando en mis oídos.

Él me rodeó con los brazos y yo me revolví y me agité, con las extremidades pesadas y entumecidas. Lo que me había dado me había dejado inválida y sin fuerzas. Me arrastró hacia la pared como si nada, con la espalda contra su pecho, y sacó su pistola.

—Al que entre por esa puta puerta lo lleno de plomo.

«No». En cuanto apareciera Devryck, le dispararía. No podía dejar que pasase. Aunque me matara, me negaba a dejar que aquel cretino despiadado lo asesinara delante de mí.

«Defiéndete».

Algo debajo de mi cama me llamó la atención.

Mi viejo trofeo de atletismo, que había tirado allí sin cuidado mientras limpiaba la habitación. Cerré los ojos y respiré hondo. Si la cagaba, seguro que me mataría a mí y luego a Devryck. Tenía que ser precisa. Y rápida. Una idea imposible, ya que se me habían empezado a dormir los brazos.

Reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, estiré el brazo hacia atrás y agarré a Angelo por los testículos con tanta fuerza que me temblaron las manos por el esfuerzo.

Un grito estridente y gutural me martilleó los oídos y, en cuanto me soltó, caí con torpeza hacia un lado, luchando contra los efectos de la droga, que me hacía sentir como si estuviera nadando en arenas movedizas. Las respiraciones entrecortadas me destrozaban

los pulmones mientras me arrastraba hacia el borde de la cama arañando el suelo. Justo cuando él tiró de mí hacia atrás, agarré la pesada base metálica del trofeo.

—¡Hija de la gran puta! —gritó Angelo y, cuando me dio la vuelta, aproveché el impulso para golpearle la cabeza con el pesado hierro. Cayó de lado con un ruido sordo, gimiendo.

Una sensación punzante de debilidad me recorrió los brazos cuando le aticé de nuevo en toda la frente. La sangre le brotaba de la coronilla y le resbalaba por las sienes mientras movía la cabeza de un lado a otro con los ojos entrecerrados, como si estuviera borracho.

Empezó a apoderarse de mí un vacío negro y serpenteante, que me trepaba con dedos implacables y me arrancaba lentamente la consciencia.

Unos gritos se abrieron paso en la oscuridad. Gritos horribles. ¿Era yo? No podía saberlo.

El ruido resonaba en mi cabeza mientras, una vez más, me veía sumida en un silencio ineludible.

Oscuridad.

Unos ojos incendiarios me miraban desde arriba. Unos ojos furiosos que brillaban como el cobre fundido.

—Lilia —dijo con su voz como de ángel oscuro. Mi ángel vengador. ¿Estaba muerta? Seguro.

Oscuridad.

La calidez me envolvió. Un calor reconfortante. Me acurruqué conmigo misma y me sumí en un sueño cada vez más profundo.

Y más.

Y más.

El silencio me arrastró hacia el fondo.



61

Lilia

Me giro y veo a mi madre mirándome y riéndose desde el columpio con vistas al mar.

Sonrío cuando vuelve la vista al azul infinito que se extiende más allá.

El columpio se detiene poco a poco y ella se baja.

—Vamos —me dice, agarrándome la mano—. Ven conmigo.

Me lleva hasta el acantilado y, cuando llegamos al borde, me miro los pies, que tocan el filo.

—Venga, Lilia, salta.

Una sensación de cosquilleo se me extiende por el vientre cuando me lanzo al agua. El viento sopla entre los mechones de mi pelo. El sol me calienta el rostro.

Caigo y caigo sin parar.

Abro los ojos y veo la inmensidad del mar abierto. Mi madre no está por ninguna parte.

Frunzo el ceño y miro alrededor mientras las olas me mecen arriba y abajo. Un temor helador se apodera de mí y me absorbe el calor de los músculos.

—¿Mamá?

Noto que me tiran del pie y el pánico se aferra a mis huesos. Miro hacia abajo, a través del agua, debajo de la superficie, donde mi madre me tiende la mano.

—Ven, Lilia. Aquí hay mucha paz —me susurra—. Quédate conmigo.

Agito los brazos, golpeando el agua para evitar que me arrastre hacia abajo.

—¡No!

—¡Lilia!

Tira más fuerte.

Una fuerza invisible me empuja por los hombros.

—¡Lilia! ¡Lilia!

Abrí los ojos de golpe en una habitación oscura; alguien me agarraba del brazo. Con un grito ahogado, me aparté bruscamente, pero me cogieron más fuerte y al volverme me encontré a Devryck extendiendo la mano hacia mí. Jadeaba del miedo, respirando de forma superficial mientras recorría con la mirada la habitación desconocida: largas cortinas oscuras, muebles cubiertos con sábanas blancas, adornos excesivamente recargados en las paredes y la repisa de la chimenea. La confusión seguía anclada en mi cabeza como una niebla espesa y fruncí el ceño, desesperada por averiguar dónde cojones estaba y cómo había llegado allí.

«Había vuelto a casa. Me quedé dormida en mi habitación. Me despertó Conner».

Un ardor intenso me palpitaba en la cara. Los recuerdos

cobraron sentido y jadeé al tocarme la mejilla y pasar los dedos por una superficie áspera y contraída. Moví la mandíbula y me encogí de dolor por haberla estirado.

Me aparté de él, ocultando lo que debía de ser una herida espantosa.

—Llevas dos días durmiendo —dijo con voz calmada y firme, y se sentó a mi lado en la cama—. He hecho lo mejor que he podido con los puntos.

A través de un torrente de lágrimas, volví a tocar el dolor abrasador, la piel arrugada que se extendía desde el ojo hasta la mandíbula.

—Yo no lo tocaría mucho.

Los recuerdos horribles que Angelo había desenterrado me inundaron la mente y, tras una profunda inspiración, lo recordé todo. Miré fijamente a Devryck, suplicándole en silencio, como si él pudiera borrarlo todo, destruir y eliminar el monstruo que habitaba dentro de mí.

—¿Qué ocurre? —preguntó y extendió el brazo para apartarme un mechón suelto de la cara. Yo me estremecí y me alejé—. Lilia.

—Mi madre… —Algo dentro de mí me rogaba que no lo dijera en alto, porque así tal vez seguiría siendo una mentira. Se quedaría en el fondo de mi mente y volvería a la oscuridad de la que había emergido. Así era como había sobrevivido, después de todo. Había practicado mentalmente una y otra vez el decirle a todo el mundo que se había suicidado, hasta que se hizo realidad y fui capaz de decir aquellas palabras sin inmutarme y sin rastro de culpa. Aunque ahora sabía que fue Angelo quien la mató, quedaba una verdad escalofriante.

Yo la había sujetado debajo del agua. Casi la maté.

—Sospecho que ya lo sé. —Apretó los labios, formando una

línea, y bajó los ojos—. Hablaste en sueños de camino a Dracadia.

En silencio, perdida en mis pensamientos, me miré las manos e intenté comprender cómo iba a explicar algo así. ¿Qué tipo de hija intentaría matar a su madre? Era una pregunta que no podía responder. La quería. Siempre había sido mi mejor amiga. Mi hogar. Era mi vida entera.

Pero ¿qué tipo de madre intentaría ahogar a su propia hija?

Estaba enferma, hasta el punto de que no vio a Bee como la adolescente encantadora de siempre. De alguna forma, mi madre la consideró una amenaza. La expresión de terror en sus ojos cuando la pillé intentando ahogar a mi hermana en la bañera era una imagen que me perseguiría hasta el más allá.

Y aquella noche traté desesperadamente de que dejara de hacerle daño a Bee. Hice todo lo posible por retenerla, pero no paraba. Me mordió, me empujó y se defendió como un animal salvaje, resuelta a acabar con lo que en su cabeza había considerado el enemigo.

El monstruo.

El misterio trágico de todo aquello era por qué se fijó en Bee en un principio.

—Intentó ahogar a tu hermana, ¿no es así? —La pregunta de Devryck me sacó de mis pensamientos.

Me sentí aturdida. Desalmada. Asentí y una lágrima me resbaló por la mejilla y me apresuré a limpiarla.

—Entonces no es culpa tuya, Lilia.

—Esto no es lo mismo que lo tuyo con tu hermano. Yo sujeté a mi *madre* debajo del agua, joder. —Aunque no fuera quien acabó con su vida, lo intenté. Lo habría hecho. Incluso entonces prácticamente sentí la adrenalina que me recorrió por dentro aquella noche. La determinación por hacer que parara.

—Tienes razón. No es lo mismo. Pero sigue sin ser culpa tuya. Estabas intentando salvarle la vida a tu hermana, y, créeme, tu madre la habría matado. He estudiado bastante estos pacientes y sé cómo funciona su mente, lo que este parásito le hace al cerebro. Salvaste a Bee, eso no lo dudes. —Extendió el brazo hacia mí, pero yo se lo aparté.

Envolviéndome el vientre con los brazos, me incliné hacia delante con un dolor que me desgarraba por dentro.

—Quería a mi madre —dije con un sollozo ahogado—. Pero no paraba. Le supliqué que parase y no me hizo caso.

—Aquella no era tu madre. Esa noche algo se apoderó de su mente y tu hermana se cruzó en su camino.

Negué con la cabeza, rehusando aceptar el intercambio no deseado: su compasión por el daño que le había causado a mi madre.

—Escúchame. ¿Ella habría dado la vida con gusto por protegerte de cualquier mal?

—Sí, por supuesto.

—Sí. Pues hiciste lo correcto protegiendo a tu hermana. Es lo que tu madre habría querido.

Por mucho que hubiera algo de verdad en ello, nunca me perdonaría lo que hice. Sin embargo, en una cosa tenía razón: mi madre era de las que habrían hecho lo que fuera necesario para protegernos.

Incluso huir de su casa sin nada más que la ropa que llevaba puesta.

Lo cierto era que el mundo no siempre juega limpio y, a veces, nos vemos en situaciones desagradables en las que no queríamos estar, obligados a tomar decisiones que no queríamos tomar.

Aquella noche tuve que elegir entre ver cómo mi madre ahogaba

a mi hermana o hacer lo que tenía que hacer para salvar a Bee.

Mientras me obligaba a liberarme de parte de la culpa y a relegar esos pensamientos al fondo de mi mente, afloró una nueva angustia. Levanté la mano y volví a tocarme la parte inferior de la herida que terminaba en la línea de la mandíbula.

—Angelo… intentó… —Las palabras se me quebraron por la vergüenza y el pánico que me obstruían la garganta. Entre lágrimas, le devolví la mirada—. ¿Puedo verla?

—Es pronto todavía, Lilia. Se curará.

—Por favor.

Con un suspiro, se puso de pie y abrió un poco más las cortinas; luego tomó un objeto cubierto con una sábana de lo que debía de ser una cómoda, al otro lado de la habitación. La retiró y reveló un espejo de mesa que me entregó. En el reflejo contemplé la horrible línea de puntos tirantes y perfectamente espaciados. El recuerdo de Angelo sujetándome mientras me marcaba la piel se repitió en mi cabeza y, cerrando los ojos, intenté disipar las lágrimas, bajé el espejo y me di la vuelta.

—Se curará. —Devryck extendió la mano y, de nuevo, di un respingo. ¿Por qué? Al fin y al cabo, él no me había hecho daño. La compasión y la comprensión se reflejaron en su rostro mientras dejaba caer la mano, lo que solo hizo que me sintiera peor—. Tardará un tiempo.

—No… no te tengo miedo. —A mi pesar, le cogí la mano y la sostuve entre las mías—. Estaba muy asustada. Me dijo que… —Volví a ahogarme con las lágrimas—. Quería…

—No pasa nada, no hace falta que lo digas. —Juntó las cejas con una mueca de preocupación y me pareció que lo había dicho más por él—. Fuiste muy valiente defendiéndote. Mi polillita brava… —Me acarició la sien con el pulgar.

—¿Está… muerto?

Su expresión reflejaba un vacío aterrador, algo salvaje e incivilizado, como imagino que debe de mirar un tiburón a su presa justo antes de hincarle el diente; un brillo frío y letal que me erizó el vello de la nuca.

—No volverá a hacerte daño.

Sus palabras se me grabaron en la mente mientras trataba de imaginar qué había hecho para asegurarse de algo así, y me armé de valor para dar un paso adelante y abrazarlo.

«Hazlo, Lilia».

Sin embargo, un inexplicable muro de vergüenza se interpuso entre nosotros. Por razones que no podía explicar, de alguna manera me sentía culpable, como si hubiera provocado a Angelo para que me hiciera daño. No tenía sentido. Nada tenía sentido. Me sentía como un cascarón vacío, sin la emoción que debería de haber notado en aquel momento. El problema era que las cosas se habían acumulado, eran tantas que no podía sentir nada en absoluto.

Desesperada por distraerme, volví a recorrer la habitación con la mirada.

—¿Este es tu antiguo hogar? ¿La mansión que me enseñaste?

—Sí. No podía llevarte a mi apartamento del campus ni al laboratorio. Realmente no quedaba ningún sitio más. Pero aquí estás a salvo.

—Ya no me siento a salvo en ninguna parte.

—Conmigo lo estás, Lilia.

Las lágrimas me resbalaron por las mejillas y, después de respirar hondo, me lancé hacia él y lo abracé con fuerza. Él me estrechó contra su pecho y me recolocó para que lo rodeara con las piernas. Me envolvió con calidez y seguridad con sus fuertes brazos.

Estuvimos así durante lo que pareció una eternidad y, con la

cabeza apoyada en el hueco de su cuello, me quedé observando, absorbiéndolo todo, procesándolo.

—Necesito saber lo que te contó Gilchrist sobre tu padre. Y, por favor, sé sincera conmigo. —La pregunta dio vueltas en el lodazal de pensamientos de mi cabeza. El peso de todas las emociones me oprimía.

—Me dijo que mi padre era Lippincott. Encontré una carta de mi madre que lo confirma, en cierto modo, y luego Angelo me contó que alguien me la tenía jurada en la universidad. Creo que es posible que fuera él quien lo contrató.

Bramwell frunció el ceño, con expresión contemplativa.

—Desconfió de ti desde el principio. Desde que te vio por primera vez y se dio cuenta de quién eras.

—Entonces ¿qué hago? —Tampoco es que tuviera pruebas de que había intentado matarme.

—Nada. Por ahora, lo más probable es que crea que estás muerta.

—¿Por?

—Antes de extirparle la lengua, obligué a Angelo a hacerle una llamada convincente a su contacto.

Seguro que mi cara fue todo confusión. El Angelo que yo conocía no le habría hecho un favor a nadie.

—Lo amenacé con una navaja en los testículos.

Puede que aquello fuera motivación suficiente.

Si era verdad que Lippincott era mi padre, su maldad conmigo no tenía sentido.

—Sé que voy a sonar increíblemente ingenua, tal vez incluso estúpida, pero… no entiendo por qué. Yo no iba a pedirle nada. Ni dinero ni, desde luego, ningún trato especial. No le encuentro sentido.

—Tu existencia es una amenaza para él y para su posición. Si su mujer se enterase de que existes, no tengo duda de que lo dejaría sin nada. Está desesperado por mantener su puesto en los Cuervos.

—Los Cuervos… Es una sociedad secreta, ¿verdad?

—Sí. —Frunció el ceño y me separó los brazos de su cuello, instándome a sentarme a su lado en la cama—. Lilia, necesito contarte… —Un zumbido lo interrumpió y se sacó el móvil del bolsillo, lo que intensificó su mueca.

—¿Qué pasa?

—Una notificación del sistema de seguridad del laboratorio. Han introducido un código incorrecto. —Me besó la coronilla y me acarició el pelo—. Tengo que ir a ver qué está pasando.

—¿Te… te vas?

—Puede que solo sean estudiantes haciendo el tonto, pero quiero asegurarme. Además necesitas más crema antibiótica para los puntos. Te prometo que nadie sabe que estás aquí.

Dejé escapar un suspiro y eché un vistazo a la habitación oscura, imaginando lo espeluznante que sería si no regresara hasta el anochecer.

—Intentaré estar de vuelta en una hora. Y traeré comida. Estoy seguro de que debes de estar hambrienta.

Mi estómago rugió en respuesta, como si apreciara que lo tuviera en cuenta.

—Vale.

—Te he aseado con una esponja antes, pero puedes darte una ducha si quieres, sin mojarte los puntos.

Vi de refilón mi maleta apoyada en la esquina, que seguramente había cogido del piso.

—Ay, Dios. A Conner le va a dar algo.

—Le envié un mensaje desde tu móvil diciéndole que habías

decidido quedarte con una amiga.

—¿Dónde está Angelo?

Me miró irritado, con ceño fruncido, mientras se daba la vuelta.

—Cuando entré en aquella habitación y te vi prácticamente desnuda en el suelo y con sangre por todas partes… —Se le contrajo un músculo en la mandíbula—. Créeme cuando te digo que es mejor que no sepas lo que le ha pasado a Angelo.

La oscuridad de antes se movió en mi interior. De algún modo me sentí menos sola, menos cruel. Le había hecho daño por herirme. ¿Se podría considerar que Devryck era un asesino por algo así? ¿Quién sabía lo que Angelo me habría hecho cuando hubiera recuperado el conocimiento?

Al mismo tiempo, sabía muy bien lo que mi madre le habría hecho a Bee si no la hubiera descubierto. Había visto ese destello de locura en sus ojos. ¿Devryck percibió lo mismo en Angelo?

Me había dicho que iba a violarme con una puta navaja, un detalle que no me molesté en contarle a Devryck en ese momento, dada la tensión de su mandíbula y el destello asesino de sus ojos. Quizá era mejor dar gracias por mi suerte y comprender que había ciertas represalias en el mundo que iban más allá de lo que yo consideraba justo y humano. Como los animales. Los leones destrozan a otros depredadores por atreverse a amenazar a sus manadas. ¿Era eso lo que yo era para Devryck? ¿Su manada? ¿Su ser intocable?

Por primera vez desde la muerte de mi madre, vi las cosas desde la perspectiva de una víctima, una persona agradecida por haber salido ilesa, por estar viva gracias a que alguien se había preocupado hasta el punto de ser valiente y actuar como era necesario.

Mientras reflexionaba sobre ello, no me di cuenta de que

Devryck había caído en una especie de trance, con la mirada perdida en la nada. Al principio permaneció en silencio. Hasta que, por fin, carraspeó.

—Cuando fui corriendo a tu habitación… hubo un momento… que dejaste de gritar y pensé… —Con los labios apretados en una línea fina, me lanzó una mirada sombría que me partió el corazón. Meneó la cabeza, negándose a decirlo—. Esa fue la primera vez que de verdad sentí que algo podía hacerme daño y dejarme postrado de rodillas. No quiero volver a sentir eso, Lilia.

Asentí a través de otro escudo de lágrimas.

—Conozco bien ese sentimiento —dije, recordando el día de la cala, cuando pensé que lo había perdido.

Decidí no darle más vueltas, asumiendo que Angelo había escogido su camino, su destino. Era un depredador que había sido abatido por un depredador mayor, y, en el caso de mi madre, al hacer daño a mi hermana, llevó al límite mi amor por ella, mi lealtad.

Me dio otro beso cuidadoso en los labios y me apoyó sobre la almohada que tenía debajo.

—¿Estás bien?

—No, pero espero estarlo. —Se quedó mirándome; el dolor de la mejilla aumentó al recordar las palabras de Angelo. «Ahora eres un monstruo. Una puta de mierda usada». Conteniendo más lágrimas, me alejé de él.

Me movió la barbilla con el dedo para que le prestara atención.

—No te escondas de mí, Lilia. No eres menos hermosa que el día que entraste en mi clase y me dejaste sin respiración.

—Me quedarán cicatrices —dije, no solo refiriéndome a la herida de la cara.

—Puede que sí, pero también servirá de recordatorio de que te defendiste de un asesino experimentado y sobreviviste. Eres más

fuerte de lo que crees.

Sus palabras me atravesaron y asentí con la cabeza, dejando que ahogaran los implacables susurros de Angelo, que se repetían en bucle en mi mente.

Me dio otro beso en los labios.

—Volveré pronto.

Acto seguido atravesó la habitación a grandes zancadas y cerró la puerta.



62

Devryck

Me ardían los músculos por la tensión mientras conducía de vuelta a la universidad. Sin que Lilia lo supiera, había metido a Angelo en el antiguo laboratorio de mi padre, en las catacumbas de la mansión, y le había administrado la dosis de las larvas que tenía intención de darle a la prostituta de Thresher Bay.

Cada fibra de mi ser me instaba a matarlo por haberle puesto las manos encima, pero necesitaba mantenerlo con vida para que me sirviera de sujeto de prueba. Me conformé con saber que sufriría un infierno mucho más lento que con una bala rápida o una arteria cercenada. Ni siquiera la tortura de despellejarlo vivo habría bastado para sofocar la rabia que ardía dentro de mí.

También pretendía administrarle una dosis a Lippincott, porque en mi mente no cabía duda de que había encargado a Angelo matar a Lilia. Y la conexión entre aquellos dos desgraciados me hacía creer que probablemente también estuviera involucrado en el secuestro de

Caed. Estaba tan cegado por mis hallazgos y la desesperación por curar mi enfermedad que no me había dado cuenta de lo que tenía delante de las narices.

Se había metido con las únicas dos personas en el mundo que me importaban y, por ello, iba a morir de una forma lenta y dolorosa. Dado que solía pasar por mi despacho para tomar algo, pensé que el método de inoculación sería relativamente sencillo. Lo llamaría para hablar sobre la nueva variante, le ofrecería una copa y luego vería cómo se desmoronaba su mundo.

Detuve el coche en el pequeño aparcamiento, justo fuera de la entrada de cadáveres, y entré.

Hasta donde él sabía, Lilia estaba muerta. No le había dado ningún motivo para sospechar que yo tenía vínculos con ella, así que, a menos que hubiera llegado a sus propias conclusiones, no habría deducido que fuera alguien importante para mí. Le había enviado un mensaje el día anterior para informarle de que no había asistido a clase. Yo solo estaba cumpliendo con mi papel de informante, tal y como me había pedido. Entonces me dio una excusa poco convincente sobre que, debido a problemas presupuestarios, no había podido aprobarle otro semestre. No protesté, no di la más mínima muestra de que me importara, una reacción que se vio reforzada cuando le dije que había tenido éxito con la última variante, a lo que él respondió positivamente.

A ojos del propio Lippincott, se había ocupado de Lilia con discreción.

Gracias a Langmore, a quien me aseguraría de mostrar mi gratitud, se había quedado sin apoyo.

Me apresuré a llegar a mi despacho, donde eché un vistazo a Aquiles y Patroclo, que seguían respondiendo bien al brebaje de piedra negra que les había administrado. Yo daba fe de ello: también

había mantenido mi sensibilidad durante días sin ninguna disminución.

Allí preparé el licor contaminado que pensaba ofrecerle a Lippincott inyectando los huevos frescos en la botella. Cuando la volví a guardar en el compartimento de mi escritorio, vi una figura de pie en la puerta.

Lippincott.

—Disculpa la intrusión —dijo, cruzando la habitación hasta llegar al asiento que tenía enfrente—. Ha sido un día largo. Alguien se ha dedicado a destrozarme el despacho. Tengo la sensación de que ha sido Spencer.

Me dejé caer en la silla frente a él.

—¿Tiene algún motivo?

—Que es un inútil. Ese es el motivo. —Dejó escapar una risita amarga—. ¿Puedo contarte un secreto, Devryck? —Sus ojos, un poco desenfocados, sugerían que ya había empezado a beber—. Ni siquiera es mío —susurró y se rio por la nariz.

Con el ceño fruncido, me quedé mirándolo, preguntándome si me estaba diciendo la verdad o si solo estaba borracho. Saqué el decantador del compartimento de mi escritorio y lo levanté.

Él asintió con la cabeza y chasqueó los dedos, y yo vertí el licor en un vaso, que luego empujé hacia él sobre el escritorio.

—Estás hasta el cuello de mierda, Devryck. Por eso he venido.

—¿Por qué?

Apretó los ojos y dejó escapar otra risita.

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! ¿Me estás tomando el puto pelo?

No respondí, porque no sabía si era cosa del alcohol.

—Melisandre Winthrop te ha acusado de apuntarle con una navaja y amenazarla con cortarle los putos pezones. Por eso.

La acusación me golpeó la cara como una toalla mojada.

—*¿Cómo?*

—Sí. Asegura que la atacaste para conseguir unos documentos.

¿Unos documentos? No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Cuándo dice que pasó esto?

—Hace dos noches, en su habitación de la residencia.

«Y una mierda». Hace dos noches estaba cortándole la lengua a Angelo y dándole puntos en la cara a Lilia.

—¿Estás intentando remover la mierda otra vez, Devryck?

—La verdad es que me has dejado atónito. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Venga ya, hombre. Que soy yo. *¡Yo!* —Levantó el vaso del escritorio como si fuera a beber, pero se detuvo—. ¿En qué cojones estás pensando, Devryck? ¡Melisandre Winthrop es la hija del presidente de la junta! ¿Estás loco?

—Yo nunca la he amenazado.

Él negó con la cabeza, sacó el móvil del bolsillo y puso un vídeo.

—Como bien sabes —siguió parloteando—, el presidente no soporta lo más mínimo ninguna clase de amenaza.

Una figura con una sudadera negra con capucha entró por la puerta principal de lo que parecía el edificio Corbeau. Miró a la cámara justo cuando Lippincott pausó el vídeo y solté el aire de golpe.

Era como ver mi reflejo en un puto espejo.

Una réplica exacta de mí.

«¿Caedmon?».

Era increíble que Lippincott no oyera los latidos frenéticos de mi corazón mientras tenía la mirada clavada en quien estaba seguro de que era mi gemelo.

Sin embargo, mi cerebro se negaba a aceptarlo; ni siquiera tras estudiar sus rasgos fui incapaz de articular algo más que un puto

«¿Qué cojones?».

—Varios testigos te vieron entrando en la residencia, Devryck.

Busqué en mi mente un motivo. Una explicación. Cada fibra de mi ser quedó paralizada por el estupor.

Mi hermano. Mi gemelo.

Llevaba años creyendo que estaba muerto. Mutilado.

¿Me lo había imaginado todo? No podía ser. Lippincott había dicho que lo había visto más gente.

Contuve mis emociones para evitar mostrar el caos absoluto que se apoderó de mi mente en ese momento.

Lippincott miró fijamente su bebida y la giró en el vaso. Dio un sorbo y fue una imagen que debería de haber disfrutado, pero estaba demasiado preocupado por desentrañar lo imposible.

—Los Cuervos van a por ti, Devryck. Winthrop está cabreado de cojones. Melisandre es su princesa, como ya sabes.

Su voz seguía siendo un sonido lejano entre el incesante martilleo que sentía en la cabeza en aquel momento.

Entonces sacó una pistola y me apuntó con el cañón, y por fin salí del trance.

—Siempre has sido como un hijo para mí. Joder, más que el mío propio.

—¿Qué estás haciendo, Edward? —le pregunté, calculando en silencio cuánto tiempo tardaría, cuántos días de sufrimiento tendrían que pasar para que se diera cuenta de que ya había acabado con su vida con aquel único sorbo.

Cuando tomó otro, contuve las ganas de reírme.

—Según lo veo yo, este barco se está hundiendo a toda prisa. Solo estoy asegurándome un salvavidas, nada más.

—No lo entiendo. —No. No es que no lo entendiera, es que me daba igual. Tenía que ocuparme de cosas más importantes.

—Quiero toda la información que tengas sobre la toxina, Devryck. Tu investigación al completo. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó una memoria USB y la tiró sobre el escritorio—. Cópialo todo y te prometo que no tendrás que morir. Quiero todos los datos. Todas las formulaciones. Todo.

—Lo que me estás pidiendo que te entregue es el trabajo de dos generaciones. —En realidad, en aquel momento no me importaba nada de aquello. Quería ir a buscar a mi hermano para callar esa voz en mi cabeza que decía que era imposible. Esa mierda con Lippincott no era más que una distracción.

—Sí. Estás a punto de irte a pique. ¿Eres consciente de que, cuando Winthrop venga a por ti, no te va a dejar escapar? Ni siquiera tu nombre te salvará.

De todos modos, mi nombre nunca me había salvado de nada. Solo la promesa de lo que podía ofrecer para redimirlo. Miré la memoria USB y luego a él otra vez.

—¿Contrataste a Angelo para que matara a Lilia? —Llegados a ese punto, me importaba una mierda que se enterara de lo nuestro.

Fijó sus ojos perspicaces en los míos e inclinó la cabeza.

—¿Y tú cómo sabes eso, Devryck?

—Responde a la pregunta o destruyo hasta el último rastro de este estudio.

—¿Y cómo pretendes hacerlo en cuestión de segundos antes de que te alcance la bala?

Qué idiota. Si alguna vez pensó por un segundo que confiaba plenamente en él, que alguna vez confié en cualquier Cuervo, era mucho más tonto de lo que pensé en un principio.

—Instalé un sistema de seguridad, un virus, por si me ocurriera algo. Un clic y todo desaparece, Edward.

Apretó la mandíbula, con los ojos con un tono de negro

demencial.

—Siempre se te ha dado bien este juego. Eres mucho más inteligente que tu padre. —Se frotó la nuca y dejó escapar un gruñido—. Sí, yo la mandé matar. Intenté hacerlo de forma discreta, pero no funcionó, así que tuve que tomar medidas más *agresivas*. Era un lastre.

De forma discreta.

—Fuiste tú el que la drogó con las bayas de noche en la gala.

—Bueno, técnicamente no. Lo hizo el camarero, a cambio de una propina bastante generosa. —El hecho de que Lilia no se hubiera contagiado o bien probaba que él no estaba al tanto de la inefectividad de las bayas de noche, o bien planteaba un nuevo misterio sobre mi polillita que tendría que desentrañar más adelante —. Lilia era un estorbo para mí —siguió farfullando—. Cometí un error hace muchos años al follarme a su madre y casi me cuesta mi carrera, mi matrimonio, mi puta *vida*.

—¿Cómo estás tan seguro de que es tuya? —La última palabra salió ahogada, mi cabeza se negaba a conferirle ningún tipo de posesión sobre ella, ni siquiera paternal.

—Es mía. La zorra esa me lo prometió. Hace cuatro años vino a verme, después de que muriera su madre. Decía que quería salvar la casa familiar. Me *aseguró* entonces que había perdido al bebé. Pero ese día, cuando vi a Lilia en el comedor, *supe* que la puta esa me había mentido.

—Hace cuatro años, más o menos cuando su madre enfermó.

—Eso parece. —Meneó la cabeza con un suspiro dramático y chasqueó la lengua—. Una tragedia.

—Tú mataste a su madre.

—Erradiqué el problema. Debería haber acabado en una tumba acuática junto con las otras seis mujeres. Que no fuese así es el

puto misterio del siglo. —Tal vez no fuera tan misterioso si había estado expuesta a la roca negra. Si mi hipótesis resultaba ser cierta, la habría protegido por un corto periodo de tiempo—. Por desgracia, suponía una amenaza demasiado grande investigar el porqué de aquello. Y entonces la muy zorra huyó. Pensé que, después de todo, habría muerto. Hasta que volvió a mi vida como un puto herpes. Después apareció la otra lunática acusándome de haberle metido gusanos dentro.

—Pediste que modificaran su informe, igual que me pediste que modificara el de Andrea.

Con una sonrisa de satisfacción, levantó el vaso para brindar y yo quise reírme ante la ironía de todo aquello, pero estaba demasiado ocupado imaginando cómo se vería con la boca llena de dientes destrozados.

—El chantaje es maravilloso. Saqué a la luz tanta mierda sobre ese forense que, si se lo hubiera pedido, hasta se habría follado el cadáver.

—¿Por qué Lilia? Ni siquiera se habría enterado si lo hubieras dejado estar.

—Era Gilchrist la que no podía dejarlo estar. ¡Esa hija de puta es incansable! —Se frotó los dedos y se movió en el asiento, presa de la rabia—. Me la tiene jurada desde hace ya veinte años. Esa mujer está desesperada por sabotear mi carrera y mi matrimonio. Fue ella la que le contó a tu padre lo de mi canita al aire con la zorra esa. —Dejó escapar un largo suspiro y echó los hombros hacia atrás—. Me *juró* que había perdido al bebé. Imagina la sorpresa que me llevé cuando aquel día entró en el comedor una puta réplica andante de ella, más o menos con la misma maldita edad. —Con manos temblorosas, dio otro sorbo—. Para Gilchrist, esto es un juego. ¡Un juego enfermizo para verme caer, y yo, por mi parte, estoy harto de

que me mangoneen las putas mujeres! —Respirando con dificultad por la nariz, se quedó sentado en silencio un momento, como si intentara recomponerse. Con la cara roja como un tomate, me pregunté si estaría a punto de sufrir un infarto—. Voy a compartir un secretito contigo, Devryck. No se lo he contado a nadie. No debería decírtelo, pero tú has sido como un hijo para mí. Más que el mío propio.

—¿Por qué sigues repitiendo eso?

—Porque es la verdad. Spencer ni siquiera es mío. Fue producto de una aventura de mi mujer con tu padre.

Aquel hombre no paraba de soltar bomba tras bomba.

—¿Se hizo alguna prueba de paternidad para confirmarlo?

—Se planteó hacer una para descartarme. Tu padre se negó.

No tenía sentido preguntar si podría haber sido de otra persona. Había visto a mi padre con ella. Los había visto juntos.

—Entonces te follaste a la madre de Lilia para vengarte de tu mujer.

—No voy a mentir. Valió la pena arriesgarse por el coño de Vanessa Corbin. Incluso puede que en otra vida la hubiese querido. —Un pensamiento repugnante, por la parte que le tocaba a Lilia—. Pero ya basta. Copia los archivos, Devryck. No me hagas volarte los sesos, por favor.

Rechinando los dientes, inicié sesión en el ordenador, con la cabeza a punto de estallar y pensando en cómo engañar a aquel borracho estúpido. Apareció una notificación en la pantalla.

Un correo electrónico de Spencer.



63

Lilia

Giré la cara hacia un lado para mirarme en el espejo del baño la parte inferior de la herida, donde recordaba que la cuchilla había rozado el hueso. Asqueada por el recuerdo, aparté la vista. Aunque Devryck se hubiera encargado de hacer justicia a su manera, nunca me libraría de Angelo. Estaría siempre ahí, cada vez que me mirara al espejo. Cuando me sintiera desesperada por olvidar aquella noche, las huellas que me había dejado me devolverían directamente a ella.

Me lavé los dientes con el cepillo que saqué de mi maleta, estremeciéndome cada vez que los puntos se tensaban al mover la mandíbula. Me había puesto unos vaqueros y una camiseta, y, después de hacer mis necesidades y ponerme un poco de desodorante que encontré en la maleta, decidí salir de la habitación y explorar la gigantesca mansión.

Por la rendija de la puerta entreabierta se veía un pasillo oscuro.

Vi un ornamentado interruptor de la luz a unos pasos de mi habitación: salí y lo pulsé. Las antiguas lámparas de pared se encendieron y brillaron como si una llama ardiera en su interior. Caminé sigilosamente por el pasillo, pasando junto a retratos enormes, algunos de los cuales estaban cubiertos con sábanas blancas. La casa desprendía un aire muy majestuoso, desde la alfombra con estampado de cachemir que cubría los gruesos suelos de madera hasta la preciosa lámpara de cristal que colgaba del techo más allá de la escalera, pasando por los elaborados detalles de todos los acabados. Nada que ver con el lugar donde yo me había criado. Me pareció extraño que Devryck hubiera dejado la casa vacía, abandonada.

Cuando llegué a la escalera, me giré hacia un retrato particularmente llamativo que había en la pared: un hombre de aspecto severo, con cabello claro y mirada intensa, flanqueado por dos chicos de idéntica belleza, de unos dieciséis años, según mis cálculos. Con su expresión seria, no habría sido capaz de distinguirlos. Un problema, sin duda. Ambos tenían un brillo travieso en los ojos y uno de ellos esbozaba una leve sonrisa que probablemente habría derretido a muchas chicas.

La madera gastada crujía mientras bajaba las escaleras hacia el vestíbulo de la casa. Nada de lo que había allí me resultaba familiar. No era capaz de recordar ningún momento en el que me hubiera despertado y visto algo la noche en la que me llevó a esa habitación. Debía de estar completamente inconsciente.

A la derecha del vestíbulo había un estudio, con todos los muebles cubiertos con sábanas, y, mientras avanzaba por el pasillo, pasé por una biblioteca, un cuartito de baño, un trastero en el hueco de la escalera y un armario vacío.

Me llegó un leve sonido a los oídos cuando me alejé de este, y

cerré la puerta con el ceño fruncido. Volví a escuchar con más atención. Al cerrar los ojos se hizo más evidente. Un grito agónico. El miedo me recorrió la espalda en forma de escalofrío y los abrí de par en par.

«Vuelve a la habitación», me instó mi cabeza.

En ese instante supe lo que Devryck le había hecho a Angelo. Un miedo salvaje me sacudió los músculos y me toqué la herida de la cara.

«No volverá a hacerte daño»; sus palabras retumbaron en mi cabeza.

Por razones que no comprendía, necesitaba verlo por mí misma. Necesitaba saber si existía la más mínima posibilidad de que volviera a por mí. Quería quitarle algo, para que, si acababa muriendo a manos de Devryck, no me persiguiera desde el más allá.

Todos los músculos de mi cuerpo luchaban contra la cabeza, pero los pies se movieron por sí solos hacia la puerta por la que parecían llegar los gritos. Me llevé la mano al muslo por instinto para agarrar la navaja. Levanté la vista hacia la cocina y corrí hacia allí, en busca de un soporte para cuchillos. En su lugar, abrí un cajón que contenía una colección de elegantes hojas de acero. Me decidí por un cuchillo de carnicero, cuyo filo parecía bastante afilado para cortar huesos.

No quería ni imaginármelo, pero, si Angelo volvía a atacar, al menos estaba armada. Volví de puntillas hasta la puerta y presté atención de nuevo. Los gritos se oían más débiles que antes, pero seguían cargados de sufrimiento.

Puse la mano en el pomo e intenté imaginar en qué estado estaría. «No lo hagas. Déjalo estar».

Pero no pude. Ese desgraciado me había amenazado con violarme con un cuchillo. Y lo creía capaz de hacerlo.

Abrí la puerta, que daba a una escalera que descendía hacia la oscuridad. Al pulsar el interruptor que había a mi lado, los antiguos apliques se encendieron e iluminaron el camino que tenía delante. El aire frío convirtió mi aliento en pequeñas nubes de vapor y los temblores no hicieron más que aumentar la ansiedad que me invadía mientras bajaba por la fría escalera de piedra.

Seguí descendiendo.

Más.

Y cuando llegué abajo, se abrió ante mí un pasillo oscuro que se extendía en ambas direcciones. Encendí las luces para iluminar el largo tramo a mi izquierda y esperé, prestando atención. La ansiedad me oprimía los pulmones y respiraba con dificultad por la nariz. Con el cuchillo aún en la mano, crucé los brazos para protegerme del frío.

Unos lamentos apagados me indicaron que me dirigiera hacia la izquierda y avancé sigilosamente. Al final del pasillo había una puerta entreabierta. «Por favor, Dios mío, que esté atado o algo».

Tragándome el nudo que tenía en la garganta, eché un vistazo al interior. Los gemidos se hicieron más fuertes. Con el corazón a mil por hora, abrí un poco más la rendija.

En la otra punta de la habitación, Angelo yacía sobre una camilla de acero. Le habían amputado los brazos y se los habían cauterizado hasta dejar solo unos muñones oscuros y quemados.

El aire me entraba y salía a trompicones mientras me acercaba y asimilaba la escena sangrienta que se extendía delante de mí. Había captado algo por el rabillo del ojo, pero tenía la cabeza centrada en el collar empapado en sangre que llevaba al cuello. Alargué una mano temblorosa, lo agarré y él se volvió hacia mí gritando. El miedo me cortó la respiración mientras se agitaba, presa del pánico, y se lo arranqué de un tirón.

La sangre le corría por las sienes desde los ojos, que le habían arrancado con saña. Bajé la vista hacia la carnicería que había evitado mirar directamente. Le habían abierto el abdomen y las tripas se le estaban saliendo. Había sangre por todas partes. Se retorció sobre la superficie, abrió la boca y dejó escapar un gemido. Entonces vi que tenía la lengua cortada y que aún rezumaba sangre, que escupió cuando se volvió para toser.

Un frío estremecedor se apoderó de mis entrañas. Caí de rodillas y el cuchillo impactó contra el hormigón con un ruido metálico. El ácido me subió por la garganta, me quemó la nariz y se derramó por el suelo, salpicando la superficie. Los gemidos de Angelo se intensificaron hasta convertirse en un aullido de pánico. A mi lado, un pedazo de sus tripas yacía en el suelo, y volví a vomitar, con los brazos temblorosos, intentando mantenerme erguida.

Me inundó un sudor frío y pegajoso, y me sentí mareada mientras me apartaba de él. Con el collar agarrado en la mano, me puse en pie, pero me asaltó una oleada de vértigo y caí de rodillas de nuevo.

Era demasiado. Una puta barbaridad.

Me llevé las manos a las orejas para no oír sus gimoteos, me tambaleé hasta la puerta y, una vez fuera de la habitación, me desplomé contra la pared, con cada músculo temblando de miedo y repulsión. No tanto por el hecho de que Devryck lo hubiera castigado. Ni siquiera quería imaginar qué le habría parecido la escena cuando entró y vio a Angelo agrediéndome, pero tenía que hacerlo. Tenía que obligarme a imaginar qué podía llevar a un hombre a cometer tal brutalidad. Mi mente se sobrepuso a la conmoción y recordé las cosas horribles que Angelo había prometido hacerme. Rajarme el cuello. Cortarme en pedazos para sacarme más fácilmente del piso. Sí. Todas esas cosas que había prometido

hacerme. Y las habría hecho.

No me cabía duda.

Con una rabia renovada, me aparté de la pared y volví a la escalera. Me detuve al oír otro grito agudo procedente de la habitación. Un escalofrío de miedo me recorrió la nuca cuando me giré hacia donde estaba Angelo.

Sus gritos dieron paso a un silencio inquietante.

Esperé a ver si volvían a empezar.

Salió una figura al pasillo.

Una oleada de terror me recorrió la espalda mientras miraba la silueta oscura con una capa larga y una máscara de la peste. En la mano tenía el cuchillo que se me había caído, con la superficie mojada con lo que sin duda era sangre.

El aire se me atascó en el pecho y cerré los ojos.

«Es mentira. No es real. No es real».

Pero, al abrirlos, seguía allí de pie. Y, cuando se acercó lentamente hacia mí, se me paralizaron los músculos, se me bloquearon los pulmones. No podía gritar. No podía moverme. Durante lo que me pareció una eternidad, me quedé mirando a aquella aparición que había creado en mi mente acercándose a mí a un ritmo nauseabundo.

Sonó el timbre.

Él frenó en seco.

Salí del trance y miré hacia un lado, donde brillaba una luz en lo alto de la escalera. La adrenalina me iba disparada por las venas; giré sobre mí misma y subí corriendo. Me brotó del pecho un sollozo sin lágrimas. Eché un vistazo por encima del hombro y vi que me perseguía, y empecé a gritar.

En cuanto llegué arriba, corrí por el pasillo hasta el vestíbulo y abrí la puerta de golpe, donde me encontré a la profesora Gilchrist,

que chilló como una loca y levantó las manos.

—¡Por favor, por favor! ¡Viene a por mí! ¡Me sigue! —La aparté con un leve empujón al pasar a toda prisa por su lado. Prácticamente me lancé por la escalera de piedra hacia la rotonda cubierta de grava y maleza. Allí me giré y esperé a que el hombre enmascarado se abalanzara sobre mí. Resollando y jadeando, me quedé doblada sobre mí misma, a la espera.

No apareció.

Pasaron los segundos, y una brisa otoñal me envolvió y me entró frío.

Con el entrecejo arrugado, Gilchrist ladeó la cabeza y miró dentro de la casa.

Imaginé que era el momento en que el asesino le partía el cráneo con el cuchillo, pero, en lugar de eso, se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Lilia, ¿te encuentras bien?

—Estaba… Él venía… Era… —No podía recuperar el aliento, pues el miedo y las náuseas todavía me revolvían las entrañas—. Juro que había alguien.

Dios, tal vez lo había imaginado otra vez. A lo mejor ver a Angelo había desencadenado todo aquello. Con una mano temblorosa, me froté la frente y respiré hondo varias veces.

—Lilia, ¿estás segura de que estás bien? —Su voz tenía un matiz cauteloso de incertidumbre.

Con la cabeza gacha, solté un suspiro exasperado y asentí.

—Sí. Estoy bien.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he caído —mentí y observé cómo el escepticismo acentuaba su ceño fruncido. Tenía que volver dentro, cerrarle la puerta antes de que se entrometiera. Con pasos rápidos, subí

corriendo las escaleras hacia la entrada y fruncí el ceño cuando por fin me di cuenta de lo extraño de su visita. Devryck me había dicho que nadie sabría que yo estaba allí. ¿La había enviado él?—. ¿Qué está haciendo aquí? —pregunté, con la misma cautela que ella hacía un momento.

—Tal vez yo debería hacerte la misma pregunta. Según tengo entendido, te marchaste.

Entonces no la había enviado él.

—Devryck no está aquí —dije, retrocediendo hacia la casa y lista para cerrarle la puerta en la cara si era necesario.

—Estoy aquí, guapa. —Al oír esa voz grave y escalofriante, me di la vuelta y lo vi acercándose a mí tranquilamente por el pasillo, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros oscuros. Llevaba una camiseta negra ajustada que contrastaba con la camisa blanca de antes.

Confundida, di un paso atrás cuando se acercó.

—¿Dónde…? —Desvié la vista hacia la puerta abierta de la escalera del sótano y luego volví a centrarla en él y sacudí la cabeza —. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace unos minutos —dijo y se detuvo. Con una mirada de adoración, me tomó el rostro entre las manos y me acarició suavemente la mejilla, justo al lado de la cicatriz, y yo sentí el impulso de apartarme de él.

Al volver la vista hacia la entrada, me di cuenta de que su coche no estaba allí. ¿Lo había aparcado en el garaje? ¿O en la parte de atrás? ¿Había llegado con Gilchrist?

Lo miré de nuevo y vi que tenía una mancha roja en el rabillo del ojo, como si se le hubiera roto un vaso sanguíneo. También me fijé en una cicatriz justo al lado que no había visto antes.

Curvó la comisura de los labios en una media sonrisa y miró a

Gilchrist.

—Has traído lo que te pedí, ¿no?

Ella levantó una memoria USB negra, y él pasó por mi lado para acercarse a ella, la agarró por la cintura de una forma que me pareció demasiado íntima y la besó en los labios.

«¿Qué cojones…?».

Con la mandíbula desencajada, los miré fijamente a los dos, tratando de determinar si estaba sumida en una pesadilla o no. Quizá fuera una alucinación. Se me encogió el corazón y cuando sentí que me faltaba el aire me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—¿Qué es esto? —conseguí decir entre respiraciones ahogadas.

Devryck se giró hacia mí y sonrió; luego le quitó la memoria USB a Gilchrist de la mano.

—¿No es esto lo que querías de ella, Lilia? ¿Todos los documentos del Proyecto Crixson?

Lo miré a él y luego a ella, y retrocedí para alejarme de ellos con la cabeza dándome vueltas en medio de una confusión caótica. Debía de ser un sueño. Una pesadilla horrible y retorcida.

—Devryck, ¿p-p-por qué has hecho esto?

No respondió. En su patética expresión no había ni una pizca de arrepentimiento cuando se acercó a mí y extendió el brazo, el cual aparté de un manotazo.

—¡No me toques, joder!

—No seas así, cariño —dijo mientras yo intentaba encontrarle sentido a aquella situación.

¿«Cariño»? Él nunca me llamaba así. ¿Qué coño pasaba?

La sonrisa de suficiencia de Gilchrist se transformó en repulsión mientras me devolvía la mirada.

—Ay, Dios, te… te está sangrando la herida. —Sus palabras

destilaban asco y me llevé la mano a la mejilla húmeda, y al retirarla vi sangre brillante en las yemas de los dedos—. Eso tiene muy mala pinta.

Devryck retrajo los labios, gruñendo, y tiró de la cabeza de Gilchrist hacia atrás agarrándola fuerte del pelo. La reacción fue tan inusual en él que retrocedí de un salto jadeando.

—¡Devryck! —dijo ella con la voz afectada por el ángulo en el que tenía la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?

Él se volvió hacia mí y, de una funda que llevaba atada a la cadera y que no había visto antes, sacó una navaja y me apuntó con ella.

Se me escapó el aire de los pulmones de golpe por la sorpresa. ¿Quería hacerme daño *a mí*?

—Ve a sentarte al estudio —me ordenó con tono brusco—. Tenemos que hablar.

Yo no quería hablar. Le rogaba en silencio a mi cabeza que espabilara, que despertase de aquella horrible pesadilla que me estaba rompiendo el corazón.

—Deja que me vaya, por favor. No diré nada, pero deja que me vaya. —Desvié la mirada hacia la puerta y calculé si podría pasar entre él y Gilchrist.

Cuando me abalancé hacia ellos, la soltó y se apartó para bloquearme el paso.

—Siéntate.

A la mierda.

Giré sobre los talones y hui en dirección contraria.

Noté un silbido agudo rozándome la oreja y algo se estrelló contra la pared que tenía delante.

Me detuve en seco.

La empuñadura del cuchillo sobresalía de la superficie, como

burlándose de mí por haber estado a punto de darme en la cabeza.

—No me hagas hacerte daño.

¿Hacerme daño? No creía que fuera capaz de algo así.

Me di la vuelta y lo vi desabrochándose una segunda funda de la cadera, y antes de sacarse lo que supuse que era otra navaja, pasé entre los dos y me metí en el estudio.

Me dejé caer en el sofá con los brazos cruzados, temblando con una mezcla de adrenalina, ira y miedo, algo que nunca imaginé que Devryck me haría sentir. Estudié la sala en busca de una salida mientras seguía dándole vueltas a la cabeza, sin poder creerlo.

¿Qué había pasado desde que se había ido hasta ese momento?

Guio a Gilchrist hasta una silla y quitó la sábana que la cubría.

Cuando ella se sentó, él le puso las manos sobre los hombros, se los frotó y de nuevo me dirigió una sonrisa de satisfacción. Cogió la tela del rincón donde la había dejado y se la puso delante.

—Cruza los brazos —le ordenó.

Con el ceño fruncido, ella ladeó la cabeza.

—¿Perdona?

En lugar de responder, él le agarró un brazo y se lo apretó contra el pecho, y luego el otro, obligándola a cruzarlos con brusquedad.

Con una expresión de confusión idéntica a la mía, no se movió mientras él la envolvía con la sábana, anudando los extremos detrás de la silla, pasándolos al frente y volviéndolos a llevar atrás para inmovilizarla.

—Vamos a jugar a una cosita, Lilia. Voy a hacerle varias preguntas y ella va a responderlas. Si no, verás cómo se empapa esta sábana con su sangre.

Madre mía.

Gilchrist ahogó un grito, retorciendo el rostro con un terror renovado, y observé cómo movía la garganta al tragar saliva.

Volví a mirar hacia la salida, preguntándome si él tendría el valor de clavarme un cuchillo en el cráneo.

Una vez que la dejó bien sujeta, dio un paso atrás y se volvió hacia mí.

—¿Estás lista?

Sin dejar de fruncir el ceño, lo miré fijamente en busca de alguna señal que me indicara que se trataba de un plan descabellado urdido por él y que yo aún no había descubierto.

Volví a centrarme en ella y, por una vez, supuse que ambas coincidíamos en una cosa: algo no iba bien.

—¿Cómo se infectó la madre de Lilia?

Lo miré de golpe, sorprendida de que formulara la pregunta que me había atormentado desde que descubrí el Proyecto Crixson, la misma que ella se había ofrecido a contarme si abandonaba Dracadia.

Aunque sospechaba, por la nota de mi madre, que se había infectado de algún modo en su encuentro con Lippincott, quería oí qué sabía Gilchrist, si había algo tangible que pudiera usar en contra de él.

Al principio no respondió, pero, al recibir un fuerte codazo de Devryck, miró por encima del hombro y se revolvió en la silla.

—Al parecer, su madre presentaba una resistencia natural, según recogía en su historial. No sé cuándo cambió eso. Lo que sí sé es que vi a Vanessa con Lippincott hace cuatro años, más o menos por la época en la que enfermó. Y creo firmemente que fue aquel encuentro el que selló su destino.

—¿*Cómo* sabes eso? —preguntó él, como si me hubiera leído la mente.

—Si lo que me pides es una prueba, lo único que puedo decir con certeza es que recuerdo muy bien verla saliendo de su

despacho. Más allá de eso, todo son especulaciones. ¿Quién más habría querido verla muerta?

No me gustaba ese juego, pero no podía negar que me sentía aliviada al saber que los tiempos coincidían con los de la nota de mi madre.

—¿Mataste tú a Jenny Harrick? —Devryck la rodeó y se paró delante de ella.

Al principio no respondió, pero, cuando él se llevó la mano a la funda, ella carraspeó.

—No. Claro que no. Estuvo husmeando, pero no suponía una amenaza para mí en absoluto.

—En otras palabras: como no quería follármela, no tenías motivos para estar celosa.

Ella le lanzó una mirada de desdén y asintió con la cabeza.

—Dile lo que me contaste sobre Spencer.

—Supe por él que Mel le había hecho una confesión estando borracha la noche que la drogó. —Parecía revolverse en la silla, como si le incomodaran las ataduras—. Ella aseguró haber tenido una relación con su padre. —Posó los ojos en mí, con una expresión mucho menos arrogante—. Tu padre, en resumidas cuentas.

—¿Y qué? ¿A mí qué más me da? —espeté, mirando de nuevo hacia la puerta.

—No descartes tan rápidamente los pequeños detalles, Lilia —advirtió Devryck—. Podrían ser importantes.

—Para que quede claro, yo no tuve nada que ver con tu expulsión. Puede que sea una cabrona, pero no soy *tan* cruel.

No estaba de acuerdo.

—Spencer mencionó que lo obligaron a drogar a Mel. ¿Fuiste tú?

—Le pedí que viera qué podía sonsacarle. Drogarla no fue idea *mía*.

—Pero tú lo manipulaste. Te aprovechaste de él. ¿Por qué?

—Si vives entre ricos, o aprendes a manipular el juego o te comen viva. No hay mejor manera de descubrir los secretos de tu enemigo que entablando una amistad con el hijo que no soporta. Spencer solo era un peón, nada más.

Entrecerré los ojos con asco y sacudí la cabeza.

—No me equivocaba. Eres una mujer horrible.

—Ahora vamos a jugar a otra cosa —interrumpió Devryck, mirándome de nuevo—: Voy a follarte delante de ella.

Unos pinchazos de pánico me agarrotaron la garganta y negué con la cabeza.

—Como me toques, te… —Me atraganté con la última palabra.

—¿Qué me vas a hacer? —Él me devolvió la mirada con una sonrisa ladina—. Cuanto más te resistas, mejor para mí.

—Que te follen.

Le tembló un ojo.

—Fantástica idea. —Le dio la vuelta a Gilchrist para que mirara hacia la chimenea. Mientras avanzaba hacia mí, se arrancó la camiseta. Tenía el torso lleno de tatuajes y cicatrices: un bufón con cabeza de calavera, una daga clavada en un corazón, otra calavera entre alambres de espino con engranajes y una esfera de reloj, y dos dragones con gesto furioso en los costados que se perdían por la espalda.

El corazón me dio un vuelco.

No era Devryck. Definitivamente, no era él.

Madre mía.

Me tambaleé hacia atrás mientras él se arrodillaba frente a mí, pasándose la lengua por los labios.

Me agarró por los tobillos con sus manos ásperas y me atrajo hacia él.

—Eres… eres… Caedmon —susurré. Una parte de mí se sintió aliviada, mientras que la otra seguía conmocionada por la noticia.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gilchrist, estirando el cuello por encima del hombro.

Planté los puños a los lados y él me aprisionó contra el respaldo del sofá, como si fuera a besarme. Giré la cabeza en señal de rechazo y él me lamió el borde de la herida, que había sangrado hacía unos instantes, y se me revolvió el estómago.

—Le eres muy fiel, ¿eh? —Me mordió el lóbulo de la oreja con los dientes—. Una pena. Con lo mucho que me gusta un buen polvo vengativo. —Mientras que Devryck olía a canela y colonia, Caedmon olía a menta y cuero con un toque ahumado—. ¿Te ha gustado mi obra de arte? La he hecho para ti.

—¿Le has hecho tú eso a Angelo? —Hablé lo más bajo que pude para que Gilchrist no me oyera.

—Devryck se adelantó y empezó cortándole la lengua y amputándole algunas partes del cuerpo, extremidades, sobre todo. Tiene las manos guardadas en un tarro de muestras. Un gesto romántico de cojones. —Su oscura risita se me aferró a los nervios y me los apretó. Ay, Dios, Devryck se los había cortado de verdad, tal y como había prometido—. Mi hermano ha cambiado mucho, ¿no? —Me agarró la mandíbula con suavidad y me obligó a mirarlo. Tenía los mismos ojos color cobre, aunque en los suyos había un brillo más salvaje—. Pero él no es como nosotros.

—¿A qué te refieres?

—Esa cicatriz que te hizo Angelo en la cara… —Desvió la mirada hacia mi mejilla herida y luego volvió a centrarla en mis ojos—. A mí también me hizo una. —Se echó hacia atrás para mostrar el torso, donde tenía una cicatriz blanca de un corte en el vientre, cubierto por el tatuaje del dragón—. Tú y yo vamos a dar una vueltecita

juntos. —Me liberó y se puso de pie de un salto; luego recogió la camiseta tirada en el suelo—. Ahora mismo.

Miré a Gilchrist y luego a él, y fruncí el ceño.

—No puedes dejarla así. —No tenía ningún motivo para ayudar a aquella mujer, pero no estaba bien abandonarla así, atada. Me acerqué a ella, con la mirada fija en él, por si intentaba detenerme con una de sus navajas.

Cuando las ataduras cedieron, se apartó a trompicones de la silla y la sábana cayó al suelo mientras se ponía de pie.

Sentí un apretón fuerte en el brazo y al girarme, jadeando, vi a Caedmon tirando de mí. Forcejeé para soltarme, plantando los talones con toda la firmeza que pude.

—¿Adónde me llevas? Dímelo y te juro que no me resistiré.

Desvió la mirada de Gilchrist y me observó, y, sin duda, se dio cuenta de que yo pretendía que ella se enterase de la ubicación con la esperanza de que fuera a buscar a Devryck.

—A la universidad —dijo, como si no le importara revelarlo.

—No vas a poder entrar sin un código de administrador —argumentó Gilchrist.

Caedmon se dio la vuelta.

—Ya tengo uno. —El de Devryck, claro. Me dio un fuerte tirón del brazo y me hizo seguirlo dando tumbos.

No tenía motivos para confiar en él, pero tampoco para *no* confiar, aunque diera mucho más miedo que Devryck. Al fin y al cabo seguía siendo su hermano, el que había dado por muerto durante tanto tiempo, el que lo atormentaba con la culpa.

Seguí a Caedmon hasta el coche de Gilchrist, que estaba en la entrada. Al principio pensé que pretendía llevárselo, hasta que desenfundó la navaja y le pinchó dos ruedas.

—¿Por qué haces eso?

No respondió, solo me agarró más fuerte y tiró de mí hasta la verja.

—Entonces ¿eres tú el del sótano, el de la máscara? —Siempre había pensado que no era más que una jugarreta de mi mente, pero al final resultó ser real. Como no se molestó en contestar, añadí—: Interesante elección de disfraz.

—Es de tu novio.

—¿Cómo? —Me torcí el tobillo con un socavón del jardín y me tambaleé, lo que provocó que Caedmon se detuviera. Un ligero dolor punzante me recorría el pie, pero era solo una pequeña distracción frente a la tormenta que me azotaba los pensamientos mientras intentaba asimilar su confesión. No. Devryck me había dicho que el disfraz era solo producto de mi imaginación—. Eso es mentira.

—Para mentiroso el que te has estado follando todo este tiempo. —Agarrándome más fuerte que antes, me arrastró tras él mientras avanzaba.

—¿Para qué es el disfraz?

—Para ocultarse el rostro cuando matan.

—¿A quién te refieres?

—A los Cuervos. Tu juguetito sexual es uno de ellos. —En ese momento me quedó claro que Caed sentía animadversión hacia Devryck. ¿Eso me incluía a mí también?

Giré la muñeca para comprobar la fuerza de su agarre, pero era imposible zafarse.

—¿Eras tú el que me seguía por el campus? —pregunté mientras atravesábamos las verjas de hierro que recordaba haber visto con Devryck cuando visitamos la mansión.

No respondió, pero esbozó una sonrisa insidiosa que me recordó a su gemelo. El parecido entre ellos era innegable, pero cuanto más los miraba más diferencias notaba. Las pequeñas y sutiles cicatrices

del rostro. Una herida en la nuca, como si se la hubieran abierto en algún momento. Marcas en las manos, algunas descoloridas y tirantes, como si su piel no hubiera curado bien. Era la versión rota de Devryck.

Se dirigió hacia el bosque sin preocuparse por las ramas afiladas que me arañaban los pies mientras saltaba por la maleza para seguirlo.

—¿Por qué has matado a Angelo? No me creo que fuera por mí. —Parecía un crimen demasiado pasional como para que lo hubiera hecho por eso.

—Si hubiera sabido que llevaba todo ese tiempo escondido contigo, te habría ahorrado esa cicatriz.

De repente las piezas encajaron. Comprendí todo.

—Fuiste tú. Tú eras el que iba a por él, la persona a la que le tenía miedo. Tú eres el que asesinó brutalmente al CEO ese o lo que fuera.

Se dio la vuelta y no me dio tiempo a respirar porque me agarró por el cuello.

—No vayas por ahí —dijo entre dientes.

El miedo me sacudió al ver el brillo letal de sus ojos. Quienquiera que fuera ese hombre, le había hecho algo, eso estaba claro.

Lo miré fijamente sin decir una palabra, hasta que por fin me soltó.

Con otro tirón, me arrastró hacia una pequeña estructura de piedra que me recordaba a una casita de campo. Detrás había una moto negra y elegante, de las deportivas.

Sacudiendo la cabeza, di un paso atrás.

—No pienso subirme a esa cosa. Y menos contigo.

Me ignoró y me lanzó un casco, que yo rechacé.

—No me toques los cojones. Póntelo.

—Al menos dime si vas a matarme.

—Cuantos más minutos tardas en ponértelo, menos razones encuentro para mantenerte con vida.

Con manos temblorosas, me lo puse y dejé escapar un siseo de dolor cuando el interior acolchado me rozó los puntos. Caed, sin casco, pasó la pierna por encima de la moto y me hizo un gesto con la cabeza para que me subiera.

Podría haber huido, pero no estaba segura de que no fuera a matarme.

Así que le hice caso.

Me subí a la dichosa moto.



64

Devryck

Mientras Lippincott se bebía su copa, hice clic en el correo electrónico de Spencer, que contenía un vídeo junto con un mensaje que decía: «Y pensar que ese capullo arrogante creyó que estaba encriptado. Supongo que no debería haberme puesto de compañero de habitación a un genio de la informática. A medianoche, esto llegará a todos los estudiantes y profesores del campus. Simplemente pensé que querrías verlo antes. Pregúntale por el documento que tenía Jenny esa noche».

Lippincott seguía parloteando, quejándose de Gilchrist y diciendo que iba a vengarse de ella por todos los problemas que le había causado.

Con toda la sutileza que pude, pinché en el vídeo, que se abrió y mostró una secuencia del túnel para cadáveres, obviamente previa a la retirada de las cámaras. Se veía una figura acercándose, una joven rubia que agarraba la tira de su bolso mientras se adentraba

en el pasillo y miraba por encima del hombro. Jenny Harrick.

La pantalla cambió a la siguiente secuencia, en la que se la veía entrando en la sala de incineración. Al dirigirse hacia la salida, en el lado opuesto de la sala, se detuvo y retrocedió. El vídeo no tenía sonido, por lo que no capté qué la hizo recular.

Entonces entró en el plano otra figura.

Melisandre Winthrop.

El lenguaje corporal y los aspavientos de ambas me indicaron que estaban discutiendo. Eché un vistazo rápido a Lippincott, que se inclinó hacia delante y me acercó su copa.

Le serví más licor contaminado y volví a centrar la atención en el vídeo, justo a tiempo para ver a Mel agarrar la pala que se utilizaba para retirar las cenizas de los hornos crematorios. Le dio a Jenny un golpe tan fuerte en la cabeza que me sobresalté y vi que Lippincott tenía la cara enterrada en su vaso. El desagradable impacto tiró a la chica al suelo y Melisandre, como aturdida por lo que había hecho, retrocedió y soltó la pala.

Miró hacia la puerta y acto seguido volvió a centrarse en Jenny, parecía estar pensando en si ayudarla o huir. Se sacó el móvil del bolsillo trasero y llamó a alguien.

El vídeo se ralentizó y luego se aceleró, como si lo hubieran editado. «Dos minutos. Tres. Cuatro. Cinco». Casi diez minutos después entró en la habitación una tercera figura.

Lippincott.

Eché un vistazo a su versión en carne y hueso, hundida en la silla, golpeando con impaciencia el borde de su vaso con el dedo mientras me esperaba.

Retomé el vídeo, donde Mel se abalanzaba sobre Lippincott, y tuve que contener la repulsión cuando lo besó. Era extraño, teniendo en cuenta que se puso del lado de su hijo poco después de la

desaparición de Jenny, cuando Mel lo acusó de agredirla. Para salvar las apariencias, claro; Spencer le importara un carajo.

Ella se dio la vuelta hacia la puerta y, en cuanto salió del plano, Lippincott se arrodilló en el suelo y rebuscó en el bolso de Jenny. Sacó lo que parecía ser un sobre de manila y hojeó las páginas. Se detuvo, como si estuviera leyendo, y se frotó la cara con la mano. Después de levantarse rápidamente, corrió hacia uno de los incineradores, pulsó el botón para encenderlo y siguió hojeando la carpeta. Tras otro breve repaso, arrojó el archivo completo al horno y se pasó la mano por el pelo, volviendo a mirar a Jenny.

—Estás tardando mucho, Devryck. Date prisa —dijo con tono aburrido al otro lado del escritorio.

—Me estás pidiendo dos décadas de información, Edward. Relájate.

En el vídeo, Lippincott arrastraba el cuerpo de Jenny hacia el horno crematorio.

Apretando los dientes, lo vi abriendo la puerta.

La tumbó sobre la camilla de acero.

«No, joder».

Con un fuerte empujón, lanzó su cuerpo a las llamas. Al cerrarla de golpe tuve que morderme la mejilla para no emitir ningún sonido. El fuego crepitaba a través de la ventana de la puerta del horno crematorio.

Se vio una mano al otro lado.

En el vídeo, Lippincott saltaba hacia atrás al mismo tiempo que yo en ese momento.

Me pasé la mano por el pelo para aplacar el pánico que me sacudía.

La mató él.

La quemó… viva.

Todo ello capturado en un vídeo que de alguna manera había eliminado. No sabía cómo cojones había conseguido Spencer hacerse con las imágenes, pero acababa de limpiar mi nombre con un vídeo de dieciséis minutos y treinta y siete segundos.

—¿Qué problema hay? —preguntó Lippincott, con la pistola colgando floja de la mano.

—El programa no responde. Tengo que reiniciarlo. Tardaré un minuto.

—No tengo un puto minuto.

—Entonces supongo que deberías haber aprobado la puta solicitud del departamento de Administración para mejorar la conexión a internet.

—Está bien. —Con un gruñido, se pasó la mano en la que tenía el arma por la frente—. Pero date prisa. La pistola esta cada vez me pesa más.

Mientras fingía que esperaba a que el ordenador se reiniciara, me crucé de brazos y me quedé mirándolo fijamente.

—¿Te acuerdas de ese extraño apagón que tuvimos hace un tiempo? El que dejó todo parado una hora.

—Como para olvidarlo. Todos me culparon a mí. Me echan la culpa de todo. Por la falta de internet, por la falta de material en los departamentos, por las mareas y las lunas llenas —dijo con voz burlona—. Odio este puto trabajo. Cuando se retire el presidente Whiting, me abriré paso a la fuerza hasta su puesto y me libraré de esta mierda.

Ignoré su comentario y pregunté:

—Ese fue el apagón que afectó a las grabaciones de Harrick, ¿no?

—¿A qué viene eso? ¿De verdad vamos a volver a lo de Jenny Harrick ahora? ¿Tan hundido estás que necesitas que te arrastre otra

vez por la mierda?

Lo miré directamente a los ojos.

—¿Qué era ese documento que tiraste en el horno crematorio?

En su rostro se dibujó una afilada expresión de diversión y se pasó la lengua por los dientes.

—Cuidado, Devryck. Estás caminando por la misma cuerda floja que tu padre.

—¿Qué más da? Si no me matas tú, lo hará Winthrop. Podrías decirme también por qué acabaron tachándome *a mí* de puto monstruo.

—Los documentos que robó contenían pruebas incriminatorias contra tu padre.

—¿Acaso te importaba una mierda *su* reputación? Has difamado su nombre a lo largo de toda mi carrera académica.

Dejó escapar una carcajada amarga.

—Eres un cabrón desagradecido. ¡Te estaba protegiendo! ¡A ti, Devryck! Era tu reputación la que estaba en juego, no la suya. Y yo lo solucioné todo, ¿no es así? ¿A que no pusiste un puto pie en la cárcel?

—En su lecho de muerte, mi padre me dijo que tú saboteaste el experimento. Tú eres la razón por la que se canceló. En ese momento pensé que estaba desesperado y me pareció patético que quisiera culpar a otra persona. Pero ahora me pregunto si tal vez esos archivos hablaban de una verdad diferente.

Movió la mandíbula, claramente enfadado.

—Ese estudio debería haber sido *mío*. ¡Mío! El responsable de la investigación tendría que haber sido yo.

—Dejaste a la madre de Lilia embarazada. Mi padre te echó, así que te cabreaste y cambiaste las inyecciones. Infectaste a aquellas mujeres. ¡Las mandaste directas a la muerte y nuestra familia cargó

con la culpa!

—Alguien tenía que destronarlo, ¿no? ¡Imagina el poder que habría alcanzado si el estudio hubiera sido un éxito! —Me lanzó un gruñido y se inclinó hacia delante en la silla—. ¡Estoy harto de esta puta historia! Dame esos archivos, Devryck. ¡Ya! —Se levantó de un salto y rodeó el escritorio. Me clavó el cañón de la pistola en el costado—. Quiero verte mientras los copias en la memoria USB. Y quiero que después los borres de tu ordenador. —Hubo una pausa y sentí que me dio un ligero golpe en las costillas con la pistola—. Me acabo de dar cuenta… de que esta vez no te has puesto una copa.

—Era la botella que me regalaste por Navidad. No me gustan los productos de baja calidad.

—Ponte una.

—¿Quieres los archivos para esta noche o…?

—Que te pongas una copa.

Cogí otro vaso del armario y vertí el licor en él. Al sentir la presión de su pistola, levanté el vaso como si fuera a beber.

Antes de llegar a mis labios, me giré y le lancé el alcohol a la cara.

—¡Joder! —Entrecerró los ojos y se tambaleó hacia atrás, y le partí el vaso en la cabeza. Se cayó contra mi escritorio y, con el movimiento del brazo, tiró el decantador al suelo, donde se hizo añicos.

El arma se disparó y, aunque noté un impacto en el hombro, en ese momento no me dolió. Solo sentí un entumecimiento repugnante.

Pero sabía que me había dado.

—¡Hijo de puta! —Me abalancé sobre él, lo derribé y le golpeé la mano con la que empuñaba el arma contra la esquina afilada de mi

escritorio hasta que se le cayó.

—¡Ah, joder! ¡Me cago en la puta! —gritó, sujetándose lo que sin duda eran dos dedos rotos, a juzgar por su ángulo antinatural.

Recogí el arma, me puse de pie de un salto y le apunté a la cabeza con decisión, con el brazo herido pegado al cuerpo. Eché un vistazo rápido de reojo y vi un charco de sangre, lo que confirmaba que me había dado.

—Tú mandaste secuestrar a mi hermano. Admítelo.

—Esa investigación era mía. Tu padre me la robó.

Y una mierda. Si eso fuera verdad, habría conseguido los fondos para su propio laboratorio cuando la subvención quedó desierta. No sabía por dónde empezar con la investigación, por eso me reclutó a mí para continuar el trabajo de mi padre.

Apreté los dientes y me armé de valor para apretar el gatillo.

—Mandaste secuestrar a mi hermano. Admítelo de una puta vez.

Como no contestaba, me arrodillé y le apoyé la pistola en la barbilla.

El terror se apoderó de su expresión cuando levantó la cabeza para mirarme.

—Sí. Yo me llevé a Caedmon, pero no tenía intención de matarlo. ¿Quién iba a saber que tu padre era un cabrón tan codicioso?

Un frío apagado me recorrió las venas y los músculos me ardían con el impulso de apretar el gatillo y acabar con él.

—Me he creído tus tonterías durante todos estos años. Tus *mentiras*. Tú se lo entregaste a Angelo. ¿Qué pasó después?

—Solo lo iba a retener un tiempo, para ver si tu viejo cambiaba de opinión.

Le apunté con la pistola justo debajo del cráneo y visualicé lo bonito que sería ver sus sesos saliendo disparados por la coronilla.

—¿Y luego? Porque eso no pasó.

Dudó y el arma se movió cuando tragó saliva con dificultad.

—Le dije a Angelo que se deshiciera de él.

No me molesté en decirle que Caed estaba vivo. Si no hubiera visto la prueba de ello con mis propios ojos hacía unos momentos, con gusto habría arrastrado a Lippincott a la sala de autopsias y lo habría diseccionado vivo.

—Hazlo —me provocó—. No tienes huevos de matarme.

—¿Qué te hace pensar que soy tan misericordioso como para ofrecerte una muerte rápida? —Me alejé de él bruscamente y contuve una risa cuando casi se le salen los ojos de las cuencas.

Miró su vaso, que estaba sobre mi escritorio, y luego a mí.

—¿Qué has hecho? —Cuando trató de abalanzarse sobre mí, soltó un gemido de dolor y volvió a sujetarse la mano—. ¿Qué cojones has hecho?

Al oír un ruido sordo a lo lejos, me fijé en mi ordenador, donde una alerta me avisaba de que habían abierto la puerta del laboratorio desde arriba. Lo desenchufé y crucé la habitación a toda prisa para asomarme a la esquina.

—Winthrop te la tiene jurada desde hace mucho —dijo Lippincott, poniéndose de pie—. Estás jodido, Devryck. Los Cuervos vienen a por ti.

Tres hombres vestidos con traje negro se aproximaban a mi despacho. Reconocí que eran miembros actuales de los Cuervos.

Sin embargo, sabía perfectamente que no era a mí a quien iban a castigar. Yo era demasiado importante. Llevaba años actuando sin dejar rastro. No tenían nada en mi contra.

Lilia. Tenía que ir a por ella. Si por un momento sospechaban que estaba viva y que tenía alguna conexión conmigo, la usarían contra mí.

Salí sigilosamente de mi oficina y, al primer disparo, me agaché y

atravesé las puertas del laboratorio.

Quizá me equivoqué al pensar que no querían matarme.

Por las pisadas supe que estaban buscando a alguien, pero, cuando llegaron al laboratorio, yo ya estaba cruzando la puerta de la sala de autopsias.

Un dolor ardiente me atravesó el hombro cuando la adrenalina se desvaneció, pero dejé a un lado el sufrimiento y me dirigí hacia la entrada para cadáveres. Oí otro disparo. Y otro más. Al doblar una esquina, una bala pasó silbando a mi lado y se estrelló contra la pared de piedra que tenía delante.

Con el brazo en el que llevaba la pistola, abrí de un golpe la pesada puerta de acero con un dolor punzante que me subió por el cuello. Allí encontré mi coche aparcado en el mismo sitio donde lo había dejado. El aire frío de la noche no logró aliviar el dolor que me ardía en los músculos mientras corría por el aparcamiento y rodeaba el coche hasta el lado del conductor. En cuanto los hombres cruzaron la salida, disparé. Uno de ellos maldijo y cayó al suelo, agarrándose la pierna.

Los otros dos siguieron avanzando hacia mí.

Me subí rápidamente al asiento del conductor, arranqué y metí la marcha atrás antes de acelerar directo hacia ellos. Arremetí como una bola de bolos y los hombres se apartaron de un salto. Cambié corriendo de marcha y pisé el acelerador con un chirrido de neumáticos, y por el retrovisor lateral vi que se ponían en pie a duras penas.

Una bala impactó en la luna trasera, a la altura del asiento del copiloto, y rompió el cristal. Otra se estrelló en algún sitio de la parte de atrás del coche. Dada la pésima puntería, parecía que solo intentaban ralentizarme, detenerme en lugar de matarme. Un sonido metálico confirmó esa teoría: uno de ellos había disparado a los

neumáticos. Una vez fuera del aparcamiento, los árboles circundantes me sumergieron en la oscuridad y los disparos se desvanecieron.

Mientras conducía a toda velocidad por la carretera de montaña, marqué el número de teléfono de Lilia.

No respondió.

Volví a llamar.

De nuevo sin respuesta.

Un dolor abrasador me palpitaba en el hombro; usé la mano del brazo herido para agarrar el volante y me palpé con la otra la parte posterior en busca de la salida. Tenía los nervios a flor de piel y sentía náuseas en la garganta mientras pasaba los dedos por la carne desgarrada que marcaba el paso de la bala, lo que significaba que no tendría que extraerla. Menos mal.

Atravesé la ciudad a toda velocidad, en dirección a la mansión, y vi a alguien que me hacía señas desde el arcén.

Gilchrist.

Una parte de mí quería pasar de largo sin detenerme, pero me daba mala espina verla ahí, sobre todo porque no dejaba de mirar por encima del hombro, como si algo la estuviera siguiendo. Reduje la velocidad y bajé la ventanilla del copiloto.

—Devryck, gracias a Dios. Si vas a la Finca Bramwell, que sepas que Lilia no está allí.

—¿Cómo lo sabes?

Negó con la cabeza y sacudió la mano para quitarle importancia.

—Es una larga historia. Por lo visto he conocido al encantador de tu hermano gemelo. —Lo dijo como si esperara que lo confirmara, cosa que no hice—. Lilia está con él. Unos hombres trajeados han estado rebuscando por todas partes. Me escabullí porque me di cuenta de que llevaban armas.

Supuse que serían los Cuervos. Probablemente estaban esperando a que volviera.

—¿Dónde se ha llevado a Lilia?

—Por lo que sé, han vuelto a la universidad. ¿No te los has cruzado?

No recordaba haber visto ningún coche de camino allí. Apreté los dientes y solté un gruñido de frustración.

—Si necesitas que te lleve, sube.

Mientras ella se apresuraba a abrir la puerta, se me tensaron los músculos por la irritación de tener que esperarla. Una vez que se dejó caer en el asiento, di la vuelta con el coche y me dirigí de nuevo hacia la universidad.

—¡Ay, Dios mío, te… te está sangrando el hombro!

—Qué observación tan brillante.

—¿Estás herido?

La miré con el ceño fruncido. Para ser una profesional, desde luego hacía muchas preguntas estúpidas.

—Estoy bien. —Señalé la guantera con la cabeza—. Pásame Betadine, esparadrapo y una gasa del botiquín, hazme el favor.

—Claro. —Lo buscó rápidamente y sacó los materiales que le había pedido—. ¿Quieres que te vende la herida?

—No. —No quería que me pusiera las manos encima—. Corta un poco de esparadrapo y pégalo en el salpicadero. Luego agarra el volante.

Hizo lo que le pedí y, cuando cogió el volante, levanté un poco el pie del acelerador y me subí la camisa. Haciendo caso omiso de su grito ahogado, rocié bien las heridas de entrada y salida, dejando que el exceso de líquido gotease por ambos lados. Con una sola mano, me vendé el hombro con una gasa y la fijé con un trozo de esparadrapo.

Ella soltó el volante y yo volví a tomar el control.

—¿Estás metido en problemas? ¿Quiénes eran esos hombres con traje que he visto en la mansión?

—Evangelistas difundiendo la palabra —dije sin rastro de humor. Giré el brazo para comprobar que el esparadrapo estuviera pegado y la oí soltar una risita que se convirtió en un suspiro. Quería preguntarle qué cojones hacía en la casa de mi padre, pero no tenía ganas de entablar conversación con ella.

—Devryck, eh… ¿La quieres?

No le respondí. No le había dicho aquellas palabras a Lilia, así que me importaba una mierda que se creyese con derecho a saberlo antes que ella.

—Supongo que es una pregunta absurda —siguió parloteando—. Lo siento. Y no lo digo por ella ni por la relación que tengáis. Te lo digo a ti.

—Tal vez sea mejor que permanezcamos en silencio durante el viaje. —No tenía tiempo para tópicos. Y menos a esas alturas. Tampoco tenía tiempo para conversar con una persona con la que no tenía ningún interés en hablar. Con el pie en el acelerador, ignoré a la mujer que me había causado tantos problemas y me dirigí a toda velocidad hacia donde esperaba encontrar a Lilia.



65

Lilia

El casco me presionaba la herida mientras el viento me azotaba. En mi vida había montado en moto, pero, sinceramente, en ese momento no le veía ninguna gracia al viaje, sobre todo por la velocidad a la que conducía Caedmon por la carretera. El hecho de estar tan pegada a él me incomodaba. Me parecía demasiado íntimo e inapropiado. Aun así me aferré con todas mis fuerzas, muerta de miedo por si salía volando de la moto si lo soltaba.

Redujo la velocidad y se salió de la carretera principal por un camino cubierto de árboles donde había un cartel que decía CATARATAS DE CASCADIA, con una flecha que señalaba hacia el interior del bosque. El pánico me hinchaba los pulmones, el aire de mis jadeos entrecortados me rebotaba en la cara dentro del casco mientras él frenaba y apagaba el motor.

Cuando se incorporó, me presionó los pechos con la espalda, así que lo empujé de inmediato, me bajé de la moto y me levanté la

visera del casco.

—¿Por qué hemos parado?

—No vamos a quedarnos aquí. —Miró su reloj, que parpadeó con una especie de alarma—. Vuelve a subirte.

—Caed, por favor, yo no soy el enemigo. Solo… dime adónde me llevas.

—Ya te lo he dicho. A la universidad.

—Esto no es la universidad.

Arqueó una ceja sin molestarse en levantar la vista hacia mí.

—Ya veo por qué le gustas. Eres una lumbreras.

—¿Por qué estás enfadado con él?

Como el resto de las veces, no contestó. Se quedó mirando el reloj, como si estuviera haciendo una cuenta atrás.

Observé los árboles de alrededor, que habían empezado a oscurecerse con la llegada del anochecer.

—Ni se te ocurra. En cuanto te salgas del camino, te clavo una navaja en la nuca.

Sus palabras me recordaron de alguna manera a aquella noche con Angelo, a la impotencia que sentí entonces, el miedo. Me enfadaba encontrarme de nuevo en esa situación, presa de un psicópata.

No. No estaba enfadada.

Estaba cabreada. *Furiosa.*

Rechiné los dientes cuando la ira tomó el control y me trepó desde el vientre hasta la garganta.

—Si pretendes matarlo, que sepas que pienso matarte yo antes —solté sin pensármelo dos veces.

Me lanzó una mirada salvaje y bajó lentamente el brazo. Movió los labios como si fuera a sonreír.

—En mi pueblo eso se llama «preliminares».

—En el mío eso es una promesa.

—Súbete a la moto.

—Dime si vas a matarlo —lo reté.

Se me quedó mirando un momento, como si estuviera sopesando en silencio si merecía la pena el peso extra en la moto.

—Súbete ya a la puta moto —dijo y se llevó una mano a la funda de la cadera.

En lugar de eso, me quedé inmóvil donde estaba, como si mi cuerpo se negara a obedecer. Sin embargo, cada célula me temblaba por no saber si lo había cabreado hasta el punto de cumplir su amenaza.

—¿Quieres salvarlo? Sube. Si no, te dejo aquí tirada.

Puede que fuera un farol. Podría haber estado mintiéndome a la cara.

Pero era mejor que cualquiera de las alternativas que se me pasaban por la cabeza en ese momento, así que volví a subirme a la moto, tal y como él me había ordenado.

—Si intentas cualquier cosa extraña cuando lleguemos a la entrada, te saco las tripas delante del guarda. —La verdad era que la *frecuencia* de sus amenazas había empezado a agotarme un poco. Ya no tenían el mismo impacto que cuando estábamos en la mansión. Aunque las intenciones y motivaciones de Caed seguían siendo un misterio para mí, tenía la sensación de que no quería matarme. Resultaba difícil saber qué era exactamente lo que me daba esa impresión. Quizá solo el simple hecho de que aún *no* me hubiera apuñalado.

Volvió a guiar la moto hacia la carretera principal y, en cuestión de minutos, llegamos a la entrada de la universidad, donde el tirano del guarda salió de la garita.

Caed redujo la velocidad y, cuando el viento dejó de soplarme en

la cabeza, me separé un poco de él.

—Buenas noches, profesor Bramwell —dijo el guarda.

—Buenas noches —respondió Caed con tono cortante.

El otro ladeó la cabeza, mirándome, claramente incapaz de verme la cara a través de la visera oscura, por la forma tan descarada en la que me observaba.

—¿Lleva a una estudiante?

—Mera compañía.

Tras volver a mirarme de arriba abajo, el guarda se detuvo en mis pies descalzos; los tenía helados, con los dedos encogidos sobre la estribera rugosa. Frunciendo el ceño, negó con la cabeza y volvió a centrar su atención en Caed, con la mano apoyada en la pistola que llevaba en la cadera.

—Un capricho por la crisis de la madurez, ¿eh? —Soltó una risita.

Probablemente podría haber gritado en ese momento, para que el guarda supiera que estaba en peligro, pero eso seguro que me habría vuelto a poner en el punto de mira de Lippincott, y en ese momento no sabía cuál era el menor de dos males. Al menos en el campus estaba más cerca de Devryck.

—Pues sí —respondió Caed sin más.

El guarda nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos y volvió a grandes zancadas a su garita.

—Que tenga buena noche, profesor.

Ni un minuto después, Caed volvió a arrancar la moto y tecleó el mismo código que yo usaba para entrar en el laboratorio de Devryck. La puerta se abrió y él la cruzó.

El corazón me latía con fuerza, expectante por ver adónde se dirigiría.

Giró la moto hacia una zona de estacionamiento justo fuera del edificio de administración y volvió a marcar el código. La puerta se

abrió, lo que nos permitió acceder al aparcamiento, y Caedmon aparcó en la planta baja.

En ese momento me di cuenta de lo que quería hacer. Me bajé de la moto y, mientras me quitaba con cuidado el casco, hice una mueca de dolor al sentir el escozor que me recorrió los puntos. El interior estaba manchado de sangre cuando se lo devolví.

—Vas a matar a Lippincott —le dije con valentía. Debería haberme preocupado más que quisiera matar al rector, pero me pareció una especie de karma. Por mi madre. Por mí.

Lippincott se merecía lo que le esperaba.

—¿Por qué me has traído contigo?

Suavizó la dureza de su mirada solo un poco y extendió la mano para limpiarme la sangre de la mandíbula con el pulgar.

—Estás mejor conmigo.

—¿Mejor? —Negué con la cabeza, frunciendo el ceño ante lo que insinuaba con sus palabras—. ¿Qué coño significa eso?

—Llevo observándote semanas. En clase. En la cama. —Su confesión me provocó un escalofrío de incomodidad en la espalda al visualizarlo observándome mientras dormía—. Él no te merece. Ninguno de ellos.

—Te quiere, ¿sabes? No tengo ni idea de por lo que has pasado, pero sé que todavía llora tu muerte.

Torció el labio en una mueca de desprecio.

—Es un mentiroso. ¿O es que ya se te ha olvidado? —preguntó, sin duda haciendo referencia a su implicación con los Cuervos.

No sabía qué le había hecho Devryck, en qué había mentido a su hermano, y sospechaba que Caed no me lo diría.

—No lo he olvidado. Me mintió, sí. Y por eso es un gilipollas. Pero estoy en mi derecho a perdonarlo. Eso lo decido yo, Caed, no tú.

Movió la mandíbula y me estudió por un momento.

—Entonces supongo que nuestros caminos se separan aquí.

Mientras se subía a la moto, me di la vuelta hacia la salida, pero me detuve.

—No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? Devryck te ayudaría.

Con una mueca de desdén, abrió un pequeño compartimento enganchado a la parte trasera de la moto y sacó una máscara de la peste. Luego se metió la mano en el bolsillo y extrajo una memoria USB, probablemente la que le había quitado a Gilchrist, y me lo entregó.

—Vete de aquí. No hagas que me arrepienta de dejarte marchar.

Me guardé la memoria USB en el bolsillo.

—Puedo arreglármelas sola.

—No me cabe duda, Covington.

Sin perder ni un minuto más, salí corriendo del garaje y crucé el campus descalza. Cuando llegué a la sala de incineración, me dolían los pies, los tenía congelados y rígidos como un cadáver recién fallecido. Cogí una de las batas al entrar en el laboratorio para aliviar un poco el frío que aún me sacudía el cuerpo.

Cuando entré en el despacho de Devryck, me detuve en seco al ver la silla volcada y rodeé rápidamente el escritorio para asegurarme de que no había sufrido otra crisis. Algo me pinchó la planta del pie y al cogerlo descubrí que tenía una esquirla de cristal clavada en el talón. Después de sacarla, miré alrededor y vi un decantador roto y salpicaduras de sangre por el suelo. La escena sugería que había habido una pelea y recordé la notificación que le había llegado al móvil poco antes, indicando que alguien había entrado en su despacho. Dios mío. ¿Se había peleado con alguien o le habían saqueado el despacho?

«¿Qué hago?».

Volví a registrar el laboratorio y los despachos, asomándome por las puertas y a la cámara frigorífica en busca de Devryck. Salí corriendo por la entrada para cadáveres y vi que no tenía el coche en el aparcamiento.

A lo mejor sí que se había peleado con el intruso y luego había vuelto a la mansión.

Joder.

Decidí volver a su despacho y esperar, por si acaso llamaba al teléfono que había allí. Esquivando los cristales rotos, levanté la silla y me di cuenta de que el cable del ordenador estaba desconectado de la pared. Frunciendo el ceño, lo volví a enchufar y, cuando apareció la pantalla de inicio de sesión, tecleé la contraseña que había visto escribir a Devryck al menos una docena de veces durante la última semana.

La pantalla mostró todas las aplicaciones que tenía abiertas antes de que lo desenchufara. Una de ellas era un reproductor de vídeo. Lo pulsé.

La escena mostraba un ataque espantoso contra quien, estaba segura, era Jenny Harrick, dadas las características que reconocí de los carteles de persona desaparecida del campus. Cuando vi la mano al otro lado de la ventana del horno crematorio, me caí de espaldas sobre el asiento de Devryck, tapándome la boca con ambas manos.

Madre mía.

¡Hostia puta!

Una inquietante sensación de pavor se apoderó de mí y se me erizó el vello de la nuca. Me quedé mirando al vacío un momento, tratando de asimilar lo que acababa de ver, con el pulso latiéndome con fuerza en los oídos. La había matado Lippincott. La había asesinado quemándola viva y lo había ocultado todo, y el campus entero vio a Devryck como un monstruo.

Esperaba que Caed le sacara las tripas a ese puto enfermo.

Me froté la nuca con la mano, aparté mentalmente los últimos diez segundos del vídeo que se repetían en bucle en mi cabeza y metí la memoria USB de Gilchrist en la ranura. Aparecieron numerosos archivos, todos ellos fechados y etiquetados en orden.

Pulsé sobre uno de ellos: se trataba de una carta dirigida a la junta que parecía escrita por Bramwell, en la que describía un acontecimiento adverso: un intercambio de inoculaciones. Lo leí en voz alta:

—«15 de enero. El doctor Darrows administró unas dosis de toxina que, según él mismo había observado, estaban descoloridas. Posiblemente estuvieran contaminadas».

¿Quién las había intercambiado?

Se me vino al pensamiento una imagen de Lippincott registrando el bolso de Jenny Harrick justo antes de matarla. ¿Era posible que esos archivos contuvieran la misma información?

Apareció una notificación en el ordenador al mismo tiempo que oí un fuerte golpe resonando en el pasillo. La notificación solo salía en la pantalla cuando introducían un código distinto al de Devryck en el panel.

—Mierda. —Me apresuré a sacar la memoria USB, me lo guardé en el bolsillo y dejé el ordenador desenchufado, tal y como estaba antes. Eché un vistazo al despacho y vi que había muy pocos lugares donde esconderme, y al oír unos pasos que se acercaban el pulso me retumbó en las venas.

Crucé el despacho a toda prisa y me encerré dentro de un armario.

Ni un minuto después oí un crujido, como si hubieran pisado algunos cristales; luego, pasos lentos que parecían alejarse, como si se marcharan.

Entreabrí la puerta del armario lo justo para ver una figura de pie en la entrada, mirando hacia el pasillo. Cuando se volvió hacia el despacho, me encontré con una máscara de la peste.

¿Caed?

No me atreví a decir ni una palabra mientras lo veía alejarse de nuevo. Salió al pasillo y yo suspiré aliviada.

La puerta del armario se abrió de golpe.

Una segunda figura con la máscara de la peste se cernió sobre mí.

Un grito me desgarró la garganta.



66

Devryck

A unos dos kilómetros del campus, el teléfono me empezó a vibrar en el bolsillo y respondí de inmediato al ver que era una llamada de Langmore.

—¿Qué pasa?

—Se trata de Winthrop. Pide que vuelvas al Nido. Tienen a Lilia.

El terror se apoderó de mis entrañas y saqué el coche al arcén cuando colgué la llamada.

—Tienes que bajarte —le dije a Gilchrist sin mirarla—. Lo siento.

—Por Dios, estoy cansada…

—¡Que te bajes!

—Vale, voy. Ya me bajo. —Se levantó del asiento del copiloto y, en cuanto cerró la puerta, aceleré hacia el Nido.

El edificio principal era una antigua iglesia católica, construida mucho antes que el monasterio, pero, al igual que algunas partes de este, había sobrevivido al gran incendio. Lo que lo había convertido

en un lugar tan atractivo para los Cuervos era que estaba conectado con los túneles excavados en la roca que discurrían por debajo de toda la isla. Los Cuervos la remodelaron y la equiparon con las últimas tecnologías, y convirtieron la antigua iglesia en una especie de fortaleza.

Me detuve frente a la verja, custodiada por un tipo más tirano que Sam, el de la entrada de Dracadia. Ni siquiera se molestó en comprobar mis credenciales antes de dejarme pasar.

Me estaban esperando.

Conduje hasta el aparcamiento subterráneo, con la cabeza dando vueltas, pensando en cómo narices iba a salir de aquella. Caedmon me había jodido amenazando a la hija del presidente. Me imaginé que de forma intencionada. Mi hermano siempre había odiado a los Cuervos y que mi padre estuviera vinculado con ellos. Saber que yo había seguido sus pasos sin duda debió de parecerle un acto de traición.

Cogí mi chaqueta del asiento trasero y deslicé con cuidado el brazo por dentro, encogiéndome por el dolor. Lo último que quería era darles la satisfacción de pensar que uno de sus matones había acertado de verdad.

Un compañero de los Cuervos me recibió en el ascensor y me acompañó hasta la sala donde se celebraban los juicios.

Mantuve la respiración estable al entrar en la estancia, que estaba llena de Cuervos vestidos con el atuendo de ceremonias habitual.

Me resultó un poco exagerado para tratarse de una amenaza. Sin duda, Mel era la princesa de Winthrop y él parecía ser muy protector con ella en ese sentido, pero convocar a los miembros para una reunión como aquella era excesivo. Por lo que yo sabía, Caedmon no llegó a cortarla. La túnica, que a menudo se usaba para

las sentencias de muerte, fue la primera señal de que algo andaba mal.

Acababa de entrar en la sala cuando el Cuervo que me había acompañado hasta allí levantó la mano para detenerme. La puerta central se abrió y se elevó desde abajo una enorme jaula dorada.

Dentro estaba Lilia.

Parecía que la muerte era precisamente lo que tenían en mente.

El alivio se apoderó de su rostro cuando corrió hacia los barrotes, que agarró con las manos temblorosas.

—¡Devryck!

Se me tensaron los músculos y sentí un deseo irrefrenable de matar a todos los desgraciados que había en la sala. El escolta bajó el brazo y yo me acerqué a la jaula con una máscara de indiferencia. Mostrar cualquier emoción habría sido una estupidez.

El vicepresidente, sentado junto a quien sabía que era Winthrop, se levantó para dirigirse a mí.

—Doctor Devryck Bramwell, se lo acusa de haber amenazado a la hija del presidente y del brutal asesinato de su compañero Cuervo y rector, Edward Lippincott, cuyo cadáver ha sido hallado hace unos instantes en su despacho.

Joder.

¡Joder!

Caedmon otra vez. No obstante, seguramente tendrían pruebas en vídeo que, a su entender, mostraban mi rostro, no el de mi hermano. Amenazar a la hija del presidente ya era bastante serio, pero matar a otro Cuervo era el delito más grave que se podía cometer. Una sentencia de muerte.

—¿Qué hace aquí la señorita Vespertine? —me atreví a preguntar, a sabiendas de la respuesta—. Es inocente. No tuvo nada que ver con todo esto.

—Debido a la importancia de su papel en el estudio del noctisoma, la señorita Lilia Vespertine ocupará tu lugar como Acusada. Ha llegado a nuestros oídos que habéis mantenido relaciones. Existe la posibilidad de que ella sea cómplice de tus delitos. Aunque la naturaleza de la relación carece de importancia, su trascendencia sí la tiene, en este caso. —Obviamente, Mel le había contado la noticia a su padre, así como la acusación de que yo la había agredido—. ¿Tienes algo que decirle al resto de los miembros de los Cuervos?

—Así es. —Di un paso adelante, negándome a mirar a Lilia a la cara, que imaginé que sería una mezcla de miedo y desconcierto—. Pido a mis hermanos que absuelvan a la señorita Vespertine, dado que la hija del presidente conspiró con el doctor Lippincott para asesinar a una estudiante que se creía desaparecida.

El presidente Winthrop se inclinó hacia delante, con los puños apretados.

—¡Patrañas!

Levanté el móvil y lo giré para que lo vieran los miembros que tenía de pie a mi espalda.

—Tengo pruebas. Las cámaras de seguridad grabaron el crimen.

El vicepresidente chasqueó los dedos para que le diera el teléfono y, una vez que se lo entregué, se quedó mirándolo fijamente varios minutos. Poco a poco bajó el móvil y se lo pasó al hombre que estaba sentado a su lado.

El presidente Winthrop fue el siguiente en ver el vídeo.

Pasaron unos segundos y dejó el teléfono a un lado, aclarándose la garganta. Si tuviera que adivinar, diría que en aquel momento el hombre estaba furioso por la humillación y probablemente a punto de estrangular a su hija, sobre todo después del repugnante beso con Lippincott.

—La señorita Harrick tenía en su poder datos registrados durante el Proyecto Crixson que comprometían a Lippincott por haber intercambiado las inoculaciones. —Una acusación osada, pero que estaba dispuesto a respaldar con mi nombre y mi rango—. En resumen, él mató a las seis mujeres que participaban en el estudio y responsabilizó a mi padre.

—No tienes pruebas de ello —replicó el presidente—. ¡No tenemos ni idea de lo que se quemó en ese horno!

—Yo tengo los archivos. Todos —dijo Lilia a mi lado, con los dedos aferrados a los barrotes de la jaula—. En la memoria USB que me habéis quitado. Me lo ha entregado la profesora Gilchrist. Trabajó como secretaria y encargada de registrar datos para el estudio. El 15 de enero es la fecha en la que Darrows notó un cambio en las inoculaciones. Ahí deberíais encontrar sus anotaciones.

Mi polillita insolente. Contuve una sonrisa al verla dirigirse a esos hombres poderosos como si estuviera dispuesta a lanzarse directamente a la luz. Por supuesto, primero tendría que pasar por encima de mí.

Uno de los Cuervos cercanos entregó al vicepresidente lo que supuse que era la memoria USB que le habían confiscado. A su vez, este se lo cedió a otro hombre dos asientos más allá, que deduje que era el doctor Fausten, y dijo:

—Si eres tan amable, comprueba las anotaciones del 15 de enero.

Otro Cuervo colocó un portátil delante del doctor Fausten. Los minutos pasaban envueltos en un silencio agónico mientras él se dedicaba a revisar las anotaciones.

Recé para que estuvieran ordenadas de algún modo. Conociendo la naturaleza meticulosa de Gilchrist, sospechaba que así era.

—Lo siento —susurró Lilia a mi lado.

Deseaba con todas mis fuerzas cogerle la mano y decirle que todo iba a salir bien. Quizá en cualquier otro tribunal aquellas pruebas habrían bastado, pero me enfrentaba a algo más que sospechas y dudas. Me enfrentaba a la corrupción, la política y el favoritismo, y no había ninguna garantía de que los hechos les parecieran lo bastante convincentes como para eximir a Lilia.

Busqué en mi cabeza otra solución, otra forma de salvarle la vida, porque de ninguna manera iban a matarla mientras yo estuviera presente. Quemaría el puto proyecto entero y me marcharía con una sonrisa en la cara, y a la mierda las consecuencias.

Pasó otro minuto y el doctor Fausten se reclinó en su asiento.

—La Acusada está en lo cierto: las anotaciones del 15 de enero corroboran que las muestras se habían catalogado como descoloridas y posiblemente contaminadas. En efecto, Darrows administró las inyecciones. Al parecer, el doctor Warren Bramwell intentó presentar una denuncia, que el expresidente Lowenstein rechazó. —El predecesor de Winthrop, que había mantenido una relación muy estrecha con Lippincott. Fue él quien propuso que este ocupara el puesto de rector—. Lippincott constaba como sospechoso en la denuncia de Bramwell.

—Investigaremos más a fondo este asunto para intentar limpiar el nombre de Bramwell —dijo el vicepresidente—. En cuanto a la señorita Vespertine, nos encontramos en una situación bastante delicada. El hecho de que conozca nuestra organización supone una amenaza para la seguridad y el anonimato que hemos mantenido durante siglos. Como sabéis, en el pasado, esto dio lugar a ejecuciones rápidas.

—Propongo que la admitamos como miembro —dije sin pensarlo dos veces—. Durante el tiempo que ha trabajado en mi laboratorio,

la señorita Vespertine ha contribuido de manera significativa a la estabilización de la toxina del noctisoma.

—¿Y de qué trata dicha contribución? —preguntó el presidente Winthrop con cierta incredulidad.

—No estoy autorizado a decirlo. —Miré a Lilia y luego al presidente—. La investigación le pertenece a ella.

El presidente Winthrop dio unos golpecitos con el dedo sobre la madera pulida de la mesa.

—Nadie se convierte en Cuervo sin la debida *evaluación*.

Conocía muy bien sus evaluaciones. La iniciación. Las misiones que me habían encomendado para demostrar mi lealtad. Todos los miembros de la sala habían sufrido a manos de los veteranos.

—Ofrezco mi respaldo personal.

Al hacerlo, se aseguraban de que, si ella metía la pata, ambos pagaríamos las consecuencias. Ni siquiera los padres respaldaban personalmente a sus hijos por miedo a las repercusiones. Tenían que saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella.

—Ya conoces las consecuencias. —Las palabras del presidente desprendían un aire de satisfacción.

—Así es —respondí con total seguridad.

—Señorita Vespertine —dijo el vicepresidente, cruzando las manos delante del cuerpo—, ¿está interesada en convertirse en Cuervo? ¿En recibir la doctrina de nuestra sociedad, avenirse a nuestras reglas y dejarse marcar con nuestro emblema?

Ella bajó la mirada, como si estuviera considerando la cuestión. ¿Acaso estaba *sopesando* la puta cuestión?

¿Qué cojones?

La alternativa era una agradable siesta eterna.

Cuando levantó la vista otra vez, se me tensó cada músculo del cuerpo, pues no tenía ni idea de qué saldría de la boca de aquella

mujer tan impredecible.

—Quiero que me devuelvan la beca. Para los cuatro años y el máster. Y quiero la casa de mi infancia. Pagada en su totalidad.

Qué mocosa tan atrevida.

Una vez más, tuve que contener la sonrisa que luchaba por escapar y el orgullo que estaba a punto de desbordarme.

—Y-y-y me siento con potestad para formular tales peticiones debido a la importancia de mi contribución. Está comprobado que mantiene el efecto de la toxina y garantiza su éxito. —Estaba nerviosa, le temblaban las manos, pero al mismo tiempo mostraba una valentía hermosa.

—¿Estás de acuerdo con dicha afirmación, doctor Bramwell? —preguntó el presidente Winthrop, desviando mi atención hacia los Siete.

—Sí. A finales de semana presentaré un informe con los primeros resultados en sujetos vivos. Te aseguro que los encontrarás muy favorables.

—Entonces votaremos la incorporación de la señorita Lilia Vespertine como miembro de la Sociedad de los Siete Cuervos, con las condiciones que *con tanto descaro* ha solicitado.

Podría haber salido de cualquier manera. Solo había habido una mujer antes que ella: era despiadada y tenía mucho más dinero que Lilia. Podrían haberla mandado a la mierda, matarla e intentar obligarme a revelar el descubrimiento de la roca negra. Claro que, para eso, habrían tenido que torturarme. Ni de coña les habría dado lo que querían si se hubieran atrevido a ponerle un dedo encima. Me habría llevado esa información a la tumba, con la promesa de que Lilia y yo volveríamos a encontrarnos en el más allá.

Todos los miembros de los Siete se quitaron el broche de la túnica.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y me golpeaba los huesos. Sabía quién era cada uno de los que se escondían detrás de aquellas máscaras y los iba a perseguir a todos, empezando por Winthrop. Empezaría a coleccionar pieles desolladas y lenguas cercenadas si se atrevían a dictar una sentencia de muerte en aquel momento.

Uno por uno, los Siete dejaron su broche sobre la mesa.

Todos ellos dorados.



67

Lilia

El estómago me rugió cuando el hierro candente se hundió en mi piel con un crepitar nauseabundo. Sentí como si me clavaran unos cuchillos al rojo vivo hasta el fondo de la carne y me tembló el brazo cuando Devryck me agarró la mano y me miró con intensidad.

Clavándole las uñas en la palma, solté un grito ahogado de dolor al sentir el calor abrasador calándome hasta los huesos.

Él le lanzó una mirada asesina al hombre que me estaba marcando y la presión del metal caliente cedió, dejando tras de sí una insoportable sensación de dolor que me mareó.

—Mírame, Lilia. Se acabó. Ya ha terminado todo. —Devryck me retiró el pelo de la cara, que en aquel momento debía de tener blanca como la pared.

Me tragué las ganas de vomitar cuando el hombre que tenía delante me bajó la camiseta de nuevo para cubrir la marca que acababa de grabarme debajo de la clavícula.

—Ya está —dijo uno de los hombres enmascarados con tono seco—. Una vez que hemos jurado nuestros votos y te hemos marcado la piel, pasas a ser miembro de la Sociedad de los Siete Cuervos. Bienvenida, señorita Vespertine.

Los Cuervos que me rodeaban aplaudieron con entusiasmo mientras yo respiraba con dificultad por la nariz, esforzándome por no desmayarme. No tenía ni idea de lo que significaba todo aquello, lo que había aceptado, pero tenía bastante claro que no acceder a su admisión habría supuesto mi muerte. No podía ver los rostros tras las máscaras, pero tenía la sensación de que aquellos hombres no se andaban con tonterías.

Un brillo especialmente salvaje le encendió los ojos a Devryck cuando me levantó, aunque al principio apenas podía mantenerme en pie. Las rodillas me temblaban y, al notar una oleada de ácido subir por la garganta, tragué con fuerza, desesperada por no vomitar sobre las baldosas. Uno de los hombres enmascarados se acercó y me tendió una máscara y una túnica cuidadosamente dobladas.

—Señorita Vespertine, te darán acceso a un sitio web protegido con contraseña —dijo el que supe después que era el presidente, Winthrop—. Allí encontrarás el manual y los recursos que tienes a tu disposición. Se levanta la sesión.

Los siete hombres que estaban al frente de la sala salieron.

Los enmascarados que nos rodeaban también se marcharon.

¿Recursos a mi disposición? Devryck me agarró de la mano y me sacó de la sala. En lugar de seguir al resto de la multitud hacia lo que supuse que era la salida, me guio por el pasillo en dirección contraria. Entramos en una estancia oscura, similar a la que acabábamos de abandonar, y me arrinconó contra la pared.

—¿Estás bien?

—Bueno, me escuece un poco, pero estoy segura de que se curará bien.

—No. Me refiero a que si… te han *hecho daño*.

—¿Me estás preguntando si Caedmon me ha hecho daño? Pues no, nadie me ha hecho daño. —Le di un fuerte empujón en el pecho —. Salvo tú. Me mentiste, Devryck. ¡Me dijiste que todo estaba en mi cabeza!

—Chiiis. Lo hice para protegerte y estuvo mal, pero es que, joder, Lilia… No conoces a estos desgraciados. No sabes de lo que son capaces. —Frunció el ceño con expresión severa—. Si te hubieran hecho daño, me habría encontrado en una situación muy peligrosa.

Por lo poco que había visto y por la forma en que parecían proteger su identidad, entendí su preocupación. A pesar de haber informado al decano Langmore sobre el disfraz de hombre pájaro que había visto la noche de la gala con el fin de mantener a Devryck al margen, probablemente yo estaba caminando por la cuerda floja.

—¿Langmore también es miembro?

—Sí. Puede que de los más diplomáticos.

—¿A qué se refieren con lo de los recursos a mi disposición?

—Como miembro, tendrás acceso a lo que desees. En esta organización se mueve mucho dinero y mucho poder, Lilia. Sospecho que te han aceptado con base en el potencial de lo que aportará la investigación.

Parecía que me estaban ofreciendo el mundo a cambio de una mentira.

—Pero no les has dicho la verdad. No es mi investigación. No soy más que una estudiante.

—Que desempeña un papel muy importante en mi laboratorio.

Bajé la mirada hacia su camisa y vi una mancha roja en el cuello.

—¿Qué te ha pasado? —Le levanté el abrigo y vi una mancha mucho más grande que sin duda parecía sangre, y él dejó escapar un gruñido.

—Me han disparado. Por lo visto, a tu padre no le hizo mucha gracia el cóctel de gusanos que le preparé.

—¿Que te han disparado? —El pánico me pedía que le arrancase los botones de la camisa para comprobarlo por mí misma.

Él me sujetó por las muñecas y me besó los nudillos.

—No pasa nada. Estoy bien. Duele como un demonio, pero sobreviviré.

Renuncié a mi misión de examinarlo, pero no podía apartar la vista de la sangre que le brotaba del hombro, la cual los demás no habían notado.

—¿Ibas a convertir a Lippincott en tu sujeto de prueba?

—Me parecía un desperdicio matarlo directamente.

—Está usted enfermo, Doctor Muerte. —Le rodeé el cuello con los brazos, con cuidado de no rozarle el hombro, y me lo acerqué para darle un beso—. Me atrevería a decir que está loco de remate.

—Sí. Hasta el punto de admitir que habría matado a todas las personas de esa sala hace unos instantes. Habría matado a Lippincott, a Gilchrist…, incluso a mi propio hermano si te hubiera puesto las manos encima.

Fruncí el ceño con incredulidad. Aunque sospechaba que estaba por encima de Lippincott y Gilchrist, nunca habría imaginado que se planteara matar a su gemelo.

—Te he reclamado como mía, Lilia. Que Dios te ayude.

—Me ha ido muy bien sin su ayuda —dije, plantándole los labios en la boca—. Solo tengo una petición. ¿Hoy podemos dormir en algún sitio donde no esté Angelo?

—Pasaremos la noche en el despacho del laboratorio. Mañana

me encargaré de él. Si quieres, puedo traerte tus cosas de la mansión.

Lo que más me preocupaba eran las fotos con mi madre y Bee, y los cuadros de mi madre. Y ropa interior limpia, claro.

—Te lo agradezco, pero solo si puedes conducir con el brazo así. Si no, ¿por qué no me das las llaves?

—Estoy bien.

Volvimos a su coche y, al acercarme, vi la puerta trasera del lado del copiloto llena de agujeros y la ventanilla destrozada. Al volver la vista hacia su hombro y de nuevo a los orificios, sentí un nudo en el estómago.

—¿Cómo es posible que solo tengas una herida en el hombro?

—No creo que tuvieran intención de matarme —dijo mientras abría la puerta del copiloto, que no había sufrido daños. Yo me dejé caer en el asiento e ignoré el escozor persistente de la zona marcada. Salió del aparcamiento subterráneo y se incorporó a la carretera junto al mar en dirección a la Finca Bramwell.

Cuando llegamos, un profundo cansancio me tiraba de los párpados. La mansión se alzaba oscura e imponente cuando paró en la rotonda.

—Espera aquí —dijo tras aparcar el coche—. Ahora mismo vuelvo.

—¿Estás seguro? Puedo ir contigo.

—No hace falta. Tardo solo un minuto.

Asentí con la cabeza, me acurruqué en el asiento, lista para dormirme, y él me dio un beso en la frente.



68

Devryck

Entré en la vieja y triste mansión y subí las escaleras para ir a la habitación donde había dormido Lilia las dos noches anteriores. Una vez que recogí su móvil y su maleta, volví al vestíbulo y me detuve junto al retrato que colgaba de la pared en el que aparecíamos mi padre, Caed y yo. Recordé el día que lo pintaron. Caedmon y yo habíamos tenido una discusión tonta por una chica del colegio a la que yo había besado, pero que a él le gustaba mucho. En el retrato, yo tenía una sonrisa de satisfacción, mientras que él, sin duda, reprimía la ira que lo quemaba por dentro. A los diez días, una semana después de cumplir diecisiete años, sacaron a mi hermano de ese armario y nunca más lo volví a ver.

Y, sin embargo, estaba vivo.

Empezaría a buscarlo a primera hora de la mañana.

Llevé la maleta de Lilia por la escalera de caracol hasta el vestíbulo y, cuando llegué a la puerta, sentí un escalofrío en la nuca.

Al darme la vuelta, vi una figura casi oculta entre las sombras detrás de mí.

—¿Caed? —pregunté, mirando con los ojos entrecerrados hacia la oscuridad que lo envolvía.

La figura dio un paso al frente, iluminada por la poca luz de luna que entraba por las ventanas, y mis sospechas se confirmaron.

Un dolor me atravesó el pecho y me aplastó los pulmones. Con los músculos bloqueados y agarrotados, dejé caer la maleta de Lilia con un ruido sordo.

Joder.

Era él.

Estaba de pie en el pasillo, como si nunca se hubiera ido de casa.

Lo veía igual, como si me hubieran transportado dieciséis años atrás. Quizá estaba un poco más envejecido, pero en el fondo era el gemelo que yo recordaba. La mitad de mi alma me miraba fijamente como un reflejo oscuro en el espejo.

El hermano por el que había rezado todas las noches durante años.

—Hola, Devryck —dijo con un tono igual de estoico que su expresión.

La conmoción me hendió los músculos como cristales, dejándome clavado en el sitio.

Vivo. Mi hermano estaba vivo.

Vivito y coleando.

El pulso me retumbaba en los oídos con un ritmo ensordecedor mientras lo miraba atónito, calculando en silencio lo improbable que era aquel momento.

—Estás igual. —Fue lo único que logré decir, como si las cuerdas vocales se me hubieran paralizado.

Con una mueca de desprecio, bajó la mirada y se pellizcó la palma de la mano.

—Bueno, he cambiado bastante. —Me recorrió de arriba abajo con unos ojos que eran el reflejo de los míos—. Pero tú también, al parecer. Ya no queda nada del niño que no se atrevía a tocar un cadáver.

—Desde entonces he encontrado paz en la muerte.

—Igual que yo. —Por sencillas que fueran sus palabras, estaban cargadas de sufrimiento, de dolor, del tormento que había soportado y que yo no podía ni imaginar.

—Pensaba que estabas muerto. Vi el vídeo donde te quem… —La palabra se me quedó atascada en la boca y sacudí la cabeza, negándome a rememorar aquello de nuevo—. Enviaron lo que creí que eran tus cenizas.

—Angelo tenía talento para el teatro.

—¿Me estás diciendo que todo aquello fue mentira?

—Qué va, fue real. —Se levantó el pantalón: tenía cada centímetro de piel marcado por cicatrices espantosas—. Como decía, tenía un don para el drama.

—¿Dónde has estado? —El torrente de dudas que daba vueltas en mi cabeza era interminable. Me sentía como Lilia, bombardeándolo con una pregunta tras otra.

Cuando curvó el labio en una mueca de repulsión entendí que no querría saber la respuesta, lo cual solo aumentó la rabia que me ardía en la sangre.

—Veo que te ha ido bien —dijo, ignorando mi pregunta. El tono duro de su voz traslucía el rencor que debió de haberlo corroído cada día al pensar en lo distinta que habría sido nuestra vida. Un contraste brutal entre el dolor y la calma, la muerte y la vida.

—¿Por qué no me buscaste? —pregunté, ignorando yo también

su comentario—. ¿Por qué seguiste escondido?

—No quiero tener nada que ver con ningún *Cuervo*. —Escupió aquella palabra como si le dejara mal sabor de boca, con los ojos encendidos por un resentimiento amargo—. Eres uno de ellos, igual que *él*.

No supe si hablaba de nuestro padre o de Lippincott.

Movió la mandíbula y apretó el puño.

—Te has prostituido por poder.

—¿Eso es lo que piensas? —La acusación de sus palabras despertó mi propia ira. Aquel no era precisamente el reencuentro con el que había soñado durante tantos años—. ¡Me estaba muriendo, joder! ¿Es que se te ha olvidado?

Él se estremeció y giró la cabeza mientras se frotaba la nuca. Su reacción me hizo fruncir el ceño.

—Nunca habrías sobrevivido a las mierdas que me hicieron a mí. —Una inquietante oscuridad se aferraba a sus palabras y volvió a estremecerse, como si estuviera sufriendo un cortocircuito delante de mis ojos. Por nimio que fuera el comentario, lo sentí como un golpe en el pecho—. No eres nadie. Un cabrón con pasta y nada más. —Se llevó la mano a la funda que tenía en la cadera.

La frustración se escapó de mí en forma de risita amarga.

—Me has hecho creer durante todos estos años que estabas muerto, ¿y el cabrón soy *yo*? Tiene gracia. ¿Quién te crees que se llevó la peor parte de la rabia de padre? ¿A quién crees que culpó cada minuto de cada año, eh?

Por mucho que tuviera la misma apariencia, que fuese una réplica mía, el hombre que tenía enfrente no era el hermano que recordaba y que adoraba. Fuera cual fuese el infierno que había pasado, lo había vuelto más frío, distante.

—Y por eso te volviste íntimo de Lippincott. Incluso llegaste a

follarte a su única hija. ¿Así aprendiste a perdonarlo? —Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios—. A lo mejor yo también debería habérmela follado.

La furia explotó dentro de mí y apreté los puños con fuerza, con la voluntad de controlar mi temperamento royéndome la columna vertebral.

Como si sintiera mi ira, ladeó la cabeza y sonrió.

—Uy, parece que he dado con tu punto débil, hermano. —No le encontraba sentido a su rabia. Su deseo de burlarse me dejó desconcertado al tiempo que intentaba contener el impulso de partirle la boca—. ¿Te ha contado que la observaba mientras dormía? Lo fácil que habría sido follármela haciéndome pasar por ti.

—Si la hubieras tocado, te habría matado con mis propias manos.

Algo se reflejó en su rostro y volvió a estremecerse.

—¿Cómo has dicho? —El tono de su voz me retaba a repetirlo.

Quería hacerlo solo para ver qué cojones haría, pero algo me decía que era lo que buscaba. Por mucho que sus palabras me empujaran a la violencia, no quería pelear con él.

—¿Qué cojones te han hecho, Caed?

Se puso recto. Como un toro enfurecido, se abalanzó directamente sobre mí y el dolor del disparo se extendió por el brazo hasta alcanzarme el cuello. Del impacto caí al suelo con un golpe seco que me sacudió la columna vertebral. Cargó contra mí, con las pupilas dilatadas, enloquecido como un animal rabioso. Cegado por la rabia, me dio tal puñetazo en la cara que me giró la cabeza. Cuando echó el brazo atrás para asestarme otro golpe, le hundí el puño en el costado con un ruido repugnante y, cuando se encogió por el impacto, le propiné otro puñetazo en la mandíbula.

Nos revolcamos por el suelo, todo puños y gruñidos, hasta que

conseguí dominarlo y lo inmovilicé debajo de mí. Le di dos golpes rápidos en la sien. Otro lo hizo sangrar por la nariz. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, como si disfrutara de la paliza.

Le di otro puñetazo en el otro lado de la cara y dejó escapar un gemido de placer.

—¿A ti qué coño te pasa? —Eché el puño hacia atrás de nuevo, pero él me alcanzó antes en las costillas y me dejó sin aliento.

Me asestó otro golpe contundente en el hombro herido y yo sacudí la cabeza para alejar las estrellas que veía. Ese momento de distracción me costó caro, ya que Caed volvió a derribarme de espaldas y, con dos rápidos movimientos, me puso la hoja en la garganta, lo que me impidió moverme.

El borde afilado del cuchillo me rozó la barba incipiente, provocándome un ligero escozor donde debió de haberme cortado. Con el cuerpo temblando por la adrenalina, lo miré fijamente a los ojos, que rebosaban tal hostilidad y odio que estaba seguro de que me iba a degollar.

—Inquebrantable —siseé, sintiendo un escozor en los ojos mientras levantaba la barbilla para darle total acceso a mi garganta.

Frunció el ceño y le temblaron las mejillas, como si las emociones que se le agolpaban en la cabeza hubieran chocado entre sí.

—Inquebrantable —dije de nuevo, y sacudió la cabeza con los ojos cerrados.

—No. —Emitió un gruñido lleno de rabia.

—Hazlo. Mátame. —Seguí con mis provocaciones, que parecían abrirse paso entre la niebla que le enturbiaba la mente—. El día que te sacaron a rastras de aquel armario, mi mundo entero se desmoronó y desde entonces he estado muerto en vida.

—¡Cállate! ¡Cállate la puta boca! —Me alejó de un empujó y se

agarró las sienes, como si algo se agitara en su cabeza. Una guerra entre sus pensamientos y mis palabras—. ¡Cierra el puto pico!

Se estaba derrumbando.

Luché contra las emociones que amenazaban con brotar mientras observaba cómo pasaban ante mis ojos. Décadas de dolor, confusión y rabia. Una rabia que tuve que enterrar en lo más hondo de la mente y que me endureció el corazón.

—Eras mi protector. Mi puto mundo entero. —Se me quebró la voz y carraspeé.

Se apartó a trompicones hasta quedar arrinconado contra la pared que había justo al lado, donde se golpeó la sien con la empuñadura de la navaja y murmuró una retahíla de palabras incoherentes que no entendí.

—Te acuerdas, ¿a que sí?

Otro gruñido de rabia brotó de su pecho y se golpeó las sienes con más fuerza.

—¡Cállate!

Lo agarré del brazo y él se echó hacia atrás, apartándose rápidamente.

—¡No me toques, joder! —Mientras me apuntaba con la navaja, vi en sus ojos el brillo de las lágrimas—. Soyunasombrasoyunfantasmanosoynadasoyunasombrasoyunfantasmanosoynada —susurró una y otra vez.

—No eres ni un fantasma ni una sombra. Eres mi hermano. —Me acerqué despacio, procurando mantener cierta distancia con el filo de la navaja—. Soy yo, Caed.

La hoja temblaba en sus manos mientras la mantenía extendida.

Movía los ojos siguiendo imágenes que solo veía él, como si los recuerdos lo inundaran tan rápido que no pudiera seguirlos. Aflojó la mandíbula y levantó las cejas al mismo tiempo. Con la barbilla

temblorosa, bajó el arma y dejó escapar un gruñido de dolor que solapó el estruendo de la navaja al caer.

Me lancé hacia delante y lo abracé con fuerza. Me golpeó en el pecho para intentar apartarme y sentí que el hombro me ardía, pero no lo solté. Lo sujeté mientras gruñía y ladraba como un perro acorralado, empujando y arañando para liberarse. Un dolor abrasador me lamió la piel cuando me clavó los dedos, ambos con los músculos tensos y temblorosos, paralizados, como un equilibrio entre dos fuerzas opuestas.

Hasta que, por fin, cedió.

Dejó escapar un gemido de dolor y me agarró los brazos.

—Mierda. ¡Joder!

—Lo siento —susurré.

Finalmente se rompió.

Intenté contener las lágrimas mientras lo abrazaba, oyendo los gemidos de dolor que brotaban de su pecho. Lo que fuera que hubiera pasado le había destruido la mente, igual que los parásitos que infectaban a mis víctimas. Estaba claro que de alguna manera le habían lavado el cerebro para que pensara que yo era su enemigo, que, de cierto modo, era responsable de lo que había sufrido. Quienquiera que se llevó a mi hermano lo había convertido en un animal, una máquina fría y desalmada.

Volvió a calmarse y, cuando bajó las manos de mis brazos con un suspiro tembloroso, lo solté.

Caí de lado, contra la pared.

Nos quedamos así, en silencio, un minuto o dos, mientras yo intentaba entender qué coño le había pasado para que se comportara así.

Se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano y se manchó el labio superior.

Arranqué la sábana que cubría la mesa auxiliar que tenía al lado, se la pasé y utilicé el otro extremo para limpiarme un poco la sangre del hombro.

—¿Te han disparado? —preguntó, limpiándose el labio con la esquina de la sábana.

—Lippincott.

—Su dedo índice está clavado en la pared de su oficina, junto a las orejas. —Levantó una rodilla y apoyó el codo en ella—. Una vez me apuntó con una pistola a la cabeza. Me dijo que me iba a meter una bala entre las orejas.

—Cuéntame qué te ha pasado.

Se estremeció de nuevo y se frotó la coronilla.

—Gran parte de aquel día contigo se ha desvanecido. Los recuerdos me llegan a ráfagas, como escenas intermitentes de una película.

—¿Quiénes te tuvieron prisionero?

—Angelo me encadenó en un edificio abandonado, no sé dónde. —Hablaba con un deje ausente, como si estuviera atrapado en sus recuerdos—. Lippincott vino. Le dijo que nuestro padre se había negado a cerrar el trato y que se deshiciera de mí.

Frunciendo el ceño, traté de imaginar el grado de traición que Caed debió de sentir. La desolación.

—Deberías haber dejado que lo mataran los parásitos lentamente.

Negó con la cabeza.

—No podía arriesgarme a que siguiera con vida. Prometí matarlos a todos. —Levantó la navaja y se presionó la palma con la punta, jugueteando con ella, lo que me hizo fijarme en que incluso ahí tenía cicatrices. Tenía la mano completamente marcada.

—Dudo que Angelo te soltara. ¿Qué pasó?

—Me vendieron a un capullo con pasta de Massachusetts. —Se quedó con la mirada perdida, como si su mente lo hubiera devuelto a aquel día—. Formaba parte de un grupo de sádicos, una sociedad de hombres adinerados y poderosos, como los Cuervos, solo que ellos no eran académicos. Torturaban a la gente por diversión.

Me froté la nuca, dudando si seguir haciéndole preguntas, pero necesitaba saber. Necesitaba comprender lo que había sufrido, aunque tuviera que vivirlo yo mismo.

—Te torturaron.

—Fue él, sobre todo. Pero yo no me rendí tan fácilmente. Tenía la estúpida idea de que iba a salir de allí, de que iba a escapar. —Resopló y le salió una gota de sangre en la palma de la mano, donde seguía jugando con la navaja—. Él se lo tomó como un reto.

—Te lavó el cerebro.

Caed apretó la frente contra el bíceps y respiró hondo, como si necesitara un momento para recomponerse antes de hablar. Algo me decía que esa era la parte que lo había afectado, el momento en que todo cambió para él.

—Descubrió que tenía un gemelo —dijo y levantó la cabeza de nuevo—. Al principio me dijo que iba a encontrarte y a venderte a esos sádicos de mierda. Cuando vio que eso no surtía efecto en mi mente, empezó a envenenarme con mentiras. No fue de golpe. Era como un goteo constante. —Se frotó la nuca frenéticamente y aspiró aire con fuerza por la nariz. Se retorció y gruñó, luchando contra una fuerza interior invisible—. Pasaba días sin darme de comer. Deliraba, veía cosas raras. Empezó a invadir mis sueños con imágenes tuyas aliándote con Lippincott. Y cosas todavía peores. —Se le quebró la voz y negó con la cabeza—. No quiero ni acordarme de esa mierda.

Una parte de mí deseaba saber qué podía ser peor que la traición, pero la otra pensaba que era mejor dejarlo estar. Joder. No

me extrañaba que quisiera matarme. Debió de pensar que había conspirado contra él todos estos años.

—Cuando abandoné la idea de escapar, empezó a *recompensarme*. —Su voz denotaba un profundo sentimiento de asco—. Como un puto perro. Poquito a poco alimentó mi lealtad hacia él. Hacia *ellos*. No tardé mucho en olvidar quién era. Entonces me obligó a matar para él. Me convertí en su protector, su perro guardián.

Recordé el informe que me habían dado, en el que se decía que había asesinado a un empresario en Massachusetts.

—¿Lo mataste tú?

La repulsión en su rostro se desvaneció para dar paso a una sonrisa de satisfacción.

—Matarlo suena misericordioso para lo que le hice.

—¿Por qué ahora, después de tantos años?

—Hace unas semanas asistí a una reunión con él, un importante CEO de la industria farmacéutica, otro miembro de la Schadenfreude.

«Schadenfreude». Sabía que aquella palabra significaba algo sobre obtener placer con el sufrimiento de otros. Debía de ser el nombre de la sociedad que había mencionado antes.

—Se había reunido con Lippincott para comprar una investigación sobre un tratamiento revolucionario. —Joder, aquel trato sucio del que los Cuervos se habían enterado hacía un tiempo. El muy cabrón manipulador estaba detrás de todo desde el principio y dejó que Darrows cargara con la culpa. Con la mirada todavía perdida, Caed meneó la cabeza—. En cuanto oí aquel nombre, algo despertó en mi mente. —Se frotó la cabeza repetidamente—. Se me clavó en las putas entrañas y no pude dejarlo pasar. Me recordó a Angelo y a los cabrones que me habían secuestrado. No podía ver más allá de aquella rabia cegadora. Por primera vez desde los

diecisiete años, quería matarlos a todos.

—Te hiciste pasar por mí para acercarte a Lippincott.

—Imagina mi sorpresa cuando me encontré a Barletta en aquella celda también. Luego trajiste a Angelo y fue como una puta mañana de Navidad.

—Pretendías matarme a mí también —me atreví a decir en voz alta.

Retrajo los labios temblorosos y bajó la mirada.

—No sé lo que habría hecho. Eso es lo que me asusta.

—¿Y ahora?

—Estoy intentando tirar de la cadena del puto retrete mental que tengo en la cabeza, así que vamos a pasar página, ¿vale?

Resoplé al oír aquello. Luego solté una risita. Lo que empezó como algo leve explotó en una carcajada y, cuando miré a Caed, él se estaba riendo también. La risa se volvió histérica, una liberación de algo que no sabía definir del todo, pero que sentaba bien. Era catártico. Me reí hasta que tuve que limpiarme las lágrimas con el brazo y, poco después, volvió el silencio.

Los dos nos quedamos mirando al vacío.

—¿Recuerdas cuando éramos críos y papá te encerraba en aquel armario y oías voces? —preguntó en un tono más calmado que antes, sonando más como mi hermano.

—Sí.

—¿Qué te decían?

Levanté la rodilla y apoyé el codo encima.

—Que huyera. Que me alejara lo máximo que pudiera de padre.

—Pero no lo hiciste. Te quedaste y soportaste cada puñetazo que te daba. —Aspiró por la nariz y se la tocó con el pulgar—. Cuando me metieron en esa puta celda húmeda y fría, también oí una voz.

—¿Qué te decía?

—Que sobreviviera y que los matase a todos. Pero no eran los muertos. Era tu voz.

Con el ceño fruncido, me tragué las emociones que me oprimían la garganta.

—No te habría matado. No habría matado a mi propia sangre. —Se le movió la garganta y se puso de pie; luego enfundó la navaja de nuevo mientras yo me levantaba del suelo.

—¿Y ahora qué? —pregunté, masajeándome los músculos alrededor de la herida de bala, que dolía como una condenada—. ¿Tienes pensado quedarte aquí, en Dracadia?

Sus ojos cansados reflejaban la vacuidad de un hombre que había cumplido su venganza y no había pensado en lo que vendría después.

—Ni este sitio ni esta vida son para mí. Nunca quise nada de esto.

Aquellas palabras desoladoras me estrujaron los pulmones y me dejaron sin aliento.

—Entonces te marchas.

—Sí.

Bajé la mirada para contener la angustia que amenazaba con destrozarme de nuevo.

—¿Dónde vas a ir?

—No lo sé. Lejos.

Negué con la cabeza, apretando la mandíbula con obstinación.

—No puedes irte. Ahora que sé que sigues vivo…

—Necesito aclarar las ideas, Dev. No estoy bien de la cabeza.

—Tengo dinero. Mucho. Puedo abrirte una cuenta.

—No necesito tu dinero. Necesito volver a encontrar una razón para vivir.

Bajé la vista, frotándome las manos, y solté un suspiro, inquieto.

Me dolía que necesitara alejarse de mí para recomponerse. No quería imaginar qué podría hacer al final de ese camino, qué podría encontrarse allí. Solo confiaba en que hubiera algo que lo disuadiera de creer que estaría mejor muerto, aunque yo sabía bien lo que era ese dolor. Yo mismo había estado agarrado a esa cuerda, sintiendo cómo se me escapaba de los dedos.

—Si lo que necesitas es tiempo, entonces vete, pero, por lo que más quieras, Caed, prométeme que volverás si se te hace cuesta arriba. Porque… —Frunciendo el ceño, parpadeé para contener las lágrimas—. Porque no pienso perderte de nuevo.

Tras un momento de silencio, se rascó la nuca y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo a mi lado. Me tendió la mano con aparente reticencia.

Yo extendí el brazo y, en cuanto las palmas se tocaron, lo atraje hacia mí y lo abracé con fuerza, sosteniéndolo contra mi pecho. Una imagen me vino a la mente…

Yo tumbado en el suelo, sangrando por la cabeza después de que mi padre me hubiera golpeado demasiado fuerte, y Caedmon rodeándome con los brazos con fuerza, diciéndome que todo iba a ir bien.

Inquebrantable.

—Lo siento —susurré—. Si te quedas, te prometo que esta vez te protegeré.

Me dio un fuerte apretón.

—Dejaste que te convenciera con sus mentiras, hermano. Nunca fuiste débil. No para mí.

Lo agarré por la nuca, incapaz de soltarlo.

Al oír la puerta levanté la vista y vi a Lilia allí de pie, con los ojos muy abiertos mientras nos miraba a los dos.

—Ay, Dios. Lo siento. No quería… Estabas tardando mucho y me he preocupado…

—Yo ya me iba. —Caed me soltó y, con pasos decididos, siguió avanzando hacia ella y se detuvo a su lado—. En mi vida había conocido a una criatura tan astuta y rebelde —le dijo, y se inclinó para susurrarle al oído algo que no oí.

Con una sonrisa, ella bajó la mirada y asintió.

Le dio un beso rápido en la mejilla y volvió la vista hacia mí. Aunque su comentario anterior probablemente no había sido más que un intento de enfadarme, seguía notando cierta tensión en los músculos por haberlo visto posando los labios sobre su rostro.

—Saluda de mi parte al presidente Winthrop. —El tono de su voz era amenazante—. Si se le ocurre tomar represalias, tendré un motivo para volver.

—Sospecho que ahora mismo estará recuperándose de la humillación —dije mientras Lilia cruzaba la habitación con paso ligero hasta ponerse a mi lado y enlazar el brazo con el mío—. Cuídate. Da señales de vida de vez en cuando. Y, Caed…, si alguna vez me necesitas, aquí me tienes.

Levantó las cejas, pero no respondió nada.

Y, tras el chasquido de la puerta al cerrarse, se fue.

—¿Estás bien? —preguntó Lilia, dándome un apretón en la mano.

—Se me pasará. —Me llevé su mano a los labios y le besé los nudillos—. ¿Qué te ha dicho?

—Simplemente, que soy demasiado guapa para preocuparme por esta cicatriz. Y que te cuide, porque eres lo único que le queda.

Fruncí el ceño y le di un beso en la frente.

—Tiene razón. Eres increíblemente preciosa.

—¿Crees que volverás a verlo?

—No lo sé.



69

Lilia

Siete semanas después

Sostuve el tubo de ensayo, maravillada por la mezcla perfecta y homogénea del líquido púrpura junto a los destellos negros. Gracias a la estabilidad de la toxina, Devryck pudo pedir que le instalaran iluminación en todo el laboratorio, ya que no molestaba especialmente a las polillas no infectadas que habíamos empezado a estudiar, aquellas a las que se les había inyectado una versión sintética de la toxina purificada que él había extraído de la muestra congelada de Andrea Kepling. Resultó que la toxina que había guardado de su autopsia seguía siendo viable, lo que significaba que ya no era necesario seguir matando a gente. Devryck había sido capaz de replicarla y modificarla *in vitro* para producir una pequeña muestra que pretendía probar en ratones en las siguientes semanas.

—Es precioso —susurré antes de girarme hacia él—. ¿Cómo vas a llamarlo?

—Estaba pensando en «elixir de Lilia», sería lo más apropiado.

—El profesor Bramwell se quedó a un lado, inyectando la sustancia en la polilla a la que yo había bautizado como Hibris, por la molesta costumbre que tenía de aletear contra el cristal para llamar la atención.

El laboratorio estaba lleno de cúpulas que albergaban varios grupos de prueba a los que había puesto nombre. Eran polillas que llevábamos observando semanas, que antes estuvieron paralizadas y que seguramente estaban ansiosas por liberarse de la jaula y echar a volar.

—No sé. —Deslicé con cuidado el tubo de nuevo en su gradilla junto a los demás—. No me parece bien ponerle solo mi nombre. ¿Qué tal BramLil?

—No.

—Bueno, vale, ¿qué tal LilBram? ¡Oooh! ¿DevLil? Suena como «diablo» en inglés.

—Ni hablar —dijo Bramwell, volviendo a meter la polilla que no dejaba de aletear en su jaula.

Me quejé en broma.

—Está bien. Si quieres ponerle mi nombre, adelante, supongo. —Levanté otro de los tubos de ensayo para examinar el líquido del interior, revisando que se hubiera mezclado bien después del proceso de centrifugación—. ¿Crees que la roca negra es la razón por la que mi madre no enfermó cuando cambiaron las inoculaciones?

—Teniendo en cuenta los tiempos que me indicaste, y habiendo confirmado Francesca que le gustaba el té negro de roca de la botica, sí. Creo que le dio la resistencia necesaria para evitar la infección.

—Aunque no tanta como para evitar que Lippincott la volviera a infectar.

Su expresión se tornó sombría.

—Me temo que no. Gracias a ello he descubierto que los efectos del té desaparecen si no se consume de forma continuada.

Una sombra de desesperanza se cernió sobre el silencio que siguió y enseguida cambié de tema. Las conversaciones sobre mi madre debían ser superficiales. Si iba más allá, me arriesgaba a caer en ese espacio oscuro que tanto me aterraba. Las sombras de mi pasado seguirían habitando para siempre en un rincón de mi mente. De vez en cuando sufría pesadillas y alucinaciones con ella, pero su imagen terminó mutando en otra cosa: la raíz de mis miedos, con la forma, el olor y la voz de Angelo.

—No me puedo creer que en nada vayas a pasar a los ensayos clínicos —dije, cambiando de tema.

—Por suerte, todavía faltan unos meses. —Tiró la aguja al contenedor de objetos punzantes y se quitó los guantes antes de lavarse las manos en el fregadero contiguo—. Aún tenemos que reunir un equipo entero y ultimar algunos detalles.

—Bah, cosillas sin importancia. Todo va a salir bien. Te conocerán como el doctor que consiguió revertir la enfermedad de Voneric. Y quién sabe qué más. Esto tiene un potencial enorme.

—No nos adelantemos.

Tal vez era porque cargaba con el peso de sus fracasos pasados, pero aquel hombre no se dejaba llevar por el entusiasmo. Él mismo se había inyectado una de las dosis sintéticas unas semanas atrás y, aunque no le gustaba nada el té negro, lo tomaba todas las noches. Desde entonces no había tenido ni un solo ataque. Ni siquiera un calambre.

Yo estaba que no cabía en mí de la alegría por lo increíblemente bien que el casteyón de la roca negra había estabilizado la toxina. Claro que tenía sentido: la naturaleza siempre encontraba el

equilibrio. El único problema era conseguir el casteyón de las traicioneras cuevas submarinas. Los Cuervos habían aceptado financiar un equipo para la recogida de muestras del elemento, pero las profundas corrientes oceánicas del risco del Diablo seguían siendo peligrosas.

Como miembro de los Cuervos, me habían concedido acceso a más información confidencial de la biblioteca, y descubrí que la roca negra estuvo presente en la tribu cu'unotchke durante mucho tiempo, en sus dientes y en el agua que bebían. Así se originó el té negro, que se transmitió a las generaciones posteriores. Desgraciadamente, el doctor Stirling los tachó de malignos, animales salvajes a los que había secuestrado y utilizado para probar su ácido estírlico con el fin de expulsar el mal de su alma.

Al final no fue la tribu cu'unotchke la que atacó a Stirling y Adderly, sino los pacientes encerrados y torturados, aquellos que se habían infectado con los gusanos negros, o las serpientes del diablo, como se los llamaba entonces. Se volvieron locos. Saquearon y violaron. Cuando Adderly intentó detenerlos, los quemaron a él y a sus hombres, incendiaron toda la isla y luego se ahogaron en el mar; cientos de cadáveres aparecieron en lo que se convirtió en la bahía Hueso.

—Me he matriculado en Bioquímica Avanzada para el próximo semestre. —Eché un vistazo rápido a otro tubo de ensayo y vi la misma mezcla perfecta que en los demás—. Tengo entendido que el profesor Golding es un capullo.

—Sí. Si te mantienes al día con las lecturas, no tendrás problema.

—¿Es más capullo que tú?

—No sabría decirte. —Me lanzó una mirada de pocos amigos—. Y te sugiero que te mantengas alejada de cualquier capullo, a menos

que quieras encontrarte a uno envuelto como un regalo debajo del árbol esta Navidad.

Aquello me hizo reír.

—¿Y si necesito ayuda?

—Ya sabes que siempre estoy a tu disposición.

Volví a colocar los tubos de ensayo bajo la campana y me giré hacia Devryck, que miraba por el microscopio. Con pasos silenciosos, me acerqué sigilosamente por detrás y lo rodeé con los brazos.

Sin dejar de trabajar, me agarró una mano, se la apretó contra el pecho y me acarició los dedos con suavidad.

—Contigo es imposible concentrarse —dijo.

Bajé la otra mano hasta su entrepierna y sentí cómo se estremeció contra mí.

—Lilia —me advirtió, pero noté la polla dura contra la palma de la mano.

Las bromas eran divertidas, pero no eran más que un juego, una distracción de mí misma. Algo terrible seguía viviendo dentro de mí desde la noche en que me atacaron y, si no estaba ocupada con otra cosa, a veces lo veía en las sombras de la pared: unos ojos pequeños y brillantes que me miraban fijamente, amenazándome en silencio con cortarme en pedazos. Las bromas traviesas con Devryck lo mantenían oculto y escondido, a salvo en su madriguera.

Pasó un minuto y se dio la vuelta sobre el taburete.

—Bueno, profesor, ¿hay posibilidad de que me acepte en ese grupo que está formando? —Le rodeé el cuello con los brazos y le planté los labios en la boca; luego sonreí contra ellos y añadí—: Soy extremadamente flexible y trabajo bien en equipo.

Cuando me apretó el culo con fuerza, ahogué un grito.

—Puede que quede algún hueco por llenar.

—Uy, vaya si lo hay.

—Aunque este puesto en concreto no es para trabajar en equipo. Es más bien un uno contra uno.

—Puedo con ello.

—De eso no me cabe duda. —Me rozó el lóbulo de la oreja con los dientes y se puso de pie, lo que me hizo retroceder un paso—. La veo en mi despacho, señorita Vespertine —dijo y se dirigió de nuevo al fregadero, donde se lavó las manos por segunda vez. Mientras se enjuagaba, me lanzó una mirada de «¿Qué haces todavía ahí?» y, con una sonrisa, me fui a toda prisa a su despacho.

Una vez allí, crucé la habitación hasta su escritorio y vi algo en una de las baldas de la estantería que había detrás: dos marquitos negros cada uno con una polilla, y frunciendo el ceño, rodeé el escritorio y me detuve delante. Debajo de cada polilla preservada había una pequeña placa de oro con los nombres de Patroclo y Aquiles grabados. Habían fallecido dos semanas antes, tras completar su ciclo vital. ¿Qué lo había empujado a conservarlas? El gesto era tan poco propio de Devryck, pero al mismo tiempo tan adorable, que me hizo sonreír.

Giré ligeramente la cabeza y vi algo en una de las batas de laboratorio que colgaban del perchero próximo. Incliné la cabeza y entrecerré los ojos, fijándome en el bordado morado de la solapa. Tiré de la manga y vi mi nombre encima del título «Investigadora asociada». Sonriendo de nuevo, pasé el pulgar por las letras, que, por sencillas que fueran, me parecieron muy oficiales.

En cuanto oí sus pisadas acercándose, dejé de husmear y me giré hacia la puerta.

Cuando entró en la habitación, se me aceleró el corazón como hojas arrastradas por el viento. Aquel hombre parecía una tormenta andante a punto de estallar; se arremangó la camisa negra y miró el reloj, y sentí un calor abrasador en los muslos al verlo.

—Tengo reunión con la junta en dos horas. Necesito descargar un poco de tensión. —Rodeó el escritorio, me cogió en brazos y nuestros labios prácticamente echaron chispas cuando me besó con pasión. Un gruñido de impaciencia retumbó en su garganta mientras me colocaba sobre la mesa.

—¿Te has quedado con Patroclo y Aquiles? —pregunté.

Apoyó las manos a ambos lados de mí y volvió a besarme.

—Tenía que quedarme con mis primeros especímenes exitosos. Lo de ponerles nombre fue una idea brillante por tu parte.

—Te lo dije.

—Y yo te digo *a ti* que te des la vuelta y separes las piernas —susurró.

Tal y como me ordenó, me di la vuelta sobre el escritorio impoluto y me apoyé sobre las rodillas y las palmas para colocarme a cuatro patas.

Me metió las manos por debajo de la falda, hasta la cintura, y enganchó las medias gruesas que había comenzado a llevar desde que bajaron las temperaturas. Empezó a bajarlas por las nalgas desnudas y al llegar hasta la mitad de los muslos se detuvo.

—¿No llevas bragas?

—Las bragas son para las tímidas —dije con una sonrisa y levanté las piernas para que pudiera bajar los pantis por las rodillas.

Una sonrisa perversa se dibujó en sus labios mientras me quitaba las botas y me desprendía por completo de las medias.

Al primer roce de su lengua contra mi piel excesivamente sensible, me arqueé como una gata, gimiendo ante la bienvenida intrusión. Moví el trasero y me agarré a la resistente superficie de madera mientras él me lamía, succionaba y me penetraba con los dedos. Tenía los muslos resbaladizos de la excitación y él gimió, deteniéndose para chupárselos antes de volver a introducirlos en mi

interior.

—¿Por qué lo prohibido tiene que saber tan dulce, joder? —Deslizó la lengua por la parte posterior de mis muslos para no dejar ni una gota.

Una codicia insaciable me palpitaba en el vientre y me pegué a sus nudillos moviendo las caderas, desesperada por más. Me agarró con fuerza por el cuello hasta levantarme la barbilla, impidiéndome respirar mientras me mantenía inmóvil. Metía y sacaba los dedos a la vez que me apretaba la garganta lo justo para sentir en la palma mi pulso latiendo como un martillo. Retiró los dedos con un sonido húmedo y me pasó la yema del pulgar en pequeños círculos por el agujero hinchado y dolorido.

—¿Necesita que la follen como es debido, señorita Vespertine?

—Sí, profesor —jadeé mientras se me contraía el coño con sus incesantes provocaciones.

Durante las dos semanas posteriores al ataque de Angelo, no había intentado tocarme de ese modo. En parte, fue por mi propia inseguridad debida a la cicatriz que tenía en la cara y a los moratones amarillentos que me cubrían el cuerpo. Me costaba mirarme al espejo sin ver esos odiosos ojos negros y sin oír la promesa de Angelo de mutilarme. Devryck me había dicho que esperaría hasta que yo estuviera preparada y, aunque se había mostrado cariñoso, incluso más que antes, nunca se había insinuado sexualmente, ni siquiera cuando dormía a su lado. Tampoco aquella vez que me derrumbé mientras me duchaba y él estrechó mi cuerpo desnudo contra el suyo. No me había dado cuenta de lo mucho que había anhelado algo así, de lo mucho que necesitaba ese nivel de intimidad sin llegar al sexo propiamente dicho.

En las semanas siguientes se me curó la herida, los moratones desaparecieron y dejé de oír los susurros de Angelo. Mi deseo por

Devryck se intensificó, como una bestia hambrienta que se retorcía y se acurrucaba con ansia, hasta que él por fin cedió. Lo que vino después fue una necesidad por ese hombre que nunca antes había sentido. Alcanzó su punto álgido aquella primera noche, desde el atardecer hasta el amanecer, cuando me tomó contra su escritorio, la silla y cada pared de su despacho. Comimos, nos duchamos y follamos hasta borrar cada pensamiento horrible que seguía rondándome la cabeza.

Volví a sentirme viva, resucité.

Me sentí hermosa, deseada, completa de nuevo.

Sin embargo, parecía que entre nosotros había algo… sin resolver.

Sentí un aguijonazo en la nalga y, con un empujoncito en la cadera, me instó a bajar al suelo.

—Apoya la cara en el escritorio —me ordenó y yo obedecí; noté que levantó la falda por encima de las nalgas para tener una vista completa de mi carne necesitada. Por lo visto, eso era lo que le gustaba, contemplarme antes de poseerme. Una parte de mí sentía que le gustaba el sufrimiento de tener delante de sus ojos algo que él consideraba prohibido.

Con las palmas sobre el escritorio, miré fijamente hacia la estantería a nuestra derecha, a la espera, mientras él me devoraba con los ojos en silencio. Me mordí el labio inferior, anticipando su tacto como si fuera sexo en sí mismo.

Miré por encima del hombro y lo vi desabotonarse la camisa y apartársela de los hombros, donde tenía la cicatriz de la bala que lo había atravesado. Se desabrochó la hebilla del cinturón, se liberó la polla, deliciosamente gruesa, y se la masajeó despacio.

Aún doblada sobre su escritorio, esperé sus embestidas implacables; el deseo voraz que compartíamos por destrozarnos el

uno al otro; el sonido de la tela al romperse, los arañazos en la piel; los mordiscos y los azotes, y las palabras soeces que se me metían en la cabeza y que borraban cada pensamiento de autodesprecio que guardaba allí dentro.

En cambio, sentí que me rozaba el agujero ya empapado con la punta de su miembro, dibujando círculos sutiles sobre la piel. El deseo desenfrenado que me provocaba su lujuria me hacía sentir como si fuera a estallar por la tensión, y me giré para apoyar la frente contra el escritorio, apretando los puños. Lenta y perezosamente dio pequeñas embestidas, lo justo para despertar la desesperación que me oprimía el estómago, hasta que, por fin, empujó hasta el fondo y se me escapó de la boca un sonido de alivio absoluto.

Un gemido gutural retumbó en su garganta mientras chocaba las caderas contra mí con una embestida brusca.

Sí. Eso era lo que quería. Lo que *necesitaba*.

Un dolor agudo me recorrió el cuero cabelludo cuando me agarró del pelo y me obligó a levantar la cabeza del escritorio.

—Pero qué bien aguantas mi polla, polillita. Estás hecha para mí —dijo con la respiración entrecortada. Me soltó el pelo y me agarró las caderas de una forma que me pareció posesiva y dominante. Tras unas cuantas embestidas intensas, me quemaban los pechos por el barniz brillante al sacudirme sobre el escritorio. Luego se retiró con un movimiento húmedo. Sin él, cada célula de mi cuerpo gritaba con un apetito voraz.

Giré el cuello y vi que me hacía un gesto con los dedos para que me bajara de la mesa. Se dejó caer sobre la silla, con la polla erguida y amenazante, y se puso a acariciarse su grueso miembro.

Me deslicé hacia abajo por el monstruoso demonio que tantas veces me había atormentado con sus burlas, mordiéndome el labio

mientras él me llenaba por completo. Cuando intenté volver a subir, me sujetó por los hombros, manteniéndome en mi sitio. Me agarró la barbilla con un dedo y me acercó la cara a la suya, con esos implacables ojos cobrizos buscando los míos.

—¿Lo sientes, Lilia? —Me apretó las caderas contra él, penetrándome tan profundamente que se me llenaron los ojos de lágrimas. Habíamos follados innumerables veces y en casi todas las posiciones, pero ¿por qué, en ese preciso momento, no sentía lo mismo? ¿Por qué, en el instante en que aquello salió de sus labios, el corazón me retumbó en el pecho, como si hubiera anticipado su pregunta? Como si yo hubiera pensado lo mismo a la vez.

Mientras estábamos sentados abrazados, con la respiración acelerada por la necesidad y la desesperación, algo me arañó por dentro y me rogó que me alejara de él, que lo empujara y lo maldijera. Se retorcía y se contorsionaba en mi interior con la furiosa determinación de apartarse. Un intruso desconocido que se me enganchó al vientre y trepó hasta las costillas.

—Sí —susurré—. ¿Por qué parece distinto?

Me recorrió la cicatriz con el pulgar y plantó los labios en la piel irregular.

—Dime, ¿qué es lo que notas diferente?

Me concentré en la presión extraña que me florecía en el pecho. En la forma en que me abrazaba. En la libertad y la seguridad, y en nuestros cuerpos ardientes entrelazados como dos llamaradas.

Almas gemelas.

Lo notaba en sus ojos. En la forma en que me miraba. En los sentimientos que despertaba en mi interior con ese odioso brillo de veneración.

No.

Me aparté de su pecho, pero él me abrazó con más fuerza,

clavándome los dedos en las caderas, negándose a soltarme. Me metió las manos por debajo de la camisa hasta la columna vertebral y me estrechó contra él.

El monstruo me arañaba las costillas, golpeándome los huesos para escapar.

—Dilo.

—Fóllame ya —espeté, frustrada por razones que no podía contarle.

—¿Eso es lo único que quieres? ¿Un polvo rápido? Sabes que puedo hacerlo, pero creo que por dentro ansías algo más.

¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a saber que existía esa sombra hambrienta, ese vacío que anhelaba devorarme el corazón?

—Yo también lo noto —dijo, como si me leyera la mente—. Está dentro de mí, ardiendo como una fiebre de la que no puedo deshacerme. Es una ira vengativa y orgullosa que se niega a admitir la verdad.

—¿Qué verdad? —pregunté con voz temblorosa, nerviosa.

—Que mataría por ti sin dudarlo ni un instante, sin remordimientos. Y, sin embargo, al mismo tiempo, sin ti podría quedar reducido a nada más que un montón de cenizas. Eres mi debilidad, Lilia.

A través de un molesto velo de lágrimas, mastiqué sus palabras, las saboreé. Qué extraño que me sintiera tan distinta. Más fuerte. Más segura gracias a él.

A pesar de tener que ver la cicatriz que Angelo me había dejado muy a menudo, Devryck me hacía olvidar que estaba ahí. De alguna manera, me insuflaba valor en los momentos más difíciles, cuando el mundo parecía más un adversario que un amigo.

—¿Por qué me haces llorar?

—Porque sé que dentro de ti también hay una verdad que te

niegas a admitir, pero que quiero que digas. Dímela a la cara.

—No puedo.

—¿A qué le tienes miedo?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo el pánico me subía por la garganta y ansiaba escapar en un grito furioso.

Él apretó los dientes y me agarró la mandíbula.

—¿A qué le tienes miedo?

—¡A que el universo lo oiga también y te aparte de mi vida! —Rompí a llorar y las lágrimas resbalaron por las mejillas—. Tenía muchas ganas de decírtelo aquel día en la playa, cuando estuve a punto de perderte. Gritaba dentro de mi cabeza: «¡Díselo! Díselo antes de que sea demasiado tarde». Pero no pude, porque sabía que, si lo hacía, te irías para siempre. Y ahora… Ahora lo siento como una maldición, como si llevara dentro un secreto maldito que jamás podré decir en alto.

Frunció el ceño y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No voy a irme a ninguna parte. Esto que tenemos nosotros…, no hay forma de escapar de ello. No importa lo mucho que corras ni lo lejos que llegues, porque siempre voy a estar dentro de ti, como ahora. En tus huesos, en tu sangre y en tu cabeza. No importa lo que le digas al universo ni los secretos que cuentes, porque nada puede cambiar lo que somos, en lo que nos hemos convertido.

Lo tenía ahí, en la punta de la lengua, rogando que lo dijera, mientras absorbía su confesión como una adicta.

—Quiero decírtelo. Llevo tiempo queriendo hacerlo, pero tengo el corazón demasiado cerrado, demasiado protegido. Y, en parte, me alegro, porque cuanto más dura me vuelvo, menos siento. Y, cuanto menos siento, menos me duele todo.

—Conozco bien ese sentimiento. —Me acarició la mejilla con el

pulgar—. Tú y yo somos iguales, Lilia. —Posó un beso suave en la cicatriz y luego en mis labios—. Sé que los demonios de tu pasado todavía te atormentan. Sé que a veces ves a Angelo cuando te despiertas en mitad de la noche. —Frunció el ceño, visiblemente tenso—. Pero no volverá a hacerte daño, polillita. Haré que todos tus demonios se desangren hasta que te sientas a salvo.

Dios, ¿era posible desear a aquel hombre más todavía?

—No los veo cuando estoy contigo. Creo que te tienen miedo.

—Hacen bien. —Una oscuridad le ensombreció la mirada en señal de amenaza.

—Tengo miedo cuando no estoy contigo. —Las palabras prohibidas me hacían cosquillas en la lengua, rogándome que las liberase. Me atreví a decirlo, a soltar esa maldición al universo y arriesgar todo lo que me había hecho feliz esas últimas semanas—: Te quiero. Y no creo que pueda dejar de quererte. —Me incliné para besarlo, pero dudé, sin saber si había ido demasiado lejos.

Me agarró con firmeza por la nuca, impidiéndome retroceder.

—Nunca te rechazaré ni te apartaré de mí. —Con los labios pegados a los míos, me sostuvo la cara con suavidad, como si fuera algo demasiado valioso para sujetarlo con fuerza—. He vivido toda la vida en la muerte…, llevando una existencia fría en un vacío interminable. Sin sentir. Sin conocer jamás el calor de una caricia. Cada aliento inútil era un recordatorio sofocante de lo hueco que me había quedado. Entonces apareciste tú y proyectaste el primer rayo de luz, y sentí un soplo de vida. Un impulso al que no pude resistirme. —Me acarició con el pulgar el borde de mis labios apretados—. Nunca dudes si puedes tocarme, Lilia. Eres la única que puede. Fuiste tú quien sacó mi corazón de este letargo insensible. Y es por ti por quien late ahora. —Suspirando, me acarició el pelo con la mano, con el ceño fruncido—. Aunque está hecho polvo, lleno

de cicatrices y encerrado entre huesos destrozados. Pero te pertenece solo a ti.

Su beso encendió la pasión en mis labios y me desabrochó la camisa. Lentamente me la bajó por los brazos hasta los codos y me envolvió las muñecas con la tela a la espalda, manteniéndome cautiva.

—Eres mía, Lilia. —Con la mirada fija en mí, se inclinó hacia delante y me pasó la lengua por los pezones endurecidos—. Y yo soy tuyo.

Cuando por fin me soltó, enredé los dedos en su pelo y lo agarré con fuerza.

—Mío —susurré.

Me rodeó con sus fuertes brazos y me atrajo hacia él. Lo que comenzó como unas embestidas perezosas se intensificó enseguida con fervor. Me clavaba sus poderosas caderas mientras me follaba con dureza, sin piedad. Hundí los dedos en los profundos surcos de sus músculos, dejando que me penetrara como si buscara a Dios en cada gemido que se me escapaba. Me folló tan profundo que se me saltaron las lágrimas.

La intensidad de aquel hombre me golpeó como un rayo ardiente, electrificando el aire. Estaba sin aliento y jadeando, deliciosamente mancillada.

Me tensé y una mezcla de sollozo y suspiro de alivio me sacudió la garganta. Ambos estábamos empapados en sudor. Él me abrazó con más fuerza, y esos sonidos profundos y guturales de su garganta me dijeron que estaba desesperado por alcanzar el clímax.

Eché la cabeza hacia atrás de golpe y grité, desmoronándome en sus brazos.

Luego llegó su orgasmo y vertió sus chorros cálidos en mi interior. Sin fuerzas, apoyé la mejilla marcada sobre su hombro,

donde las mismas cicatrices crueles nos delataban como los monstruos que nos habían hecho ser.

Cuando me atreví a levantar la cabeza, sus ojos reflejaban una promesa más allá de aquel agotamiento eufórico mientras me miraba fijamente con la respiración entrecortada.

Le acaricié la frente húmeda con la mano y contemplé la adoración que antes me negaba a ver. La veneración de un hombre poderoso a quien los monstruos de mi cabeza temían más que a nada. Fue en ese momento cuando me creí lo que había dicho: que me pertenecía. Como un vasto océano reclamado por un solo grano de arena.

Mi mar oscuro, cuyas enigmáticas profundidades me atraían tanto como me aterraban.

Durante mucho tiempo me costó aceptar y dar amor. Me volví fría, reservada, desconfiada. Y, como rara vez entregaba alguna parte de mí a los demás, dolía más cuando alguien me la arrebataba, cuando el mundo hundía su mano avariciosa en mi vida y se llevaba los fragmentos de lo que más amaba. Aprendí que, en el fondo, la vida era sufrimiento y que el dolor era una consecuencia inevitable del amor, un malestar lento y punzante que comenzaba cuando nos atrevíamos a admitir lo que era. La sombra detrás de cada mirada de adoración. La angustia que salpicaba esos fugaces momentos de paz.

El amor también era una enfermedad. Una dolencia incurable, de esas que trepan por los músculos y los huesos y persisten mucho después de la muerte. Por más que quisiera enterrar el amor de mi madre, fortalecerme para no tener que enfrentarme a la devastadora verdad, no podía. Lo tenía arraigado en lo más profundo, brotaba de las heridas de mi corazón roto, desgarrando las costuras que ardían con los recuerdos de quienes habían intentado hacerme daño.

A veces el dolor era insoportable, pero otras veces me sentía bien, porque significaba que era capaz de sentir *algo*.

Alcé la vista hacia la placa de la pared, la misma que me llamó la atención el primer día que entré en el laboratorio.

MORTUI VIVOS DOCENT

Los muertos enseñan a los vivos.

No había ido a Dracadia con la idea de enamorarme de mi profesor, o de Doctor Muerte, como algunos lo llamaban. Quizá esa era la esencia del mundo: arrebatar con crueldad para luego abalanzarse sobre nosotros cuando menos lo esperábamos. Sin embargo, había una verdad implícita en que los muertos enseñaran a los vivos. Fue mi madre, mi negativa a aceptar su muerte, a aceptar lo que el mundo me había arrebatado, lo que me llevó a Dracadia en un primer momento. Y fue allí donde me enfrenté a la muerte de lleno. Me enamoré perdidamente de él, de su corazón mordaz y sus manos manchadas de sangre. Del profesor peligroso y erudito de ojos ardientes y piel fría como el acero. Nos ocultábamos en las sombras y nos besábamos a escondidas bajo las estrellas a medianoche. Él me enseñó la pasión y el coraje, y a luchar con uñas y dientes por lo que quería.

Y, a cambio, yo le enseñé a volver a sentir.



Epílogo

Lilia

Instalada en mi habitación de la residencia, estaba sacando una copia del programa de la asignatura de Anatomía Macroscópica de Bramwell para el próximo semestre justo cuando me llegó un mensaje de Bee. Lo abrí con una sonrisa.

Quedan cinco días!

Tenía previsto pasar la Navidad conmigo en la isla. Le había enviado un billete de tren y un itinerario con actividades. Entre ellas, patinar en el parque de Canterbury, visitar las librerías de Emberwick y, por supuesto, tomar un café en La Guarida del Dragón. También tenía pensado presentarle a Devryck; como mi profesor, ya que no le había dicho ni una palabra sobre nuestra relación.

La antigua casa de mamá aún seguía en obras y no se hallaría lista hasta dentro de un par de semanas, pero para verano estaría completamente reformada y equipada con todas las comodidades.

Un hogar para mí y para Bee. Un lugar al que podríamos volver cuando quisiéramos, porque era nuestro.

Después de que Devryck presentara los resultados de la última variante, los Cuervos estaban más que dispuestos a ofrecerme lo que quisiera con tal de que siguiera participando en el estudio.

Por supuesto, él tuvo mucho que ver con aquello.

Movido por mis esfuerzos, decidió renovar también la Finca Bramwell y alquilarla como residencia vacacional, obviamente después de deshacerse de Angelo. Supongo que esperaba que Caedmon regresara en algún momento, pero no fue así.

Yo sospechaba que no lo haría.

Devryck también había accedido a hacerse una prueba de ADN, que confirmó que Spencer era su medio hermano. Una vez superada la sorpresa, este pareció aceptar la noticia. Y, con el tiempo, las incómodas conversaciones que manteníamos volvieron a convertirse en una relación de amistad.

Qué ganas! Dracadia te va a encantar

Puedo contarte un secreto?

Siempre

Prométeme que no me vas a juzgar ni te vas a enfadar

Eh… Prometido

La verdad es que me preocupé un poco. Bee tenía un lado imprudente que siempre me ponía de los nervios.

Estoy coladita por el nuevo profesor de literatura

Hoy lo he pillado mirándome

Madre mía. Me froté la frente, buscando cómo responderle sin

sonar como nuestra madre. Aunque, en realidad, ¿quién narices era yo para juzgar?

Tú ten cuidado, vale?

No hagas ninguna locura que te cueste la expulsión

Me sentí una hipócrita escribiéndole aquellas palabras.

No, ya lo sé

No lo haré

Pero, Lil, es que está buenísimo

De verdad, para chuparse los dedos

Todas las chicas de mi residencia están locas por él

Quieres ver una foto?

Gimoteé, sacudiendo la cabeza.

Claro

Pero, en serio, Bee, ten cuidado

Vale?

Que sí, ya lo sé

Venga, te mando la foto

No es muy buena porque se la eché rápido en clase

Esperé lo que me pareció una eternidad.

Apareció una foto de un tipo de pie al frente de la clase, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa negra.

Se me cortó la respiración.

Pulsé para verla más grande y amplié la cara.

Era una réplica exacta de Devryck.

Ese es el señor Caed

A que está para comérselo?!

Viene a dar clase en una puta moto, Lil

Creo que mañana lo voy a invitar a tomar un café!

Respiré por la nariz con dificultad para intentar calmar el latido frenético de mi corazón.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Agradecimientos

En primer lugar, a mis lectores, booktokers y bookstagrammers: tardé varios meses en escribir esta historia y, durante ese tiempo, no perdisteis la ilusión y me mostrasteis vuestro apoyo y entusiasmo. Os estoy increíblemente agradecida a todos. Gracias por confiar en mí para contar estas historias; por compartir vuestro amor por los personajes y sus mundos; por vuestros mensajes amables, reseñas, montajes y vídeos, los cuales significan mucho para mí. Por muchos libros que escriba, nunca dejará de hacerme ilusión. Siempre me sentiré agradecida y apreciada.

A mi marido y mis hijas, que me dan espacio cuando lo necesito y aceptan que, aunque formo parte de su mundo, siempre estaré dividida entre otros tantos. Gracias por vuestra comprensión cuando se me ocurre una idea en medio de una conversación o en plena noche y tengo que anotarla. No podría perseguir este sueño si no me apoyaseis como lo hacéis. Os quiero.

A mi editora y amiga de tantos años, Julie Belfield. Gracias por tu sinceridad. De veras que soy consciente de tu dedicación a hacer que estas historias brillen, y no sabes cuánto te lo agradezco. Por más dolorosas que resulten a veces las correcciones, lo cierto es que SIEMPRE termino contenta con los cambios y, como bien dices, siempre parecen peores de lo que son en realidad. Algún día tendré

la oportunidad de abrazarte y darte las gracias en persona, pero, mientras tanto, quiero que sepas lo mucho que te valoro.

A Diane Dykes, mi increíble lectora alfa, asistente y amiga: este libro no sería lo que es sin el cuidado y la atención que me has brindado. No puedo agradecerte lo suficiente las veces que lo has leído, los ánimos cuando me asaltaban las dudas, la escucha cuando se me ocurría otra idea sobre una escena en particular o necesitaba opinión sobre algo. Tu amistad, tus consejos y tu apoyo han significado muchísimo para mí. Gracias por seguir a mi lado.

Mi más sincero agradecimiento también a la increíblemente talentosa Sarah Hansen, de Okay Creations. A partir de unas pocas ideas, has creado una obra de arte impresionante. Esta cubierta encaja perfectamente con el tono de la historia y es una de mis favoritas. ❤❤❤

A Debbie, Kelly, Courtney y Lana, mis intrépidas lectoras beta, que se sumergieron en una copia sin editar de esta historia: gracias por vuestra valentía y vuestros valiosos comentarios. ¡Este libro es mejor gracias a vosotras!

Al maravilloso equipo de lectores que leyeron una copia anticipada del libro: gracias por dejar reseñas sinceras para que otros puedan descubrir esta historia. Os lo agradezco a todos y cada uno de vosotros. ¡Un fuerte abrazo por todo vuestro cariño y apoyo!

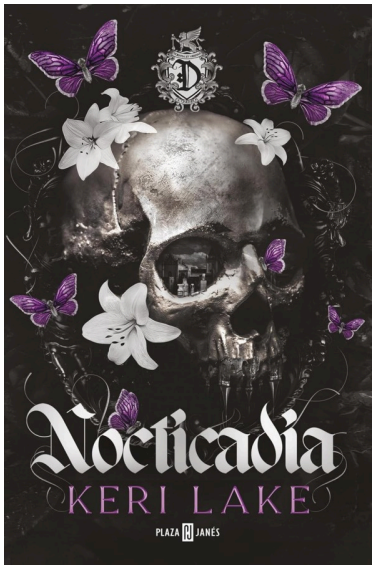
A las Vigilante Vixens, que me alentáis y me levantáis el ánimo: muchas gracias por estar a mi lado y por ofrecerme un rinconcito seguro en internet. ¡Vuestro apoyo y positividad significan mucho para mí!

A todos los blogueros que leéis, reseñáis y promocionáis sin pedir nada a cambio: os veo y agradezco vuestro esfuerzo. Gracias por todo lo que hacéis.

Y, por último, a los increíbles autores que me han mostrado tanta

generosidad y apoyo, y que me inspiran a ser mejor escritora: no puedo estar más agradecida.

Los muertos enseñan a los vivos.



Después de ver a mi madre sucumbir a una misteriosa enfermedad, me prometí dos cosas: que encontraría la cura y que no volvería a la ciudad en la que la perdí.

Cuatro años después, me admiten en la prestigiosa Universidad de Dracadia, de la que se dice que está plagada de las almas de los enfermos exiliados allí siglos atrás.

Sin embargo, los rumores no son lo más amenazador de la institución. Devryck Bramwell, conocido en el campus como el Doctor Muerte, es un brillante patólogo a cargo del laboratorio nocturno. Aunque parece detestar a los tenaces estudiantes de primer año como yo, su mirada oscura y enigmática me dice que me devoraría a la más mínima oportunidad…

Ansío su autoridad. Él, la redención. Y juntos somos puro veneno.

Los muertos tienen mucho que enseñarnos, y solo es cuestión de tiempo que el secreto más oscuro de Dracadia resucite.

Keri Lake es una escritora de novelas románticas góticas especializada en la lucha contra demonios, la venganza y los giros argumentales perversos. Sus historias son descarnadas, con antihéroes que se sitúan entre el bien y el mal y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Cuando no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con su marido, sus hijas, su labrador (que no obedece nunca) y su cachorro. Se alimenta de café fuerte y música alternativa, adora un buen vino tinto y tiene una ligera adicción al chocolate negro.



Título original: *Nocticadia*

Primera edición: abril de 2026

© 2023, Keri Lake
Quedan garantizados los derechos morales de la autora
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Marta Carrascosa Cano y Gema Pereira Silvestre, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la portada original de Sarah Hansen / Okay Creations

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03819-8

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «¿Le apetece una copa, señorita?».

[2] «Si me entiende, nos vemos en el armario en diez minutos».

[3] «Le entiendo. Y rechazo la oferta».

Índice

Noticadia

Playlist

Nota de la autora y advertencia de contenido

Glosario

Prólogo

1. Lilia

2. Lilia

3. Lilia

4. Lilia

5. Lilia

6. Devryck

7. Lilia

8. Devryck

9. Lilia

10. Devryck

11. Lilia

12. Lilia

13. Devryck

14. Lilia

15. Lilia
16. Lilia
17. Lilia
18. Lilia
19. Devryck
20. Lilia
21. Lilia
22. Devryck
23. Lilia
24. Devryck
25. Lilia
26. Devryck
27. Lilia
28. Devryck
29. Lilia
30. Lilia
31. Devryck
32. Lilia
33. Lilia
34. Lilia
35. Lilia
36. Lilia
37. Devryck
38. Lilia
39. Lilia
40. Devryck
41. Lilia

42. Lilia
43. Lilia
44. Lilia
45. Lilia
46. Lilia
47. Lilia
48. Lilia
49. Devryck
50. Lilia
51. Lilia
52. Lilia
53. Lilia
54. Lilia
55. Lilia
56. Devryck
57. Lilia
58. Lilia
59. Devryck
60. Lilia
61. Lilia
62. Devryck
63. Lilia
64. Devryck
65. Lilia
66. Devryck
67. Lilia
68. Devryck

69. Lilia
Epílogo. Lilia
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Keri Lake
Créditos
Notas